



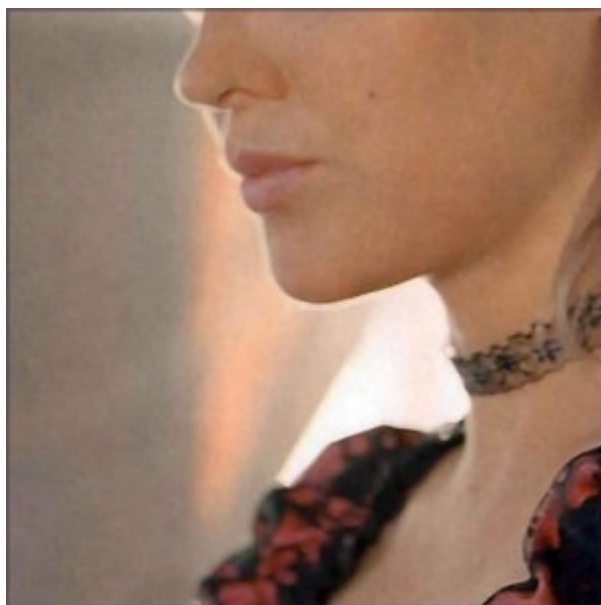
To Goodman

*Siempre
en mi corazón*

HERMANAS DENNEHY 03

SIEMPRE EN MI CORAZÓN

Jo Goodman



Para Joseph Allen Dobrzanski.

Algún día será un buen hombre.



Capítulo 1

Nueva York, marzo de 1879

—Que no sea muy habladora.

Con la boca fruncida a un lado, Lisa Antonia Hall miró de reojo a su interlocutor mientras sopesaba la solicitud. Los clientes de su establecimiento solían expresar sus preferencias con criterios físicos; así, no era raro que alguien pidiera una morena de cintura de avispa y caderas anchas, o una pelirroja pechugona de tobillos finos. La petición de una acompañante callada se salía un poco de lo común, aunque no sorprendió del todo a la señora Hall. Por obligación evaluaba con rapidez el carácter de sus clientes, y había aprendido a confiar en sus juicios. El hombre que estaba a su lado no parecía tener demasiada paciencia para andarse con formalidades.

Ya se había aflojado la corbata de seda negra, cuyos arrugados extremos colgaban de cualquier modo sobre la nivea blancura de su camisa. Con una de sus grandes manos se frotaba la parte de atrás del cuello, y sus finos dedos masajearon los agarrotados músculos del codo. El chaqué, desabrochado, dejaba ver un chaleco de satén gris tórtola; su bordado de plata relució cuando el hombre inhaló profundamente y soltó aire despacio. A Lisa le quedó muy claro que

intentaba controlar su impaciencia. Sonrió con gesto de aprobación y luego subió la vista desde el vientre hasta el rostro. Era un rostro interesante; estaba segura de que lo recordaría si lo hubiera visto con anterioridad, aunque la tensión estropeaba sus atractivas facciones. Cierta aire sombrío, que reducía su boca a una delgada línea y marcaba diminutas arrugas en las comisuras, le confería una expresión reñida con semejante belleza varonil. En su mandíbula se apreciaba levemente cómo latía un músculo.

La señora Hall entornó los ojos un segundo mientras observaba el tono de aquella tez bronceada, con destellos dorados y cobrizos. Durante un momento se le ocurrió que quizá tuviera ascendencia india, en cuyo caso tendría que pedir a Samuel que le mostrara la puerta... Pero no fue necesario: decidió que el bronce era obra del sol y del viento, y aquella observación la alivió; además, no creía que Samuel hubiera podido expulsarlo.

Lisa Antonia Hall no se sintió cohibida cuando el cliente le devolvió la mirada sin pestañear con unos ojos oscuros, casi negros, donde no había ni rastro de regocijo. Sus cejas, ligeramente elevadas, le otorgaban un aire de superioridad que tal vez habría intimidado a alguien con menos descaro, pero, sin inmutarse, ella dirigió su mirada hacia el cabello. Era tupido y lustroso, tal vez demasiado largo en la parte de atrás, y resaltaba sobre el cuello blanco de su camisa. La señora Hall estuvo tentada de alargar la mano para apartárselo, pero en lugar de ello se puso a jugar con sus pulseras y alineó los broches mientras

decidía qué hacer.

Sus ojos bajaron hasta el maletín de cuero negro que el hombre tenía a los pies, y se preguntó qué contendría. ¿Una muda de ropa? ¿Artículos médicos? ¿Muestras de licor?... Algo le dijo que iba a sentirse enormemente decepcionada si descubría que era un representante de whisky. Cuando lo miró con expresión inquisitiva, le agradó que se limitara a devolverle la mirada sin brindarle ninguna aclaración.

Al fin, sonriendo de forma encantadora, la señora Hall dijo:

—Tengo una chica perfecta para un encuentro tranquilo. Está en el piso de arriba. ¿Confía en mi juicio o desea ser presentado aquí abajo? Si no se ajusta a sus deseos, le buscaré otra.

Con gran agilidad, el hombre recogió el maletín.

—Si no le encanta el sonido de su propia voz, es la que busco —dijo con ironía.

Echó un vistazo a la amplia y alfombrada escalera.

—¿Hacia adónde, una vez arriba?

La señora Hall titubeó. Las pulseras que llevaba en la muñeca izquierda tintinearón cuando alzó un poco la mano, al tiempo que decía:

—A la izquierda. Luego dos puertas más allá a la derecha. Se llama, mmm...

Un dedo se posó en sus labios antes de que acabara la frase. El hombre meneó la cabeza y sonrió por primera vez; aquella sonrisa le transformaba la cara.

—No quiero saberlo —dijo—. No quiero que sea nada personal.

Aunque la dueña del burdel se creía inmune a las caricias masculinas, sintió sobre su boca la huella del dedo mucho después de que él lo retirara. Observó cómo subía la escalera y experimentó una oleada de deseo; el corazón se le aceleró... Y apenas se dio cuenta de hacia adonde se dirigía al llegar al descansillo.

El hombre hizo girar el picaporte de latón y abrió la puerta. Salvo por una lámpara de queroseno que parpadeaba en la mesita de noche, la habitación estaba a oscuras, y la silueta de su imponente figura se recortó a la luz de los quemadores de gas que había en el pasillo, a sus espaldas. Permaneció un instante en el umbral y examinó la habitación, dejando que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, hasta que un movimiento en el centro de la cama le llamó la atención: la prostituta se había sentado y lo miraba a su vez, sin decir ni una palabra.

Sólo por eso, ya le gustó.

Entró y dejó el maletín sobre una mesa que había justo a la entrada, mientras cerraba la puerta con la puntera del zapato. A continuación se quitó el frac, lo colgó descuidadamente en la oreja de un sillón y examinó el cuarto; sólo dedicó una mirada somera a la prostituta.

El suelo de tablones estaba cubierto con varias alfombras trenzadas; unas ventanas hasta el suelo daban a un balconcillo con balaustrada de piedra. En la repisa de la chimenea había diversas fotografías y figuritas, ninguna de las cuales merecía ni un instante de atención. La rejilla estaba

fría, y por el hogar se esparcían las cenizas; alguien había dejado cerca un cubo con carbón y astillas. Los mecheros de gas, apagados, tenían tulipas de cristal blanco. El papel de la pared era casi tan oscuro como la carpintería, y producía una impresión lúgubre. Al otro lado de la cama había un biombo para vestirse; el hombre se acercó y apartó una hoja, tras la que descubrió un ropero y una tina de baño llena de agua. Metió el dedo; el agua ya no estaba caliente, sino más bien tibia.

—He interrumpido su baño —dijo, volviéndose hacia la cama.

Sin mirarlo, ella se encogió de hombros, y al hacerlo se le resbaló el ancho tirante del camisón de dormir. Lo colocó en su sitio en seguida, pero volvió a caerse y esta vez no lo tocó. Se limitó a inclinar un poco la cabeza de forma que el cabello le cayera hacia adelante, ocultándola. Con una expresión cínica en los ojos, él esbozó una sonrisa.

—Queda anotada en acta su exhibición de pudor. Conmovedora, aunque del todo innecesaria. —Se dio media vuelta de nuevo y señaló la bañera—. Pero no quiero entretenerla: tengo bastante tiempo.

Al no oír ningún movimiento a sus espaldas añadió con más firmeza:

—Vamos. No le hará daño, e incluso puede que la relaje.

La amplia cama crujió cuando ella la cruzó a gatas. Mientras tanto él fue al otro lado de la habitación, se sentó en el sillón de orejas y extendió sus largas piernas. Luego echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, con lo que se perdió la furtiva mirada que la mujer le lanzó por encima del hombro. De todas formas pareció como si la sintiese, porque en tono

cansado dijo:

—No voy a ir con usted.

La oyó moverse rápidamente, con ligeras pisadas de pies descalzos sobre la alfombra, y también que tropezaba con el biombo antes de situarse detrás. El hombre alzó los párpados un poco y, entre las espesas pestañas oscuras, observó la sombra de sus movimientos. El camisón colgaba por encima del biombo. Entonces se abrió el ropero, y luego oyó que rebuscaba por los cajones; se preguntó qué estaría buscando, hasta que vio que se detenía a recogerse el cabello en alto. Un instante después, cuando se metió en la tina, sonó el suave chapoteo del agua. Él volvió a cerrar los ojos y deseó no haber bebido tanto.

—Me dijeron que no hablaba mucho —dijo—, pero no esperaba un silencio completo.

No hubo ningún comentario.

—Ya me va bien.

Se desabrochó el chaleco y echó una ojeada al bolsillo del reloj; al darse cuenta de que faltaba poco para la medianoche soltó un suave gruñido. No tenía por costumbre beber antes de la cena ni durante la misma, ni tampoco tomar más de un trago después. Aunque sólo intuía lo mal que iba a sentirse por la mañana, reconoció que aún no había perdido del todo la sensibilidad.

Tras el biombo, el agua se agitó de nuevo. El hombre reparó en la toalla que estaba a los pies de la cama; suspirando, se levantó con esfuerzo del sillón de orejas y la cogió. Después rodeó el biombo y la

sostuvo en alto ante la prostituta.

—Encantadora —dijo con deje perezoso; su tono de aburrimiento desmentía la palabra.

Con expresión apagada, casi desprovista de interés, paseó los ojos por ella. Las salpicaduras le habían empapado las rizadas puntas del cabello, y unos mechones de pelo se le adherían al cuello y a las sienes. Unas cuantas gotitas se agrupaban sobre sus hombros desnudos, y sus facciones finas y frágiles, envueltas en vaho, parecían brillar. Se apartó un poco para no tapar la luz que llegaba de la lámpara de queroseno y observó que, al hacerlo, ella se hundía un poco más en la bañera. Sobre la oscura superficie que la reflejaba como un espejo sólo se veía la línea de las clavículas.

—No hay motivo para actuar como una tímida doncella en mi presencia. Esto es profesional, no personal. —Hizo una pausa y clavó los ojos en los de ella—. ¿Verdad?

La joven parpadeó, le devolvió la mirada y luego asintió lentamente. Él dejó caer la toalla y ella consiguió cogerla con una mano antes de que tocara el agua.

—Rojo —dijo él.

—¿Mmm?

Con una mueca, ella se llevó la punta de los dedos a la garganta. Luego preguntó: «¿Cómo?»; esta vez sintió en las yemas la vibración de su voz.

—Tiene el pelo rojo. Aquí dentro no hay mucha luz, y no estaba

seguro.

Aunque no era un hombre dado a los impulsos, en aquel instante fue precisamente un impulso lo que lo hizo actuar: se agachó junto a la tina. Por un momento pensó que tal vez ella se encogería, pero luego se preguntó cómo se le ocurría siquiera aquella idea; aun así, se sorprendió preguntándole: «¿Puedo?» Ella miró su mano levantada, con las puntas de los dedos a unos centímetros de su oreja, y asintió. Con el dorso de los dedos, él le tocó la mejilla y se detuvo allí un segundo. Luego despegó un mechón de cabello, suave, sedoso y un poco húmedo.

Observó unas ligeras magulladuras en la garganta; frunció el ceño y tocó una con suavidad.

—La han tratado mal esta noche.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces es buena cosa que yo esté aquí. Veremos qué podemos hacer. —Observó que tenía la piel arrebolada—. Está usted sofocada; salga de la bañera.

Se puso de pie, se dio media vuelta y se alejó; a sus espaldas oyó movimientos apresurados, salpicaduras de agua y el sonido de una toalla que frotaba la piel con rapidez. Se deshizo del chaleco y lo dejó junto a la chaqueta. Cuando la miró de nuevo, ella llevaba puesto el blanco camisón. Él bajó la vista hasta sus pies descalzos y sus bonitos tobillos.

—Más vale que vuelva a la cama: hasta con la alfombra el suelo está frío. ¿Quiere que encienda el fuego?

Ella negó con la cabeza mientras se metía en la cama. Baja y profunda, incluso algo peligrosa, la risa del hombre acompañó el gesto con que se subió el grueso edredón hasta los hombros.

—Da igual —dijo—. Creo que voy a encenderlo.

Ya había decidido que no quería un revolcón rápido bajo la ropa de cama; estaba decidido a pasarlo bien, y eso significaba disfrutar del cuerpo de la prostituta con los ojos, además de con las manos. Su decisión lo sorprendió vagamente: treinta minutos antes lo único que tenía en mente era un revolcón rápido. Incluso admitió que deseaba volver a oír su voz; su timbre ronco era como un trago de buen whisky, algo digno de saborearse.

Tardó unos minutos en prender el fuego; luego se puso de pie y se limpió las manos en los pantalones. Al ver las rayas de ceniza gris que habían quedado en su negro atuendo de etiqueta, se acercó a la palangana de porcelana que había junto al lecho para lavarse las manos.

—No estaría bien dejar huellas, ¿verdad?

Ella sonrió con timidez.

—Me parece que le vendría bien una copa.

Ella entreabrió los labios en una expresión de sorpresa, y la sonrisa desapareció.

—Sólo con fines medicinales —dijo él dándole ánimos.

Vio su aceptación instantánea en el modo en que relajaba los hombros. Otra rápida ojeada al cuarto lo convenció de que en su examen previo no había pasado por alto el armario de los licores, y se encogió de

hombros.

—Menos mal que he venido preparado.

Cruzó la habitación en dirección a su maletín negro, lo abrió y cogió una botella de whisky escocés, llena en sus tres cuartas partes y cómodamente colocada entre pilas de fajos de billetes. Se volvió para enseñársela y preguntó: «¿Vasos?» Ella meneó la cabeza.

—Entonces tendrá que beber de la misma botella.

Cerró el maletín, lo dejó sobre la mesa y llevó la botella a la cama. Se sentó en el borde y se la tendió; al verla titubear, dijo: «Hará que se sienta mejor, se lo prometo.» Podría haber añadido que ya había obrado milagros con él. Ella destapó la botella y la levantó despacio hasta acercársela a los labios. Cuando vio que no bebía en seguida, él apoyó las puntas de los dedos en la base y la inclinó. La joven dio un trago largo, se detuvo y, entonces, viendo el regocijado desafío que brillaba en los ojos de él, dio otro.

—Así está mejor —dijo el hombre, sonriendo abiertamente al ver que hacía una mueca—. Está claro que no aprecia el buen whisky escocés.

Aunque el licor le alivió la tensión de la garganta, la joven habló en un ronco susurro.

—No bebo mucho.

—Yo tampoco bebo... mucho.

Le ofreció otro trago, que esta vez ella aceptó de buen grado; la observó para descubrir su reacción, y al ver que no se producía, alzó las

cejas.

—Parece que le está sentando bien.

Cogió la botella, la puso en la mesita de noche y volvió a tocarle la cara con el dorso de los dedos. Con el pulgar siguió la línea del pómulos.

—Claro que eso es lo que en teoría tiene que hacer. Ya no está tan sofocada.

Seguía estando caliente al tacto, pero el color de su piel estaba adquiriendo un tono rosado. Su rostro era ovalado y los ojos, grandes; incluso demasiado grandes para esas facciones tan delicadas. No era ni mucho menos una belleza clásica, pero era más de lo que esperaba encontrar en ningún burdel de Nueva York, aunque fuese caro como el de la señora Hall. Estuvo a punto de decir lo que pensaba, pero se contuvo; habría sido un cumplido pésimo, un cumplido que ella no habría apreciado.

Sin prisas, deslizó la mano por su mejilla y con el nudillo le rozó la boca; tenía los labios carnosos, y su ligero roce hizo que se entreabrieran. El whisky los había humedecido. Clavados en aquella boca, los ojos del hombre se oscurecieron.

—Enséñeme la lengua —dijo en voz baja.

Ella abrió la boca y sacó tres centímetros de lengua, diciendo: «Aaaaaaah.» Él se sorprendió tanto que se echó a reír y apartó la mano de la cara.

—No era precisamente lo que tenía en mente, pero es una lengua muy bonita; muy rosa. Buenos dientes, también. Y además conserva las

amígdalas. —Acompañó con un gesto su mandíbula para que la cerrara —. Ya he visto bastante. Decididamente, resulta aconsejable otra copa.

Le dio un buen trago a la botella y por el rabillo del ojo vio que ella esperaba que se la devolviera. No la defraudó y dejó que se la terminara.

—Para ser alguien que no bebe mucho, está usted tomándole bastante gusto al asunto.

Con una sonrisa torcida, algo soñolienta, ella contestó.

—Me parece que me gusta el buen whisky escocés. Como medicina, desde luego.

—Desde luego —asintió él con sorna.

El hombre se acomodó más: subió las piernas sobre el colchón y se recostó en el cabecero de barrotes de nogal; a continuación cogió uno de los cojines y se lo metió bajo la región lumbar. Satisfecho, dijo: «Mucho mejor.» Luego miró a la prostituta con recelo; mientras él se acomodaba, ella se había alejado hasta el extremo opuesto de la cama.

—No tenía por qué moverse. No voy a atacarla, pero mal puedo llegar hasta usted si se queda ahí.

La vio titubear, sopesando sus palabras; al fin pareció entender el sentido de lo que decía y se acercó un poco a él. Ahuecó una almohada de plumón de ganso y se la deslizó a ella detrás de la espalda; al volverse de costado, sus rodillas tocaron con las del hombre, y el tirante del camisón volvió a resbalarle sobre el hombro izquierdo. Intentó subírselo, y él se dio cuenta de que sus movimientos eran lentos y torpes, casi inconexos: el licor había surtido efecto rápidamente. No había contado

con que tal vez ella hubiera empezado a beber más temprano que él, pero esta posibilidad tomó cuerpo al observarla. «Vaya par que estamos hechos», dijo en voz baja. Ella frunció el ceño y lo miró con expresión de extrañeza, pero no hizo ningún comentario.

El hombre se recostó, dejando al descubierto la fuerte línea de su garganta, y cerró los ojos. Con un suspiro dijo:

—No recuerdo haber vivido un día tan largo.

Ella miró el reloj dorado que había en la repisa de la chimenea y añadió: «Un nuevo día.»

—Eso supongo. Y empieza de la misma manera.

En la cama con una prostituta... Esbozó una media sonrisa al plantearse el giro de los acontecimientos desde un punto de vista distinto; al menos la de ahora no era alguien de la familia. Debería sentirse agradecido de que así fuera.

—Dios, qué cansado estoy.

—Descanse —dijo ella con suavidad.

Él meneó la cabeza, pero sin abrir los ojos.

—Es una oferta estupenda —dijo—, pero no he venido aquí a eso. Debería ocuparme de usted. Es evidente que estaba esperando.

—No se preocupe —dijo ella haciendo un esfuerzo—. La señora Hall me ha acomodado bien.

El hombre oyó el deje algo pastoso de sus palabras, que evidenciaba el efecto del alcohol. Se preguntó qué entendería por comodidad; aquella habitación era relativamente espartana comparada con otras que había

visto.

—Esto no es mucho —comentó.

Ella guardó silencio un segundo y luego dijo con tranquilo convencimiento:

—Mi experiencia me dice que es mejor que las calles.

Abrió los ojos y la miró.

—Supongo que sí.

Ella le sostuvo la mirada durante un largo instante antes de apartar la vista.

—Se ha ruborizado otra vez —dijo él.

Posó la mano con delicadeza en su hombro desnudo y con el pulgar le rozó el pulso en la garganta.

—Su corazón late muy de prisa.

Ella asintió con gesto inocente.

—¿Por qué no suelta un poco esa colcha y me deja echar un vistazo?

Ella titubeó, y entonces, con la base de la mano, él tiró un poco de la manta hacia abajo.

—¿Cómo voy a examinarla si no la veo?

Dio la impresión de que ella lo pensaba, y él añadió:

—Supongo que tendrá ciertas expectativas.

—No muchas.

Lo dijo de una forma tan flemática que él soltó una estruendosa carcajada.

—¡Pues sí que la han tratado mal! Eso no dice mucho de los

hombres como yo.

Sin admitir discusión, echó el edredón a un lado. Sus dedos recorrieron el pronunciado escote de su camisón y se posaron en el botón superior; alzó las cejas en una pregunta muda, y entonces ella puso una mano sobre la suya y meneó la cabeza.

—Lo haré yo.

La entrecortada ronquera de su voz lo fascinaba, y dejó que lo inundara aquel sonido mientras observaba sus dedos jugueteando con el botón de arriba.

—No es usted muy habladora.

Ella no lo miraba; estaba completamente concentrada en el botón.

—No —respondió en voz baja—. No lo soy.

—Otro —dijo él.

Ella le echó una rápida mirada con sus ojos sombreados por tupidas pestañas. Él señaló su mano.

—Otro botón, por favor.

Aunque con dedos torpes, se las arregló para deslizar el botón por el ojal. Al dejar caer las manos, el escote del camisón se entreabrió, revelando la curva de sus pechos. Él pensó que la piel parecía muy lisa y suave; con el dorso de los dedos le rozó el seno y comentó:

—El rubor le empieza más o menos aquí.

Ella no dijo nada, y se limitó a observar la mano. Los latidos de su corazón le golpearon la punta de los dedos, y él sonrió.

—A su corazón no le pasa nada.

Tomó el seno por debajo y le pareció que era el latido más que la carne lo que le llenaba la palma. Desabrochó otro botón.

—Acérquese —ordenó.

Ella no se movió, y entonces le rodeó las costillas con las manos para atraerla más cerca. El otro tirante del camisón resbaló. Dondequiera que la tocaba sentía el golpeteo de su corazón. Le puso una mano en la espalda, cerca del omóplato, y sintió su respiración leve y superficial; se inclinó hacia adelante, de forma que su boca quedara cerca de la oreja de ella.

—Inspire hondo —dijo—. Así. Contenga la respiración.

Le frotó la espalda con la mano.

—Ahora suelte el aire despacio.

El corazón se calmó, y la respiración se hizo más lenta.

—Mejor —añadió el hombre—. Por un momento creí que iba a desmayarse.

—Yo también —dijo ella en tono grave—. Estoy un poco mareada.

Él la soltó.

—¿Por qué no se echa?

Sin vacilar, contestó: «De acuerdo.» Cambió de posición en la cama y se puso la almohada bajo la cabeza; después empezó a cerrarse el camisón, pero él la detuvo. Salvo por las curvas de la parte superior de sus senos, que asomaban por el escote, seguía pudorosamente tapada. Con todo, la vislumbre de su piel resultaba tentadora; el hombre sopesó la idea de apartar la tela y tomar aquel pezón con la boca.

—No tengo mucha paciencia —dijo, al tiempo que volvía a tocarle la mejilla.

Ella lo miró con atención; sus oscuros ojos verdes le escudriñaron la cara. Luego sonrió, de una manera al mismo tiempo cordial y provocativa.

—A mí me parece que está haciéndolo bien —dijo. Tal vez fuera la mujer más ingenuamente provocativa que había conocido, y se sorprendió de nuevo al encontrarse no sólo disfrutando de la situación, sino saboreándola.

—Vaya, gracias —repuso—. Es muy amable al animarme.

La sonrisa de ella se acentuó y sus pestañas descendieron, soñolientas.

—Yo espero hacerlo igual de bien algún día.

—¿Así que reconoce que tiene algo que aprender?

Un brusco bostezo interrumpió el breve y decidido gesto afirmativo que ella dio por respuesta. Luego se desperezó un poco y deslizó un brazo bajo la almohada mientras se volvía de costado. El hombre no pudo evitar darse cuenta de que aquel movimiento había destapado un seno; el pezón estaba enhiesto, con la punta color coral como un duro botón. Ante su sorpresa, se sintió como un escolar frente a su primera postal subida de tono.

—¿De modo que está dispuesta a aprender una o dos cosas de mí?

—Me encantaría.

De nuevo su total sinceridad lo hizo soltar una risilla.

—No deja usted de sorprenderme —dijo—. No me lo esperaba cuando llegué aquí esta noche.

Ella se acurrucó más en la almohada.

—Mmm.

Alzó una ceja y preguntó: «¿Va a quedarse dormida?»; por toda respuesta obtuvo un movimiento de cabeza, lánguido y poco alentador. ¡Cómo se arrepentía de haber compartido el licor con ella! Con un ágil movimiento se levantó de la cama y empezó a despojarse de la ropa. Su inmaculada camisa blanca fue a reunirse con la chaqueta y el chaleco en el sillón de orejas. A continuación empujó los zapatos cerca del hogar de la chimenea, lanzó las medias junto a ellos y, de cualquier modo, tiró los pantalones y los calzones sobre el brazo del sillón. Pero a pesar de su premura, cuando llegó a la cama se dio cuenta de que no había ido lo bastante rápido: su dama de noche estaba tan poco excitada como excitado estaba él... Y ya se había cansado de tomárselo con filosofía. Lo recordaría la próxima vez que pidiera una prostituta que no hablase mucho; por lo visto, tampoco estaba dispuesta a usar la boca para nada más.

Levantó el edredón y la sábana y se deslizó junto a ella; después le dio media vuelta para ponerla mirando hacia el otro lado, de modo que su lustrosa espalda y su trasero encajaran contra su pecho y sus genitales. Con la mano buscó la abertura del camisón y apoyó la palma en el valle de sus senos. Recostó la barbilla cerca de la coronilla de ella y la húmeda fragancia de su cabello agitó sus sentidos...

Luego se durmió.

Cuando despertó, ella estaba encima de él, por todas partes. Las horquillas de su pelo habían desaparecido, y la larga catarata de cabello rojo oscuro se le derramaba sobre el hombro y el pecho. Su boca lo saboreaba justo por encima de la tetilla; el húmedo borde de su lengua le lamía la piel, entre dulce y salada. Inspiró de forma entrecortada cuando una de sus manos bajó deslizándose por el abdomen. Más abajo; más abajo aún... Hasta rodear su erección. Gruñó, y la mano se detuvo. Entonces puso los dedos sobre los de ella y animó su exploración, sus caricias... Pronto dejaron de ser suficientes.

Las piernas de ella se le enredaron en las suyas, y giró hasta dejarla boca arriba. Con la rodilla le separó los muslos. Sintió la vibración de su gemido en la piel, y luego toda la forma de sus labios; su boca lo besaba, firme y hambrienta. La punta de su lengua lo provocaba. Se movía inquieta, buscando, tensándose. Sintió el contorno de sus pechos, el exquisito y suave roce de sus pezones en la piel al apretar su cuerpo junto a él. Una de las manos se deslizó hasta su codo, y sus dedos se le hundieron en los tupidos y oscuros mechones de la nuca. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral cuando una uña se curvó levemente siguiendo el perfil de su oreja. Alzó la cabeza y vio la ligera sombra de su sonrisa, los soñolientos ojos verdes de gato, y reconoció el reflejo de su propio deseo.

Ella se arqueó, volviendo la cabeza en el preciso instante en que la boca de él iba a fundirse con la suya. Los labios de él le rozaron la mejilla, dibujaron la línea de la mandíbula y por último la curva del cuello. Las femeninas manos le acariciaron la espalda y reconocieron la cordillera de sus recios músculos mientras él se movía encima. La piel se le contraía de anticipación ante sus caricias. Quería que sus manos estuvieran por todas partes, que hicieran de todo, y así se lo dijo, susurrando en su oído con una voz tan ansiosa que apenas la reconoció como suya. Las palmas de aquellas manos se deslizaron por sus hombros, bajaron por sus brazos, pasaron sobre sus costillas y rodearon la zona lumbar hasta detenerse un momento en la base de la columna, provocándolo con unas caricias cuyas sensaciones le llegaban hasta los dedos de los pies. Ella se aferró a sus nalgas y se apretó fuertemente contra su ansia, dura como una piedra. Se movió, trabajándolo, y le mandó el mismo mensaje con la boca: su lengua envolvía la suya, empujaba, exploraba...

No sabía si alguna vez alguien lo había deseado como lo deseaba aquella mujer... y entonces recordó que le pagaba. Era una prostituta. De pronto, inesperadamente, deseó que fuera distinto.

Se movió para separarse de ella, reacomodando la postura, y sonrió al ver que lo buscaba a ciegas. Le apartó la mano mientras se arrodillaba entre sus piernas; luego le empujó hacia atrás las rodillas, que tenía alzadas, y le levantó las nalgas. Cuando ella extendió la mano para tocarlo otra vez, se hundió en su interior. Ella dio un grito, y al oírlo, él

deseó otra cosa: deseó oír su nombre, y no sólo un grito salvaje, animal. Se retiró y empujó de nuevo. Estaba tensa y caliente; lo rodeó y lo retuvo. Le buscó los antebrazos, se aferró a él, pasó las palmas de las manos por sus músculos. Se arqueó. Él se hundió en su interior, y las uñas de ella le dejaron marcas en la piel. La apretó fuerte, hundiendo los dedos en su carne. Sintió que aceptaba su ritmo, la fuerza de sus impulsos, y supo que estaba atrapada en la misma espiral de pasión que él. Observó su cabeza moverse de un lado a otro, su boca entreabierta, su garganta desnuda... Tenía los pechos arrebolados, y el brillo de la transpiración hacía que su piel reluciera a la luz de la lámpara.

La voz de ella se entrecortaba al aspirar el aire, y su propia respiración sonaba áspera. Sentía la tensión como una llama ardiente que lo lamía justo bajo la superficie de la piel. Sus músculos estaban tensos, y el deseo lo conducía dentro de ella una y otra vez. Al final lo venció un placer feroz y egoísta. En el clímax se tensó contra ella, y después la tensión se abrió, se disolvió. Al fin se derramó en su interior, incapaz de contener su quejido al derrumbarse sobre ella.

Casi al instante se quedó dormido.

Como si de un rosario se tratara, Lisa Antonia Hall manoseó la sarta de perlas que llevaba al cuello.

—No sabía que iba a tardar tanto en llegar —le dijo al hombre que tenía delante—. ¿De qué sirve contratarlo con un adelanto si no puedo

contar con usted?

Morrison James soltó el maletín negro de cuero en la alfombra y se zafó del abrigo. Lo colgó sobre el respaldo de la butaca que había en los aposentos privados de la señora Hall y se frotó la nuca con gesto de cansancio. Su tupido cabello negro, abundantemente salpicado de plata en las sienes, estaba despeinado en ciertas partes y aplastado en otras. En su mejilla aún se veía la marca de la arruga de una almohada, y tenía la cara rubicunda de sueño. Llevaba los lentes un poco torcidos en el caballete de la nariz.

—Un adelanto es lo que se le paga al abogado, Lisa —aclaró—. Y «soborno», lo que se les paga a los polis. No recuerdo cuándo fue la última vez que me pagó usted mis servicios.

Ella dejó de jugar con las perlas y le dio unos golpecitos en el pecho con el dedo índice; su sonrisa era de algodón de azúcar.

—Eso es porque usted se lo cobra en especie.

El médico le apartó la mano con suavidad y se alisó la pechera del camión de dormir, que llevaba mal remetido en los pantalones. Se enderezó los tirantes antes de meter las manos en los bolsillos y luego se meció sobre los pies.

—Dé gracias de que sea así; de lo contrario haría que me pagara un ojo de la cara.

Como solía mantener a una de sus chicas de tarifa más alta ocupada la mayor parte de la noche, la señora Hall seguía pensando que su precio era demasiado alto... Pero no era fácil encontrar buena atención médica,

de modo que, por lo general, se tomaba con filosofía el asunto del trueque.

—Bueno, esta noche puede elegir.

—¿Una noche aburrida?

—Para la mayoría de las chicas, aunque no para mí. He estado hasta el cuello de trabajo.

Él no tenía ganas de escuchar la historia. Bostezó y se ajustó las gafas.

—¿Por qué ha mandado a buscarme a casa? —preguntó—. No será Beth otra vez, ¿no?

Ella agitó la mano con impaciencia y sus pulseras tintinearón.

—No, no es Beth; de hecho, no es ninguna de mis chicas, aunque, ya que ha venido, podría echarle un vistazo a Jane. Me parece que tiene algo.

—Lisa... —pronunció su nombre con un tono aburrido; sus ojos se posaron en el frasco de whisky que había sobre el aparador—. ¿Puedo?

—Sírvase usted mismo.

Morrison se sirvió una copa, se la bebió de un trago y se puso otra. Después se apoyó en el aparador y empezó a darle vueltas al vaso entre las palmas de las manos.

—Es bastante más de medianoche, Lisa, y acababa de meterme en la cama cuando su hombre llegó a buscarme.

Ella frunció el entrecejo.

—Lo envié hace horas.

—Estaba operando en el hospital, y no me encontró. —Dio un sorbo a su bebida—. Yo también he tenido una noche muy ajetreada, así que, ¿qué desea?

Lisa se dejó caer en una mullida butaca.

—¿Ha oído hablar de Harlan Porter?

—¿El chulo?

Ella asintió: «El mismo.» A su pesar, Morrison sintió interés; en la docena de años que llevaba acudiendo al establecimiento de la señora Hall, no recordaba haberse aburrido nunca. Dio un suspiro; estaba claro que aquella noche no lo habían llamado para una urgencia. Necesitara lo que necesitase, la dueña contrataba también su discreción. Entre resignado y curioso, dijo:

—Más vale que me lo cuente todo.

Ella sonrió con gesto cordial.

—Claro que sí.

Él sintió que se henchía y se endurecía. El cuerpo de ella estaba arqueado contra el suyo. Con el brazo la tenía ceñida por la cintura, y su palma le rodeaba la parte inferior del seno. Entonces penetró con cuidado en ella, que lo empujó y acogió su entrada. Su trasero le daba en los genitales, y él hundió la boca en su cuello, en su pelo. Saboreó su piel y dejó que lo invadiera la fragancia de su carne. Sus pechos le llenaron las manos. Sus muslos eran cálidos. Ella volvió la cabeza y buscó sus

besos. Su boca estaba caliente. Su fuego ardía desde el interior.

—Así —susurró él con ronca urgencia—. Muévete conmigo.

Cuando lo hizo, él se sintió como si fuera el dueño de aquel fuego.

—Dios, eres dulce..., que dulce...

Ella estaba tomándolo entero, y aquella sensación resultaba casi insoportablemente intensa; el placer recorría la frontera del dolor. Le deslizó la mano entre los muslos y sus dedos exploraron. Acarició, provocó... Oyó que la soñolienta cadencia de la respiración cedía ante algo más rápido, más agitado. Sin saber apenas qué palabras pronunciaba, la animó, conteniéndose hasta que sintió el ascenso del placer en ella.

—Por favor... —dijo la joven.

Sólo eso: sólo «por favor», pero lo dijo una y otra vez.

Cuando se estremeció y se derritió contra él, ya no hubo motivo para reservarse nada. Entonces le devolvió el calor y el fuego, y compartió la fuerza de su pasión. Luego, cuando llegaron al límite, ella se dio media vuelta entre sus brazos y no tardó en quedarse dormida.

La lámpara de queroseno era un simple hilo de luz que le marcaba el perfil. Contempló su rostro, las delicadas facciones que no eran hermosas en sentido estricto pero que, sin embargo, llamaban la atención; aquellos mechones de cabello rojo veteados de cobre y de oro; aquel cutis suave que absorbía el velo de luz de la lámpara... Se admiró de estar tomándose la molestia de observarla, de parecer decidido a construirse un recuerdo, cuando al principio sólo pensaba usarla para

olvidar.

Se dijo que debía marcharse: no tenía previsto pasar la noche en el burdel... Pero ella estaba aferrada a él, casi cosida a su cuerpo, y en aquel momento la idea de apartarla no le apetecía. Antes del amanecer le dejaría una suma generosa y saldría a hurtadillas. A los treinta años, no le hacía gracia colarse en casa de su padre de madrugada, y de esa forma se reuniría con todos para desayunar.

Se quedó dormido con una cínica sonrisa en los labios, mientras se preguntaba qué pensarían al verlo llegar con el periódico de la mañana y vestido de etiqueta.

—Y entonces, ¿qué ocurrió con Harlan? —preguntó el doctor James cuando Lisa finalizó la historia.

—Beth lo echó, amenazándolo con una escoba.

—Bien por Beth —dijo él en tono aprobador—. ¿Y la muchacha?

—Está arriba. La puse en una habitación del vestíbulo, frente a la de Beth. Desde luego, apenas podía hablar, aunque no sé decir si por culpa del susto, de una enfermedad o del daño que le hizo Harlan. Por eso envié a Huggins a buscarlo. Al tocarla sentí que estaba caliente, y supuse que un poco de láudano no le vendría mal.

—¿Cuánto?

Ella se encogió de hombros.

—La cantidad de costumbre, calculo. Ya sabe que no lo mido.

—Lo que sé es que, por lo general, se le va la mano al ponerlo.

—Al menos tuve la precaución de sacar el licor de la habitación — soltó una risilla—. ¿Recuerda los ojos de loca que se le pusieron a Beth cuando los mezcló?

—Recuerdo que se quejó de dolor de cabeza durante tres días.

El médico dejó el vaso.

—Creo que será mejor que vea ya a su «pobre huerfanita» —dijo—. ¿Desea quizá conservarla para la casa?

—Me gustaría, pero no creo que a ella le interese: podría habérselo montado bastante bien quedándose con Harlan, y dejó más que claro que no quería nada con él. —Meneó la cabeza y manoseó sus perlas de nuevo—. Mucho me temo que haya vagado por esas calles por error.

—Así que por fin llega al meollo de la cuestión —dijo él despacio—. Le inquieta que meterla aquí vaya a tener repercusiones.

—Justo. Pero la mala conciencia no me habría dejado vivir si llego a dejarla en la calle.

Él asintió con la cabeza.

—Ya sabe que no ha de preocuparse porque yo vaya a decir nada sobre esta noche..., a nadie. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. De todos modos, puede que esa muchacha no sea nadie.

Lisa alzó la mirada hacia él y sonrió nerviosa.

—No sabe cuánto deseo que sea así.

Morrison James recogió su maletín.

—¿Dice que la ha puesto en el cuarto de Beth?

—No, enfrente.

Hizo una pausa y observó que él fruncía el entrecejo al ver que intentaba situar el dormitorio.

—Una vez subida la escalera, gire... —se detuvo y miró las pulseras de su muñeca izquierda—, gire a la izquierda.

La dueña del burdel sonrió con una mueca de autocrítica.

—Sinceramente, a mi edad ya sería hora de distinguir la derecha de la izquierda... A la izquierda en el descansillo —repitió—, y luego la segunda puerta de la derecha.

Pero, poco a poco, su sonrisa se esfumó. Por un instante sus ojos mostraron una expresión pensativa que luego se transformó en inquieta y, finalmente, en angustiada. De pronto se levantó y se agarró el collar, al no poder agarrarse el corazón.

—¿Qué ocurre? —preguntó el médico—. Lisa, ¿qué pasa? Parece que vaya a darle un ataque.

—¡Me parece que le he indicado a ese hombre el cuarto que no era!

—¿A quién?

—Tenía intención de que fuera con Megan...

Sus ojos recorrieron el aposento como un rayo mientras se planteaba las posibles consecuencias de su error.

—Ay, Dios, ¿y si...?

—Pero ¿quién? —volvió a preguntar Morrison James—. Lisa, en serio, debe explicarse si de verdad pretende que la ayude.

La señora Hall se dirigió a la puerta, segura de que él la seguiría.

Hizo girar el picaporte y salió al pasillo; sin dilación se encaminó a la escalera de atrás, el acceso privado que conducía al primer piso.

—No sé cómo se llama, aunque no es que eso importe mucho —dijo mientras apresuraba el paso—. Creo que ha estado aquí antes, pero yo no había tratado con él... Era un hombre muy frío. Hasta me planteé si aceptarlo o no.

Se levantó las faldas y subió los escalones de prisa; sólo se detuvo un instante para recuperar el aliento antes de irrumpir en el vestíbulo.

—Debería haberlo acompañado a la habitación —prosiguió, apurada—. ¿Y si ha encontrado a la muchacha y...?

No pudo terminar la frase; miró a su viejo amigo con un gesto de impotencia.

—¿Y si hay problemas?

Morrison James puso la mano en el hombro de la *madame*, haciendo que se detuviese en seco.

—Escúcheme, Lisa: está exaltándose sin motivo real. Tal vez no se equivocó al darle la dirección; a lo mejor ese hombre ha encontrado a Megan. Y si ha ocurrido lo peor, ¿hasta dónde llega el problema? Es muy posible que esa muchacha no tenga a nadie que salga a defenderla en el caso de que el incidente se haga público. Usted ha capeado temporales peores que éste.

La señora Hall se zafó de la mano del médico y llamó con fuerza a la puerta de Megan.

—Tengo un presentimiento —dijo—. Y es de una clase que he

aprendido que hay que escuchar.

Retrocedió al abrirse la puerta, por la que asomó una joven rubia de alborotado pelo color miel, con una sonrisa soñolienta y malhumorada.

—¿Está contigo? —preguntó Lisa.

Tenía que saber lo peor antes de entrar en el otro cuarto; debía estar preparada. Megan parpadeó, sorprendida.

—Conmigo no hay nadie.

Su redonda cara se plegó en un cómico mohín al intentar sofocar un bostezo; cuando se rindió, la mandíbula le crujió.

—Perdonen, pero mi último cliente me ha puesto a prueba.

—¿Un hombre alto? —preguntó Lisa—. ¿Con el pelo oscuro y los ojos negros?

Megan negó con la cabeza al tiempo que se apoyaba en la jamba de la puerta.

—¿No se acuerda? Usted me mandó a Billy Davis.

Morrison James se llevó la mano a la frente y se frotó la sien.

—¿Han tenido aquí esta noche a la mano derecha del alcalde? —preguntó—. ¿El mismo Billy Davis que amenaza con cerrar todos los burdeles de la ciudad?

Las dos mujeres se quedaron mirándolo como si no entendieran su sorpresa.

—Un hombre de necesidades tan especiales tiene que ir a algún sitio —dijo Lisa en tono filosófico; luego se dirigió a Megan—: Estuvo aquí hace horas, bastante antes de medianoche. ¿No has tenido a nadie más?

—No.

A la dueña del burdel se le cayó el corazón a los pies; aun así tuvo la suficiente presencia de ánimo como para mostrar interés por una de sus chicas preferidas.

—Billy no te habrá hecho daño, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—No más de lo normal. Nada que no pueda manejar.

La señora Hall frunció el ceño.

—El doctor Morrison te verá tan pronto como haya acabado con nuestra inesperada huésped.

—¿Se refiere a la víctima de Harlan?

La *madame* asintió.

—Vamos, Morrison, ya podemos ir allá. Creo que mis peores temores se han confirmado.

—Venga, Lisa —dijo él tratando de tranquilizarla—. No sabe si...

Se interrumpió cuando ella le lanzó una mirada de advertencia. Se apresuraron a recorrer el vestíbulo y esta vez, al llegar a la puerta, la señora Hall no se molestó en llamar: hizo girar el picaporte y entró en el cuarto. Morrison pasó detrás, mientras Megan se quedaba rondando por el umbral.

La habitación estaba demasiado oscura como para que se distinguiera nada a primera vista, aunque la luz de gas que llegaba del pasillo ayudaba un poco; fue el único motivo por el que Lisa no dejó fuera a Megan. La *madame* avanzó con decisión hacia la cama y empezó a

tirar del arrugado montón de mantas y a arrojarlas al suelo, hasta que descubrió una despeinada cabeza de pelo negro. A modo de despertador, preguntó: «¿Dónde está la muchacha?» Entonces el hombre abrió un ojo y gruñó. Sentía punzadas en la cabeza. Cerró el ojo para ver si así mejoraba, pero no funcionó; una voz estridente no dejaba de repetir: «¿Dónde está la muchacha? ¿Dónde está? ¿Dónde está?...»

Morrison James señaló la botella vacía de whisky escocés tirada en el suelo.

—Creía que había sacado el licor.

—Y lo hice —se defendió Lisa.

Siguió la línea del dedo del médico.

—Sí que lo hice —repitió, y recogió la botella—. Debe de haberla traído él.

La sostuvo encima del hombre que estaba en la cama y la agitó con gesto amenazador.

—¿Le ha dado de esto?

«¿De esto? ¿De esto?...» El hombre ya no sabía si le repetían las preguntas u oía ecos. Volvió a abrir un ojo y se las arregló para agarrar la sábana que estaban a punto de arrancarle de la desnuda espalda. En tono glacial preguntó: «¿Le importa?» Entonces Lisa soltó la sábana y dejó también la botella.

—¿Qué le ha ocurrido a la muchacha?

El hombre supuso que la pregunta iba dirigida a él, aunque era difícil decirlo; por un lado la dueña del burdel no dejaba la vista quieta

ni un segundo y miraba a su alrededor sin cesar, y por otro, había más público. Se sentó despacio, tirando de la sábana para cubrirse el regazo, y se apoyó en el cabecero de la cama. Entonces dirigió un legañoso vistazo al reloj que había en la repisa de la chimenea; parecían ser casi las tres y media. Se frotó los ojos con el pulgar y el índice, y en tono cansado preguntó:

—¿Qué es lo que desea saber?

—La muchacha que estaba aquí dentro, ¿qué ha sido de ella?

El hombre dejó de frotar y saludó a la *madame* con una cáustica ojeada.

—¿Cómo voy a saberlo? —Levantó una esquina de la sábana e hizo ademán de buscar debajo—. No, no está aquí. ¿Ha mirado en el retrete? ¿Y en la cocina? ¿Y si está en otro cuarto? Seguro que no soy el único a quien ha procurado diversión esta noche.

Lisa buscó en el cajón de la mesita de noche y encontró una cerilla; la rascó, encendió la lámpara de queroseno y subió la mecha para que diera más llama. Después volvió a poner en su sitio la tulipa de cristal, alzó la lámpara y señaló la mancha oscura que él había dejado al descubierto al bajar otra vez la sábana.

—La señorita con la que ha estado esta noche no procura diversión a nadie más —dijo en un tono helado que hacía perfecto juego con el que había empleado él—. Más aún: jamás ha procurado diversión a nadie. ¡Y además, no es probable que se haya divertido mucho con usted!

Sus palabras fueron tan eficaces como una ducha fría o una cafetera

de café negro; el hombre se despertó por completo. Entonces clavó los ojos en la sangre seca que manchaba la sábana y se sintió palidecer.

—¿Qué diablos pasa aquí? —preguntó.

Salió con esfuerzo de la cama, arrastrando la sábana de arriba consigo y ciñéndosela; a continuación lanzó una mirada asesina a la *madame*, al hombre que estaba al pie de la cama y, por último, a la mujer de la entrada.

—¡Yo no pedí una maldita virgen!

—Ay, guapo, lo creo —dijo Megan—. Y si hubiera ido a la habitación correcta, no habría tenido una.

—¿A la habitación correcta? ¿Qué quiere decir? —Sus cejas se unieron al mirar a Lisa con el ceño fruncido—. ¿Qué es lo que quiere decir? Usted me dijo que éste era el cuarto: a la izquierda al llegar arriba, y luego la segunda puerta a la derecha.

Los dedos de Lisa trasteaban nerviosos las perlas. Se sentó pesadamente en la cama.

—¡Esto es espantoso! ¡Horrible! ¿Tiene usted idea de lo que ha hecho?

El hombre alzó sus oscuras cejas.

—¿Que si tengo idea de lo que he hecho? —Hizo una pausa y su labio superior esbozó una mueca cínica, mientras su mirada se mantenía glacial—. Si se trata de un timo, se ha equivocado de hombre. Yo no pedí iniciar a una de sus chicas, y no voy a pagar sólo porque no haya sido como ella esperaba.

Morrison puso el maletín en la cama y defendió a Lisa.

—Nadie intenta sacarle dinero: ha habido un error, eso es todo. Megan, mira en el ropero; tal vez no se haya marchado.

La joven hizo lo que le pedían, y los ojos de Morrison se posaron en la botella de whisky.

—Soy el doctor James. La señora Hall me ha pedido que venga a ver a la muchacha con quien ha estado usted; no se encontraba..., no se encontraba bien. Pero no ha respondido a la pregunta de Lisa. ¿Bebió la muchacha algo de esto?

—Casi todo.

El suave gruñido de Lisa quedó sofocado por el anuncio de Megan de que el ropero estaba vacío.

Entonces el hombre pasó al ataque y preguntó: «¿Qué ocurre aquí?» Sus ojos repararon en el maletín del médico y en ese instante recordó su propio maletín de cuero negro. Miró a su alrededor buscándolo, en primer lugar sobre la mesa que había justo a la entrada, y al ver que no estaba allí, escudriñó otras partes del cuarto.

—¿Dónde está? —preguntó; al ver que los otros se limitaban a mirarlo sin comprender, repitió la pregunta con más aspereza—. Yo tenía un maletín casi idéntico al del doctor. ¿Qué diablos han hecho ustedes con él?

—Yo no lo he tocado —respondió la señora Hall—. Ninguno de nosotros lo ha tocado.

—¿Qué le han dicho a la chica que haga con él?

—Se equivoca —repuso Morrison—. Si el maletín ha desaparecido, Lisa no ha tenido nada que ver con el asunto. Esta es una casa respetable.

—Pero si es un burdel...

—Pero decente —dijo Megan, ofendida por la prepotencia de aquel extraño.

—Encuentren mi maletín y me disculparé —dijo él con mordaz sarcasmo.

Indiferente al pudor, dejó caer la sábana y empezó a ponerse los calzones y los pantalones.

Megan dio un suspiro.

—Ojalá hubiera dado con la habitación correcta...

El hombre se limitó a gruñir, impasible ante su adulación. Luego se puso la camisa de etiqueta y se remeti6 los faldones; con un chasquido, colocó los tirantes en su sitio. A continuación, sentado en el sillón de orejas, se puso las medias y los zapatos. Morrison James no perdía detalle del corte y el estilo de aquella ropa, que indicaban que era cara. Quizá se pudiera razonar con él.

—Mire, no es lo que usted piensa. Y aunque así fuera, no querrá que su nombre salga en los periódicos, ¿no? Sea razonable y deje que nosotros nos encarguemos del asunto.

El hombre se detuvo en mitad de la tarea de ajustarse los gemelos y le clavó al médico el filo de su seria y penetrante mirada.

—De modo que es eso, ¿eh? Las prostitutas roban a los clientes, y ustedes cuentan con que estemos demasiado asustados o avergonzados

como para denunciarlo.

Terminó con los gemelos y se alisó la inmaculada manga sobre el antebrazo; luego la encajó en la muñeca y preguntó:

—¿Doy la impresión de tener miedo? ¿De estar avergonzado? — Ninguna de estas preguntas obtuvo respuesta; en cambio, observó que su público parecía bastante incómodo—. Su prostituta, y comprenderán que dude que fuera la chica inocente que fingía ser, era sorprendentemente buena, pero no valía mil doscientos dólares.

Con un chasquido, el collar de la señora Hall se rompió, y las perlas cayeron al suelo. Morrison James se sentó de golpe en la cama. En cuanto a Megan, se limitó a abrir la boca.

—No deberían ustedes trabajar aquí —les dijo el hombre—. Ahora mismo en el Teatro Wallack dan una obra que se beneficiaría de su talento artístico.

Se puso el frac, se pasó la mano por el pelo y giró sobre sus talones. Al llegar a la puerta se detuvo.

—Me da lo mismo si encuentran o no a la chica, pero más vale que encuentren mi maletín.

La señora Hall hizo un esfuerzo por tranquilizarse cuando él ya salía al pasillo.

—¡Espere! No sé cómo dar con usted.

—Yo sí sé cómo encontrarla a usted.

—Pero su nombre... Sería... Es...

La leve sonrisa del hombre tenía algo de peligrosa.

—Holiday. Connor Holiday.

Le agradó ver que aquello causaba impresión. Cuando cerraba la puerta, oyó que el médico decía con un suspiro: «Esta vez, Lisa, se ha metido en un buen lío.»

* * *



Capítulo 2

La misma noche, distinta perspectiva.

Se había perdido... Algo que hasta ese momento le habría parecido imposible: había crecido en aquella ciudad, y estaba familiarizada con el peculiar laberinto de avenidas y callejones, paseos y patios traseros que formaban Manhattan. Aunque no iba caminando a todas partes, era observadora, y cuando se desplazaba en un coche de alquiler o en el carruaje de la familia, a menudo se fijaba en ciertos edificios y negocios para tomarlos como puntos de referencia. En su naturaleza estaba el prestar atención a las cosas, y se enorgullecía de ello... Por eso le resultaba tan difícil aceptar que se hubiera perdido.

No reconocía nada. Las casas, hechas de tablas de madera, estaban construidas casi una encima de la otra, como si se inclinaran para fisgonear, sin jardín, vegetación ni vallas que las separaran, y además observó que todas las hileras parecían combarse en el centro. Al ser de noche era difícil saber en qué estado se encontraban, pero sospechaba que a bastantes tejados les faltaban tejas y a las ventanas, vidrios. En la puerta de varias casas había carteles que anunciaban habitaciones en alquiler; otras, en realidad, eran tabernas o salas de baile. En algunas ventanas, las tulipas de las lámparas eran de vidrio rojo; no era tan

ingenua como para ignorar lo que aquello quería decir.

Y, aun así, no dejaba de asombrarla que una noche que había empezado de forma inocente en la biblioteca fuera a acabar en el barrio más sórdido de Manhattan.

Mientras miraba a su alrededor y calculaba la distancia que habría hasta el muelle para orientarse, reconoció que no estaba dispuesta a asumir toda la responsabilidad de su apuro. Primero la habían engatusado, luego hostigado y, por fin, desafiado a que tomara parte en una especie de gincana: un juego callejero donde había que encontrar cosas de una lista; después la habían abandonado, cuando su acompañante prefirió estar con otro. Su hermana tendría mucho de lo que responder.

Retrocedió hasta las sombras al ver que la puerta de una de las salas de baile se abría de golpe y un bullicioso grupo de marineros salía tambaleándose a la calle, cogidos del brazo. Su humor procaz la hizo ruborizarse. Con la espalda apoyada en el oscuro hueco de la entrada de una pensión, sin retirada posible, cerró los ojos y rezó para que pasaran sin verla o, en caso de que la vieran, para que no la abordaran. Sus voces fueron desvaneciéndose, y entonces se atrevió a abrir los ojos..., y se encontró mirando de hito en hito un par de ojos claros y curiosos. La sonrisa torcida de aquel rostro se ensanchó, y el marino llamó a sus compañeros.

—¡Venid a ver lo que he encontrado!

Intentó zafarse y salir de allí, pero los reflejos del marinero no

estaban tan entorpecidos por el alcohol como ella creía: extendió los brazos, uno a cada lado de sus hombros, y se apoyó cómodamente en la pared. Después miró por encima del hombro, buscando a sus amigos, y luego miró a hurtadillas a su cautiva, con una sonrisa bobalicona en la cara.

—Parece que no me han oído, o que no les interesa —dijo.

A continuación pestañeó con fuerza, hizo una pausa y la miró de arriba abajo.

—No deben de haberme oído. Seguro que les interesarías, porque vale la pena mirarte: no eres de lo que abunda por la calle Canal.

Ella suspiró; al menos ahora sí sabía dónde estaba..., aunque el dato no era tan prometedor como esperaba. En la calle Canal, con todas aquellas luces rojas que le guiñaban desde los porches y las ventanas de las casas, probablemente no la tomarían por una mujer de buena procedencia. Se daba cuenta de que no debía aceptar sin más su situación, y menos aún con aquel marinero borracho mirándola de forma lasciva y estúpida, pero no tenía demasiadas opciones. Para empezar, carecía de fuerza para rechazarlo y, luego, estaba apenas convaleciente de tres aburridos días en cama con dolor de garganta y laringitis, de modo que casi ni podía susurrar, mucho menos gritar... No tenía otra salida que echarle descaro.

Y así fue cómo aquella joven de veintitrés años, con fama de no tener ni un pelo de descarada, devolvió al marinero una mirada audaz. Él alzó las cejas, esperanzado, y le preguntó:

—¿Tienes un cuarto por aquí cerca?

Ella negó con la cabeza; las cejas bajaron cuando el marinero frunció el ceño.

—Pues al barco no puedo llevarte...

Se sintió aliviada, pues parecía que no tenían alternativa: tendría que dejarla marchar. Empezó a apartar el brazo que limitaba sus movimientos.

—No tan rápido. —Él seguía con el ceño fruncido, pensando con intensidad—. Está el callejón.

Era una idea espantosa. Con la voz reducida a poco más que un ronco susurro, consecuencia de su resfriado, que sonaba más a invitación que a negativa, repuso:

—No. El callejón no.

—Entonces aquí mismo.

Igual de espantoso... Sus ojos se dilataron cuando las callosas manos del marinero se hundieron dentro de su abrigo para agarrarla por la cintura. Antes de que pudiera moverse, él avanzó un paso y la levantó contra la pared del hueco. Ella le empujó los hombros, pero fue un gesto inútil; sus pies ya no tocaban el suelo.

Entonces dijo: «No es gratis, ¿sabe?» Le agradó ver que aquello lo hacía vacilar. La posó en el suelo otra vez y, justo en el instante en que metía las manos en los bolsillos para buscar dinero, ella huyó como un relámpago. Se levantó las faldas y corrió por la acera hasta llegar a la calzada, donde esquivó un carro de cerveza tirado por dos caballos que

acababa de girar en la esquina. Corriendo a ciegas, perdido de nuevo el sentido de la orientación, se metió en un estrecho pasaje entre dos casas para recuperar el aliento. Le dolía el pecho al respirar, y en ese momento recordó la voz de su madre, aquella misma mañana, diciéndole que debía quedarse otro día en casa, que no le convenía recorrer ni siquiera el trayecto hasta la biblioteca... Pero tenía que estudiar. Y es que, aunque quizá no fuera demasiado descarada, como todos los demás miembros de su familia, sí que era testaruda. Las palabras de su madre quedaron desatendidas en la mesa del desayuno, y ahora resonaban con un eco burlón.

El corazón le golpeaba con tanta fuerza que no oyó acercarse al marinero hasta un segundo antes de que su abrazo la atrapara.

—¿Por qué corrías? —preguntó él. Retrocedió al sentir el agrio olor a cerveza de su asaltante. Volvió a un lado la cabeza y se le revolvió el estómago al notar su boca en el cuello. Entonces, no demasiado convencida de que su acción fuera a surtir más efecto que antes, lo empujó con fuerza en los hombros... Y le pareció que la sorpresa que vio pintarse en la cara de él al verse desplazado a un lado no era sino reflejo de la suya. El marinero cayó de rodillas, dio un gruñido y después se esforzó torpemente por alejarse. Mientras tanto ella sólo tenía ojos para quien la rescataba: un desconocido que se quitó el sombrero e hizo una amplia reverencia.

—Servidor de usted —dijo.

Aquel ademán resultaba teatral e innecesario, pero era de agradecer.

Se preguntó de dónde habría salido, y en voz baja dijo: «Gracias.» Entonces él le ofreció el codo, y a sí mismo como acompañante para salir del callejón.

—¿Puedo?—preguntó.

Ella titubeó y lo miró con recelo. Su rescatador lo entendió.

—Es natural que su experiencia la haya vuelto cautelosa, pero le aseguro que no soy tan zafio como su marinero.

—No era mi marinero —repuso.

Tragó saliva con dificultad; sentía el fondo de la garganta en carne viva.

—Usted no se siente bien.

El comentario la sorprendió de forma agradable; en realidad, se dijo, ni en el semblante ni en el porte de su rescatador había nada demasiado amenazante. Era un hombre alto, de rostro alargado y sonrisa fácil. Sus modales revelaban inquietud al inclinarse solícito hacia ella. Sus oscuros ojos la observaban con atención, y con ellos parecía apelar a su confianza.

—Me duele la garganta —le dijo.

Él asintió.

—Me figuré que debía de ser algo así. Como no gritaba...

—No podía.

—Entonces todo lo que tenemos que hacer es llevarla a algún lugar cálido y, además, seguro.

Al fin se decidió: le ofreció el brazo, y juntos salieron del callejón a la calle. Allí el gas los rodeó con un halo amarillo mate. Tres hombres

salieron en avalancha de una taberna cercana, y ella se acercó un poco más a su rescatador, que advirtió el gesto.

—Harlan Porter —dijo, presentándose.

—Gracias, señor Porter —dijo ella sin corresponder a la presentación.

A veces le parecía que su apellido era un sinónimo de escándalo, pero hasta entonces se las había arreglado para escapar de él y no tenía ningún deseo de que cambiara la situación. Si parte de las aventuras de aquella noche salían a la luz, no iba a hacer que ni ella misma ni su familia se avergonzaran.

—¿Quiere pararme un coche de alquiler?

—Me encantaría hacerlo, pero tendremos que caminar un poco; los carruajes no suelen venir por aquí. Tal vez ya le resulte evidente, pero éste no es el barrio más respetable de la ciudad.

Ajustó el paso al de Harlan Porter, agradecida de su protección. La calle no parecía tan siniestra junto a su acompañante; la música y las risas que llegaban de las salas de baile resultaban menos estridentes. Caminaron varias manzanas y observó una progresiva mejora en la zona. En cuanto al material de construcción, las casas pasaron de las tablas de madera a la piedra color rojizo; en la calzada había menos baches, las enseñas de los negocios estaban en buen estado y los peatones ya no andaban tambaleándose. De vez en cuando, en alguna ventana aislada todavía se veía una luz roja, pero la clientela de aquellos establecimientos parecía proceder de los barrios exteriores.

—Los coches de alquiler frecuentan las calles que están justo más allá —le dijo Harlan Porter—. Si quiere esperar, me adelantaré e iré a por uno para que venga hasta aquí.

Ella no quiso quedarse sola y meneó la cabeza con energía.

—De acuerdo, pero veo que está algo cansada. ¿Puedo sugerirle un atajo por aquí?

Señaló un pasaje entre dos casas, parecido al otro donde la había abordado el marinero, y su primer instinto fue salir corriendo. Luego se impuso el pensamiento racional, y se dio cuenta de que era mejor afrontar el miedo; después de todo, no iba a estar evitando los pasajes oscuros y estrechos el resto de su vida: así eran la mayoría de los pasillos de la biblioteca que le encantaba frecuentar. Además, razonó, fue el marinero y no el lugar quien supuso una amenaza, y era ridículo que generalizara su conducta a todos los hombres. Harlan Porter, por ejemplo, se había desvivido por ella con generosidad.

—O quizá prefiera dar el rodeo —sugirió él.

Ella negó con la cabeza, al tiempo que se tocaba la garganta para indicar el dolor y decía: «Estoy cansada.»

—No intente hablar; la entiendo. Tomaremos el atajo.

Sonrió agradecida a su ángel de la guarda. Le ofreció el brazo otra vez y dejó que Harlan Porter la condujera hasta las sombras más oscuras que había entre los edificios.

Entonces, como de pasada, mientras iban andando, él comentó:

—Por lo visto, lo único malo de usted es que es demasiado confiada.

Y sin más advertencia, la empujó con fuerza contra el muro de ladrillo de una de las casas y le apretó el antebrazo contra la garganta. Ella se desplomó casi al instante.

La conciencia parecía volver despacio. Primero fue la dulce sensación de respirar; luego, la punzada de algo frío y húmedo en la cara. A continuación oyó voces, y momentos después la luz comenzó a filtrarse a través de sus tupidas y oscuras pestañas. Era como si sus sentidos fueran reviviendo por pasos... Soltó un leve gruñido y trató en vano de apartarse la humedad de la cara.

Harlan Porter le enjugó de nuevo las mejillas y la frente con el pañuelo mojado. Le pareció una buena señal que intentara apartarlo; inconsciente, no le servía de nada.

Ya no estaban en el pasaje; fue lo primero que advirtió cuando abrió los ojos. Y tampoco estaban solos. Harlan Porter la sujetaba con fuerza con un brazo, al tiempo que usaba el otro para gesticular como loco mientras hablaba con el hombre que se había unido a ellos. Estaban de pie en una entrada de servicio, en la parte trasera de una gran casa de piedra rojiza, y le dio la impresión de que el desconocido había salido porque no quería que Harlan Porter entrara en la casa.

—Estoy diciéndoselo, Wicken —insistió Harlan—: él querrá ver lo que traigo aquí. Coincide casi perfectamente con lo que me dijo.

Ella vio que el señor Wicken tensaba la cuadrada mandíbula y

entornaba los ojos mientras la evaluaba de pies a cabeza con gesto escéptico. Intentó devolverle la misma mirada, pero dudó que resultara, ni de lejos, igual de amenazadora.

—Quizá sea como dices, Porter, pero primero tienes que pasar por mí, ¿no?

Harlan frunció el ceño.

—Quiere usarla primero, ¿verdad?

Su pregunta no obtuvo más respuesta que un silencio glacial, y entonces se encogió de hombros.

—Es su cuello lo que está en juego —dijo—. En cuanto a mí, me da lo mismo, y para ella no hay diferencia; pero si alguna vez él se da cuenta de que usted le cata el género, lo pondrá en la calle.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Wicken.

—Por mí no lo sabrá —dijo Harlan—. Pero no puedo hablar por la dama.

Los ojos de Wicken volvieron a fijarse en ella. Sin previo aviso, su mano salió disparada y le rodeó el cuello. Apretó los dedos lo bastante como para magullarle la piel, en tanto que sus ojos la repasaban con insolencia.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Tú vas a decir algo?

La presión y el dolor que sentía en la garganta eran tan fuertes que, sencillamente, creyó que iba a desvanecerse. Le arañó el antebrazo a Wicken, pero él no apartó la mano. Cerró los ojos y sólo el brazo de Harlan Porter en la cintura impidió que se cayera.

—Suéltela, Wicken —ordenó Porter.

Sonriendo, éste apartó la mano despacio mientras ella boqueaba.

—Creo que puedo contar con que se mantenga callada.

Porter la apoyó en la pared y luego tendió la mano, con la palma hacia arriba, en dirección a Wicken.

—Ahora deme mis honorarios por descubrirla, gracias.

—No hasta que la haya catado. A lo mejor no vale nada, y entonces el señor Beale no pagará.

—Siempre ha pagado, porque siempre le he buscado lo que quería.

Mientras Porter y Wicken discutían, ella aprovechó la oportunidad. Se apartó de la pared, se lanzó por encima de la barandilla del portal, cruzó a todo correr el patio trasero y se metió en el callejón de detrás de la casa. Ignorando el grito de Wicken y la orden de Porter para que se detuviera, siguió el borde de una cerca hasta dar con la puerta. Torpemente, hurgó en el cierre, lo forzó y corrió a meterse en el patio de otra casa de piedra rojiza. Se dirigió derecha al porche trasero; subió de un salto los dos escalones, se lanzó contra la puerta con mosquitera y aporreó el quicio con las pocas fuerzas que le quedaban.

Harlan la alcanzó justo cuando la puerta se abría de golpe. De un empujón la mandó a la esquina más oscura del portal, donde ella se dobló para recuperar el aliento.

La propietaria de la casa salió a ver; en seguida, fuerte y en tono serio, sonó la voz de Lisa Antonia Hall.

—¿Qué pasa aquí fuera? —preguntó, escudriñando la oscuridad—.

¿Harlan? ¿Es usted?

Por un instante Porter se quedó rondando por el primer escalón antes de retroceder al sendero de losas.

—Conque es usted... —dijo la señora Hall en tono de repugnancia—. No puedo decir que me agrada verlo esconderse en mi macizo de tulipanes.

Echó un vistazo por encima del hombro y llamó a una de las mujeres que había en la cocina.

—Beth, trae una escoba: tenemos una sabandija.

Harlan alzó las manos.

—Vaya, señora Hall, no es preciso insultar.

La *madame* se acercó al vano del portal y lo miró desde arriba con los brazos en jarras.

—No estoy insultando —dijo, y sonrió con dulzura—. Si recuerdo bien a Shakespeare..., «una rata por otro nombre».

El sonido de una risa ahogada en el rincón del porche llamó la atención de la señora Hall, que examinó la amedrentada figura de la joven y señaló a Harlan meneando el índice.

—Supongo que tendrá usted una explicación.

—Es parte de mi cuadra —dijo él.

La señora Hall dio un resoplido, asqueada por el comentario.

—Ése es su problema, Harlan: confunde todo el rato los caballos con las mujeres.

Por detrás del hombro de la señora Hall Harlan vio a Beth, que se

erguía en actitud belicosa sosteniendo la escoba.

—Ustedes dos tienen que mantenerse al margen: esto es entre la chica y yo.

—A mí no me parece que ella quiera tener nada que ver con usted —dijo la señora Hall—. ¿No es así, guapa?

Como respuesta recibió un rápido y decidido gesto afirmativo.

—Con eso me basta, Harlan. Y ahora salga de mi propiedad, o le diré a Samuel que llame a la policía.

Sin moverse, Harlan sopesó su situación.

—Tardará un rato.

—Unos dos minutos —le espetó ella—. Nuestro «poli» de barrio está tomándose un descanso en el piso de arriba, y no creo que le guste que usted lo moleste en este momento.

Su sonrisa se acentuó al ver el efecto que su comentario provocaba en Harlan.

—¡Váyase inmediatamente de aquí!

Él retrocedió otro paso que resultó demasiado tímido para Beth. Escoba en alto, ésta pasó como un ciclón junto a la señora Hall y se fue embalada tras Harlan, propinándole empujones y manotazos hasta que lo hizo atravesar la verja de entrada y ponerse al otro lado de la cerca. En seguida la señora Hall hizo pasar a su huésped al interior de la casa y la sentó a la mesa de la cocina. Beth no tardó en entrar; dejó la escoba y puso a hervir agua para el té. Al tiempo que buscaba tazones y los sacaba del armario preguntó:

—Y ella, ¿qué dice?

Su corta estatura le impedía alcanzar los tazones a la primera, por lo que dio un saltito para cogerlos. Al darse media vuelta vio que la joven sonreía débilmente. La cara redonda y poco atractiva de Beth se alegró con una sonrisa de ánimo.

—Bueno, por lo menos no has perdido el sentido del humor —le dijo.

La señora Hall se frotó la sien con una mano y se preguntó qué habría encontrado esta vez.

—Me parece, Beth, que nuestra huésped ha perdido la voz.

—¿De verdad?

Beth la miró con las cejas alzadas en un gesto inquisitivo. Ella se tocó la garganta con timidez y asintió. La señora Hall le señaló el cuello, por encima de donde terminaban el vestido y el abrigo.

—Tiene magulladuras.

Beth miró con más atención.

—Sí que las tiene... Debería haber usado un arma contra él, y no una escoba. —Dio un suspiro—. Pero creo que no habrá forma de saber cómo se ha mezclado con personas como él.

—Por ahora no —dijo la señora Hall con desaliento.

Al parecer, su papel en el alboroto de aquella noche no iba a acabar pronto.

—No puedo dejarla marchar en su estado; además, es posible que Harlan esté acechando por la esquina. Me parece que será mejor que

mande llamar a Morrison. —Se volvió hacia su huésped—. Es un médico amigo mío; creo que más vale que la vea.

Ella protestó meneando la cabeza con vigor, pero el movimiento la hizo marearse y eso debilitó su determinación. Al instante la señora Hall se puso a dar órdenes con voz enérgica:

—Beth, dile a Samuel que quiero que vaya a buscar al doctor James y que lo traiga aquí; luego termina de hacer el té y llévalo al cuarto de enfrente del de Megan; instalaré allí a esta señorita y le buscaré ropa seca. No creo que un baño caliente le siente mal; dile a Jane que te ayude a preparar uno. —Sintiéndose poco menos que como el buen samaritano, ayudó a su huésped a levantarse—. Me parece que en el armario de las medicinas de mi habitación hay láudano: trae la botella cuando traigas el té.

Beth hizo un rápido saludo militar que provocó un destello de sonrisa en la dueña del burdel. Luego ésta tomó del brazo a su paciente para sostenerla.

—Por aquí, corazón; vamos a cuidar de usted.

No le quedó otra alternativa que ir con ella, y, de hecho, se sintió muy aliviada de no tener que tomar ninguna decisión; apenas si podía poner un pie delante del otro, de manera que pensar con claridad era algo que, sencillamente, superaba sus posibilidades.

La señora Hall no dejó de parlotear mientras rondaba a su alrededor; la ayudó a quitarse las ropas húmedas y a ponerse un camisón de dormir limpio, a abrir la cama y luego a cepillarse el pelo.

Hizo comentarios sobre su aspecto, sobre la calidad de su ropa, la buena confección de su vestido y el perfecto ajuste del abrigo. Subrayó lo extraño de que anduviera en compañía de Harlan Porter —a quien llamó «procurador de jóvenes» por respeto a lo que pensaba que sería la delicada sensibilidad de su huésped—, y luego la regañó por andar por donde no debía.

Ninguna de las sospechas de la señora Hall obtuvo ni desmentido ni confirmación, y eso le hizo preguntarse si habría acertado en algo acerca de su huésped. Cuando la *madame* alzó el láudano para que se lo tomara, ella lo aceptó sin poner reparos; la lasitud fue como una manta cálida y cómoda; la aceptó e incluso la disfrutó. Entendía la naturaleza del negocio de la señora Hall, y también el puesto que la mujer ocupaba dentro de él, pero nada de eso le importaba. Los mimos le resultaban tranquilizadores. Sólo era cuestión de tiempo el recuperar fuerzas suficientes para regresar a casa. Descansaría unas cuantas horas; luego se marcharía y entonces pensaría en un modo de recompensar a la señora Hall por su amabilidad.

Éste fue su último pensamiento antes de quedarse dormida.

La señora Hall ordenó a Beth y a Jane que dejaran allí el baño que habían preparado; después remetiÓ las mantas alrededor de su paciente y salió de puntillas de la habitación. Entonces, por si acaso, regresó un momento: el tiempo justo para hacer desaparecer todo el licor que había en el armario del aparador. Luego fue a ver a sus otras chicas mientras esperaba a Morrison.

Se despertó de pronto, asustada y desorientada. Sólo había una lámpara, en la mesita de noche, y no daba mucha luz. Escudriñó el reloj que había sobre la repisa de la chimenea y vio que apenas pasaba de medianoche. Su corazón fue latiendo más despacio a medida que recordaba los acontecimientos pasados y reconocía aquel entorno extraño como un puerto seguro. Entonces tiró del edredón hasta rodearse los hombros y se acurrucó más en el blando colchón.

En ese momento vio que giraba el picaporte de la puerta. Se sentó de golpe y clavó los ojos en la imponente figura cuya silueta se recortaba en la entrada. Al ver que pasaba, su primer pensamiento fue echar a correr, pero luego lo vio dejar un maletín de cuero sobre la mesa, justo a la entrada, y respiró con tranquilidad. ¡El médico!... Apenas consiguió controlar una risa histérica y aliviada. Observó que miraba a su alrededor y al fin se acercaba hasta el biombo; movió una hoja y metió el dedo en el baño que habían preparado Beth y Jane. Tan pronto como dirigió su atención hacia ella, desvió la mirada.

—He interrumpido su baño —dijo él.

Quiso decirle que daba lo mismo, que el sueño le había sentado igual de bien, pero seguía notando la dolorida tensión en la garganta. En lugar de eso se encogió de hombros.

El ancho tirante del camisón le resbaló por el hombro, y se apresuró a ponerlo de nuevo en su sitio. Para su bochorno, volvió a resbalar; esta

vez lo dejó. Se sentía extrañamente tímida delante del doctor y bajó la cabeza de modo que el pelo cayera hacia adelante, resguardándola.

—Queda anotada en acta su exhibición de pudor —dijo él—. Conmovedora, aunque del todo innecesaria.

Al oír su comentario mordaz y cínico, quiso esconderse debajo de las mantas. Pensó que debía de ser consciente de lo guapo que era; probablemente también sabría que sus pacientes suponían, o mejor esperaban, que tal vez se interesara por ellas en el plano personal, no profesional... Juró comportarse mejor.

Él señaló el baño.

—Pero no quiero entretenerla —dijo—: tengo bastante tiempo.

A pesar de la promesa que se había hecho, titubeó. Si se hubiera tratado de un cincuentón de ojos amables y sonrisa cordial, su reacción habría sido distinta, y ella lo sabía. Tampoco habría estado mal que fuera un poco panzón, o que tuviera las piernas como palillos de tambor... Pero nada más lejos de la realidad. El hombre que había entrado en su habitación tenía buen porte; era alto, de esbeltas caderas, y se movía de un modo que le hacía pensar en un lustroso gato delimitando su territorio. Sus ojos, casi negros, abarcaban cuanto lo rodeaba en actitud reservada y vigilante; aunque al parecer le había dedicado muy poca atención, ella sentía todo lo contrario.

Aún iba vestido de etiqueta, y eso corroboró su primera impresión de que, justo bajo la superficie de su apariencia aburrida y cansada, bullía la cólera. En su boca había una tensión que no invitaba a la

sonrisa, y tenía los pómulos hundidos. Desde luego, pensó, lo habían hecho abandonar algún acto social para atenderla, y no se esforzaba demasiado en ocultar cómo le sentaba semejante molestia.

En aquel hombre no había nada que la hiciera sentirse cómoda.

—Vamos —dijo él en tono más firme, señalando la bañera—. No le hará daño, e incluso puede que la relaje.

Sí que era médico. Salió de la cama mientras él iba a sentarse en el sillón de orejas que había al otro lado de la habitación. Por lo visto, no se movía con la rapidez que él deseaba, porque en tono de hastío añadió: «No voy a ir con usted.» Entonces se movió tan rápido que tropezó con el biombo al meterse detrás.

Se llevó una rotunda decepción consigo misma: no era propio de ella ser asustadiza. Le echó la culpa al láudano que le había dado la señora Hall, a lo tardío de la hora y al poco tacto del médico, que no daba ánimos precisamente. Entonces se deshizo del camisón de dormir y luego en un cajón encontró unas horquillas. Una vez recogido el cabello para que no se mojara, se metió con cuidado en la bañera. Acababa de cerrar los ojos, disfrutando de la calidez del agua, cuando oyó que se dirigía a ella.

—Me dijeron que no hablaba mucho, pero no esperaba un silencio completo.

Tragó saliva e intentó decir algo, pero no salió nada.

—Ya me va bien.

Le pareció un comentario muy raro, y confió en que en aquel

maletín negro hubiera algo que le devolviera la voz; quería decirle unas cuantas cosas sobre el modo en que trataba a sus pacientes. Por el momento se hundió más en la bañera y dejó que el vaho le acariciara el rostro y la garganta. Permaneció así varios minutos; estaba disfrutando demasiado de aquella experiencia como para apresurarse.

—Encantadora —dijo él arrastrando las sílabas.

Aquella intromisión la dejó tan estupefacta que se hundió más todavía. Él sostenía una toalla en alto, lo cual le pareció una señal de que había llegado el momento de salir, y añadió:

—No hay motivo para actuar como una tímida doncella en mi presencia. Esto es profesional, no personal. —Hizo una pausa y la observó fijamente—. ¿Verdad?

Parpadeó, le devolvió la mirada y asintió con brevedad. Se sentía muy humillada ante la posibilidad de que hubiera percibido algún interés personal por su parte; probablemente por eso fingía ser tan distante. Sumida en sus pensamientos, apenas consiguió coger la toalla cuando la dejó caer.

—Rojo —dijo.

No creyó haber oído bien y musitó: «¿Mmm?» Con una mueca se posó las puntas de los dedos en la base del cuello pero, a pesar del dolor, se obligó a hablar.

—¿Cómo?

—Tiene el pelo rojo. Aquí dentro no hay mucha luz, y no estaba seguro. —Calló un instante—. ¿Puedo?

Ella miró su mano levantada, las puntas de los dedos que estaban sólo a unos centímetros de su oreja, y asintió. La mano le rozó la mejilla, y comprendió que debía de estar comprobando si tenía fiebre. No le pasaron por alto las magulladuras de su cuello; tocó una de ellas con suavidad y dijo:

—La han tratado mal esta noche.

Ella asintió con la cabeza, mientras se preguntaba cuánto le habría contado la señora Hall.

—Entonces es buena cosa que yo esté aquí. Veremos qué podemos hacer. Está usted sofocada; salga de la bañera ahora mismo.

La alivió ver que él se ponía de pie y se apartaba; entonces salió de prisa de la bañera, se secó y se puso el camisón. Cuando salió de detrás del biombo observó que se había quitado el chaleco y lo había echado junto al frac. Estaba mirándole los pies descalzos.

—Más vale que vuelva a la cama: hasta con la alfombra el suelo está frío. ¿Quiere que encienda el fuego?

Sí que quería, pero no deseaba darle trabajo. Él pareció notarlo, porque se rió en voz baja mientras ella volvía a meterse en la cama y se subía el edredón en torno a los hombros.

—Da igual —dijo—. Creo que voy a encenderlo.

Lo observó trabajar en silencio y con eficacia. Al terminar tenía las manos grises de ceniza; se acercó a la palangana de porcelana y se las lavó.

—No estaría bien dejar huellas, ¿verdad?

Ella sonrió con timidez; agradeció aquel pequeño intento humorístico de tranquilizarla.

—Me parece que le vendría bien una copa.

Ella sintió que su sonrisa se desvanecía y que sus labios se entreabrían de sorpresa.

—Sólo con fines medicinales.

Se relajó; conocía a varios doctores que confiaban ciegamente en la eficacia del whisky caliente con limón para el dolor de garganta, aunque ella no lo había probado nunca. Vio que él miraba a su alrededor y luego se encogía de hombros.

—Menos mal que he venido preparado.

Cruzó el cuarto hasta donde había colocado su maletín negro, del que sacó una botella de whisky escocés llena en sus tres cuartas partes; desde allí se volvió y se la enseñó.

—¿Vasos?

No tenía ni idea de dónde podían estar, y meneó la cabeza.

—Entonces tendrá que beber de la misma botella. —La llevó hasta la cama, se sentó en el borde y se la dio—. Hará que se sienta mejor, se lo prometo.

Aunque no estaba caliente y no llevaba limón, ella lo creyó. Destapó la botella y se la acercó despacio a los labios; él la ayudó a levantarla de un empujoncito, y tomó un buen trago. La animó de nuevo, esta vez desafiándola con una mirada de regocijo.

—Así está mejor —dijo; sonrió ampliamente cuando ella hizo una

mueca—. Está claro que no apreciaba el buen whisky escocés.

El licor le alivió la tensión de la garganta, y comentó:

—No bebo mucho.

Eso se acercaba bastante a la verdad. Una copa de jerez la mareaba; a las dos copas apenas recordaba haber bebido la primera... Y como se enorgullecía de no perder el control, nunca había comprobado los daños que producía la tercera copa.

—Yo tampoco bebo... mucho.

Casi por propia iniciativa, ella tomó otro sorbo. Quizá el whisky escocés tuviera un efecto distinto del jerez; al menos no le supo tan mal esta vez.

Él le quitó la botella.

—Parece que le está sentando bien —dijo; de nuevo le tocó la mejilla con el dorso de los dedos—. Claro que eso es lo que en teoría tiene que hacer. Ya no está tan sofocada.

Le pasó la mano por la cara, y con el nudillo le rozó los labios.

—Enséñeme la lengua.

Ella abrió bien la boca y sacó la lengua diciendo: «Aaa-aaaah.» Se sorprendió al ver que él se reía.

—No era precisamente lo que tenía en mente, pero es una lengua muy bonita, muy rosa. Buenos dientes, también. Y además conserva las amígdalas. —Le dio un empujoncito en la mandíbula—. Ya he visto bastante. Decididamente, resulta aconsejable otra copa.

Ella esperaba que le pasara la botella y se sobresaltó un poco al verlo

tomar un buen trago. Luego se la dio y dejó que la acabara.

—Para ser alguien que no bebe mucho, está usted tomándole bastante gusto al asunto.

Ella le dirigió una sonrisa torcida y algo soñolienta.

—Me parece que me gusta el buen whisky escocés —dijo; nunca volvería a burlarse de su utilidad para aliviar el dolor de garganta—. Como medicina, desde luego.

—Desde luego —dijo él con ironía.

Dejó la botella al lado de la cama y se acomodó. Se recostó en el cabecero de barrotes de nogal y se colocó una almohada tras la zona lumbar; luego dijo: «Mucho mejor.» Un poco recelosa ante sus intentos de tumbarse a su lado, ella se había movido hasta el extremo opuesto de la cama. Su acción no pasó desapercibida y provocó un comentario burlón:

—No tenía por qué moverse. No voy a atacarla, pero mal puedo llegar hasta usted si se queda ahí.

Se recordó a sí misma que sus palabras tenían lógica: ya había ayudado a aliviarle un poco el dolor, y le sería muy difícil reconocerla sin tocarla. Se acercó un poquito, y él ahuecó otra almohada para ella y se la puso detrás. Sus rodillas chocaron con las de él, y el tirante del camisón volvió a resbalarle del hombro izquierdo. Intentó subírselo, pero sus movimientos eran torpes. El efecto del licor y del láudano iba notándose en algo más que en su garganta.

—Vaya par estamos hechos —dijo él.

Frunció el ceño y lo miró extrañada, sin comprender. Él echó atrás la cabeza, dejando al descubierto la fuerte línea de su cuello, y cerró los ojos. Con un suspiro dijo:

—No recuerdo haber vivido un día tan largo.

Ella miró el reloj dorado de la repisa de la chimenea y vio que era más de medianoche. «Un nuevo día.»

—Eso supongo. Y empieza de la misma manera... Dios, qué cansado estoy.

Ella, compasiva, sintió mucha lástima de él, y en voz baja le dijo: «Descanse.»

—Es una oferta estupenda, pero no he venido aquí a eso. Debería ocuparme de usted. Es evidente que estaba esperando.

—No se preocupe.

Le costaba trabajo hablar, pero no precisamente por el mismo motivo que antes; hasta en sus propios oídos sus palabras le sonaban mal articuladas.

—La señora Hall me ha acomodado bien.

—Esto no es mucho.

Era tan consciente como él del aspecto espartano del cuarto, pero repuso con tranquila convicción:

—Mi experiencia me dice que es mejor que las calles.

Él abrió los ojos y la miró.

—Supongo que sí.

Ella sostuvo la mirada largo rato antes de apartar la vista; su propia

franqueza la avergonzaba.

—Se ha ruborizado otra vez.

Se dio cuenta de que era así, aunque no por la causa que creía él; al menos, esperaba que supusiera que se debía a su enfermedad. Dejó que le tomara el pulso en la garganta.

—Su corazón late muy de prisa.

Ella asintió.

—¿Por qué no suelta un poco esa colcha y me deja echar un vistazo?

Se llamó idiota mil veces por titubear: él sólo pretendía ser práctico. Sintió que tiraba un poco de la manta con la base de la mano y pensó que estaba actuando como una estúpida.

—¿Cómo voy a examinarla si no la veo?

Aunque era evidente que llevaba razón, ella no dio indicios de moverse. Aquellos ojos oscuros se clavaban en los suyos... Entonces él añadió:

—Calculo que tendrá ciertas expectativas.

Ya no estaba segura de lo que esperaba y dijo: «No muchas»... Como para demostrar su argumento, él soltó una carcajada.

—¡Pues sí que la han tratado mal! Eso no dice mucho de los hombres como yo.

Creyó que se refería a los médicos en general, pero no le pidió que se lo aclarara. Él ya estaba echando a un lado el edredón. Sus dedos se deslizaron por el escote del camisón y se posaron levemente en el botón de arriba. Ella puso una mano encima y meneó la cabeza.

—Lo haré yo.

Ya le resultaba más fácil hablar, pero el tono ronco de su voz no había mejorado; de nuevo, esperó que lo confundiera sólo con un síntoma de su enfermedad.

—No es usted muy habladora.

Había oído aquel comentario más veces; sabía que era una característica que molestaba a casi todo el mundo. En voz baja dijo: «No. No lo soy», y terminó de desabrocharse el botón superior.

—Otro —dijo él.

Ella lo miró sin comprender, y él señaló su mano: «Otro botón, por favor.» Lo desabrochó con dedos entorpecidos por el licor y el láudano, y luego miró fijamente la mano de él mientras se cernía sobre su corazón.

—El rubor le empieza más o menos aquí —dijo él; las puntas de sus dedos le rozaron la piel justo encima de donde latía el corazón—. A su corazón no le pasa nada.

Entonces le abrió otro botón del camisón de dormir y le dijo: «Acérquese.» Ella no se movió en seguida, y él deslizó las manos en torno a sus costillas para animarla a acercarse más. Luego le posó una mano en la espalda, cerca del omóplato. Su tacto seguro e impersonal la alivió, pero tenía el corazón desbocado y la cabeza confusa.

—Inspire hondo —dijo él—. Así. Contenga la respiración.

Le frotó la espalda con la mano.

—Ahora suelte el aire despacio.

Ella lo hizo; su corazón se tranquilizó y su respiración se hizo más

lenta.

—Mejor —dijo él—. Por un momento creí que iba a desmayarse.

—Yo también —dijo ella con sinceridad—. Estoy un poco mareada.

Él la soltó y le preguntó: «¿Por qué no se echa?» A ella le pareció que aquello era lo mejor que le había sugerido. Repuso: «De acuerdo», y se tumbó de costado, al tiempo que se ponía la almohada debajo de la cabeza.

—No tengo mucha paciencia —dijo él, y volvió a tocarle la mejilla.

Ella admiró que lo reconociera, pero entonces recordó su comentario sobre el día que había pasado. Después de todo, tal vez no fuera tan prepotente; quizá un fracaso previo lo había vuelto más humilde. De pronto le pareció que sus posiciones se invertían, y que su papel consistía en sanarlo. Sonrió con dulzura y dijo:

—A mí me parece que está haciéndolo bien.

Él parpadeó; sus ojos se oscurecieron.

—Vaya, gracias —repuso—. Es muy amable al animarme.

Ella acentuó su sonrisa mientras sus pestañas bajaban soñolientas. Su deseo más sincero era desempeñar su profesión, y se decidió a decírselo.

—Yo espero hacerlo igual de bien algún día.

—¿Así que reconoce que tiene algo que aprender?

Ella hizo un vigoroso gesto afirmativo; ¿cómo lo dudaba? Luego bostezó y se despezó, y después se volvió de costado al tiempo que deslizaba un brazo bajo la almohada.

—¿De modo que está dispuesta a aprender una o dos cosas de mí?

—Me encantaría.

Lo decía en serio: a pesar de sus maneras, estaba impresionada con su entrega al trabajo. A aquel médico tal vez no le hiciera gracia que lo interrumpieran en una velada social, y sin embargo había acudido.

—No deja usted de sorprenderme —dijo él—. No me lo esperaba cuando llegué aquí esta noche.

Al parecer, todo el mundo, tal vez con la excepción de Harlan Porter, reconocía que su sitio no era un burdel... Demasiado cansada para pensar por qué, o si se trataba de algo bueno o malo, se acurrucó más en la almohada.

—Mmm.

—¿Va a quedarse dormida?

Meneó la cabeza despacio, sintiendo cómo el sueño le envolvía las ideas. Sintió que él se levantaba de la cama...

Y se durmió.

La despertó el calor del cuerpo de él. Se quedó perpleja al descubrir que estaba tocándolo por todas partes..., y luego, más aún, al ver que no se echaba atrás. Él se apretaba con fuerza contra ella, con las manos en su pelo y la boca en la curva de su oreja. Su respiración era cálida y dulce.

Y sus susurros le producían escalofríos en la columna vertebral. Una sensación deliciosa acunó su cuerpo. Le deslizó las manos por las

costillas. El cabello se le derramó por los hombros y se esparció por su pecho, andándola a él. Apoyó la cabeza en la curva de su hombro y con la boca le acarició suavemente la piel.

Su calidez la envolvió. Se acurrucó contra él, sintiendo su fuerza y su calor. Sus dedos le rozaron el suave interior del codo, y lo más natural del mundo fue apoyar una sonrisa en su piel. Sintió que su pezón se endurecía cuando él le pasó la boca. Entonces se le hincharon los pechos y soltó un entrecortado aliento. Él provocaba respuestas desconocidas cuando la tocaba, dondequiera que la tocara.

Al principio aquello no fue suficiente, pero pronto fue demasiado... Casi, corrigió curvándose en torno a él: casi demasiado.

Él se movía contra ella, gruñendo. Sus manos se deslizaron entre sus cuerpos y se posaron sobre el de ella.

Pensó en cómo tocarlo, y entonces él le enseñó cómo hacerlo moviéndole la mano, moviéndola sobre él. Sus piernas se enredaron en las de él cuando él se volvió y la hizo ponerse boca arriba. Su rodilla le separó los muslos. Gimió, en parte de deseo y en parte de sorpresa; él le cubrió la boca con la suya, firme y hambrienta. Sintió el borde de su lengua. Se movió inquieta, empujando, arqueándose, pero el peso de él la sujetaba. Su pecho era una muralla contra sus blandos senos. Las piernas de él, extendidas, se apoyaban en las suyas.

Por un instante la asustó lo que sentía y lo que él le hacía sentir. Tuvo intención de agarrarlo por el pelo, pero sus dedos se curvaron en los largos mechones de su nuca. Intentó arañarlo y, en vez de eso, le pasó

la mano por el lóbulo de la oreja. Cuando él echó atrás la cabeza, ella esbozó una sonrisa indecisa.

Los ojos de él se oscurecieron, y bajó la cabeza. Hipnotizada por aquellos ojos, se arqueó y volvió la cabeza en el momento exacto en que la boca de él se habría fundido con la suya. Sus labios le rozaron la mejilla, la línea de la mandíbula y, por fin, la curva del cuello. Entonces empujó en su espalda, apretando la base de las manos contra los tensos músculos mientras se movía sobre ella.

Él le susurró al oído. Ella oyó las palabras sin entender apenas lo que significaban. Sus manos la masajeaban, le provocaban con sensaciones que revoloteaban sobre su piel. No podía pensar. La boca de él estaba sobre la suya, su lengua le rodeaba la lengua, empujaba, investigaba, y hacía lo mismo que hacían sus caderas en la cuna de sus muslos.

De repente se apartó de ella. Su pérdida la dejó sin aliento y la hizo temblar. Alargó la mano para recobrar el equilibrio, y él sonrió como si entendiera su necesidad. Le apartó la mano a un lado mientras se arrodillaba entre sus muslos. Luego llevó atrás sus rodillas, le alzó las nalgas y se hundió en ella.

Ella dio un grito. No esperaba aquel dolor. Antes de recobrar el aliento, él se retiró y empujó otra vez. Esta vez agarró sus antebrazos y se aferró a él. Se arqueó y lo sintió en su interior, bien adentro. Volvió a sentir placer estimulada por ese cuerpo. Estaba llena de él, y una especie de vacío anhelo que había sentido desapareció.

Ella aceptó la fuerza de sus acometidas, el ritmo del acoplamiento. Su cabeza se movía de un lado a otro, y de sus labios entreabiertos no salía ningún sonido. Él no la dejaba hacer nada sino sentir. Cuando la oleada de sensación exigió que se rindiera, su lucha cesó. Él respiraba de forma áspera. Ella sólo podía inspirar el aire en pequeños sorbos. Sintió los tensos músculos de él mientras el ansia lo hacía entrar en ella una y otra vez.

Su placer se hizo añicos cuando él gritó.

Se derrumbó sobre ella y se quedó dormido casi inmediatamente. Y, a pesar de su deseo de hacer otra cosa, lo imitó, acomodada en la curva de su cuerpo.

La segunda vez no hubo dolor.

Fue mucho después cuando se levantó con cuidado de la cama, al principio con pies un poco inseguros. Se agarró a una de las columnas del lecho para sujetarse, al tiempo que evitaba con cuidado mirar la cama o al hombre que estaba acostado en ella. Cuando creyó que podría moverse sin tropezar, fue hacia el biombo. El agua del baño se había enfriado, pero la usó para aliviar el ansia que sentía entre los muslos. Se movió sin pensar con claridad qué estaba haciendo o por qué lo hacía. Sus movimientos eran torpes y desmañados, y se fijó en eso más que en ninguna otra cosa.

Encontró su ropa en el armario. Se despojó del camisón, lo echó por encima del biombo y se vistió despacio, asegurándose de no hacer nada que atrajera la atención del ocupante de la cama. Una vez hubo

terminado, se sentó en el tocador y se cepilló el pelo. Lo hizo lentamente, demorándose en cada gesto. No se miró en el espejo; en vez de eso sus ojos se clavaron en el camisón que había llevado puesto y en la mancha de sangre que había cerca del bajo.

Se le había subido hasta cerca de las caderas cuando él...

Parpadeó y se obligó a regresar al presente. Con ademanes casi automáticos, sin apenas pensar conscientemente en lo que hacía, recogió el camisón y lo enrolló en una pelota. No quería que quedara ningún rastro de ella en la habitación. Cuando se marchara, sería como si nada hubiera ocurrido. Nada.

No quería que nadie viera que se llevaba el camisón. Se puso el abrigo e intentó esconderlo dentro, pero abultaba demasiado. Fue entonces cuando sus ojos se posaron en el maletín de cuero negro que había justo al lado de la puerta. Dudó sólo un momento; luego lo cogió, lo abrió un poco y metió el camisón de cualquier manera.

Echó un vistazo en torno al cuarto para asegurarse de que no olvidaba nada. Le pareció extraño que acudiera a su cabeza aquella expresión, cuando lo que en realidad deseaba hacer era olvidarlo todo.

Abrió la puerta con cautela y escuchó por si oía algo en el pasillo. En aquel piso todo estaba tranquilo; la música se filtraba desde abajo. Sin volver la vista atrás, salió al vestíbulo y se dirigió a la escalera trasera. Su huida transcurrió sin incidentes. No encontró a nadie en la escalera, y la cocina estaba vacía.

Volvió a detenerse en la puerta de atrás. Le aterraba pensar que, en

el exterior, quizá tuviera que afrontar algo igual de difícil que lo del piso de arriba... La mano le temblaba al asir el picaporte, pero lo agarró con fuerza.

Inspiró, hizo girar el picaporte y abrió la puerta de un empujón; luego echó a correr. No albergaba ninguna duda: tanto quien era como lo que quería ser dependían de que no mirara atrás.

Un coche de alquiler la llevó por todo Broadway hasta la calle Cuarenta y Ocho. Incluso de noche reinaba allí la animación. Los vendedores ambulantes disponían sus artículos para los madrugadores y los juerguistas rezagados. Los carros de la leche hacían el reparto por las casas de huéspedes, mientras los restaurantes echaban a los clientes más testarudos. Como no le interesaban ni el ruido ni el bullicio, se acurrucó en una esquina del carruaje sin mirar por la ventanilla. Luego pagó rápidamente al cochero, con la cabeza inclinada para que no la reconociera, y una vez que el coche se perdió de vista, caminó sola las dos últimas manzanas.

La casa que ocupaba el cruce de Broadway y la calle Cincuenta era sólo un poco más pequeña que la palaciega casa de campo que le había servido de modelo. Unos rosales bordeaban el zócalo de lisa piedra gris, y en el lado sur había un enrejado por el que escalaban los dondiegos. Abrió la verja de hierro para entrar en el jardín delantero y luego rodeó la casa hasta la parte de atrás, donde estaba la entrada de servicio.

Encima del dintel de la puerta había una llave, y se puso de puntillas para cogerla.

La casa estaba en silencio, y eso la sorprendió. Esperaba que hubiera alguien esperándola, pero por lo visto nadie había perdido el sueño preocupándose por ella. Eso sólo podía significar que su hermana había inventado una historia que explicaba su ausencia de forma verosímil.

Se quitó los zapatos y los llevó en la mano. No tuvo que encender ninguna lámpara: conocía el camino a su habitación en la oscuridad. Entró a hurtadillas en su dormitorio y puso en el suelo los zapatos y el maletín de cuero negro. Entonces encendió la chimenea, se quitó la ropa y la arrojó al fuego, atizándolo para que no lo sofocase la tela. Después añadió el camisón de dormir, y luego empujó el maletín del médico debajo de la cama. A continuación frotó bien el hogar de la chimenea y se acostó.

Resultó asombrosamente fácil quedarse dormida.

La despertó el firme empujón de una mano en el hombro. Las cortinas de las ventanas estaban descorridas, y la mañana entraba a raudales en el cuarto; incluso con los ojos cerrados sintió la presión de la luz y el calor del sol. Abrió despacio los ojos y se encontró mirando la inquieta y preocupada cara de su hermana menor, que en un susurro áspero le preguntó:

—¿Tienes idea de lo asustada que he estado desde que

desapareciste? ¿A qué hora llegaste? ¡Me he pasado casi toda la noche entrando y saliendo de la casa, buscándote! Y no fue una proeza fácil, con mamá y Jay Mac jugando a las cartas en el salón hasta la medianoche... Ya sé que no actué bien marchándome con Daniel, pero la jugarreta que tú me hiciste fue peor.

Frunció el ceño mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Porque fue una jugarreta, ¿verdad? Ay, Maggie, lo siento muchísimo, pero tenía que saber que estabas bien. Por favor, dime dónde has estado todo este tiempo.

Mary Margaret Dennehy parpadeó una vez. Luego se sentó despacio y notó que la mano de su hermana se soltaba.

—¿Sabes, Skye? —dijo lentamente—. No tengo ni la más remota idea.

* * *



Capítulo 3

Seis semanas después.

La puerta se abrió con suavidad. Connor no alzó la vista; primero porque sabía quién era y, luego, porque así molestaría a su inoportuna y poco grata visitante, de modo que siguió trasteando con el gemelo. En tono indiferente preguntó:

—¿Qué ocurre, Beryl?

Esta apenas había hecho ruido al entrar. Ahora cerró la puerta y se apoyó en ella, consciente de que la ignoraba a propósito. Eso la irritó, pero también le dio ocasión de mirarlo sin más; y como sabía que a él también le molestaba, Beryl se hartó de mirar.

—¿Es mi perfume? —dijo en voz baja.

De pronto Connor se dio media vuelta y la cogió desprevenida. Los pálidos ojos azules de Beryl, que contrastaban de forma sorprendente con el castaño oscuro de su cabello, estaban clavados en la anchura de sus hombros. Con cinismo se dijo que, como ella le había recomendado el sastre, probablemente estaría felicitándose por cómo le quedaba el frac... Sin hacer esfuerzo alguno por ocultar su impaciencia, preguntó:

—¿Que si tu perfume es qué?

—El motivo por el que te has dado cuenta de que era yo, sin que

dijera nada.

Beryl Walter Holiday era, con mucho, la mujer más hermosa que había conocido.

—Han sido varias cosas —dijo—: tus pasos en el pasillo, el suspirillo entrecortado, el frufrú de tu vestido... Y sobre todo tu perfume. ¿Era eso lo que deseabas oír?

Ella sonrió, y su sonrisa le transformó el rostro; de hermoso pasó a ser radiante. Entonces se apartó de la puerta y dio un paso más en la habitación. Connor prosiguió:

—Los hombres siempre advierten tu presencia antes de que digas nada. Es cuando abres la boca cuando se alejan.

Ajustando la acción a las palabras, Connor se alejó y empezó a colocar el gemelo de oro de la manga izquierda. Beryl se tambaleó un poco, como si sintiera el golpe físicamente.

—Creo que te deleitas siendo cruel conmigo —dijo—. ¿Tanto te he herido que debes castigarme cada vez?

—Ahórrate las palabras, Beryl. Ya he oído ese sermón.

Se quedó pensativa, tocándose los labios con la punta del dedo índice. No consiguió que la mirara, de modo que la calculada inocencia de aquel gesto se perdió. Entonces dejó caer la mano al costado y cambió de táctica.

—Estás muy guapo esta noche. El corte de ese frac te sienta bien.

Él no dio señales de haberla oído siquiera. Beryl se le acercó, caminando por detrás, para evaluar con gesto crítico al hombre mientras

fingía interés por su indumentaria de etiqueta.

—Deberías vestirme siempre así —señaló—. Te favorece.

Estaba magnífico, pensó: pura fuerza contenida en arreos hechos a medida... Ciertamente que el oscuro cabello le rozaba el cuello de la camisa de una forma que no estaba a la moda, y que los dedos que jugueteaban con la botonadura tenían callos, pero hasta eso le parecía atractivo. La idea de que la inquieta energía de Connor pudiera sujetarse con la trailla de un frac negro la fascinaba. Sólo pensar en soltar aquella energía resultaba emocionante; casi tan emocionante como la posibilidad de que la sorprendieran haciéndolo. Cuando miró más allá del hombro de Connor y se vio reflejada en el espejo, advirtió que se le habían oscurecido los ojos.

Al ver el aire sensual de la mirada de Beryl, Connor entornó los ojos. Capaz apenas de esconder su impaciencia, preguntó:

—¿Querías algo en concreto, o sólo has venido para recrearte?

Ella le dio unas suaves palmaditas en el hombro y acabó de rodearlo. Aunque fingió no comprender, una comisura de su boca se alzó en una sonrisa taimada y cómplice.

—¿Recrearme? Mira que eres absurdo. ¿Por qué iba yo a recrearme?

Él se zafó de su mano y enderezó los faldones del frac.

—Basta ya, Beryl. No voy a contestar tus preguntas. Si tienes algo que decir, dilo.

La sonrisa de la mujer se desvaneció, y su mano cayó despacio hasta su costado.

—Pues muy bien —dijo—, allá va: encuentro muy interesante que hayas decidido ponerte en venta.

Él se apartó de su lado. Con la mirada, Beryl lo siguió en el espejo; lo vio ir al armario y examinar uno de los cajones hasta dar con algo. Después volvió con una petaca de plata, le quitó el tapón y se la llevó a los labios.

—Será mejor que no te pases con eso —dijo ella—. No estás en forma cuando bebes.

Haciendo caso omiso, Connor dio un buen trago; luego tapó la petaca y la deslizó en el bolsillo del chaleco. Ella se le acercó; su reluciente vestido de tafetán morado crujió con un susurro. Le puso una mano en el antebrazo con gesto de súplica, pero le fue imposible esconder el tono de cólera que había en su voz:

—Estás haciendo el ridículo, Connor. No pretenderás en serio seguir con esto. Esa maldita tierra no puede ser tan importante como para que te vendas por ella.

Él retiró la mano de ella de su antebrazo.

—Me parece que estoy demostrando que lo es —dijo con calma.

—Pero ¿tan barato?

Él soltó una breve risa, sin rastro de humor.

—Todos tenemos nuestro precio, Beryl. Sólo porque tú insistieras hasta conseguir más...

Sin terminar la frase, se encogió de hombros... Y ella le propinó una fuerte bofetada. Connor no respondió; la atravesó con la mirada y antes

de hablar dejó que el calor y el color de la huella de su mano se le borrraran de la mejilla.

—Confío en que te hayas quedado tranquila —dijo sin alterar el tono—. Pero la próxima vez que pienses siquiera en golpearme, te dejaré sin sentido.

Aunque Beryl no había cedido terreno hasta entonces, ante sus gélidas y controladas palabras dio un paso atrás.

—Eso equivale a llamarme prostituta —dijo.

—¿Y qué?

La ira desfiguró las hermosas facciones de la joven.

—¡Bastardo!

Connor sabía que lo que más la enfurecía era su tranquilidad, de modo que se limitó a alzar un poco una de sus oscuras cejas.

—¿Bastardo? No lo creo... Aunque sabe Dios que, si lo fuera, probablemente no tendría estos problemas. A la muerte de mi madre la tierra habría sido mía, limpia de polvo y paja, en lugar de acabar en manos de mi padre.

—Si ella hubiera querido que la tuvieras, debería haber hecho testamento —le espetó Beryl—. De modo que tal vez lo que pretendía era que se la quedara Rushton. Esa tierra te ha obligado a regresar a Nueva York, ¿no? Te ha obligado a reconocer que tenías un padre... Quizá Edie siempre supo muy bien lo que hacía.

El hecho de que Beryl quizá tuviese razón no contribuyó a mejorar el temple de Connor. Él también le había dado vueltas a la misma idea,

pero sonaba del todo distinta si la expresaba ella. Nunca se había considerado poco razonable, y sin embargo iba a verse obligado a reconsiderar su opinión.

—Déjalo estar, Beryl. Los deseos de mi madre no tienen absolutamente nada que ver contigo.

Al instante, la tensión de la cólera se difuminó de las facciones de Beryl. Su cutis perdió su arrebolado color y se tornó suave y tan blanco como la leche, y sus carnosos labios adoptaron un gesto sereno. El azul pálido de sus ojos quedó subrayado por las oscuras pupilas y el brillo de las lágrimas sin verter.

—¿De verdad me odias tanto, Connor, que ni siquiera te planteas la posibilidad de que tal vez esté en lo cierto? ¿Tan intolerable te resulta ser justo conmigo?

Sí, pensó él, sí que resultaba intolerable..., y sin decir nada, se apartó. Se preguntó si de verdad la odiaba... ¿O tal vez se odiaba a sí mismo? No resultaba fácil admitir que, contra toda razón, aún se sentía atraído por ella. Y ése era el poder que ejercía sobre él: que, a pesar de todo, no acababa de lograr sentir la indiferencia que fingía. No sentir nada en absoluto supondría una liberación, pues aún se encontraba sujeto por el odio. Tanto que no le importaba reaccionar de forma injusta; eso sólo añadía otro motivo para aborrecerla. El hecho de que no la amara y, probablemente, nunca la hubiera amado, le proporcionaba un pequeño consuelo; de no ser así, no podría haberlo soportado.

—Deberíamos marcharnos —dijo—. Es decir, si sigues pensando en

acompañarnos a mi padre y a mí. Te aseguro que no es necesario.

—Ya lo sé, pero la invitación me incluía a mí.

Volvió a acercarse al espejo de cuerpo entero y se alisó el cabello, de intenso color castaño. Con el índice se rizó un mechón de pelo sobre la oreja.

—Además, soy una curiosa insaciable —dijo—. Quiero conocer al hombre que piensa que puede comprarte para su hija.

Su sonrisa era perversamente hermosa.

—Y además quiero conocer a la hija.

Un músculo palpitó en la mandíbula de Connor, que tuvo que obligarse a relajarse.

—No me lo estropees, Beryl.

—¿Y si la chica resulta ser fea como un diablo? ¿O peor, una arpía? ¿Qué sabes en realidad de esa familia, salvo que el escándalo toca casi todo lo que hacen? Desde que llegué a Nueva York he oído historias... El dinero de John MacKenzie Worth aplaca los rumores, pero no los silencia. ¿Has pensado en eso, Connor?

—Cierra el pico, Beryl —dijo él en tono amenazador.

—¿Son diez mil acres de Colorado tan malditamente vitales que tienes que casarte con una bastarda para conservarlos?

Connor dejó pasar un momento de silencio expectante; entonces dijo con tranquilidad:

—Incluso me casaría contigo si creyera que eso iba a ayudarme a conservar esa tierra, y Dios sabe cuánto te desprecio. Así que ya ves,

Beryl: no importa quién o qué sea, o lo que deje de ser. He tomado mi decisión.

A continuación empezó a caminar hacia la puerta. Cuando la abría para marcharse, la oyó decir:

—Debes de lamentar haber perdido esos doce mil dólares.

Él la miró por encima del hombro, —No imaginas cuánto.

Connor no tuvo tiempo de dar vueltas en la cabeza al dinero robado y a las ocasiones perdidas, porque se encontró con su padre en el pasillo.

—¿Has visto a Beryl? —preguntó Rushton Holiday.

A menudo la gente comentaba el notable parecido que había entre padre e hijo. Sólo se llevaban veinte años, y al fin habían llegado a la edad en que no resultaba exagerado ni sorprendente que los extraños los tomaran por hermanos. Debería haber sido un comentario halagador para ambos, aunque ni Connor ni Rushton se lo tomaban así. Desde luego, aceptaban las semejanzas evidentes: cabello tupido y negro como la tinta, que en las sienes de Rushton apenas empezaba a teñirse de gris; hombros igual de anchos; una altura similar, Connor ganaba sólo por un centímetro, y una mandíbula que se marcaba con agresividad. Pero ahí acababa todo. Y es que a Connor le parecía que su padre tenía un modo de ser frío e intolerante, mientras Rushton veía cinismo en la expresión de su hijo. Al hijo las facciones aristocráticas del padre le parecían distantes, y sus mismos rasgos, moldeados en el rostro del hijo, el padre los consideraba prepotentes. Los oscuros ojos de ambos eran como espejos que dejaban traslucir muy poco de las ideas o emociones que

ellos no querían que se conocieran.

Eran tan parecidos que a duras penas podían llevarse bien.

—Está en mi dormitorio —dijo Connor—. Acabo de dejarla.

Rushton escudriñó el rostro de su hijo con una mirada atenta y penetrante.

—No se le ha perdido nada en tu cuarto.

—Eso díselo a Beryl, padre. Yo no la invité a entrar. Mi conciencia está limpia.

—Maldito seas, Connor —repuso Rushton en voz baja—. Quiero que te mantengas alejado de ella.

—Cuesta trabajo, ¿no te parece? Los dos vivimos bajo tu techo... De acuerdo, es un techo enorme, pero mis poderes son limitados.

Miró a su padre con expresión expectante y las cejas un poco alzadas, mientras una media sonrisa se dibujaba en la boca. Rushton se quedó sin aliento: era Edie quien le devolvía la mirada... La impresión llegó y pasó con inesperada rapidez e idéntica claridad, y después Rushton sólo vio una cara que era un reflejo más joven de la suya propia; a pesar del parecido, pensaba en Connor como en el hijo de Edie, no suyo.

—Voy a por Beryl —dijo en tono tenso—. Y luego saldremos. Hickes está afuera, en la puerta, con el coche.

Connor se preguntó por qué habría mostrado su padre aquella fugaz expresión de angustia.

—Muy bien —dijo—. Estaré esperando.

En el interior del carruaje el ambiente era tenso. Connor ocupaba uno de los asientos tapizados, en tanto que Rushton y Beryl se sentaban enfrente. A intervalos regulares, la luz de gas de las calles se colaba por la ventanilla mientras el coche rodeaba Central Park. Rushton mostraba un semblante amenazador; Connor parecía resignado, y Beryl, nerviosa.

Ella se ajustó la capa sobre los hombros para evitar el frío que penetraba por debajo de la portezuela y se le metía bajo la piel.

—Rushton, ¿no puedes hacerlo entrar en razón?

Fue Connor quien respondió:

—Compórtate, Beryl: ha sido idea suya. De todos modos, ¿crees que me encontraría en esta situación si no fuera él quien necesita el dinero? Deberías estar encantada de que esté dispuesto a hacerlo; dinero en sus cofres significa dinero en los tuyos. ¿O es que tus cálculos no han llegado tan lejos?

—Pero tu padre puede obtener el dinero vendiendo esa tierra.

—Ahórrate el sermón, Beryl —dijo Rushton—. Connor lo sabe. Todo el problema es porque insiste tercamente en comprarla.

Incapaz de evitarlo, Connor gritó:

—¡Es que es mi casa!

El eco de sus palabras pareció golpear las paredes del carruaje. Beryl reaccionó echándose atrás; en cuanto a Rushton, su boca se redujo a una fina línea, y su mandíbula se apretó. Jurando en voz baja, Connor

descorrió el panel de comunicación y espetó una orden a Hickes. El coche se detuvo casi al instante, y Connor abrió la portezuela.

—Iré andando el resto del camino.

Beryl se echó hacia adelante para intentar detenerlo, pero Rushton extendió el brazo y se lo impidió, al tiempo que le decía: «Déjalo.»

—Pero llegaremos antes que él. ¿Qué vamos a decir?

—Daremos una vuelta a la manzana hasta que él llegue.

Descontenta pero apaciguada, Beryl se recostó en el asiento cuando el carruaje se puso de nuevo en marcha.

—¿Tienes que vender esa tierra, Rush?

—Sí; la caída del mercado no permite otra salida. Da igual lo que crea Connor, no lo hago para herirlo. —Miró a Beryl de reojo—. Y tampoco lo hago para satisfacer tus aspiraciones sociales, ni para mantener el ritmo de vida al que te has acostumbrado últimamente.

Beryl enlazó su brazo con el de Rushton y se acurrucó más cerca de él.

—¿Crees que me importan las aspiraciones sociales y la riqueza escandalosa?

Rushton bajó la vista para mirarla; tenía la cara vuelta hacia arriba, y un haz de luz iluminó por un segundo su expresión de reproche cuando no se tomó el trabajo de esconder su pena. Él le dio unas suaves palmaditas en el brazo, al tiempo que, con una sonrisa y un tono de voz sólo un poco burlones, le contestaba:

—Creo que te importa muchísimo, querida mía; si no, ¿por qué te

habrías casado con el padre, cuando podrías haber tenido al hijo?

El paso enérgico con que Connor caminaba no terminó de calmar su ira; le apetecía golpear algo o, mejor aún, a alguien. Nunca se había caracterizado por sus ganas de pelea, pero esa noche se sorprendió deseando encontrarla. Ni siquiera le importaba quedar tirado en la acera, siempre que antes diera unos cuantos puñetazos.

Quizá fue aquella aura de cólera lo que mantuvo a los demás a raya, porque ningún otro peatón de la Séptima Avenida ni de Broadway se le acercó a menos de un metro. Un perro callejero lo siguió un poco, pero se quedó a prudente distancia en previsión de un puntapié. Un trío de niños remedó su expresión ceñuda cuando pasó a su lado, pero lo pensaron dos veces antes de pedirle dinero. Connor no se dio cuenta de nada.

En su mente veía las facciones frágiles y finas de una ramera intrigante; el cabello rojo de una seductora; los grandes ojos, claros y verdes, de una mujerzuela... Ella era la única a quien quería encontrarse, la única a quien quería hacer daño. Le había robado el dinero con el que pretendía comprarle el rancho de Colorado a su padre. Ya no habría tenido que preocuparse nunca más de que fueran a quitarle aquella tierra... Ahora su padre iba a saldar su patrimonio, a arrebatárselo y, a pesar de lo dolido y frustrado que se sentía por esta nueva prueba de traición, Connor seguía reservando la mayor parte de su ira para la

prostituta que lo había seducido, en lugar de dirigirlo hacia el padre que lo había engendrado.

Se detuvo ante los barrotes de hierro de una verja, en la esquina de Broadway y la calle Cincuenta, y se apoyó en la barandilla para recuperar el aliento y aclararse las ideas. Tras él, la seductora casa palaciega ejercía todo su atractivo, con el brillo de las lámparas encendidas en cada una de las ventanas de la fachada. Bruscamente, una cortina que se había descorrido en el piso superior volvió a ponerse en su sitio. Atento al carruaje que se aproximaba, Connor no advirtió que alguien había estado observándolo. Entonces se enderezó, se pasó los dedos por el cabello en un gesto distraído y nervioso, y esperó a que su padre y Beryl se apearan.

Cuando llegó a la puerta principal de la mansión de piedra gris, su respiración se había tranquilizado y su indecisión se ocultaba tras el reflejo, frío y distante, de sus ojos de cristal oscuro.

Desde el salón, John Mackenzie Worth oyó que el ama de llaves abría la puerta principal y saludaba a sus invitados; en aquel momento las facciones de su ancho rostro, por lo común impasibles, eran cualquier cosa menos eso. Con la boca abierta, miraba alternativamente a su esposa y a su hija menor, y su cabello rubio oscuro parecía haberse vuelto un poco más gris al ver puesta en duda su autoridad como cabeza de familia.

—¿Qué queréis decir con que no estará en la cena con nosotros? — preguntó—. ¿Por qué no me lo habéis dicho antes?

Moira Dennehy Worth se limitó a menear la cabeza con una suave sonrisa.

—Sospecho, querido, que es porque sabíamos que te lo tomarías mal. Es lo que estás haciendo, de modo que ahí lo tienes.

Jay Mac fulminó a su hija con la mirada; una mirada famosa por intimidar a los colegas de negocios. Sin embargo, Mary Schyler no sólo no se acobardó, sino que le devolvió la mirada.

Irritado y lleno de admiración al mismo tiempo, él le dijo:

—Eso lo has montado tú, supongo.

Skye asintió, y al dedicarle a su padre una sonrisa conciliadora, en su cara se marcaron dos hoyuelos.

—Así es —dijo—. ¿De verdad creías que Maggie no iba a ver más allá de tus maquinaciones?

Él frunció el ceño y enderezó las patillas de sus lentes.

—Tu hermana rara vez ve más allá de las páginas de un libro; ¿cómo iba yo a saber que...? Espera un segundo, Skye, ¿a qué maquinaciones te refieres? Moira, ¿de qué habla tu hija?

—Creo que es demasiado tarde para hacerse el inocente, querido — dijo Moira.

Echó un vistazo al espejo que había encima de la repisa de la chimenea y se atusó el oscuro cabello rojo.

—Nuestros invitados estarán aquí en cualquier momento.

Entonces dejó de trastearse en el pelo y fue a situarse delante de Jay Mac; le alisó las hombreras del frac con una expresión cariñosa que dejaba ver cuánto lo adoraba.

—En la cena espero que te contengas y no te refieras a Skye sólo como «mi» hija o a Mary Margaret como «su» hermana. Cuando te sientes ofendido tienes la horrible costumbre de desmentir tu paternidad.

Skye soltó una risilla.

—Pobre Jay Mac. Sus cinco hijas lo han maltratado tanto que hasta sorprende que nos haya reconocido.

Jay Mac le lanzó a Skye otra mirada fulminante, pero se dirigió a Moira.

—¿Ves lo que tengo que aguantar? Sólo me llaman «papá» o «padre» cuando les conviene... Quisiera saber cuál de ellas empezó a llamarme Jay Mac, y por qué lo has consentido todos estos años.

Los ojos de Moira bailoteaban cuando se abrió la puerta del salón; en voz baja dijo: «Estoy segura de que fue Mary.»

—No me hace gracia —repuso él muy serio.

Como padre de cinco hijas, ya mujeres y todas con «Mary» como primer nombre, no resultaba una respuesta muy satisfactoria. De todos modos, supuso que se lo merecía. Hasta él mismo estaba dispuesto a admitir que se mostraba algo pretencioso y despótico. Después de tantos años en que sólo había podido reconocer a sus hijas con el corazón, y no con su apellido, no lo sorprendía del todo que a una de ellas le hubiera

dado por llamarlo «Jay Mac», y que el nombre se le hubiera quedado. Para el mundo entero él era Jay Mac Worth, pensó, de modo que, ¿por qué iba a ser distinto en su propia casa?

Un simple conocido quizá habría malinterpretado la insólita familiaridad y los obstinados conflictos existentes entre Jay Mac y sus hijas como una muestra de falta de respeto, pero nada más lejos de la realidad. Y tampoco Jay Mac manejaba siempre con buen humor a sus cinco «Mary», aunque en los últimos tiempos se habían detectado señales de mayor delicadeza. John MacKenzie Worth era intrigante, despiadado y tiránico cuando se trataba de negocios, y asegurar el futuro de sus hijas constituía su negocio más importante.

Aquella noche no era una excepción, ya que aspiraba a conseguir la felicidad de Mary Margaret.

Moira se apartó de Jay Mac para saludar a sus invitados. Las presentaciones se llevaron a cabo sin problemas, y no hubo ninguna alusión a la ausencia de Maggie; de hecho, ninguno de los Holiday se enteró de que se en teoría se contaba con la presencia de otra hija: el cubierto de más se retiró con rapidez de la mesa antes de que entraran en el comedor. Connor tomó asiento junto a Skye y frente a Beryl y a Rushton; Moira ocupó la cabecera de la mesa, y Jay Mac se sentó al otro extremo.

Era demasiado joven, pensó Connor mirando a Skye mientras la oía parlotear sobre que había ido a patinar hacía poco con sus amigos; también le pareció tonta y casquivana y, al verla echarse los rojos rizos

sobre el hombro una vez más, se dijo que hasta era posible que fuera más vanidosa que Beryl en lo tocante a su aspecto. ¿Cómo iba a soportar aquello el resto de su vida? Y entonces se preguntó si tendría que hacerlo... Porque si ella estaba dispuesta a quedarse en Nueva York, él estaría dispuestísimo a quedarse en Colorado. Sería lo contrario del arreglo al que llegaron Edie y Rushton años atrás..., y a lo mejor hasta les resultaba bien. Pero en aquel preciso momento ella le dirigió una amplia y encantadora sonrisa con un trozo de espinaca de la sopa colocado entre los incisivos, y él supo que no se casaría con alguien tan infantil como para creer que semejante acción era una buena broma.

Jay Mac miró a Mary Schyler con los ojos entornados, indicándole que ya había hecho bastante para disuadir a Connor Holiday de que le dedicara sus atenciones; por su parte, Moira se las arregló para amortiguar la risa tosiendo detrás de la servilleta. En cuanto a Beryl, confió en que la joven siguiera exhibiendo su gran sonrisa verde; seguro que Connor ya no se planteaba la boda como un modo de conseguir la tierra, aunque no creía que hubiera hecho una propuesta de matrimonio aquella misma noche. Entonces se relajó; incluso cortejar a la bastarda Dennehy quedaba descartado, estaba convencida.

Rushton se sentía decepcionado, aunque tuvo tanto cuidado como su hijo en no dejarlo traslucir. Esperaba algo mejor, y ahora no quedaba más opción que vender. No era un tema para discutirlo en aquel momento, con las mujeres allí; los negocios se resolvían mejor después de la cena, en compañía del whisky y los puros.

Con la esperanza de rescatar algo de la velada, Jay Mac pinchó un tierno trozo de asado y lo sostuvo en alto un segundo.

—¿Es así de buena su carne de vacuno, Connor? He oído que en el rancho tiene varios centenares de cabezas de ganado.

—Aun a riesgo de ofender a su cocinera, mi carne es mejor.

—¿Ah, sí?

—La carne no puede transportarse hasta tan lejos, aquí al este, sin que pierda parte de su textura y sabor. Mi carne va al mercado en San Luis, pero me parece que en Denver ya sabe distinta. Si quiere disfrutar de un buen filete, debería pasar algún tiempo en el «H Doble».

—¿El «H Doble»? —preguntó Moira—. ¿Su rancho tiene nombre?

—Viene del hierro que usamos —explicó Connor—: «H» de Hart, el apellido de soltera de mi madre, y «H» de Holiday. Marcamos el ganado para no fomentar el robo. Los mercados conocen mi hierro, y si aparece ganado mío sin que lo acompañemos yo o mis hombres, saben que esos animales son robados.

—¿Ocurre con frecuencia? —se interesó Skye.

Interesada a su pesar, dedicó un instante a quitarse el trozo de espinaca que se había colocado estratégicamente entre los dientes.

—Con más frecuencia de la que me gustaría.

—¿Los atrapa?

—A veces.

Los ojos de Skye se abrieron un poco más.

—¿Y entonces qué?

Rushton carraspeó.

—No creo que quiera saberlo de verdad, al menos no aquí ni ahora.

—Ah, pero si tengo un buen estómago... —afirmó ella—. Puedo hablar casi de cualquier cosa y seguir comiendo.

—Estoy segura —dijo Beryl con tranquilo sarcasmo.

—Bueno, pues yo sí que estoy segura de no querer oírlo —señaló Moira—, aunque me parece muy interesante que su rancho esté en Colorado. ¿Ha conocido quizá a alguna de mis dos hijas, que viven allí?

Jay Mac sonrió con indulgencia y se apresuró a decir:

—Colorado es más grande de lo que piensas, Moira. No es probable que Connor conozca a Michael o a Rennie.

—¿Michael? —preguntó Beryl—. Creía que sólo tenían hijas.

—Mary Michael —explicó Moira.

—Y Mary Renee —añadió Schyler—. Todas somos «Mary»: Mary Francis, Mary Margaret...

Se señaló a sí misma, con una sonrisa flanqueada de hoyuelos.

—Mary Schyler... Supongo que podría considerarse como nuestro «hierro».

—Qué encanto —dijo Beryl en un tono que expresaba todo lo contrario.

Skye fingió no darse cuenta del trasfondo de mofa que había en el comentario de Beryl. En tono animado, mientras alisaba la servilleta que tenía en el regazo, explicó:

—Oh, es algo muy católico. Mamá es católica, ¿saben?, católica

irlandesa. Aunque supongo que ya lo han notado por su acento... Lo de irlandesa, quiero decir. No creo que ser católico le proporcione a uno un acento especial.

Sonrió a Connor con expresión candorosa.

—¿Usted cree que sí?

—No —contestó él, procurando no atragantarse.

—Eso me parecía a mí —prosiguió ella—. Por otra parte, papá es el vivo ejemplo del protestante; en concreto, presbiteriano. Pero probablemente ya lo saben. Los católicos ni en sueños avanzan en los negocios tanto como lo ha hecho mi padre, aunque nadie me ha explicado nunca de forma satisfactoria por qué la religión desempeña un papel en ese asunto. Creo que también tiene algo que ver el que su familia ya estuviera aquí antes de la revolución.

El rostro de Jay Mac había adoptado una expresión que no ocultaban del todo ni sus amplias patillas ni su tupido bigote.

—Ya está bien, Mary Schyler.

Cuando Skye oyó el tono y la inflexión con que su padre pronunciaba su nombre completo, inclinó la cabeza, adecuadamente escarmentada.

Beryl decidió provocar a propósito a Skye para que cometiera más indiscreciones en la conversación.

—Ah, todo eso me resulta de lo más fascinante —dijo.

Luego, haciendo caso omiso de la mirada de advertencia que le dedicó su marido y de la de enfado que le dirigió Connor, sonrió con

expresión serena y siguió comiendo sin alterarse. Estaba contenta; le parecía que Jay Mac nunca encontraría un marido para su hija, a menos que la amordazara.

Con una sombra de premura, ansiosa por cambiar de tema, Moira intervino.

—Mary Michael vive en Denver.

Inmediatamente, Connor acudió al rescate.

—Denver es una próspera ciudad. ¿Ha visitado usted a su hija?

—Sólo una vez, y confieso que me lo pasé muy bien. Por supuesto, fue estupendo estar con Michael y Ethan, y también con mi nieta, pero además la ciudad posee un encanto especial.

Connor dejó ver una amplia sonrisa.

—Jamás había oído que a nadie del este le pareciera Denver encantadora.

Moira parpadeó, pasmada ante la insólita y picara sonrisa de su invitado. Daba igual que estuviera enamorada de su marido y que tuviera cinco hijas..., o que fuera un cuarto de siglo mayor que Connor: sintió toda la fuerza de su sonrisa juvenil, que le llegó hasta los dedos de los pies. Incluso se temió haberse ruborizado.

—Bueno —dijo en tono algo desafiante—, pues a mí me pareció encantadora. Es ruidosa, bulliciosa y pintoresca.

—También lo es el barrio de Bowery —señaló Jay Mac—, y no tienes que salir de Nueva York para ir allí.

Moira descartó sin más el comentario de su marido.

—A ti te gusta Denver, de modo que no tiene sentido que finjas lo contrario. —Se volvió a Connor—. El marido de Michael es *marshal* federal destinado a la zona de Denver.

—Antes ha dicho Ethan —dijo Connor—. ¿Se refiere a Ethan Stone?

—Pues sí —dijo ella, encantada—. Ya ves, Jay Mac: Connor conoce a Ethan. No era tan tonto suponer que quizá lo conociera.

Connor meneó la cabeza antes de que su anfitriona se dejara llevar.

—Conozco al *marshal* Stone por su reputación. Nunca he tenido motivo para necesitarlo.

Skye partió un panecillo por la mitad y empezó a untarlo de mantequilla.

—¿Ni siquiera por culpa de los ladrones de ganado?

—Sobre todo, no por su culpa. —Se volvió hacia Moira—. ¿Y su otra hija que vive en Colorado?

—Esa es Rennie. Ahora se llama Rennie Sullivan. Ella y Jarret, su marido, se mueven mucho: trabajan para la empresa de Jay Mac, la Northeast Rail. Nuestra hija es ingeniero; diseña diversos tipos de puentes y estudia el derecho de paso del ferrocarril, y Jarret los construye.

Al oír aquello, el último resto de la sonrisa de Connor se desvaneció. De nuevo mostró una expresión distante, cortés pero fría.

—No me di cuenta de que los señores Sullivan fueran algo más que empleados de Northeast.

—Caramba —dijo Beryl—, parece que Colorado es un pañuelo.

¿Conoces a todo el mundo, Connor?

—Eso empieza a parecer, ¿verdad?

Su tono frío y distante le sirvió para dar a entender que no le agradaría oír nada más sobre Rennie y Jarret Sullivan.

Jay Mac picoteó en su postre. Normalmente tomaría doble ración de la tarta de cereza de la señora Cavanaugh, pero aquella noche el apetito lo había abandonado en algún momento entre la sopa y la ensalada. Nada de lo que había planeado para la velada estaba saliendo como había imaginado. Mary Margaret encabezó el motín al negarse a asistir, y Skye irrumpió a fondo donde a su hermana le había dado miedo aparecer... Rushton parecía estar deseando olvidar todo el asunto, mientras que Connor daba la impresión de no querer hablar en absoluto del tema... La cortesía de Moira se había visto puesta a prueba por el apenas disimulado desdén de Beryl hacia Skye y su estrafalario comportamiento... De haber tenido que elegir a quién le parecía más entretenida la cena, Jay Mac habría escogido a la señora Cavanaugh; a juzgar por su expresión, encontraba de lo más divertido casi todo lo que oía al servir y retirar los platos.

Moira se dirigió a Beryl y a Skye.

—¿Por qué no dejamos a los caballeros con sus licores? Tomaremos café en el salón.

Skye se puso en pie de un salto y, en su afán por salir del comedor, estuvo a punto de volcar la silla. Ruborizándose hasta la raíz de su pelo color de llama, se disculpó con torpeza y dejó la mesa con rapidez. Moira

y Beryl la siguieron con paso más tranquilo.

Connor esperó hasta que se hubo cerrado la puerta antes de volverse hacia Jay Mac y su padre.

—Me han engañado los dos —sentenció.

John MacKenzie Worth se levantó de la mesa y fue al aparador. No era tan alto como los Holiday, pero daba la impresión de que el poder y la autoridad lo revestían como un manto. Tenía un porte erguido, y los hombros dispuestos en un gesto tan firme como la boca.

Empezó a servir bebidas al tiempo que preguntaba:

—¿Cómo es eso? Usted y yo no nos habíamos visto hasta hoy, así que no logro comprender cómo he podido..., ¿cuál ha sido la palabra?, engañarlo.

—Ah, es que no lo ha hecho usted solo. —Lanzó una intensa mirada a su padre—. Lo han ayudado muchísimo.

Jay Mac puso un vaso de whisky delante de Connor y le preguntó: «¿Quiere un puro?» «No fumo», fue la seca respuesta.

—Yo tampoco —dijo Jay Mac—. Al menos ya no. Lo dejé cuando me devolvieron a Michael viva y sana.

Ofreció los cigarros a Rushton y se alegró de que cogiera uno; tal vez no los fumara, pero aún disfrutaba de su particular y acre fragancia.

—Aunque no creo que usted desee que se lo cuente ahora —dijo, encendiendo el puro de Rushton.

—No —dijo Connor con ironía—. Aunque sea descortés, no puedo decir que lo desee.

Se bebió la copa de un trago y, sin esperar a que le ofrecieran más, fue al aparador y se sirvió él mismo otro vaso. Jay Mac observó a Connor y regresó a su asiento.

—No beberá usted en exceso, ¿verdad? —preguntó—. Su padre no ha mencionado que eso fuera un problema.

—Mi padre no me conoce lo suficiente como para decir ni una cosa ni otra —dijo Connor; le resultó difícil hablar sin amargura—. Pero nunca ha sido un problema, al menos hasta que llegué a Nueva York hace dos meses.

Se apoyó en el aparador y cruzó sus largas piernas a la altura del tobillo.

—No sabía que la señora Sullivan fuera su hija.

—No veo que eso importe.

—Pues importa. Es el motivo por el que intentó impedir que su esposa hablara de la familia que vive en Colorado. Sabía muy bien que he tenido una relación más que superficial con su hija y su yerno.

—Tanto Rennie como Jarret son buenos empleados de Northeast Rail. Es fortuito que pertenezcan a mi familia.

Connor dudó que Jay Mac pensara así de verdad. John MacKenzie Worth era uno de los hombres más ricos y poderosos del país, y nada que tuviera que ver con su influencia era fortuito. Pero su siguiente pregunta la dirigió a su padre.

—Tú sabías lo de los señores Sullivan, ¿verdad?

Rushton asintió.

—Claro que sí. Pero coincido con Jay Mac: no tiene importancia. Si ellos no hubieran topado con la tierra y visto su valor, otro lo habría hecho.

—Basta con que yo sepa el valor de la tierra. No necesito que los topógrafos ni los ingenieros del ferrocarril me digan lo que tengo.

—No esperarías mantener tu valle en secreto para siempre.

Las puntas de los dedos de Connor se volvieron blancas cuando apretó con fuerza el vaso.

—Pero no es mi valle, ¿verdad?

—Cierto —dijo Rushton—. Es mío.

En aquel momento Jay Mac, que daba vueltas a su vaso entre las manos con gesto pensativo, comentó:

—Cuando mi hija me telegrafió que había encontrado un lugar excelente para la línea que va de Cannon Mills a Denver, el asunto despertó mi interés. Cannon Mills tiene recursos de plata y oro sin explotar porque hasta ahora no ha habido forma de transportar el mineral. Northeast Rail ya se ha forjado una reputación en aquel territorio por proporcionar a los mineros y consorcios de minas el acceso al ferrocarril a un coste justo. Primero lo hicimos en Queen's Point, más tarde en Madison..., y ahora son los habitantes de Cannon Mills los que quieren la línea férrea.

—Cuando su hija y los otros vinieron a hacer las mediciones, le dije que no estaba en venta ninguna parte de la tierra. De todos modos me pidió permiso para completar su medición, y se lo concedí.

—Rennie es muy persuasiva.

Connor recordó la acalorada discusión que lo hizo cambiar de parecer.

—Eso es un flagrante eufemismo. —Dio un breve sorbo a su copa—. Cuando ella se marchó con su equipo de Northeast, creí que aquello se había acabado, pero, por lo visto, la señora Sullivan no sólo es persuasiva, sino también insistente. Fue al registro de Denver y descubrió que la escritura de propiedad no estaba a mi nombre; supongo que eso hizo que cambiase toda su argumentación. Después reconoció el nombre de mi padre e hizo que usted acudiera a él. No sé cuándo la conversación pasó de la tierra a los herederos, y ni siquiera sé quién sacó a colación la idea por primera vez, pero en algún momento ustedes dos dejaron de hablar de accesos ferroviarios y empezaron a hablar de dinastías.

Puso el vaso en el aparador y concluyó:

—Sinceramente, señores: el asunto no me interesa.

Y sin esperar respuesta, salió de la habitación.

Rushton y Jay Mac se quedaron en silencio, escuchando, por si oían abrirse y cerrarse la puerta principal. No oyeron nada.

—¿Adónde habrá ido? —preguntó Rushton.

—Es probable que esté esperando impaciente en la biblioteca; está al final del pasillo, y recuerdo que antes vi la puerta abierta.

Rushton exhaló el humo despacio, y una nube gris azulada le rodeó la cabeza.

—No ha ido nada bien.

—No —concedió Jay Mac—. Aunque me gusta tu hijo: no se le intimida fácilmente.

—Ha estado insolente y ofensivo.

Jay Mac se encogió de hombros.

—Está entre la espada y la pared, y lo sabe. Lo admiro por querer aferrarse a la tierra.

Dio un sorbo a su copa.

—Lamento la conducta de mi hija esta noche. Esperaba que las cosas discurrieran de otro modo.

—Confieso que creía que tu hija tenía más edad. No estoy seguro de que ella y Connor se avengan en absoluto.

—¿Más edad? —Jay Mac frunció el ceño—. Tiene veintitrés años; me parece que eso es lo bastante mayor. Tu hijo tiene..., ¿cuántos? ¿Treinta? Los dos están en una edad en que se avendrán estupendamente.

—¿Veintitrés? —musitó Rushton—. No le habría echado más de dieciséis.

—¿Cómo ibas a echárselos? Ni siquiera ha estado aquí.

Con expresión algo confusa, Rushton miró a Jay Mac.

—¿Que no ha estado aquí? Pero...

—Ah, es que has creído que Schyler era... Cielos, no. Desde luego que ellos no se avendrían. —Se rió con verdadero regocijo—. Skye tiene diecinueve años, no dieciséis. Me temo que esta noche ha representado un buen espectáculo destinado a tu hijo, aunque en realidad pretendía

ser una advertencia para mí.

—¿Una advertencia?

—Pues sí —dijo Jay Mac—. Estaba diciéndome...

«No te metas en mi vida, muchas gracias», dijo Skye al tiempo que se desplomaba en la mullida butaca del dormitorio de su hermana.

—¿De verdad le dijiste eso? —preguntó Maggie, sospechando una bravuconada.

—Fue como si se lo hubiera dicho. ¡Ay, Mag, deberías haberme visto! ¡Te habrías sentido tan orgullosa!

Maggie también estaba orgullosa de sí misma por haber tenido el valor de desafiar a su padre y no aparecer en la cena... Aunque en aquel momento, comparado con el ingenio de su hermana menor, aquello no parecía tan importante.

—¿Orgullosa o avergonzada? —preguntó.

—Ah, las dos cosas, estoy segura —prosiguió, contenta, Skye.

Con el pretexto de que no se sentía bien, había pedido retirarse de la conversación de después de la cena; su madre apenas pudo contener su alivio.

—Nadie sabe qué hacer conmigo. Casi me dio pena el pobre señor Holiday.

—¿Padre o hijo?

Skye se encogió de hombros, y su brillante cabello se le derramó

sobre los hombros.

—Creo que los dos. ¿Importa?

—Me parece más difícil sentir pena por el padre: está metido en esto hasta el cuello con Jay Mac.

Suspiró y cerró el libro que había estado leyendo, aunque mantuvo el dedo en el sitio para marcar la página.

—¿Qué le ha dado a Jay Mac? Es decir, ¿a qué viene esto ahora? Nunca ha aludido al matrimonio hablando de mí. Sabe que quiero ser médico, y ahora tengo una oportunidad magnífica de que me acepten en esa facultad femenina de Filadelfia.

—¿Quién sabe por qué Jay Mac hace las cosas que hace?... Dejando a un lado el hecho de que nos ama, y que cree que sabe muy bien lo que es mejor para nosotras. Michael le hizo frente, y Rennie también.

—Rennie acabó casándose con el hombre que él le buscó.

—Es verdad, pero ella lo eligió. Y también Mary Francis hizo lo que quiso.

—Mary Francis se hizo monja —dijo Maggie con guasa—. Hasta Jay Mac debe darse cuenta de que hay límites para su influencia.

Skye se echó a reír.

—Bueno, lo que quiero decir es que hizo lo que quiso. Y tú tienes que hacer lo mismo, Mag. Maggie se mordisqueó el labio inferior con suavidad, mientras sus grandes ojos verdes la miraban con expresión vacilante.

—No sé. Yo no soy como todas vosotras. Para mí no es tan fácil.

—¿Fácil? Mi corazón estaba tan acelerado que creí que iba a salirse del pecho. Me puse aquel trozo de espinaca entre los dientes y sonreí con todas mis ganas mientras rezaba para tener el valor de mantenerlo allí. Sonreí con afectación y parloteé, y fingí que no había terminado ni una frase en toda mi vida, por no hablar de una idea... Jay Mac me lanzaba miradas asesinas, en particular cuando me puse a dar la tabarra con la religión, y mamá parecía que deseaba estar en cualquier sitio menos donde estaba. Rushton Holiday sentía lástima de mí, y más lástima sentía aún de Jay Mac y de mamá..., Beryl Holiday (que no me gusta ni pizca, te lo aseguro, pero que es preciosa) parecía muy contenta de que yo fuera tan claramente inadecuada para su hijastro.

—¿Y Connor?

—Él, querida hermana, da la medida de lo difícil que fue. Connor Holiday es un hombre muy guapo... Muy guapo. Y también es atento y cortés. Tal vez un poco frío, más bien reservado, pero era de esperar. Hacer el tonto delante de él fue como tirar piedras contra mi propio tejado. Jamás me ha resultado tan dolorosamente humillante darle una lección a papá sobre su afición a entrometerse.

—Si le has tomado simpatía al señor Holiday, quizá deberías...

Skye alzó la mano para interrumpir a su hermana.

—Ah, no: me he esforzado demasiado en convencerlo de una cosa como para volverme ahora del revés. Y además, no creo que Connor me quisiera ni regalada.

Puesto que su hermana era una persona hermosa y bastante

solicitada, Maggie se convenció de que Skye debía de haber causado una impresión horrible.

—Entonces ninguna de nosotras dos va a quedarse con él.

—Pues tendrás que plantarte, porque Jay Mac y Rushton siguen conspirando.

—¿Cómo lo sabes?

Skye meneó la cabeza con incredulidad.

—Pero Maggie —dijo impaciente—. ¿Cómo puedes no saberlo tú?

Rushton Holiday apagó su cigarro.

—¿Y ahora qué hacemos?

Hacía rato que Jay Mac se había terminado la copa. Se planteó tomar otra, pero decidió que no; en aquel momento había que mantener la cabeza despejada.

—¿Aún quieres vender la tierra?

—Nunca he querido venderla, pero ya sabes cómo está el mercado. Necesito fondos.

Jay Mac asintió. Él había tenido la suerte de vender algunas acciones, anticipándose sólo por días a la bajada más reciente.

—Rennie dice que sólo necesita el trozo de tierra que cruza desde la cresta de la montaña a través del valle.

—Es la mejor zona de pastos, por eso Connor se opone con tanta firmeza: corta el canal y divide la propiedad. De acuerdo en que es una

franja pequeña comparada con todo el terreno, pero es la más valiosa, para tu ferrocarril y también para mi hijo.

—Ahora Rennie ha encontrado otra ruta que sería aceptable.

—Aceptable, pero no ideal.

—Cierto, pero si no estuvieras dispuesto a vender, tendría que conformarme con lo que hubiera.

Rushton se frotó el caballete de la nariz con el pulgar y el índice.

—Hemos hecho negocios antes, Jay Mac. Hemos sido negociantes justos y sinceros, y me agrada creer que te conozco un poco mejor que la mayoría de nuestros colegas. Ya no estás seguro de querer la tierra; lo noto en tu voz.

—Si recuerdas, Rush, nunca estuve seguro de querer esa franja. Más bien me intrigaba lo que Rennie escribió sobre Connor. A ella le impresionó su devoción por aquella tierra, y más aún, que el dinero que ella le ofreció no se le subiera a la cabeza. Connor cree que Rennie fue al registro de la propiedad por iniciativa propia, pero fui yo quien la mandó allí; recordé que una vez dijiste algo sobre una propiedad en Colorado, y me pareció poco probable que el apellido Holiday fuera una simple coincidencia.

«Lo cierto es que sigue interesándome más Connor como marido de mi Maggie que el rancho. Si él se casara con ella, le asignaría la escritura de propiedad y olvidaríamos lo de usar parte del rancho para la línea férrea.

Rushton se sirvió otra copa. Tenía apretada la mandíbula, y un leve

ceño se le marcaba entre las oscuras cejas.

—No necesito tanto el dinero como para no haber pensado todo esto bien. Se lo he contado todo a Connor; sabe lo que se espera de él.

—Pero no estuvo de acuerdo en seguida.

Por un instante Rushton pareció recordar, y su boca dibujó una media sonrisa.

—No; después de todo, es mi hijo. ¿Lo habrías respetado si lo hubiera hecho?

Jay Mac sabía que no.

—No me has contado qué fue lo que hizo que cambiara de opinión.

—Supongo que no me pareció importante. —Se tomó un tercio de la copa—. Después de hablar con él, estaba enfadado. Ya imaginarás cómo fue la conversación... Tú has visto cómo estamos juntos: no nos podemos ver.

Meneó la cabeza, como para aclararse las ideas.

—Luego se marchó y se emborrachó. Había traído al este dinero suficiente para arriesgarse en una partida de póquer en algún lugar de la ciudad. No me preguntes cómo, pero jura que ganó nada menos que doce mil aquella noche.

—¿Lo jura? ¿Tú no has visto el dinero?

—No lo he visto jamás. Al parecer, se sentía un poco fanfarrón, o quizá siguiera enfadado, no lo sé en realidad. El caso es que fue a un burdel, y dice que la mujer con quien estuvo aquella noche le robó el dinero.

Rushton Holiday observó atentamente a Jay Mac para ver cómo reaccionaba ante la historia; su expresión fue reflexiva, no crítica.

—Accedió a conocer a tu hija más tarde, cuando le quedó claro que no iba a recuperar el dinero.

—Entiendo... Entonces ha venido aquí esta noche con la idea de que no había otra elección.

—Así es. No me habías dicho el nombre de la hija que tenías pensada para él. Nunca habíamos hecho negocios a escala tan personal... Me temo que deduje que se trataba de Schyler, y estoy seguro de que Connor debe de haber pensado lo mismo.

Jay Mac asintió con gesto de desaliento mientras se planteaba que los hijos no deberían ser tan complicados.

—Antes de que decidamos convertir esto en un asunto estrictamente comercial, vamos a pensar si hay algún modo de hacer que Connor y Maggie se conozcan.

Beryl estaba encontrando agradable la compañía de Moira, que no era tan tonta y tan frívola como su hija menor. Con una leve risa asomada sobre el borde de la taza de café, dijo:

—La verdad, no alcanzo a entender cómo se le ocurrió a alguien pensar que el hijo de Rush y su hija harían buena pareja. Ella es demasiado joven para él.

A Moira no le ofendió el comentario, aunque le pareció interesante que Beryl Holiday apuntara en aquella dirección. No creía equivocarse mucho al calcular en dos docenas de años la diferencia de edad que

había entre Beryl y su marido, y estaba seguro de que ella era más joven que el hijo de Rushton.

—Dudo que Jay Mac y Rushton lo hayan pensado detenidamente —dijo sin darle importancia—. Es muy típico de Jay Mac actuar así en asuntos personales, aunque no puedo decir en el caso de su marido.

—Y tampoco yo puedo decir en el caso de Rush. No llevamos casados demasiado tiempo.

—Lo había olvidado, aunque es evidente que hacen ustedes buena pareja. Nadie sospecharía que hace menos de un año.

—En realidad, poco menos de ocho meses.

—¿Menos de ocho meses? Vaya, sí que es difícil de creer. —Añadió una cucharada de nata a su café—. ¿Cómo se conocieron usted y Rushton?

Beryl se dio cuenta de que le había hecho la pregunta con la mayor inocencia, pero aun así, la cogió desprevenida.

—¿No lo sabe? —preguntó en un intento por recobrar la calma—. Creí que todo el mundo lo sabía... Conocí a Rushton cuando fue a visitar a Connor, hace un año.

Moira no entendió por qué aquello le causaba a Beryl cierta incomodidad, pero estaba claro que el asunto había puesto nerviosa a su invitada.

—Perdón —se disculpó—. ¿He metido la pata sin saberlo?

—Oh, no —respondió Beryl al tiempo que forzaba una sonrisa—. Estoy tan acostumbrada a que la gente lo sepa... Es que supuse...

—Querida, no tiene que dar explicaciones. Estoy segura de que no tengo por qué saberlo.

—No, no pasa nada. Seguro que se entera, y además no es nada de lo que me avergüence. ¿Sabe?, yo era la prometida de Connor cuando conocí a Rushton.

—Ya entiendo —dijo Moira.

Y sí que lo entendía; mucho más de lo que Beryl Holiday creía.

—No quiero saber nada más, Skye —dijo Maggie—. Lo has hecho estupendamente y me siento muy agradecida, pero sigo sin saber qué hacer.

Ignoró el mohín de Skye y prosiguió:

—Creo que iré a la biblioteca: tengo que leer más. —Alzó el libro que aún mantenía el dedo cautivo—. Puedes acompañarme si te estás callada.

—Me parece que no. Jay Mac dice que te pasas el rato metida entre libros, y por una vez me siento inclinada a estar de acuerdo con él.

Maggie sonrió.

—Ojo, Skye: yo podría emplear eso contra ti.

La risa musical de su hermana la acompañó hasta el pasillo. Una vez allí, Maggie tomó la escalera de atrás para evitar a los invitados y luego entró en la biblioteca a hurtadillas y en silencio. Una sensación de tranquilidad la invadió casi al instante. El olor de los volúmenes

encuadernados en piel, el silencio del ambiente, las expectativas de aventuras y conocimiento que aguardaban a ser liberadas en las páginas... Maggie lo sintió todo. Esa era la habitación donde se sentía en su hogar, y la que más echaba de menos.

Buscó un marcapáginas y puso su lectura a un lado, sobre la mesa que había junto a la puerta. El fuego estaba encendido en el hogar, y eso supuso una agradable sorpresa; contaba con tener que encenderlo ella misma. Concentrada en la idea de atizar las llamas, rodeó el par de grandes sillones de orejas que miraban a la chimenea, y luego cogió el atizador y dio unos golpecitos en el hogar de mármol. La voz que le llegó desde atrás la cogió completamente desprevenida.

—Juro a Dios que tendría que pegarle con eso.

* * *



Capítulo 4

Era tal y como la recordaba, y saber que su recuerdo no lo había traicionado le produjo cierta satisfacción. Había habido una prostituta, igual que había habido doce mil dólares.

Esperó que la sorpresa diera paso al reconocimiento mientras la estudiaba con sus negros ojos. El fuego, detrás de ella, le dejaba las delicadas facciones en penumbra y creaba una sombra en torno a su cabeza, al tiempo que intensificaba el oro y cobre de su cabello; lo llevaba recogido, atado flojo con una cinta. Luego vio que tenía la carnosa boca entreabierta y que sus verdes ojos de gato se abrían un poco más de lo normal... Y también, que agarraba el atizador, lo sostenía cerca del hombro y parecía dispuesta a blandirlo como si fuera un arma.

Vestía un traje liso, de color azul marino, más por comodidad que para ir a la moda, de alto escote abotonado con decoro en el cuello; llevaba las mangas subidas hasta los codos y un delantal primorosamente sujeto a la cintura. De pronto se movió, en un intento de salir corriendo, y él observó que tenía marcas en la puntera de los zapatos. Ignoraba qué habría hecho con su dinero, pero no se lo había gastado en sí misma... Todavía.

Connor se inclinó hacia adelante y la agarró por la falda cuando

intentó pasar como un rayo junto a él, y luego le dio un fuerte tirón que le hizo perder el equilibrio. Como resultado, ella dejó caer el atizador sin causar daños y después pasó por encima del brazo del sillón hasta aterrizar directamente en su regazo.

Lo empujó en el pecho, pero él la sujetó con fuerza, trabándole la cintura con los brazos y agarrándole las muñecas con las manos. Sólo cuando reconoció lo inútil de sus forcejeos, y también que él tenía la suficiente fuerza y paciencia como para esperar indefinidamente, dejó de resistirse.

Entonces, apelando a un rastro de dignidad, dijo:

—Por favor, suélteme, señor.

—En su momento.

Maggie frunció el ceño y volvió la cabeza para mirarlo bien. Su voz sonaba áspera y un poco peligrosa; también le resultó vagamente familiar. No entendía cómo, pero aquella incertidumbre la hizo estremecerse, y él percibió su temblor.

—El fuego da bastante calor —afirmó—, así que dudo que tenga frío. La única explicación que queda es el miedo. ¿La he asustado?

Aunque seguía sin entender lo que pasaba, Maggie tuvo la impresión de que a él le habría agradado que fuera así. Se limitó a mirarlo y a pestañear.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó él.

—Yo..., he venido a por un libro.

Connor la sacudió un poco.

—No sea idiota.

—No sé qué quiere decir. —Impaciente, trató de soltarse las muñecas de un tirón—. Por favor, suélteme. Me hace daño.

—No le hago daño —dijo él—. Pero debería hacérselo. Debería darle una paliza hasta dejarla medio muerta, y a menos que responda a mis preguntas, a lo mejor lo hago.

—Gritaré.

Él se echó a reír ante su amenaza.

—Esas cosas no se anuncian: sencillamente, se hacen. De todos modos, inténtelo y verá lo que ocurre.

Maggie bajó la vista hacia sus manos inmovilizadas. Para impedirle gritar tendría que soltarla; ¿no se había dado cuenta?... Claro que se había dado cuenta: en el momento en que abrió la boca para gritar, de una sacudida Connor la bajó más y le tapó la boca con la suya. Su invasión la sorprendió tanto que no se le ocurrió cerrar de golpe los dientes. Él empujaba con la lengua, y sus labios se movían sobre los suyos. Aunque ella no reaccionaba, hizo más intenso el beso, y lo alargó hasta sentir que se dejaba caer contra él, no sumisa sino, simplemente, resignada.

En ese instante Connor se apartó y la observó con atención. Salvo por la hinchada plenitud de sus labios, su rostro había perdido el color. Tenía los ojos húmedos de lágrimas sin verter, y su respiración era superficial y leve. Al principio pensó que sólo se habría asustado; ahora estaba aterrada. Entonces la soltó del todo y de un empujón la apartó de

su regazo. Con esfuerzo, Maggie se levantó y se alejó hasta ponerse fuera de su alcance. Luego se quedó mirándolo fijamente, muda, con la visión enturbiada por las lágrimas que no acababan de caer.

—No va a desmayarse, ¿verdad? —preguntó él.

¿Iba a desmayarse? No lo sabía. Nunca se había desmayado antes.

—No... No lo creo.

¿Por qué le costaba tanto trabajo respirar? Apenas oía, de lo fuerte que le martilleaba el corazón.

—Usted no va a hacerlo otra vez, ¿no?

—¿Va a gritar?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, entonces no voy a hacerlo otra vez —dijo él en tono brusco.

Luego señaló el sillón de orejas que formaba un ángulo con el suyo, y ella se dejó caer en el asiento como una piedra. Connor asintió con un gesto de aprobación y tiró del sillón para acercárselo más, a la vez que lo giraba para que lo mirara de frente.

—Dígame qué hace aquí. Y nada de esa tontería sobre coger un libro. Quiero saber lo que hace en esta casa.

—Vivo aquí.

—¿Saben sus patronos lo de su otra profesión?

—¿Mis patronos? —La cabeza empezó a palparle; dentro de los ojos sentía un dolor que casi la cegaba—. Me confunde con otra. Creo que no quiero...

—¿Dónde está mi dinero? —inquirió Connor secamente.

Maggie inclinó la cabeza y empezó a frotarse la sien con dedos temblorosos. Al fin las lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas. Connor no se conmovió. «Mi dinero», repitió con dureza. Maggie lo miró con expresión de impotencia. Empezó a levantarse, pero él volvió a agarrarla por las muñecas y, de un tirón, la hizo sentarse de nuevo. Después se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en las rodillas. Clavó los ojos en ella con un gesto frío e impasible en sus facciones.

—Llame a quien quiera —dijo—, pero ¿está preparada para lo que diré cuando lleguen?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué... qué va a decir?

—Que es usted una ladrona y una prostituta.

Maggie se hundió en el asiento, asqueada.

—Creo que es usted un hombre horrible, señor Holiday.

A Connor le quedaba mucho por recorrer antes de avergonzarse por su conducta desde que Maggie entró en la habitación; de hecho, aquel patético juicio sobre su carácter lo hizo sonreír.

—De modo que sí sabe quién soy.

Con un gesto impaciente, Maggie se apartó las lágrimas.

—Claro que sé quién es. Todos lo esperaban, y esta noche lo he visto llegar. No ha venido en el coche con su padre y su madrastra.

Él entornó los ojos, mirándola con furia.

—Si quiere evitar otro encuentro desagradable, no se refiera a la

esposa de mi padre como a mi madrastra. Se llama Beryl.

—Muy bien.

—Es usted muy complaciente —dijo, observándola con atención.

—No sé qué otra cosa podría hacer.

Sentía náuseas en la boca del estómago y cruzó los brazos sobre la cintura como si así pudiera controlarlas. Notó cómo la bilis subía por su garganta, y la obligó a bajar.

—¿Va a hacerme daño?

—No, si recupero mi dinero.

Ella sintió que las lágrimas volvían a asomar a sus ojos. Meneó la cabeza y se mordió el labio inferior.

—No sé nada de ningún dinero.

—Embustera.

—No sé nada, se lo juro —se enjugó los ojos—. Por favor, quiero irme.

A Connor no le costó trabajo ignorar su petición.

—Y supongo que tampoco sabe nada de la casa de la señora Hall.

Maggie se lo quedó mirando sin entender.

—Y usted nunca se ha prostituido allí.

Ella palideció.

—Nunca abriste los muslos para mí, nunca recorriste con tus manos todo mi cuerpo, nunca me besaste y nunca te fuiste con mi maletín, con más dinero del que ganarías en cuatro vidas...

Esta vez, cuando Maggie se levantó, él no intentó detenerla; tenía

una mano sobre la boca, segura de que iba a vomitar. No se dio cuenta de que estaba desmayándose hasta que la oscuridad la rodeó. Pero antes de que su cabeza golpeará el suelo, Connor la cogió y la sintió desplomarse contra él; al tomarla en brazos le pareció cargar un peso muerto. Había un diván en el otro extremo de la biblioteca; la llevó hasta allí y la tumbó. Luego, con el dorso de los dedos le dio ligeros golpecitos en las mejillas. Ella no se movió; en su cara no había más color que el que le provocaba él.

Indignado, Connor meneó la cabeza, salió al pasillo y caminó a grandes zancadas hacia el comedor. Una vez allí, asomó la cabeza por la puerta: Jay Mac y su padre seguían debatiendo a fondo y no repararon en él hasta pasados unos segundos.

Jay Mac lo vio primero.

—Pase, Connor. Estoy encantado de que haya decidido reunirse con nosotros. Su padre y yo acabábamos de...

Connor levantó la mano e interrumpió a su anfitrión.

—Necesito su ayuda en la biblioteca. Una de sus criadas se ha desmayado.

Jay Mac se levantó en seguida y Rushton lo imitó. Connor encabezó la marcha de vuelta hasta la biblioteca y los hizo entrar. Mientras cerraba las puertas no se dio cuenta de que su anfitrión se paraba en seco a los pocos pasos y clavaba los ojos en la pálida cara de su hija:

—Creí que había dicho que era una de las criadas —dijo Jay Mac.

Connor se volvió.

—Es lo que es, ¿no?

Jay Mac negó con un gesto y fue al lado de Maggie.

—Rushton, ¿quieres ir a buscar a la señora Cavanaugh, nuestra ama de llaves? Pídele las sales, pero sin alarmarla; alertaría a Moira, y aún no hay motivo para hacerlo.

Rushton salió de la biblioteca con una sensación de ansiedad en el pecho debido a la identidad de la muchacha inconsciente. Al pasar junto a su hijo le dirigió una mirada severa y acusadora.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —preguntó Jay Mac.

Se sentó en el diván a la altura de la cintura de su hija, tomó su mano entre las suyas y se la frotó.

—Maggie siempre ha sido delicada, pero no propensa a desmayarse. Maggie... Connor se preguntaba cómo se llamaría.

—Creo que la he asustado, señor. No esperaba verme en la biblioteca.

En cierto modo aquello era la verdad, y no tuvo escrúpulos en expresarla.

—Eso no es propio de Maggie.

Le dio golpecitos en las mejillas igual que había hecho Connor antes.

—Aunque lo cierto es que en estas últimas semanas no ha sido ella misma. No sé qué le ocurre. —Apenas se daba cuenta de que estaba hablando en voz alta—. Insiste en que no es nada, pero me pregunto qué será...

Connor se acercó más al diván. Casi no entendía lo que Jay Mac

susurraba con voz tensa, y cada palabra era otro martillazo contra el muro de su entereza.

—Un padre no puede evitar preocuparse...

Aquel último martillazo le dio bien. Por encima del hombro de Jay Mac, Connor miró las facciones serenas e inmóviles de Maggie; su ladrona, su prostituta, era la hija de John MacKenzie Worth.

En aquel momento apareció Rushton con las sales. Connor las cogió y se arrodilló junto al diván; luego abrió el tapón de las sales de amoníaco y las agitó despacio bajo la nariz de Maggie. Ella reaccionó casi al instante, arrugando la nariz e intentando apartarse del fuerte y acre olor. Connor retiró la mano y esperó. Las largas pestañas aletearon, y al ver a Connor inclinado sobre ella, dijo lo primero que acudió a su confusa cabeza: «No necesito un médico.»

Jay Mac le dio unos golpecitos un poco más fuertes en la mano y rió con alivio.

—Claro que no. No voy a llamar a ninguno.

—Pero...

Maggie miró a Connor con cierta confusión, mientras un recuerdo esquivo y cierto desasosiego luchaban por salir del fondo de su mente. Él se limitó a devolverle la mirada. Ella vio su propio reflejo en aquellos oscuros ojos y entonces recordó otras cosas: las terribles acusaciones que él le había lanzado. Ante el vacío que en aquel momento mostraba su expresión, se encogió.

—Siento haberla asustado —se disculpó Connor.

A ella no le pareció sincero. ¿No se daba cuenta Jay Mac? ¿No lo oía?... Apartó los ojos de él y miró a su padre, mientras con voz algo entrecortada decía:

—Quisiera irme a mi cuarto. Me siento muy tonta. —Le apretó la mano—. Mamá no se ha enterado, ¿verdad?

Jay Mac negó con la cabeza y la ayudó a levantarse. Connor se agachó y volvió a colocarle el tapón al frasco de sales. Rushton se hizo a un lado cuando Maggie se puso de pie, y ella se ruborizó, avergonzada de haberlo conocido en semejantes circunstancias.

—Si me disculpa —dijo, bajando la mirada al suelo—. Yo..., yo puedo ir sola a mi habitación.

Y, acto seguido, se levantó el bajo del vestido unos centímetros y salió apresuradamente de la biblioteca.

Una vez se hubo alejado lo bastante para no oírlos, Rushton dijo:

—Así que ésa es Mary Margaret... No habías dicho que fuera enfermiza.

Jay Mac y Connor hablaron al mismo tiempo.

—No lo es.

—No lo es —repitió Connor bajando la voz—. Es que la he asustado.

Rushton hizo caso omiso de su hijo y miró con gesto inquisitivo a Jay Mac.

—¿Qué has estado ocultándome, Jay Mac? Creía que habíamos puesto todas las cartas sobre la mesa, pero ya no estoy tan seguro. ¿Le pasa algo a tu hija que haga imprescindible el que se case pronto?

Jay Mac se puso rígido.

—Creo que no me gusta lo que das a entender, Rushton. Quizá sea mejor que te expliques con claridad, o que cambies de tema por completo.

—No creo haberme mordido la lengua —repuso su colega en tono tenso—. Pero si necesitas que te lo diga de otra forma, voy a preguntártelo: ¿Mary Margaret está em...?

Connor no dejó que su padre terminara la frase que implicaría poner fin a una relación comercial de casi una década de antigüedad.

—Quisiera pedirle la mano de Maggie, señor —dijo a Jay Mac.

—¡Connor!

Rushton pronunció su nombre con aspereza; por un instante olvidó que nunca había ejercido ninguna influencia en la vida de su hijo, y que si había ejercido alguna, ya hacía mucho que éste no reaccionaba con sólo oír su nombre.

Connor siguió dirigiéndose a Jay Mac.

—Hablo completamente en serio, señor. Quiero su permiso para venir a ver a su hija.

Las cejas color rubio ceniciento de Jay Mac se unieron en una sola línea sobre sus ojos. Entonces se quitó los lentes, plegó las patillas y se los metió en el bolsillo del chaleco; aquello le dio tiempo para pensar. De una cosa estaba seguro: con ese giro de los acontecimientos, tanto él como Rushton conseguían lo que deseaban, y sin embargo no se sentía del todo satisfecho..., y era evidente que Rushton tampoco.

—Antes me gustaría hablar con Maggie en privado —contestó.

No era lo que Connor deseaba oír, pero no tenía otra opción.

—Claro.

—Aunque no esta noche. Creo que esta noche no se encuentra bien.

—Lo entiendo.

—Venga a verme dentro de dos días, al Edificio Worth. ¿Sabe dónde está?

—Lo encontraré. —Connor miró a su padre—. Estoy listo para marcharme. Si tú y Beryl queréis quedaros más tiempo, me iré andando.

—No será necesario —dijo Rushton—. Nos vamos contigo.

Mucho más tarde aquella noche, cuando Jay Mac y Moira se habían retirado a su dormitorio, él le habló del desmayo de Maggie y de la oferta de Connor Holiday. Moira dejó de trenzarse el cabello y se volvió en el taburete de su tocador para buscar la seguridad que siempre le ofrecía Jay Mac. Aquella fue una de las pocas veces que en su rostro no vio nada que aliviara su preocupación.

Uno de los dos tenía que decirlo, y Moira vio que Jay Mac no se sentía con suficiente valor para hacerlo.

—¿Crees que Maggie está embarazada?

—¡No! —Se sentó despacio en el borde de la cama—. Es decir, no lo sé. ¿Quién iba a ser el padre? No ha estado en ningún sitio, no ha visto a nadie... Conoce sus libros y su medicina, pero nada..., a nadie más.

Moira vio que era el momento de devolverle la fuerza con que él solía colmarla. Se levantó del tocador y se sentó a su lado en la cama. Luego le tomó la mano y dijo con suavidad:

—Si lo está, no es el fin del mundo. Nosotros hemos tenido cinco hijas fuera del matrimonio: hemos criado cinco niñas sin contar con la bendición de la Iglesia.

Jay Mac no la oyó apenas.

—Está tan callada...

—Maggie siempre ha guardado las distancias.

—Sí, pero si está embarazada...

—¿Qué te preocupa, Jay Mac?

—Eso es que el padre está casado. Lo sé. Eso es lo que pasa... Por eso no la hemos visto con nadie ni la hemos oído hablar de él.

—Tú estabas casado —le recordó Moira con dulzura—. Fui tu querida durante veintiocho años, y seguiría siéndolo si Nina no hubiese muerto.

—Eso era distinto —dijo él con testarudez.

Ella sonrió.

—Y algún día haré que me digas por qué. Ahora mismo, sin embargo, voy a ver a nuestra hija para preguntarle en persona si tenemos motivo para estar preocupados en ese sentido. Y si no la he insultado más allá de toda razón, luego tú le hablarás del ofrecimiento de Connor Holiday.

Cuando su madre entró en la habitación, Maggie estaba sentada en la cama con un libro cerrado en el regazo. Llevaba así casi una hora, sin encontrar ni energía ni interés para leer nada. En seguida puso el libro a un lado y movió las piernas para dejar sitio a Moira.

—Creí que ya estarías durmiendo —dijo Maggie.

—Yo podría decir lo mismo de ti.

—¿Pasa algo?

—Y también podría hacerte la misma pregunta.

La sonrisa de Maggie vaciló; sus verdes ojos se oscurecieron.

—Jay Mac te ha contado lo que pasó abajo. —Por la expresión preocupada de su madre vio que había acertado—. No tenía que haberlo hecho, no había necesidad. Estoy bien, de verdad. Fue la cosa más tonta. No sé por qué ocurrió...

Moira escudriñó las finas facciones de su hija. De todas sus hijas, Maggie era la que se parecía más a su madre; asimismo, su carácter se parecía más al de Moira que al de Jay Mac. Se preguntó si Maggie lamentaba alguna vez no ser más como su padre o sus hermanas... Tal vez por ese mismo motivo se sentía más cerca de ella. Compartían una tranquila fortaleza que Moira había empleado muchas veces a lo largo de los años; sabía que Maggie ni siquiera sospechaba de lo que era capaz.

—Quizá deberíamos pedirle al doctor Turner que te examinara —le dijo, al tiempo que se echaba el cabello sobre el hombro y empezaba a trenzarlo—. Cuando la gente se desmaya, suele haber una causa.

—Creo que sólo son nervios, mamá. Ya sabes lo que pasa cuando Jay Mac pone el ojo en uno de sus seres queridos... Supongo que ahora me toca a mí, y no sé si tengo ánimos para resistirlo. Quiero ir a la facultad de medicina. ¿Por qué intenta detenerme?

—¿Es eso lo que está haciendo?

Maggie se inclinó hacia adelante, tomó la trenza de manos de su madre y empezó a trenzarle ella misma el cabello. Siempre encontraba más fácil hablar si tenía las manos ocupadas.

—¿Cómo llamarías esta..., esta obsesión con Connor Holiday?

—No creo que tu padre piense que la medicina sea una profesión adecuada para una mujer.

—Eso no es justo: Michael es reportera de un periódico, Rennie es ingeniero... ¿Son ésas profesiones adecuadas para una mujer? ¿Tengo que meterme a monja, como Mary Francis?

—Si recuerdas, a tu padre tampoco le alegró demasiado su decisión. —Puso la mano sobre los atareados dedos de Maggie—. Tú has tenido tu educación, cielo: cuatro años y un título igual que tus hermanas. Eso es más de lo que la mayoría de los hombres de la posición de tu padre les permiten a sus hijas. Si quieres todavía más, deberías estar dispuesta a actuar por tu cuenta y no recurrir a Jay Mac en busca de ayuda.

—Tengo dinero ahorrado... Y si me falta, trabajaré para ganarlo. Eso no me da miedo. Pero, mamá, quiero hacerlo con vuestra bendición, la tuya y la de Jay Mac. ¿O es que crees que no lo conseguiré? ¿Es eso?

Moira negó con la cabeza y le apretó la mano a Maggie.

—Tu padre y yo hemos hablado de esto mucho tiempo, desde que comentaste tus deseos. Ninguno de los dos duda de tu capacidad, ni lo pienses siquiera. De lo que dudamos es de que seas capaz de mantenerte. No, escúchame. Debes de habértelo planteado. ¿Quién irá a verte? ¿Quién te recibirá como socio en su consulta? Siempre te sentirás frustrada sabiendo lo que puedes hacer por los demás y que nunca se te dará la oportunidad de demostrar... Eso es lo que preocupa a tu padre y, si soy sincera, también me preocupa a mí.

Maggie no deseaba escuchar nada de aquello. El nudo que seguía sintiendo en el estómago se apretó más aún.

—De modo que debería casarme.

—No, si tú no quieres.

Moira tomó aliento para tranquilizarse; después apartó la mano y se dio media vuelta para ver de frente a su hija.

—No hay motivo para que creas que tienes que casarte, ¿verdad?

Maggie frunció las cejas y ladeó la cabeza, un gesto que acentuó la forma almendrada de sus ojos.

—¿Quieres decir, aparte de la insistencia de Jay Mac para que lo haga?

—Aparte de eso.

—Me parece que no acabo de entender. ¿Por qué...?

De repente se interrumpió; su ceño dejó de fruncirse y su boca se abrió un poco.

—¿Porque me he desmayado? ¡Ay, mamá! ¿Cómo has podido

pensarlo? ¿Eso creéis Jay Mac y tú? ¿Que estoy encinta?

Moira contestó con sinceridad y sin apartar la mirada; sentía que se lo debía a su hija.

—Eso se nos ha ocurrido —dijo—. Has estado tan callada últimamente... Ni siquiera estoy segura de cuándo reparamos en ello por primera vez; tal vez haga ya mes y medio. Estamos preocupados, Maggie, no esperarás que no lo estemos... Si estuvieras embarazada nos lo dirías, ¿verdad?

Por algún motivo, Maggie no respondió a esa pregunta, sino a otra.

—No estoy embarazada —dijo.

—¿Podrías estarlo?

—¿La Inmaculada Concepción...?

—No seas blasfema.

—Perdona.

Moira dio un suspiro.

—Y perdóname tú también, Maggie. Perdona que haya tenido que preguntarte. Siento muchísimo no haber tenido más fe en tu buen juicio.

—Se inclinó hacia ella y la besó en la frente—. Ahora duérmete. Vamos a olvidar esta noche.

Maggie cogió la manga de su madre antes de que se apartara.

—¿Alguna vez te arrepientes de habernos criado a todas sola?

—¿Eso crees? ¿Que os crié sola? No, Maggie, no es cierto: vuestro padre siempre estuvo conmigo, incluso cuando estaba con su esposa. En todos aquellos años probablemente os vio más que si hubiera vivido bajo

el mismo techo. Todos sus momentos libres los pasaba con nosotras. No lo olvides nunca. Mira, Mary Margaret: no me arrepiento de nada respecto a mi vida con tu padre. De nada.

—¿Crees que tus padres se sintieron decepcionados contigo?

—Cuando conocí a Jay Mac ya habían muerto..., pero sí, supongo que las opciones que tomé les habrían causado una gran decepción.

Pensativa, Maggie se limitó a asentir; luego soltó la manga de su madre y dijo: «Buenas noches.» Moira sonrió. Se quedó allí un instante más observando a Maggie mientras ésta se volvía de costado y se tapaba hasta los hombros con el edredón. Luego apagó la lámpara de la mesita de noche y salió del cuarto, sólo un poco menos intranquila que cuando entró.

Pasó mucho tiempo hasta que Maggie se quedó dormida. En el fondo de su cabeza estaban las cosas que la había llamado Connor Holiday: ladrona, prostituta... Las cosas que le dijo que había hecho: abrir los muslos, deslizarse por todo su cuerpo, tomarlo con la boca... Era un malvado. Un hombre desequilibrado, un perturbado...

Sin embargo, Mary Margaret Dennehy habría dormido mejor de haber logrado averiguar qué le había pasado semanas atrás, durante ocho horas de la noche del 24 de marzo.

En actitud despreocupada, con los tobillos y los brazos cruzados, Connor Holiday se apoyó en los bloques de granito de un hueco del

Edificio Worth. Parecía estar observando el tráfico de los peatones por Broadway, captando la apresurada resolución con que los neoyorquinos se ocupaban de sus cosas. En otro momento, a su manera, habría encontrado entretenida toda aquella actividad; ahora, a efectos prácticos, en aquella calle atestada de gente Connor Holiday estaba solo.

Ella no quería casarse con él... Las palabras volvieron a su cabeza, a veces en la voz de Jay Mac, a veces como si escuchara el tono melodioso y ronco de Maggie. No quería verlo. No quería tener nada que ver con él.

El resultado de la entrevista con Jay Mac no lo había sorprendido del todo; esperaba que Maggie Dennehy pusiera objeciones. Pero no estaba preparado para una cosa: que Jay Mac, que era quien lo había puesto todo en marcha, quien había maquinado, atizado y alentado aquel asunto con vistas a un fin muy distinto, las aceptara... Y eso lo hizo preguntarse si Maggie le habría contado a su padre el contenido de su conversación en la biblioteca..., o las circunstancias de su primer encuentro.

Meneó la cabeza: no se imaginaba en absoluto a Maggie repitiendo ante Jay Mac sus actos y sus acusaciones. Si lo hubiera hecho, a aquellas alturas ya no estaría vivo... Y, sin embargo, no retiraba nada de lo dicho. Todo era verdad. Él recordaba muy bien aquella noche en el establecimiento de la señora Hall, aunque Maggie fingiera no recordarlo... Y tampoco retiraba mucho de lo ocurrido allí.

Connor se apartó de la pared de granito y se metió las manos en los bolsillos. Tenía que saber más. Para opinar sobre lo que le adeudaba la

hija de Jay Mac, tenía que saber algo más de lo que sabía.

Sin tener decidido un destino adonde ir, bajó sin prisas los escalones exteriores del Edificio Worth y dobló la esquina para entrar en la calle Ann. Al menos, creía que no estaba seguro de dónde y cómo le responderían a sus preguntas. Es más: incluso habría dicho que caminaba sin rumbo fijo, sin objetivo y sin dirección... Sin embargo, veinte minutos después de salir del Edificio Worth, Connor se encontró en mitad de los barrios bajos.

Lisa Antonia Hall no solía recibir a los visitantes antes de mediodía; hasta esa hora las chicas seguían acostadas, y a ella nunca le parecía estar en plena forma. Pero hizo una excepción cuando Samuel le dijo quién esperaba en el vestíbulo de entrada. El nombre de Connor Holiday quería decir problemas... Habría sido demasiada suerte esperar no volver a verlo más.

La *madame* se atusó el pelo, se arregló la sarta de perlas que llevaba al cuello y se alisó la falda del vestido sobre las caderas. Luego se apresuró a meter de cualquier modo en el cajón de en medio los papeles que se amontonaban sobre su escritorio de caoba; de paso, miró la pequeña pistola que guardaba allí y se preguntó si debía mantenerla a mano, pero decidió que no. De un empujón metió el libro de cuentas, y la pistola quedó arrinconada al fondo del cajón.

Cuando hicieron pasar a Connor al despacho, la señora Hall estaba

de pie detrás de su escritorio. Lo saludó con una sonrisa, confiando en parecer más cortés, tranquila y responsable de lo que se sentía, y con un gesto le indicó que se sentara al otro lado de la mesa.

—¿Qué desea, señor Holiday? —preguntó—. ¿Quiere una taza de café? Puedo pedirle a Samuel que nos lo traiga.

El guardaespaldas, y a veces mayordomo, rondaba cerca de la puerta esperando sus órdenes. Cuando Connor declinó el ofrecimiento, la señora Hall lo despachó.

—Imagino que el hecho de que esté aquí significa que no ha recuperado su dinero.

Connor reconoció que aquel comentario era una gran concesión por su parte.

—De modo que cree de verdad que yo llevaba el dinero.

—Aquel día, cuando el panorama se calmó un poco, el médico y yo lo creímos a usted. —Se arrellanó en el sillón y ladeó la cabeza—. Pero a estas alturas esperaba que se hubiera dado cuenta de que su acusación contra mí no tenía fundamento.

—Eso no lo sé con seguridad, aunque estoy dispuesto a escucharla. El caso es que quisiera saber más sobre la muchacha con quien me mandó aquella noche.

La señora Hall alzó una mano llena de anillos y meneó la cabeza despacio.

—Yo no lo mandé con aquella señorita, al menos no lo mandé queriendo. Usted tuvo la mala suerte, y desde luego ella también, de que

nunca me aclaro con las direcciones, en cuanto a lo que está a la derecha y a la izquierda. Reconozco que no me di cuenta de hacia adonde giraba usted al subir la escalera, pero creí que lo mandaba a la habitación de Megan, y no a otro lugar.

Con la mirada fija en la dueña del burdel, Connor se reservó su opinión.

—¿Por qué dice que la muchacha tuvo mala suerte? Fue a mí a quien le robaron doce mil dólares.

—Aquella joven entró en esta casa siendo virgen. Y las sábanas indicaban que ya no lo era cuando se marchó.

Connor parpadeó sin acabar de creer lo que estaba escuchando.

—Seguro que aquí eso no supone una situación insólita.

—Todas mis chicas tienen experiencia antes de trabajar para mí.

—Pero ella no.

—Ella no era una de mis chicas.

Él se obligó a relajarse.

—Me parece que me tomaré ese café, después de todo —dijo.

Lisa asintió y llamó a Samuel. Le hizo el encargo y después se volvió otra vez hacia su invitado.

—Cuando usted se marchó, hace seis semanas, hice que registraran la casa de arriba abajo. Yo misma supervisé cada detalle. Revisamos el desván y el sótano de las verduras; dimos media vuelta a las camas y desarmamos los roperos... Su maletín y su dinero no están aquí. Como usted no regresó, supuse que habría llegado a la misma conclusión, o

que los habría encontrado. —Hizo un amplio gesto con la mano y las pulseras de su muñeca izquierda emitieron un tintineo musical—. Lo invito a que mire por donde desee: puede inspeccionar mis libros de cuentas, mis cuadernos bancarios privados o las finanzas de cualquiera de mis empleados, hasta quedar satisfecho de que no tenemos su dinero.

A continuación metió la mano en el cajón de en medio, sacó el libro de gastos y lo deslizó por la mesa hacia Connor.

—Puede empezar con éste, aunque todos están a su disposición. Llevar un establecimiento como el mío exige cierta discreción, prudencia y unos hábitos fuera de todo reproche... Y ahí se incluye la confianza. Es lo que espera la clientela que acude aquí. —Volvió a dar un empujoncito al libro de cuentas, retándolo a que lo cogiera—. Soy muy consciente de que no ha hecho usted ningún comentario calumnioso respecto a mi negocio; si lo hubiera hecho, ya habría notado el efecto. Porque mi clientela sólo es leal hasta cierto punto: me habrían abandonado si pensaran que no se podía confiar en mí.

Samuel regresó con el café y Lisa le hizo señas para que entrara. Una vez tuvo su taza servida, con la nata y el azúcar como le gustaban, volvió a reanudar el hilo de la conversación.

—Eso me lleva a pensar, señor Holiday, que, a pesar de sus palabras en sentido contrario, creo que sabe que soy inocente de cualquier acción inicua.

Connor se bebió su café negro; sin querer soltar prenda, resistió la tentación de decirle que tenía razón.

—Dígame lo que sepa sobre la chica —dijo—. Es la única pista que tengo.

La *madame* volvió a colocar la taza en el platillo y cruzó las manos sobre el tablero de la mesa.

—Sé muy poco, aunque puede estar seguro de que he buscado información por mi cuenta. Pero en este caso mis fuentes no son del todo fiables.

—Dígamelo de todas formas.

—Lo más que he llegado a reconstruir es que, por algún motivo, entró sola en el barrio y anduvo vagando por él. Ni siquiera fue por esta parte del barrio: se perdió por la calle Canal antes de llegar hasta aquí. Por lo visto, la abordó un grupo de marineros que buscaban diversión; probablemente iban demasiado borrachos como para fijarse en su ropa o en sus maneras y ver que aquél no era su sitio. —Se calentó el café añadiendo un poco más de la cafetera—. Entonces Harlan Porter, un chulo de la peor especie, la rescató.

—¿La rescató? —preguntó Connor.

—Bueno, claro, ése es un término relativo —contestó ella con ironía—. Porque, según parece, se la llevó con la promesa de guiarla hasta su casa, y acabó dragándola e intentando vendérsela a Horace Beale. Por cierto, Beale es un viejo al que le gusta la carne joven.

La distante calma superficial de Connor se estremeció levemente, y sus dedos se crisparon un poco sobre la delicada taza de porcelana.

La señora Hall vio el sutil cambio que se produjo en las facciones de

su invitado, pero no hizo ningún comentario; le bastó con imaginar que en aquel momento estaba acordándose de la chica.

—Mi criado Samuel, que logró enterarse de estos detalles por el propio Harlan sólo gracias a un poco de persuasión física, me contó que en ese momento ella se escapó. Harlan la persiguió y la alcanzó en mi patio trasero, y entonces una de mis chicas lo hizo huir corriendo y recogimos a la muchacha.

»No soy idiota, señor Holiday. Yo sabía que aquella muchacha no era una mujer de la calle y, desde luego, no era mi intención ayudarla a emprender ese camino. La pobrecita estaba enferma; además tenía magulladuras en el cuello donde Harlan o los marineros habían intentado estrangularla, y entre aquello, su enfermedad y las drogas, no le salía de la garganta ni una palabra que se entendiera. En vista de eso, la metimos en un cuarto libre, le preparamos un baño caliente, le dimos un poco de láudano y mandamos a buscar al médico.

Connor dio un respingo, con lo que el café se le derramó por encima del borde de la taza y le escurrió por los dedos. Al instante acudió Lisa con una servilleta de lino a secarle la mano y darle caba. Él cogió la servilleta y dejó la taza. «No es nada», dijo.

—¿Se ha quemado?

—No es nada —repitió secamente.

Ni él mismo sabía por qué había pasado aquello; al menos no lo sabía con seguridad. Fue algo que dijo Lisa, algo que despertó su atención, su recuerdo, de un modo especial..., y que luego se desvaneció

antes de que captara su sentido.

—Así que decía usted... —dijo cuando ella regresó a su sillón.

—En realidad, había acabado. Usted sabe mejor que yo lo que sucedió después.

Connor había recuperado la calma. Dejó caer la servilleta en la bandeja.

—Que me mandaron a la habitación equivocada.

—No con intención —se apresuró a añadir ella.

Tras un momento de pausa él concedió:

—Tal vez. Yo tampoco soy idiota, señora Hall. Cuando llegué a aquella habitación no tuve motivo para dudar de que su huésped no fuera precisamente lo que parecía ser. Era dócil y poco habladora.

—Estaba bajo el efecto de las drogas, y además enferma.

Los oscuros ojos de Connor se entornaron.

—¿Qué está diciendo? ¿Que la forcé?

—Yo no estaba en aquella habitación. ¿La forzó usted?

Él se levantó y se apoyó con rigidez en el escritorio; luego se inclinó hacia adelante, cerniéndose sobre la señora Hall.

—Usted no sabe nada de aquello.

Lisa Antonia Hall no se acobardó; alzó la vista y lo miró fijamente, pero sin perder la tranquilidad.

—Si alguna vez encuentra a esa joven, quizá le pregunte lo que opina ella. Y quizá ella crea que tiene perfecto derecho a su dinero, después de lo que usted le quitó.

Los ojos de Connor echaron chispas. Entonces se enderezó, giró sobre sus talones y se marchó sin responder una palabra.

Skye dobló la esquina del vestíbulo del piso de arriba y se detuvo en el descansillo. Miró hacia abajo, a la amplia escalera y al vestíbulo inferior, y vio a su hermana ajustándose el sombrero amarillo de paja en el espejo.

—¿Adónde vas? —gritó—. Apenas ha amanecido.

Maggie dio un salto y estuvo a punto de pincharse con la aguja del sombrero. Las fresas silvestres que decoraban el ala se bambolearon.

—No pretendía asustarte —dijo Skye, al tiempo que bajaba de prisa la escalera.

—No importa.

Había sido la culpabilidad, no el miedo, lo que la había sobresaltado; volvió a ajustarse el sombrero.

—Estaba distraída.

—¿Ah, sí? —preguntó Skye, esperanzada.

—No es asunto tuyo.

Algo decepcionada, Skye hizo una mueca.

Satisfecha con el arreglo del sombrero, Maggie se apartó del espejo.

—Estaré de vuelta a tiempo para el almuerzo.

Puso una mano en el picaporte de la puerta.

—¿Adónde vas?

La mano de Maggie se tensó en el pomo; sin alterar la voz, respondió:

—A la biblioteca.

Skye asintió con la cabeza, pero entonces observó que su hermana no llevaba libros, papeles ni plumas... Y además era absurdamente temprano. Frunció el entrecejo.

—Maggie —empezó a decir en tono serio—, si hay algo que...

Maggie no tuvo dificultad en parecer traicionada: era justo como se sentía.

—¡Tú también, no! Por favor, Skye, no me hagas esto. Mamá y Jay Mac están tan seguros de que pasa algo que me observan todo el rato. Me siento asfixiada en mi propia casa. No puedo ir a ningún lado sin que me interroguen.

—No has ido a ninguna parte —señaló Skye—: hace semanas que no sales. Al menos desde que le dijiste a Jay Mac que no ibas a casarte con Connor Holiday. Daba la impresión de que tenías miedo de encontrarte con él.

—No seas ridícula. Probablemente a estas alturas ya haya vuelto a su rancho.

—Bueno, pues si está allí, no será por mucho tiempo. Jay Mac está preparándose para cerrar el trato con Rushton, y después el «H Doble» ya no será de Connor.

Por un instante Maggie cerró los ojos; de nuevo sintió que la invadía una difusa culpabilidad. Hacía semanas que había aceptado el hecho de

que, en cierto modo, ella tenía la culpa de que Connor perdiera la tierra, aunque no sabía muy bien por qué.

Se dirigió a su hermana con aspereza.

—Nunca ha sido de Connor. Era de su padre.

Skye frunció el ceño.

—Estás distinta, Maggie. Algo no...

—Me voy a la biblioteca.

Maggie se apresuró a salir y después cerró bien la puerta tras ella.

En el aire flotaba el aroma de principios de verano. Hacía un día templado, algo húmedo, y los jardines en plena floración impregnaban el aire de fragancias. El ligero chal la abrigaba más de lo necesario, pero se lo puso en torno a los hombros con gesto protector. Estaba helada por dentro. Daba lo mismo que hubiera salido de la casa, porque seguía sintiéndose asfixiada. En el fondo, era de su propia compañía de lo que quería escapar: de sus propios pensamientos, de la horrible sensación de terror que parecía abrumarla hasta dejarla, alternativamente, desmadejada o entumecida.

No quiso pensar en el lugar al que se dirigía, ni en lo que la esperaba allí; entendía que casi no tenía elección. Lástima no poder recurrir al entumecimiento cuando más lo necesitaba.

Maggie Dennehy bajó la cabeza y encorvó los hombros a medida que fue acercándose a la gran casa de piedra roja situada en la esquina nordeste del cruce entre la calle Cincuenta y Dos y la Quinta Avenida. La residencia de madame Restell era un edificio cursi, construido mucho

antes de que los ricos de la ciudad empezaran a trasladarse a la zona alta. Ahora para los habitantes de la Quinta Avenida suponía una discreta vergüenza contar en el vecindario con la abortista más conocida y más cara de la ciudad. Aunque se la excluía de los círculos sociales públicos, disfrutaba de un profundo conocimiento de los privados. Después de treinta años de tener abierta su consulta, se la temía y, por tanto, también se la protegía.

Maggie subió de prisa los escalones del portal, encantada de que aún fuera muy temprano. Gracias a eso en la calle, animada por lo general, no había demasiado tráfico. Tocó la campanilla y casi al instante la hicieron entrar.

Esperó nerviosa en un salón suntuosamente amueblado, decorado en tonos morados y oro. Después de treinta largos minutos madame Restell se reunió con ella.

—No debería haber venido usted aquí —dijo en tono altanero.

Era una mujer esbelta de ademanes majestuosos que le conferían altura e importancia. La pálida piel de su rostro estaba grabada con finas arrugas, en particular alrededor de la boca, donde subrayaban una expresión resuelta y amarga. Los ojos, claros y perspicaces, eran francamente calculadores, inteligentes y astutos.

—Ésta es mi casa. Mis despachos están en las calles Chambers y Greenwich, como aparece en los anuncios.

Al entrar madame Restell, Maggie se había puesto de pie; ahora sus dedos se movieron inquietos entre los pliegues de su vestido.

—Yo... Yo no lo sabía —dijo, nerviosa—. Sólo sabía que usted vivía aquí.

—Entonces, ¿se trata de una visita social? —preguntó la dueña fríamente.

—No.

—No. Claro que no. No podría serlo, ¿verdad? Nunca nos habíamos visto.

Expectante, madame. Restell aguardó un nombre que poner a la cara de delicadas facciones que tenía ante ella.

—¿Tiene que saber cómo me llamo?

—*Naturellement*. Usted conoce mi nombre. Saber el suyo es mi mejor protección.

A la visitante ni siquiera se le ocurrió tratar de mentir, tan mal se le daba.

—Mary Margaret Dennehy.

Madame Restell no pestañeó; con su franqueza característica, dijo:

—Una de las bastardas de Jay Mac Worth.

Al ver la sorpresa de Maggie ante su inmediato reconocimiento, añadió:

—Me divierte saber los secretos familiares ajenos.

Maggie se enfureció, y sus grandes ojos verdes brillaron inflamados.

—Mis hermanas y yo mal podemos ser un secreto: Jay Mac nunca ha intentado ocultar nuestra existencia.

—Y, por lo que sé, tampoco intentó deshacerse de ella —dijo sin

rodeos la señora Restell—. Seguro que no la ha enviado aquí su madre.

Al oír mencionar a su madre, Maggie palideció y le temblaron las piernas.

—Siéntese, no vaya a caerse.

Madame Restell llamó para pedir el té. Cuando lo trajeron, le sirvió a Maggie, pero ella no tomó.

—Bébaselo todo —le ordenó—. Devolverá el color a sus mejillas. ¿Ha perdido peso últimamente?

—Un par de kilos, creo.

—A juzgar por cómo le queda el vestido, diría que son más bien cinco... Y no le sobran demasiados. ¿Ha intentado perderlo?

Maggie negó con la cabeza. Vio que los sagaces ojos de la mujer se posaban en su taza de té, y se apresuró a darle un sorbo. En tono de aprobación madame Restell dijo:

—Eso está mejor. Así pues, ¿no ha intentado ocultar el hecho de que está embarazada?

—¿Lo estoy?

—¿Es que no lo sabe?

—Por eso he venido.

Dio un largo sorbo al té y esta vez se quemó la boca por dentro.

Despacio, sin dar crédito apenas a lo que oía, madame Restell preguntó:

—¿Ha venido usted aquí a averiguar si está embarazada?

—¿No debería haberlo hecho?

—La mayoría de las mujeres van primero al médico, o esperan hasta saberlo con absoluta certeza.

—Pero yo no puedo ir a mi médico. Es amigo de la familia, y no quiero que nadie se entere.

—De modo que ha venido aquí.

—Exacto. —Dejó a un lado la taza y el platillo—. ¿Me ayudará?

Madame Restell se fijó bien en su visitante. La hija de John MacKenzie Worth... Qué ironía del destino: el hombre que llevaba casi una década intentando comprarle su propiedad y obligándola a marcharse de la Quinta Avenida... Había engendrado cinco hijas bastardas y durante años mantuvo una aventura pública con su amante..., y no sólo lo aceptaba la buena sociedad, sino que era uno de sus dirigentes. Agradeció aquella oportunidad de hacer que estuviera en deuda con ella. Conque Mary Margaret Dennehy... Era algo demasiado interesante para ignorarlo.

—Venga conmigo, niña, y traiga su té.

Menos de una hora después Maggie salió por una puerta lateral. Estaba demasiado aturdida como para inclinar la cabeza o encorvar los hombros; demasiado insensible como para entender el riesgo que corría al dejar que alguien la viera. Sólo pensaba en el paquete que madame Restell le había deslizado en la mano al final del reconocimiento: unas píldoras francesas infalibles... Y Maggie no sabía qué le daba más miedo: si tomarlas o no.

Beryl Holiday abrió la puerta principal porque llamaron justo cuando ella pasaba por delante. Le molestaba que en una casa con cinco criados ninguno pareciera estar nunca disponible para aquellos pequeños deberes que consideraba competencia de ellos. Juró volver a hablar del asunto con Rushton. Creía que era algo deliberado, no simple casualidad: los criados no respetaban a la nueva dueña.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Qué desea?

—Usted debe de ser la señora Holiday.

Al menos aquella mujer no la había confundido con una criada.

—Así es.

—Soy Maggie Dennehy.

Beryl la miró sin comprender, porque tardó un instante en reconocer y situar el apellido. Cuando lo hizo, parpadeó varias veces: le sorprendió que Connor hubiera hecho una oferta por ella. Mary Margaret Dennehy era delgada y no tenía curvas. Sus pómulos eran demasiado salientes, sus ojos demasiado grandes, su boca demasiado carnosa... Beryl supuso que tenía un bonito cabello, pero la humedad lo había rizado sin arte en torno al sombrerito que llevaba puesto.

—Claro, señorita Dennehy. ¿No quiere pasar?

Sintiendo que dominaba con creces la situación, Beryl abrió más la puerta. Maggie titubeó.

—¿Está en casa el señor Holiday? —preguntó—. Quiero decir, Connor. He venido a ver a Connor.

Beryl se sintió inclinada a mentir, pero no tuvo ocasión de hacerlo. En aquel momento Connor salió del estudio de su padre al pasillo.

—Estoy aquí, Beryl —dijo—. Por favor, haz pasar a la señorita Dennehy.

No hubo más remedio que obedecer; Beryl le indicó que entrara y con amabilidad le preguntó: «¿Le cojo el chal?» Como respuesta, Maggie se lo ciñó como si fuera una armadura, y sólo relajó su agarrón al sorprender la mirada de regocijo, casi desdeñosa, que aquélla le lanzaba a Connor. Entonces alzó un poco la cabeza, enderezó la espalda y caminó con energía hacia él. Connor se hizo a un lado para dejar que pasara delante y después se interpuso en la puerta del estudio con el fin de que Beryl no entrara detrás.

—Ni lo pienses, Beryl —murmuró—. Ya has oído a la señorita Dennehy: ha venido a verme a mí.

Empezó a cerrar la puerta, pero se detuvo un instante para advertir a su antigua prometida: «Y nada de escuchar a escondidas.»

Beryl dio una patada en el suelo.

—Connor Holiday, eres odioso.

Él le cerró la puerta en la cara, al tiempo que decía: «Lo sé.»

Maggie rondaba cerca de la butaca donde él había estado sentado leyendo. Había posado la vista en el libro abierto que se curvaba sobre el brazo de la butaca, y ahora ladeaba la cabeza, intentando leer las letras del lomo, estampadas en oro.

—No se tuerza el cuello —dijo él—. Es *Veinte mil leguas de viaje*

submarino, de Julio Verne.

Maggie no trató de ocultar su sorpresa.

—No acabo de entenderlo —dijo, sincera—. ¿Le gusta?

—Y mucho.

La observó mientras pensaba; le pareció extraño que su seriedad lo divirtiera.

—No me lo esperaba.

—No me conoce muy bien.

A Maggie le dio la impresión de que un baño de agua fría le corría por la piel. Sintió alternativamente frío y calor, pero se las arregló para decir en tono firme:

—No estaba segura de que estuviera usted aquí.

—De todas formas, ha venido.

—Corrí ese riesgo. Creí que a lo mejor ya había vuelto a Colorado.

—Me voy dentro de unos días.

—Ya entiendo. —Encontraba más fácil mirar a cualquier parte menos a Connor—. Esta mañana mi hermana me ha dicho que mi padre y el suyo están preparándose para cerrar el trato sobre la tierra.

—Exactamente —observó que ella clavaba los expresivos ojos en un punto situado detrás de su espalda, mientras se mordía el labio inferior—. ¿Por eso ha venido?

Ella lo miró.

—¿Cómo? —Sus ojos volvieron a apartarse de prisa—. No, no es por eso.

—Entonces no tiene usted mis doce mil dólares.

Al ver lo afligida que parecía, casi le dio pena haberlo dicho. Ella negó con un gesto.

—No, no los tengo... Yo no...

Su suave voz se interrumpió. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y entonces parpadeó con energía para obligarlas a retroceder.

—Maggie...

Ella se dio media vuelta.

—Esas cosas que usted me dijo aquella noche en mi casa —empezó antes de perder el valor—, ¿eran verdad?

Connor se sorprendió titubeando, aunque al fin dijo: «Sí. Todas eran verdad.» Era lo que ella esperaba, pero sus hombros se hundieron un poco. Después inspiró hondo y volvió a darse media vuelta para situarse frente a él; luego alzó la barbilla y esta vez encontró valor para mirarlo directamente a los fríos y distantes ojos.

—Hace unas horas he averiguado que estoy encinta. Me preguntaba si quizá sería usted el padre.

* * *



Capítulo 5

Connor Holiday sabía lo que era recibir una tanda de puñetazos en el estómago; a pesar de todo, resultaban menos paralizantes que el golpe que Maggie acababa de asestarle. Como la había oído bien, no la insultó pidiéndole que repitiera lo dicho y se limitó a decir:

—¿Por qué no se sienta, Maggie?

Así él también podría hacerlo; sentía que lo necesitaba.

Ella miró a su alrededor y escogió el pequeño sofá que había frente a la butaca de Connor; se posó en el borde como un pajarillo, con las manos bien cruzadas en el regazo y la cara alzada y expectante. Entretanto, Connor fue a la puerta, y la abrió y la cerró despacio para asegurarse de que Beryl no estaba al otro lado. Después volvió a la butaca, dejó el libro a un lado y se sentó.

—¿No sabe usted quién es el padre? —preguntó en voz baja.

Maggie se ruborizó, pero se las arregló para seguir mirándolo.

—No ha habido nadie..., es decir, nadie que yo sepa. Sólo pensé en usted por aquellas cosas que dijo.

Él se inclinó hacia adelante en la butaca y apoyó los antebrazos en las rodillas. Entrelazó los dedos de las manos, como si formaran la puntiaguda torre de una iglesia.

—¿No va siendo hora de que deje de fingir?

—¿Fingir?... Ah, ya entiendo: cree que me lo estoy inventando. — Meneó la cabeza—. Mire, señor Holiday: tal vez yo no quiera recordar, pero lo cierto es que no puedo.

Connor consideró sus palabras y luego respondió a lo único que para él tenía algo de lógica.

—«Connor», Maggie; más vale que me llame así. De ese modo no hay forma de confundirme con mi padre.

En aquel momento a ella se le ocurrió algo tremendo, espantoso, y sus expresivos ojos reflejaron su pavor.

—¿Acaso yo...?, ya sabe..., ¿con su padre?

En los ojos de Connor hubo un destello, y su voz sonó con más frialdad de la que pretendía.

—No. De eso precisamente no tiene la culpa usted.

Aliviada, aunque todavía algo confusa, Maggie soltó la presa con que sujetaba los pliegues de su vestido.

—Pero con usted sí —dijo.

—Sí.

Ella meneó la cabeza, perpleja. Luego habló con una voz que era poco más que un susurro.

—Me resulta difícil creerlo. Es como si le hubiera sucedido a alguien que ni siquiera conozco.

Se calló y miró directamente a Connor, al tiempo que trataba de imaginarse a sí misma tocándolo. Era difícil traspasar la pétrea distancia

de su rostro, aquella frialdad que parecía tan poderosa como para quemarla con su intensidad. ¿Había enredado los dedos en aquel cabello negro como la tinta? ¿Los había pasado por la tupida melena que le caía sobre la nuca? ¿Había acariciado el hueco que había justo bajo sus pómulos o sentido la tibieza de su bronceada piel? ¿Y lo había besado?... Recordó el beso de la biblioteca de su casa, cuando él quiso impedir que gritara... Sin embargo, pensaba en otro tipo de beso, uno sin fuerza ni ira, sólo por placer... ¿Lo había besado así?

Maggie había ido bajando la mirada hasta llegar a la boca de Connor. Su expresión se concentró en la forma de sus labios, y de pronto advirtió que en ellos asomaba una leve sonrisa, sin duda a sus expensas. Avergonzada, desvió la vista hacia su regazo.

—No entiendo cómo hice eso que usted asegura.

—Lo hizo.

—Pero no sé cómo.

—Aprendió.

—Pero...

—Maggie —dijo él en tono casi amable—, está encinta. ¿Qué más pruebas necesita?

Ella trenzó los dedos en su regazo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Puede ser hijo de otro?

La débil sonrisa de Connor se desvaneció.

—Eso lo haría más aceptable, ¿no es así? Resulta más fácil de creer si

quien le puso las manos encima no las tenía encallecidas de trabajar en un rancho como yo.

Maggie supo que lo había enfadado, aunque no tenía muy claro el porqué.

—Sí..., no... Eso no es lo que quería decir.

Entonces se levantó y cruzó los brazos sobre la cintura; a continuación fue hasta el arco de la única ventana del estudio y se puso delante, mirando hacia afuera.

—No sé de qué habla usted ahora. Ha de saber que esto no es fácil... Nada de esto. Llevo horas caminando para reunir el valor de venir aquí, y aunque tal vez no sea más que el miedo lo que me mantiene quieta en esta habitación, sigo estando aquí, y he venido en busca de respuestas. Lo necesito a usted para rellenar huecos, no para crearlos.

De nuevo se volvió hacia él y preguntó con franqueza:

—¿Es usted el padre de mi hijo?

Él podría haber dicho que no estaba seguro; que no sabía lo que había pasado en las horas posteriores al momento en que ella lo dejó, ni en los días y las semanas que vinieron después... Pero renunció a enredar las cosas, o a perpetuar la idea, en su propia mente y en la de ella, de que era una prostituta, cuando sabía que no era cierto.

—El niño es mío —dijo.

Maggie se quedó callada un rato, sin pensar en nada más. Ni siquiera sentía la mirada fija de Connor.

—Fue el 24 de marzo, ¿verdad?

—Sí. ¿Eso lo recuerda?

—No del modo en que usted cree. Es el único día de mi vida de adulta que no puedo explicar del todo. —Lo miró—. ¿Dónde nos conocimos?

Connor se puso de pie. Con un gesto señaló el sofá al tiempo que alargaba la mano hacia la campanilla para llamar a un criado.

—Me parece que vale más que se siente, Maggie. Haré que nos traigan algo para almorzar. Esto nos llevará un rato.

Mientras les preparaban el almuerzo, no intercambiaron ni una palabra. Maggie echó un vistazo a la colección de libros de Rushton, y Connor fingió hacer cualquier cosa que no fuera mirarla. El caso es que ella le llamaba la atención sin planteárselo siquiera, y eso lo desconcertaba; Maggie se encontraba fuera del ámbito de su experiencia. Era más fácil de tratar cuando creía que era una mujerzuela... Y entonces recordó que seguía en pie el asunto de los doce mil dólares; sin saber por qué, eso lo hizo relajarse.

Maggie no tenía hambre, y bajo la mirada vigilante de Connor le resultaba aún más difícil comer; sin embargo, de algún modo, se las arregló para hacer los honores al almuerzo que les habían dispuesto.

Connor empezó a untar un panecillo con mantequilla.

—Dígame qué recuerda del día 24 —le dijo.

Le dio la mitad del panecillo.

—Estuve en la biblioteca la mayor parte del día. Luego llegó Skye con sus amigos y me pidió que me uniera a ellos en una especie de

gincana. —Dio un mordisquito al panecillo—. La verdad es que no quería ir, pero mi hermana es muy insistente: fue más fácil ceder. Entonces nos repartimos en equipos y fuimos a buscar las cosas de nuestra lista. Sobre todo, Skye quería que fuera yo porque así podía estar con su amigo Daniel; nadie más la habría dejado desaparecer sola con él..., pero no me dio posibilidad de elegir.

—Así que ella se fue con Daniel y usted se quedó sola.

Maggie asintió; esbozó una leve sonrisa sin darse cuenta de que se le habían nublado los ojos.

—No me importó —dijo—. No me dio miedo ni nada de eso. Seguí recogiendo cosas de nuestra lista, pero mi problema empezó con un par de guantes blancos.

—No entiendo —dijo él.

En cambio, algo sí había entendido: que no le gustó nada que la dejaran seguir sola, y que le parecía que traicionaba a su hermana si lo decía.

—¿Qué pasó con los guantes?

—Tenía que encontrar un par de guantes blancos. Al fin vi a un hombre que salía de Delmonico's con un par puesto, y pensé que se los pediría sin más. —Suspiró mientras recordaba—. El problema es que no soy tan descarada. Lo seguí a pie un buen trecho hasta que me di cuenta de que jamás iba a pedirle sus guantes para un juego estúpido, así que dejé que se marchara. Y entonces creo que fue cuando me percaté de que me había perdido.

Bajó la vista hacia su plato, apartó un trozo de rosbif frío y luego alzó los ojos indecisos hacia Connor.

—Ya no sé más. Lo siguiente que recuerdo con claridad es a Skye despertándome en mi cama a la mañana siguiente.

Connor le mantuvo la mirada largo rato hasta que al fin ella desvió la vista.

—¿Quiere oírlo, Maggie? —preguntó—. ¿De verdad se ha planteado si desea saber lo que ocurrió?

—Debo saberlo —contestó en voz baja.

Connor comprendió que Maggie no iba a comer más, de modo que apartó la bandeja que habían colocado entre los dos. Ella no aceptó el té que le ofreció, pero él se sirvió un vasito de whisky.

—No conozco todos los detalles de aquella noche, al menos de lo que ocurrió antes de que yo la encontrara o después de que usted me dejó, pero creo que sé lo suficiente como para completar esas horas.

—Estoy lista —dijo ella.

Connor no estaba tan seguro, pero continuó:

—Usted siguió al hombre de los guantes blancos desde Delmonico's hasta los barrios bajos.

A juzgar por el avergonzado rubor que le cubrió las mejillas, comprendió que no tenía que explicarle lo que eso significaba.

—Estando allí, quizá mientras intentaba encontrar el camino de vuelta, la abordaron unos marineros.

Él continuó con su relato mientras, fascinada, Maggie lo miraba de

hito en hito. Aunque lo oía, en sus palabras no hallaba conexión alguna con ella, ni con nada de lo que hubiera hecho jamás. Esta vez sí que le pareció que aquellos acontecimientos le habían pasado a otra persona. Le resultaba imposible imaginar que alguna vez hubiera conocido a un hombre como Harlan Porter, o que hubiera escapado de él para verse hospedada en un burdel..., ¿y que la confundieran con una prostituta? Aquella historia era la tontería más increíble que había oído.

En un momento dado, alzó la mano para interrumpir a Connor.

—Esto es ridículo —dijo con sinceridad—. No puedo escuchar más. Ya sé por qué le gusta *Veinte mil leguas de viaje submarino*: para usted ese libro no es una fantasía... Al menos, si cree que es cierto lo que está contándome.

Empezó a levantarse, pero él le ordenó: «Siéntese, Maggie.»

—Usted no puede...

—Siéntese.

Se sentó. En ese instante sus verdes ojos mostraban enfado.

—No tengo ningún motivo para mentirle.

—Tiene doce mil razones —observó ella—. Y está tratando de echarme a mí la culpa.

—Lleva usted un niño en su vientre —repuso él con brusquedad—. Y ha venido aquí buscando a alguien a quien culpar.

—He venido buscando respuestas.

—Lo que es seguro es que no ha venido buscando la verdad.

Esta vez fue Connor quien se puso de pie. Cuando su sombra se

proyectó sobre ella, Maggie se encogió, y eso hizo que se irritase.

—Entonces, ¿cómo cree que ocurrió, Maggie? ¿Cómo cree que nos conocimos?

—No lo sé. No lo he pensado... No he podido.

—Embustera. Apuesto a que ha pensado que nos conocimos en Central Park, que dimos una vuelta por el paseo o en torno al estanque... Probablemente ha imaginado que nos dominó un arrebató y no pudimos evitarlo... ¿Es así como su cabeza y su corazón, llenos de ideas románticas, la han dejado encinta?

Ella se limitó a mirarlo boquiabierto, estupefacta.

—Sí que nos dominó un arrebató —dijo él descarnadamente—; pero fue una reacción animal, no romántica. Creí que usted estaba allí por mí, y creí que usted pensaba que estaba allí por mí... No ocurrió una vez: ocurrió dos veces, y la segunda fue mejor que la primera. Ocurrió en el burdel de la señora Hall, no en un lecho de césped de Central Park. Ocurrió conmigo, no con uno de sus pálidos pretendientes de ciudad. Y ésa es la verdad, señorita Dennehy. Puede clamar contra ella cuanto quiera, pero eso no cambia lo que ocurrió. Y, desde luego, no cambia el hecho de que está embarazada.

Maggie se levantó.

—No, pero tal vez lo haga madame Restell.

Lo rozó al pasar camino de la puerta, y entonces Connor la agarró por la muñeca y la detuvo en seco. La sintió estremecerse, pero la sujetó con fuerza, sin darle cuartel, aunque ella se dio media vuelta para

mirarlo con aire desafiante.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó con aspereza.

Maggie pensó que a Connor le vendría bien tener los ojos de otro color, del color de las esquirlas de hielo, porque unos ojos castaños, tan oscuros que parecían casi negros, deberían ser más cálidos. ¿O acaso le resultaban tan fríos porque era incapaz de penetrar en ellos? Hasta su cólera era fría... Sólo la palma de la mano que le rodeaba la muñeca era tibia, y la sujetaba con tanta fuerza que no podía mover los dedos.

Despacio, pronunciando cada palabra de modo que no hubiera confusión, repitió:

—He dicho que quizá lo haga madame Restell. —El agarrón no se aflojó—. Y ahora suélteme. Me hace daño.

Los dedos se relajaron, pero no la soltó.

—¿Quién es madame Restell?

Maggie había olvidado que él no se había criado en Nueva York.

—Es una de sus vecinas.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que obtendrá de mí. Y ahora, suélteme.

El miedo le producía náuseas, y eso le infundió valor; la idea de humillarse arrojando la comida delante de él le dio un valor que ignoraba que tenía. Mientras tanto, él la miraba como si fuera un insecto especialmente curioso. Maggie temía que en cualquier momento le diera por arrancarle las alas, pero en lugar de eso, la soltó.

Se frotó la muñeca para devolver la circulación a los dedos y

después lo miró con recelo.

—Quiero marcharme ya.

—No voy a detenerla.

Ella asintió con un gesto y dijo: «Gracias por eso, al menos.» Él la acompañó hasta la puerta del estudio.

—Cuando vaya a visitarla a su casa, espero poder verla.

No tenía ni idea de por qué lo esperaba, pero se las arregló para hacer un breve gesto afirmativo. De nuevo se mordió el labio inferior.

Él le abrió la puerta.

—Dentro de unos días parto para Denver. Antes arreglaremos las cosas entre nosotros.

Maggie se mordió con más fuerza el labio y asintió, con más energía esta vez.

—Arreglar las cosas... —dijo—. Sí, deberíamos hacerlo.

Moira sorprendió a su hija cuando ésta entraba a hurtadillas por la puerta principal.

—Skye dijo que almorzarías con nosotros, pero no has venido.

Maggie se quitó el sombrero y lo dejó en una mesa del vestíbulo de entrada. Luego se pasó los dedos por la cabeza.

—Perdona, mamá, creía que llegaría a tiempo. Espero que no te hayas preocupado.

Moira no respondió directamente a aquella afirmación.

—Tu hermana te aguarda en el salón.

—¿Skye? ¿Por qué me...?

En aquel momento se le ocurrió otra idea e interrumpió la pregunta; entonces trató de insuflar entusiasmo a su voz, aunque sentía que regresaban su pavor y su pánico.

—¿Está aquí Mary Francis?

—Sí. Ha venido a última hora de la mañana y se ha quedado a almorzar. No ha querido volver al convento sin verte.

—Qué amable.

En su interior Maggie no tuvo ninguna duda de que aquello lo habían organizado sus padres. Para empezar, Mary Francis rara vez llegaba sin anunciar; sus responsabilidades con las Hermanitas de los Pobres eran muy grandes, y no le permitían la libertad de ir y venir a su antojo. Además, a Mary no le gustaba ir de visita. Así pues, su presencia en la casa indicaba que Moira y Jay Mac habían apelado a la artillería pesada.

Eso iba pensando justamente al entrar en el salón, aunque en el aspecto de su hermana nada parecía corroborar sus ideas. Las cuatro hermanas menores coincidían en afirmar que Mary Francis era la auténtica belleza de la familia; la perfecta simetría de sus facciones le proporcionaba un aire tranquilo y una serenidad de expresión que a veces parecía muy espiritual, y el hecho de llevar la cara enmarcada en la toca del hábito no hacía sino subrayarla más. Mary Francis era alta y esbelta, y sus movimientos, incluso dentro del voluminoso y amorfo

hábito, resultaban elegantes. Pero lo que hacía que Maggie hubiera pensado en la artillería pesada no era su aspecto: era el saber de primera mano que Mary Francis nunca hablaba con rodeos, que muy pocas veces se quedaba callada y que sus palabras golpeaban tan fuerte como una bala de cañón. Jamás pensó que Mary pudiera llegar a ser monja; más bien debería haber sido general.

—Qué alegría verte —dijo tendiendo las manos para abrazarla.

Mientras los brazos de su hermana la envolvían, Maggie se preguntó si no se habría confundido; y es que sintió mucha paz en el abrazo de Mary. En aquel momento se dio cuenta de que lo había dicho de verdad: sí que se alegraba de volver a ver a Mary Francis.

—Nadie me avisó de que fueras a venir hoy.

Con su habitual sinceridad, Mary dijo:

—Creo que ése era el plan; Jay Mac temía que salieras corriendo si te enterabas.

Maggie se echó a reír; su risa le sonó extraña, y entonces se dio cuenta de cuánto tiempo hacía que algo no le parecía gracioso.

—Y a lo mejor lo habría hecho. —Se sentó en el sofá y Mary Francis fue con ella—. ¿Has venido para sonsacarme secretos?

Mary dejó ver una amplia sonrisa.

—Algo parecido. Nadie parece estar del todo seguro de qué te pasa, Mag. Sólo coinciden en que no eres feliz.

Aunque le molestó ser el tema de tanto debate a sus espaldas, Maggie se las arregló para esbozar una sonrisa forzada.

—¿Te parece que no soy feliz?

—Sí. Y esa sonrisa no es que ayude mucho a tus esfuerzos.

Era de esperar que Mary la calara.

—Supongo que tendrás tu teoría. Mamá y Jay Mac piensan que se trata de un hombre —la sorprendió decirlo con tanta tranquilidad; si se lo proponía, sería capaz de mentirle incluso a Mary Francis—; Skye cree que sigo enfadada con ella por la broma que me gastó hace semanas.

—¿Y hay algo de verdad en alguna de esas dos teorías?

—No.

Los tranquilos ojos color verde selva de Mary no se inmutaron mientras escrutaba el rostro de Maggie.

—¿Cuál es tu explicación?

—Que no pasa nada.

Mary Francis meneó la cabeza. Posó una de sus delicadas manos en las cuentas del rosario, que se deslizaron entre sus dedos en un gesto inconsciente.

—Ahí es donde cometes el error. A todo el mundo le llama la atención que digas que no pasa nada cuando está tan claro que pasa algo. ¿Entiendes lo que digo?

Maggie no estaba segura. ¿Mary Francis la enseñaba a mentir, o la ayudaba a ocultar su intimidad?... ¿O quizá un poco de ambas cosas?

—Creo que sí.

—No lo entiendes, pero es encantador que finjas entenderlo.

Mary Francis soltó el rosario y tomó la mano de Maggie entre las

suyas.

—Sé que cuando puedas nos dirás la verdad —dijo—. Mientras tanto, has de saber que estás en mis oraciones.

El punzante dolor de las lágrimas sin derramar que Maggie sentía en la garganta impidió que se le escapara el nombre de madame Restell. Le costaba tragar saliva, no podía hablar... Y entonces Mary le apretó la mano.

—Háblame de la facultad de medicina —dijo—. ¿Has sabido algo?

A duras penas, Maggie consiguió que le salieran las palabras.

—Confío en saber algo pronto. He estado estudiando mucho por si me aceptan.

—Mamá dice que pasas mucho tiempo en la biblioteca.

Ella asintió.

—Me gusta estar allí; es silenciosa y apacible... Muy parecida al convento, me imagino.

La hermosa sonrisa de Mary le animó el rostro y dio brillo a sus ojos.

—Ay, Maggie, no se parece en absoluto. Salvo por los rezos, lo cierto es que el convento resuena de ruidos festivos... Y si quiero meditar, soy yo la que tengo que irme a la biblioteca.

—Mamá se retorcería las manos si te oyera hablar así —dijo Maggie.

—Pobre mamá. Creo que teme que, si no soy más respetuosa, no expiaré sus pecados. Intento decirle que eso ya lo hizo Nuestro Señor, pero ella me considera su chivo expiatorio.

—¡Pero Mary Francis! ¡Eso es prácticamente una blasfemia!

—Creo que sí que es una blasfemia —se encogió de hombros—, pero lo pienso de todos modos. Y además lo digo. Por lo visto, no puedo evitarlo. A veces me pregunto si mamá prometió su primogénita a la Iglesia para que todas las demás pudieran hacer lo que quisieran.

Maggie abrió más los ojos. No tenía ni idea de que Mary Francis opinara así.

Mary le dio unas palmaditas en la mano y en tono de advertencia, añadió:

—Y ahora no vayas a creer que digo lo que no pienso. Además, hagas lo que hagas, no se te ocurra orientar a Jay Mac y a mamá en mi dirección. Quizá sea un poco más sensible a tu dilema, sea cual sea, porque estoy metida en el mío; y deberías dar gracias porque, si no, habría tardado dos minutos en sonsacarte tus secretos.

Maggie sabía que era verdad.

—¿Qué vas a decirle a mamá?

—Que debería dedicarse a las obras de caridad como otras *grandes dames*.

—¡No irás a decirle eso!

Mary Francis miró de reojo a su hermana menor, casi rogándole que la retara a hacerlo. Al final cedió.

—Bueno; pero con eso habría dejado de preocuparse por ti durante algún tiempo.

—Puedo cuidar de mí misma, Mary —dijo Maggie con dulzura.

—Lo sé —fue la cariñosa respuesta—. Y eso es lo que voy a decirle.

Connor no intentó ver a Maggie aquella tarde, y ella se lo agradeció. Pasó la mayor parte de la noche en su cuarto, con los ojos clavados en sus «infalibles pastillas francesas». A la hora de acostarse probó una docena de escondites antes de decidirse a dormir con ellas bajo la almohada.

A la mañana siguiente la despertó la brisa sobre su rostro; bizqueando, parpadeó mientras intentaba enfocar algo que Skye agitaba ante su nariz.

—¿Qué es eso? —preguntó, apartándolo con la mano.

—Una carta —dijo Skye, emocionada.

Bailoteaba sin moverse del sitio, lo que le daba un aspecto realmente juvenil.

—¡La carta! ¡Venga! ¡Despierta!

Maggie se incorporó con esfuerzo y, de un manotazo, consiguió arrebatarse la carta danzarina.

—Es de la facultad de medicina de Filadelfia —dijo Schyler en tono de ayuda.

—Ya lo veo.

Examinó el lacre del sobre y, despacio, pasó el índice por el borde de la carta.

—Bueno, ¿no vas a abrirla?

Pesaba muy poco para ser una aceptación, de modo que

probablemente sería un rechazo. Una aceptación llevaría dentro algunas instrucciones, ¿no?... Maggie empezó a introducir la uña bajo el lacre, pero se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Skye—. ¿No estás emocionada?

Entonces, con súbita perspicacia, comprendió el problema y se puso seria de repente.

—Ya lo entiendo. No quieres que yo esté aquí. Es eso, ¿verdad?

—Perdona, Skye. Tengo que hacerlo sola. No es por ti: sería igual con cualquiera. Me temo que estoy un poco asustada. —Últimamente parecía que le daba miedo todo—. Lo comprendes, ¿verdad? Se lo contaré a todo el mundo en el desayuno. Sea cual sea la noticia, necesito este tiempo para mí.

Skye se inclinó hacia adelante y le dio un beso en la mejilla.

—Ojalá sea una magnífica noticia —dijo—. La mejor.

Luego, con los dedos de ambas manos cruzados, salió como un rayo del cuarto.

Maggie tuvo que esperar a que se calmara el martilleo de su corazón. Después rompió el sello, sacó la carta y la desdobló muy despacio. Por fin inspiró hondo y la leyó en silencio.

Cuando acabó de leerla tenía lágrimas en los ojos, y esta vez dejó que se derramaran. Resbalaron hasta caer sobre el dorso de su mano y luego mancharon la tinta. Entonces tomó una decisión: sabía lo que tenía que hacer. Justo lo contrario de lo que habría hecho el día anterior. Parecía increíble que una carta tuviera tanta influencia.

Buscó bajo su almohada y encontró el paquete de pastillas de madame Restell. Después, lentamente, se levantó de la cama y, descalza, con pasos sigilosos, fue al cuarto de baño.

Tres rostros expectantes se volvieron hacia Maggie cuando entró en la sala del desayuno; Jay Mac incluso había retrasado su ida al despacho para enterarse de la noticia. Ella les dedicó una sonrisa de conejo y vio que todos entendían al instante. En tono animado —le pareció que tal vez con cierto exceso de animación—, les dijo:

—No es el fin del mundo. La próxima primavera volveré a mandar la solicitud para el curso de otoño.

—Pero te fue tan bien en los exámenes... —dijo Schyler—. Y has sido una alumna de sobresalientes en todo.

—No se fijan sólo en eso. No he sido una alumna que gozara de muchas simpatías. No me apunté a ningún club ni ocupé ningún puesto destacado... —Se encogió de hombros—. De todos modos, sólo hay veintidós vacantes en la facultad, y la carta dice que ha habido más de un centenar de solicitudes.

Jay Mac meneó la cabeza en un gesto de evidente incredulidad.

—¿Cien mujeres que quieren ser médicos? Eso desafía el sentido común.

—Jay Mac —dijo Moira en tono severo—. Éste no es el momento ni el lugar.

Luego se levantó de la mesa y sirvió zumo de naranja para todos. John Mackenzie Worth se sintió tan avergonzado como se merecía.

—Perdona, Maggie. No importa lo que me parezca a mí. Sé que te hacía mucha ilusión.

—No te preocupes, papá.

Todos los comensales, salvo Maggie, se dieron cuenta de que lo había llamado «papá»; era la prueba más clara de lo tremendamente triste que se sentía.

—He estado pensando que así es como debía ser. En realidad, no tenía demasiadas esperanzas; quizá eso es lo que todo el mundo ha estado notando en mí en estos últimos meses. Supongo que todo ese tiempo estaba esperando el rechazo.

Los codos de Skye se desplegaron sobre la mesa cuando se inclinó hacia adelante con una expresión seria y dolorida.

—Lo siento, Mag. Sé lo mucho que deseabas que fuera de otro modo. Ojalá...

Se interrumpió, parpadeando para contener las lágrimas. El dolor y la decepción de su hermana le resultaban muy auténticos, y los sentía como suyos propios.

Entonces Maggie se convirtió en la consoladora.

—Da igual —dijo con dulzura—. Yo estaba un poco más prevenida que tú y he pensado en otras cosas que puedo hacer.

Jay Mac asintió.

—Exacto. No tiene sentido ponerse a agitar la bandera blanca por

todos lados. Mira, en realidad podrías...

Moira interrumpió a su marido antes de que empezara a enumerar las cosas que creía que Maggie podía hacer y le lanzó una elocuente mirada.

—Me gustaría oír las ideas de Maggie.

Maggie miró a su padre. Aunque la interrupción de Moira lo había irritado un poco, no daba muestras de que fuera a ignorar su sugerencia. Entonces Maggie cogió la mermelada y empezó a untar con ella una rebanada de pan.

—He estado pensando que debería adquirir experiencia práctica —dijo—. No sé si se me habría ocurrido si Rennie no llega a mencionarlo en una carta, no hace mucho; pero lo mencionó, y se me ha ocurrido.

Jay Mac dejó de comer. En un punto intermedio entre el plato y la boca, de sus dedos colgaba una tira de tocino. Lo que hubiera sugerido Rennie le interesaba mucho..., y también le preocupaba mucho. Porque cuando sus hijas empezaban a compartir ideas, formaban una fuerza que había que tener en cuenta.

—Supongo que su recomendación no tendría nada que ver contigo y con Connor Holiday, ni con una boda tampoco...

Maggie dejó el cuchillo y miró directamente a su padre.

—Papá, todo el mundo sabe que eso ha sido idea tuya, y cuanto menos se hable del asunto, mejor.

Moira ocultó su sonrisa tras la servilleta cuando la crujiente tira de tocino se quebró con un chasquido en los dedos de Jay Mac. En cuanto a

Skye, sonrió abiertamente ante la valentía con que Maggie le había plantado cara.

—Lo que quiero hacer —prosiguió ella— es estudiar con Dancer Tubbs.

En aquel instante las cejas de Jay Mac se dispararon hasta cerca del nacimiento del pelo. Por su parte, Moira bajó la servilleta despacio; ya no había sonrisa que ocultar. La cara de Skye reflejó su confusión... Luego, casi con idéntico tono de incredulidad, los tres dijeron al mismo tiempo: «¿Con Dancer Tubbs?» Maggie continuó como si ninguno de los miembros de su familia se hubiera sorprendido.

—Desde luego, no sé si el señor Tubbs querrá tener nada que ver conmigo, pero sé lo que opina de ti, Jay Mac, y me pareció que eso serviría de algo.

—Pero Dancer Tubbs vive en Colorado —alegó Moira.

—Sí, ya lo sé. Pero también viven allí Rennie y Michael. Son parte de mi familia.

—Creía que Dancer Tubbs vivía solo, en el quinto pino, allá en Colorado —dijo Skye.

—Así es —corroboró Maggie—. Pero eso no me preocupa. Rennie siempre sabrá dónde encontrarme.

—Las condiciones de vida serían muy rudimentarias —advirtió Moira.

—Me adaptaré —repuso Maggie—. De todas formas, tenéis que pensar en cuánto aprenderé. El propio Jay Mac ha dicho que el señor

Tubbs sabe muchísimo sobre curaciones. Le salvó la vida después del descarrilamiento del Salto de Juggler; le arregló las piernas rotas y le devolvió la salud. Además, Rennie lo tiene en alta estima: le curó el hombro a Jarret, y ningún médico lo había conseguido. Rennie dice que Jarret ya ha recuperado el pleno uso del brazo y de la mano, y se lo atribuye al señor Tubbs.

—No creo que ése sea un lugar seguro —dijo Moira.

—¿Cómo que no? —repuso Maggie—. Al señor Tubbs no lo molesta nadie; él mantiene las distancias. Estoy convencida de que estaré completamente segura.

Sin acabar de creer lo que estaba oyendo, Skye meneó la cabeza despacio.

—¿Seguro que has leído bien la carta de Rennie? —preguntó—. ¿De verdad sugería que hicieras eso?

—No quiero decir que fuera exactamente idea suya. Ella escribió algo que me metió la idea en la cabeza.

—Bueno —dijo Jay Mac con firmeza—, pues ya puedes volver a sacarla. No vas a ir.

El silencio envolvió de pronto la sala del desayuno. Skye fijó la vista en su plato; Moira observó la servilleta que tenía en el regazo. Maggie sintió el calor y el color que le subían a las mejillas mientras miraba directamente a su padre, y Jay Mac empezó a comer; en su mente el asunto había quedado arreglado.

—Disculpadme —dijo Maggie en voz baja.

Se puso de pie, dejó la servilleta en la silla y salió de la habitación antes de que nadie viera sus lágrimas.

Beryl entró a hurtadillas en el dormitorio de Connor.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—No es asunto tuyo.

Mientras se ponía la chaqueta, Beryl cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Qué quería esa chica Dennehy ayer?

—Me sorprende que hayas tardado tanto en preguntar —dijo él.

Beryl entornó los ojos y tensó la boca. Él sabía perfectamente por qué se había visto obligada a esperar para plantearle la pregunta: se las había arreglado para evitarla hasta el momento.

—Bueno. ¿Qué quería?

—No es asunto tuyo.

Fue hacia la puerta y tuvo que detenerse cuando ella se negó a echarse a un lado.

—Quítate de en medio, Beryl.

Ella no se movió.

—¿Vas a verla?

—La verdad es que eso no te incumbe. Eres la esposa de mi padre, no la mía —esperó un segundo—. Muévete, Beryl.

Ella meneó la cabeza.

—¿Por qué te empeñas en fingir que no me deseas, Connor?

Él consiguió mantener la calma.

—No lo finjo —dijo.

—Rushton sabe que aún me deseas.

—Eso es lo que te gustaría que él creyera, pero no es verdad.

En aquel momento, en un gesto audaz, Beryl extendió la mano y la puso sobre los genitales de Connor.

—¿Ah, no? —preguntó.

Bajo su experta manipulación, notó que él reaccionaba.

—Pues parece que estás mintiendo.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Connor; entonces tomó la muñeca de Beryl con la mano y, muy lentamente, se la apartó de los genitales.

—Quítate de en medio, Beryl.

La dureza de sus ojos opacos la estremeció y la asustó; esta vez sí se movió. Al salir al pasillo, Connor estuvo a punto de chocar con su padre.

Con un gesto de la barbilla, y sin intentar ocultar su indignación, señaló su cuarto.

—Está allí dentro —dijo—. ¿Sabes? Es probable que me salvaras la vida casándote con Beryl Walter... Y lo que es segurísimo es que se la salvaste a ella.

Connor siguió caminando y, una vez en el exterior, no se tomó la molestia de detener un coche de alquiler. Odiaba verse encerrado en los carruajes, incluso en los abiertos, y rabiaba por verse de nuevo

cabalgando su montura. Ninguno de los caballos de la cuadra de su padre estaba criado para el duro trabajo de granja que realizaban sus animales en el rancho. Las monturas de Rushton eran animales de paseo, bien emparejados, adquiridos para impresionar; tenían velocidad. Sus monturas, en cambio, subían montañas con paso seguro y eran recios pastores de rebaños; tenían resistencia.

Eran exactamente las siete en punto cuando Connor llegó a la casa de los Worth. El ama de llaves le abrió la puerta.

—Connor Holiday desea ver a Mary Margaret.

—Y bien que lo conozco yo a usted, joven —dijo la señora Cavanaugh—. Es un verdadero placer, ya le digo, aunque no hablo por nadie más que por mí. Siempre es un placer poner estos ojos en un guapo diablo como usted.

Completamente desarmado, Connor titubeó en el umbral.

—Bueno, pase adentro. No va a recibirlo en el escalón.

La señora Cavanaugh cerró la puerta tras él.

—Lo cierto es que a lo mejor no lo recibe en ningún sitio. Está en la biblioteca. Lo anunciaré.

Intuyendo en ella un aliado, Connor le tocó el brazo y la detuvo.

—Sé dónde está la biblioteca. Quizá sería mejor que me adelantara solo.

La señora Cavanaugh lo pensó, con la boca fruncida a un lado en actitud meditabunda.

—Se pondrá echa una fiera —dijo—, pero ya la he visto así otras

veces. Ande, vaya usted.

Luego, con gesto serio, agitando un dedo ante él, añadió: «Estaré por aquí cerca.»

Maggie estaba en una esquina del sofá, sentada sobre los pies enfundados en medias y con la mirada perdida y ausente. En la alfombra, junto a sus zapatos, había un libro sin abrir. Las cortinas, corridas, no dejaban entrar el crepúsculo de finales de primavera. Salvo por una lámpara de queroseno en la mesa que había junto al sofá, la habitación estaba a oscuras.

Al oír el chasquido de la puerta al cerrarse, alzó la vista.

—No creía que fuera a ser usted.

No dijo nada más; luego volvió a mirar las librerías de la pared de enfrente.

Connor señaló la butaca que quedaba en su línea de visión y preguntó: «¿Puedo?» Cuando ella se encogió de hombros, se sentó. Miraba un punto situado más allá de su hombro, y no intentó captar toda su atención; eso le dio un momento para observarla. Estaba sentada en el límite del círculo de luz, y la sombra oscurecía en parte sus facciones. Una mitad de su cabello era una oscura mezcla de castaños; la otra mitad la surcaban hilos cobrizos y dorados. Tenía los párpados un poco hinchados, con un levísimo toque enrojecido. Hasta donde fueron capaces de sondear sus ojos, sólo vieron tristeza.

—Su ama de llaves me ha dejado pasar —dijo en voz baja.

Sin mirarlo, Maggie asintió.

—No hay nadie más en casa.

—No lo esperaba.

—Jay Mac sigue en el despacho. Hoy..., hoy ha ido tarde. Mamá ha ido al convento a ver a Mary Francis, y Skye está con unos amigos. ¿Desea algún refrigerio? La señora Cavanaugh podría...

—No, gracias. No quiero nada.

Observó que ella se retiraba de nuevo; fue un cambio casi imperceptible, sólo un pequeño movimiento de la cabeza y un ligero encorvamiento de hombros, pero empezaba a saber lo que aquello significaba.

—Ayer, después de que fue a visitarme, hice unas cuantas preguntas —dijo—. Ya sé quién es madame Restell.

Maggie no se mostró sorprendida, sólo resignada.

—No debería habérselo dicho.

—Pero lo hizo.

—Estaba enfadada.

Él asintió.

—Y asustada, creo.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—¿Ha hecho algo respecto a su amenaza? —preguntó él.

En aquel instante ella lo miró.

—¿Quiere decir si sigo encinta de su hijo?

Él se quedó callado un segundo.

—Sí —dijo al fin—, eso es lo que quiero decir.

Ella lo observó con atención.

—No. Las píldoras de madame son tal como las anuncian: infalibles.

¿Qué fue lo que vio allí, en aquellos distantes ojos negros? ¿Dolor? ¿Alivio?... Pasó tan rápido que Maggie se preguntó si es que había visto algo. Su expresión acostumbrada era la indiferencia... Y deseó ser capaz de hacer lo mismo.

—Entiendo —dijo él—. Creo que ahora sí tomaré algo de beber.

¿Era una celebración o una muestra de luto? Con ademán elegante, Maggie se levantó del sofá y se dirigió al aparador. Señaló diversos frascos de cristal y se detuvo cuando él indicó el whisky. Entonces vertió tres generosos dedos en un vaso y se lo dio.

Cuando volvió a sentarse en el sofá, él le preguntó:

—¿Nada para usted?

—No.

Nunca había bebido: el alcohol se le iba derecho a los pies y le vaciaba la cabeza de todo pensamiento sensato; estuvo a punto de decírselo, pero sospechó que él ya lo sabía.

—Nada para mí.

Él calentó el whisky dándole vueltas al vaso entre las palmas de las manos.

—¿Cuándo va a casarse conmigo? —preguntó.

Maggie parpadeó, lo miró de hito en hito y volvió a parpadear. Connor repitió la pregunta.

—Lo he oído —dijo—, pero me pregunto si usted me ha oído a mí:

le he dicho que las píldoras de madame Restell han funcionado. No estoy embarazada, de modo que no hay motivo para que se case conmigo.

—Si recuerda, le pedí que se casara conmigo antes de saber que había un niño.

—Si recuerda, dije que no.

—¿Por qué?

—¡Por qué! —se sorprendió al oír la cólera de su voz—. ¡Yo no lo amo!

A Connor lo fascinó el brillo de sus ojos. En tono razonable, preguntó: «¿Y qué?»

—Ni siquiera me gusta.

—Lo sé. Es recíproco. —Hizo una pausa para observarla, mientras una media sonrisa fría jugueteaba en su boca—. ¿O acaso sospechaba que me haría sentir algo distinto la mujer que, con toda tranquilidad, me dice que se ha deshecho de mi hijo?

Esta vez lo que Maggie vio en sus ojos la hizo estremecerse. Y entonces se dio cuenta de una cosa: no sólo no le gustaba a Connor, sino que además la despreciaba. En su mente empezó a tomar forma una idea que le habría resultado imposible de imaginar sólo unos minutos antes.

—Usted quiere la tierra, ¿no?

Sin que vacilase su mirada, él contestó con sinceridad:

—Sí.

—No creo que me llevara su dinero aquella noche.

—Y yo no creo que lo hiciera otra persona.

—No es propio de mí —se defendió ella—. Nunca he robado nada.

Entonces le tocó a Connor encogerse de hombros con indiferencia.

—Tal como yo lo recuerdo, aquella noche hizo varias cosas que no había hecho antes.

Por un segundo algo emergió del fondo de su memoria, y una sensación física que no sabía entender ni explicar inundó a Maggie. El placer surgía de su mismo centro. Sobre su piel sentía una mano, una boca... Una lengua le humedecía los labios, se apretaba contra sus dientes... Oyó que una voz decía: «Por favor. Por favor»... Era su propia voz... Cerró los ojos.

Se puso en pie de un salto y se apretó los nudillos contra la boca. El recuerdo se desvaneció, haciendo añicos el placer, y a Maggie sólo le quedó una ardiente sensación de vergüenza. Entonces se cubrió la cintura con los brazos y se apartó de la luz.

—Maggie, ¿se encuentra bien?

Ella asintió; no pudo hacer otra cosa. Le costó recuperar el aliento. Pero ¿cómo decírselo a él? ¿Cómo decirle lo que había ocurrido, si apenas se reconocía a sí misma?

—¿Quiere que llame al ama de llaves?

—No.

Se sentó despacio y volvió a encogerse, con los pies metidos bajo la falda de su traje color coral.

—No es nada.

Connor no estaba tan seguro. Levantó el vaso, bebió un poco y

luego la miró por encima del borde.

—No creo que vaya a convencerlo sobre lo del dinero —dijo ella.

—No, me parece que no va a convencerme.

—Pero usted sabe que no me acuerdo.

—Tengo dudas acerca de eso... —afirmó él—. Pero estoy dispuesto a que me convenzan.

Claro, pensó ella; como no había forma de probar nada, estaba dispuesto a escuchar los indicios.

—Si accediera a casarme con usted —repuso—, usted conseguiría la tierra.

—Ése era el acuerdo que su padre sugirió. Mi padre le vende la tierra a Jay Mac, y la tierra se convierte en su dote.

—Y por tanto, es suya.

—Exactamente.

—¿Y qué consigo yo?

Connor no vaciló.

—La satisfacción de ver saldada su deuda.

—Sólo uno de nosotros está de acuerdo en que hay una deuda —dijo—. Yo no tengo más que su palabra de que existía ese dinero.

Connor estiró las piernas.

—Le aseguro que existía —dijo.

—Pero, aunque sea cierto, eso no basta para hacer que me case con usted.

Por si Connor dudaba de estar tratando con la hija de Jay Mac, en

aquel momento Maggie se encargó de hacérselo saber. Él se preguntó si sería consciente de cómo se parecía a su padre. Físicamente, nada había cambiado en ella: tenía las facciones tan delicadas como su madre, sus grandes ojos verdes eran igual de inocentes, mostraba una expresión casi serena..., pero estaba montando su negocio con la sagaz inteligencia comercial del mismísimo Jay Mac.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó él.

—El divorcio.

Tenía el don de sorprenderlo, y esta vez se le notó en la cara. Dejó el vaso.

—De modo que usted se casa conmigo, y luego yo me divorcio de usted.

—Sí. —Ahora su tono de voz era completamente razonable—. Usted se queda la tierra, y yo me quedo con lo que quiero de verdad.

—¿El divorcio? —Connor fingió no entender.

Maggie negó con la cabeza.

—Eso es el medio para obtener un fin. Lo que quiero es que me acompañe hasta Colorado; en concreto, hasta dar con un hombre llamado Dancer Tubbs. Quiero saber cuánto sabe sobre curaciones, y tengo motivos para creer que me dejará quedarme a su lado para aprender.

Connor Holiday se echó a reír.

—¿Dancer Tubbs? ¿Cree que la dejará quedarse con él?

Sonriendo aún, negó con la cabeza; después cogió el vaso y dio un

breve sorbo.

—No sé cómo se ha enterado de su nombre, ni cómo sabe nada acerca de él, pero no sabe lo suficiente si cree que allí van a darle la bienvenida.

Maggie alzó la barbilla con gesto un poco altivo.

—Hace algún tiempo creyeron que mi padre había muerto en un descarrilamiento en el Salto de Juggler, en Colorado.

—Lo sé. Su padre es un hombre importante, y la noticia de lo que pasó llegó hasta mi rancho, igual que llegó a todos los demás sitios. En línea recta, el Salto de Juggler sólo está a unos treinta kilómetros del «H Doble», y yo formé parte de uno de los primeros grupos de búsqueda que se dirigieron a aquella zona.

Maggie lo ignoraba. «Entonces, gracias», dijo con sinceridad.

—¿Por qué? Yo no lo encontré.

—Pero lo buscó. Además, en el tren había más personas aparte de mi padre, y es posible que las ayudara.

Connor no quería su inmerecido agradecimiento, que desechó con un gesto de la mano.

—Nunca supe cómo encontraron a su padre, sólo que un día volvió a aparecer.

—Lo encontraron Rennie y su marido. No, eso no es del todo cierto: primero lo encontró Dancer Tubbs, que lo cuidó y lo salvó. Rennie nunca creyó que Jay Mac hubiera muerto; entonces hizo que Jarret la llevara al lugar del descarrilamiento y desde allí, por una corazonada, él la llevó a

casa de Dancer. Encontraron a Jay Mac trabajando en una de sus minas.

—Resulta muy difícil de imaginar.

Ella sonrió débilmente; la imagen de su padre a gatas, recogiendo mineral de una vena de oro, no era fácil de aceptar.

—Lo sé; y sin embargo es verdad. En los meses que pasaron hasta que lo encontraron, él y Dancer Tubbs establecieron una estrecha amistad.

—Eso es más difícil de imaginar todavía. —Se inclinó hacia adelante en la butaca—. Mire, Maggie: Dancer es una especie de leyenda en aquella parte de Colorado. La gente sabe de su existencia, pero no hay muchos que lo conozcan... Y así es como lo prefiere él.

—Lo sé, pero con mi padre hizo una excepción. Rennie dice que hace lo mismo con todos los animales heridos..., y por eso le curó el hombro a Jarret. Si está sano y fuerte, no quiere nada con usted; pero si lo necesita, si lo necesita de verdad, no lo rechazará.

—¿Está usted enferma?

—No.

—Entonces, ¿qué le hace creer...?

—Yo lo necesito... Y creo que lo entenderá.

Por la expresión de Connor, vio que no estaba explicándose lo suficiente.

—Siempre he querido ser médico —dijo en voz baja.

Aún sentía el dolor de sus sueños hechos añicos. Pero, demasiado tarde, se dio cuenta de que no podía abrirse ante Connor Holiday. Daba

igual lo que hubiera hecho con él, ésta era una revelación de naturaleza distinta. La otra sólo la dejó desnuda; ésta la dejaría indefensa.

—Es lo mismo —añadió—. No es nada importante.

Connor no tuvo problemas para traducir sus palabras: ella no quería contárselo. Como intuía que sería inútil insistir, no la presionó.

—Se rumorea que Dancer Tubbs es bastante... —buscó el modo de decirlo—, bastante difícil de mirar.

—Eso tengo entendido. Pero a mí me dará igual. A Jay Mac no le importó... Y tampoco le importó a Rennie.

—Entonces es que no lo ha visto.

—Nunca he ido más al oeste de Pittsburgh. ¿Lo ha visto usted?

—Nunca. Es un ermitaño, y a la mayoría de los intrusos les muestra el extremo peligroso de su escopeta. Prácticamente es vecino mío, pero siempre he respetado su intimidad.

A Maggie le sorprendió sentir una punzada de sentido del humor y, con ironía, comentó:

—No creo que eso tenga nada que ver con el extremo peligroso de su escopeta.

—En absoluto —dijo él sin mover un músculo.

Por un instante le pareció sentir que el silencio se volvía cómodo; pero luego recordó que él no le gustaba, que le tenía un poco de miedo y que, al menos, el primero de los dos sentimientos era recíproco. Connor observó cómo volvía a retirarse.

—¿Le ha mencionado esta idea suya a alguien?

—¿A quién se la iba a contar?

—A su hermana.

—¿Skye? —Pensó en la reacción de su hermana en la mesa del desayuno—. No, no lo entendería. No lo comparto todo con ella.

Se dijo que, en realidad, nunca había compartido todo con nadie.

—Pensaba en la otra, la que es monja.

—Mary Francis... No, no le parecería bien que me planteara conseguir un divorcio con tanta premeditación.

La voz de Connor sonó seca.

—Pues yo diría que el divorcio empalidece comparado con un aborto.

Maggie se anudó los dedos en el regazo, y aunque sus oscuros ojos verdes mostraban angustia, se las arregló para mantener la voz firme.

—Así es —dijo—. Y tengo que sobrellevar mis decisiones.

Él se puso de pie. Con sus casi dos metros de altura, Connor Holiday dominaba a Maggie Dennehy; en todos los demás sentidos, ella había conseguido que se sintiera pequeño.

—Así que usted y yo somos los únicos que conocemos su plan.

—Exacto. Y somos los únicos que deberemos saberlo en el futuro.

Él asintió, y entonces ella preguntó con ansiedad:

—¿Está de acuerdo? ¿Con todo? ¿Con acompañarme hasta la casa de Dancer? ¿Con el divorcio?

—Sí.

—¿Y no tendré que volver a verlo? Es decir..., yo no sabía que vivía

tan cerca del señor Tubbs...

—En línea recta.

—Es más cerca de lo que esperaba —dijo ella sin rodeos.

Con la misma franqueza, él replicó:

—Supone que quizá yo quiera verla... No se haga ilusiones.

Ella se ruborizó.

—Perdone. Tiene razón, desde luego. Será como si siguiéramos separados por tres mil kilómetros, en lugar de sólo treinta.

—Exacto.

Connor mantuvo su distante mirada en el rostro de ella.

—Así pues, señorita Dennehy, déjeme plantearle de nuevo la pregunta. ¿Quiere casarse conmigo?

—Sí, señor Holiday; creo que sí.

* * *



Capítulo 6

Maggie aún no acababa de creer que lo hubiera dicho. Miró fijamente a Connor Holiday convencida de que retiraría su propuesta de matrimonio, pero no lo hizo: se limitó a devolverle la mirada hasta que se sintió incómoda y apartó la vista. Ahora que tenía lo que deseaba, apenas sabía cómo seguir.

Connor la desembarazó de aquel problema.

—Dentro de cuatro días me marchó a casa —dijo—. Ya he tenido que retrasar la partida una vez y no voy a hacerlo una segunda.

—¿Y la boda?

—¿Qué? —Levantó una ceja—. ¿No estarás sugiriendo que organicemos una boda por todo lo grande?

—N... no. Sólo... Sólo me preguntaba cuándo íbamos a celebrarla.

A su angustia se sumó la indecisión de su propia voz.

—¿Qué tiene de malo pasado mañana? De ese modo tan sólo pasamos una noche en Nueva York, y así nos ponemos en marcha hacia el oeste al día siguiente.

—Pasado mañana... —repitió ella en el mismo tono de voz—. Sí, supongo que estará bien.

—Bueno, entonces, asunto resuelto.

—No voy a casarme contigo en una iglesia —dijo ella.

—De todas formas no podrías: no soy católico. —Observó que se mordía el labio inferior—. Me parece que te sientes aliviada.

Maggie pensaba más bien en el momento de confesarse. El padre Flynn reconocería su voz, e iba a tener que aguantar un discurso sobre la excomunión... Las mejillas le ardieron. Para empezar, ni siquiera creía tener valor para ir hasta el confesonario.

—No hay alivio en nada de esto.

Connor cogió su vaso, fue al aparador y se sirvió la mitad de lo que Maggie le había dado antes. No se lo tomó, sino que se lo dio a ella.

—No tienes que bebértelo de un trago —dijo—. Tómatelo a sorbitos.

Para contentarlo, Maggie dio un tímido sorbo; funcionó, porque él volvió a sentarse.

—¿Quién nos casará? —preguntó ella.

—Sospecho que cualquiera puede hacerlo.

—El juez Halsey casó a mi hermana Michael; es su padrino. Tal vez lo pueda hacer él.

—¿Quieres que lo organice?

—Por favor.

Con un breve ademán, Connor le indicó que se tomara otro sorbo de la copa. Esta vez ella hizo poco más que humedecerse los labios con el whisky.

—No intento emborracharte —dijo él—, sólo relajarte un poco más de lo que estás ahora.

Maggie asintió, dando a entender que lo comprendía, aunque eso no modificó sus actos. Se quedó con la bebida, pero no volvió a probarla.

Connor se reclinó en su butaca.

—¿Y nuestra noche de bodas? —preguntó.

De un respingo, Maggie se enderezó sobresaltada: «¡Ay!», y el whisky se le derramó del vaso; sin pensar, lamió las gotitas que tenía en los nudillos. Connor la observó. Sus oscuras pupilas captaron aquel acto carente de malicia, pero recordó cómo su boca le había lamido la piel y sintió que su cuerpo reaccionaba agitándose de manera casi instantánea. No tenía ni que tocarlo para ponerlo duro... A Beryl le habría horrorizado aquello.

Se levantó y le quitó el vaso de las manos.

—Es una pena desperdiciar el buen whisky.

Maggie vio que no se lo bebía, sino que se limitaba a dejar el vaso a un lado. Entonces carraspeó y se las arregló para preguntar con bastante aspereza: «¿Decías?»

Esta vez Connor se sentó en el sofá, a su lado. Sintió que ella replegaba aún más las piernas.

—Preguntaba sobre nuestra noche de bodas. Como nos marchamos la mañana siguiente, creo que podríamos pasarla en casa de mi padre.

—Creí que la pasaríamos aquí —dijo ella.

—¿Por qué?

«Porque me sentiré más segura, por eso... »

—Mi vestidor tiene un sofá cama. Tú dormirías allí.

—De eso nada. Probablemente resulte cómodo para tus amigas, pero yo me quedaría colgando por los dos extremos. —Por la leve sonrisa de ella, comprendió que lo había adivinado—. En cambio, tú no tendrás problemas en el diván de mi vestidor.

A Maggie no le gustó la idea de dormir en un diván, pero agradeció que no esperase que fueran a compartir cama. Evitó mirarlo y comentó:

—Eso..., eso estará bien.

—Bueno.

—Quiero hablar del divorcio.

—Dentro de un instante: yo quiero hablar del viaje al oeste. No había pensado comprar billetes de primera clase. Serán días y noches sentados en...

Maggie meneó la cabeza y lo interrumpió:

—Jay Mac nos dejará los vagones privados de Northeast Rail. De hecho, insistirá en ello, de modo que no tiene sentido pensar en hacer otra cosa.

—Y él siempre se sale con la suya.

Pensando en lo que iba a hacer, Maggie se miró las manos.

—Suele hacerlo —dijo con reservas—. Suele salirse con la suya.

—Esta vez no me importa.

Ella lo miró con una sonrisa ladeada, un poco triste.

—Es difícil resistirse cuando Jay Mac te tira dinero.

Le dio la impresión de que quizá Connor fuera a interrumpirla, y lo detuvo.

—No, no me des explicaciones. Lo entiendo... Créeme, lo entiendo.
El dinero de Jay Mac es muy seductor.

«Y la hija de Jay Mac también lo es.»

A Connor no le gustó mucho la dirección que tomaban sus pensamientos. Entonces sus ojos vagaron hasta la esbelta cintura de Maggie, y la idea del hijo que podría haber sido lo ayudó a encontrar el sentido común que lo había abandonado por un instante. En tono tenso dijo:

—Querías hablar del divorcio.

Ella supuso que lo había irritado al hablar del dinero; probablemente no le gustaba que le recordasen que lo habían comprado por doce mil dólares.

—Creo que deberíamos empezar los trámites tan pronto como lleguemos a Denver. Tal vez tarden un poco, y preferiría no alargar el asunto más de lo necesario.

—¿No te parece que sería mejor esperar, pongamos, un año más o menos, antes de empezar?

—¡No!

—No es muy halagador que te resulte tan espantoso.

Ella repuso con frialdad:

—Bien. No tengo intención de halagarte.

Connor sopesó sus palabras.

—Pues tendrás que sobreponerte a esa aversión que sientes por mí, al menos durante un día.

—Mi familia no esperará que me haya enamorado de ti de repente —dijo ella—. Eso haría que Jay Mac sospechara; él cree que el amor llega con el tiempo. Así que sólo tenemos que ser corteses.

—De acuerdo —asintió él—. Eso me facilitará las cosas a mí también.

Maggie parpadeó; por un momento había olvidado que no era la única que sentía aquella aversión.

—Entonces parece que estamos de acuerdo.

Él se levantó.

—Hablaré con mi padre esta noche, y con el tuyo mañana.

Maggie se puso en pie también. Entonces Connor le tendió la mano, y ella lo miró con aire vacilante.

—Un apretón de manos —dijo—. Para sellar nuestro trato.

Los finos dedos de Maggie se perdieron en los de él. Mucho después de que se hubo marchado, seguía sintiendo en la piel la calidez de su mano estrechándole la suya. Había llegado a un acuerdo con un hombre... Pero entonces, pensó, ¿por qué tenía la impresión de haber hecho un trato con el diablo?

Durante tres días Maggie vivió con el temor de que pudiera llegar hasta su corazón. Todos, incluido Jay Mac, le preguntaron por qué cambiaba de opinión con respecto a su boda con Connor Holiday, y todos aceptaron su explicación de que había sido el mismo Connor quien

la había ayudado a entender la lógica del asunto. Quizá porque era parte de la verdad, o quizá porque a ninguno le costó trabajo creer que fuera muy fácil convencerla, no se produjo ningún interrogatorio desagradable.

Como era de esperar, Jay Mac estaba muy orgulloso por haber sido tan previsor en su juicio tanto respecto a su hija como respecto a Connor Holiday. Y como sabía que iba a frustrar sus planes, Maggie casi se compadecía de él... Casi. El caso es que durante tres días se permitió la pequeña satisfacción que acompaña a la venganza. Se conocía a sí misma lo suficiente como para saber que más tarde tendría que vivir con aquella culpa.

A Connor lo vio poco. Después de que hubo hablado con su padre, habló con él un momento, como una formalidad, y en esa ocasión la conversación resultó poco natural. Luego el padre de él y Beryl la invitaron a cenar en su casa, pero durante aquel suplicio la presencia de Connor la hizo sentirse extrañamente protegida. Otro día él fue a buscarla para ir a pasear a Central Park; se sentaron uno junto al otro en un coche descubierto, más para ser vistos que para ver, con el fin de enterrar los rumores que corrían sobre su apresurada boda. Ambos se dedicaron a sonreír, pero sus manos no se tocaron.

De pie al lado de Connor, en los aposentos privados del juez Halsey, Maggie recordó aquel relajado paseo por Central Park. La última vez que se habían visto no habían cruzado ni una sola palabra, y ahora estaban intercambiando promesas de matrimonio.

Antes creía que aquello iba a ser lo más difícil... Pero había olvidado el beso.

Cuando alzó la cara, Connor la observaba con atención; sus oscuros ojos le recorrieron la frente, la diminuta arruga que había entre sus cejas, las pálidas mejillas y los angustiados ojos, hasta posarse al fin en la boca. Maggie se mordisqueaba ligeramente una esquina del labio inferior, pero él meneó un poco la cabeza, y lo soltó. Con cierta timidez, asomó entonces la punta de su rosada lengua y se humedeció la línea del labio. Vio su reflejo en los ojos de Connor, que se oscurecieron mientras él bajaba la cabeza.

Notó su boca firme sobre la suya. Sin que apretara, ella sintió la presión. Él entreabrió los labios, y sin embargo, no invadió su boca. Como beso, fue casto; Maggie lo supo al compararlo con otro, lleno de promesas carnales.

El recuerdo avivó sus sentidos y notó un leve estremecimiento. Sentía la boca de él en la suya, insistente, caliente en su búsqueda. Lo saboreó mientras su lengua se apretaba entre sus dientes, y abrió más la boca. Él la provocaba, sus labios se movían, chupando, robando... Luego jugueteaban. Entonces él la soltaba, y su boca se deslizaba más abajo. La tocaba...

—¿Maggie?

Sobresaltada, salió de su ensueño y parpadeó varias veces. Tenía la cara de Connor muy cerca. Sintió en la piel su tibio aliento cuando pronunció su nombre y, aturdida dijo: «Oh.»

—Vaya sí «oh» —intervino el juez Halsey en tono de complicidad.

El juez dedicó una enorme sonrisa de satisfacción a Jay Mac y a Moira, y ellos le devolvieron la exagerada sonrisa. Skye soltó una risilla; Mary Francis sonrió; Rushton asintió, complacido... Sólo Beryl mostraba un aspecto ominoso.

Sintiéndose idiota, Maggie dio un paso atrás. Connor la sujetaba levemente por el codo, y se soltó; le agradeció que no la retuviera. Entonces se apartó de su fría y distante mirada y se volvió hacia su familia, que en seguida la envolvió en abrazos cariñosos e intensas felicitaciones. Jay Mac y Moira la abrazaron con calor, mientras Skye, contenta, daba vueltas a su alrededor bailoteando. Mary Francis estaba más calmada, pero igual de afectuosa. El juez Halsey se aseguró de darle un beso a la novia, y Rushton también se adelantó para dar la bienvenida a Maggie a la familia. Beryl se desplazó para quedarse junto a Connor. Lo cogió del brazo y lo sujetó en previsión de que forcejeara para liberarse.

—Parece que la novia se lleva toda la atención —dijo en voz baja, provocativa—. ¿Acaso el novio quiere un beso?

—No hace falta.

—Eso ya lo sé. Sin embargo, no me importaría Matarte.

—A mí, sí.

Connor ni siquiera la miró. En cambio, su mirada abarcó a Maggie y a su familia, y por primera vez apreció la difícil tarea que ella se había impuesto. No resultaba fácil oponerse a una fuerza como Jay Mac, y

ahora que había incluido a otros en el engaño de su boda, iba a ser más difícil aún. Además, no creía que Maggie fuera falsa por naturaleza; de hecho a él le dijo sencillamente lo del aborto, cuando más le habría convenido mentir...

Ella lo sorprendió mirándola, y cuando Connor se negó a apartar la vista, se ruborizó y dedicó toda su atención a su padre.

Beryl siguió la dirección de la mirada de Connor y vio cómo Maggie bajaba la cabeza, entre avergonzada y confusa.

—Da pena —dijo.

—¿Eso crees? —preguntó él.

—Ni siquiera le gusta que la mires... ¿Qué vas a hacer en la alcoba?

—Bajar la luz, imagino.

Frustrada al ver que era imposible irritarlo, Beryl estuvo a punto de dar una patada en el suelo. Entonces se dio cuenta de que, al otro lado de la habitación, Mary Francis estaba observándola.

—Me parece que no me gusta la monja —dijo en voz baja.

—No resulta difícil adivinar por qué.

—Ay, Dios, aquí viene.

Beryl consiguió esbozar una sonrisa creíble mientras Mary Francis se acercaba.

Lo primero que impresionó a Mary fue la fuerza, algo posesiva, con la que Beryl Holiday sujetaba el brazo de Connor; en segundo lugar, le impresionó la absoluta indiferencia con que se lo tomaba él.

—No sé si alguien te ha dado la bienvenida oficialmente a nuestra

familia —le dijo con dulzura a Connor.

—Gracias.

Para soltarse del brazo de Beryl tuvo que pellizcarla con disimulo en el blando interior de la muñeca. Una vez libre, se inclinó hacia adelante y besó a Mary Francis en la mejilla; era imposible no percibir la cordialidad que emanaba de su sonrisa.

—Lamento que no tengamos oportunidad de conocernos mejor.

Beryl intervino entonces en tono de desaprobación.

—Connor —dijo—, debería darte vergüenza mentirle así a la hermana Mary Francis.

Sus pálidos ojos dieron una rápida ojeada al plácido y pensativo gesto de Mary.

—Precisamente estaba diciéndome lo feliz que se sentía por regresar a su rancho.

Mary Francis no mordió el anzuelo y siguió dirigiéndose a Connor.

—Es comprensible. Incluso en visitas breves, Nueva York debe de parecerte de lo más agobiante.

Pero Beryl no estaba acostumbrada a que la ignorasen.

—Creo que más bien quería decir que volver a casa era preferible a pasar un minuto más en compañía de su familia.

Entonces Mary Francis se echó a reír. No era un sonido ligero y musical como un trino de pájaro: Mary tenía una risa profunda y efusiva, cuyo inesperado vigor desconcertaba a la gente. Al ver que las hermosas facciones de Beryl se descomponían de sorpresa, se rió con más fuerza...

Las lágrimas acudieron a sus ojos, y no se tomó el trabajo de intentar enjugarlas. En el otro extremo de la habitación, Skye empezó a reírse sin saber siquiera qué resultaba tan gracioso. Siempre había sido así; la risa de Mary Francis era absolutamente contagiosa.

Connor vio que su esposa sonreía. La miró sonriendo, y esta vez la sonrisa de ella se agrandó. Era el primer momento de espontaneidad que compartían en todo el día.

Por fin Mary Francis recuperó el aliento. Encontró un pañuelo remetido en la manga del hábito y, brindando a Connor una llorosa sonrisa, se lo llevó a los ojos.

—Perdone —le dijo luego a Beryl—. ¿Creía que estaba riéndome de usted?

—Yo..., yo...

Absolutamente perpleja ante la franqueza de Mary, Beryl tartamudeó hasta quedarse callada.

—Claro que lo ha pensado. ¿Cómo iba a evitarlo?

Los ojos de Beryl buscaron a Rushton; estaba deseando escapar de allí.

—Si me disculpan... —dijo—. Mi marido quiere comentarme una cosa.

Mary Francis asintió con gesto sereno y dijo: «No faltaría más.» La vio marcharse y luego se volvió hacia Connor. Su sonrisa había desaparecido, y sus ojos color verde selva lo miraban con severidad.

—Esa mujer es una bruja —dijo; su voz transmitía una tranquila

determinación—. ¿Qué es para ti?

Sin querer, Connor admiró la franqueza de su cuñada.

—Es la mujer de mi padre —dijo.

Vio que Mary Francis se lo pensaba, que se preguntaba si debía juzgar por las apariencias, y entonces la ayudó a decidirse:

—Para mí no es nada más.

Mary Francis siguió clavando los ojos en él; unos ojos entornados y sagaces.

—Podría hacerle daño a Maggie.

—No dejaré que lo haga.

En ese momento Maggie se unió a ellos. Como un rayo, su mirada fue de su marido a su hermana, intentando adivinar la clase de conversación que había interrumpido. Luego le preguntó a Connor:

—¿Ha amenazado con partirte las rodillas?

Connor alzó levemente las cejas y miró a Mary Francis con más respeto aún.

—Justo llegábamos a esa parte —reconoció Mary con descaro.

Maggie asintió con un gesto de confirmación.

—Me pareció que era eso. —Miró a Connor—. Como hermana mayor que es, ha decidido adoptar el papel de protectora de todo el mundo, pero se lo toma muy en serio.

—Estoy empezando a entenderlo —dijo él.

Se guardó de sonreír; no sólo habría resultado condescendiente, sino que estaba seguro de que se arriesgaba a no volver a caminar más.

—Mary Michael y Ethan se casaron en esta misma habitación, y ella también le amenazó con partirle las rodillas.

—De modo que es una especie de tradición... —señaló Connor—. Entonces sí que me siento bienvenido.

Mary Francis no pudo evitar sonreír.

—Siempre que no hagas daño a mi hermana, no tienes nada que temer. —Se detuvo un segundo—. De lo contrario...

Dicho eso, se alejó.

Maggie se dio media vuelta hasta quedar de espaldas a su familia. Su rostro, que momentos antes se mostraba animado, estaba desprovisto de color. No reconoció la ironía de que sólo con Connor fuera ella misma.

—Por favor —le rogó en voz baja—, ¿podemos irnos pronto? No soportaré esto mucho más.

—Nos vamos ya —dijo él.

Tomó su mano y se la llevó al costado: tenía los dedos fríos y la piel como el hielo. Se preguntó cómo no estaba temblando.

—He reservado una suite en el Saint Mark.

El pánico la paralizó durante un instante.

—Pero dijiste...

—Idea de mi padre —le confesó él—. En realidad, es un regalo.

Lo que la tranquilizó no fueron tanto las palabras de Connor como el modo de decirlas; consiguió transmitirle la idea de que aquel arreglo le agradaba tan poco como a ella, y eso hizo que se sintiera mejor. De

hecho, pensó que quizá aguantara algo más de tiempo.

—En teoría debemos asistir con los demás a la cena nupcial en casa de mi padre —dijo—. El juez acudirá también.

Él advirtió el cambio que se había producido en ella, el modo en que recurría a una reserva de fuerza que no era capaz de encontrar momentos antes.

—¿Estás segura? —preguntó—. Puedo dar alguna excusa.

—Estaré bien —contestó ella—. Es decir, si a ti no te importa.

Una década atrás, cuando era un muchacho, Connor había tenido que elegir entre una hambrienta manada de lobos y una caída de más de cien metros por la escarpada superficie de un acantilado. En aquel momento lo recordó, y supo exactamente la razón: las alternativas que tenía por delante le parecían igual de desagradables, aunque potencialmente tal vez no fueran tan mortales.

Dejó vagar la mirada hasta detenerse en Mary Francis, enzarzada en una profunda conversación con Rushton, y entonces reconsideró su última idea.

—Haré lo que quieras —dijo, y luego, en tono cómplice, añadió—: Pero no siempre será así. Esta vez no me importa.

La cena nupcial no fue el acto tremendamente desagradable que se temía Maggie. La tensión que siempre parecía existir entre Rushton y Connor se alivió hasta un nivel tolerable, y Beryl se mostró todo lo atenta

que debía con su marido. Mary Francis y el juez fueron los responsables de la conversación más animada, y Skye se encargó de aportar el humor irreverente. Moira se aseguró de que nadie tuviera el plato vacío del todo, mientras Jay Mac llenaba las copas con una selección de los mejores vinos de sus bodegas.

Maggie y Connor lograron abandonar la reunión al cabo de dos horas; fue más fácil marcharse porque las auténticas despedidas tendrían lugar en la estación de tren, a la mañana siguiente.

Había comenzado a llover un poco, y la lluvia repiqueteaba suavemente en el techo del carruaje; para cuando llegaron al hotel Saint Mark, se había convertido en un aguacero.

—¿Quieres correr —preguntó Connor—, o esperar a que pase? No me da la impresión de que el portero vaya a salir con un paraguas.

—Me parece que un paraguas no serviría de mucho —dijo ella sin demasiado convencimiento—. Vamos a correr.

Pero Connor meneó la cabeza.

—No me había dado cuenta: echarás a perder el vestido.

Maggie bajó la vista y se miró. El corpiño de su vestido estaba bordado con cuentas color zafiro; el resto, incluida la cola cuadrada que barría el suelo en torno a ella, era de satén azul pálido. Sus delicados zapatos también se habían teñido especialmente para hacer juego con el vestido. Suspiró.

—¿No te importa esperar? Me gusta mucho este vestido.

Connor estaba pensando que a él también le gustaba... O, al menos,

le gustaba el aspecto que Maggie tenía con él, aunque sabía que ella ni siquiera lo sospechaba. Había ocultado su aprecio con éxito tras su distante mirada, pero eso le supuso tanta tensión como el resto de la charada de aquel día.

—Esperaremos.

Estiró el cuello para ver mejor el cielo; estaba implacablemente gris, y la noche iba cayendo rápidamente.

—Alguna vez tendrá que amainar...

Maggie se puso bien la cola y se recostó en el respaldo del asiento. Las peinetas que mantenían su cuidadoso peinado en su sitio se le clavaban en la cabeza y le molestaban, de manera que se las quitó y se atusó el cabello con los dedos.

—Eso está mejor.

Volvió a reclinarsse en los cojines de piel y cerró los ojos.

Connor se fijó en la vulnerable línea de su blanca garganta, y sus dedos rabiaron por rodearla. Entonces se metió las manos en los bolsillos de su chaqueta e intentó pensar en algo que no fuera la incómoda hinchazón de sus genitales. No se le ocurrió nada. En su mente sólo veía el seductor y repetido movimiento de los dedos de Maggie pasando por su cabello...

De pronto se quitó la chaqueta y se la lanzó.

—Toma —dijo con brusquedad—. Ponte esto.

Como si la sacudiera, el sonido de la insistente voz de Connor sacó a Maggie de sus tranquilas meditaciones. Frunció el ceño y ladeó la

cabeza.

—Pero...

—He cambiado de opinión —dijo él—. Ya te dije que no siempre haríamos las cosas a tu manera.

Con torpeza, Maggie trató de ponerse las peinetas otra vez en el pelo. Él se las quitó de los dedos e hizo que cogiera la chaqueta. Tan pronto como la tuvo puesta, saltó del coche y se volvió para cogerla en brazos.

Maggie imaginó que la dejaría en el suelo otra vez y se dispuso a que la lluvia le calara los zapatos y las medias. Pero no ocurrió así: Connor la tomó en brazos, con cola y todo, y la metió en el mismo Saint Mark. El esfuerzo lo hizo él, pero, sin saber por qué, fue ella quien se quedó sin aliento.

Una vez dentro, la dejó en el suelo. Maggie advirtió que los huéspedes del vestíbulo los miraban y sonreían con aire de complicidad, dándose codazos unos a otros. Supuso que el espectáculo daba la impresión de ser más o menos romántico, aunque la realidad no se le pareciera en nada. Despacio, se quitó la chaqueta de Connor y se la devolvió. El reflejo de los espejos de cuerpo entero que adornaban la entrada del Saint Mark le confirmó que el diluvio no había hecho mella en su aspecto, mientras que en el de Connor había causado estragos. Las rizadas puntas de su pelo oscuro goteaban en el cuello de su camisa blanca, y ésta se le pegaba húmeda a los hombros. Hasta las pestañas las tenía de punta.

Connor se puso la chaqueta empapada y empezó a avanzar hacia el mostrador de recepción.

—Espera —rogó ella.

Se puso de puntillas y con el índice le quitó una gotita de agua que tenía en la mejilla.

—Eso es. Así está mejor.

No lo estaba, pero él no se lo dijo. La tomó por la muñeca y, por la expresión de su cara, comprendió que sus dedos le apretaban más de lo que pretendía. Entonces aflojó un poco el agarrón, se obligó a sonreír y, en honor a los espectadores, le besó el dorso de la mano.

Maggie no tuvo otra opción que ir a donde la llevaba, aunque más que acompañada se sentía arrastrada. Mientras él confirmaba sus reservas con el gerente del hotel, se soltó y echó un vistazo al vestíbulo.

El Saint Mark tenía cierto aire de grandiosidad que hacía que el observador se sintiera al mismo tiempo impresionado y cómodo. El elaborado labrado de los techos atraía la mirada hacia arriba, mientras los suaves reflejos de la carpintería la mantenían unida al suelo. Maggie había estado muchas veces en aquel hotel, en particular cuando su hermana Michael hizo de él su hogar; y es que el Saint Mark atendía en sus despejados y acogedores salones y comedores a familias y a huéspedes residentes.

Maggie volvió a mirar al director, que en aquel momento aseguraba a Connor que todo estaría a su gusto, pero lo oyó sólo a medias; su atención se centró en el libro de registro, abierto ante sus ojos.

Sres. de Connor Holiday.

Era como si ella hubiera dejado de existir.

Sumido en sus oscuros pensamientos, mientras subían en el ascensor de vapor hasta el quinto piso, Connor no advirtió el estado de ánimo pensativo y retraído de Maggie. La hizo pasar a la suite, y en seguida los siguió el botones con sus maletas.

La espaciosa suite estaba decorada con buen gusto; el mobiliario era de nogal oscuro. La zona del salón tenía dos sillones de orejas y un sofá largo y mullido; la alfombra seguía el patrón de color de la habitación: crema, castaño y verde. En cuanto a la parte del comedor, la ocupaban una mesita y dos sillas, tan enceradas las tres que reflejaban a los ocupantes de la habitación. Un enorme florero de cristal tallado ocupaba el centro de la mesa, y la suave fragancia de una docena de rosas rojas de tallo largo impregnaba todo el aire. Sobre la repisa de la chimenea había un espejo de recargado marco dorado que difundía el resplandor de los mecheros de gas con que se alumbraba la habitación.

El botones puso las maletas en el dormitorio, que se encontraba a la izquierda de la zona del comedor. Luego les mostró el ropero, el vestidor y el cuarto de baño, además del balcón, que daba a Broadway.

En el umbral del dormitorio, Maggie tomó nota de todo aquello sólo con una pequeña parte de su cabeza; tenía los ojos clavados en la cama.

Cuando el botones se marchó y volvió a quedarse sola con Connor, dijo que llevaba diez minutos pensando.

—Sólo hay una.

Connor, que estaba quitándose la chaqueta, se detuvo un instante y la miró con extrañeza.

—¿Cómo?

—Sólo hay una —repitió ella.

Él acabó de despojarse de la chaqueta y la colgó en el perchero de latón que había justo a la entrada. Después se pasó una mano por el oscuro cabello.

—Esa parte la he entendido —dijo; tiró de su húmeda camisa—. Lo que no entiendo es qué quiere decir.

—Una cama —dijo ella—. ¡Un dormitorio! Debería haber dos. Mi hermana tenía una suite aquí, y ella sí que tenía dos dormitorios.

—Seguro que sí —dijo Connor sin alterar la voz—. Pero ella vivía aquí, ¿no? Entonces no estaba casada.

A Maggie su tranquilidad le resultó irritante.

—¿Y qué? ¿Qué tiene que ver eso? El Saint Mark tiene suites con dos dormitorios, y yo quiero una de esas.

Al oírse, incluso a ella le dio la impresión de que parecía una niña mimada al borde de un berrinche.

Por un instante Connor se quedó pensativo, mirándola, y luego se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo—. Pero tendrás que arreglarlo tú.

A pesar de su tono indiferente, Maggie sintió que aquello era un reto.

—Muy bien —repuso—. Lo haré.

Se alisó el cabello ante el espejo de la chimenea y cuando quedó satisfecha con los apresurados gestos con que había arreglado su aspecto, se volvió para marcharse. Connor estaba delante de la puerta, bloqueándole el paso.

Con voz amable le dijo:

—¿*Te* das cuenta de que saben que estamos recién casados?...

Si Maggie se hubiera parado a pensar, lo habría comprendido. Pero fingiendo que no le importaba, preguntó con desenfado: «¿Y qué?»

Connor se apartó para dejarla pasar.

—Si a ti no te avergüenza pedir un segundo dormitorio en tu noche de bodas, yo no voy a detenerte.

Decidida a afrontar la situación a base de descarar, ella replicó:

—Es el menor de dos males, ¿verdad?

Él le abrió la puerta.

—Como gustes. Estoy deseando oír tu explicación.

Maggie soltó un resoplido altanero y pasó majestuosamente junto a Connor, honrándolo con una mirada avinagrada al oír que soltaba una risilla por lo bajo. Después tomó el ascensor, pero le pidió al ascensorista que la dejara en el segundo piso. Salió con paso seguro, fingiendo saber adonde se dirigía, y cuando oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas y que el ascensor subía otra vez, se detuvo para apoyarse en la pared del

pasillo casi en penumbra.

Pero ¿qué iba a contarles a los de la recepción? ¿Nervios nupciales? ¿Que el novio le pegaba a la esposa? ¿Que uno de ellos estaba enfermo? ¿Que la boda era una farsa? ¿Que sólo se sentían cómodos compartiendo cama en los burdeles?

Se rió con una risa un poco histérica. En aquel instante se abrió una de las puertas del pasillo y se asomó un hombre. Maggie bajó la cabeza, se tapó la boca con la mano y fingió toser. Luego empezó a andar, con la cabeza inclinada, y sintió los inquisitivos ojos del desconocido fijos en ella. Llegó hasta el final del pasillo y abrió la puerta que daba a la escalera; una vez a salvo de miradas curiosas, se detuvo un instante en los escalones, apoyada ligeramente en la barandilla de hierro, y miró hacia abajo. Veinticuatro escalones bajaban en círculo hasta el vestíbulo. Entonces recordó al sonriente gerente del hotel, los buenos deseos del recepcionista y del mozo de las maletas... *Sres. de Connor Holiday*... Alzó la vista. Por encima de ella, imponentes, se alzaban tres tramos de escaleras. Setenta y dos escalones.

Bueno, pensó, si iba despacio quizá hubiera preparado un cuento cuando llegase arriba.

Cuando Maggie volvió, Connor no estaba en el salón. Le horrorizaba pasar al dormitorio por miedo a encontrarlo allí a medio vestir, pero diciéndose de todo, desde tonta hasta cobarde, entró al fin. Él

no estaba. Lo llamó, al principio en voz baja, luego más alto... Él no respondió. Entonces echó una ojeada en el vestidor y llamó con los nudillos en la puerta del cuarto de baño. No hubo respuesta.

¿Habría ido a buscarla al ver que tardaba tanto? Maggie frunció el ceño y se preguntó si aquello iba a complicar la historia que había inventado. Encendió las lámparas de las mesitas de noche y apagó los quemadores de gas. Luego, sentada en el borde de la gran cama con dosel, se quitó los zapatos y, despacio, fue bajándose las medias, enrollándolas. Abrió su maleta y la encontró vacía; alguien había llenado el armario con su ropa..., y con la de él. El ver las camisas de Connor en una percha junto a sus enaguas, sus medias junto a los calcetines de él, le hizo sentir una extraña sensación en el estómago. Sus vistosos lazos del pelo compartían espacio con las negras corbatas de pajarita; el chaleco de él se daba codazos con su corsé.

Maggie sacó su camisón de dormir y lo extendió al pie de la cama. Aquella mañana su madre y su hermana la habían ayudado con el vestido; ahora se puso a luchar sola con la diminuta hilera de botones que tenía a la espalda.

Observando a Maggie desde el balcón, Connor se sintió como un pilluelo pordiosero con la nariz pegada al escaparate de la panadería. Sólo que su esposa no era un bollo de Pascua recién hecho, y lo que se le hacía agua no era precisamente la boca... El aire fresco de la noche no resultaba tan eficaz como una ducha fría sobre sus ansiosos genitales, pero Connor tampoco estaba dispuesto a darle la espalda a Maggie para

apreciar la vista de Broadway. Con los brazos cruzados, se sentó en actitud tensa en el filo de la balastrada de piedra. Su acostumbrada mirada distante había adquirido un cariz soñoliento, de párpados cargados, mientras sus ojos recorrían la figura de su mujer.

Ella se retorció y se daba media vuelta, intentando llegar a los botones de la espalda; con todo, en sus movimientos había algo esencialmente elegante. Se las había arreglado para liberar un hombro, y la luz de la lámpara daba en la curva desnuda de su piel. Unos apagados tonos naranja le delineaban la clavícula. Sus forcejeos habían hecho caer las peinetas que le mantenían el cabello recogido detrás; se lo echó a un lado y se lo trenzó rápidamente, de modo que por la espalda le caía una sola y gruesa espiral cobriza. Por un instante pareció demasiado joven para ser la esposa de nadie.

Entonces se despojó del bordado vestido azul.

La enagua de batista le moldeaba la figura. Era una prenda lisa, sin volantes que subrayaran la curva de los pechos o de las caderas. Tiró de una cinta y la prenda cayó con fluidez por los brazos, la cintura y los muslos hasta quedar rodeando sus pies desnudos. De un paso, se deshizo de ella.

En la barandilla de piedra, Connor trasladó el peso de su cuerpo cuando Maggie extendió la mano hacia atrás para tirar de los cordones del corsé y el movimiento hizo que sus pechos se proyectaran hacia adelante. La vio suspirar cuando el corsé cayó al suelo. Luego metió las manos bajo la camisola y se frotó la piel con las palmas. Connor se

preguntó por qué aguantaba aquel artilugio, que sólo producía incomodidad: casi le abarcaba la cintura con las manos. El corsé no hacía más que impedirle sentir su suavidad como él quería... Aunque quizá lo llevara por eso.

Connor se puso de pie y se apartó de la barandilla cuando Maggie tomó el bajo de su camisola y empezó a tirar de ella hacia arriba, por encima del estómago. Entonces dio unos ligeros golpecitos en uno de los vidrios del balcón y vio que ella se quedaba helada.

Como una cierva venteando el peligro, Maggie permaneció quieta y alerta. El sonido no se repitió, pero le dio igual. Sabía que lo había oído, y sabía de dónde procedía.

Maggie alzó la cabeza despacio al tiempo que sus dedos soltaban la camisola, que cayó pudorosamente sobre su piel, aunque eso apenas importó; se sentía desnuda. En aquel instante vio la figura de él, en sombra, en el balcón; el oscuro perfil que seguía siendo peligroso y amenazador aunque conociera su identidad. No tuvo que ver sus ojos para reconocer su profundidad fría e insondable, ni tuvo que ver su cara para ser consciente de su burlona media sonrisa.

Le agradó la calma de su reacción, el no haberse puesto a gritar, como le aconsejaba su instinto. Se limitó a darle la espalda, a coger el camisón de dormir y a metérselo por la cabeza.

De nuevo Connor volvió a dar golpecitos; por añadidura, sacudió el picaporte de la puerta.

Entonces Maggie se dio media vuelta con una sonrisa: estaba

encerrado fuera... Era una estupenda ironía, que la hizo sentirse mucho más dueña de la situación. Se tomó su tiempo para llegar hasta el balcón, sonriendo con más descaro e intensidad.

—No siempre habrá una puerta entre nosotros —le recordó él.

Connor sabía que no le habría dedicado una mirada tan confiada si no se sintiera a salvo y, además, algo superior.

—Tienes razón —dijo ella—. Si decides tomar la salida de la calle, seré viuda y me habré deshecho de ti definitivamente.

—No cuentes con ello.

Incluso distorsionada por el vidrio, la voz de Connor conservaba su particular tono amenazador. Lo más probable era que diera aquel salto y siguiera vivo sólo para fastidiarla...; o peor aún: moriría y luego se le aparecería. Maggie hizo girar la cerradura encasquillada y abrió la puerta.

—Gracias —dijo él con frialdad al entrar.

Maggie simuló ignorarlo. Fue al ropero, sacó su bata y desapareció en el cuarto de baño.

Connor entornó los ojos al ver el belicoso porte de sus hombros. Luego cerró los dedos en un puño, y eso impidió que le agarrara la oscilante trenza y tirase con fuerza para acercarla hasta él. No sabía qué le habría hecho entonces; quiso creer que la habría zarandeado, pero en el fondo, sospechó que quizá, sin provocación previa por parte de ella, se habría decidido al fin por besarla.

Maldiciendo en voz baja, Connor fue al armario y sacó su camisón

de dormir y su batín. Parecía probable que Maggie fuera a pasar casi toda la noche en el cuarto de baño.

Una hora después, y por segunda vez aquella noche, ella se detuvo en seco en el umbral del dormitorio. Connor estaba sentado en la cama, ocupando todo el sector central mientras leía el *Chronicle* de Nueva York; de hecho, estaba reclamando la cama de dosel como su territorio.

Maggie carraspeó.

—No reconozco el derecho de los ocupantes ilegales —dijo.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

Sin alzar la vista del periódico, en tono paciente, él dijo:

—Siempre te oigo. Pero parece que nunca entiendo lo que dices.

Irritada por su falta de atención, Maggie se inclinó sobre la cama y de un tirón le arrancó el periódico de las manos. Luego clavó la mirada en el diario arrugado que tenía entre los puños y se quedó horrorizada por su comportamiento. Al alzar los ojos hacia Connor vio que él la observaba con aquella mirada, mezcla de asombro y afectación, que la desconcertaba por completo.

—Perdona —dijo, incapaz de expresar del todo cuánto lo sentía.

Entonces desdobló el periódico, lo extendió sobre el edredón de plumón y trató de alisarlo; sólo tuvo un éxito parcial. Él tiró del diario.

—Déjame a mí —dijo—, antes de que lo destroces.

Lo dobló con esmero y lo puso en la mesita de noche más alejada de ella. Después, por fin, le dedicó toda su atención.

—¿Decías?

Maggie retrocedió un paso. Primero lo señaló y luego abarcó con un gesto la cama entera.

—No reconozco los derechos de los ocupantes ilegales —volvió a decir—. El hecho de que hayas llegado primero no te concede la propiedad.

Una de las oscuras cejas de él se disparó hacia arriba.

—¿Ah, no? ¿Quieres decir que tengo que ir a algún sitio a reivindicarla?

—Eso no tiene gracia.

—No pretendía que la tuviera; estoy hablando en serio. ¿Tengo que solicitar en el vestíbulo mi derecho a usar la cama?

—Estás haciéndolo adrede —dijo ella con un deje de frustración en la voz—. ¿Dónde esperas que duerma yo?

Él miró a su alrededor como si por primera vez se diera cuenta de su completa posesión de la cama. Después, para pincharla, le preguntó:

—¿Es que has pensado que la quería toda para mí? Estoy dispuesto a compartir —dio unas palmaditas en el edredón—. En cualquiera de los dos lados.

Sin acabar de creer que hubiera oído bien, Maggie clavó los ojos en él un instante, hasta que al fin le dijo: «Vete al cuerno.» Él la vio marcharse del cuarto, aunque su burlona sonrisa se vino abajo cuando ella dio un portazo al salir.

Maggie se encogió al oír el estrépito con que se cerraba la puerta.

Connor no había reaccionado ante su segunda rabieta infantil de la noche... Entonces le echó una mirada asesina al sofá del salón. Las almohadas y las mantas estaban en el otro cuarto, y se negó a volver a por ellas. Bajó la luz de gas y después se ovilló en una esquina del sofá; descubrió que, por desgracia, era tan duro y tan incómodo como parecía. Se quitó la bata y trató de usarla primero como almohada y luego como manta; en ninguno de los dos papeles resultó demasiado satisfactoria.

Se estiró, pero aunque era relativamente baja, no le sirvió de nada; a pesar de todo, le colgaban los pies, o si intentaba colocarlos en el brazo contrario del sofá, tenía que torcer el cuerpo de forma rara. Además, hasta la habitación llegaban la luz y el ruido de la calle. Con los juguistas no podía hacer nada, pero al menos podía solucionar el problema de la luz. Entonces se levantó, fue de puntillas hasta la ventana y corrió las cortinas. A continuación probó a dormir en el nido de un sillón de orejas, pero ninguno de los dos sillones le sirvió.

Cuando regresaba al sofá se golpeó el dedo gordo del pie en el escabel, y luego, mientras bailoteaba de dolor, se torció el tobillo. Indignada, le dio una patada al escabel, y eso no hizo más que aumentar el dolor. «Maldita sea», soltó, y se derrumbó en el sofá. Se agarró el pie lastimado con las manos y se dio un masaje. Nadie acusaría nunca a Connor Holiday de ser un caballero; al menos, ella no iba a hacerlo.

En aquel instante se abrió la puerta que daba al dormitorio. Recortado en contraluz, Connor se apoyó en la jamba.

—¿Has acabado ya? —preguntó.

—¿Acabar el qué? —preguntó ella con impaciencia.

—De hacer ruido.

Aunque no había hecho ruido a propósito, preguntó:

—¿Y por qué ibas a dormir tú, si yo no puedo?

—Claro..., ¿por qué? —preguntó él con ironía.

Se apartó de la jamba y entró en el salón. Cuando sus ojos se adaptaron a la falta de luz, se dio cuenta de que Maggie se había hecho daño.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

Connor se sentó en el brazo de un sillón de orejas y se ciñó más el cordón del batín.

—¿Vas a ser así de egoísta todo el camino hasta llegar a Colorado? —le preguntó—. Porque, en ese caso, voy a reconsiderar mi promesa de acompañarte.

Maggie no se tomó en serio su amenaza.

—Tenemos un trato.

—La gente rompe sus tratos a cada momento.

—Tú no.

No creía que fuera un caballero, pero tampoco creía que careciera de todo rastro de honor. Connor se limitó a mirarla fijamente un buen rato.

—De acuerdo —dijo al fin—. Yo no. Pero eso no quiere decir que no pueda ser egoísta a mi vez.

—Ya lo has demostrado —dijo ella por lo bajo.

Él la oyó e ignoró el comentario.

—¿De verdad quieres viajar tres mil kilómetros así?

Por cuestión de orgullo, Maggie fingió que lo pensaba. Al cabo, meneó la cabeza.

—Entonces, lo volveré a intentar —dijo él—. ¿Cómo te has lastimado?

—Me he golpeado con el dedo en el escabel.

—¿Y además? —preguntó, sin acabar de estar satisfecho.

Ella se preguntó cómo sabía que había más; de mala gana, reconoció:

—Y además me parece que me he torcido el tobillo.

Connor encendió una lámpara de queroseno que había en una de las mesitas auxiliares; luego encontró el escabel volcado, lo puso delante de Maggie y se sentó. Sin pedirle permiso, tomó su pie y se lo apoyó en las rodillas. Primero le examinó el dedo gordo dándole un ligero capirotazo con el dedo, y después, con cautela, le palpó el pie y el tobillo. Maggie se encogió y dio una sacudida automática en un intento de retirar el pie cuando al fin dio con la parte dolorida.

Su agarrón era firme pero suave, y no la soltó. Sintió que se relajaba, recelosa aún, pero que confiaba en él más de lo que había hecho sólo un momento antes.

—Es una torcedura, en efecto.

Sus dedos le acariciaron la tibia piel con gesto ausente, recorriendo con delicadeza los huesos del pie.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Por qué me preguntas a mí?

Su voz sonó un poco entrecortada; eso no le gustó, y confió en que él no lo hubiera escuchado.

—Quieres ser médico, ¿no?

Sintió que volvía a ponerse rígida, menos confiada, aunque por otros motivos, y eso lo irritó.

—Eso me lo dijiste tú misma. Esta tarde le he preguntado a Skye, y dice que no te han aceptado en la facultad de medicina. ¿Por eso acudiste a mí?

—Quizá puedas conseguir hielo para el pie —dijo ella.

—¿Fuiste a ver a madame Restell antes o después de que te rechazaron?

—Da igual —se sentó más derecha—, yo traeré el hielo.

Sin darse cuenta, los dedos de Connor le apretaron con más fuerza el pie lastimado.

—¿Pensaste en alguien que no fueras tú misma al tomar aquella decisión?

El aliento de Maggie se le detuvo en el fondo de la garganta cuando el dolor le atravesó el pie. Le dio la impresión de que recorría todo el camino que llegaba hasta su médula espinal, y que después le explotaba en la cabeza.

—Por favor —jadeó—. Estás haciéndome daño.

Todo llegó a la conciencia de Connor con retraso: su agarrón, las

lágrimas de Maggie, sus hirientes preguntas, el miedo de ella... Entonces le soltó el pie.

—Perdona.

Maggie se levantó del sofá y, cojeando, retrocedió para apartarse de él.

—No me toques —ordenó con voz ronca—. No me toques nunca. Detesto que lo hagas. Siempre me haces daño. No sabes hacerlo de otra manera.

Estaba temblando y sus ojos lo miraron acusadores cuando añadió:

—Me da igual que me odies de verdad, y me da igual lo que pienses de mí. Has conseguido lo que querías de esta boda. ¡Yo no soy la única prostituta de esta habitación!

Se encogió cuando él se puso de pie.

—Maggie... —susurró.

La vio apretarse más contra la pared. No estaba seguro de lo que quería decirle. Le desagradaba muchísimo lo que ella había hecho. ¿No significaba eso que también la despreciaba?... Aunque a lo mejor no. Porque si no la deseara, si no se sintiera atraído por ella, no tendría que recordarse a cada instante cuánto le disgustaba.

En aquel momento el odio que sentía hacia sí mismo eclipsaba cualquier rastro de color en sus ojos mates, negros y fríos como una noche de invierno.

—Traeré el hielo —dijo—. Disculpa, tengo que cambiarme.

Cuando salió del dormitorio, minutos después, Maggie ya no se

apretaba contra la pared, aunque seguía apoyada en ella. Por el rabillo del ojo la vio encogerse a su paso.

—Esto no va a funcionar nunca —añadió él en voz baja.

Una vez se hubo marchado, a Maggie le pareció que se derretía por la pared hasta el suelo. Tenía los ojos secos, aunque nunca había sentido más ganas de llorar. Le costaba trabajo tragar saliva, y en el pecho sentía una opresión que le dificultaba el respirar. ¿Qué había querido decir? ¿Qué era lo que no iba a funcionar? Desde luego, no hablaba de su matrimonio, porque en teoría no debía tener éxito.

Se habían casado para fracasar; cualquier otra cosa era inaceptable para los dos.

Subió las piernas hasta acercárselas al pecho y las rodeó con los brazos, como si las trabara. ¿Iba Connor a echarse atrás? Aquel mismo día había visto que Jay Mac se lo llevaba a solas a la biblioteca. Ni su padre ni su marido lo mencionaron después, pero ella sabía lo que había ocurrido allí: Jay Mac había hecho entrega de la escritura de propiedad del «H Doble». La tierra volvía a ser de Connor: ya estaba a salvo de la tiranía de Northeast Rail y de los magnates desaprensivos... Y todo lo que había tenido que hacer era tomar una esposa que no necesitaba, que no quería y que, además, no le gustaba.

Connor no tardó en volver. El personal del restaurante había envuelto esquirlas de hielo en una servilleta de lino, y encima le habían dado un cubo lleno de ellas. En el Saint Mark todos estaban dispuestos a complacer a los recién casados.

Puso la servilleta con hielo en el sofá y dejó el cubo en el hogar de mármol de la chimenea.

—Ven aquí —gritó extendiendo la mano.

Maggie titubeó, pero él no se retiró. Entonces puso su mano en la de él y dejó que tirara de ella para ponerla de pie. Con un gesto, él le indicó que se sentara en el sofá; luego Connor se arrodilló en el suelo, levantó el pie lastimado de Maggie y lo colocó en el escabel. Le subió unos centímetros el bajo del camisón y a continuación le apoyó con suavidad la servilleta sobre el tobillo.

La vio hacer una mueca y preguntó:

—¿Demasiado frío?

—Puedo soportarlo.

—No he preguntado eso. Si está demasiado frío, puedo traer otra toalla para envolver el hielo.

Ella se esforzó por ser cortés.

—No, está bien.

Connor se puso en cuclillas.

—Lamento lo que hice antes —se disculpó—. No pretendía causarte dolor.

Maggie sabía que se refería al dolor físico; el otro había sido completamente intencionado.

—Lo sé. No importa.

—¿Siempre perdonas con tanta facilidad a quien te hace daño?

Sorprendida, Maggie abrió más los ojos.

—No comprendo.

—Yo tampoco —dijo él, escudriñándola.

La curva felina de sus ojos era más pronunciada cuando inclinaba la cabeza. Se mordía el labio inferior con los dientes; un gesto habitual que indicaba meditación o angustia. Había acercado las cejas, entre las que se formaba una finísima arruga vertical. De pronto tuvo la súbita visión de ella sentada en una amplia cama, con su esbelto cuerpo, por rara paradoja, a la vez crispado e impaciente, mientras él entraba en el dormitorio del burdel.

—Si me hubiera dado cuenta...

Se interrumpió, preguntándose si habría actuado de forma distinta. ¿Se habría metido en su cama aquella noche?... Él pidió una mujer discreta, que no hiciera demasiadas preguntas ni le contara la historia de su triste vida. No quiso saber nada de la mujer que le proporcionó placer, la mujer que lo acogió en su interior y dejó que su frustración golpeará contra su menudo y ágil cuerpo. Él no pretendía que aquello fuera nada personal...

La máscara que aprisionaba sus facciones se colocó de nuevo en su sitio.

—No importa —dijo; se puso de pie—. ¿Qué dijeron en recepción cuando pediste otro cuarto?

La pilló desprevenida. Maggie esperaba aquella pregunta mucho antes, y casi había olvidado lo que tenía pensado decir.

—El hotel está lleno —contestó—. El gerente ha dicho que no

quedan habitaciones.

—¿Ninguna?

Una media sonrisa jugueteaba en la comisura de la boca de Connor.

—Ojalá lo hubiera sabido —añadió.

Maggie frunció el ceño.

—¿Por qué?

—No me habría tomado el trabajo de coger una.

Entonces desapareció en el dormitorio contiguo y cuando regresó llevaba consigo su maleta; por el cierre asomaba la manga de una camisa, pellizcada en la apresurada preparación.

—Habitación 313 —dijo—. El director no tuvo problema en alojarme cuando le dije que no quería molestarte; en realidad me dio donde escoger. Había varias suites de dos dormitorios, pero le expliqué que no veía el sentido de empeorar tu lesión con un traslado.

Maggie gruñó bajito, con la cara ruborizada de vergüenza por haber sido pillada en una mentira. Esforzándose por mantener la dignidad, dijo:

—Espero que dieras la impresión de estar adecuadamente frustrado cuando hablaste con él.

La idea de que Connor hubiera dejado ver su contento, incluso su felicidad, por deshacerse de su esposa durante la noche resultaba humillante.

Connor no respondió hasta que estuvo en el pasillo, bien lejos del oído de Maggie.

—Lo fácil fue parecer frustrado —musitó.

* * *



Capítulo 7

Por la mañana Connor se reunió con Maggie para desayunar en su habitación. Pensando en la mala noche que había pasado, le preguntó:

—¿Has dormido bien?

Ella no lo miró directamente a los ojos.

—Sí —se apresuró a decir.

—Entonces, ¿no te ha dolido el pie?

—¿Cómo? ¡Ah!...

Maggie no pensaba en el pie; no fue el tobillo lo que la tuvo levantada casi toda la noche.

—No..., no, no me ha molestado... En absoluto. Esta mañana ya no cojea.

Connor levantó la tapadera plateada que cubría el tocino y los huevos y empezó a servirse.

—¿Puedes viajar?

—Claro que sí.

Él asintió; no estaba del todo convencido, pero sí dispuesto a dejarse convencer.

—¿Tocino?

—Uno, por favor.

Él le puso dos y además, una generosa ración de huevos revueltos. A continuación, después de partir su magdalena y untarle mantequilla, le dio la mitad más grande. Y, asimismo, se aseguró de que el café de Maggie estuviera siempre caliente; cada vez que ella daba unos cuantos sorbos, le añadía un poco más a su taza.

Sus atenciones la ponían nerviosa. Para colmo, aunque el aroma de la comida le provocaba los sentidos, descubrió que bajo la vigilante mirada de Connor todo se volvía casi insípido.

En lugar de comer, se puso a dar vueltas a los huevos en el plato. Al darse cuenta, él le dijo:

—Vas a tener que hacerlo mejor. Soy consciente de que no vamos a ir al oeste en una carreta, pero verás cómo el viaje te deja sin energías. Convendría que comieras.

Ella bajó la cabeza y clavó los ojos en el plato.

—No puedo comer si estás tan pendiente de mí —repuso—. Actúas como una gallina con su pollito.

El silencio que siguió a su afirmación se prolongó tanto que Maggie se convenció de que lo había irritado. Al fin se atrevió a alzar la vista, y entonces Connor estalló en carcajadas. Al ver la evidente impresión que le causaba aquello, se rió aún con más fuerza, tanta que tuvo que llevarse la servilleta a los ojos para enjugarse las lágrimas.

—Pues no era tan gracioso.

Poco a poco, él fue poniéndose serio.

—Nadie me había hecho semejante acusación —explicó—. Eso es

todo. Me han llamado..., bueno, usa la imaginación. Hasta tú misma me has llamado un par de cosas desagradables.

Maggie sintió que le subía el calor por el cuello y la cara.

—Pero ¿de ser una gallina? Nadie me ha acusado jamás de eso.

Entonces tomó un rápido bocado de huevos revueltos y robó otra tira de tocino de la fuente; luego se levantó de la mesa.

—He dejado mis cosas en la otra habitación —dijo—. Iré a buscarlas, y así comerás en paz. Nos esperan en la estación de ferrocarril a las once, de modo que tenemos tiempo.

Cuando se hubo marchado, Maggie reconoció que era bastante retorcida, porque lo cierto es que echó de menos su compañía. En su casa las comidas nunca se tomaban a solas, a menos que se estuviera enfermo; siempre se conversaba: se intercambiaban ideas, o se contaban las historias cotidianas de lo que sucedía. Iba a extrañar no tener a nadie a su lado, aunque ella rara vez comenzaba el debate y casi nunca adoptaba un papel principal. La charla siempre discurría a su alrededor, y resultaba agradable ser la callada del grupo. Sus hermanas pensaban que era todo lo misteriosa que podía ser una neoyorquina... Una leve sonrisa asomó a sus labios, y sus ojos adoptaron la mirada ausente de quien recupera recuerdos de infancia.

Al fin sacudió la cabeza despacio, riéndose de sí misma, y empezó a comer.

Connor se quedó sorprendido cuando oyó abrirse la puerta de su suite. Creía que no estaba tardando tanto en recoger sus cosas, y desde el dormitorio preguntó:

—¿Has decidido que echabas de menos a la mamá gallina?

Beryl siguió el sonido de su voz y preguntó a su vez:

—¿Mamá gallina? ¿Es que tu pobre esposa siente ya nostalgia de su mamá?

Connor volvió a dejar caer la maleta en la cama y miró hacia la entrada. No hizo ningún intento de ocultar lo que sentía o pensaba, y sus ojos negros fulminaron a Beryl.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Beryl desató el lazo color escarlata que sujetaba su sombrero. Con gesto descuidado, usó el ala para abanicarse, y el revoloteo de su flequillo castaño oscuro le rozó la frente.

—No deberías hablarme de ese modo —dijo, impertérrita—. A lo mejor estoy aquí porque le ha pasado algo a tu padre.

—¿Y es así?

Beryl sonrió y entró en el dormitorio. «No.» Se contempló en el espejo de cuerpo entero y, como estaba suficientemente segura de su aspecto, no se detuvo en ningún detalle ni trató de arreglarse. Daba igual lo que dijera Connor: ella sabía que la encontraba atractiva. Su vestido de paseo era del mismo tono escarlata que el lazo del sombrero. El corpiño tenía un corte recatado que subrayaba la longitud de su cuello y la estrechez de sus hombros, pero también se había confeccionado para que

le ajustara los pechos y se ciñese a su cintura.

Tras soltar el sombrero en una mecedora, fue a situarse al pie de la cama, a unos centímetros de Connor.

—Rushton está bien de salud... —Su sonrisa se volvió maliciosa, y así le subió hasta los ojos—. Una salud llena de vigor, a decir verdad.

A Connor no le costó entender la indirecta, y deseó que su padre se pasara el día llevándose a Beryl a la cama; ése era el modo más seguro de mantenerla lejos de la suya.

—¿Sabe que estás aquí?

—Le dije que a lo mejor pasaba por el hotel. Ha ido a su despacho de la fábrica. Piensa veros en la estación de ferrocarril para despedirse, como los demás.

—¿Y tú?

—Yo pienso despedirme ahora.

Sus delicadas manos subieron hasta su cuello y empezaron a desabrochar los botones forrados de seda.

—No te preocupes —añadió—: sé que tu esposa está en otro cuarto. Me lo han dicho en recepción. Qué pena lo de su pie... ¿Crees que lo hizo adrede? ¿Para no meterse en la cama contigo?

—Beryl, ya te he dicho que cuando te casaste con mi padre lo nuestro se acabó. No puedes tener su dinero y a mí en tu cama. Rushton y yo no nos llevamos bien, pero no voy a hacerle esto. Al menos, concédeme una cualidad de la que tú careces: moralidad.

Se volvió y siguió haciendo la maleta.

—Claro que lo nuestro se ha acabado —dijo ella.

Se desabrochó otro botón; ahora se veía el encaje que ribeteaba su camisola.

—Tú regresas a Colorado, y es probable que no volvamos a vernos más. Esto es un adiós, Connor.

—Yo no te deseo, Beryl.

—¿Y esperas que crea que sí la deseas a ella? —Soltó una breve risa, hueca y malintencionada—. No me hables de moralidad, maldito hipócrita santurrón. Porque si yo me casé con Rushton por dinero, ¿qué diablos hiciste tú ayer? ¿O vas a negarme que cuando Jay Mac te metió de un tirón en su biblioteca te dio una escritura de propiedad que vale doce mil dólares, además de las gracias por casarte con su insípida hija, que aunque es más inocente que un bebé, se pasa de lista?

Los dedos de Beryl trabajaron con los botones hasta que su corpiño color escarlata quedó abierto del todo. El corsé le empujaba los pechos hacia arriba y hacia adelante, y ella hizo alarde de aquella invitación.

—Maldita sea, Connor, ¿crees que voy a armar un escándalo si te la llevas a la cama? Eso sería como la sartén diciéndole al cazo: «Apártate, que me tiznas», ¿no te parece? Yo tengo a Rushton y disfruto haciendo el amor con él. Nunca he tratado de privarte de tus placeres: sólo te pido que los compartas conmigo. ¿Dónde está el problema? Y como los dos estamos casados, compartiremos el pecado.

Pausadamente, Connor terminó de doblar su camisa antes de responder.

—¿Compartir el pecado? —preguntó—. No creo que sea así como funciona el asunto, Beryl. Creo que en el cielo se encargan de ajustar las cuentas a ese tipo de cosas, no de dividir las por igual entre las ovejas negras.

Enfurecida, ella sacudió la cabeza.

—No te rías de mí.

Él se revolvió, irritado.

—Pues tú eliges: o eso, o hacerte daño.

Beryl Holiday se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos; después se apretó contra él y hundió la cara en la curva de su cuello.

—Entonces hazme daño —susurró contra su piel—. No me importa.

Una mano de Connor se colocó en su cintura, mientras la otra se curvaba bruscamente en su cabello. Trató de apartarla, y la cabeza de ella quedó inclinada hacia atrás; sus labios, ahora un poco entreabiertos y húmedos, incitantes de placeres secretos, eran una tentación para su boca. Ella alzó la vista hacia él, desafiándolo y atrayéndolo con las oscuras pupilas de sus ojos azul pálido.

—Maldita seas —dijo él con los dientes apretados.

Beryl redujo la distancia que los separaba, y después lo besó en los labios con frenesí, mientras su lengua investigaba. Le enredó los dedos en el pelo, sujetándolo bien para satisfacer su impaciente y ansiosa caricia. Sus pechos se hincharon hasta tocar el pecho de él, y entonces se estiró, tratando de que asomaran sobre la línea del corsé y la camisola. Él

le hundió los dedos en la cintura y en el moño. Se sintió apresada en su violento abrazo y, a pesar de ser la agresora, se supo vulnerable. Él tenía una piel tibia, una cálida boca... Agradeció aquella presión, aquella dureza, y sintió el anhelo de él apretándole los muslos.

Maggie creía que no había hecho nada para atraer la atención de los dos, aunque Connor podría haberle explicado que su sola presencia en la habitación ya lo alertaba. Pero ella no le preguntó qué fue lo que le hizo mirar hacia la entrada, y él tampoco tuvo ocasión de decirlo. Porque cuando logró soltarse del agarrón de Beryl, Maggie ya se había marchado.

Buscó el sombrero de Beryl y se lo lanzó. Luego, con brusquedad, le dijo:

—Toma esto y sal de aquí.

Aturdida, Beryl se dejó caer en la cama, y desde allí se echó un vistazo en el espejo. Tenía el pelo despeinado y los labios hinchados. A su pálido rostro, pálido como dictaba la moda, se había subido el color, y sus ojos estaban oscuros y soñadores.

—¿Qué te pasa?

Connor se limitó a agarrar su maleta y marcharse.

Beryl oyó el portazo. Entonces, despacio, se tumbó en la cama y se desperezó, arqueando la espina dorsal en un movimiento que resultó de lo más felino. Después volvió de nuevo la cabeza hacia el espejo; se veía perfectamente la entrada del dormitorio... Su sonrisa pasó de maliciosa a satisfecha.

Cuando Connor llegó, Maggie no estaba en la suite; también habían desaparecido sus maletas. Soltó una maldición y prefirió tomar la escalera en lugar de esperar interminablemente al ascensor de vapor. Llegó al vestíbulo un poco falto de aliento, pero se sintió aliviado al ver que ella lo esperaba tan tranquila en el vestíbulo, en una de las zonas parcialmente aisladas por la disposición de las butacas y las plantas. Soltó la maleta a su lado y se sentó frente a ella; luego, buscando mayor intimidad, acercó la silla. Maggie se examinaba las manos, modosamente cruzadas en el regazo, como si no fueran suyas.

—Mírame, Maggie —le ordenó.

Su tono, sin ser del todo una exigencia, distaba mucho de ser amable.

—¿Crees que no sé por qué has decidido bajar aquí?

Ella alzó los ojos; en ellos había una opacidad que desmentía su sonrisa fija y alegre.

—Me alegra que seas tan perspicaz, Connor; eso evita tener que dar explicaciones.

—Pues ojalá fueras tú igual de perspicaz —repuso él—, porque necesitas una explicación. Lo que has visto era...

Maggie meneó la cabeza y, en voz baja, dijo:

—No quiero nada de ti. En particular, no quiero una explicación.

Connor echó un vistazo a su alrededor y vio que Maggie había sido

prudente a la hora de elegir aquel marco; no resultaba fácil montar una escena en el vestíbulo del Saint Mark.

—Antes o después, tendrás que escucharme —sentenció.

—Entonces prefiero hacerlo después.

Aunque no le gustaba, Connor estaba empezando a reconocer aquel obstinado e inflexible gesto altanero de su mandíbula. Entonces se puso de pie y le dijo:

—Muy bien. Voy a ocuparme de conseguir un coche para ir a la estación.

El gerente lo arregló todo en seguida; un mozo sacó las maletas a la calle, y al cabo de unos minutos apareció el coche. Connor le ofreció el brazo a Maggie, pero ella fingió no verlo y salió delante. Dejó que el cochero la ayudara a meterse dentro del carruaje y luego se sentó en un extremo. No creyó que Connor fuera a imponerse sentándosele al lado: sabía que no quería nada con él.

El trayecto hasta la estación se realizó en silencio. Maggie se concentró en pensar cómo se comportaría ante su familia y la de Connor. Cuando llegaron al tren, se había convencido de que sería capaz de tocar a su reciente marido sin deshacerse del desayuno ni de la dignidad.

Debido a los acontecimientos de la mañana, llegaron antes de lo previsto. Apenas acababan de enganchar dos vagones privados de Northeast Rail al tren número 454, y ahora añadían los vagones de carga, que se encontraban en una vía secundaria. Un afable mozo de estación empezó a cargar el equipaje junto con los baúles que habían llegado la

noche anterior.

Connor señaló la pirámide de carteras, maletas y baúles. «¿Todo eso es tuyo?», le preguntó; desde luego, sabía cuál era la respuesta, pero le costaba creer tanta insensatez.

—Mamá y Skye me han preparado el equipaje. Les dije que era demasiado, pero no me hicieron caso.

Connor tuvo la impresión de que estaba acostumbrada a que fuera así.

—Dancer Tubbs no tendrá sitio para todas tus pertenencias...

Maggie se sentó en uno de sus baúles y se puso cómoda. Llevaba un vestido hecho a medida, con un corte de tendencia masculina: desde el color gris oscuro de la tela hasta el corpiño, que recordaba el chaleco y la chaqueta de un hombre.

—Dejaré algunas cosas en casa de Mary Michael, en Denver. Y si vemos a Rennie, le daré otras. No tienes que preocuparte de tener que acarrear mis pertenencias por todo Colorado. No voy a ser una carga para ti.

—¿De dónde sacas esas ideas? —preguntó él—. Sólo he dicho que Dancer no podría acomodar tus cosas. El tren nos llevará hasta Queen's Point, y desde allí usaremos carros y caballos. El problema no es el viaje, sino la cabaña de Dancer.

—Perdona —repuso ella—. Había entendido mal.

Entonces volvió la cara y se puso a observar el trasiego de la estación. Los andenes y las taquillas empezaban a llenarse de pasajeros y

de acompañantes, y los mirones ya ocupaban los bancos. A esta gente lo que más le gustaba era ver entrar y salir los trenes; a veces incluso hacían cordiales apuestas sobre cuál llegaría tarde o qué locomotora entraría en la estación tronando bajo el reloj. Los viajeros experimentados iban vestidos para la ocasión; haciendo caso omiso de la moda de primavera y verano, vestían colores oscuros que disimularan la molestia del humo, el hollín y las cenizas. Las mujeres agrupaban a sus hijos y avanzaban presurosas por el andén contando cabezas castañas, negras y rubias. Los maridos se distanciaban del rebaño para no perder de vista a los maleteros..., y a alguna esporádica hembra atractiva y sin compañía. Por su parte, los viajeros se aferraban a las maletas que contenían sus productos, con tanta fuerza que les blanqueaban los nudillos en sus ansias de proteger el objeto de su trabajo. En un momento dado pasó un pintor de bocetos, con su cuaderno y su caballete, en busca de clientes dispuestos a pagar unos cuantos centavos por un retrato de despedida.

A Connor no le gustaba la estación, que era un resumen de todo cuanto le desagradaba de Nueva York: demasiada gente, demasiado ruido, demasiadas prisas... Aquello volvió a recordarle cuánto tenía de su madre y lo poco que se parecía a su padre. De otro modo, el rancho de Colorado sólo le interesaría como fuente de capital, como le pasaba a Rushton.

Miró a Maggie y observó el modo en que ella asimilaba el entorno y recibía con gusto lo que él detestaba; cómo absorbía el pulso nervioso de la estación, aspirando la multitud y el desorden como si fueran cruciales

para su misma existencia... No aguantaría ni dos semanas en el «H Doble», y probablemente, menos aún en casa de Dancer..., si es que éste la dejaba quedarse. Sintió alivio al pensar que Maggie había propuesto que se divorciaran, porque, de lo contrario, le habría tocado a él la onerosa tarea de plantearlo. Ella le había devuelto el rancho, pero nunca sobreviviría allí.

Maggie sintió su mirada y lo miró a su vez. La desconcertaron sus ojos tan fijos en ella, sin revelar nada de lo que pensaba.

—¿Qué estás mirando?

En aquel preciso momento él le miraba el cuello. Bajo la chaqueta-corpiño del vestido, llevaba una almidonada camisa blanca, con pechera plisada, botones de perla y una pajarita de seda negra. Sin saber cómo, conseguía parecer absolutamente femenina con aquel atuendo, que debería haberle dado un aspecto masculino...

Connor señaló la pajarita y, con algo parecido a la perplejidad en su voz, dijo:

—Es mía. Me preguntaba qué habría sido de ella.

Maggie se alisó la corbata con cuidado.

—Anoche hiciste la maleta con prisas —señaló.

—¿Y esta mañana?

Ella se encogió de hombros, con una sonrisa indiferente.

—Esta mañana no me sorprende que no la hayas echado en falta...

¿Quieres que te la devuelva?

Él negó con la cabeza. Encontraba extrañamente íntimo saber que

ella llevaba puesto algo que le pertenecía... Eso lo sorprendía más de lo que deseaba, y sobre todo lo sorprendió que la conservase después de lo que había visto que pasaba entre él y Beryl.

Su mirada se hizo menos impenetrable, y, por una vez, ella adivinó sus pensamientos.

—Iba mejor con el vestido que ninguno de mis lazos —confesó.

—Entonces quédatela.

Maggie sospechó que aquel regalo no se debía a simple generosidad; se le ocurrió que una vez llegaran al oeste del río Hudson, Connor ya no pensaba volver a llevar corbata. De todas formas, con voz amable le dio las gracias.

Pareció como si Connor fuera a decir algo, pero su intento lo interrumpió la llegada de un mozo de estación en busca del baúl donde estaba sentada Maggie. Esta se puso de pie y dejó que se llevaran su asiento.

Connor miró a su alrededor buscando un banco, pero no había ninguno libre. Por un instante dio la impresión de que tenía ganas de despejar alguno echando a los curiosos que lo ocupaban, pero Maggie lo contuvo poniéndole la mano en el brazo con suavidad. A continuación señaló un pequeño y ruidoso grupo de personas que subía la escalera.

—No es preciso —dijo—. De todos modos, creo que la familia ya ha llegado; ahí viene Mary Francis riéndose.

Connor también reconoció su inconfundible risa efusiva y tendió la mano para coger a Maggie.

Ella no desvió la mirada del grupo que se acercaba.

—No te preocupes. A menos que tú o Beryl le digáis algo a Mary Francis, tu secreto y tus rodillas están a salvo.

Él respondió con una frase teñida de una suave amenaza.

—Eres muy valiente cuando tu familia está cerca...

Maggie lo ignoró, aunque sabía que era cierto. Tendió la mano hacia su madre y luego la abrazó sólo con parte de la desesperación que sentía. Por encima de su hombro vio que llegaban Rushton y Beryl, y su caricia se enfrió.

Moira se apartó y mantuvo a Maggie a unos centímetros de distancia.

—Tienes un aspecto estupendo, hija.

Skye puso los ojos en blanco y dijo:

—Mamá, que la viste ayer... Y si quieres saber mi opinión, está un poco paliducha, aunque la pajarita me gusta. —Besó a su hermana en la mejilla—. ¿Dónde la has conseguido?

Contenta por aquel comentario, que desviaba la atención del tema de su aspecto, Maggie señaló a Connor.

—Sisada, me temo.

Con sincero asombro, Skye miró a su nuevo cuñado y dijo: «¿La has robado?» Connor se echó a reír.

—No, mocosa: tu hermana me la ha robado a mí.

Mary Francis le dio un codazo en las costillas a su hermana menor.

—Ya no tienes por qué actuar como una tonta con él, Skye. Es el

marido de Maggie, no un pretendiente en potencia.

—Chicas... —dijo Moira en tono maternal.

Luego suspiró al ver que a ninguna de sus dos hijas la avergonzaba demasiado su reprimenda.

—¿Estaba el Saint Mark tan bonito como lo recuerdo? —preguntó a Maggie.

—Muy bonito, mamá.

Jay Mac le dio a Connor una fuerte palmada en la espalda.

—Parece que estás impaciente por deshacerte de todos nosotros —dijo.

Connor se preguntó cuánta sinceridad toleraría Jay Mac sin sentirse insultado, y optó por una respuesta donde se combinaban el tacto y la franqueza.

—Estoy deseando volver a ver mi rancho —repuso—. Echo de menos el espacio y el silencio.

Rushton se unió a ellos mientras Connor hablaba, y la respuesta de su hijo lo hizo pensar en Edie, su primera esposa, a quien le encantaba el valle. Después su atención se dirigió a Maggie. Era esbelta y delicada, con facciones finas y cutis suave... Intentó imaginársela en el «H Doble», recorriendo la pradera junto a Connor, cocinando para los peones, dando a luz hijos en la misma cama donde Edie había dado a luz a Connor... Nada de aquello le pareció posible. Y también pensó que a pesar de ser muy distinta de Edie, en un aspecto importante era idéntica a ella: era una flor nativa que no florecería en el áspero entorno de Colorado, igual

que Edie no habría florecido en el aire hostil de Nueva York.

Rushton tomó la mano de su hijo y se la estrechó; no dejaba de preguntarse qué pensaba en realidad Connor de su reciente esposa. Entonces, dejando que Beryl se defendiera sola, se lo llevó a un lado y clavó los ojos en él.

—No dejes que se muera allí —dijo en voz baja.

Aunque su distante expresión no cambió, Connor sintió un frío que le calaba la piel hasta los huesos.

—¿Y eso qué significa?

—Tu esposa —dijo Rushton—. Nunca sobrevivirá al «H Doble»... Suéltala antes de que la mate.

—¿Te refieres a que la deje huir de madrugada, como hiciste tú?

Las cinceladas facciones de Rushton perdieron parte de su color, y su frente se plegó al fruncir el ceño.

—¿Así crees que fue? —preguntó—. ¿Edie dejó que creyeras eso, todos estos años?

—Mi madre nunca dijo que tú la hubieras abandonado —respondió Connor con frialdad —, pero el Viejo Sam se aseguró de que yo lo supiera.

Durante un buen rato Rushton permaneció en silencio; luego asintió con un lento y leve movimiento de cabeza lleno de resignación y de cansancio.

Al fin, más para sí que para Connor, dijo:

—Estoy seguro.

—¿Es que vas a sugerir que fue algo distinto? ¿Que no te marchaste de madrugada? ¿Que no aborrecías vivir en el rancho?

Rushton miró a su hijo y luego a su nuera. Con los ojos fijos en Maggie, contestó:

—No. No voy a decirte nada distinto... No lo escucharías, viniendo de mí. —Volvió a dirigir su atención a Connor—. Pero ruego a Dios que no tengas que aprenderlo de tu esposa.

Connor no replicó a la enigmática respuesta de su padre porque Beryl eligió aquel momento para unirse a ellos.

—Rushton —dijo—, no acapares a Connor para ti solo. Hay otros que quieren desearle suerte.

Rushton Holiday sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo mientras ella lo enlazaba con el suyo. Pensó que había elegido bien a su segunda esposa. También era una hermosa flor, pero no era frágil; era una flor común sin ser vulgar; una superviviente, porque estaba en su naturaleza serlo... Nunca le había explicado por qué a veces la llamaba Margarita.

—Pues vamos —dijo—. Iremos con los demás. Connor ya ha oído toda la sabiduría paternal que está dispuesto a aguantar.

Se apartaron y lo dejaron solo. Entonces Connor decidió acercarse a Maggie, que, vuelta de espaldas, hablaba con Jay Mac. Cuando llegó hasta ella, oyó que él le preguntaba:

—¿Son de tu gusto los vagones?

Connor le posó las manos ligeramente en los hombros, y su tensión

fue tan leve que nadie más la notó. El cabello de Maggie desprendía una fragancia que despertó sus sentidos; lavanda, pensó. Era sutil, delicada... Muy adecuado para ella.

—Todavía no hemos entrado —respondió ella—. Pero estoy segura de que todo está bien.

Luego le dio una ligera palmadita en el pecho a su padre y añadió:

—Sé que te gusta la comodidad cuando viajas.

El rostro de Jay Mac adoptó un tono rubicundo mientras Moira y sus otras hijas se reían. Entonces se quitó los lentes e hizo alarde de limpiarlos. John MacKenzie Worth era un hombre adinerado, pero no se rodeaba de ostentosos objetos que le recordaran su riqueza..., con la única excepción de sus vagones privados. Aquello todavía lo cohibía lo bastante como para avergonzarse.

—Ni una palabra, Rush —le advirtió a su amigo de negocios—. Yo he visto tus carruajes y tu par de yeguas color canela.

—Todos tenemos nuestros vicios —confesó Rushton.

A su lado, los pálidos ojos de Beryl se posaron en Connor.

En aquel momento anunciaron por el andén el embarque del tren número 454, y Moira se acercó más a Jay Mac.

—No puedo creer que esto esté sucediendo —se lamentó—. Primero Michael, luego Rennie, ahora tú...

Retorció el pañuelo que tenía en las manos.

—Y tan lejos todas... Ojalá...

Se mordió el labio inferior, en un gesto tan propio de Maggie que

por un instante sorprendió a Connor.

Maggie avanzó un paso y se soltó de Connor para tomar las inquietas manos de su madre entre las suyas.

—Escribiré, mamá —dijo—. Sabes que lo haré.

—Yo haré que lo cumpla —aseguró Connor.

En atención a todos, Moira fingió que aquella promesa la aliviaba. Entonces besó a Maggie en la mejilla y le susurró al oído:

—Siempre puedes venir a casa.

Maggie cerró brevemente los ojos. Sentía una pena intensa.

—Lo sé, mamá, lo sé.

Los siguientes minutos fueron algo confusos mientras Maggie se despedía de todos. Los adioses fueron íntimos y dolorosos, pero, sin saber cómo, los aguantó; lo supo cuando al fin se vio en la plataforma trasera del segundo vagón privado, con Connor junto a ella, y sus familias en el andén de la estación. Cuando el tren empezó a moverse, se agarró a él por instinto para sujetarse. Su marido le rodeó los hombros con el brazo.

Mantuvieron aquella postura hasta estar fuera de la estación, cuando ya nadie los veía.

Maggie abrió la puerta del vagón privado y entró delante de Connor; rara vez había viajado allí, aunque su padre lo usaba mucho. Jay Mac había encargado un segundo vagón, pero en realidad casi nunca

usaba los dos cuando viajaba solo. Estaba equipado para su comodidad, y, asimismo, teniendo en cuenta los detalles prácticos de sus negocios.

Todo lo que había en el interior estaba empotrado o afianzado de algún modo. Una gran zona de la parte de delante la ocupaba un escritorio de caoba, encerado hasta sacar la roja veta de la madera, que realizaba un sillón de cuero color granate, muy acolchado. Entre dos ventanillas se extendía un mapa de Estados Unidos con todas las líneas férreas, las ya existentes y las que aún estaban en proyecto. De suelo a techo, parte de la pared que quedaba detrás de la mesa estaba forrada con librerías, y además había dos sillones de orejas situados cerca de la pequeña estufa de leña. Pero, poco a poco, la zona de trabajo del vagón daba paso a otras piezas de mobiliario. La presencia de una mesa de comedor, tan larga como la ventanilla bajo la que se encontraba, indicaba que Jay Mac tomaba las comidas en privado. Una alfombra oriental impedía que el frío se colara a través del suelo de tablones, a la vez que aportaba una nota cálida con el colorido de su estampado. Debajo de la cama, parecida a una litera, había unos cajones empotrados, y pegado a una pared, un baúl con mantas.

Maggie no tardó en observar que su padre había añadido algunos detalles pensando especialmente en los recién casados. En los laterales, sujetos con soportes de latón, había varios floreros de cristal. Alternaban con las tulipas de cristal esmerilado que cubrían las lámparas de queroseno, y estaban llenos de claveles, hojas verdes y gipsófilas. El botellero estaba lleno, y sobre la mesa, en un cubo de hielo, reposaba una

botella de champán. De un lado a otro del vagón colgaba una pancarta que proclamaba su estado de recién casados, y, bien dobladas sobre la cama sin hacer, las toallas y la ropa blanca ya llevaban el monograma de una recargada «H» llena de curvas. Maggie prefirió imaginar que su padre habría hecho que las costureras trabajaran día y noche bordándolas para su partida, porque la idea de que estuviera tan seguro del resultado final como para haber dado la orden meses atrás le resultaba de lo más desagradable. Suspirando, se apartó y estuvo a punto de chocar con su marido. Entonces se echó a un lado y siguió la dirección de su mirada.

Connor no miraba las sábanas; con ojo crítico, estudiaba el tamaño de la cama.

—Es más estrecha que una cama de matrimonio —señaló ella.

—Un tamaño muy íntimo.

—Yo pensaba que era un poco grande.

Connor desvió su atención hacia Maggie; estaba claro que no compartían el mismo punto de vista. En tono tranquilo, dijo:

—Me parece que tenemos un problema.

—A mí me parece que no —respondió ella despreocupadamente—. Yo me quedaré en la cama, y tú dormirás en el sofá del vagón delantero.

—Como he dicho, me parece que tenemos un problema.

Maggie se negó a discutir el asunto en aquel momento. Cogió las toallas de la cama y las puso en el ropero, cerca del retrete que quedaba oculto por una cortina; luego se quitó la capa y la colgó de una percha de

latón y porcelana que había en la puerta trasera. El tren fue adquiriendo velocidad, y el vagón se meció un poco. De improviso, Maggie sintió una súbita oleada de náuseas y se agarró a la mesita auxiliar de caoba que estaba fija en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Connor.

Ella le lanzó una breve y agria mirada, y, dadas las circunstancias, él pensó que se la merecía; era una pregunta idiota: claro que no se encontraba bien. Tenía la cara muy pálida, sus ojos mostraban una expresión afligida y la boca se le había reducido a una línea.

—¿Qué pasa?

Maggie no respondió en seguida, sino que esperó a que se le pasara aquella sensación, como sabía que ocurriría. Después se enderezó despacio y aflojó su mano de la mesa que le servía de anclaje.

—Nada —dijo.

No se preguntó si se merecía la indignada mirada de Connor; sencillamente, se limitó a ignorarla.

—¿Quieres ver el otro vagón? —preguntó.

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia adelante.

Pasar al siguiente vagón privado exigía salir al exterior y cruzar las dos plataformas unidas. Ambos vagones tenían unos salientes que protegían el breve trayecto contra los elementos.

Mientras el vagón privado del que procedían estaba amueblado para el uso exclusivo de Jay Mac, el segundo tenía otra finalidad: llevar a los inversores influyentes y a los colegas de negocios en excursiones de

un día, con salida desde Nueva York. En la redonda mesa de caoba de este vagón podían comer ocho personas con toda comodidad. En el centro había una gran cesta con frutas, y una de las sillas la ocupaba otra cesta, cubierta esta vez. La estufa de leña se adornaba con accesorios de latón, y el botellero de hierro contenía una docena entera de botellas. Cuatro sillones orejeros y dos sofás color granate convenientemente dispuestos facilitaban una relajada conversación, y en unas mesitas auxiliares se veían ceniceros y lámparas de queroseno. Esta vez se había recurrido a dos alfombras orientales, una bajo la mesa de comedor y la otra en la zona del salón.

Connor miró a su alrededor y soltó un suave silbido. Luego señaló la mesa del comedor.

—Vaya sitio para jugar al póquer.

Maggie sonrió y lo miró de reojo.

—Tienes toda la razón —aseguró—. Jay Mac nos dijo que era para servirles la cena a sus amigos durante las excursiones, pero nadie se lo ha creído nunca. Cada pocos meses reúne a unos cinco amigos y salen de Nueva York, en teoría por motivos de negocios..., aunque creo que los únicos tratos que hacen proceden de una baraja de cartas... Tu padre ha ido con Jay Mac varias veces.

—Nunca lo ha contado —dijo Connor.

A ella no le sorprendió.

—No estáis muy unidos, ¿verdad?

Connor se encogió de hombros.

—Apenas nos conocemos.

No fueron sus palabras, sino el modo de decirlas lo que indicó a Maggie que la conversación sobre aquel tema había terminado. Entonces ella también miró en torno suyo.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? ¿Podemos arreglárnoslas? Entre los dos vagones hay mucho espacio; y, claro, también está el resto del tren, ya que se te permite acceder a los demás vagones. No veo por qué habríamos de estar juntos a todas horas.

Connor respondió con la evasiva de un suave gruñido. En realidad estaba midiendo mentalmente el sofá y calculando si era apropiado para su altura. Aquellos aposentos eran muchísimo mejores que cuanto él hubiera podido conseguir, pero no resultaba fácil recordarlo cuando la perspectiva era abandonar una cómoda cama por un incómodo sofá.

—Si no te importa —dijo Maggie—, vuelvo al otro vagón para deshacer mis maletas.

—¿Y si es así? —preguntó Connor—. Es decir, ¿y si me importa?

—Lo haré de todos modos —repuso ella con frialdad—. Sólo intentaba ser cortés.

—Eso me parecía.

Ella se dispuso a marcharse, pero entonces él le apoyó la mano en el brazo con suavidad y la detuvo. Sintió que se encogía, y sus oscuros ojos se volvieron más fríos y distantes al verla retroceder.

—Iba a decirte que no te agotaras intentando ser cortés. Aunque, después de todo, parece que no vas a hacerlo.

A Maggie la avergonzó haber dejado ver tan a las claras el disgusto que le producía su contacto; en cierto modo, sentía que suponía una muestra de debilidad por su parte. Pero, sin decir nada, bajó la cabeza y salió a toda prisa del vagón.

Connor se tumbó en el sofá y, como ya sospechaba, comprobó que le faltaba casi medio metro para que fuera de su tamaño. Si tenía que dormir en él hasta llegar a Denver, todos los músculos de su cuerpo acabarían torcidos, y, además, tan tensos como un arco... Era preferible el suelo, y pensó que probablemente acabaría allí, porque estaba claro que su esposa no estaba dispuesta a compartir la cama.

Su esposa... Connor se pasó los dedos por el pelo y se frotó la nuca. Recordó cómo había huido de él, y recordó también otro momento en el que sólo se mostró tímida...

Se preguntó qué diablos era lo que de verdad esperaba de ella. ¿Y qué diablos esperaba realmente de sí mismo?

Por encima del hombro, miró la puerta por donde había salido Maggie; por un instante se planteó la posibilidad de seguirla, pero no sabía muy bien qué quería decirle. ¿Acaso ella necesitaba su ayuda para maldecirse por haber abortado el hijo de ambos, cuando todo el tiempo parecía angustiada? ¿Debía disculparse por lo que probablemente habría deducido Maggie de la visita de Beryl al Saint Mark? En nombre de Dios, ¿qué era lo que ella quería de él?

Nada...

Le desagradó que aquello lo incomodara.

Y entonces hizo caso omiso del botellero lleno y fue a buscar licor fuerte y compañía en los vagones de pasajeros que había por delante.

Cuando Maggie acabó de deshacer sus maletas, se sintió más cansada de lo que correspondía a la tarea. No había dormido bien la noche anterior, y además la despedida de su familia había sido particularmente agotadora, pero había algo más. Tan pronto como empezaron a aflorar los pensamientos, los enterró con decisión y se sumergió en otra actividad mecánica; esta vez se ocupó de las maletas y los baúles de Connor. Era una obligación íntima, propia de una esposa; justo el tipo de cosa que creyó que iba a aborrecer..., y la sorprendió, y también la apenó, descubrir que en ello no había nada de ingrato. Supuso que, de haberlo hecho para alguien a quien amase, aquel ritual de doblar, alisar, apilar y guardar incluso habría resultado reconfortante. Imaginó que el leve aroma de él impregnaba sus prendas; si hubiera sentido de otro modo, tal vez se habría acercado, y eso le habría dado una curiosa confianza.

Maggie sacudió la cabeza para apartar aquellas fantasías, inciertas aunque perturbadoras. Acabó de meter las cosas de Connor en el estrecho ropero y después miró la cama sin hacer. Y, en lugar de extender las bordadas sábanas para hacerla con esmero, se tumbó encima de ella tal como estaba. Forcejeó con una sábana hasta taparse de cualquier modo y se quedó dormida pocos minutos después de que su

cabeza tocó la almohada.

Connor la encontró justo así al cabo de una hora. El cabello, liberado de las peinetas de marfil, le caía sobre la curva del cuello y el hombro, y se le rizaba en torno a los botones de perlas en la plisada pechera de su camisa. Se había aflojado la pajarita, pero no se la había quitado. El bajo del vestido se le había subido por las pantorrillas, y donde no llegaba la sábana Connor vislumbró la suave línea de sus piernas. Tenía una mano metida bajo la cara, empujando la mejilla, y la otra estaba abierta en la sábana, justo en el primoroso bordado del monograma «H». Su lisa alianza de oro recogía hilos de luz a medida que el tren pasaba por los maizales de Pensilvania. Él eligió la alianza sin consultar con ella y sin preguntarle a su padre. Aquel anillo era de Edie, su madre, y no estaba seguro de por qué había querido que Maggie lo tuviera. No le contó lo que significaba y tampoco se lo advirtió a su padre, pero al sacarlo del bolsillo durante la ceremonia, miró más allá de la sonrisa suave y cautelosa de Maggie y observó la breve angustia de Rushton. Durante un instante se sintió poderoso, capaz de imponerle aquella emoción... Luego la mano de Maggie se movió en la suya, sus delicados huesos se agitaron en su palma y bajo el pulgar con que en aquel momento le acariciaba los nudillos, y entonces supo que si ella estaba utilizándolo, él también la utilizaba; la utilizaba de un modo que ella no entendía con claridad... La sensación de poder pasó, y entonces se sintió mezquino.

Connor arregló la sábana que cubría a Maggie. Debajo de sus ojos había unas leves sombras que no eran producto del oscuro abanico de

sus pestañas. Le tocó la frente con el dorso de la mano, y ella se removió un poco, arrugando la nariz.

—No pretendía despertarte —dijo él en voz baja.

En los vagones delanteros había encontrado licor fuerte y compañía, pero no se había permitido ninguna de las dos cosas. En cada uno de los tres vagones de segunda clase se celebraban cordiales partidas de póquer; lo invitaron a sumarse a ellas, pero prefirió observar. Se preguntó qué habrían pensado los jugadores si les hubiera hablado de los doce mil dólares que ganó y perdió en el espacio de una sola noche... Sus negros ojos recorrieron la figura de Maggie. Quizá habrían creído que ganó el dinero, pero nunca creerían cómo lo perdió.

—Tienes la cara de un ángel —dijo él.

Convencida de estar soñando, Maggie sonrió con inocencia. Luego se volvió un poco mientras se frotaba la mejilla con el dorso de la mano, en un movimiento perezoso y vagamente felino.

Connor acercó una silla y se sentó, apoyando los pies en el armazón de cajones que sustentaba la cama; después inclinó hacia atrás la silla hasta equilibrarla sobre las dos patas traseras y cruzó los brazos.

Poco a poco Maggie fue despertándose y, para su desconcierto, vio que su sueño era auténtico. Entonces su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

La decepcionó oír que su voz sonaba ronca y entrecortada. Connor no parecía sentirse nada amenazado ni dispuesto a contestar.

—¿Y bien? —preguntó, con más firmeza esta vez.

—¿Siempre estás de tan mal humor cuando te despiertas?

—No lo sabrás nunca... —dijo ella con dulzura.

Se sentó y se frotó las sienes. La siesta no había resultado reparadora; además, le dolía la cabeza.

—Porque no voy a despertarme más contigo tan cerca. —Antes de proseguir dio un suspiro—. Por favor, ¿quieres apartarte de la cama para que pueda levantarme? Necesito polvos para el dolor de cabeza.

—Yo te los traeré.

Maggie no quería moverse, de modo que no discutió; volvió a echarse y le dijo dónde encontrar el paquete. Había un barrilete de agua fresca bajo el lavamanos. Lo oyó revolver por los armarios hasta que encontró un vaso y una cuchara. Apenas tardó un instante en darle la medicina.

Se incorporó y se apoyó en un hombro lo suficiente para bebérsela.

—¿Es el movimiento del tren lo que te sienta mal? —preguntó él.

—Algo parecido.

Ella cerró los ojos.

—Deberías habérmelo dicho.

—No se me ocurrió —repuso Maggie en tono cansado—. No viajo tanto.

—Y, sin embargo, estás dispuesta a cruzar medio país con un hombre al que apenas conoces para estudiar con otro hombre a quien no has visto nunca. Debe de ser importante para ti.

Maggie no respondió en seguida. Había cosas sobre sí misma que no

quería revelar, y menos aún a Connor Holiday, que la despreciaba como ladrona y prostituta y ahora, por lo de su comentario sobre madame Restell, como asesina... Y, con todo, se oyó decir: «Sí que lo es.»

Connor le quitó el vaso de la mano y se sentó en el borde de la cama. Maggie tuvo una inmediata reacción de pánico, y él no hizo el menor movimiento para tocarla ni para intentar impedir que se acercara más a la pared.

—No voy a hacerte daño —dijo en voz baja—. Quiero tocarte la frente: sigues acalorada.

En un acto reflejo, ella se tocó la cara con la mano, pero sus dedos aún estaban fríos por haber sostenido el vaso de agua, y su piel le pareció mucho más caliente de lo que estaba. A pesar de eso, se acercó recelosa a Connor. Aquella situación le resultó curiosamente familiar, como si ya hubiera representado una escena parecida con su marido otra vez. Recordó que estaba enferma en el burdel, cuando se conocieron... ¿Era un recuerdo de entonces lo que le provocaba aquella sensación especial?

Connor no era impaciente. Si hubiera sido una potranca, quizá la habría engatusado con un trozo de manzana o con azúcar espolvoreado en la palma de la mano. Pero era una mujer, toda una mujer, reticente y recelosa a la hora de brindar su confianza, y el único sucedáneo adecuado de la manzana y el azúcar era la paciencia. Por eso se limitó a estar allí, sentado, sin hacer ni decir nada, esperando.

Ella se deslizó hacia la parte central de la cama. La sábana y el vestido se le enredaron en las piernas y les dio un tirón; se deshizo de la

sábana pero, al mismo tiempo, se bajó el vestido con pudor sobre las piernas. Luego se tumbó de espaldas y alzó la vista hacia él.

—¿Se parece esto en algo al matrimonio que imaginabas? —le preguntó.

Su pregunta le hizo sonreír antes de responder: «No creo.»

—Yo nunca imaginé que fuera a casarme.

Eso lo sorprendió. Sus negros ojos brillaron de interés, con lo que se volvieron menos distantes.

—Creía que todas las muchachas soñaban con eso.

—Yo no.

La respiración de Maggie se hizo más tranquila; Connor se preguntó qué le diría para hacer que saliera de sí misma. Entonces lo sorprendió al añadir:

—No creo que mis hermanas pensarán en eso tampoco.

—¿De verdad?

—Quizá por esa razón Jay Mac nos empuja a casarnos.

Connor alzó la mano y le tocó suavemente la mejilla, y luego la frente. Ahora que el rubor había desaparecido de sus mejillas, estaba menos acalorada.

—Ya puedes respirar de nuevo —le dijo al retirar la mano—. No creo que estés enferma.

—Eso también te lo habría dicho yo. Sólo es dolor de cabeza y mareo del movimiento.

—¿Quieres que eche los estores? —preguntó él.

Ella meneó la cabeza, y aquel movimiento le provocó una sensación de náusea en el estómago.

—Sólo necesito estar tumbada aquí. Se pasará.

—Puedo darte un masaje en el cuero cabelludo.

Connor contaba con que se estremecería ante su propuesta, pero debía de sentirse bastante mal, porque al cabo de un breve instante de vacilación, accedió. Se incorporó, y él le dijo entonces:

—No, quédate donde estás. Yo me moveré.

Cambió de posición de forma que ella le pusiera la cabeza en su regazo. Luego sus dedos se internaron en el pelo y se movieron con suavidad sobre su cuero cabelludo. Casi al momento, algunas arrugas de tensión que ella tenía en las comisuras de los ojos se redujeron. También observó que iban cerrándosele los párpados.

—Háblame de Beryl —sugirió Maggie en voz baja.

Sintió que los dedos se detenían y supo que lo había cogido por sorpresa.

—No estoy celosa, ¿sabes?

—Lo sé —dijo él—. Para que lo estuvieras, éste tendría que ser otro tipo de matrimonio.

Sus dedos volvieron a trazar círculos con suavidad.

—Supongo que creíste que yo intentaba ponerte en ridículo.

—Se me ocurrió, aunque más bien pensé que era Beryl la que lo intentaba, no tú. Mamá me ha dicho que estuviste prometido a ella.

—¿Cómo lo supo?

—Creo que Beryl se lo dijo.

La boca de Connor se torció a un lado en un gesto de disgusto.

—No me sorprende.

—¿La amas aún? —preguntó ella.

Él tardó unos instantes en responder, mientras meditaba su contestación. Se preguntaba si alguna vez había amado a Beryl Walter. «No», dijo por fin.

Pero su titubeo le restó credibilidad y le confirmó a Maggie que había actuado con sensatez. Sería intolerable estar casada con alguien que estaba enamorado de otra. ¿Qué clase de marido sería para ella? ¿Qué clase de padre para un hijo?... No; pese a lo dolorosas que eran, había tomado las decisiones correctas. De hecho, hasta podría haberse enamorado de él, con sus suaves dedos y su melodiosa voz, y entonces, ¿en qué situación se encontraría?

—¿No hay nada más que quieras preguntarme sobre Beryl? —preguntó él.

Ella lo pensó y dijo: «No. Nada más.» Eso lo molestó.

—¿No quieres saber por qué estaba en el Saint Mark? ¿O si estuvo allí toda la noche?

—Me parece que vi el porqué. Y da igual que te prepararas aquella habitación con el fin de estar con ella; ya te he dicho que no estoy celosa.

Como ella no quería saber, Connor se encontró deseoso de dar explicaciones... Por un lado, su terquedad lo impulsaba a hablar claro, pero el orgullo lo mantuvo callado. En silencio, siguió masajeándole el

cuero cabelludo.

Momentos antes de quedarse dormida de nuevo, ella susurró:

—Me encanta que seamos amables el uno con el otro.

Connor suspiró y se apoyó en el empotrado cabecero de caoba. Entonces Maggie volvió la cabeza y posó la mejilla en su muslo... El se preguntó cuánto duraría aquella amabilidad.

Hasta la cena.

El tren se detuvo en Filadelfia, y Connor hizo gestiones en uno de los restaurantes para que les llevaran la cena a su vagón privado. A Maggie la conmovió su amabilidad, y como él se había tomado tantas molestias y ella se había sentido tan infeliz casi todo el día, empleó bastante tiempo en peinarse y en buscar algo apropiado en su guardarropa.

Al entrar en el comedor no se dio cuenta de que los camareros se volvían para mirarla, y, desde luego, tampoco se percató de que no apartaban la vista de ella. Sabía que aquel vestido de terciopelo color burdeos era elegante; lo que no sabía era el aspecto que tenía con él.

Connor sí lo sabía. Dio una propina a los camareros, les dijo que volvieran luego a recoger las fuentes y los despachó con sequedad. Lo molestó ver las miradas que intercambiaban, y también el guiño de complicidad que le dedicó uno de ellos. Después, en tono brusco, le preguntó a Maggie:

—¿Qué diablos crees que haces llevando ese vestido?

Ella se sobresaltó al oír su áspera pregunta. Los camareros aún podían oírlo... Con el ceño fruncido, se miró, y luego miró su débil reflejo en las ventanillas del vagón. Le gustaron el corte del escote redondo y la amplitud de las cortas mangas de terciopelo. Sin tener que llevar corsé, el corpiño de faldellín le reducía la cintura, como estaba de moda, y por contraste, le hacía las caderas más rotundas. La falda con polisón se mantenía rígida gracias al forro de muselina, de modo que el vestido resultaba de líneas elegantes, y en la delantera llevaba tiras de terciopelo y un plisado de satén. Asimismo, el burdeos le resaltaba los mismos tonos de su cabello, además de dar color a sus mejillas sin ningún artificio.

Pero todo rastro de confianza que hubiera conseguido al ponerse el vestido estaba ya hecho añicos. Maggie parpadeó varias veces para mantener a raya las lágrimas; luego alzó la barbilla con un gesto obstinado en la boca, y se sentó a la mesa. Sin mirarlo a los ojos, en voz baja, dijo:

—No me he vestido para agradarte. Me he vestido para agradarme a mí.

Dios mío, pensó Connor, pasándose la mano por el oscuro cabello. Ella no lo entendía... Pero ¿qué diablos vería al mirarse en un espejo?... Ni la mitad de lo que veía él, estaba claro. Entonces dejó caer la mano hasta el respaldo de su silla y de un tirón la apartó de la mesa; su ímpetu arrugó la alfombra oriental. Tras darle un puntapié a la alfombra, se

sentó a la izquierda de Maggie.

Levantó una de las cúpulas plateadas y le pasó la fuente de rodajas de asado de cordero. Ella tomó un trozo pequeño y después añadió gelatina de menta a su plato. Por el rabillo del ojo, Connor vio que alargaba la mano para coger el cestillo del pan y esperó a ver si su pecho se salía del corpiño; al ver que no era así, no supo si sentirse aliviado o decepcionado.

—Las chicas de las tabernas se tapan la pechuga más que tú —dijo en tono tenso.

Maggie creía que nadie había pronunciado nunca la palabra «pechuga» en su presencia, salvo para referirse a una gallina o a un pavo... Avergonzada, sus dedos apretaron el tenedor para evitar que se le cayera. Le costó trabajo tragar, pero repuso con creíble calma:

—No sé lo que hacen las chicas de las tabernas. Esto es la última moda en Nueva York.

Estuvo a punto de decir que no había querido comprar aquel vestido, que sabía que no tendría muchas ocasiones de ponérselo, tal vez ninguna... Pero Skye insistió, y había cedido.

—Y no me digas que ya no estamos en Nueva York —añadió—, porque ya lo sé. No tendré ocasión de ponérmelo más; mi..., mi...

—Pechuga.

—Mi pecho estará adecuadamente tapado en el futuro.

Por lo que a ella se refería, el asunto estaba zanjado.

Pero para Connor no. La agarró por la barbilla y la obligó a mirarlo.

En sus facciones se marcaba su firme severidad.

—Asegúrate de que sea así, Maggie, o si no, acepta el hecho de que, antes de divorciarnos, compartiremos cama. —Sus ojos la quemaron con su frialdad—. Y si vuelves a quedarte embarazada, me aseguraré de que esta vez haya un niño.

* * *



Capítulo 8

De una sacudida, Maggie se liberó del agarrón de Connor y se puso de pie. A continuación su mano se balanceó hacia atrás, describió un amplio arco y luego avanzó hacia adelante a toda velocidad.

Justo antes de establecer contacto con su cara, Connor la agarró por la muñeca y la apretó dolorosamente hasta que ella aflojó los dedos. Entonces el tenedor cayó con estrépito en su plato.

Aquel sonido la hizo reaccionar. Se quedó mirando fijamente el tenedor allí, sobre la frágil porcelana; de nuevo era un tenedor, no un arma que tal vez hubiera dejado una cicatriz indeleble en Connor, o que lo hubiera cegado... Y se echó a temblar de miedo.

Él temblaba de ira.

Con un ahogado hilo de voz, ella dijo: «Perdona.»

Él no la miró a los ojos.

—Yo no...

Pero se detuvo, porque él ya no estaba a su lado. Al cerrarse, la puerta trasera del vagón dio un portazo tan fuerte que sintió la vibración en todo su cuerpo.

Se sentó despacio. El aroma de la cena se filtraba por las tapaderas plateadas. Lo que antes era apetitoso ahora sólo resultaba nauseabundo,

y, olvidando los convencionalismos y la elegante línea de su vestido, Maggie se acurrucó en su silla con las rodillas apretadas al pecho, intentando sofocar los síntomas de sus náuseas. Estuvo sentada así largo rato, con la mente casi en blanco y la mirada clavada enfrente, completamente ajena a cuanto la rodeaba.

Su postura forzada la dejó entumecida. Cuando al fin se movió, fue cojeando y estirándose de vuelta hasta el vagón-dormitorio. Al encontrarlo vacío, soltó de golpe el aliento que no sabía que estaba reteniendo. No se planteó adonde habría ido Connor a descargar su tremenda cólera; sencillamente, dio gracias por estar sola.

Encendió una de las lámparas de queroseno y bajó los estores de todas las ventanillas. Su mirada se fijó en la pancarta de «Recién casados» y la arrancó de un tirón; hizo una pelota con ella y después la lanzó bajo la mesa de escritorio. Estaba a medio desvestir cuando oyó a los camareros que volvían. Por sus carcajadas y sus risitas en el otro vagón, supo lo que deducían al ver la comida intacta. La triste mirada de Maggie se posó en su cama vacía; no podían estar más equivocados.

Después de desvestirse y de ponerse el camisón y la bata, hizo la cama y buscó ropa blanca para Connor. La llevó al vagón-comedor y la dejó sobre uno de los sofás. Tras un instante de titubeo, extendió las sábanas y las mantas y buscó unos cojines para su esposo. Luego probó la comodidad del sofá: se tumbó y dio vueltas a uno y otro lado para medir su longitud y su anchura. Sólo tardó unos minutos en darse cuenta de que Connor estaría incomodísimo ahí.

Pensó en la cama y también en las cosas que Connor le había dicho. Era completamente imposible compartirla; como mucho, se trataría de cederla... Y, al cabo, no tuvo que tomar ninguna decisión, pues se quedó dormida pensando en ello.

Connor regresó a la estación cuando faltaban unos minutos para la medianoche, y sólo segundos para el momento en que el tren número 454 debía partir. Apenas embarcado, el tren empezó a arrancar. Se quedó un instante en la plataforma, pensando si debía retirarse al sofá o entrar en el vagón-dormitorio y arriesgarse a discutir otra vez con Maggie. La suave luz que salía por debajo de los estores bajados le dio a entender que Maggie estaba esperándolo. Se preguntó si se habría preocupado por si perdía el tren..., o si habría rezado para que así fuera.

Miró fijamente la puerta del vagón-dormitorio durante un buen rato. Se planteó que, si elegía el sofá, tendría que dormir con la ropa puesta, no podría lavarse y tampoco estirarse en toda la noche; por otro lado, si elegía el suelo, le resultaría imposible relajarse... Luego pensó en los ojos de Maggie, en su mirada angustiada y dolorida, en el daño de la traición... Giró a la izquierda en la plataforma y entró en el vagón-comedor.

El vagón estaba oscuro, y Connor no se tomó la molestia de encender una lámpara. El aroma de la comida que habían dejado seguía impregnando el aire, pero un rápido barrido con la mano a la mesa lo informó de que lo habían retirado todo. El estómago le rugía, y se le hizo la boca agua, pero no había manera de satisfacerlo. Entonces se sentó en

uno de los sofás y empezó a quitarse los zapatos. Su amplia sonrisa correspondía a una burla de sí mismo: ya iba acostumbrándose a que sus necesidades quedaran insatisfechas.

Sus zapatos cayeron al suelo con un leve ruido sordo. Se quitó los calcetines y luego se puso de pie para quitarse la chaqueta y el chaleco. Lanzó ambas prendas en dirección a un sillón de orejas; una acertó, la otra falló. Después tiró de los faldones de su camisa y se la sacó de los pantalones. Desabrochó unos cuantos botones y se remangó los puños. Una búsqueda de cojines nada metódica no dio resultado, y tampoco encontró mantas ni sábanas; en realidad no esperaba que Maggie hubiera pensado en su comodidad. A continuación se tumbó en el sofá, preguntándose si el otro sería quizá más conveniente..., y se quedó dormido mientras pensaba que debería haberlo probado.

La luz del sol se colaba por debajo de los estores. Maggie sentía que le empujaba los párpados, que intentaba filtrarse bajo sus pestañas... Entonces cambió de postura y se tapó los ojos con el antebrazo. El movimiento de balanceo del tren era reconfortante, y el traqueteo regular de las ruedas en la vía resultaba tranquilizador. Maggie bostezó, se estiró... Al fin retiró el antebrazo de sus ojos y empezó a levantarse.

Connor se volvió de lado. Tenía el hombro apoyado de forma incómoda en el brazo curvo del sofá, y el cuello se le doblaba en un ángulo forzado. Una pantorrilla colgaba por el lado del asiento; el otro

pie colgaba por el otro extremo. Se estiró, volvió a dar media vuelta..., y esta vez aterrizó de cara sobre la alfombra oriental.

Maggie se enderezó como un rayo al oír el gruñido. En seguida se levantó del sofá y se arrodilló en el suelo, al lado de Connor, al tiempo que le colocaba una mano en la espalda.

Alarmada al ver que no se movía, preguntó:

—¿Estás bien? ¿Necesitas que haga algo?

Él no se levantó para mirarla, sino que se limitó a menear la cabeza despacio.

Maggie le tocó la nuca con la punta de los dedos; sobre la pálida piel, su cabello parecía casi negro. Temiendo su rechazo, buscó heridas en el cuero cabelludo hundiendo los dedos en el pelo con timidez.

Mientras tanto, Connor se mantuvo muy quieto. Su tacto era apenas un roce, y sin embargo lo notaba por todo el cuerpo, hasta los talones. Resistió cuanto pudo, pero luego se volvió boca arriba y la miró. Durante un momento la mano de ella se quedó suspendida en el aire, justo sobre su mejilla, antes de que empezara a retirarla. Connor la tomó por la muñeca y la atrajo otra vez.

Cuando los dedos de él se cerraron sobre su delicada muñeca, Maggie se estremeció. Entonces él la soltó en seguida, y vio que se agarraba la mano en un gesto protector y se la acercaba al cuerpo. Sin embargo, no la había tocado de forma brusca, tan sólo firme... Se incorporó y le preguntó:

—¿Te he hecho daño? Déjame ver.

Ella negó con la cabeza y dijo: «No, está bien.» Connor entornó los ojos; aunque un momento antes parecían soñolientos, ahora estaban muy atentos.

—Lo cierto es que no soportas que te toque, ¿verdad?

Sorprendida por su escueta acusación, Maggie entreabrió un poco la boca. En su mente se agolparon toda clase de argumentos para defenderse, pero no logró articular ninguno. En lugar de hablar, tendió la muñeca y dejó que la mirara: no se merecía que lo protegieran de las consecuencias de sus actos.

La mirada de Connor fue de la pálida cara de Maggie hasta su brazo extendido. La piel estaba manchada con unas desagradables magulladuras azules, y dedujo la posición de sus dedos por aquellas sombras oscuras. Sabía que esas marcas no se las había hecho hacía un instante, sino horas atrás, cuando ella le levantó la mano.

Maggie apartó el brazo de su línea de visión y se puso de pie. No iba a haber disculpas, porque carecerían de sentido. Habrían vuelto a herirse de nuevo, tal vez no físicamente, sino de otras formas más hondas, más profundas, que habrían hecho brotar la sangre.

Él se pasó una mano por el pelo.

—¿Has dormido aquí toda la noche? —preguntó.

Ella asintió.

—Te dejé la cama.

No añadió que había sido sin intención.

Connor se apoyó en el sofá. Se frotó la parte de atrás del rígido

cuello y cerró los ojos unos segundos.

—En adelante no será necesario.

Ella no discutió. «Muy bien», dijo con voz fría, casi remilgada. Parecía que no podía evitarlo.

—Estaba pensando que tal vez espere otro tren en Pittsburgh.

—No hace falta.

—Probablemente llegaría a Denver sólo unos días más tarde. Podrías esperar en casa de tu hermana hasta que yo llegara.

Maggie se ciñó el cinturón de la bata y, sin cambiar el tono de voz, repuso:

—Tendría que esperar en un hotel. No iré a casa de Michael sin ti.

Él se quedó callado un momento.

—Así que nadie de tu familia va a saber lo del divorcio hasta después.

—Exacto.

—¿Estás segura de que deseas que sea así?

La frialdad volvió a reflejarse en su voz.

—Muy segura.

—Entonces me quedo —dijo él al cabo de un instante.

Sin agradecerle su decisión, Maggie se limitó a dar media vuelta para marcharse. Estaba a punto de salir cuando oyó que él le decía:

—Pero habrá normas.

Connor se levantó del suelo y abrió algunos estores, que subieron con un rápido repiqueteo. El sol quemaba la niebla mientras el tren

número 454 realizaba el último y lento descenso desde las montañas Allegheny, en el centro de Pensilvania. Miró por encima del hombro y vio que Maggie seguía en la puerta, con la mano en el picaporte. Estaba esperando a que expusiera sus ideas sobre las normas.

En lugar de hacerlo, Connor le ofreció fruta de la cesta de bienvenida.

—Ojalá hubiera encontrado esto anoche —dijo, tendiéndole una naranja.

Ella no se movió; entonces él se encogió de hombros y empezó a pelarla. Apartó con un pie descalzo una silla de la mesa y se sentó.

—Estaba muerto de hambre.

Maggie apartó la mano del picaporte, pero no se movió. Prefirió jugar con el extremo de su trenza.

—En este sillón de aquí hay una cesta de merienda. —Estaba tapado en parte con la chaqueta de él, y le sorprendió que no la encontrara la noche anterior—. Creo que era para nuestro almuerzo de ayer.

—Ya lo veré después. Ahora es suficiente con esto.

Al abrir la naranja, unas gotitas de zumo le salpicaron los nudillos; se los lamió.

Maggie, que lo miraba, notó que algo se agitaba en su interior. La visión de la naranja tendría que haberle hecho la boca agua, pero en cambio, se la secó.

—¿Qué clase de normas? —preguntó con voz ronca.

—Que pasemos el menor tiempo posible juntos —dijo él—. Que no

te pongas elegantes vestidos de baile. Que no te quedes de pie jugando con tu pelo, con ojos soñolientos y aspecto deseable y hermoso. Que no me toques ni dejes que te...

Se interrumpió, porque Maggie ya había huido del vagón. No oyó todo lo que él le dijo, pero pensó que habría entendido el mensaje. Entonces se miró las manos; estaban temblando.

Durante el resto del viaje Maggie rara vez salió de su vagón. Se había convertido en suyo porque aprovechó una de las ausencias de Connor para trasladar todas las pertenencias de él al vagón delantero; salvo por las sábanas bordadas, se las había arreglado para borrarle todo de su marido. Cuando el tren se detenía en ruta tomaban juntos las comidas, pero Connor no volvió a hacer más intentos de que les sirvieran la cena en privado; de ese modo compartieron comida en hoteles de Columbus, Indianápolis, San Luis y Kansas City. Los mozos del tren les llevaban cestas con el desayuno y el almuerzo, pero tan pronto como se iban, Maggie se retiraba a su vagón con su ración, y Connor se quedaba solo en el vagón-comedor.

Mientras el tren 454 recorría implacable las vías en dirección a Denver, Maggie luchaba contra la soledad. Por lo general en su familia ella era quien más apreciaba la soledad; a menudo permanecía a solas, pero nunca sola. Siempre tenía un lugar adonde acudir; alguien que la esperaba deseoso, incluso feliz, de contar con ella para realizar cualquier

actividad. Pero Connor le había dejado claro que no quería tener nada que ver con ella; que, por lo que a él respectaba, era una paria... Y por primera vez en su vida, aislada de su familia, Maggie se encontró físicamente enferma debido al dolor de la separación.

No dejó traslucir que le dolía estar tan sola. La única persona a quien se lo habría contado era justo la que no tenía ningún interés en oírlo. Sabía que Connor iba con frecuencia a los vagones delanteros; en segunda clase jugaba al póquer con otros viajeros, en primera buscaba compañeros de conversación..., e incluso jugaba con algunos de los pobres niños que viajaban confinados con sus padres inmigrantes en los atestados vagones de tercera. Lo sabía porque él lo mencionó de pasada algunas veces, pero aunque deseaba saber más, no le hizo preguntas.

De vez en cuando lloraba sin que hubiera un motivo demasiado claro. Al principio le echó la culpa a Connor, pero después le pareció injusto hacerlo, de modo que al final aceptó aquella carga, asumiéndola como una nueva consecuencia de su decisión, lamentablemente tomada.

Cuando Connor estaba presente, Maggie prestaba atención a lo que se ponía. Elegía vestidos de día recatados y sencillos, aunque fuera para ir con él por la noche. Usaba colores grises y castaños, a veces con un pequeño estampado, y con puños y cuellos en tejidos que contrastaban. Le traía sin cuidado el decreto sobre su guardarropa, porque vestía justo las prendas con que se encontraba más cómoda, las que le habían parecido adecuadas para su trabajo con Dancer Tubbs. También se peinaba el tupido cabello en una sola trenza, a veces recogida en un

moño bajo, más a menudo suelta a la espalda. Pero había días, cuando sabía que no iba a ver a Connor, en que ni siquiera se tomaba el trabajo de vestirse; de hecho, ni se levantaba de la cama.

La autocompasión era algo nuevo para Mary Margaret. A veces la asustaba pensar que iba a pasar toda la vida así... Y otras veces le daba igual.

Se encontraban a menos de veinticuatro horas de Denver cuando Connor hizo una visita inesperada al vagón de Maggie que, hecha un ovillo en la gran butaca de cuero detrás del escritorio de su padre, leía un libro. Era aún por la tarde, demasiado pronto para cenar, pero, automáticamente, ella miró la mano de Connor para ver si le llevaba algo. No imaginaba qué otro motivo tendría para visitarla.

Él vio que sus ojos se dirigían rápidos hasta sus manos, y supo lo que esperaba.

—¿Importa acaso? —dijo—. De todos modos, no ibas a comértelo...

A Maggie le pareció que su voz sonaba casi enfadada.

—Si has venido a buscar pelea, ya puedes marcharte —dijo.

Le agradó el tono en que había hablado, con la proporción justa de indiferencia. Entonces volvió a abrir su libro y empezó a leer; no entendía ni una palabra, pero la consoló el hecho de que él lo ignorara.

Connor se sentó en el brazo de uno de los sillones orejeros.

—Mañana estaremos en Denver —dijo—. Le he dicho al revisor que

telegráfíe a tu hermana en la próxima parada para que sepa cuándo esperarnos. La cuestión es, ¿qué vamos a hacer contigo?

A pesar de su deseo de hacer caso omiso de él, aquello llamó la atención de Maggie, que cerró el libro y lo dejó caer en la mesa. En su gesto hubo la suficiente fuerza como para mandarlo hasta la mitad del brillante tablero.

—¿Qué pasa conmigo?

Connor empezó a preguntarse quién buscaba pelea en realidad, pero se esforzó por mantener un tono neutro de voz. Sin rodeos, dijo:

—Sinceramente, Maggie: tienes un aspecto espantoso.

Ella sabía que era verdad, pero eso no hacía más llevadero el comentario. Deseó poder decir lo mismo de Connor Holiday, pero lo cierto era que, cuanto más se alejaban de Nueva York, más atractivo resultaba. Ya no llevaba chaleco negro y chaquetas hechas a medida; sus camisas no estaban almidonadas, y tampoco usaba botonadura de oro. Había abandonado los pantalones de franela afelpada por los omnipresentes pantalones del oeste: los vaqueros.

En cuanto a las camisas de seda, las sustituían otras de algodón y batista, y el corto chaleco que vestía ahora era de baqueteada piel marrón. El cambio más importante de su aspecto era que, en algún lugar entre San Luis y Kansas City, había empezado a llevar un arma.

Maggie estaba segura de una cosa: si aquél hubiera sido el hombre que ella vio en Nueva York, nunca le habría hecho su proposición. El ambiente cerrado de la ciudad no encajaba nada bien con Connor, pero

ella no lo calibró del todo hasta que no vio cómo se lo quitaba de encima. En la estación de ferrocarril, en respuesta a una pregunta de Jay Mac, lo oyó decir que echaba de menos el espacio y el silencio. Ahora, mirándolo, lo comprendió mejor. Comprendió cómo lo habían contenido los convencionalismos, y lo agobiado que se había sentido con las opciones que le impusieron el padre de ella y el suyo propio.

Pensó en el espacio y el silencio que él deseaba, y, de nuevo y más que nunca, se convenció de que el divorcio era la mejor forma de devolverle aquellas dos cosas.

Llevaba tanto rato callada que Connor se preguntó si lo había oído.

—¿Maggie? ¿Tengo que repetirlo?

Ella suspiró antes de responder.

—No. Te he oído. Tengo un aspecto espantoso.

Hizo girar el sillón y le dedicó una escueta mirada.

—¿Vas a dispararme?

Él elevó una comisura de la boca mientras decía, irónico:

—Es en Kansas donde disparan a las feas. Ahora estamos en Colorado: nosotros las ahorcamos.

Maggie se quedó mirándolo fijamente un instante. Luego, al entender sus palabras, parpadeó y por fin rompió a reír.

Connor no se esperaba su risa, que lo invadió como una refrescante cascada de agua de montaña. Su risa parecía tener cuerpo: le tocó la cara, el cuello y el dorso de las manos, y le provocó un ligero cosquilleo por toda la espina dorsal. Durante el breve lapso que duró, Connor tuvo que

reconsiderar su opinión. Allí, con sus brillantes ojos verdes, su amplia sonrisa descubriendo los dientes y la oleada de color que teñía sus mejillas, Maggie estaba sencillamente preciosa.

La risa se desvaneció cuando ella sintió la mirada crítica de Connor. Incómoda, se puso las manos en el regazo.

—Según parece, estás preocupado por si mi hermana sospecha que existe una desavenencia entre nosotros.

—Yo creía que ésa era tu preocupación —dijo él—. A mí me preocupa más el que piense que te pego.

Entonces se levantó del brazo del sillón y se acercó a Maggie. Esta intentó apartarle la mano cuando él trató de cogerle la barbilla, pero él insistió, y al fin dejó que le tomara la mandíbula y le alzara la cara para examinarla con sus fríos y distantes ojos oscuros.

—¿Cuánto peso has perdido? —preguntó.

Maggie no estaba segura de haber perdido peso. En los últimos tiempos había estado tan inactiva que creía que, sencillamente, se habría repartido de otro modo.

—No tengo ni idea.

—Por lo menos cinco kilos —dijo él—, cuando no puedes permitirte perder ni medio... No vas a tener fuerzas para hacer el viaje desde Queen's Point hasta la casa de Dancer.

La hizo levantarse y acompañarlo hasta el espejo que había sobre el lavabo. Entonces se colocó a su lado y le dijo:

—Mírate. Tienes las mejillas chupadas, y parece que tienes los ojos

morados.

Luego tiró de su vestido color gris marengo a la altura de los hombros para demostrarle lo amplia que le quedaba la prenda.

—¿Qué vas a decirle a tu hermana?

Maggie se encogió de hombros. Como Connor seguía sujetándole el vestido, su gesto le dio la apariencia de una marioneta, y a ella no le gustó nada el efecto. Entonces le dio un manotazo para que la soltara y se apartó hasta poner cierta distancia entre ellos.

—Pensaré en algo que contarle a Michael —dijo.

—Más vale que hagas algo con tu aspecto; si no, tendrás que decirle que tienes la peste.

—Canalla —le espetó ella en voz baja—. Fuiste tú quien me dijo que...

Él alzó la mano.

—Yo no te dije que te escondieras aquí como si fueras un maldito perro de las praderas o una ermitaña. A menos que haya sido un intento de adelantar lo que será tu vida con Dancer Tubbs, no tenías excusa para actuar así. Te dije que no te cruzaras en mi camino, no que te metieras bajo tierra. Ni una vez has ido a la otra parte del tren, a conocer a nadie; los pasajeros creen que eres una de esas brujas de sangre azul del este que se consideran demasiado buenas hasta para los de primera clase. ¿Qué esperabas? ¿Que volviera aquí a intentar darte coba para que salieras de la cama, o para que dejaras tus morritos autocompasivos?

En los verdes ojos de Maggie brilló un destello de angustia.

—¿Pero qué es lo que quieres de mí? —gritó.

En aquel momento algo se quebró dentro de Connor. Acto seguido, franqueó la distancia que los separaba, le rodeó la cintura con las manos y la levantó en vilo, acercándosela al cuerpo. Como la tomó por sorpresa, ella perdió el equilibrio y se apoyó en él. Entonces sintió que sus dedos se le hundían en la cintura y que la sujetaba más contra su pecho y sus muslos. Echó atrás la cabeza de una sacudida, y él se la rodeó con la palma de la mano.

—Lo que quiero es que recuerdes —dijo, sucintamente.

La besó en la boca. Sus labios se movieron sobre los de Maggie, su lengua le tanteó la línea de la boca, empujando para buscar una abertura. Ella emitió un pequeño jadeo, y eso le proporcionó la entrada que buscaba.

Los brazos de Maggie, que colgaban lánguidos a sus costados, subieron despacio, y sus manos tocaron los hombros de Connor; primero levemente, sin empujarlo ni acercarlo. Luego, poco a poco, se curvaron en torno a su espalda. Sus dedos se cerraron sobre la suave piel de su chaleco y lo agarraron. La boca era cálida y firme, y el movimiento de su lengua hacía que le golpeara el corazón. Sus senos se hincharon, pegados al pecho de él. Se frotó con él, y una oleada de calor emergió entre sus muslos.

La boca de Connor, insistente, sedienta, se movía con avidez. Él sintió que el cuerpo de ella se agitaba y respondía, y que después, sin disimulo, se ajustaba a su propio deseo. Entonces retrocedió hasta la

mesa de escritorio, se apoyó en ella y encajó a Maggie íntimamente entre sus muslos abiertos. Ella se acopló como él recordaba, con los brazos rodeándole el cuello, con los pechos volcados contra su pecho, con los muslos sujetándole los muslos.

Connor le tomó las nalgas con las manos y la empujó más cerca, hasta casi empotrarla contra la bragueta de sus vaqueros, soltando un gruñido que ella absorbió en su boca. Luego le tiró de un brazo, le buscó la mano y la dobló en la suya. Primero la bajó por el lateral de su pecho, después se la posó en la cadera y por último la movió hasta meterla entre sus cuerpos, sobre sus hinchados genitales. La mantuvo allí, dejando que ella sintiera su ansia, mientras giraba y empezaba a poner a Maggie sobre la mesa.

En ese momento ella apartó la boca y lo empujó con fuerza en el pecho. Connor retrocedió al instante, esforzándose por controlar su cuerpo; respiraba con esfuerzo y le clavaba una salvaje mirada llena de dureza. Ella se desplomó hacia adelante, con la cabeza entre las manos, y miró fijamente al suelo. El afiligranado dibujo de la alfombra oriental parecía moverse y desdibujarse ante sus ojos.

No fue el miedo al embarazo lo que la hizo entrar en razón, sino la repentina idea de que estaba dejando que Connor Holiday la tomara sobre el sólido escritorio de su padre. Le parecía vergonzoso que estuviera dispuesta a permitírselo, y fue la vergüenza lo que le dio energía para apartarlo de un empujón.

Maggie se miró y vio que Connor le había desabrochado casi todos

los botones del corpiño, de modo que sus pechos subían y bajaban al ritmo irregular de su respiración. Entonces se abrochó los botones con dedos temblorosos.

Connor la miró: tenía las mejillas ruborizadas y la boca hinchada. Ella se negó a mirarlo. No creía que recordara lo ocurrido en su primer encuentro, pero ahora ya no albergaba ninguna duda de lo que deseaba de ella... Y, con voz áspera por la frustración del rechazo, murmuró:

—No volverá a ocurrir. Esta vez tampoco debería haber ocurrido.

Entonces salió rápidamente del vagón y fue a buscar al representante de whisky.

Maggie se apoyó en el borde del escritorio y se echó a llorar.

Connor estaba sentado con Maggie en un banco a la puerta de la estación de Denver; a ambos lados se apilaban unas cuantas maletas. De vez en cuando la miraba, pero sin apreciar ningún efecto especial de su intento, impulsivo e inoportuno, de hacerle el amor. Ella había seguido su consejo en lo tocante a su actitud y estado de ánimo, y se las había arreglado para tener un aspecto más animado y más contentó. En cuanto a la pérdida de peso, no había nada que hacer; aunque, al meditarlo más tarde, Connor llegó a la conclusión de que tal vez hubiera juzgado mal la situación. Y es que, entre sus brazos Maggie le había parecido sorprendentemente redondeada; en realidad, sus pechos eran más grandes de lo que recordaba, y su trasero más rotundo. A pesar de todo,

sus mejillas seguían demacradas, y le había vislumbrado la marcada línea de la clavícula por la abertura del cuello del vestido. Tampoco habían desaparecido las sombras que tenía bajo los ojos, pero al menos su cabello estaba reluciente y su leve sonrisa parecía menos nerviosa.

Maggie miró a lo largo del andén y comentó:

—Michael no suele retrasarse...

Hacía una hora que el tren 454 había salido de la estación; antes habían desenganchado los dos vagones privados, que ahora se encontraban parados en unas vías auxiliares de la cochera.

—A lo mejor no ha recibido mi telegrama —dijo Connor.

Maggie se apoyó en el banco e intentó relajarse.

—¿Has venido a Denver a menudo? —preguntó.

—A menudo, no.

—¿Qué te parece?

—No gran cosa.

Ella lo miró de reojo.

—¿Intentas irritarme a propósito?

Él se dio cuenta entonces de lo lacónicas que habían sido sus respuestas y dejó ver una amplia sonrisa. «A propósito, no»... Maggie también sonrió. La sonrisa les había transformado la expresión de sus caras. Mary Michael, que llegaba en compañía de su hijita, los vio en aquel momento y no le sorprendió que no se fijaran en ella. Eso la tranquilizó. Hasta entonces casi todo lo referente a la boda de Maggie la había preocupado.

—Madison —dijo a su hija—, estamos interrumpiendo un momento de intimidad.

Maggie y Connor dejaron de mirarse al mismo tiempo. Maggie volvió la cara hacia Michael con expresión casi culpable; Connor parecía simplemente distante.

Maggie no tardó en recuperarse; de un salto, se levantó del banco y abrazó a su hermana con efusividad. Las dos se achucharon con fuerza, con la pequeña Madison metida entre las faldas.

—¡Ay, Michael, qué alegría verte!

Aquel sentimiento no podía ser más sincero. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, y no tuvo que mirar a Michael para saber que a ella le ocurría lo mismo. Fue sólo el tirón de sus faldas lo que las separó.

—Alguien quiere que le hagan caso —dijo Michael riendo.

Se apartó las lágrimas con un rápido gesto de la mano y cogió a su hija en brazos.

—¿Quieres ir con tu tía Maggie?

La jovencita de cabellos llameantes no mostró la menor timidez; de hecho, forcejeó para salir de los brazos de su madre y meterse en los de su tía.

—Traidora... —susurró Michael.

Entonces soltó a Madison en los impacientes brazos extendidos de Maggie y miró a Connor.

—¿Tú también quieres que te hagan caso? —preguntó.

Le dirigió una sonrisa alegre y simpática; sus oscuros ojos verdes

irradiaban cordialidad, y parte de la natural cautela de Connor se esfumó.

—Pues creo que me gustaría —afirmó.

Por encima de la vistosa cabeza de Madison, Maggie observó la relajada reacción de su marido hacia Michael; sintió una punzada de tristeza por no poder sonsacarle una sonrisa con tanta facilidad, y luego otra por no haberlo intentado nunca. Apartó la mirada y dedicó toda su atención a Madison.

Mary Michael era varios centímetros más alta que Maggie, de modo que no tuvo que empinarse tanto para depositar un beso en la mejilla de Connor. Con honda emoción, dijo: «Bienvenido»; pero en seguida, con su característica franqueza, prosiguió:

—Sinceramente, no sé qué pensar de esta boda, pero ya tendré tiempo de averiguarlo en estos días.

—De modo que supongo que sólo se me acepta para revisarme —comentó Connor con guasa.

La risa de Michael sonó alegre.

—Algo así. —Miró a Maggie—. Vaya, no lo mires con el ceño fruncido.

Su atención no tardó en volver a centrarse en Connor.

—Ocultas bien tu sorpresa, pero sé que ya conoces a Rennie y que nadie ha tenido la idea de hablarte de mí.

Connor no tuvo dificultad en entender lo que quería decir.

—Tienes razón —dijo—. A nadie se le ha ocurrido decirme que eras

gemela de la señora Sullivan.

—En realidad, ella lo es mía —dijo Michael mientras dos hoyuelos brotaban de su sonrisa—, pero no hay forma de que lo reconozca.

Maggie vio que Connor observaba a Michael durante un instante. Sabía que estaba estableciendo una comparación con Rennie, que buscaba diferencias entre las gemelas, pero también sabía dónde terminaría al fin su comparación. Como ocurría siempre que ella misma se comparaba con Rennie y Michael, la encontraría una réplica pálida y sin interés de sus hermanas mayores. Ellas tenían un oscuro cabello cobrizo, con rizos agrestes, mientras el suyo era rojo, sin más. El profundo esmeralda de los ojos de ellas era varios tonos más oscuro que el de los suyos, que sólo eran de vidrio verde. Las tres tenían una boca parecida y también compartían el gesto serio que aplanaba su carnoso perfil cuando estaban sumidas en sus pensamientos; pero tanto a Rennie como a Michael les salían hoyuelos al sonreír, y ella sabía que su boca no tenía adornos.

Maggie sintió que se ruborizaba cuando Connor acabó de examinar a Michael y se volvió a mirarla un momento. Enfadada consigo misma porque le importase su opinión, le devolvió una mirada desafiante; los ojos de él reaccionaron entornándose..., y entonces ella se vio usando a Madison como distracción y escudo.

De nuevo, la atención de Connor se centró en Michael.

—El parecido es sorprendente, pero no la he confundido con su hermana.

Michael estaba habituada a oír hablar del parecido que había entre ella y Rennie.

—A Rennie y a mí nos divierte mucho nuestra semejanza —dijo—, pero siempre nos halaga que nos digan lo distintas que somos. A nuestros maridos no logramos engañarlos ni un segundo.

Maggie dejó en el andén a su inquieta sobrina.

—No puedo creer que lo hayáis intentado.

—Una sola vez —dijo Michael—. Fue un plan mal ideado desde el principio.

—Entonces fue idea de Rennie —repuso Maggie muy convencida.

—Claro. —Michael se encogió de hombros—. Yo ya debería haber aprendido, pero le seguí el juego.

A Madison no le interesaba demasiado aquella conversación de los adultos, que flotaba por encima de su cabeza. Ella estaba presente cuando su madre y la tía Rennie decidieron hacerse pasar cada una por la otra, y vio cómo su padre y el tío Jarret fingían que los habían engañado. Pero, en realidad, no le gustó cuando tío Jarret besó a su madre de un modo en que sólo lo hacía su padre... Y a la tía Rennie tampoco le gustó mucho. Después hubo un poco de discusión, y luego unas risas, y al final unas reprimendas... Fue muy difícil de entender, y la verdad, no demasiado divertido.

Connor también escuchó el relato de Michael sólo en parte. Se había agachado en el andén y esperaba con paciencia el tímido acercamiento de la pequeña Madison. En respuesta a su sonrisa de ánimo, la niña, de

dos años, sonrió con coquetería. Tenía los ojos sombreados por largas pestañas mucho más oscuras que el rojo vivo de su cabello, y ladeaba la cabeza mientras lo examinaba y se formaba una opinión.

Entonces Connor dobló el dedo índice, y Madison saltó a sus brazos, derribándolo casi. Riendo, él se puso de pie y la lanzó un poco por el aire. Ella se rió encantada, con el vestido revoloteando y los rizos dando saltos.

Al verlos, Michael meneó la cabeza, divertida, y confesó a Maggie:

—Madison es una coqueta incurable. Me gustaría echarle la culpa a Skye, pero sólo la ha visto unas cuantas veces... Aunque, pensándolo bien, a lo mejor eso ha sido suficiente para enseñarla... —Se detuvo al ver el aspecto afligido de Maggie—. ¿Qué pasa?

Maggie apenas oyó a su hermana, porque Connor y Madison ocupaban toda su atención. «Así es cómo trataría a nuestro hijo...» Lo vio lanzarla al aire otra vez, con un placer tan auténtico que por un instante se sintió desgarrada de tristeza. «Nunca me permitió pensar que tal vez quisiera a nuestro hijo...» Y después, mientras él daba volteretas a Madison y le hacía cosquillas, se dijo: «En realidad, no se lo pregunté.»

Michael la tomó por la muñeca y le dio una pequeña sacudida.

—Maggie, ¿qué ocurre?

La preocupación de Michael llamó la atención de Connor, que, con Madison apoyada en el brazo, avanzó unos pasos hacia ellas. Su esposa se había puesto pálida, y, de pronto, las sombras de debajo de sus ojos parecían más pronunciadas. Lo miraba como si no lo hubiera visto

nunca, y no se sintió precisamente halagado por la expresión acusadora, casi horrorizada, de aquellos ojos. Por un momento se preguntó si se habría acordado de pronto de todo lo referente a su primer encuentro... «¿Maggie?» Pronunció su nombre con voz suave, pero su mirada era severa y encerraba una advertencia.

Maggie se las arregló para hacer que el sollozo que se esforzaba por ahogar sonara como una risa atorada en la garganta. El riguroso examen a que la sometían los oscuros ojos de Connor la hizo salir de su ensueño. Sacudió la cabeza para despejársela y sonrió como si se burlase de sí misma mientras pensaba rápido, tratando de dar con una excusa para su extraño comportamiento.

—Perdón —se disculpó—. Creí que ibas a dejarla caer. Me quedé helada.

Vio que Connor no la creía ni por un instante, pero que aceptaba la excusa sin más. Se sintió aliviada cuando Michael la agarró.

—Entonces más vale que no veas cómo Ethan juega con ella —dijo, besando la suave mejilla de Madison—. Te aseguro que el corazón se me pega a la garganta cuando la lanza hacia arriba. Y ella riéndose sin parar...

Abrazó a su hija.

—¿Verdad, Maddie? No paras de reírte, y de reírte...

Amablemente, Madison soltó unas risillas.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó Connor.

Dio una cariñosa palmadita en la barbilla a Madison, que le apartó

la mano mientras sus ojos le rogaban que lo hiciera otra vez.

—Maggie creía que quizá vendría contigo.

—Ethan ha ido a Stillwater a declarar en un juicio por asesinato; espero que vuelva antes de que tengáis que ir os a vuestro rancho. — Señaló las maletas—. No me parece mucho... Porque os quedaréis más de un par de noches, ¿verdad?

Maggie intervino rápidamente.

—Estamos deseando llegar al «H Doble», Michael. Connor lleva fuera mucho tiempo, y yo estoy ansiosa por ver mi nuevo hogar.

Connor vio que los ojos de Michael se entornaban un poco, y que ahora observaba a su hermana con más interés. En el tono de voz de Maggie había oído más desesperación que entusiasmo, y le pareció que Michael era lo bastante perspicaz como para percibirlo también. Entonces, enlazando la cintura de Maggie con el brazo, dijo:

—Agradecemos la invitación, pero Maggie está en lo cierto: estoy deseando llegar al «H Doble». Intentaré traerla otra vez aquí al menos una vez antes de que empiece el invierno.

Michael amenazó amistosamente a Maggie con el dedo.

—Pues eso ocurre en octubre —le advirtió—. El invierno llega pronto en las Rocosas.

Imitando el gesto, Madison señaló a Connor y repitió en un tonillo agudo y cantarín:

—El invierno llega pronto...

—Coqueta... —dijo él, sonriéndole encantado.

Michael suspiró.

—Debe de ser culpa de Skye —volvió a decir a Maggie—. Porque de verdad que, lo que es a mí, nunca me han acusado de serlo.

Volvió a alzar a la niña en brazos y miró las maletas.

—No estamos muy lejos de casa, pero más vale que no las carguéis. Contrataremos a un mozo para que las lleve.

—En el vagón tengo algunos baúles que quiero que me guardes —dijo Maggie—. No quiero acarrear todas mis pertenencias al «H Doble».

Michael lo entendió al instante.

—No tienes que darme explicaciones —dijo—: mamá y Skye te han preparado el equipaje... Todavía tengo parte de las cosas de Rennie en el desván, porque ella y Jarret no paran de moverse con lo del ferrocarril. Pondré tus baúles allí hasta que decidas llevártelos.

Dejó a la pequeña en el suelo y, tras tomarla de la mano, empezó a abrir la marcha; entonces se detuvo y lanzó a Connor una coqueta mirada, muy parecida a la de su hija.

—¿Te ha amenazado Mary Francis con romperte las rodillas? —preguntó.

—Ya se han encargado de todo eso —respondió Connor muy serio.

—Ah, bueno... Entonces sí que eres de la familia.

Tiró de la mano de Madison y echó a andar.

Detrás de ellas, Maggie y Connor intercambiaron miradas; ninguno de los dos estaba sonriendo.

Denver fascinó a Maggie. Connor y Michael apenas si miraban a su alrededor mientras caminaban, pero Maggie se volvió en todas direcciones, estirando el cuello para ver a un lado y a otro de las calles transversales y para mirar dentro de cada tienda y cada bazar que había en la calle principal. Había imaginado que aquella ciudad sería más violenta que Nueva York, pero sólo la encontró algo menos sofisticada. Los edificios no eran tan altos, y las fachadas de las tiendas no eran tan grandes, pero disponía de diversos servicios y centros de recreo, entre ellos, un Teatro de la Opera. Por las cartas de Michael sabía que no había tiroteos en el centro de la calle Mayor a diario, ni siquiera una vez al mes, aunque, secretamente, reconoció que había esperado algo así... Pero ningún forajido salió corriendo del banco cuando pasaron por allí, y ningún borracho salió dando tumbos de la taberna Lucky Seven. Los hombres pasaban andando a grandes zancadas y se llevaban la mano al sombrero, o inclinaban la cabeza y sonreían en un enérgico y amable saludo. Muchos de ellos no llevaban armas, y quienes las llevaban no parecían demasiado ansiosos por utilizarlas. Las mujeres y los niños tampoco parecían acosados por el temor, como si esperasen un ataque de los indios o una estampida de ganado. Hacía un día tibio y soleado, y todos parecían disfrutarlo.

Maggie se sintió un poco decepcionada.

La casa de Michael estaba a dos manzanas de la oficina de su marido. Cuando soltó la mano de Madison, ésta corrió por delante de la

blanca verja que rodeaba el jardín hasta llegar a la entrada, y allí se quedó en la puerta, columpiándose en la cancela; justo lo que le tenían prohibido hacer. Pensó que tener invitados la salvaría de la vergüenza de una regañina, pero no fue así: Michael le lanzó una seria mirada de advertencia, y Madison se bajó con un gesto compungido que revelaba más vergüenza de la que sentía... A los adultos les costó trabajo no echarse a reír.

—Toda una actriz —comentó Connor, controlando su sonrisa; en tono inocente añadió—: ¿De quién lo habrá sacado?

—Desde luego por parte de mi familia, no —dijo Michael con juguetona altivez.

Abrió la puerta y metió a Madison rápidamente en el jardín.

—Es como su padre, que una vez fingió ser un forajido.

Michael vio que Connor reaccionaba con auténtica sorpresa e interés, y miró a Maggie, que tenía las finas cejas fruncidas.

—¿No se lo has contado? —preguntó.

—No, no hubo ocasión.

Michael se rió por haberlo supuesto.

—Claro que no... Seguro que en vuestro viaje tuvisteis mejores cosas que hacer que hablar sobre cómo conocí yo a Ethan.

Maggie se ruborizó, pero no fue del todo capaz de mirar a los ojos a su hermana. Connor la salvó dándole un leve achuchón y diciendo en el tono justo:

—Cosas mucho mejores.

Michael volvió a reírse.

—Vamos adentro, ¿eh?

Dio un empujoncito a Madison para que subiera los dos escalones de madera y cruzara el amplio porche exterior. A la izquierda, en el porche había un columpio que se balanceaba suavemente cuando la brisa rozaba la blanca casa de madera. Michael abrió la puerta y los hizo pasar a todos.

En aquella casa nada le recordó a Maggie el palaciego hogar de la esquina de Broadway y la calle Cincuenta..., pero ellas no siempre habían vivido allí. Antes de que Jay Mac trasladara a su amante y a sus hijas a los barrios altos, vivían en una casa agradable y modesta situada cerca de Union Square. Y en su nuevo hogar Michael había conseguido capturar el encanto de la infancia que había compartido con sus hermanas.

Madison agarró la mano de Connor y lo llevó a hacer una visita individual; Maggie se quedó atrás con Michael. Desde el pasillo entró sin prisas en el salón.

—Es preciosa —dijo—. Me recuerda a...

Michael terminó su pensamiento sin que tuviera que decirlo.

—Lo sé... Rennie piensa igual. Y mamá también, cuando vino de visita. No he hecho nada a propósito, pero parece que salió así. Parte del mobiliario es como el que teníamos de niñas, y supongo que son los colores que he usado en las habitaciones lo que produce ese efecto.

—No —dijo Maggie.

Lentamente, sus ojos se pasearon por la repisa de la chimenea, atestada de fotografías en marcos de peltre y dorados. Los muebles eran cómodos y mullidos, con cojines repartidos por el respaldo del sofá y sobre las sillas, y aún había más cojines amontonados de cualquier manera en el suelo. En desorden, encima de una mesita auxiliar y en una pila junto a los cojines, se encontraban varios ejemplares del *Rocky Mountain News*.

Maggie sonrió con gesto cariñoso y repitió:

—No; es algo más que eso. Es una sensación. No es lo que haya en la habitación: es cómo está dispuesto.

Michael torció la boca en un gesto cómico y le lanzó una mirada directa y guasona a su hermana. Con un ademán del brazo abarcó la habitación.

—Te refieres a mis habilidades con las tareas domésticas...

Maggie volvió a mirar a su alrededor.

—Supongo que sí —dijo, sorprendida—. ¿Cómo se las arreglaría mamá con nosotras cinco y sin ninguna señora Cavanaugh?

—Mamá se preguntó lo mismo, pero se puso muy contenta al ver que he mantenido la tradición. Ella lo llama «caos casero», aunque Jay Mac lo llamó «desbarajuste»... Quería que Ethan contratara una gobernanta.

Los ojos de Maggie se abrieron más.

—Ah, pero no se detuvo ahí —dijo Michael, recogiendo periódicos de la mesa auxiliar y dejándolos caer en el montón del suelo—. Jay Mac

prácticamente, ordenó a Ethan que me obligara a abandonar mi puesto en el *Rocky Mountain News*... Y luego me lo ordenó él mismo. También pensó que sería más adecuado que nos construyéramos otra casa en otro barrio de la ciudad, lejos de la oficina de Ethan y del palacio de justicia; decidió que era demasiado peligroso que un *marshal* federal resultara tan accesible. Mamá no conseguía pararlo... Creo que durante veinticuatro horas nadie se habló con él.

—Pobre papá.

Michael se echó a reír.

—Exactamente: todas lo perdonamos, aunque no nos rendimos.

En aquel momento vio la sombra que nubló un segundo la expresión de Maggie; entonces, impulsivamente, la agarró de la mano y tiró de ella hacia la cocina, en la parte de atrás de la casa.

—Venga. Voy a hacerte un poco de té y me lo contarás todo. Por ahora Madison lo tiene bien sometido.

A Maggie se le descompuso la cara. Se quedó más sorprendida que Michael cuando empezó a sollozar.

Michael cogió una silla de la mesa de la cocina y la hizo sentarse. No se apresuró a consolarla; en lugar de eso, buscó un pañuelo para su hermana, se lo metió en la mano y empezó a preparar el té. Cuando acabó, Maggie había recuperado la serenidad. Entonces Michael le puso una taza de té delante y se sentó a la mesa. En el piso de arriba oyó a Connor y a Madison jugando en el cuarto de su hija.

—Está haciéndome un favor al cansarla —le dijo a Maggie—. Me

temía que tantas emociones le impidieran dormir su siesta.

Maggie le dedicó una leve sonrisa.

—Parece que se llevan bien, ¿verdad?

—Algunas personas tienen un don con los niños —señaló Michael—.
—Ethan lo tiene, y yo voy aprendiendo.

Maggie alzó las cejas.

—¿Que tú estás aprendiendo?

—Sí. No me interpretes mal: adoro a Maddie, y siempre la he adorado. Pero Ethan tiene más paciencia con ella, y supongo que a mí me da miedo hacer algo mal. Ethan es más temerario..., o tiene más seguridad en sí mismo, no lo sé; pero cuando está con él, la niña responde como una flor al sol —dijo suspirando—. A veces desearía tener a mamá aquí para que me ayudara, o al menos para que me tranquilizara. Yo no tengo su temple; eres tú quien lo ha heredado.

—¿Yo?

Michael asintió. Sin explicarlo, dijo con firmeza:

—Tú. —Animó a Maggie a beber un poco de té—. Así que cuéntame cómo ha sido lo de esta boda. La última vez que vi a Rennie estaba dándose de tortas por haberle mencionado a Jay Mac algo sobre Connor Holiday y su tierra. Ni se le ocurrió pensar que unas cuantas observaciones irrelevantes sobre aquel hombre fueran a poner en marcha las maquinaciones de Jay Mac. Tiene miedo de que no la perdone.

Maggie alzó su taza de té. Sentir su calor en las frías manos le resultaba agradable..., y asimismo, el hecho de sujetarla impedía que le

temblaran. Despacio, inspiró profundamente y miró a los atentos ojos de su hermana por encima del borde de la taza.

—No hay nada que perdonar —repuso—. Todo ha salido bien. Connor y yo estamos muy enamorados.

Michael miró fijamente a su hermana y, por un momento, se quedó callada.

—Eso creí la primera vez que os vi en la estación. Pero desde entonces lo estoy dudando.

Maggie dio un sorbo a su té.

—Pues es verdad —dijo en voz baja—. Aunque empezamos fatal. Ninguno de los dos quería tener nada que ver con las sugerencias de Jay Mac.

—¿Sugerencias? —se burló Michael—. Eres más considerada de lo que yo sería en tu lugar.

—Eso es porque estoy contenta de estar en mi lugar..., ahora.

—Entonces, ¿a qué venían esas lágrimas hace unos minutos? —le recordó sin rodeos—. Dios mío, Maggie, si todavía tienes los ojos rojos de llorar...

Maggie dejó la taza y, tímidamente, volvió a pasarse el pañuelo por los ojos.

—¿Mejor? —preguntó.

—Un poco. Aunque no podrás ocultárselo a Connor; tendrás que pensar en algo que contarle. Pero estoy por creer que estás acostumbrándote a encubrir tus auténticos sentimientos. No es que te

salga mucho mejor, pero al menos estás practicando.

Maggie se guardó el pañuelo y dijo en voz baja:

—Eso no es justo, Michael. Estoy diciéndote la verdad.

Michael no se quedó convencida.

—¿Por qué llorabas entonces?

—No lo sé —como era casi la verdad, lo dijo en el tono adecuado—.

Supongo que es porque todo me resulta tan nuevo... Estoy un poco asustada.

—¿Acaso te pega?

—¡No!

—Porque si te pega...

—¡No!

La taza de té de Maggie vibró en el platillo cuando, de una sacudida, ella se apartó de la mesa.

—¡Nunca! Él no haría...

—Esta bien —dijo Michael entono tranquilo.

Dio unos golpecitos en la mesa, animando a Maggie a que volviera a sentarse.

—Al menos eso si lo creo.

Hizo una pausa.

—¿Y tus sueños, Maggie? ¿Has abandonado la medicina para ser la esposa de Connor Holiday?

—Todo lo contrario —respondió Maggie—. Me he convertido en la esposa de Connor porque la medicina me ha abandonado. No me

aceptaron en la facultad.

Los expresivos ojos de Michael reflejaron su compasión.

—Ay, lo siento, Mag. No lo sabía.

—No importa. Ha ocurrido todo tan rápido que no hubo tiempo de contártelo todo por carta.

—Pues cuéntamelo ahora —la instó con suavidad.

En el piso de arriba Connor se sentó con Madison hasta que se quedó dormida. La niña se rindió de mala gana, y estuvo bostezando tanto que le resultó difícil no imitarla. Ahora le sonrió con una expresión nada distante, le acarició la vistosa cabecita y le revolvió los rizos con la punta de los dedos. ¿Habría tenido aquellos rizos encendidos su hijo? Despacio, apartó aquella idea de su cabeza y se levantó de la cama. Puso en su sitio algunas de las cosas que habían desordenado jugando y luego salió sin hacer ruido del cuarto de la niña. Asomó la cabeza en la habitación contigua y vio que pertenecía a Ethan y a Michael. Sus objetos personales se encontraban sobre el tocador, y la puerta abierta del armario dejaba ver sus ropas. Siguió por el pasillo. La siguiente puerta daba a una escalera de caracol, estrecha, empinada y peligrosa, que llevaba al desván. La miró y meneó la cabeza. Necesitaría la ayuda de Ethan, o una polea, para subir hasta allí los baúles de Maggie... La última puerta del pasillo correspondía a la habitación de invitados, y entró.

Su primera idea fue preguntarse cómo no había pensado en ello; la

segunda fue la convicción de que, probablemente, Maggie tampoco se lo había planteado.

Diablos, pensó; habían conseguido evitarse mutuamente durante casi tres mil kilómetros, pero las dos noches siguientes no parecían tan prometedoras.

Entonces, desde lo alto de la escalera llamó:

—Maggie. Necesito verte un momento.

Y al recordar dónde estaba, añadió en tono elocuente: «A solas, por favor.»

* * *



Capítulo 9

Maggie retrasó cuanto pudo la hora de acostarse. Era ya de madrugada cuando ella y Michael terminaron de comentar todo lo que se les ocurrió hasta en el mínimo detalle. Madison se había metido en la cama poco después de anochecer, y Connor se había retirado a medianoche. Maggie le prometió que no tardaría en reunirse con él, pero no le resultó difícil atrapar a Michael en la conversación. Al principio fue su afán de evitar el dormitorio lo que la hizo hablar, pero lo que la mantuvo conversando después fueron sus ganas de compartir.

En un momento dado Michael dio un enorme bostezo, sin preocuparse siquiera de taparse la boca. Luego, con gesto teatral, se derrumbó en los cojines que tenía repartidos a su alrededor, al tiempo que preguntaba:

—¿Hay alguien de quien no hayamos hablado todavía? ¿Qué hora es?

Maggie miró el reloj que estaba en la repisa de la chimenea, detrás de su hermana. No había forma de seguir evitando lo inevitable.

—Las tres y veinte minutos.

Lo más probable era que Connor estuviera profundamente dormido. Recordó que él había aceptado con resignación la perspectiva

de esa noche; ella se había sentido frustrada.

—No pretendía tenerte despierta tanto tiempo.

—No sé cuál de las dos tiene la culpa —dijo Michael.

Bostezó a conciencia, se rió de sí misma y por último se puso en pie de un salto, con más energía de la que había mostrado dos minutos antes. Luego tendió una mano a Maggie.

—Arriba, Mag.

Ella se levantó con un movimiento ágil y elegante; con envidia, Michael dijo: «Ojalá me moviera como tú.»

Maggie alzó las oscuras cejas.

—Pero si eres tú quien sabe bailar, no yo... Yo tengo dos pies izquierdos.

—Cuando estás cohibida tienes dos pies izquierdos —le dijo Michael—. Si no, eres como una gacela.

Maggie estaba demasiado cansada para pensar en aquello. Ayudó a Michael a bajar las lámparas y luego subió la escalera detrás de su hermana. Al llegar arriba se dieron un fugaz abrazo. «Buenas noches», dijo Maggie en voz baja; Michael se escabulló en su cuarto. «Buenas noches.» Cerró la puerta.

Ya no había más remedio... Maggie entró en la habitación.

Salvo por la luz de la luna que se colaba por las cortinas de encaje, el dormitorio estaba a oscuras. Al cabo de un instante sus ojos se acostumbraron lo suficiente como para moverse sin tropezar con las cosas. En la cama, vuelto de costado, Connor le daba la espalda. Ella

sabía que estaría allí porque, en realidad, no había otra opción: entre el palanganero, la cómoda alta, el ropero y la mecedora, prácticamente no quedaba suelo. Hasta un gato habría tenido problemas para encontrar espacio donde acurrucarse en la alfombra... Y, desde luego, ni Connor ni Maggie podrían hacerlo.

Aunque estaba profundamente dormido, Connor advirtió la presencia de Maggie en el mismo instante en que entro en el cuarto. Se quedó muy quieto, sintiendo su propia respiración y sus latidos mientras ella se preparaba para meterse en la cama con él. Maggie intentaba por todos los medios no molestarlo; se movía casi con sigilo al recoger su ropa de noche y realizar sus abluciones nocturnas. Él no la veía desvestirse ni lavarse, pero su imaginación completaba los movimientos que se ocultaban a sus ojos. Al cabo de unos minutos empezó a desear verla; se dijo que la realidad no podía ser tan interesante como lo que estaba imaginándose.

Mientras se lavaba en la palangana, Maggie miró varias veces por encima del hombro para asegurarse de que Connor seguía de espaldas a ella. Respiraba flojito, casi en silencio, procurando no hacer ningún ruido que lo despertara sin querer. Después cruzó de puntillas la alfombra hasta llegar a su lado de la cama. Cada vez que el suelo crujía, se detenía y esperaba; estaba a punto de desmayarse de ansiedad, temiendo que él se diera la vuelta, sonriente, y proclamara que llevaba todo el rato despierto... Pero al ver que no era así, con cautela, destapó la ropa de su lado.

Cuando puso una rodilla en el colchón, la cama se hundió bajo su leve peso. Entonces se deslizó bajo las ropas con bastante torpeza y no hizo el menor intento de ponerse cómoda; en lugar de eso se quedó echada, rígida, justo en el borde del colchón, con la sábana y el edredón subidos hasta la barbilla, como si la protegieran. En seguida, y con cierto pesar, se dio cuenta de que, a menos que su absoluto agotamiento surtiera efecto, no había ninguna posibilidad de que fuera a cerrar los ojos.

Al cabo de varios minutos Connor comprendió que Maggie no iba a quedarse dormida. En aquel mismo instante Maggie se dio cuenta de que Connor estaba despierto.

Sin intercambiar ni una palabra, los dos se volvieron a la vez hasta quedar cara a cara y se miraron fijamente.

—No voy a atacarte —dijo Connor en voz baja.

—Lo sé.

—¿Sí?

Lo cierto era que ella no lo sabía... Pero se quedó sorprendida al ver que sus pensamientos cobraban voz.

—Me das miedo —dijo.

En aquel instante deseó poder retirar sus palabras. Ahora estaba todavía más asustada: le había dado algo muy poderoso que podía emplear contra ella.

—¿Sí? —preguntó él—. ¿O es que te da miedo lo que quieres de mí?

—Yo no quiero nada de ti.

Durante un buen rato él se limitó a mirarla. Un pálido baño de luz de luna le acariciaba las facciones: la curva de la mejilla, la línea breve de la nariz, la plenitud de la boca... Al fin dijo:

—Por lo menos, sé sincera en eso. ¿O crees que a mí me gusta esto más que a ti?

Maggie se mordió el labio inferior al ver que Connor se volvía y le daba la espalda, y que luego le propinaba un puñetazo a su almohada, metía un brazo debajo y tiraba del edredón hasta subírselo por los hombros.

Cuando se quedó quieto, ella le dijo en un susurro:

—No entiendo. ¿Qué es lo que no te gusta? ¿Crees que quiero algo de ti? De ti sólo quiero el divorcio.

—Duérmete, Maggie —dijo él en tono cansado—. No voy a tocarte.

Como Maggie sospechaba, fue el puro agotamiento lo que por fin le hizo cerrar los ojos.

Debajo del edredón, las piernas de ella se enredaron en las de él. El bajo del camisón de dormir se le había subido hasta las caderas, y una pierna desnuda se posó en la de él, en un sensual contraste de calidez y textura. Un brazo descansó sobre el pecho de él; el otro se había deslizado debajo de la almohada y ayudaba a levantar ambas cabezas. La palma de la mano de él se curvó sobre su cadera, y con los dedos le apretó la suave piel del trasero. Su aliento se mezcló con el de él, cuyo

movimiento agitó la dulce fragancia de lavanda que le impregnaba el cabello. Los latidos de él se aceleraron, y la sensación pareció concentrarse en los genitales. Después llegó la hinchazón, una ansiosa pesadez que no era ni placer ni dolor, pero que lo hizo desear liberarse.

Él se movió, y ella se frotó contra su cuerpo. Arqueó la espalda y luego la garganta. Suavidad de sus labios en el cuello, humedad de su lengua en el contorno de la mandíbula... Abrió la boca cuando la de él se posó en ella. Los labios de ambos se unieron, saborearon y exploraron, sedientos, chupando.

Los besos de él parecían robarle el aliento, y ella torció la cabeza: le costaba respirar. La mano de él se cerró sobre su seno, y éste se hinchó en el suave hueco de la palma. La boca de ella, golosa; su lengua empujaba, se levantaba contra la de él, ejecutaba una batalla dulcemente urgente. Sus dedos fueron hasta el cabello de él y lo apresaron, mientras sus labios le rozaban la comisura de la boca y después la mandíbula y jugueteaban con el lóbulo de su oreja.

Se apretó más contra él, y sus movimientos se volvieron más insistentes, más agitados, como si tratara de metérsele bajo la piel, de sentir lo que él sentía; como si necesitara saberlo todo, sentirlo todo.

La boca de él caliente en el cuello, húmeda al tocarle el hueco de la garganta... Su lengua cruzó despacio por su clavícula y luego se hundió y describió una espiral en torno a su pecho hasta llegar al pezón, de un rosa oscuro. Sus dientes lo mordisquearon con suavidad, y cada tirón la hizo sentir oleadas de placer, que notaba primero en la piel y luego

calaban más profundamente, debajo de la superficie, y llegaban al mismo centro.

Entre sus muslos había un ansia ligera, y al instante la mano de él estaba allí; apretaba y buscaba, era intensa sin proporcionar alivio..., y ella se movió contra la base de la palma, deseándolo también. Los dedos de él se hundieron en su interior, y ella se quejó en voz baja, deseándolo, pero deseando algo más. El camisón de algodón le pesaba demasiado sobre la piel; era una barrera demasiado evidente para el deseo de sentir su mano en la piel desnuda.

Tiró de su ropa, forcejeó. Él la ayudaba, hacía resbalar la tela sobre las caderas y la cintura, tiraba de ella por encima de los pechos. Libre al fin, se enroscó en él y entonces, frustrada, notó los calzones que le impedían tocarlo. Con los dedos hurgó en el cordón de los calzones y deslizó las manos debajo de la tela; y él se arqueó cuando tiró de los calzones por sus caderas y se los bajó por los muslos, por las rodillas... Hasta que acabaron perdidos en la maraña de las sábanas.

La mano de él guió la suya hasta sus muslos. Primero ella tomó su miembro, explorando; luego él cerró su mano sobre la suya y la movió despacio haciéndole sentir toda su dureza. Ella lo acarició de tal modo que no pudo evitar un profundo jadeo. Con la boca le recorrió el pecho; la carne se retraía por anticipado, previendo su caricia.

Se movieron al unísono, arqueándose, buscándose. Los dos acariciaban ciegamente, con ansia, apenas conscientes de lo que hacían. Sentían puro placer y lo compartían sin entenderlo.

Y en el momento en que quizá se habrían rendido a él, un golpeteo insistente los separó.

Connor gruñó cuando el terrible placer de la frustración se convirtió en dolor. Con cara de sueño, intentó sentarse y se encontró cubierto por el flexible cuerpo de Maggie.

Ella levantó la cabeza, y sus ojos se abrieron espantados cuando la conciencia la atravesó como una flecha envenenada, sustituyendo la excitación por oleadas de dolorosa humillación.

De nuevo se oyó el golpeteo, y ambos lo identificaron al mismo tiempo.

Maggie estaba paralizada, tensa y rígida sobre el cuerpo de Connor. Él tuvo que quitarla de allí tomándola de nuevo de la mano y guiándola, esta vez para separarla. Del fondo de la garganta de ella brotó un sonido de angustia al darse cuenta de dónde tenía la mano y de lo que estaba haciendo. Con ayuda de él, se apartó.

No hubo tiempo de esconder la cara en la almohada: la puerta del dormitorio se abría con cautela. Connor dio un tirón al edredón para tapar a Maggie, y luego tiró de la enmarañada sábana hasta subírsela a la cintura. Sus calzones y el camisón de Maggie resbalaron de la cama. Consiguió atraparlos y meterlos debajo, de cualquier modo, antes de que la puerta acabara de abrirse, pero fue imposible fingir que estaban durmiendo. Maggie se sentó con el edredón agarrado contra su pecho.

Michael asomó la cabeza por el hueco de la puerta y no necesitó que nadie le dijera lo que había interrumpido. Connor tenía una expresión

tensa, producto de la frustración, y Maggie parecía querer meterse bajo el edredón en lugar de escudarse tras él.

Sinceramente avergonzada, Michael se disculpó. Confió en que, en algún momento del futuro, aquella situación diera origen a un recuerdo del que todos se rieran. Ahora, sin embargo, mirando a Connor y a Maggie, le pareció que aquel futuro tardaría mucho en llegar.

—Maggie, ¿puedes quedarte con Madison mientras voy a por el médico?

Esas palabras sacaron a Maggie de su estupor.

—¿Médico? ¿Qué pasa?

Michael entró en la habitación ciñéndose la bata a la cintura, y luego se pasó una mano por el desordenado cabello. Tenía el ceño fruncido, y sus ojos reflejaban una preocupación que su discurso intentaba disimular.

—No creo que sea nada grave —dijo—. Es que está algo caliente. Probablemente estoy dándole demasiada importancia...

Sin tener en cuenta el pudor, Connor se puso de pie y se ató la sábana con fuerza en torno a la cintura. Después empezó a recoger su ropa.

—Quédate tú con Madison —dijo—. Me visto y voy a buscar al médico.

—Pero tú no sabes...

—Dame las indicaciones necesarias —dijo él con calma.

Michael titubeó.

—Vamos —ordenó Connor—, a menos que quieras que se me caiga la...

Connor no tuvo que terminar: Michael ya había desaparecido. Miró por encima del hombro a Maggie, que salía de la cama luchando con el edredón y su recato.

—Tu camisón está bajo la cama, en mi lado —dijo.

A continuación se dio media vuelta, dejó caer la sábana y empezó a vestirse.

Maggie le lanzó una mirada glacial que resultó inútil, pues se limitó a chocar con su espalda. En vista de ello, buscó el camisón y se lo metió por la cabeza; luego se puso la bata.

Camino de la puerta, pasó muy cerca de Connor. Cuando su mano se cerraba sobre el picaporte, él le dijo en voz baja:

—No ha ocurrido nada. Y nada ha cambiado.

Maggie no fingió ignorar de lo que estaba hablando. Aún sentía entre los muslos aquella ansia superficial y aquel calor húmedo; sus pechos estaban hinchados y pesados. Se sentía los labios aun sin tocarlos con la lengua; cuando se los tocó, notó el sabor de él.

—Sí que ha ocurrido algo —dijo ella con ojos de preocupación—. Pero tienes razón: nada ha cambiado.

Maggie se sentó con su hermana y con Madison mientras Connor iba a buscar al médico. Con una esponja empapada en una mezcla de

alcohol y agua le refrescó la piel a la niña, y además preparó una tisana de manzanilla para calmar los nervios de Michael.

Mientras ella le pasaba la esponja a Madison, Michael le peinaba suavemente el cabello con los dedos, alisándoselo sobre la cabeza.

—Siento la interrupción —se disculpó—. No sabía que...

—No vuelvas a pensar en ello.

Maggie evito los ojos de su hermana; tenía miedo de que viera que no había motivo para sentirlo, que en realidad le estaba agradecida por lo que había hecho.

—Parecía que Connor fuera a estrangularme.

«mejor a ti que a mi» pensó Maggie... con la cabeza gacha, se encogió de hombros y dijo:

—Se le paso tan pronto cuando se dio cuenta que lo quieras.

—No lo lamento del todo —confeso Michael.

Sus palabras hicieron que Maggie levantara la cabeza.

—Me preguntaba que tal vez hubiera algún... algún problema en el dormitorio. Es bueno saber que no lo hay.

A Maggie le ardían las mejillas.

—¿Qué te hizo pensar que había problemas en el dormitorio? —le espeto.

Retorció con fuerza la esponja para escurrirla, pero después sus manos pasaron con suavidad por la piel de su sobrina.

—E incluso si lo hubiera, no creo que sea asunto tuyo. ¡Tal vez seas mi hermana, pero no tienes derecho a decirme qué relación que he de

tener con mi marido!

Los dedos de Michael se habían quedado quietos.

—¡Maggie! —dijo en voz baja—. Perdona si te he ofendido, pero imagino que las cosas no deben de ser fáciles entre tú y Connor. Las circunstancias de vuestro matrimonio pueden ser causa de tensión entre vosotros.

—Ya te he dicho —dijo Maggie en tono crispado— que hemos logrado olvidarlo. Los dos hemos conseguido lo que queríamos de este matrimonio. ¿No puedes aceptarlo?

Michael se quedó callada. A pesar de sus suaves caricias y de la delicadeza con que actuaba Maggie, parte de la tensión que ambas sentían se transmitió a Madison, que se revolvió inquieta entre las dos adultas; el deseo de calmar su agitación provocó cierta inestable paz.

Cuando Connor llegó con el médico, fue Maggie quien bajó a abrirles.

—Creo que es varicela —informó al médico—. Sólo tiene unos cuantos puntos en el trasero, tan poco visibles que los habría pasado por alto de no haberlos buscado.

El doctor Hamilton asintió, le dio las gracias y acudió al dormitorio de Madison. Maggie habría ido detrás, pero Connor la detuvo.

—Tal vez sea ésta la única ocasión que tengamos de hablar en privado —señaló—. Vamos a la cocina.

Maggie empezó a trenzarse el cabello mientras lo seguía hasta la parte de atrás de la casa.

—El agua de la infusión que le he hecho a Michael aún está templada —dijo—. ¿Quieres tomar un poco?

Él meneó la cabeza y señaló una de las sillas de la mesa.

—Y tú tampoco quieres —constató—. Siéntate.

Connor esperaba que se irritase ante aquella orden, pero obedeció, si no de forma dócil, al menos sin oponer mucha resistencia. Entonces él cogió una de las sillas de respaldo de barrotes y se sentó a horcajadas, con los antebrazos apoyados en el travesaño superior. Clavó sus oscuros ojos en los de ella y observó que no apartaba la vista ante su examen.

—No voy a disculparme por lo que ha ocurrido en nuestro dormitorio —dijo al fin.

Con tranquilidad y en voz baja, Maggie repuso:

—No te he pedido que lo hagas.

—Cuando dije que no había pasado nada, quería decir que no habíamos...

—Consumado el matrimonio —dijo ella con cortesía—. Entendí lo que querías decir. Sin embargo, me importaba saberlo. Nunca he...

De pronto se detuvo, porque sabía que aquello no era cierto. Sí que había hecho cosas así antes, y además, con aquel mismo hombre. No podía seguir escondiéndose detrás de su pérdida de memoria, de modo que añadió:

—No pretendía que esto pasara otra vez.

—Ni yo tampoco.

Connor inspiró y soltó el aire despacio.

—No quiero quedarme aquí ni una noche más de lo necesario.

Maggie asintió con una leve sonrisa.

—A veces sí que estamos de acuerdo. —Suspiró—. Si mañana hablas con un abogado, yo iré a la estación y haré las gestiones para que enganchen los vagones al próximo tren que salga de Denver en dirección a Queen's Point.

—Eso lo haré yo —dijo él—. ¿Dónde está nuestro certificado de matrimonio? Tal vez lo necesite para conseguir que nos garanticen el divorcio.

—Debajo del escritorio de Jay Mac hay una caja fuerte; la llave está en el cajón de en medio.

—Maggie, ¿comprendes que, aunque ambos lo deseemos, este divorcio no va a producirse de un día para otro?

Ella bajó la vista y se miró las manos, dobladas con esmero sobre la mesa. Cuando habló, en su voz había cierto dolor.

—Lo sé. Pero, por favor, ponlo en marcha. —Se levantó—. Voy a ver cómo está Madison; quiero oír lo que dice el médico. Luego me voy a la cama.

—En seguida estoy arriba.

Aquella fue la primera de las tres noches que Connor Holiday durmió en una mecedora para evitar que las manos se le fueran solas hacia su esposa.

Pospusieron su partida hasta que Ethan regresó de Stillwater; por mucho que Maggie quisiera marcharse, no podía hacerlo mientras Madison estuviera enferma.

La comprensión y la buena disposición de Connor la desconcertaron, y también le complicaron las cosas en el corazón. Maggie observó cómo desarrollaba una amistad relajada con Michael, cariñosa con Madison y tranquila con Ethan. No sabía qué pensar de aquel hombre que no siempre sería su esposo. Se mostraba rígido e inflexible con su propio padre, frío con Beryl y arisco con ella..., pero con los demás era muy diferente. Y pensó que ni toda una vida junto a él le proporcionaría las explicaciones que buscaba.

Había instantes en que esa idea la aliviaba..., y otros en que le desgarraba el corazón.

Maggie estaba de pie en la pequeña plataforma, apoyada en la barandilla de hierro. Ya se encontraban a kilómetros de Denver, y aún no se sentía con valor para entrar. Ella y Connor habían tenido que despedirse de Ethan y Madison en la casa, pero Michael los acompañó hasta la estación.

La despedida fue dolorosa para las dos hermanas. Maggie estuvo a punto de rogarle a Michael que la dejara quedarse; tan a punto que aún

sentía el gusto de la sangre en el labio, donde se había mordido para contener sus palabras. Y, sin saber el motivo de su tortura, Michael había sentido aquel dolor casi con tanta intensidad como si fuera suyo.

Connor salió a la plataforma y se situó justo detrás de Maggie, lo bastante cerca como para aspirar el aroma de su cabello. El aire era frío mientras el tren iba subiendo la arbolada ladera de la montaña. A la izquierda, las azules piceas brotaban de la tierra en ángulos imposibles, y a la derecha la montaña caía abruptamente.

—¿Sientes no haberle preguntado si podías quedarte? —preguntó él en voz baja.

Ella no se volvió, pero al notar que sus manos se le posaban con suavidad en los hombros, no se resistió.

—¿Tanto se ha notado?

—Era bastante evidente; todo el mundo lo ha visto.

Maggie cerró los ojos; no quería que la viera... Las lágrimas se le agolparon tras los párpados.

—Maggie...

Con las puntas de los dedos le dio un suave empujoncito, instándola a que se volviera hacia él, pero sin exigirle que lo hiciera.

Mientras tanto el tren seguía subiendo, acercándolos inexorablemente al momento en que tendrían que separarse. Maggie se volvió y se apoyó en Connor, no temerosa de su fuerza, sino buscándola. Y entonces las lágrimas asomaron a sus ojos al tiempo que él la sujetaba en un abrazo y dejaba que sollozara contra su pecho.

Al doblar la esquina del pasillo del piso superior, Moira Worth estuvo a punto de chocar con el ama de llaves. La señora Cavanaugh llevaba una bayeta metida en el bolsillo del delantal, una escoba y un recogedor en una mano, y un maletín de cuero negro en la otra.

—¿Viene de la habitación de Maggie? —preguntó Moira.

—Sí, señora —contestó la señora Cavanaugh—. He querido limpiarla desde que se marchó nuestra niñita. Hasta hoy sólo he tenido tiempo de recogerla.

Una sonrisa dividió su redonda cara.

—Y mire lo que he encontrado cuando he limpiado a fondo.

Dejó el recogedor, apoyó la escoba en la pared y levantó en alto el maletín.

—¿Sabe?, estaba debajo de la cama. Tan escurridizo que hasta tuve que usar el palo de la escoba para sacarlo.

—Es usted de lo más meticulado, señora Cavanaugh.

Moira le echó un vistazo al maletín.

—No recuerdo haber visto a Maggie con eso. Se parece a un maletín de médico.

—Eso es lo que yo estaba pensando. ¿Cree usted que la pobrecita lo compró antes de enterarse de lo de la facultad de medicina?

—Es muy posible —dijo Moira—. ¿Lo ha abierto?

La señora Cavanaugh frunció los labios y luego dijo con frialdad:

—Eso no me corresponde hacerlo a mí. Se lo traía a usted.

Moira tomó el maletín y trasteó con el cierre, pero éste no cedió.

—Está atascado.

—Ya lo sé.

El ama de llaves se dio cuenta de su error demasiado tarde, pero tuvo el detalle de mostrarse avergonzada.

—Estaba segura de que a Maggie no le importaría si intentaba echar una miradita...

Moira se rió y devolvió el maletín a la señora Cavanaugh.

—Es usted incorregible. En realidad no importa lo que haya dentro: es de Maggie. ¿Por qué no lo embala y se lo envía? A ella le gustará. Incluso tal vez tenga ocasión de usarlo allá adonde va.

—¿Adónde lo mando? ¿Al «H Doble»?

Moira negó con un gesto.

—Mándeselo a Michael, a Denver. Ella sabrá cómo hacérselo llegar a Maggie.

La señora Cavanaugh levantó el maletín y cogió la escoba y el recogedor. «Eso está hecho», dijo mientras caminaba de prisa por el pasillo.

Durante el viaje de Connor al este, su caballo se había quedado en el establo de Queen's Point. Ahora, desde la entrada, Maggie vio el reencuentro de los dos con bastante regocijo... Y es que resultaba difícil

saber quién estaba más contento, si Connor Holiday o su caballo.

No dudó en decírselo y, sin rastro de disculpa, Connor repuso:

—Hace tres años que tengo a *Tormenta*. Es el mejor llanero que he tenido nunca y...

Redujo la voz a un susurro, de modo que sólo ella lo oyera.

—Y a mis yeguas también les gusta.

Se echó a reír cuando Maggie se ruborizó, como era de esperar. Entonces la empujó hacia la puerta y dijo:

—Ahora ve a esperarme fuera, mientras me peleo con el dueño por el pago.

Entre ellos se había desarrollado cierta camaradería que Maggie evitaba analizar; por eso, sencillamente, la aceptaba. Después de todo, era imposible mantener la tensión de forma indefinida. El límite lo marcó el momento en que él simplemente la abrazó y la dejó llorar hasta que se quedó agotada. No le hizo ninguna pregunta; sólo dejó que ocurriera.

Aquello liberó a Maggie más que nada. No sabía si Connor había cambiado de opinión sobre ella, y en realidad daba igual, porque lo importante era que desde entonces dejó de tenerle miedo.

En el establo Connor compró un carro y un tiro de dos yeguas. El equipaje, considerablemente reducido desde que estuvieron en casa de Michael, se cargó en un abrir y cerrar de ojos. Además, Connor compró víveres para el viaje y otros productos de primera necesidad con el fin de que Maggie se los llevara a Dancer Tubbs, así como otros para abastecer el «H Doble». Ató a *Tormenta* con una cuerda a la parte trasera del carro,

ya que Maggie no sabía manejar las riendas del tiro y tenía miedo de que el semental fuera a derribarla.

Cuando se preparaban para partir, él le dijo:

—Mira bien esta ciudad minera, porque de aquí a la casa de Dancer no hay nada parecido. Estaremos solos.

Maggie mantuvo la vista fija en Connor, no en la ciudad.

—Estoy lista para partir —dijo—. Todo cuanto quiero está delante de mí.

Connor Holiday no pudo evitar preguntarse si también se refería a él.

—De acuerdo —repuso—. Pero no pasa nada si cambias de opinión.

Maggie no tenía intención de cambiar de opinión.

Connor chasqueó las riendas, y el tiro empezó a caminar despacio por la carretera de tierra que salía de Queen's Point. Las tierras de Dancer Tubbs estaban a tres jornadas de camino.

Connor había advertido a Maggie que el viaje sería difícil pero, una vez estuvieron en marcha, no volvió a mencionarlo. Habría sido una falta de respeto intentar proteger a Maggie de las consecuencias de su decisión, y no intentó hacerlo. De hecho, salvo por una sola excepción, no contar con que condujese el carro, le pidió que compartiera todas las tareas.

Maggie no había previsto cómo sería en realidad aquel viaje... Y si Connor se hubiera tomado el trabajo de contarle todos los detalles, no lo habría creído. Pero no hizo falta más que una hora en el duro asiento de

un carro descubierto para convencerla de que iba mal preparada. Le dolía la espalda de los constantes botes que daba el carro, y tenía el trasero magullado a pesar de la falda, la ropa interior y el guardapolvo de algodón que llevaba puestos. Su sombrero de ala ancha le resguardaba casi toda la cara del sol, pero aun así, sentía que la punta de la nariz iba enrojeciendo. Y en cuanto al corsé, aunque su apretura no resultaba nada cómoda, al menos también le sostenía los pechos; imaginaba que, de no haber sido por él, con cada bache le habría saltado un botón de la blusa.

Cuando se detuvieron para que descansaran los caballos, Maggie ayudó a llevar agua y a darles de comer. Se subió a las rocas y vadeó arroyos para llegar a sitios que resultaban inaccesibles para los caballos, que seguían amarrados al carro. A la orilla de un torrente de agua muy fría, casi helada, se arrodilló y bebió con las manos, y luego se limpió el polvo que media jornada de camino le había depositado en la cara y el cuello.

Connor la observó con los ojos entornados y distantes. No hizo movimiento alguno para acercarse, ni dio ningún indicio de querer hacerlo. Sólo tenía que pensar en sus huesos rígidos y sus músculos agarrotados para comprender lo dolorida que debía de estar Maggie, aunque ella no hizo la mínima alusión al tema, ni entonces ni en ningún otro momento del trayecto.

Cuando anunció que iban a parar para hacer noche, Connor reparó en que Maggie no se mostraba especialmente aliviada, sino sólo

satisfecha. Tras una bajada bastante complicada del carro, empezó a reunir leña menuda para una hoguera y, bajo la dirección de Connor, también recogió ramas de pino con el fin de disponer un lugar más blando donde sentarse y dormir. Asimismo, acarreó agua para hacer café mientras Connor preparaba la comida: jamón ahumado y judías. Él le enseñó a hacer tortas de maíz en una hoguera, y Maggie atendió a sus explicaciones de pie, mirando por encima de su hombro, mientras él estaba agachado delante de las llamas.

—Siéntate, Maggie —le dijo después—. Ya no tienes que hacer nada más.

—Si me siento ahora, no podré hacer nada luego.

Él volvió a centrar su atención en la comida, pero esta vez sonriendo.

—Entonces, ¿vas a comer de pie?

—Si es preciso... —dijo ella filosóficamente.

Al final tomó la comida apoyada en el tronco de un pino. Aunque fue un breve lapso de inactividad, se quedó tan rígida que la tarea de lavar los platos y las cacerolas resultó penosa. Cuando Connor le ordenó en tono áspero que se acostara en el petate que le había dispuesto, Maggie obedeció sin ofenderse por su tono. Casi al instante, se durmió.

A la mañana siguiente, el aromático vaho del café a unos centímetros de la nariz hizo que Connor se despertara. Junto a él, Maggie, arrodillada, con la cara lavada y sonriente, le tendía un tazón. Una idea le pasó por la cabeza: le encantaría que lo despertaran de aquel

modo durante el resto de su vida..., aunque fuera sin el café.

Connor se sentó despacio, frotándose los ojos y el caballete de la nariz con el pulgar y el índice. Luego tomó el café en una mano y se pasó la otra por el despeinado cabello.

—¿Tienes intención de mimarme?

Sinceramente sorprendida por la pregunta y por su aire brusco, casi irritado, Maggie respondió:

—No. Mi intención es ser amable contigo, como tú lo fuiste conmigo ayer.

Se puso en cuclillas y se alisó la falda sobre las rodillas dobladas.

—Gracias por acabar las tareas y dejarme dormir. Esperaba resultar de más ayuda.

Él dio un sorbo al café y se encogió de hombros con gesto despreocupado.

—Hiciste bastante.

—Hoy lo haré mejor.

La única respuesta de él fue un suave y escéptico gruñido.

Como Maggie se había levantado y preparado temprano, se pusieron en marcha poco después de la salida del sol. En cada parada ella ayudó a Connor, a menudo sin que tuviera que dirigirla. Preparó el almuerzo y fregó los platos, y en la cena compartió ambas tareas. Mientras se le pasaban las agujetas, sus movimientos fueron un poco más lentos que los de él; asimismo, al subir y bajar del carro se estiraba y arqueaba la espalda, y alguna vez también se frotaba el cuello... Para sus

adentro, Connor se vio obligado a reconocer que Maggie afrontaba el viaje y las tareas del segundo día con más elegancia y vigor de lo que habría supuesto jamás.

Aquella noche prepararon una pequeña hoguera, destinada no tanto a calentarse como a mantener a distancia a los animales curiosos. En la maleza que quedaba más allá del círculo de luz, Maggie oyó el paso apresurado y el revoloteo de los animalillos en busca de comida. Luego se volvió de costado, de espaldas al fuego, y miró el perfil de Connor, que, tumbado boca arriba a poca distancia, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos, contemplaba la gran extensión de aquel cielo de terciopelo negro. Siguió la línea de su mirada y se quedó atónita ante una inmensidad que no había visto antes, bordada de resplandecientes constelaciones que sólo conocía por los libros.

—Estas estrellas no las tenemos en Nueva York —dijo, admirada.

Connor entendió justo lo que quería decir y esbozó una leve sonrisa.

—Ya lo sé —dijo—. Las echaba de menos. En la ciudad, en cualquier ciudad, todo el brillo está en el suelo.

Maggie no dijo nada. Se dio permiso para sentir el espacio y el silencio, y entonces empezó a entender de manera más profunda el modo en que Connor estaba vinculado a la majestad de aquel entorno. En aquel país los arroyos fluían claros y fríos, y el agua parloteaba mientras corría sobre las lustrosas piedras. Los álamos susurraban al

viento; sus hojas, que la menor brisa llenaba de vida, rielaban pintadas de un verde brillante por un lado, de un gris plateado por el otro. Y las piceas azules cubrían las laderas, coloreando las Rocosas de tonos intensos y radiantes.

Connor se volvió de costado y deslizó un brazo bajo la cabeza. Con la hoguera a la espalda, la figura de Maggie se recortaba como una esbelta silueta. Sólo su cabello capturaba la luz del fuego, que le daba un aura de cobre y oro. Estaba demasiado quieta para estar dormida, y demasiado callada para hacer nada que no fuera pensar. No era la primera vez que observaba lo reservada que era en algunos aspectos, y lo incómoda que debía de sentirse en su entrometida y ruidosa familia.

—Te doy un centavo por tus pensamientos —dijo.

Maggie sonrió y extendió la mano hacia él con la palma abierta.

Connor se quedó mirando la mano un instante. Cuando al fin se dio cuenta de lo que quería, rebuscó en su bolsillo, buscó un centavo y se lo dejó caer en la palma. Ella cerró los dedos sobre él en seguida y retiró la mano.

—Supongo que has aprendido en tu familia que estar callado compensa.

—Exacto —dijo ella con calma—. Jay Mac dice que conseguir una moneda por mis pensamientos es lo único que he heredado de su sentido comercial.

Sostuvo en alto la moneda para verla mejor a la luz de la hoguera.

—Esto hace ocho dólares y veintisiete centavos.

Connor dejó escapar un suave silbido.

—Son muchos pensamientos.

Ella asintió.

—Y además, esta moneda es especial —dijo—, porque, aparte de mi familia, eres la primera persona que ha creído que mis pensamientos tal vez valgan algo.

—Pues todavía no he oído ninguno... —señaló él—. Empiezo a pensar que me han robado, porque no creo que devuelvas el dinero.

Maggie deslizó la moneda en el bolsillo de su falda.

—El dinero no se devuelve, jamás.

Connor no tuvo que ver su descarada sonrisa para notarla. «Sigo esperando», dijo, y ella se quedó callada un instante.

—Muy bien —dijo en voz baja—. Pensaba en lo difícil que debió de resultarte dejar este lugar, incluso para conservarlo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque creo que éste es tu sitio, y no deberías tener que vivir en ningún otro. Es demasiado cruel.

—Es una idea muy romántica, ¿no te parece?

—Tal vez lo sea —reconoció ella—. Pero no es exclusivamente mía. Tú piensas lo mismo respecto a mí, ¿verdad?

Una vez más, a Connor lo impresionó su perspicacia, y también la certeza de que, con ella, sus pensamientos no siempre quedaban a buen recaudo.

Contestó con una evasiva.

—Supongo que sí. —No estaba dispuesto a hacer más confesiones—. Aunque nuestras circunstancias no son demasiado parecidas. Yo he estado varias veces en el este, en ocasiones durante varios años seguidos, y he conseguido vivir para contarlo. Tú no puedes decir lo mismo... Una vez me confesaste que nunca habías ido más al oeste de Pittsburgh.

A Maggie esas palabras la dejaron intrigada.

—¿Durante varios años seguidos? —preguntó—. Creía que sólo habías vivido en el «H Doble».

—Cuando tenía catorce años, mi madre me envió a vivir con mi padre —dijo, sin darse cuenta del ligero deje de amargura que tenía su voz—. La guerra se había terminado, y los viajes volvían a ser seguros. A Edie se le metió en la cabeza que tenía que conocer mejor a mi padre. En teoría iba a quedarme un año, pero al cabo de tres meses me las arreglé para que me mandaran a un internado. Acabé el curso allí y luego volví al rancho.

Hacía mucho que no pensaba en aquello, y al contarlo tomó conciencia de lo responsable que había sido a la hora de que lo mandaran al internado. Era un joven airado que trataba de contrariar a su padre y demostrarle que ni lo necesitaba ni lo quería.

—Quizá me habría quedado más tiempo en el internado, pero entonces murió mi abuelo y me permitieron volver.

Maggie percibió un detalle en la voz de Connor: algo que le decía que, con permiso o sin él, habría vuelto. Rushton habría sido idiota si hubiera intentado conservarlo a su lado, y aunque su trato con el padre

de Connor era breve, no creía que pudiera aplicársele el calificativo de «idiota».

—¿Estabas muy unido a tu abuelo?

—El Viejo Sam era mi mejor amigo.

Maggie supo que no añadiría nada más. De nuevo notó cierto carácter definitivo en el tono de Connor: una advertencia de que el tema estaba zanjado, como si con aquella única y sencilla frase hubiera expresado todo cuanto podía expresar sobre su relación con su abuelo. Ella dominó su curiosidad acerca del Viejo Sam, pero lo animó a seguir hablando.

—Has dicho que has estado en el este en otras ocasiones.

—Al cabo de cuatro años, mi madre y mi padre organizaron mi ida a Princeton. Edie quería que fuera capaz de elegir entre su mundo y el de mi padre. Decía que una buena educación requería tanto el este como el oeste, y que yo ya conocía uno de sobra pero que del otro no sabía ni siquiera lo suficiente.

—¿Has estudiado cuatro años en Princeton? —preguntó ella.

—Tu sorpresa no resulta muy halagadora.

—Eso no es una respuesta.

—De acuerdo —admitió—. Estuve dos. Pero armé tanto follón que me pidieron que me marchara.

—¿Te lo pidieron?

—Me llevaron a la puerta.

—¿Como si te acompañaran?

—Más bien como si me echaran a patadas.

Maggie se echó a reír.

—Eso sí que me lo creo. ¿Y qué hiciste entonces?

—Fui a Nueva York y terminé mi educación en el este..., aunque no del modo en que pensaba mi madre, y...

—Y de un modo con el que tu padre tampoco estaba de acuerdo —remató ella.

Él calló un instante.

—Algo así: empecé a trabajar para William Barnaby.

Al haber crecido con Northeast Rail, Maggie conocía el negocio de William Barnaby: era un fabricante de acero y, junto con Andrew Carnegie, el mayor competidor de Rushton Holiday. En su voz no había ni rastro de censura cuando repuso:

—Así que aprendiste el negocio de tu padre con otro.

—Eso hice.

Maggie se puso boca arriba y miró fijamente al cielo.

—Es irónico... —dijo en voz baja—. Jay Mac siempre ha influido mucho en mi vida, y parece que Rushton lo ha hecho en la tuya. ¿Quién habría pensado que un padre ausente ejercería la misma influencia que uno que está presente casi siempre?

—No sé de qué hablas.

Pero ella no lo dejó escabullirse.

—Sí que lo sabes.

Connor se sentó de golpe.

—Entonces es que no tienes ni idea de lo que hablas. Hasta que accedí a casarme contigo, yo no había hecho nada de lo que Rushton quería.

Maggie sonrió con cierta tristeza; en sus ojos había una expresión sabia.

—¿Y te parece que eso no es influir? —preguntó en voz baja.

Connor clavó los ojos en ella. Un resplandor amarillo pálido procedente del fuego le acariciaba un lado de la cara.

—Lo que sé es que la próxima vez me guardaré mi moneda.

Ella asintió.

Inexplicablemente enfadado, Connor se puso de pie y se apartó con paso inquieto. Cuando regresó, Maggie estaba dormida.

A la mañana siguiente seguía enfadado. Mientras preparaban la partida, no dirigió a Maggie más de diez palabras; lo irritó aún más que ella no pareciera darse cuenta o que no pareciera importarle. Viajaron en silencio casi toda la mañana. Hasta que se detuvieron para que descansaran los caballos y para atender sus propias necesidades, Maggie no rompió el silencio; cuando lo hizo fue para hablar del divorcio.

Connor le dio unas palmaditas a su caballo y preguntó con sequedad:

—¿Por qué quieres saberlo ahora? Me vi con el abogado hace casi una semana.

—Pero no me has contado lo que dijo.

—Dijo que el asunto tardaría algún tiempo.

—¿Cuánto?

Él se encogió de hombros, y Maggie alzó las cejas.

—¿No lo preguntaste?

—Tardará lo que tenga que tardar —contestó él en tono brusco—.

¿Acaso importa? Tú estarás en casa de Dancer, y yo estaré en el «H Doble».

Vio que Maggie no se quedaba satisfecha. Estaba ajustando el bocado a una de las yeguas, pero sus ojos expresaban preocupación, y las comisuras de su boca marcaban un rictus descendente. Él suspiró.

—Mira, Maggie, han de redactarse documentos que necesitarán nuestra firma.

—¿Documentos? Pero ¿cómo vamos a recogerlos?

Connor frunció el ceño. El nerviosismo de Maggie era auténtico; estaba dando vueltas a su alianza como si quisiera arrancársela de un tirón.

—Los enviarán a Queen's Point. Alguien del rancho los recogerá cuando vaya a buscar víveres.

—¿Cuándo será eso?

—Puesto que ahora llevo víveres, es probable que no necesitemos otro viaje hasta finales del verano.

—¿Finales del verano?

—Exacto —Connor se subió al carro—. Y una vez estén firmados,

tienen que volver a Denver para que los presenten al juez. Eso tardará unos cuantos meses. Y luego hay un plazo de espera de otros seis meses.

Maggie se subió con impulso y se sentó de golpe junto a él.

—Pero eso quiere decir que aún seguiremos casados el año que viene por estas fechas...

—Probablemente.

—Pero...

Connor volvió la cabeza de repente.

—A menos que estés pensando en casarte con Dancer Tubbs, no entiendo cuál es el problema.

—No estoy pensando en casarme con nadie —le espetó ella—. Es exactamente eso: ¡no quiero estar casada!

—¡Pues ya somos dos!

Su tono de punto final corrió una cortina de silencio. Al cabo de un largo e incómodo minuto, Connor dio una sacudida a las riendas y las yeguas echaron a andar.

—Perdona —se disculpó en voz baja.

Maggie meneó la cabeza.

—No —dijo—; perdóname a mí.

—Estás asustada.

Ella se mordió el labio inferior. «Petrificada»... Sólo faltaban unas horas para que conociera a Dancer Tubbs, y aunque no creía que fuera a rechazarla, tampoco lo sabía con seguridad. La idea de que tal vez tuviera que ir con Connor al «H Doble», junto con el convencimiento de

que, en ese caso, tendría que soportar meses de sus malhumorados silencios, aumentaba su inquietud. Soltó una risa tímida.

—Estarás encantado de deshacerte de mí...

—Desde luego, intentas con todas tus fuerzas asegurarte de que lo esté.

Ella lo miró y, en tono bastante remilgado, dijo:

—No sé de qué hablas.

Él mostró una amplia sonrisa.

—Sí que lo sabes.

Maggie sonrió de mala gana, reconociendo que era verdad. A medida que iban compartiendo las mismas rutinas y el mismo espacio, empezaban a sentirse algo más cómodos; pero esa misma comodidad le resultaba inquietante.

—¿Por qué estabas en el burdel aquella noche? —preguntó.

Observó que él la miraba con sorpresa.

—Es otra cosa que nunca te he preguntado. Es decir, tú sabes por qué yo estaba allí, de modo que parece justo que yo sepa qué fue lo que te llevó a casa de la señora Hall.

La risa de Connor hizo que chasqueara las riendas, y el tiro aceleró el paso.

—¿Qué explicación quieres, aparte de la evidente? Necesitaba una mujer.

A ella se le encendieron las mejillas.

—¿Habías estado allí antes? —preguntó—. ¿Por eso elegiste la casa

de la señora Hall?

—Había estado antes —respondió él.

—¿Había alguien especial?

—No.

Connor se calló un momento y luego prosiguió con impaciencia:

—Sí de verdad quieres saberlo, fui allí porque aquella mañana Beryl se me había metido en la cama mientras aún estaba medio dormido. La eché, pero aquella noche, después de ganar mi dinero, aún tenía prostitutas en la cabeza... Así que decidí hacer algo.

—Ah —musitó Maggie en voz baja.

Él se encogió de hombros.

—Has preguntado tú.

—Lo sé.

Connor miró hacia adelante, con la vista puesta en el serpenteante camino.

—Tú eras callada —dijo—; fue una de las cosas que me gustaron de ti. Le dije a la señora Hall que no quería estar con alguien que hablara mucho, y ella me envió a ti. Desde luego, fue un error, pero en aquel momento no parecía que lo fuera: eras justo lo que quería.

—Podría haber sido cualquiera... —Hizo una pausa—. Una cualquiera.

Connor no respondió. Ella tenía razón. Aquella noche a él le daba igual, quería que le diera igual. Esa fue una de las condiciones.

—Quizá te hice daño —dijo en voz baja.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Porque era virgen?

Él ni siquiera sabía por qué sacaba el tema; Maggie no lo recordaba, y quizá no hubiera motivo para que lo recordase.

—En parte —dijo.

Deseó no haber dicho nada, no haber vuelto a plantearse la duda en la cabeza... Pero recordaba cómo ella se movió debajo de él, empujándole los hombros, quitando las piernas..., y por mucho que deseaba creer que lo había hecho llevada por la pasión, a veces no estaba tan seguro.

—Quizá la primera vez no estabas tan dispuesta como yo quise creer.

Los oscuros ojos verdes de Maggie se nublaron, y una arruga vertical apareció entre sus cejas. Su corazón pareció detenerse un instante y luego golpearle tan fuertemente el pecho que apenas pudo respirar.

—¿Qué tratas de decirme? —preguntó—. ¿Que me forzaste?

Connor siguió mirando hacia adelante. Sintió los dedos de Maggie en la muñeca, justo debajo de la botonadura, pidiéndole que la mirara.

—No sé lo que pasó entre nosotros. El láudano..., el licor... Tú no sabías lo que hacías.

—¿La primera vez? —preguntó ella.

—La primera vez —dijo él—. La segunda vez..., no sé.

—¿Por qué me cuentas esto?

Connor alzó la barbilla con un gesto elocuente.

—¿Ves esa loma de allí? —preguntó—. Una vez del otro lado, estaremos en tierra de Dancer. Ese divorcio que tanto deseas está a punto de ocurrir; tal vez no sea el legal, pero será auténtico. No volveremos a vernos, y quería que lo supieras por si recordabas algo. No era justo dejarte pensando que, en cierto modo, tuviste la culpa de lo que pasó.

Maggie no dijo nada. Alzó la vista y la mantuvo fija en la loma.

Dancer Tubbs observó cómo se acercaba la pareja del carro. A través de su catalejo reconoció al hombre como el nieto del Viejo Sam Hart y propietario del vecino «H Doble», y musitó para sí: «Ja»... Sus cuerdas vocales dañadas dieron a su voz una cualidad gutural y chirriante.

—Ese maldito idiota no tiene derecho a entrar sin autorización, sea o no pariente del Viejo Sam...

Entonces dirigió el catalejo a la mujer; le pareció bonita, y, de una forma imprecisa, también le resultó familiar. Escupió en el extremo del catalejo y limpió la lente con la manga de su chaqueta gris; luego volvió a mirar, y esta vez evaluó a la mujer con ojo crítico, molesto por aquella extraña sensación de reconocimiento.

Casi al instante, ella le hizo un favor: se quitó el sombrero, sacudió la cabeza y se dio aire con la ancha ala de paja. Cuando la luz del sol centelleó en su pelo cobrizo-dorado, la situó por fin: era una de las hijas de Jay Mac, tenía que serlo... No había otra explicación para aquella invasión de su tierra.

Por encima del hombro, Dancer miró hacia donde estaba su caballo, hurgando en la hierba.

—No es Rennie —dijo—, porque el que está con ella no es Jarret, y Rennie no es así de delicada. Y tampoco es Michael, porque sé que es igual que Rennie. No puede ser la monja a menos que haya dejado la Iglesia... ¿Y cómo se llaman las otras dos?

El caballo siguió resoplando.

—No me sirves de ayuda.

Dancer plegó el catalejo, bajó sigilosamente de su posición elevada y se subió al caballo; a continuación dio una sacudida a las riendas y se dirigió al otro lado de la loma, de modo que no lo vieran. Los dejó pasar y luego fue siguiéndolos; sólo anunció su presencia cuando ya avistaban su cabaña.

Con voz amable, poco acorde con la escopeta con que estaba apuntándolos, preguntó:

—¿Os habéis extraviado, amigos?

Acicateó a su montura hasta ponerse al lado del carro. Connor hizo detenerse al tiro de yeguas y no intentó coger su arma. Luego miró las manos de Maggie; estaban modosamente dobladas en su regazo, sin rastro alguno de temblor.

Fue ella quien se dirigió a Dancer.

—No nos hemos perdido, señor Tubbs. Soy Mary Margaret Dennehy.

Sintió que, al oírla usar su apellido de soltera, Connor se removía un poco a su lado. Por su parte, mientras sostenía con cuidado el arma en una mano, Dancer se golpeó el muslo con la otra y se rió a carcajadas.

—Sabía que eras una de las chicas de Jay Mac... Pero no te ponía el nombre.

—Mi familia me llama Maggie.

Él repitió su nombre, con una sonrisa que deformaba la parte de su cara cubierta de cicatrices. De pronto su mirada cambió de dirección.

—Y tú eres el nieto del Viejo Sam. El chico de Edie.

Connor no tenía ni idea de que Dancer lo conociera.

—Connor —dijo—. Connor Holiday.

—Mira qué sorpresa —repuso Dancer—. Sabía que Edie tenía un chico, no que estuviera casada. Todos estos años pensé que eras un Hart.

—Holiday —repitió Connor—. El mismo apellido que Maggie, aunque, por lo visto, ella ya lo ha olvidado.

Dancer vio que Maggie fruncía el ceño. Bajó el rifle y preguntó:

—¿Y si entramos en la cabaña y lo hablamos? No voy a dispararos a ninguno..., todavía.

Se regodeó al ver el sobresalto de ambos, y durante el resto del camino, hasta llegar a la cabaña, no pudo evitar una risa ronca que sonaba como si se le estuviera rompiendo el fondo de la garganta.

* * *



Capítulo 10

La cabaña del buscador de oro estaba construida con los troncos que se habían arrancado para despejar el terreno y hacerle sitio. Estaba situada sobre un pequeño montículo, rodeada por unos imponentes pinos y álamos y un arroyo ancho y poco profundo. Tan pronto como los caballos quedaron amarrados y atendidos, Dancer, Connor y Maggie pasaron al interior.

Dancer señaló las dos sillas de alto respaldo de travesaños.

—Sentaos —dijo—. Yo me quedaré aquí, junto a la puerta.

Mantuvo la escopeta baja, pero no la soltó.

Maggie echó una rápida ojeada a su alrededor. Hasta donde veía, la cabaña era casi idéntica a como la había descrito Jay Mac a su regreso a Nueva York, años atrás. Al parecer, el único añadido que había hecho el dueño era una hornilla de leña; por el tamaño de la telaraña que unía los morillos con el regulador de tiro, daba la impresión de que el hogar de piedra no se había utilizado últimamente. Seguía sin haber bomba de agua, lo que significaba que había que acarrear agua del arroyo. El mobiliario era de pino y estaba trabajado con mucho cuidado. Maggie pasó los dedos por el tablero; lo encontró liso y limpiamente rematado con esquinas en ángulo recto. En la pared, cerca de la hornilla, colgaban

cazuelas y cazos, y además había más colgadores vacíos cerca de la chimenea. Un edredón hecho de retales de colores vivos cubría la estrecha cama que había en el piso principal de la cabaña, pero una escalera de mano llevaba a un altillo donde Maggie sabía que dormía Dancer.

Lo que más le interesó, sin embargo, fueron las repisas de varios pisos, llenas de tarros de hierbas, que estaban en la ventana trasera de la cabaña, así como las docenas de botellitas de vidrio que había almacenadas de cualquier modo en la despensa, junto con alimentos básicos como harina, azúcar, sal, mermeladas y manteca de cerdo. Entornó los ojos para leer las etiquetas primorosamente escritas: olmo gris, sello de oro, menta, corteza de sauce blanco, jengibre...

—¿Qué os trae por aquí? No será un repentino deseo de ver esta vieja cara...

Maggie y Connor dominaron su reacción al enfrentarse al desfigurado rostro del buscador de oro. No había forma de evitar a Dancer: quería que lo miraran, y que lo miraran bien.

Las cicatrices estaban dispuestas como un relieve blanco sobre su piel: como si fueran un centenar de telarañas retorcidas, amontonadas y pegadas una sobre otra. Su media oreja estaba enrollada y aplastada contra la cabeza, y el lado izquierdo de la boca, tirante hacia arriba, mostraba una perpetua y salvaje sonrisa. La barba pendía del lado derecho, pero sólo le cubría tres cuartas partes de la cara; era tupida y descuidada, negra como el betún y lo bastante larga como para llegar

hasta el segundo botón de su gabán de lana gris. Del hombro derecho colgaba una charretera de galones dorados, y un sable oscilaba en su cintura.

Sus ojos claros, como de escarcha azul, habrían resultado poco corrientes en cualquier rostro, pero en uno tan deformado como el suyo eran particularmente notables. Como dos puntos gemelos de luz abrasadora, quemaban a Maggie y a Connor con su calor.

—¿Qué? —preguntó Dancer con voz áspera—. ¿Es que vas a vomitar?

—No, si usted no habla de ello —contestó Maggie con remilgo.

Junto a ella, Connor sonrió.

Entonces Dancer se apoyó en la puerta.

—Muy bien —dijo—. Así que has oído hablar de mí y estabas preparada... Pero, para empezar, eso no me aclara qué es lo que haces por aquí.

Debajo de la mesa, donde nadie las veía, Maggie, nerviosa, se retorció las manos en el regazo.

—Le he pedido a Connor que me trajera porque quiero aprender a curar —dijo—. Sé cómo cuidó usted a mi padre cuando estaba a punto de morir, y Rennie me ha contado lo que hizo por Jarret. Ella cree que usted sabe tanto como tres médicos juntos.

Dancer no se anduvo por las ramas.

—Zarandajas. Yo no soy médico, y no es probable que sepa lo que sabe cualquiera de ellos. —Entornó los ojos con gesto desconfiado—.

¿Sabe tu padre que estás aquí, muchacha?

—Sí —contestó.

—No —respondió Connor.

Dancer paseó la mirada de uno a otro.

—¿En qué quedamos?

—Jay Mac no lo sabe —contestó Maggie—. Pero es que no es asunto suyo. Lo sabe Connor, y como él es mi marido, lo importante debería ser eso.

El buscador de oro soltó una breve carcajada y le dijo a Connor:

—¿No es oportuno que se acuerde de que está casada cuando le conviene?

—Yo estaba pensando lo mismo —fue la irónica respuesta.

—¿Tú estás de acuerdo en que venga aquí?

Connor miró a su alrededor e intentó imaginarse a Maggie viviendo en aquella cabaña. Su dormitorio de Nueva York era más grande que todo el hogar de Dancer... Había pocas comodidades, y las tareas cotidianas serían más de lo que estaba acostumbrada a hacer. Su mirada se detuvo en las hierbas metidas en botes y en los tarros de plantas para hacer infusiones.

—No —respondió al fin—. Yo no estoy de acuerdo. Pero es lo que quiere ella, y estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para llegar aquí. Maggie es más fuerte de lo que parece, de modo que no se deje engañar por su aspecto. Estuvo a punto de añadir: «Como yo»..., pero sólo dijo: —Quiero que venga al «H Doble» conmigo pero no le apetece,

tal vez ni siquiera lo haga aunque usted la rechace.

—¿Es verdad eso? —preguntó Dancer a Maggie—. ¿Si te echo, no te irás con él?

—Es verdad.

Dancer se rascó pensativo la parte barbada de su rostro. Sus ojos la miraron de arriba abajo y dedicaron especial atención a su alianza.

—No hay quien niegue que aquí hay cosas que yo no entiendo... —De repente se echó a reír—. Y por otra parte, hay otras cosas que entiendo mejor que uno de vosotros dos; quizá hasta mejor que vosotros dos.

Se apartó la mano de la cara y se quedó pensativo, moviendo la boca hacia adentro y hacia afuera mientras consideraba la petición de Maggie.

—No tengo ningún sitio especial para ti, muchacha.

Ella señaló la cama.

—Estaré bien ahí. Fue lo bastante buena para mi padre.

Dancer se puso a pensar otra vez, y de pronto soltó:

—No me gusta. ¿Cómo sé yo que no intentarás robarme?

—¿Robarle? —preguntó Maggie—. ¿Por qué querría hacerlo?

—La gente lo hace —señaló él—. Lo han intentado más veces que dedos tengo en las manos y en los pies. Por las Rocosas se dice que en mis minas abundan el oro y la plata.

Hizo un gesto a Connor.

—Díselo. Dile que es así.

Connor miró a Maggie.

—En esta zona corre el rumor de que Dancer ha explotado sus tierras y ha enterrado casi todo su tesoro.

Dancer se dio una palmada en el muslo y se rió a carcajada limpia.

—¿Qué sentido tendría? —preguntó—. ¿Sacar oro de la tierra sólo para enterrarlo otra vez?... Pero a la gente se le mete en la cabeza, y yo no puedo sacárselo. Pues sí que voy yo a ser responsable de lo que la gente piensa...

Connor se volvió hacia ella.

—¿Entiendes lo que te dice, Maggie? Aquí, además de lo dura que es la vida, hay cierto peligro... Dígale a cuántos hombres ha ahuyentado de su tierra, Dancer.

—No sé decir, porque he espantado a más de dos que estaban intentando robarme... —dijo—. Pero, de todos modos, hay una veintena de ellos enterrados en las colinas.

Maggie no ocultó por completo su estremecimiento.

—Sigo queriendo quedarme —afirmó, decidida—. Aprenderé a protegerme.

—Pues yo no voy a poner un arma en tus manos —dijo Dancer—. Lo más probable es que acabaras volándome la cabeza.

Hizo caso omiso de la mirada desafiante de Maggie y añadió:

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Un año —contestó ella—. Tal vez un poco más.

—Puedo enseñarte lo que sé en un mes.

Maggie lo dudaba, pero no lo discutió. En aquel momento se limitó

a mirarlo con una súplica en sus oscuros ojos verdes.

—Muy bien —dijo él—. Puedes quedarte. Pero cuando yo diga «¡Fuera!» quiero decir «¡Fuera!». ¿Queda claro?

Ella asintió, y Connor miró a Dancer.

—¿Va a dejar que se quede aquí?

—Es lo que acabo de decir. Y no vas a intentar convencerme de que no lo haga, ¿no?, porque eso tampoco tiene ningún sentido. ¿Para qué la has traído aquí, si no ibas a dejarla quedarse?

—Yo no he dicho que no vaya a dejarla aquí. Pero a lo mejor esperaba que recuperara la razón, ¿no? O que usted se diera cuenta del disparate que es todo esto...

Dancer entornó los ojos para mirar el rostro serio de Connor.

—Tú no eres el más indicado para hablar de razón —dijo—. Por lo menos, hasta que consigas una poca para ti.

La mirada de Connor se volvió más distante.

—Probablemente esté en lo cierto —dijo con sequedad.

Su silla arañó el suelo cuando se puso de pie.

—Voy a descargar los víveres que le hemos comprado en la ciudad. Luego me iré. Maggie, ¿quieres ayudarme?

Ella sintió su cólera rígida y fría, pero lo siguió hasta el exterior. Observó que Dancer se quedaba dentro.

—¿De verdad creías que iba a cambiar de opinión? —preguntó.

—No. —Empezó a trasladar sacos de grano desde el carro al pequeño porche de entrada de la cabaña—. Pero no creí que eso

importara.

«Que me importara a mí», estuvo a punto de decir.

Ella dio un sentido distinto a sus palabras.

—Te dije que Dancer me acogería.

Él la dejó pensar lo que quisiera y comentó:

—Lo recuerdo. Y yo creí que no sabías de lo que hablabas.

Maggie tiró de sus maletas y las lanzó al porche.

—Pues ha quedado muy claro.

—Lo que no entiendo es por qué deja que te quedes.

Connor tiró un saco de maíz, tan fuerte que se rasgó por una costura; maldijo en voz baja y contuvo su frustración.

—Y no es porque seas hija de Jay Mac ni hermana de Rennie... Es otra cosa.

Maggie se subió a la parte trasera del carro y empezó a empujar cajones y sacos hacia Connor para que él los descargara.

—Yo no voy a mirarle el diente a un caballo regalado —dijo—. ¿Tanto te importa saber el porqué?

—Aunque suene raro, sí.

En silencio, terminaron de descargar los víveres de Dancer y las pertenencias de Maggie. Después, ya con la carga del carro más ligera, Connor desenganchó una de las yeguas y la llevó al pequeño cobertizo-establo de Dancer.

—Tal vez la necesites —aventuró.

Maggie se quedó sin habla. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Connor se puso delante de ella, con las manos a los costados. Sentía ganas de zarandearla..., y de abrazarla.

—Siguiendo el arroyo justo hacia el norte se llega al «H Doble»: tuerce a la izquierda en cada bifurcación. No tardarás ni tres horas en estar en mi tierra, pero no lo intentes cuando haya más de unos cuantos centímetros de nieve. El rancho está en un valle, pero todos los puertos se llenan de nieve. No se puede pasar.

Ella asintió mordiéndose el labio inferior, consciente de que nunca lo intentaría. Sus oscuros ojos verdes se clavaron en los de él.

—Entonces ya está.

Ella volvió a asentir.

—No tienes que quedarte —dijo él.

—No, te equivocas: eso es lo único que sí tengo que hacer.

Connor escudriñó su rostro y vio que toda sombra de indecisión había vuelto a desaparecer.

—Te deseo buena suerte.

Le pareció que aquellas palabras eran insuficientes, que expresaba su sentimiento con demasiada rigidez como para que sonara sincero. Entonces alargó la mano para tocarla, pero se dio cuenta de lo que hacía y se detuvo.

—Maggie...

Ella reaccionó al percibir el ardor de sus ojos y la duda cautelosa de su voz. Entonces se puso de puntillas y le colocó las manos en los hombros. Después alzó la cara, se apoyó en él y apretó la boca contra la

suya. Las manos de Connor se ajustaron a la curva de su cintura y la abrazaron con fuerza, sujetándola contra su cuerpo.

La luz del sol los calentaba. La brisa la despeinó, y su pelo revoloteó sobre los hombros de él, al tiempo que la falda se le rizaba entre las piernas. La boca de él se movía sobre sus labios entreabiertos. Ella deslizó los dedos en torno a su cuello y los enredó en su tupida cabellera..., y además correspondió a su beso por completo.

Fue Connor quien se apartó, y Maggie quien respiró de forma entrecortada y soltó una risa un poquito nerviosa. La luz del sol aún los acariciaba, pero la brisa había amainado. El pelo resbaló de nuevo de los hombros de Connor, y la falda cayó sobre la esbelta línea de las piernas de Maggie.

—Adiós, Connor —dijo ella en voz baja, nada satisfactoria—. Gracias.

Quiso decir otras cosas, pero no salió nada más de su garganta.

—Adiós.

Connor subió al carro y sacudió las riendas.

Maggie lo miró hasta que se perdió de vista pero él no se volvió a mirar. Entonces ella dio media vuelta despacio, vio que Dancer la miraba desde la ventana y entró en la cabaña.

—Parece que no teníais demasiadas ganas de despediros —dijo, observándola con atención—. ¿Sabe lo del niño?

La pregunta la sobresaltó. El motivo por el que Dancer la dejaba quedarse era el niño; ella contaba con que reconocería su estado y sabría

reaccionar.

—No, no lo sabe.

—¿Es el padre?

—Sí.

Dancer buscó en el bolsillo y sacó una bolsa de tabaco; tomó una pizca, se lo metió entre el labio inferior y los dientes, y lo aplastó con la lengua.

—Vaya si sé lo que está pasando... —dijo; tiró la bolsa sobre la mesa—. Y ahora, ayúdame a meter esos víveres. Puedes poner tus cosas debajo de la cama y en esos colgadores que están junto al hogar. No tiene sentido que te vayas al altillo: dentro de unos meses no estarás para subir escaleras de mano, y eso no hay quien lo niegue.

Maggie no subió por ninguna escalera de mano, aunque sí hizo todo lo demás. A medida que fue pasando el verano trabajó al lado de Dancer, salvo cuando éste iba a sus minas. Él rara vez la ponía a prueba, pero en cambio tenía expectativas. No le pedía que hiciera nada que no hiciera él mismo, ni que hiciera algo que no hubiera hecho nunca sin enseñárselo primero.

Así fue cómo Maggie aprendió a lavar la ropa en el río sin que se le fuera flotando corriente abajo, y a partir astillas sin cortarse de un tajo los dedos de los pies. Acarreó agua y horneó pan; barrió el suelo, quitó el estiércol de las casillas de los caballos y limpió el retrete. Aprendió a usar

ácido para separar, sin quemarse, el oro de Dancer del mineral. Recogió zarzamoras y frambuesas, y aprendió a hacer mermeladas. Desherbó, trabajó con la azada y recogió verduras del huerto de Dancer, y también descubrió que, aunque una parte de la cosecha iba a la mesa y otra al sótano de las verduras, había otra parte que desaparecía en un lugar que no se veía desde la cabaña. Un día siguió a Dancer cuando se llevaba unas patatas y dio con su alambique; fue entonces cuando aprendió cómo se destilaba el licor.

Al principio le parecía que siempre estaba cansada; Dancer juraba que era capaz de echar una siestecilla hasta apoyada en un azadón. Tan pronto como se retiraban y fregaban los platos, se derrumbaba en su estrecha cama, y cuando Dancer subía la escalera de mano hacia el altillo, ya estaba dormida.

Maggie no supo con exactitud cuándo cambió aquello; sólo sabía que cambió. Poco a poco fue tomando conciencia de no ir ya sesteando por los rincones, de que era lo bastante fuerte como para trabajar con más eficacia y de que algunas noches era ella quien bajaba las lámparas después de que Dancer se hubiera ido a dormir.

También hubo otros cambios, tan lentos que resultaban difíciles de advertir. Los pechos se le volvieron pesados y sensibles, y el abdomen se le redondeó. Ahora tenía un persistente dolor en la región lumbar, y su paso se había vuelto menos elegante. A veces su humor era tan impredecible como el tiempo. Tuvo que soltar la entallada cintura de sus trajes hasta que por último empezó a usar un vestido suelto. Tomó la

costumbre de alisarse la tela sobre la tripa cuando estaba sumida en sus pensamientos, y sonreía para sí cuando el niño daba pataditas.

Había tenido mucho tiempo para acostumbrarse a la idea de tener un hijo —desde que disolvió las «infalibles pastillas francesas» de madame Restell en el lavabo de su cuarto de baño—, pero sólo al llegar a casa de Dancer empezó a pensar en ser madre. Cuando estaba junto a Connor le fue imposible dar vueltas a aquella contingencia: era más importante la negación, un estado de ánimo decisivo para impedir que él supiera la verdad. Ahora su especialidad era preocuparse.

La preocupaba no saber cómo alimentar al niño, o cómo jugar con él. La preocupaba dejarlo caer, o perder la paciencia, o no saber lo que significaba su llanto... La preocupaba la posibilidad de malcriarlo, de frustrarlo o de no enseñarle lo que necesitaba saber. ¿Era lo bastante lista para ser madre? ¿Lo bastante cariñosa? ¿Lo bastante amable? Sólo había una cosa que no la preocupaba: amarlo.

Dancer no entendía cómo Connor no se había dado cuenta de algo que él sospechó casi al instante, pero Maggie abandonó sus intentos de explicárselo porque a Dancer le parecía de lo más interesante que ella acudiera tan rápido en defensa de Connor... La aguda risa del buscador de oro siempre resultaba más crispada y más áspera cuando se daba aires de superioridad, de modo que Maggie procuraba no darle muchas oportunidades de mostrarla. Así pues, dejó que pensara lo que quisiese, porque de todos modos eso es lo que hacía, y se conformó considerando que había tomado la mejor opción al no decirle a Connor que no había

abortado.

Si Dancer la fastidiaba con algunas cosas, con otras era más que comprensivo. A medida que pasaron las semanas fue paciente con su lentitud y su falta de agilidad. Tampoco la regañó nunca por no saber algo que él consideraba simple sentido común. Él hacía preguntas pero rara vez investigaba, y además atendía a las respuestas.

Durante el verano, entremezcladas con las tareas que tuvo que aprender, Dancer Tubbs le enseñó a Maggie las cosas que ella deseaba aprender. Al verla apretarse la espalda con la base de la mano y hacer una mueca de dolor, le mostró cómo preparar una infusión de sauce blanco; cuando se dio cuenta de que a veces sufría náuseas matinales, puso en remojo sello de oro con una pizca de jengibre para aliviarlas.

Con Maggie, Dancer prefería el enfoque metódico y primero le hacía identificar la planta en su estado silvestre. Los sauces blancos tenían ramas color verde oliva y la corteza arrugada, de un tono castaño apagado. En una taza de agua fría se colocaban unas cuantas cucharaditas de la parte interior de la corteza y se dejaban a remojo durante dos horas; luego se llevaban a ebullición y se dividían en tres dosis. En pleno verano recolectaron plantas que crecían en la naturaleza o que Dancer cultivaba especialmente. Siempre salían cuando el sol estaba en su cenit, haciendo caso omiso del calor, con el fin de coger plantas sin rastro alguno de rocío y de agua. Él le enseñó a seleccionar una planta en su condición óptima: había que elegir la flor cuando estaba a punto de abrir, o cuando el brote hubiera llegado a su máximo punto

de crecimiento. A continuación se extendían las hierbas y se dejaban secar; algunas se conservaban en alcohol, otras en aceite de girasol. Maggie aprendió a hacer infusiones, tisanas, bálsamos, aguas de lavar y emplastos, y también aprendió cuándo y cómo emplear cada uno de ellos.

Las hojas y brotes de berro constituían un remedio excelente para la gota. Un jarabe hecho de corteza de cerezo negro silvestre se usaba para la tos, los resfriados y la diarrea. Las hojas de gaulteria, preparadas en aceite, aliviaban el dolor de garganta. En forma de infusión, el ajeno era útil para la indigestión y el ardor de estómago, pero preparado como aceite era un poderoso veneno.

Ante el cierto regocijo de Dancer, Maggie escribía cuanto aprendía en un diario. Allí hacía detallados dibujos de las plantas, recogía sus nombres, su preparación y cómo debían utilizarse. Algunas noches se quedaba trabajando hasta la madrugada.

Sentía que iba ganándose el reticente respeto de Dancer. A él nunca parecían importarle su curiosidad o sus interrogatorios, salvo que, sin querer, entrara en lo personal. Aprendió mucho de Dancer Tubbs..., salvo el origen de su conocimiento. Sospechaba que en su mayor parte bebía de fuentes indias, pero que su experiencia de vida con ellos no le había resultado agradable; posiblemente, aprendió a curar para sobrevivir, y lo echaron por robar los poderes al chamán. Dancer nunca confirmó del todo sus suposiciones, pero a medida que fueron trabajando codo con codo, día tras día, Maggie percibió sutiles indicios

de que sus conclusiones eran correctas.

Para ella, el hecho de mantenerse ocupada supuso un bálsamo mejor que cualquier remedio de hierbas. El trabajo la sustentaba aquellos días en que, de otro modo, sus pensamientos se habrían centrado en Connor, y además la dejaba agotada a la hora de acostarse, de forma que no tenía que pensar en lo distintas que serían las cosas si estuviera a su lado. Sin embargo, recordaba el beso de despedida; cómo la boca de él se movía sobre la suya, la textura de su cabello bajo sus dedos, aquel aliento que compartieron cuando se separaron...

Dancer entró en la cabaña dando fuertes pisotones.

—¿Otra vez echando de menos a tu hombre? —preguntó.

Un pegote de tierra de la puntera de su bota cayó al suelo. Puso el rifle en el perchero que había junto a la puerta, cogió la escoba y lo barrió antes de que Maggie le dedicara una de sus remilgadas y quisquillosas miradas.

—Pues sí que estás echando de menos a tu hombre.

Apoyó la escoba en la pared y se quitó el sable.

—Yo no tengo ningún hombre —respondió ella.

—Pero no se puede negar que tuviste uno, ¿eh?

Se rió de su grosera broma, y entonces Maggie lo miró fijamente hasta que él apartó la vista. Luego bajó la cabeza en un gesto de disculpa.

—Perdón.

Al oírse a sí mismo, añadió:

—Sí que estoy adquiriendo buenos modales...

Entonces le tocó reírse a Maggie, porque daba la impresión de que la idea parecía que no le agradaba demasiado a Dancer Tubbs. De pronto la risa dio paso a una exclamación.

—¿El niño?

Maggie asintió.

—Una buena patada esta vez.

—Debe de ser el calor lo que lo pone tan activo. —Se limpió la frente con el antebrazo—. Hacía años que no había un veranillo del membrillo como éste.

Cuando las patadas disminuyeron, Maggie se relajó, se echó hacia atrás y se dedicó a balancearse otra vez en la mecedora. Luego cogió su costura y empezó a coser el camisón del niño. En sus prisas por salir de Nueva York antes de que su familia supiera que estaba embarazada, no pensó mucho en qué se pondría al nacer; ahora estaba empeñada en la tarea de hacer una canastilla cortando enaguas y vestidos, a pesar de que las labores de aguja siempre ponían a prueba su paciencia.

Dancer la vio pincharse el dedo y dio un suspiro. Entonces se lavó las manos en la palangana y le quitó la costura del regazo.

—No entiendo cómo se te dan tan bien casi todas las cosas y no sabes dar una puntada ni aunque te maten.

Se dejó caer en una de las sillas de la mesa y empezó a coser el dobladillo él mismo.

Por una vez, Maggie se permitió disfrutar de no hacer nada. Los últimos coletazos de verano estaban agotando sus energías. Cerró los

ojos y se balanceó con suavidad.

—¿Ha visto a alguien que viniera hacia aquí desde el «H Doble»? — preguntó.

Llevaba preguntándole lo mismo desde mediados de agosto.

—Ni un alma —respondió Dancer—. Quizá Connor Holiday ha decidido que no va a divorciarse de ti...

Ella alzó las pestañas un segundo y lo miró directamente, con aire escéptico.

—No lo creo. Me odia.

—¿Te odia y te besó como si quisiera tragarte?

—Connor aceptó lo del divorcio.

Dancer se encogió de hombros, y con aquel movimiento la piel llena de cicatrices de su cuello dio un tirón.

—Un hombre cambia de opinión, igual que una mujer.

—Él no —señaló Maggie con serena confianza—. Me parece que es el hombre más honrado que conozco.

Connor no tenía por qué compartir con ella los penosos detalles íntimos de su primera noche juntos; no tenía por qué aceptar responsabilidad alguna por lo que ocurrió, cuando era más fácil desembarazarse de ella acusándola de prostituta.

—Aceptó, y alguien vendrá con los documentos del divorcio. Ya lo verá.

—Espero que sea pronto —dijo Dancer sin darle importancia.

Su mirada se dirigió al altillo y luego, al darse cuenta de lo que

hacía, se desvió.

—Estoy un poco harto de estar al acecho sólo para que él no te vea primero.

Cortó con los dientes una hebra de hilo, inspeccionó su obra y se declaró satisfecho. Después dejó la prenda infantil sobre la mesa.

—¿Has pensado ya en un nombre para el niño?

—Estoy pensándolo todavía.

—Dancer es un buen nombre... —sugirió él.

—Voy a tener una niña.

—Pues sigue siendo un bonito nombre.

Maggie sonrió con melancolía. Sus expresivos ojos se posaron amables en el desfigurado rostro del buscador de oro.

—Es un nombre muy bonito.

Dancer bajó la cabeza otra vez, en esta ocasión con verdadero desconcierto. Por lo general no le importaba que Maggie lo mirara: en su mirada nunca había piedad. Sin embargo, sentir su cariñosa gratitud le resultó casi igual de incómodo. Quiso hacer que dejara de mirarlo, y su ronca voz sonó desafiante.

—¿Sabes por qué me lo pusieron?

—No —dijo ella, sonriendo todavía—. ¿Por qué?

—Cuando la explosión de la mina me incendió la cara, dicen que bailé como el mismo diablo.

Sin poder evitarlo, Maggie palideció. Al recuperarse vio la sonrisa satisfecha de Dancer.

—A veces, Dancer Tubbs, es usted un hombre realmente antipático —dijo, mirándolo con los ojos centelleantes.

—Eso no hay quien lo niegue.

Maggie se levantó de la mecedora, se puso el sombrero de paja y salió de la cabaña. La risa de Dancer la siguió hasta el porche. Entonces cerró la puerta, y el ancho arroyo que bordeaba el jardín atrajo su atención; fue sin prisas a la orilla y empezó a caminar siguiendo el curso del agua. En un impulso, se quitó los zapatos y las medias, los dejó caer en la hierba y siguió su paseo; de vez en cuando, cada pocos pasos, metía un pie en el agua.

Se puso la mano sobre la redonda tripa.

—¿Qué te parece «Dancer» como nombre? —preguntó.

La patadita que sintió en seguida le pareció oportuna, pero no supo cómo interpretarla. Se rió.

—¿Eso era sí o no? —Otra patadita, esta vez justo debajo de las costillas—. Me parece que es un no...

Maggie se recogió el bajo de su falda y entró hasta la mitad del arroyo; movió los dedos de los pies sobre unos lisos guijarros hasta enterrarlos.

—La madre de Connor era Edie... —le dijo a su niña—. No se lo pregunté, pero creo que era una abreviatura de Edith. ¿Te gusta?

No hubo respuesta.

—Bueno, pues a mí no —dijo—. Por lo menos así, solo.

De un puntapié hizo volar los guijarros, y luego terminó de cruzar el

riachuelo. Manteniéndose cerca de la orilla, prosiguió su paseo hacia el norte.

—¿Y Mary Edith? Tus tías pasarían el resto de sus vidas peleándose por saber por cuál de ellas te llamabas así.

Le pareció una buena broma para sus hermanas. Con más firmeza, repitió:

—Mary Edith —probó el nombre unas cuantas veces más—. Me gustará pensar...

En aquel instante el ruido de unos jinetes que se aproximaban a caballo interrumpió las meditaciones de Maggie. Ella oteó la zona rápidamente buscando refugio, y luego se dirigió a toda prisa hacia el cobijo de unos pinos. Los jinetes la alcanzaron antes de que hubiera recorrido la mitad de la distancia que separaba el arroyo y los árboles. Uno de ellos le cortó el paso con el caballo, mientras el otro la custodiaba por detrás.

Al verse rodeada, Maggie bajó el antebrazo en ademán protector y lo cruzó ante el abdomen. Se dio media vuelta para hacer que los jinetes la flanquearan a ambos lados pero ellos dieron media vuelta a su vez y bloquearon todo intento de huida.

La cabeza le daba vueltas; lo que más la asustaba, pensó, era que el jinete que tenía delante se parecía un poco a Connor... Realmente el parecido no era tal, pero durante un segundo su figura, su baqueteado chaleco de piel, su pelo y sus ojos oscuros la habían engañado. Y aunque fuera absurdo, sintió una fugaz sensación de alivio al ver que aquel

amenazador extraño no era Connor Holiday.

Maggie contuvo la respiración y bajó el brazo despacio. Al echar una rápida y furtiva mirada sobre el hombro, vio que el jinete de la retaguardia tenía más edad, pero se parecía lo bastante al otro como para deducir sin dificultad que eran parientes.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó, manteniéndose firme.

Esperaba que al mostrarse firme, prepotente incluso, se avergonzarían de haberla asustado, pero su esperanza no tardó en desvanecerse: el jinete de atrás se rió de ella.

—Oye, Tuck —dijo con amabilidad—, ¿tú habías oído decir que Dancer tenía una mujer?

—Nunca.

Los negros e inexpresivos ojos del tal Tuck se posaron en la tripa de Maggie; luego echó atrás un poco el ala de su sombrero.

—Y parece que está a punto de ser padre también.

—¿Qué quieren ustedes? —insistió Maggie.

—Me llamo Freado, señora —dijo el jinete de más edad—. Y estamos buscando a Dancer.

—Bueno, pues ya ven que no está aquí.

—Claro que lo veo. Y lo que estoy pensando es que sería buena idea que usted viniera con nosotros a su cabaña... Que se siente con nosotros mientras lo esperamos.

—Sin duda pueden ir sin mí —dijo ella—. Parece que conocen el camino.

—Ah, Tuck y yo ya hemos estado por aquí... —dijo Freado—. Sólo que entonces Jack venía con nosotros. Usted no ve a Jack ahora, ¿verdad?

Maggie negó con la cabeza.

—Eso es porque Dancer le disparó un tiro.

—¿Ya no cabalga con ustedes? —preguntó Maggie—. ¿Es eso lo que quiere decir?

Esta vez fue Tuck quien respondió.

—Lo que Freado quiere decir es que su hermano murió. ¿Le queda ya bastante claro?

A Maggie le quedó tan claro como para sentir que se le encogía el estómago. Sin saber muy bien adonde quería ir, trató de salir de entre los caballos, pero su intento fue bloqueado al instante.

—Déjenme pasar —dijo con frialdad.

Freado se rió.

—Vaya, le gusta dar órdenes.

Los dos hombres no cruzaron ni una palabra más, pero Maggie vio que la llevaban hacia la cabaña. Al pasar por donde había dejado los zapatos y las medias, no la dejaron recogerlos, sino que la hicieron seguir adelante. Se le mojó el bajo del vestido cuando la hicieron cruzar a toda prisa el arroyo, y luego tuvo que subir el montículo hasta la cabaña. Maggie vio que Dancer estaba esperándolos en el porche, y apenas supo si sentirse agradecida o preocupada. Al acercarse vio que bajaba la escopeta, y fue entonces cuando se dio cuenta de que Freado iba apuntándole a la espalda con su revólver.

—Tira la escopeta —chilló Tuck a Dancer—, o de lo contrario Freado le hará un agujero a tu mujer. A lo mejor le nace un agujero a tu niño.

Sin vacilar, Dancer tiró el arma.

—¿Qué queréis, tíos?

Freado siguió apuntando a Maggie con el revólver.

—Es muy amable que ahora preguntes. La última vez no te tomaste esa molestia; según recuerdo, disparaste primero.

Dancer se frotó la parte de la cara que tenía cubierta de cicatrices. Sus vivos ojos azules se entornaron.

—A lo mejor fue porque dejasteis muy claro que no tramabais nada bueno. Los tres merodeabais por mis minas como si fuerais buscando algo en especial.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Tuck—. Todavía buscamos algo especial... Sólo que esta vez me parece que vas a enseñarnos dónde tenemos que mirar.

Maggie no necesitó que le explicaran nada. Tuck y Freado buscaban el oro de Dancer, y esta vez iban a conseguirlo porque ella andaba por allí en medio... Trató de establecer contacto ocular con Dancer para expresarle que no quería que les diera el oro por su causa, pero él se negó a mirarla. Sus encendidos ojos ardientes no se apartaban del revólver de Freado, de modo que ella tuvo que expresarse de viva voz.

—No haga lo que ellos quieren por mí, Dancer. Yo sabía los peligros de venir aquí; los acepté, y sigo aceptándolos.

—Tienes una buena mujer —dijo Freado—: todo corazón y nada de

sentido común... Así debió de ser como la metiste en el saco.

La desfigurada boca de Dancer se redujo a una fina línea. La telaraña de cicatrices de su cara se volvió blanca.

—¿Esperaréis aquí mientras voy a por lo que queréis?

Tuck se rió.

—Me parece que no. No vas a irte de un salto. Tu mujer es guapa, pero no vale el oro que Freado y yo creemos que tienes... Yo iré contigo para asegurarme de que nos das hasta la última pepita que tienes enterrada en tus minas.

Dancer Tubbs se apoyó en uno de los postes del porche.

—¿Estás dispuesto a cavar para sacarlo? —preguntó—. Porque lo que tengo enterrado está bien hondo.

Tuck dio una palmadita al rifle que llevaba enfundado junto a su silla de montar.

—Me parece que cavarás tú —dijo—. Al menos, este Remington dice que lo harás.

Maggie alzó un brazo en un gesto de ruego dirigido a Dancer, al tiempo que decía:

—No tiene que hacerlo.

Él hizo caso omiso de ella.

—¿Quién va a venir conmigo?

Al instante, Tuck hizo avanzar su caballo.

—Yo. Freado se quedará con tu mujer para que sepas que sería una locura tratar de regresar sin mí.

—Te traeré de vuelta... —murmuró Dancer.

Por fin sus ojos se apartaron del arma de Freado y se posaron en el pálido rostro de Maggie.

—O a alguien igual que tú.

Sin esperar a ver si ella comprendía lo que quería decir, sus ojos fueron más allá de Maggie, en dirección a Tuck.

—¿Vas a hacerme caminar? —preguntó—. ¿O vas a dejar que ensille? Tenemos un buen trecho hasta llegar adonde quieres.

—Puedes ensillar —contestó Tuck—. ¿Crees que volveremos al anochecer?

—Eso me parece.

Tuck asintió, dejó que Dancer se fuera al establo y miró a Freado. En voz lo bastante alta como para que se oyera, añadió:

—Si no me ves cruzar ese arroyo al anochecer, máatala.

Maggie vio que Dancer detenía un segundo sus zancadas y supo que había oído la amenaza.

Tuck se frotó la mandíbula con el dorso de una enguantada mano. Entonces, por encima de la cabeza de Maggie y sin emitir ningún sonido, sólo moviendo la boca, dijo:

—Vendré solo.

Esta vez únicamente su compañero entendió el mensaje.

Connor Holiday se quitó los guantes, se inclinó hacia adelante en la

silla de montar y dio unas palmadas en el cuello a *Tormenta*. «Buena escalada», dijo alabando a su montura. Luego se volvió a mirar los afloramientos rocosos y las angostas lomas que *Tormenta* había conseguido subir, y de nuevo se dijo que su caballo era mitad cabra montes.

—Y ahora tenemos que encontrar esa vaca. Es un misterio cómo diablos ha subido hasta aquí.

Por debajo de él se extendía un amplio sector del «H Doble»; era imposible no sentirse cautivado por aquella vista.

La casa del rancho, hecha de troncos, estaba situada en la suave curva de la ladera occidental del valle. El verdor de los pinos y la tupida hierba que la enmarcaba daban la impresión de ser terciopelo esmeralda. El corral, el establo y las demás dependencias estaban más cerca de la fuente de agua; el ganado y los caballos vagaban por la propiedad cruzando de norte a sur. Una curva cinta de agua cruzaba la propiedad de norte a sur. La luz del sol incidía en ella y le prestaba la cualidad reflectante de un espejo, mientras la brisa hacía temblar los álamos y la falda de la colina resplandecía de color.

Incluso desde aquella distancia, Connor distinguió la actividad de sus cuatro peones. Ben trabajaba en la misma puerta de la herrería, ajustando herraduras a los caballos con vistas al próximo trabajo. Buck y Patrick se turnaban en otra tarea: que los tirara al suelo la más reciente incorporación de Connor a la cuadra... Y el humo que se elevaba de la casa indicaba que Luke estaba empezando a preparar la cena.

—O a quemarla... —dijo Connor en voz alta.

Tormenta resopló y Connor volvió a darle unas palmadas.

—Echas de menos a Woody igual que los demás, ¿verdad, chico?

Con ganas de ver mundo, tres semanas antes el cocinero del «H Doble» se había marchado en dirección a California. Nadie esperaba que fuera a volver pronto, si es que volvía, de modo que ahora los cuatro peones restantes y el propio Connor cocinaban por turnos. Ninguno de ellos lo hacía bien, porque ninguno quería quedarse fijo en aquel puesto. Durante tres semanas se las habían apañado, sin más, y también habían ido ajustándose el cinturón a medida que perdían peso. Más divertido que frustrado por aquella situación, Connor había decidido que dejaría pasar otra semana más o menos, antes de mandar a Ben a Cannon Mills para que contratara a otro cocinero.

—Ben empieza a tener una pinta bastante hambrienta; me parece que no se pasará tres días en el burdel, sabiendo que lo necesito aquí.

Tormenta se removió inquieto.

—Muy bien, vamos a buscar esa vaca.

Hizo que su montura se apartara del precipicio y entonces, mucho más abajo, un movimiento le llamó la atención. Detuvo a *Tormenta*, dio media vuelta de nuevo y volvió a examinar el valle.

Al principio no los vio, semiocultos por los pinos, pero luego caballo y jinete entraron como una flecha en el claro, cruzaron el arroyo entre grandes salpicaduras y siguieron derechos hacia el corral. El ganado que pastaba se dispersó, asustado, y sus mugidos reverberaron por todo el

valle, subiendo hasta alcanzar a Connor y hacer que *Tormenta* enderezara las orejas.

Connor entornó los ojos y miró con atención al jinete cuando, de un salto, éste se apeó del caballo y fue hacia Buck y Patrick, que estaban en la valla del corral. Seguramente eran figuraciones suyas, pero aquel jinete le resultaba familiar... El sol lo engañaba... Pero cuanto más lo miraba, más se convencía. Se bajó el sombrero para protegerse los ojos del reflejo del sol en el agua. Entonces vio que Buck y Patrick alzaban al mismo tiempo el brazo derecho y señalaban más o menos su posición en la ladera; cuando el desconocido se volvió, Connor supo con certeza que no habían sido imaginaciones suyas.

Dancer Tubbs había abandonado sus tierras... Y aquello sólo podía significar una cosa: algo le había ocurrido a Maggie.

Guiado por Connor, *Tormenta* realizó un descenso temerario; cuando llegaron al corral, el caballo estaba cubierto de espuma y se encontraba al límite de su resistencia. Buck y Patrick ya no estaba solos con Dancer; Luke había salido de la casa, y Ben había dejado la herrería y se había unido a ellos. Sentados en el barrote superior del corral, los cuatro peones observaron la vertiginosa llegada de Connor con una expresión donde se mezclaban a partes iguales el interés y la preocupación. No habían conseguido sacarle nada a Dancer Tubbs, pero sabían que su presencia allí tenía algo que ver con el malhumor que, últimamente, caracterizaba a Connor.

Connor desmontó de un salto y se encaró con el buscador de oro; la

tensión irradiaba de todo su cuerpo.

—¿Qué le ha pasado a Maggie?

Dancer, que había estado bebiendo agua de un cazo, vació la que le quedaba, se lo devolvió a Luke y luego se secó la boca en la manga de su chaqueta azul grisácea, manchada de sudor.

Al ver que tardaba en responder, Connor apretó las manos, convirtiéndolas en puños; tenía los nudillos blancos de tanto apretar.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Dígame algo antes de que lo tumbe de un puñetazo, viejo.

El buscador de oro no se acobardó.

—Esta tarde vinieron dos hombres con la intención de robarme mi oro. Ya los había visto antes, y la última vez maté a uno de sus parientes. Antes de dar conmigo, cogieron a Maggie. Uno de ellos, que se llama Freado, la retiene en mi cabaña hasta que yo vuelva con el oro. Es peligroso, tanto si vuelvo con el oro como si no, y no me fío de poder ayudarla yo solo.

—Ha dicho que había dos hombres —señaló Connor.

Los ojos azules de Dancer se volvieron un poco más fríos.

—El otro está muerto —escupió—. Se volvió demasiado codicioso y se le olvidó vigilar su espalda.

El buscador de oro torció la boca a un lado.

—El caso es que se parecía un poco a ti; Tuck, se llamaba.

En aquel momento intervino Ben, un hombre de cuello grueso con las manos como jamones, negras de su trabajo en la herrería. Se las

limpió en el delantal de cuero al tiempo que comentaba:

—Se refiere a Steve Tucker; yo lo he visto rondando por Cannon Mills. Dancer tiene razón: se parece un poco a usted.

—Se parecía —corrigió Connor—. Se parecía un poco a mí.

Miró de nuevo a Dancer.

—¿Y cómo encaja eso en su plan?

Porque no tenía duda de que Dancer Tubbs tuviera un plan.

—Tuck pretendía matarme —dijo Dancer—; no creí ni por un instante que fuera a hacer otra cosa. El de la cabaña sólo lo espera a él. Y si no está allí al anochecer, ese hombre matará a Maggie.

No tuvo que añadir que tal vez aquello hubiera ocurrido ya. Vio que Connor era consciente de ello... y, además, de muchas otras cosas.

—Entonces debemos irnos ya —dijo Connor con voz tensa—. Buck, trae un caballo de refresco para mí y otro para Dancer.

Dancer detuvo a Buck cuando se disponía a llevarse su caballo.

—Un segundo. Éste es el de Tuck, y Connor lo necesitará para volver. La ropa de Tuck está en la alforja. —Miró a Connor—. Póntela; no vale la pena correr riesgos.

Connor asintió. Sacó la ropa y empezó a desvestirse.

—Buck, de todas formas saca dos caballos. Dancer y yo viajaremos más rápido si vamos en monturas de refresco, y el animal de Tuck irá mejor sin jinete. Cambiaré de caballo justo antes de que lleguemos a la cabaña.

Buck salió corriendo, y sus largas zancadas lo llevaron en seguida al

establo. Patrick se subió el ala del polvoriento sombrero negro, y su gesto dejó ver un flequillo de vivo color rojo. Al desaparecer la sombra que le cubría el rostro se apreció una rociada de pecas sobre el caballete de la nariz.

—¿Quiere que vayamos? ¿Que le cubramos la espalda?

Connor miró a Dancer.

—¿Es preciso?

El buscador de oro negó con la cabeza.

—Para mi plan sólo hacen falta dos. Mientras Connor se ocupa de la distracción, yo me encargaré de la reacción.

Aunque Luke rara vez sonreía, le pareció que aquello bien valía una pequeña sonrisa. A continuación se dejó caer del travesaño, recogió la ropa que había dejado Connor y la lanzó sobre la valla del corral.

—No me importa ir a su lado.

Connor se puso la camisa de Tuck.

—Gracias, pero otra vez será, Luke.

Luke asintió con una expresión seria en los grises ojos; vio la rigidez de la mandíbula de Connor y se dio cuenta de que su amigo necesitaba hacer aquello solo. Entonces se apoyó en la valla y, hábilmente, cogió el sombrero de Connor cuando fue volando hacia él.

Connor se puso el sombrero de Tuck, dio un tirón al ala y miró a Dancer.

—¿Lo engañará esto?

—La verdad es que no importa, ¿no? Creo que vendrías de todos

modos.

—Tiene razón.

Por un instante Dancer observó a Connor con atención.

—Entonces hay algo más que debes saber —le confesó—: Maggie está embarazada.

Con el mismo aliento con que llamaba a Dancer «cabrón», Connor echó atrás el puño. Luke se puso en medio y bloqueó el golpe con su antebrazo.

Dancer se mantuvo firme y se frotó la mandíbula como si, de todos modos, lo hubieran golpeado. Su torcida sonrisa tiró de su cara en una mueca grotesca que le blanqueó aún más las cicatrices. Después dijo:

—Me siento halagado. —Se oyó el crepitar de su risa aguda—. Vaya si me siento halagado...

—Pero ¿qué está diciendo?

Luke soltó el brazo de Connor y le preguntó:

—¿No es evidente?

Luego miró a Patrick y a Ben, y ellos asintieron. En actitud expectante, Dancer seguía aguardando a que Connor comprendiera lo que todos los demás sabían.

Al fin Luke se impacientó.

—Es que el niño es suyo, Connor.

—No es posible; ella...

Connor no terminó la frase. Buck se acercaba ya con los caballos.

—Vamos —dijo en tono tenso.

Se ajustó la cartuchera y le dio a Dancer el rifle de Tuck.

—No me dé motivo para arrepentirme de no haberlo usado con usted —le espetó.

Acto seguido, tiró bruscamente de las riendas del bayo y no se volvió para mirar si Dancer iba tras él.

Maggie se balanceó despacio; el constante crujido de las patas de la mecedora en el suelo le resultaba tranquilizador. Se había pasado el día alzando la vista de su costura para mirar por la ventana. En esta ocasión vio que brillaba una luciérnaga... Y luego vio otra. Calculó que quedaba poco más de una hora de luz.

En realidad, la sorprendía estar viva. Cuando Tuck y Dancer se marcharon, creyó que Freado la mataría, a pesar de las instrucciones. Pero al ver que no era así, empezó a tener esperanzas..., y ahora que caía el crepúsculo le parecía una crueldad que le hubiera permitido tenerlas. De no ser por su niño, pensó, tal vez ya haría horas que le habría rogado que la matara sin más y dejara de torturarla con aquella posibilidad.

Freado sacudió su revólver en dirección a ella.

—¿Quiere dejarlo ya? —le espetó.

Maggie sentía que el corazón le martilleaba en el pecho, pero alzó el rostro sin descomponer las facciones.

—¿Que deje qué? —preguntó.

—¡Que deje de mecerse! Pare ya o...

Hizo retroceder el martillo de su revólver.

Al instante Maggie posó los pies en el suelo, y el crujido se detuvo.

—¿Me siento en otro sitio? —preguntó—. Usted me dijo que me sentara aquí.

—Siéntese ahí..., pero no se balancee.

Era prácticamente imposible no hacerlo. Maggie volvió a su costura, pero al cabo de unos minutos estaba meciéndose otra vez... El estampido del arma de Freado la hizo saltar de la mecedora. La bala le dio a una de las curvadas patas; la madera se astilló y eso hizo que la mecedora se torciera hacia un lado.

Maggie se llevó la mano al corazón mientras intentaba contener sus latidos, y la costura cayó al suelo. Entonces abrió la boca para decirle todos los exabruptos que se le ocurrían, pero, desviando el revólver, él se adelantó:

—Ahórreselo; tengo esposa, de modo que ya me lo han dicho antes. Y ahora, siéntese.

Poco a poco, el color regresó a la cara de Maggie. Al agacharse para recoger la ropita infantil, vio que le temblaban las manos.

Reunió la dignidad que le quedaba y, en voz baja, dijo:

—Tengo que ir al retrete.

—¿Otra vez? —El tono de voz de Freado indicaba absoluta repugnancia.

—Estoy embarazada —repuso ella—. Mis necesidades son distintas de las tuyas.

—Está bien —dijo él en tono agrio.

Se apartó de la mesa y abrió la puerta trasera. Con un gesto de su arma, le indicó que fuera delante de él.

—No tiene que venir conmigo —dijo ella.

—A mí me parece que sí.

«Y no hay más que decir», pensó Maggie... Había hecho más viajes al retrete de los que necesitaba con la esperanza de que al menos una vez la dejara ir sola... Pero no había sido así, y esta vez tampoco no iba a ser distinto. Freado la acompañó; esperó fuera mientras ella hacía sus necesidades y luego le dio escolta de vuelta a la cabaña.

—Ahora, siéntese —ordenó él.

Ella cogió el cazo y comentó:

—Quiero hacer un té.

—Y después querrá salir otra vez afuera... Ya sé cómo va esto.

—Deje que le prepare uno. —Sus grandes ojos verdes lo miraron implorantes—. Necesito estar ocupada.

En un gesto impaciente, Freado se pasó los gruesos dedos por el rizado cabello.

—Está bien —concedió—. Hágame el maldito té.

—¿Quiere encender la hornilla?

—Ah, por amor de Dios —protestó él, frustrado—. Si por eso no he querido comer: demasiado jaleo... Hágalo usted misma.

En lugar de volver a la silla que había ocupado casi todo el día, en aquella ocasión Freado se sentó en la estrecha cama donde dormía

Maggie. Por la ventana tenía una buena vista del riachuelo sin dejar de verla a ella, que se afanaba en la hornilla. Al cabo de un instante, sin embargo, a medida que las luciérnagas empezaron a parpadear en cantidad cada vez mayor, perdió interés en las actividades de Maggie.

Ésta trató de ignorar la implacable llegada de la noche mientras preparaba la infusión de Freado; en lugar de eso, aguzó el oído por si escuchaba el sonido de unos jinetes.

Al fin se acercó a él con un tazón humeante.

—Aquí tiene —le ofreció.

Freado extendió la mano con la palma hacia arriba para indicarle que se detuviera.

—Póngalo en la mesa. No quiero que me lo eche por encima, y está demasiado caliente para beberlo ahora mismo.

Maggie estuvo a punto de gritar de frustración; su sentimiento se le traslució en la cara.

—¿Cree que no me había dado cuenta de su plan? —preguntó él—. Y siéntese ya, maldita sea.

Ella se sentó. La mecedora estaba torcida y la obligaba a sentarse de un modo que le daba dolor de espalda. Con la mano barrió la costura de la mesa y se la echó en el regazo, y luego trató de despejarse la cabeza de todo pensamiento. De pronto la áspera voz de Freado la devolvió al presente; no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que se sentó.

—Parece que no viene nadie —señaló él.

Se levantó de la cama, caminó hasta la puerta, la abrió y después se apoyó en el quicio.

—Y eso no pinta bien para ninguno, ¿eh? O Tuck está muerto o ha huido con el oro... A lo mejor él y Dancer han hecho un trato y han decidido dejarnos a los dos en la estacada... Aunque me parece que eso no tendrá nada que ver con usted... Porque voy a tener que matarla de todas formas.

Maggie se olvidó de lo que hacía: agarró con fuerza el diminuto camisón de dormir que estaba cosiendo y se pinchó con la aguja en la base de la mano. Al oír su leve grito, Freado se apartó de la puerta.

—¿Qué diablos le pasa ahora?

Maggie se chupó el sitio donde se había hecho daño y no dijo nada.

Freado cerró la puerta de una patada y volvió a sentarse en la cama.

—Sí que es mala cosa tener que hacerlo, porque usted no me ha hecho nada.

Sus sanguinarias palabras se vieron rematadas con un brusco e incongruente bostezo.

En aquel momento Maggie necesitó un gran esfuerzo de voluntad para no desviar la vista hasta el tazón que estaba sobre la mesa. Despacio, bajó la mano herida y luego observó a Freado con toda atención; parecía tener los ojos algo desenfocados, y sobre el labio superior se le había formado una fina línea de gotitas de sudor.

Los dos oyeron acercarse un caballo al mismo tiempo. Simultáneamente, sus cabezas se volvieron en dirección a la ventana.

—Maldita sea... ¡Si es Tuck!

Freado puso en pie de un salto... Y al instante se desplomó en el suelo como si lo hubiera talado el hacha de un leñador.

Maggie no titubeó. Se levantó con esfuerzo de la mecedora, agarró el revólver de Freado, lo amartillo y lo sostuvo con las dos manos en un tenso agarrón.

Al cabo de varios largos minutos, la puerta principal de la cabaña empezó a abrirse poco a poco.

* * *



Capítulo 11

Connor empujó la puerta al ver que ésta sólo se abría unos quince centímetros; pero a pesar de su fuerza no pudo abrirla mucho más. Algo apoyado en la parte de abajo la mantenía atrancada. Consciente del riesgo que corría, empezó a meterse con dificultad por la abertura.

A Maggie le temblaban los brazos extendidos bajo el peso del revólver. El cuerpo de Freado bloqueaba la puerta, pero vio que una pierna embutida en unos vaqueros entraba poco a poco.

—No te muevas.

Por un instante pensó que era su propia y aterrada voz la que daba la orden; era una voz ronca y chirriante, justo como imaginaba que debía de sonar la suya. Pero entonces se dio cuenta de que llegaba desde detrás, no desde su interior.

—Maggie, baja el arma.

¡Era Dancer! Le dio miedo volverse a mirarlo, le dio miedo que fuera una espantosa treta, de modo que se limitó a hacer un gesto con el revólver, señalando al intruso que estaba en la puerta principal.

—Baja el arma, muchacha, antes de que le dispaes a alguien.

La paciencia y la firmeza del tono de Dancer la hicieron reaccionar; dejó el arma en la mesa justo en el momento en que Connor entraba al fin

laboriosamente en la cabaña.

—Ay, Dios mío...

Esta vez Maggie supo que era su voz. Mientras Connor bajaba su arma, ella se sentó despacio; las piernas ya no la sostenían. Entonces se puso las manos sobre la tripa, no tanto en actitud de protección como con idea de ocultar su embarazo.

Las facciones de Connor estaban rígidas. De pronto habló, y fue como si arrancara las palabras con los dientes y las escupiera.

—Así que, después de todo, sí que hay niño...

Su menosprecio fue como un latigazo para Maggie, que incluso se estremeció bajo la mirada fija y fría de sus negros ojos. En su mandíbula latía un músculo que subrayaba su tensión y su ira.

A cierta distancia, Dancer apoyó el la escopeta en la pared sin dejar de observar con interés la reacción de ambos.

—Vosotros dos no estáis en condiciones de que se os deje solos. Quién sabe lo que llegaríais a decir.

—No se meta en esto, Dancer —advirtió Connor.

Dancer se frotó la mandíbula.

—Me parece que soy yo quien te ha invitado... —Señaló al bellaco inconsciente que estaba en el suelo—. Pero lo primero es lo primero.

Pasó por encima de Freado y se agachó; luego llevó la mano al cuello del ladrón y le buscó el pulso.

—¿Qué le has dado, Maggie?

Agradecida por la pregunta, ella apartó la mirada de Connor. Era un

alivio pensar en lo que ya había ocurrido más que en lo que iba a ocurrir.

—Amapolas de maíz —contestó—. En infusión. No está muerto, ¿verdad?

—No. Sólo está desmayado.

—Ni siquiera sabía que se hubiera bebido la infusión. Le di a entender que pretendía escaldarlo con el té, y me hizo dejarlo sobre la mesa; no vi que se lo tomara. ¿Se pondrá bien?

Dancer y Connor intercambiaron miradas.

—Ayúdame a sacarlo de aquí, Connor.

Connor se inclinó y tomó a Freado por los hombros; Dancer le agarró los pies. Lo levantaron juntos y después salieron por la puerta hasta el porche.

—¿Quiere ocuparse usted de él —preguntó Connor—, o lo hago yo?

—Yo lo haré —se ofreció Dancer—. Vamos a ponerlo sobre su caballo. No quiero hacerlo donde Maggie oiga el disparo.

Balancearon el cuerpo de Freado, lo pusieron en su silla de montar y Dancer le dio un buen zurriagazo en el anca al caballo, que se alejó sin prisas en dirección al riachuelo. A continuación Dancer subió a su montura y fue detrás.

Connor regresó a la cabaña. Maggie estaba junto a la ventana, desde donde había estado mirándolos. Cuando él entró, se volvió a mirarlo.

—¿Qué va a hacer Dancer? —preguntó.

—Acompañar a Freado fuera de sus tierras.

—¿No crees que deberíamos denunciar a alguien lo que ha

ocurrido?

—¿Quieres decir a la ley? ¿A alguien como tu cuñado?

—Sí.

—No hay un representante de la ley en setenta y cinco kilómetros a la redonda.

—De modo que se va libre...

Connor se limitó a encogerse de hombros.

—¿De verdad quieres hablar de eso?

Sin saber apenas qué decir, Maggie meneó la cabeza; ni siquiera estaba segura de querer hablar... Con nerviosismo preguntó: «¿Quieres un té?» Vio que la boca de Connor se alzaba en una sonrisa cínica y nada divertida, y entonces se dio cuenta de lo estúpida que era la pregunta y de que a él debía de habérselo parecido también.

—Sólo té —dijo—. No le pondré nada más.

—Entonces sólo té.

Maggie fue a la hornilla, añadió un poco de leña menuda a las relucientes brasas de la caldera y atizó el fuego.

—Toma asiento —dijo; al ver que él no se movía, añadió—: Me siento incómoda viéndote ahí de pie.

Connor se quitó el sombrero y lo echó sobre la cama; luego se pasó una mano por el pelo. Al fin sacó una de las sillas y se sentó en ella a horcajadas.

—¿Así está mejor? —preguntó.

Maggie asintió, y él observó que se mordía el labio inferior. No sabía

el sinfín de veces que había imaginado en su cabeza aquel pequeño gesto, inquieto y pensativo.

—¿Qué le ha pasado a la mecedora?

—Ese hombre, Freado, le disparó.

—¿Por qué?

—No soportaba el ruido que hacía cuando se balanceaba.

Connor lo pensó, y en seguida sus cejas se fruncieron.

—¿Estabas sentada en ella cuando le astilló la pata?

—Pues sí. Si no, no habría hecho ningún ruido.

Connor lamentó haber dejado que Dancer se encargara de castigar a Freado, al tiempo que soltaba por lo bajo un par de sentidos juramentos.

—Nunca debería haber dejado que vinieras aquí —dijo.

—No podías detenerme.

Maggie se puso de puntillas para alcanzar los tazones y los dejó a un lado mientras preparaba el té para colarlo.

—¿Qué ha ocurrido con el otro? —preguntó—. ¿Cómo escapó Dancer?

—Tuck se descuidó —explicó Connor.

—Entonces está muerto.

—Sí.

Se quedó callada al tiempo que vertía agua hirviendo en el colador y dejaba el té a remojo. Observó cómo el color del líquido iba adquiriendo un tono caramelo, y entonces añadió una cucharada de miel a cada tazón. Le acercó a Connor el suyo y lo puso en la mesa, luego volvió a la

hornilla a por el otro; prefirió beber de pie para mantener la distancia.

—No lamento que Tuck haya muerto; de no haber sido así, habría matado a Dancer.

—Y sin embargo... —dijo él.

Los pensamientos de Maggie se traslucían tan claramente en su rostro, en sus ojos, en la arruguita vertical que había entre sus cejas, en el modo en que su labio inferior volvía a meterse entre sus dientes, que casi los oía. Añadió:

—Sin embargo, desearías que Dancer no hubiera ido a buscarme.

Maggie bajó la cabeza, incapaz de afrontar su franca mirada. La noche aún era tibia, pero tenía las manos frías. Rodeó la taza con las manos y alzó la humeante infusión hacia su rostro. Al fin, en tono angustiado, susurró:

—No quería que te enteraras.

—Es evidente —repuso él con frialdad—. Estabas dispuesta a perder tu vida y la del niño antes que acudir a mí en busca de ayuda... Gracias a Dios, Dancer no opinaba lo mismo.

—Yo me he encargado de Freado. No te necesitábamos.

—¡Has tenido iniciativa y suerte; de lo contrario, puedes estar bien segura de que me habrías necesitado!

Connor no se dio cuenta de cuándo se puso de pie. Tenía la mano izquierda apoyada en el listón superior de la silla, y las puntas de sus dedos apretaban con fuerza la madera.

—¿Cómo te has atrevido a no decirme nada sobre mi hijo? ¿Cómo te

has atrevido a dejar que pensara que habías abortado?

A ella le temblaba la voz.

—Mi hijo —replicó.

—¡No, maldita sea! ¡Nuestro hijo!

Al ver que Maggie se estremecía, hizo un visible esfuerzo por refrenar su cólera, y en voz baja y cortante prosiguió:

—Entre todas las palabras con que podría describirte, hasta ahora no figuraba la de «egoísta».

Al oír su severo e hiriente juicio, a Maggie le costó trabajo respirar.

—No —se defendió en tono suave, apenado—. No soy egoísta. He intentado portarme como es debido con todo el mundo.

—Convénceme.

Fue el desafío prepotente de su tono lo que la indignó. Entonces levantó la cabeza y le lanzó una mirada de odio.

—Yo no tengo por qué darte explicaciones.

Connor rodeó la mesa, y entonces Maggie se lanzó como una flecha a la puerta trasera, la abrió y salió corriendo. Se apartó del sendero que llevaba hasta el retrete y se apresuró a dirigirse hacia la ladera de la colina buscando la protección de los pinos. A la luz de la luna llena descubrió un tronco caído que le bloqueaba el paso y se dispuso a saltarlo. Alzó los pies..., y éstos ya no volvieron a tocar el suelo.

Connor la cogió cuando se elevaba en el aire y tiró de ella hacia sí, con lo que la dejó suspendida varios centímetros sobre el suelo. Maggie tuvo que echarle los brazos al cuello para sujetarse; él la tomó con

firmeza por la región lumbar. «Maggie», susurró con voz ronca... Entonces se acurrucó contra él y apretó la cara en la curva de su cuello. En seguida notó su cálido aliento en la oreja cuando su boca se le posó cerca de la sien.

—Maggie —repitió—. No huyas de mí. No huyas nunca de mí.

Ella intentó negar con la cabeza, pero en lugar de eso se tragó un sollozo. Se sintió bajar, pero sus brazos no se movieron del cuello de Connor. Una mano de él le soltó la espalda y le tocó la nuca; luego se hundió profundamente en su cabello. Él la acarició, la sostuvo. Dejó que le mojara la camisa con sus lágrimas, y luego absorbió su temor y su dolor; sabía que él tenía que ver con ambos sentimientos.

—No pude..., no pude tomarme aquellas pastillas —dijo ella con voz entrecortada—. No pude deshacerme del ni..., niño. No lo habría hecho.

Connor se limitó a abrazarla.

—Pero tenías razón... Soy una ego..., egoísta. Yo no...

—No —dijo él con suavidad—. Estaba equivocado y lamento haber dicho eso, Maggie. Estaba equivocado.

Ella se sorbió la nariz de forma poco elegante y sonrió, pegada a él.

—Nunca estamos de acuerdo en nada...

Él la separó un poco; la luz de la luna bañaba sus finas facciones. Entonces le frotó los rastros de lágrimas con la yema del pulgar. «Vamos adentro», dijo. Maggie asintió, sorbió otra vez y le dedicó una sonrisa avergonzada y llorosa. Dejó que él la enlazara con el brazo y la acompañara de vuelta a la cabaña. Y esta vez la silla que sacó fue para

ella. La hizo sentarse y le preguntó:

—¿Cuándo has comido por última vez?

—A mediodía. Quería preparar alguna cosa, pero Freado no me dejó. No quería que armase jaleo.

Encontró un pañuelo metido en la manga de su vestido color rosa pálido y se secó la nariz.

—Ha sido un día difícil.

Una de las oscuras cejas de Connor se alzó, y su boca se curvó en un gesto de irónico regocijo.

—Eres única —comentó.

Al instante se apartó y empezó a registrar la alacena buscando algo para que Maggie comiera.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo él en tono paciente, cascando huevos en un cuenco— que tienes un don para el eufemismo. Durante casi todo el día has mirado cara a cara a la muerte..., y lo calificas de «difícil»... No es exactamente lo que yo esperaba de una de las princesas de la buena sociedad de Nueva York.

—Yo no he sido nunca una de esas princesas. —Cogió el tazón de él y tomó un sorbo—. Ni ninguna de mis hermanas tampoco. Éramos las hijas de John MacKenzie Worth..., sus bastardas. Nunca me faltó nada, pero he sido rechazada muchas veces.

Vio que durante un segundo la mano de Connor disminuía el ritmo con que batía los huevos. Aquel pequeño titubeo le hizo sentir que la

escuchaba.

—No creo que mi vida fuera exactamente como tú la imaginas.

Connor dejó de batir. Entonces puso una sartén de hierro sobre la hornilla y le añadió un trozo de manteca de cerdo.

—¿Y cómo me imagino tu vida?

—Llena de compromisos sociales, escuelas privadas, invitaciones al teatro, a patinar, a bailes de máscaras...

—Skye habló de todo eso.

Maggie suspiró.

—En la cena —dijo—. Lo sé. Me contó que no había parado de parlotear sobre todo lo que se le ocurría; quiso asegurarse de que la tomaras por una tonta presumida.

—Pues resultó convincente...

Ella sonrió con melancolía, recordando el sincero relato de su hermana sobre su conducta de aquella noche.

—Así es Skye. Lo cierto es que es muy intrépida a la hora de lanzarse hacia adelante. Hace que la gente no tenga más remedio que acogerla o decirle a las claras que la rechaza. Ha conseguido más invitaciones que todas las demás juntas, pero lo hace sólo como un reto, no porque realmente le importe o porque crea que la aceptan de verdad. Fuimos a la escuela parroquial, no a exclusivas academias, y ninguna de nosotras somos bien recibidas en ciertas casas de la Quinta Avenida, ni siquiera para completar una cena en la que faltan comensales.

—¿Y entonces tú qué hacías?

Connor añadió los huevos batidos a la sartén y los removió con una cuchara de madera.

—Leía.

—¿Nada más?

—Casi.

Maggie volvió a beber del tazón de Connor.

—Mary Francis salió de casa cuando yo tenía doce años, de modo que nunca fue una compañera de verdad. Michael y Rennie se tenían la una a la otra; Michael escribía mucho, y Rennie hablaba de trenes todo el rato. Cuando podía, Skye me llevaba a rastras de un lado a otro, pero casi siempre estaba leyendo.

—¿Dónde?

La mayoría de la gente habría preguntado qué leía, no dónde leía.

—En la biblioteca, en mi cuarto... A veces, cuando intentaba zafarme de las tareas de la casa, me escabullía al desván o al tejado del porche trasero. Mamá enviaba a mis hermanas a darme caza. —Lo miró con curiosidad—. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensaba si tendrías una casa en un árbol —dijo él—. Con una escalera de cuerda que pudieras recoger para que no subiera nadie.

Ella abrió un poco más los ojos.

—Yo siempre se la pedía a Jay Mac... Pero decía que entonces nadie volvería a saber de mí.

Connor levantó la sartén y pasó los huevos a un plato.

—Probablemente tenía razón. —Puso el plato y un tenedor delante

de Maggie—. Come. ¿Quieres pan?

Ella negó con la cabeza y cogió el tenedor. «Gracias.» Connor se sentó a la mesa.

—¿Por qué médico?

—Nunca se me ocurrió ser nada más. Ya te dije una vez que nunca pensé en casarme.

—¿Y en tener hijos?

Maggie tragó saliva.

—No —contestó en voz baja—. Nunca pensé en tener hijos.

—De modo —dijo él con pesadumbre— que sucumbiste a un único impulso, sólo una vez en tu vida, fuiste con tu hermana a participar en un juego que preferirías haber ignorado..., y te viste abordada, prostituida y...

—Embarazada —terminó ella por él.

—Sin que ahora recuerdes nada de todo aquello.

—Poco —lo corrigió ella.

Connor dio un empujoncito al plato que tenía delante y la animó a comer. Luego preguntó:

—¿Poco?

—En realidad recuerdo algunas cosas —dijo ella con suavidad, evitando mirarlo a los ojos—. El marinero..., Harlan Porter...

El modo en que Connor la acarició... El ansioso intercambio de besos mientras la boca de él se deslizaba por su mejilla y por su mandíbula, y le marcaba una húmeda senda por la garganta... Las manos de él sobre

su piel... La palma de su mano tomando la parte inferior de su seno... El calor que infundía en el centro de ella.

—Había una muchacha con una escoba. Ella echó a Harlan.

—¿Nada más?

—Nada más. —Se concentró en su plato—. No sé nada de tu dinero.

—Ahora no pensaba en el dinero.

En lugar de replicar, Maggie tomó un bocado de comida. Confió en que el calor de sus mejillas no la hubiera delatado.

—Dancer debería regresar pronto. ¿Crees que le ha pasado algo?

—Dancer sabe cuidar de sí mismo.

Connor echó una somera mirada por la ventana.

—¿Quién sabe lo del niño, Maggie?

Debería haber sabido que no iba a olvidarse de este tema... Apartó el plato y dejó el tenedor; había perdido el apetito.

—Dancer.

—¿Dancer? —Connor frunció el ceño—. ¿Quieres decir que no se lo has dicho a nadie más? ¿A tu madre? ¿A Michael?

—A nadie. No quería que nadie lo supiera. ¿Crees que hice una excepción contigo porque eras el padre?

—Se me ocurrió.

—Bueno, pues no —dijo ella con irritación.

—¿Cuándo piensas decírselo a tu familia?

—No lo sé. Probablemente, cuando les cuente lo de nuestro divorcio.

Connor clavó los ojos en ella, pero se negó a que lo desviara de su tema.

—¿Y cuándo ibas a decírmelo a mí?

Maggie se encogió de hombros.

—¿Maggie? —insistió él.

—No tenía pensado decírtelo —reconoció con impaciencia; después le dirigió una mirada severa—. ¿Te satisface oírlo? Es lo que sospechabas, ¿verdad?

—Es lo que sospechaba —dijo él en tono cansado—, pero no lo que deseaba escuchar.

—Entonces, ¿por qué me preguntas estas cosas? —repuso, exasperada—. ¿Por qué...?

Se detuvo. El niño le dio una fuerte patada bajo las costillas, y eso hizo que se enderezara. Su cara se relajó, y puso la palma de la mano sobre el lugar donde había sentido la patada.

Connor miró a Maggie con ansiedad.

—¿Te hace daño?

Ella sonrió meneando la cabeza. Con expresión de timidez, bajó sus verdes ojos velados por tupidas pestañas.

—¿Quieres...?

Pero él ya se inclinaba hacia adelante en su silla y extendía la mano. Ella la cogió y se la puso en el abdomen. Luego, adaptando la voz a la solemnidad del momento, susurró:

—Espera. Va a hacerlo otra vez. ¡Mira! ¿Lo sientes?

Connor asintió pero no quitó la mano.

—¿Seguro que no hace daño?

—Más bien resulta sorprendente.

El niño dio dos pataditas más antes de que Connor retirara la palma de la mano.

—Tienes buen aspecto, Maggie.

Y estaba preciosa. Tenía la piel reluciente y el pelo lustroso; sus delicadas facciones expresaban animación... Al cogerlo, él advirtió que tenía la mano áspera y las yemas de los dedos encallecidas, pero no notaba ningún otro indicio de que hubiera tenido que soportar unas circunstancias adversas. Le entraron ganas de tocarle la mejilla y sentir su suavidad... Quiso ponerle el pulgar en los labios y sentir la humedad de su aliento mientras entreabría la boca.

—Parece que esta vida te da muchas satisfacciones.

—Te refieres al embarazo.

—Me refiero a todo. —Con un gesto abarcó la cabaña—. A esto: lo que haces aquí..., el trabajo con Dancer... Y sí, también me refiero al embarazo.

—No soy infeliz —dijo ella en voz baja.

Connor pensó que era una extraña forma de formular su satisfacción.

—El niño debe nacer en diciembre...

—Justo antes de Navidad.

—¿No quieres estar con tu hermana en Denver?

—No. Estoy donde quiero estar. Dancer me ayudará en el parto.

—El supo lo del niño desde el principio, ¿verdad? Por eso estabas tan segura de que te aceptaría.

Ella asintió.

—Dancer no entendía por qué yo deseaba estar aquí. Ni siquiera ahora estoy segura de que esté de acuerdo, pero nunca ha tenido intención de echarme.

Esperaba que aquello no fuese a cambiar con la llegada de Connor. Volvió a mirar a la ventana, esperando ver aparecer al buscador de oro. La luz de la luna seguía envolviendo los árboles de alrededor, pero de él no había ni rastro.

—¿Quieres que vaya a buscarlo?

Maggie sólo consiguió disimular su inquietud a medias.

—¿Te importa?

Connor se levantó.

—No tardaré mucho. —Fue a la puerta y la abrió—. Mientras tanto, piensa en cómo nos las arreglaremos para dormir esta noche..., y ten por seguro que no pienso acostarme con Dancer Tubbs.

Cerró la puerta a tiempo para esquivar el tazón que le tiró Maggie.

Dancer Tubbs oyó que Connor se acercaba cuando éste aún se encontraba a casi dos kilómetros. Disparó su arma para orientarlo y luego volvió a ponerse boca arriba, soltando un gruñido cuando la

pierna se le dobló debajo. Apenas a un metro de él, el cuerpo de Freado yacía boca abajo sobre el rocoso suelo; no hacía ningún movimiento, ni había posibilidad alguna de que fuera a hacerlo ya. Al ladrón se le había roto el cuello, y Dancer lo había pagado con un hueso roto.

Connor vio los dos caballos juntos en la ladera de la colina antes de divisar a Dancer y espoleó a su montura. Las piedras se movían bajo los cascos y el caballo tropezó; Connor se las arregló para seguir en la silla de montar, pero avanzó con más cautela.

Cuando al fin llegó hasta el buscador de oro, le preguntó:

—¿Qué diablos le ha pasado?

Luego desmontó y se arrodilló a su lado.

—Ha sido un descuido —dijo Dancer en tono tenso—. Pensaba que Freado dormiría más tiempo. Se despertó, se dio cuenta de lo que ocurría y echó a correr. Tuve que perseguirlo por esta condenada ladera... Hasta que lo tiré del caballo.

Connor dirigió una rápida mirada a Freado; el extraño ángulo de su cuello hablaba por sí solo.

—¿Fue así como se rompió el cuello?

—Así fue.

—¿Y usted?

—Yo me caí —reconoció con voz ronca.

Cuando Connor empezó a examinarlo, se encogió.

—¡Maldita sea, ten cuidado con la pierna!

—Voy a tener que encajarla.

—Ni hablar. Tú no sabes...

El discurso comprensible de Dancer dio paso a una sarta de maldiciones que casi hizo arder el aire que lo rodeaba.

—Listo —dijo Connor, ignorando las amenazas del buscador de oro—. Voy a buscar madera para hacer unas tablillas.

Para cuando llegaron a la cabaña, Dancer había recuperado algo de su dignidad. Connor lo ayudó a bajar del caballo y lo sostuvo mientras entraban.

—Parece que Dancer ha resuelto el dilema de cómo dormir —le dijo a Maggie.

Ella se apresuró a ponerse en acción y, después de echar atrás los edredones, lo ayudó a colocarlo en la estrecha cama.

—Ahora tengo que encargarme de los caballos.

Esta vez su rápida salida le evitó ver la agria mirada que le dirigía Maggie.

Pero a Dancer no se le había escapado; soltó una risa vacilante y comentó:

—A estas alturas casi me esperaba que hubierais hecho las paces o que os hubierais matado.

—Somos demasiado testarudos para hacer ninguna de las dos cosas.

Maggie se enderezó al tiempo que se apartaba de la cama.

—¿Una infusión de sauce blanco? —preguntó—. Ayudará a pasar el dolor.

—Mejor me vendría el licor fuerte; ponme un poco de aguardiente.

—Será una infusión de sauce blanco —dijo ella.

Dancer emitió un sonido indignado.

—Me da la impresión de que algún día me arrepentiré de haberte enseñado a curar.

Con movimientos lentos, se metió una almohada bajo la cabeza y después observó a Maggie, que empezaba a preparar la infusión.

—Dice que lo mandaste a buscarme, muchacha.

—Estaba preocupada.

Esta vez el buscador de oro soltó un resoplido.

—No eres mi enfermera, ¿sabes? Hace mucho tiempo que nadie se preocupa de mí.

Maggie siguió trabajando en la hornilla; puso la corteza en una jarra para dejarla en remojo una vez el agua estuviera caliente.

—Y no puedo decir que me guste —dijo Dancer—. Llevo cuidándome a mí mismo más años que velas pones en tu tarta de cumpleaños.

—¿Quiere decirme algo? —preguntó ella en voz baja.

Él respondió con brusquedad.

—Si tu marido quiere que vayas con él, no me conviertas en un pretexto para quedarte aquí. Yo no soy el pretexto para que nadie se empeñe en la pura y obcecada insensatez.

Las atareadas manos de Maggie se quedaron quietas; se volvió a mirar a Dancer.

—¿Me está echando? —preguntó.

Vio que la miraba con desconcierto.

—El día que me aceptó, me dijo que cuando dijese «fuera» debería marcharme. ¿Está diciéndome «fuera»?

Dancer tuvo que desviar la vista, incapaz de afrontar la callada inquietud de los ojos de Maggie. Ella no le suplicaba, pero su expresión resignada y tranquila lo hizo sentirse como si estuviera traicionándola.

—Estoy diciendo lo que estoy diciendo —dijo—. Si Connor dice que vayas con él, no quiero que mi pierna sea un obstáculo para que no lo hagas. ¿Queda claro?

Quedaba claro. Ella volvió a su tarea y, despacio, soltó el aire que había estado reteniendo.

—¿Cómo cuidará usted de sí mismo?

—Eso es asunto mío.

Maggie no se contentó con esa respuesta, pero en aquel momento Connor entró en la cabaña.

—¿He interrumpido algo? —preguntó.

Al mismo tiempo, pero por motivos completamente distintos, ambos dijeron: «No.» Maggie no quería abrir un debate sobre el tema de su partida; Dancer no quería mencionar que tal vez necesitara ayuda.

Connor alzó una ceja mientras los miraba alternativamente. «Embusteros», dijo sin mala intención. Sacó una silla de un puntapié, se sentó y luego se estiró.

—¿Cómo va su pierna? —preguntó a Dancer.

—He estado peor.

—Estoy preparándole un remedio para el dolor —dijo Maggie.

Connor asintió. Sus ojos se desviaron hacia el altillo y regresaron otra vez a Maggie; se preguntó si habría vuelto a pensar en los planes para dormir. Mientras ella se enfrascaba en su tarea, le llamó la atención su redondeado perfil, sus opulentos pechos, su vientre hinchado... Quería sentirla contra sí de nuevo, sentir al niño moverse bajo su mano, tocar sus pechos y notar sus curvas contra la piel... Quería abrazarla.

Ella sorprendió su mirada fija, la curiosa calidez de sus ojos, generalmente distantes. Entonces se ruborizó y apartó la vista. Pensó que era por el niño por lo que la miraba con aquella clase de interés que la hacía sentir temblores en su interior... Era sólo por el niño.

Maggie vertió el agua hirviendo en la jarra y dejó que la corteza se remojara. La infusión de Dancer tardaría una hora en estar preparada. Después no supo bien qué hacer ni consigo misma ni con las manos. Se recostó en la hornilla y se cruzó de brazos; su postura subrayó la dilatación de su tripa, y cuando se dio cuenta, se apresuró a dejar caer los brazos a los costados.

—Siento haberme bebido lo que quedaba del té —le dijo a Dancer—. Tendría que haber hecho más en seguida.

Él no hizo caso del comentario.

—No sabías que iba a caerme del caballo. Lo necesitabas para la espalda.

—¿La espalda? —preguntó Connor—. ¿Qué le pasa a tu espalda?

Dancer no le dio a Maggie la oportunidad de responder.

—Le duele muchísimo casi todos los días.

—Muchísimo no —corrigió ella—. Me duele, sin más.

Connor señaló la silla que tenía enfrente.

—Estoy bien.

—Siéntate.

Maggie le lanzó a Dancer una mirada de malhumor cuando él soltó una risilla, pero se sentó. Luego se dirigió a Connor.

—No me pasa nada en la espalda —dijo.

Connor hizo caso omiso de ella.

—¿La ha tenido trabajando como un peón de rancho todo el verano?
—le preguntó a Dancer.

—Más bien como un peón de campo —dijo él—. No es que haya estado exactamente domando caballos salvajes ni cavando hoyos para clavar postes... Y no es que yo no crea que puede hacerlo... es sólo que no hay forma de que se deje mimar.

Maggie sonrió; la descripción de Dancer le gustaba bastante... Pero su sonrisa se desvaneció al ver la mirada desaprobadora de Connor.

—¿Pensabas que había venido aquí para que me sirvieran? —le preguntó—. Claro que he trabajado. No soy una inútil, ni tampoco una inválida.

—Ya la has sacado de sus casillas —le dijo Dancer a Connor—. Y ni siquiera has dicho nada.

—Ya me he dado cuenta —dijo Connor con guasa.

Maggie les dirigió una mirada de impaciencia mientras se apartaba

de la mesa y luego salió al porche. Se sentó en el escalón y apoyó un hombro en el tosco poste de pino. No se volvió cuando la puerta se abrió y salió Connor. Lo sintió justo a su espalda. Después de estar allí largo rato, él alargó la mano y le tocó el hombro; la presión de sus dedos la animaba a bajar un escalón más. Lo hizo sin protestar, y entonces él se sentó detrás; tiró de ella y la situó entre sus piernas abiertas, de modo que la cabeza descansara sobre su pecho.

—¿Mejor? —preguntó en voz baja.

Sorprendentemente, era así. Creía que quería estar sola, pero no; en realidad no era eso lo que quería. Pensaba que no deseaba tenerlo tan cerca, y sin embargo lo había aceptado sin problemas.

—Mejor —dijo ella.

Con las puntas de los dedos, él le acarició la suave curva de la sien. Le echó atrás un rizo de pelo, pero, una vez despejado el camino, sus dedos volvieron al mismo lugar y la acariciaron con tanta suavidad que eran como una brisa en su piel.

—Dancer dice que ya has aprendido todo lo que tiene que enseñarte —dijo él.

—También me lo dice a mí, aunque no estoy segura de creerlo.

Connor oyó lo que ella no decía; a saber: que no estaba segura de estar preparada para marcharse. Pero no iba a entrar en ese debate. En lugar de eso, cambió de tema.

—¿Has escrito a tu madre?

Maggie asintió.

—Todos los días, aunque ella no lo sepa. Dancer sólo ha ido a la ciudad una vez desde que estoy aquí, y entonces mandó por correo algunas cartas, pero tengo otra caja llena. Quizá puedas enviarlas cuando te vayas.

—Quizá.

Maggie cerró los ojos. La caricia de él le rozó la mejilla.

—He pensado mucho en ti —dijo él—. No creía que fuera a hacerlo, pero así ha sido de todos modos. Quería que lo supieras.

La confesión salió de mala gana, como si intentara contener las palabras y ellas brotaran con una fuerza más poderosa que su voluntad.

—Yo también he pensado en ti —dijo ella.

Eso era mucho más de lo que ninguno de los dos estaba preparado para decir. Luego se quedaron callados. Los dedos de Connor se enredaron en el pelo de ella; el dorso de su mano le rozó la nuca, y el roce le causó un estremecimiento en la superficie de la piel. Entonces Maggie se acercó un poco más para que sus dedos volvieran a repetir aquel movimiento. Él recorrió la descubierta línea de su cuello, y bajo las encallecidas yemas de sus dedos sintió que el pulso se aceleraba. Incluyó la cabeza y con los labios le tocó la coronilla. El cabello le olía a lavanda. Le deshizo la trenza y liberó más aún su fragancia. Bajó la mano hasta su hombro, pero esta vez con una ligera presión que no la sujetaba hacia abajo, sino que la instaba a subir.

Cuando Connor se puso de pie, Maggie se levantó con él. Estaba en el escalón de arriba, dominándola, y sin embargo ella no sintió ningún

temor; sólo una dulce añoranza que la hizo alzar el rostro bañado en luz de luna y mirarlo de frente, con sus ojos grandes y expresivos.

Con suavidad, con una sombra de urgencia, él le dijo:

—Ven conmigo, Maggie.

Ella sabía que no hablaba del día siguiente o de siempre... Hablaba de lo que deseaba en aquel momento, de lo que deseaban los dos. Puso su mano en la de él y dejó que la guiara mientras se alejaban de la cabaña.

En el arroyo se detuvieron un momento. Desde que llegó a casa de Dancer, Maggie lo había cruzado casi todos los días, pero esta vez fue distinto. Esta vez Connor la tomó en brazos, y fue así como lo atravesó. Después siguió llevándola a cuestas por entre las cortinas de la luz de luna, hasta el dosel de los pinos.

La dejó de pie sobre un blando lecho de agujas caídas. Los brazos de ella seguían enlazados a su cuello. Él repitió su nombre, esta vez con un tono interrogador, pero ella negó con la cabeza y se puso de puntillas. Le besó en los labios, y de este modo respondió a su callada pregunta.

El beso fue dulce y persistente. La boca de Maggie se movió, y su lengua le recorrió la línea del labio superior, sin provocarlo, sino sencillamente saboreándolo. Sentía sus manos en la zona lumbar, apretándola contra él, y aquel modo de sujetarla la hizo sentirse segura.

Le besó la parte inferior de la mandíbula; mientras tanto la boca de él se deslizó sobre su sien, y la fragancia de su cabello volvió a provocarlo. Maggie se apoyó en él con más fuerza cuando pareció que

sus rodillas no la sostenían. Entonces el beso se hizo más profundo, y él la bajó hasta el suelo. Se arrodillaron juntos sin romper el contacto. Los dedos de Connor le desabrocharon los botones del vestido y lo hicieron resbalar por sus hombros. Los pechos de ella apretaban la fina tela de su enagua.

Maggie interrumpió el beso y se echó un poco atrás. Inspiró con ansia temblorosa mientras se observaba a sí misma, y al fin su indecisa mirada se alzó en dirección a Connor. Él le miraba la curva de sus senos en sombra, y subió las manos para taparse. Connor la detuvo y, con suavidad, le rodeó las muñecas con los dedos.

—No —dijo—. Estás preciosa. Ojalá fueran las tres de la tarde.

Maggie bajó la cabeza, avergonzada. Observó las manos de él, que le soltaban las muñecas y subían hasta su enagua. Connor deslizó los dedos por el borde de la tela, acariciando el pronunciado arco de sus senos. Luego desabrochó un botón, y la tela se abrió. Volvió a hacerlo otra vez. Y otra más... Los pechos colmaron sus manos. Pasó despacio los pulgares por encima de los pezones y oyó su pequeño jadeo.

—¿Te he hecho daño? —preguntó.

Sin mirarlo, ella negó con la cabeza.

—¿Maggie?

—Están sensibles —susurró ella.

Esta vez el roce fue incluso más suave. La punta de sus pechos se endureció bajo sus pulgares, y el leve escalofrío que sintió Maggie fue de deseo, no de dolor. Connor se inclinó hacia ella. Bajó la cabeza y tocó el

pezón con la boca. Los dedos de Maggie se le enredaron en el cabello, y no lo soltaron ni siquiera cuando él acabó de bajarla hasta el suelo. Notó las agujas de pino en la espalda, una extraña sensación, suave aunque rasposa..., justo la misma que le provocaba la boca de Connor al moverse sobre su pecho.

Él deslizó los labios por el valle que había entre sus senos. En la boca sintió latir el corazón acelerado de Maggie. Después alzó la cabeza y se estiró a su lado, curvando un brazo debajo de su cuello para acomodarla. La miró un largo instante, escudriñando con los ojos su cara en sombra, oyendo los sonidos de su trémula respiración. Luego puso su boca sobre la de ella. Los labios de Maggie se entreabrieron.

La lengua de Connor se introdujo en su boca e hizo más profundo el beso, mientras una oleada de deseo los arrastraba a ambos, compartiendo el mismo aliento.

Con los labios, él le acarició la comisura de la boca, la mejilla, la sensible piel situada justo debajo del lóbulo de la oreja... Pero una y otra vez se veía atraído hacia su boca, hacia aquellos labios que eran dulces y complacientes; y esperaba su respuesta, a la vez impaciente y curiosa. Un beso no bastaba: cada beso exigía otro.

La boca de Connor rozó sus ojos cerrados.

—Mírame, Maggie —le ordenó con voz ronca.

Ella abrió los ojos despacio, con timidez. Notó su cálido aliento en la cara. Una pierna se extendía sobre las suyas, y su mano libre se le enredaba en el pelo.

—No tienes miedo, ¿verdad? —preguntó, aunque no le dio tiempo a contestar—. No quiero que tengas miedo.

—No tengo miedo —respondió ella, apenas con un hilo de voz.

Maggie alzó la mano hasta tocarle la cara; le gustó sentir las nítidas y sólidas líneas de su mandíbula en la curva de la palma. Entonces dijo:

—Quiero que sepas una cosa sobre la primera vez: no teforcé.

Él empezó a abrir la boca para hablar, pero ella lo detuvo poniendo el dedo índice sobre sus labios.

—Entonces sí tuve miedo —confesó suavemente—. Despertar... Dar me cuenta de lo que estaba haciendo contigo... De cuánto lo deseaba... Aquellos sentimientos me dieron miedo... Pero luego...

Le resultaba difícil mirarlo.

—Tú no me obligaste.

—¿Lo recuerdas?

Ella pegó la boca a los labios de él para decir:

—Todo eso es lo que recuerdo.

Luego lo besó con ansia.

Sus bocas se fundieron con la intensa presión de su anhelo. Esta vez fue Maggie quien se encargó de los botones. Con torpeza, trasteó con los del chaleco y la camisa de Connor, y luego tiró de ambas prendas hasta bajárselas por los hombros. Él continuó su trabajo pasándolas por los brazos y después las lanzó a un lado. Maggie lo cogió por la cintura de sus vaqueros cuando él se volvía y, a duras penas, se empleó en los botones de la bragueta; consiguió desabrochar tres antes de que él

pusiera sus manos sobre las de ella y la detuviera.

—Quiero disfrutar de esto —dijo, pegado a su boca—. Si me tocas ahora...

No tuvo que terminar. A pesar de su inexperiencia, Maggie comprendió. Despacio, le deslizó las manos por el pecho hasta los hombros, frotando con la base de las palmas.

Él le dio un empujoncito con la nariz.

—¿Cómo sabes tanto? —preguntó.

—Es que leo.

No le preguntó qué clase de libros, pero apostó a que eran de una clase que no leía donde cualquiera pudiera sorprenderla. Dio un suave gruñido cuando las manos de ella volvieron a deslizarse entre los dos, y la piel se le contrajo bajo su caricia. Después, la boca siguió la senda de sus manos. El húmedo borde de su lengua trazó una línea que le bajó por el cuello y cruzó su clavícula. Con los dientes alzó sus pezones hasta convertirlos en duras protuberancias.

De nuevo estaban de costado, con el vientre de Maggie apretando el recio abdomen de Connor. Ella había colocado una pierna sobre las suyas mientras sus bocas seguían encubriéndose. En aquel momento el niño dio una patada lo bastante fuerte para que él la sintiera; impresionado y un poco asustado, separó su boca de la de Maggie. Ella volvió a acercarle la cara. «No pasa nada.»

—¿Y si le...?

—No vas a hacerle nada.

Él la besó de nuevo, y esta vez la hizo dar media vuelta de modo que quedara sentada encima, a horcajadas. Sus pechos se derramaron hacia él. Deslizó las manos debajo de su falda y fue subiéndola por sus pantorrillas hasta llegar a las caderas. Entonces tiró de sus calzones y ella lo ayudó, de modo que mientras a su alrededor la falda seguía pudorosamente extendida, en la piel sentía el contacto de sus muslos desnudos. Entonces abrió las manos sobre su tenso vientre. Cuando le frotó la dilatada y sensible piel, ella dio un suspiro; lo único que deseaba en aquel instante era acurrucarse contra él, satisfecha. Pero en seguida la mano se deslizó bajo sus muslos entreabiertos y la tocó de otra forma, manipulando el delicado botón que había en la fuente de su húmedo ardor. Ella jadeó mientras el placer parecía quemar sus sentidos. La base de la mano de él se apretó contra ella. Respondiendo a su caricia, ella se frotó y cabalgó. Se inclinó hacia adelante mientras el dedo de él investigaba y penetraba. Primero uno, luego otro... Maggie cerró los ojos, rindiéndose a aquella sensación.

Su cabello resbaló hacia adelante por encima de los hombros, en una cortina castaña que le rodeaba el rostro. Estaba excitada, moviéndose sobre él, estremeciéndose... Su aliento surgía en breves jadeos mientras aspiraba el aire de la noche. De pronto se alzó, desasiéndose de su mano, y cuando él intentó agarrarla, lo esquivó.

—Quiero más —susurró; su voz sonó ronca.

Sus manos se deslizaron de nuevo hacia los vaqueros, y esta vez buscaron bajo la tela.

—No —dijo él.

Ella hizo caso omiso y liberó su erección.

—Maggie.

—Déjame.

Ella ya lo había tocado así, lo había sostenido en la mano, acariciándolo... Y él había emitido un sonido en la base de la garganta, justo como el que hacía en aquel momento.

—Quiero sentirte dentro de mí —dijo ella—. Igual que antes.

Connor no tenía forma de resistir su canto de sirena. Ella era la inocencia desatada, y en su corazón femenino su deseo no tenía límites. Curvó las manos sobre sus caderas para alzarla. Y entonces, despacio, ella lo guió hasta su interior y fue demorando su entrada hasta que, de una sacudida, él la hizo tomarlo en su totalidad.

Ella emitió un grito entrecortado que Connor no confundió con el dolor. Las manos de él se deslizaron hasta sus sensibles pechos y los acariciaron cuando empezó a moverse encima. Esta vez ella no cerró los ojos; en lugar de eso, miró las manos de él acariciando su piel, y deseó, como deseaba él, que se filtrara más luz de luna por entre las ramas. La sombra de sus movimientos y el roce encallecido, levemente rasposo, de las puntas de sus dedos le hacían sentir oleadas de calor que la recorrían entera.

Maggie sintió una espiral de placer ascendente. De nuevo, a medida que su propio clímax también se avecinaba, las manos de Connor se deslizaron hasta sus caderas, con los dedos apretándole la piel. Ella se

inclinó hacia adelante y volvió a respirar con breves jadeos entrecortados. Él la guió, observando, sopesando el aumento y la intensidad de su anhelo, hasta que se sintió ceder y sólo pudo reaccionar de forma egoísta, embistiendo contra ella mientras el placer se derramaba y salía de él junto con su semilla.

Un instante después, cuando él la tocó íntimamente, Maggie rebasó su límite con un intenso clímax, al tiempo que el gozo parecía hacerla estallar. Se mantuvo erguida, pronunció su nombre en un suspiro irregular y luego se desplomó encima de él. Connor la hizo girar de modo que quedaran cómodamente tendidos sobre el lecho de agujas de pino, la curva del trasero de ella encajada en sus genitales.

Connor le besó el cuello y hundió la cara en él. Maggie tiró del abierto escote de su camisola, intentando taparse los pechos, pero él se lo impidió y con una mano rodeó uno de sus senos.

Sin demasiada convicción, ella se quejó:

—Pero tengo que volver a la cabaña...

En tono de impotencia añadió: «El té de Dancer...»

—Hay tiempo —dijo él—. Sólo llevamos fuera un rato. Lo entenderá.

—¿Crees que se dará cuenta? —preguntó ella.

Connor sonrió. La ropa de ambos estaba desparramada por el suelo a la buena de Dios, y la que todavía conservaban puesta se encontraba en desorden. Sus besos habían hinchado los labios de Maggie, que tenía el cabello salpicado de agujas de pino, y él aún sentía el calor que irradiaba

el sofocado cuerpo de ella.

—Me parece que sí se dará cuenta —dijo—. ¿Lo lamentas?

—No lo lamento... Me avergüenza un poco.

Ahora que la bruma del deseo iba desvaneciéndose, Maggie admitió que su vergüenza tenía profundas raíces.

—Fue así la primera vez que estuvimos juntos, ¿verdad?

No se trataba en realidad de una pregunta, porque sentía la respuesta en los huesos y por toda la piel, como si el recuerdo se hubiera filtrado hasta alcanzar un nivel inferior a su conciencia. La cercanía de Connor y la postura de los dos le resultaban familiares... La mano de él en su pecho no era fuente de inquietud, sino de consuelo.

Pensando en el intenso deseo que ambos habían compartido, él respondió:

—Muy parecido.

—Si en realidad yo hubiera sido una prostituta —dijo ella entonces en voz baja, con cautela—, ¿habrías acudido a verme otra vez?

Él titubeó. La pregunta era mucho más complicada de lo que ella imaginaba, y exigía algo más que un simple «sí» o «no». Esa vacilación le costó la oportunidad de responder.

Maggie empezó a levantarse y dijo:

—Entiendo.

—Estás deduciendo que la respuesta es «no» —dijo él.

Connor extendió la mano para tocarla, pero ella la esquivó. Entonces se sentó y se cerró la bragueta de los vaqueros mientras Maggie se

ocupaba de la enagua y empezaba a buscar el vestido a su alrededor.

—Sí, eso es lo que deduzco. ¿Vas a decirme que me equivoco?

—No.

—¿Entonces?

Se levantó y se alisó la falda de la enagua. El vestido estaba atrapado en una de las ramas y lo soltó de un tirón.

—Te has ofendido —dijo él.

Aquello la hizo vacilar. Se quedó quieta, sosteniendo el vestido y, poco a poco, se impuso la razón. Al fin suspiró y sonrió débilmente, con gesto burlón, como si se mofara de sí misma.

—Perdona. Ha sido una pregunta idiota; no debería haberla planteado.

Connor se puso de pie y recogió del suelo su camisa y el chaleco.

—No habría regresado porque me habría dado miedo —le dijo.

No estaba mirándola, pero sentía su inmovilidad.

—Aquella noche estaba irritado, nervioso... —recordó sus ganancias en la mesa de póquer—. Y, además, lleno de orgullo egoísta. No quería que fuera nada personal... Por eso no habría aparecido por allí durante el resto de mi estancia en Nueva York...

Ella abrió la boca para decir algo, pero en aquel momento él se dio media vuelta y la miró. Un rayo de luz de luna le tocó la cara e iluminó sus ojos severos, de intensa negrura.

—Y seguramente me habría pasado el resto de mi vida pensando en ti.

Haciendo caso omiso de la brusca inspiración de Maggie, se puso la camisa y se remeti6 los faldones, y luego se puso el chaleco.

—Eso es lo que habría hecho si fueras una prostituta.

Al empezar a desprenderse de su vulnerabilidad, su voz se volvió áspera.

—Y lo que seguro que no hubiera hecho habría sido casarme contigo.

Maggie se encogió un poco al oír su tono de voz.

—Parece como si aún te arrepintieras.

Esta vez él titubeó a propósito y no se preocupó de explicarlo; al final dejó que creyera lo que quisiese y se limitó a decir: «Vámonos.»

Ella no se movió.

—Has conseguido lo que querías de esta boda —le recordó.

—¿Y tú no? —preguntó él—. Conseguiste a alguien que te acompañara al oeste, y has aprendido lo que Dancer podía enseñarte. ¿O es que había algo más que deseabas y que no sé?

—Sí —respondió ella, alzando un poco la barbilla—. Pero eso también lo he conseguido.

Se dispuso a pasar por delante de Connor, pero él se adelantó y, sin tocarla, le bloqueó el paso.

—Quería un apellido para mi niño.

Esta vez, cuando lo rodeó, no trató de detenerla.

La siguió hasta la cabaña, pero a paso más lento. Cuando llegó, ella le estaba sirviendo a Dancer la infusión de sauce blanco; el buscador de

oro estaba pálido, y el sudor le perlaba la zona de la cara libre de cicatrices. Sin alterar la expresión, Maggie hizo un gesto a Connor señalándole la palangana, y con un breve ademán le comunicó lo que deseaba. Él cruzó la cabaña, humedeció un paño y volvió junto a la cama para dárselo.

—Tiene fiebre —dijo ella enjugándole la frente.

—No es nada —repuso Dancer—. Era de esperar, con una rotura como la mía.

—No debería haberlo dejado solo —repuso Maggie—. No volverá a ocurrir.

—Vamos, muchacha, no digas esas cosas.

—Hablo en serio, Dancer. No lo dejaré.

Le quitó de las manos el tazón vacío y lo puso sobre la mesa. Una vez estuvo cómodamente tumbado de nuevo, empezó a lavarle la cara.

Connor, que le había llevado la palangana, subió al altillo y empezó a arreglar la ropa de cama. Desde allí llamó a Dancer.

—¿Tiene usted más mantas aquí arriba? Maggie lo deja a uno sin ropa con que taparse.

Dancer dirigió una torcida sonrisa a Maggie.

—En el baúl —respondió.

—Échalas aquí abajo —dijo ella mirando hacia el altillo—. Yo dormiré en el suelo.

Connor se asomó por encima del borde; en tono agradable dijo: «De eso nada», y volvió a su tarea. Abrió el baúl y allí encontró una pila de

mantas; sacó dos y las extendió sobre el colchón. La cama de Dancer no era más que un edredón relleno de paja y echado en el suelo, pero Connor lo alisó, remeti6 las sábanas y ahuecó las almohadas de pluma de ganso. Y entonces, cuando empezaba a cerrar la tapa del baúl, le llamó la atención un sobre.

Lo reconoció inmediatamente. Iba dirigido a Maggie, y el nombre estaba garabateado con su propia letra... No tuvo que abrirlo para saber lo que contenía. Hacía casi dos meses que había enviado a Buck a casa de Dancer para que llevara los papeles del divorcio con el fin de que Maggie lo firmara; creía que a esas alturas habrían llegado ya a Denver.

Abrió el sobre y sacó los documentos; en cada uno de ellos sólo había una firma: la suya. Entonces volvió a ponerlos dentro del sobre y, después de doblarlo, se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón. Tendrían que comentar aquel asunto, pero dudaba de que ahora ni ella ni él mismo estuvieran preparados para hacerlo.

Volvió a asomarse por encima del borde del altillo. Vio que Dancer dormía y que Maggie se había trasladado a la mecedora rota.

—Baja las lámparas, Maggie: es hora de acostarse. Quiero llegar al «H Doble» mañana antes de mediodía.

—Yo no voy a detenerte —dijo ella.

—No, pero Dancer va a retrasarnos un poco.

—¿Retrasarnos?

Él asintió.

—A ti y a mí. Partimos por la mañana. —Hizo un movimiento

circular con el dedo—. Nosotros tres. Y si quieres discutirlo, tendrás que hacerlo aquí arriba: yo voy a acostarme.

* * *



Capítulo 12

Connor sostuvo firme la escalera de mano mientras Maggie subía al altillo.

—Te las has arreglado con bastante elegancia —dijo.

—No digas mentiras; estoy como una vaca, y soy el doble de patosa.

Gateó hasta subirse al colchón, arrastrando consigo su camisón de dormir. Luego añadió:

—No puedo pasarme la noche subiendo y bajando por esa escalera, de modo que tendrás que encargarte de Dancer cuando necesite más té.

—Era justo lo que había pensado. Tú debes descansar.

Trasteó con la única lámpara que había en el altillo y ajustó la mecha hasta que sólo quedó una leve llama. La oscuridad le brindó a Maggie la intimidad que tanto anhelaba.

—¿Quieres que te ayude con los botones? —preguntó él.

—No —dijo ella sucintamente—. Ya me has desnudado una vez esta noche, y es suficiente.

—Comprenderás que piense de otro modo.

No lo comprendía porque, fríamente, comentó:

—Creía que no querías tener nada que ver conmigo.

—Yo no he dicho eso.

Maggie se disponía a discutir, pero un súbito y enorme bostezo le hizo cambiar de idea. En ese momento Connor, que se quitaba la camisa, dijo:

—Hora de acostarse.

Bajó la lámpara del todo y gateó hasta el colchón. La paja crujió. Maggie terminó de ponerse el camisón y fue detrás. Se volvió de costado y subió las piernas para adoptar una postura cómoda, teniendo en cuenta su estado. Cuando Connor se hizo un ovillo contra ella y se acopló a su perfil, no lo apartó; en realidad, su pecho y sus piernas resultaban un grato apoyo para la espalda y los muslos.

—Ya he apartado las dosis del té —le dijo, sofocando otro bostezo—. Dáselo frío a Dancer cada cuatro horas. Está encima de la mesa que está a su lado.

—Ya me encargo.

—No te rompas la pierna subiendo y bajando por la escalera de mano.

Él soltó una risilla, y su aliento le agitó el cabello. Con cierto cariño, comentó:

—Mira que eres mandona.

—Y yo no voy contigo a ningún lado por la mañana.

Esta vez él no respondió. Deslizó el brazo en torno a ella y cerró los ojos. Primero sintió que se ponía rígida, y después que se relajaba. En cuestión de minutos los dos caían en un profundo sueño.

Al día siguiente, a las doce del mediodía, Maggie se encontró montada a caballo camino del «H Doble». Apenas sabía cómo había sido... Y de haber tenido que dar una explicación, ésta habría sido que, sencillamente, Connor Holiday no aceptaba un «no» por respuesta. Durante toda la mañana, en lugar de discutir el tema, optó por ignorarla; se limitó a empaquetar víveres y ropa, y a cargarlos después en la mula de Dancer y en sus propias monturas. Como no había un carro para llevar a Dancer, construyó unas parihuelas indias y las enganchó al caballo del buscador de oro, que tiraría de él. Durante todo ese tiempo, confinado en la cama, Dancer no paró de pedirle a Maggie que le llevara su escopeta para poder matar a aquel bastardo... Ella observó que Connor tenía el buen sentido de mirarla por el rabillo del ojo, como si existiese el riesgo de que se sintiera tentada de hacerlo. En algún momento, pensó que le habría estado bien empleado.

Claro que podría haberse empeinado y negarse en redondo a partir, pero la táctica despótica de Connor lo hacía poco aconsejable. Y es que, después de tenerlo todo cargado, cogió en brazos a Dancer y lo llevó a las parihuelas. Si de verdad Maggie pretendía cuidar al buscador de oro hasta que se le curase la pierna, no tenía más opción que seguirlo. Sus hierbas y medicinas tal vez hubieran constituido otro punto de fricción, pero Connor había embalado con esmero todos los botes y botellas que ella había recolectado y preparado con ayuda de Dancer, e incluso había ido al huerto a coger plantas frescas. Además, prometió

que enviaría a uno de sus peones al día siguiente para recoger lo que no se llevaran en aquel momento. Maggie se dio cuenta de que lo tenía todo muy bien planeado, y lo mencionó varias veces. A Connor le dio la impresión de que sus observaciones eran más desconfiadas que elogiosas, y estaba en lo cierto. De cualquier modo, se limitó a responder con una enigmática sonrisa que le sentaba muy bien a su expresión sombría y distante.

Siguieron el arroyo en dirección norte y cada vez que se bifurcaba, giraron a la izquierda. Pensando tanto en la comodidad de Maggie como en la de Dancer, Connor hizo frecuentes paradas y mantuvo un ritmo de marcha lento. Había dicho que quería llegar al «H Doble» a mediodía, pero Maggie se dio cuenta de que aquello sólo había sido un pretexto para hacer que se movieran. Salvo por la conciencia de que ella y Dancer necesitaban descansar, pensó que su marido enfocaba el viaje con la misma firmeza que debía de emplear en un transporte de ganado.

Pasaban unas dos horas del mediodía cuando llegaron al umbral del valle. En aquel instante Connor refrenó el caballo y dejó que Maggie se acercara hasta ponerse junto a él, pero no dijo nada; su rancho ganaría o perdería el aprecio de ella por méritos propios.

Maggie no tenía expectativas acerca del «H Doble»; nunca creyó que fuera a verlo y, a decir verdad, incluso evitaba pensar en él. En aquel momento, a las puertas del valle, comprendió que nada de lo que hubiera podido imaginar se habría ajustado a lo que tenía delante. Sencillamente, el «H Doble» la dejó sin aliento.

Los tonos de la tierra eran cálidos, y los del cielo, vivos. Cuando el viento perseguía una sombra por la ladera, distintos tonos de verde — esmeralda, jade, pino— se movían y se mezclaban. En el cielo sólo se veía azul y blanco: ni en el borde de las hinchadas nubes ni en el horizonte había un asomo de gris. A lo lejos, las cumbres se alzaban abruptas, y sus cimas blancas centelleaban al sol. En los lugares donde se ensanchaba el arroyo y el agua corría presurosa sobre las piedras y los troncos caídos, unas gotitas salpicaban en todas direcciones.

El edificio del rancho se extendía sobre la tierra como si fuera parte de ella. No se levantaba con la majestad de las montañas circundantes, sino que se agarraba al suelo con su base de piedra y sus paredes de pino. El ganado y los caballos ignoraban los límites del cercado y se esparcían por todo el valle. Entonces un jinete que se movía por el borde occidental los vio y los saludó con un gesto; Connor levantó la mano en señal de reconocimiento.

—Ése es Luke —le dijo a Maggie.

Ella apenas lo oyó. En un tono que reflejaba su asombro, dijo:

—No se parece en nada a la casa de Dancer.

Connor sonrió, pero fue el propio Dancer quien se encargó de responder.

—Diablos, muchacha; el retrete de Connor es más grande que mi cabaña.

Era una exageración, pero por lo que veía Maggie, no iba desencaminado.

—¿Todo es tuyo? —le preguntó a Connor.

—Ahora sí —dijo; en su tono se confundían el orgullo y la satisfacción—. Mi abuelo vino aquí cuando en 1806. Pike exploró los territorios adquiridos en la compra de Luisiana; era el más joven de la expedición. Los dejó para casarse con una de las guías indias, y contra la opinión de todos, decidió hacer de esto su hogar. Casi todo lo que aprendió sobre cómo llevar un rancho se lo enseñó mi abuela. Para montar su cuadra capturaron caballos salvajes en los cañones. Cultivaban la tierra para cubrir sus necesidades diarias e intercambiaban provisiones con los indios; de hecho, no había mercado para lo que ellos hacían. Él decía que lo hacía porque le gustaba. Sospechaba que algún día la civilización volvería a buscarlo, y entonces estaría preparado.

Con un amplio gesto de la mano, abarcó el valle.

—Cuarenta años después, cuando Fremont vino para trazar un mapa del territorio, aún seguía aquí. Mi abuela ya había muerto, pero tenía tres hijos y una hija para ayudarlo a llevar el rancho.

Maggie estaba haciendo algunos cálculos mentales.

—Tu padre formó parte de la expedición de Fremont, ¿verdad?

Connor asintió.

—Mis tíos se marcharon cuando la expedición de Fremont continuó avanzando, pero Rushton se quedó. Aquel mismo año se casó con mi madre, y yo nací unos años después.

—Más o menos, justo cuando se descubrió oro en California.

—Exacto. —Su sonrisa se amplió—. La civilización no volvió a

buscar al Viejo Sam Hart, pero sin duda pasó por aquí: en esta tierra se encuentra uno de los mejores puertos que atraviesan la cordillera Park.

—Y por eso le interesaba a Rennie para Northeast Rail.

Tumbado en las parihuelas, Dancer soltó un resoplido que atrajo la atención hacia él.

—Tenéis el resto de vuestras vidas para charlar sobre la historia familiar. En cuanto a mí, estoy harto de que me lleve a rastras un caballo maleducado que cada cinco metros me suelta un trastazo con la cola. Ni siquiera veo de qué habláis, sólo veo dónde estamos... Y no es lo mismo —gruñó—. No es lo mismo en absoluto.

Connor le guiñó un ojo a Maggie.

—Creo que deberíamos continuar —dijo.

Vio que ella intentaba esconder una sonrisa detrás de la mano, y le pareció una buena señal que empezaran su expedición por la tierra de Holiday compartiendo algo tan agradable como la risa.

Cuando llegaron a la casa, Luke había dejado la loma y esperaba con los demás peones para recibirlos. Connor ayudó a Maggie a bajar del caballo y realizó las presentaciones. Observó que todos los hombres se guardaron bien de mirar el hinchado abdomen de su esposa, como si creyeran que él aún no había aceptado la idea de la paternidad.

Maggie se apoyó en Connor para sostenerse cuando él la condujo por los escalones del porche y hasta dentro de la casa; a pesar de las frecuentes paradas, sus piernas no estaban demasiado seguras en tierra firme. Tras cruzar la puerta Connor la tomó en brazos.

—Pero yo quiero echar un vistazo —protestó ella.

A sus espaldas oyó que Dancer gruñía más fuerte mientras Ben y Buck trataban de ayudarlo a salir de las parihuelas.

—Y echarás un vistazo —dijo Connor—, pero así.

—Si vas a mangonearme, no nos llevaremos bien...

—Correré el riesgo —dijo él con guasa.

Maggie se dio cuenta de que Connor sonreía de satisfacción. Su media sonrisa le transformaba el rostro, haciéndolo parecer más pícaro que peligroso..., y para colmo, más guapo de lo que tenía derecho a ser... Y, sencillamente, se quedó embobada, mirándolo.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

Ella parpadeó.

—No, no —contestó con voz bastante entrecortada—. Adelante.

Él acentuó su sonrisa.

—Muy bien. Por aquí está el salón.

Desde el vestíbulo atravesó el amplio arco que llevaba hasta allí. Sobre el suelo de tablones se extendían varias alfombras con remates de flecos. El mobiliario era de pino, liso y práctico, pero hecho por manos hábiles; encima del armazón de los muebles había mullidos cojines que los convertían en cómodos asientos, tapizados con los mismos colores del valle. La chimenea tenía una gruesa repisa de madera metida en la piedra, y sobre ella, en marcos hechos a mano, se apiñaban las fotografías.

Connor salió de aquella habitación y cruzó el pasillo.

—Este es mi estudio —indicó.

Entonces dio media vuelta despacio para que ella viera las estanterías empotradas, llenas de libros encuadernados en piel.

—En tiempos de mi abuelo esto era un dormitorio, y el salón era una cocina. Ni siquiera cuando mi madre era niña había libros suficientes al oeste del Mississippi como para llenar unas estanterías como éstas. La mayoría empezaron a llegar después de la fiebre del oro, cuando los viajeros que pasaban una noche en nuestra tierra dejaban uno o dos libros como pago por el alojamiento. Más tarde mi padre se marchó a Nueva York, y por Navidad o en mi cumpleaños siempre enviaba un cajón de libros. Cuando vivía el Viejo Sam los guardábamos en el desván, porque a él no le gustaba demasiado casi nada de lo que hacía Rushton. Al morir mi abuelo, convertí este dormitorio en estudio.

Retrocedió para salir de la habitación y después siguió por el pasillo; le enseñó el dormitorio destinado a Dancer, el comedor y la cocina, y por último, en la parte trasera de la casa, el gran cuarto donde dormía Connor.

—Esto antes eran varios dormitorios pequeños, pero no necesitaba tantos, de modo que Ben me ayudó a tirar las paredes.

Maggie deseó que las hubiera dejado.

—No esperaba que tu casa fuera tan grande.

—Esta casa ha ido cambiando desde que mi abuelo se estableció aquí y puso las primeras piedras. Cada pocos años se transforma o se añade algo.

Llevó a Maggie hasta la gran cama y la dejó encima del edredón de vivos colores.

—El Viejo Sam decía que sus ansias de viajar desaparecieron en el instante en que vio este valle: se plantó aquí y ya no pensó en vivir en ningún otro lugar.

Se sentó en el borde de la cama; cogió el sombrero de paja que Maggie tenía en las manos y lo puso en una butaca.

—¿Necesitas que te traiga algo?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien.

—Entonces voy a ayudar a descargar las maletas mientras echas una siesta.

—No estoy cansada —dijo ella.

—Embustera: prácticamente estabas dormida en la silla. —Alargó la mano para coger la ligera manta de algodón que estaba doblada a los pies de la cama—. Échate y te taparé con esto.

Ella hizo lo que le indicaba, aunque le parecía que estaba mostrándose demasiado sumisa; supuso que era porque estaba cansada.

—Todavía tenemos mucho de que hablar, Connor.

—Pero no tenemos que hacerlo ahora mismo.

Después de taparla, se inclinó y la besó en la frente.

—Y además, eres demasiado fresco.

Esta vez él le puso la palma de la mano sobre el abdomen y le dio unas ligeras palmaditas.

—Soy tu marido.

—Ésa es una de las cosas de las que tenemos que hablar.

A Connor le pareció que aquel momento era tan bueno como cualquier otro para marcharse. «Te despertaré para la cena», dijo, y salió de la habitación antes de que Maggie pusiera algún inconveniente.

Después de todo, resultó que Maggie se levantó a tiempo para preparar la cena. Nadie le dijo que lo hiciera; de hecho la cocina estaba vacía cuando empezó, pero nadie le pidió tampoco que lo dejara. Al verla allí, por un momento dio la impresión de que Connor iba a decirle que regresara a descansar; pero luego levantó la tapadera de la olla del guiso, aspiró y pareció pensarlo mejor. Y poco después de que Connor salió de la cocina, Maggie observó que se producía un verdadero desfile de peones por la puerta de atrás.

Acudieron con distintos pretextos. Ben le enseñó una quemadura en el dedo, producto de una lluvia de chispas de la herrería. Luego Patrick fue cojeando a sentarse a la mesa de la cocina y se sacó unas cuantas piedrecitas de la bota. Por su parte, Buck dijo que estaba buscando el sombrero que se había dejado cuando ayudó a meter las pertenencias de Dancer.. En cuanto a Luke, pidió un poco de agua de la bomba.

Maggie atendió todas sus necesidades y disfrutó de aquella breve ocasión de conversar. Sin embargo, se dio cuenta de una cosa: sin excepción, todos se acercaban furtivamente a la hornilla y remoloneaban cerca de la olla del guiso para captar el aroma de las zanahorias, las cebollas, las patatas y la carne que hervían a fuego lento en sus propios

jugos. Luke incluso se quedó lo suficiente como para ayudarla a cortar las galletas y a preparar el horno.

Cuando en la cocina empezó a hacer demasiado calor, Maggie fue a reunirse con Dancer en el porche de entrada. Connor había sacado un catre para que el buscador de oro se tumbara fuera; en palabras de Dancer, aquello era mejor que estar «confinado como un maldito pollo».

Antes de sentarse, Maggie le preguntó:

—¿Puedo traerle algo?

Con mirada resuelta, Dancer se limitó a señalar el escalón del porche, y ella se sentó. Sus ojos se centraron en el corral, donde Connor, apoyado en el travesaño superior, hablaba con Buck y con Patrick. Un semental color de humo recorría el recinto al tiempo que dirigía nerviosas miradas a los hombres.

—¿Qué están haciendo? —preguntó ella.

—Decidir a quién le toca darse una costalada —dijo Dancer con una risilla—. Pero Buck ya se ha caído dos veces, y Patrick acaba de besar el suelo por tercera vez. No sé cuánto hacía que no me lo pasaba tan bien, sin hacer nada más que mirar cómo un par de idiotas intentan engañar a un animal así de intratable.

—Si son listos, harán que le toque a Connor —dijo ella con sorna.

La risa maliciosa y aguda de Dancer sobresaltó al caballo, y los tres hombres miraron en dirección al porche.

El buscador de oro se dio una palmada en la pierna sana al tiempo que preguntaba:

—Te gustaría, ¿eh?

Sonriendo, Maggie saludó a los hombres con la mano y dijo entre dientes:

—Me gustaría mucho ver cómo Connor Holiday recibe una buena coz en el...

—Pues creo que vas a tener la oportunidad de verlo —dijo Dancer con regocijo—. Allá va.

En aquel momento la sonrisa de Maggie se esfumó. Se sentó más erguida en el borde del escalón, mientras Connor se acercaba al semental. Vio que le hablaba al caballo, pero no oyó lo que decía; y en realidad, pensó, daba igual, porque sabía que el tono era más importante que las palabras. Le resultó fácil imaginar la cadencia suave y tranquilizadora de su voz... Sabía por experiencia lo calmante que resultaba. La mortificó un poco darse cuenta de que, probablemente, practicara aquella cadencia suave como el terciopelo domando yeguas. Procuraría recordarlo la próxima vez que oyera el mismo tono susurrado cerca de la oreja.

—Espero que ese caballo lo tire por encima de la valla —le dijo a Dancer.

Pero él soltó una risilla al oír su mentira; hasta de perfil se le veía la inquietud en el rostro.

Maggie siguió observando. Buck ayudó a mantener quieto al nervioso animal mientras Connor lo montaba, pero luego el peón se las arregló para alejarse a una distancia prudencial antes de que el semental

intentara descabargar a su jinete. Connor empleaba sólo una mano para sujetarse y se equilibraba con la otra, y su cuerpo resistió las subidas y bajadas que acompañaban los frenéticos intentos del caballo por tirarlo. Buck y Patrick dieron gritos de ánimo; Dancer dio alaridos de regocijo... Maggie, sencillamente, contuvo el aliento.

El semental resopló y corcoveó, levantando polvo y tierra con los cascos. A Connor se le cayó el sombrero al suelo y el caballo lo pisoteó una y otra vez... De pronto, Buck y Patrick saltaron la empalizada cuando el caballo arremetió contra la valla y se puso a correr por el perímetro del cercado. Connor se balanceaba en la silla, rebotando y dando sacudidas con el arqueado del semental, pero consiguió mantenerse en su asiento.

—Seguro que se le han descolocado todos los dientes —dijo Dancer.

Maggie se incorporó al ver que Connor se ladeaba peligrosamente, pero se enderezó en seguida y, casi de pie en los estribos, resistió el siguiente intento de tirarlo...; al final el semental hizo una brusca parada y él salió despedido para luego caer rodando. Cuando realizó su vergonzosa voltereta desde la silla de montar, Maggie ya corría en dirección al corral, y Patrick le abrió la barrera para que pasara.

Maggie se arrodilló junto a Connor mientras él intentaba levantarse. Le puso la mano en el centro de la espalda y le dijo:

—Ni se te ocurra moverte.

Gruñendo, Connor decidió complacerla y volvió a desplomarse. Sintió que le pasaba las manos por los hombros y los brazos, por la parte

de atrás del cuello, luego por las piernas... Sabía que no se había roto nada, pero dejó que lo descubriera por sí misma. En un momento dado, se metió una enguantada mano bajo la mejilla y le echó una furtiva ojeada; con la cara pálida, Maggie se mordía el labio inferior. Se dio cuenta de que no sólo estaba preocupada: estaba aterrada.

—Probablemente viviré —le dijo, tratando de añadir una nota de humor.

Maggie se puso en cuclillas y le lanzó una mirada asesina.

—No, no vivirás —dijo con frialdad—. Voy a matarte.

A sus espaldas, uno de los peones se rió con disimulo. Ella hizo caso omiso de él y se puso de pie. Luego se sacudió el vestido, giró sobre sus talones y se alejó resuelta hacia la casa.

Mientras la miraba marcharse, Connor se sentó despacio. A continuación cogió el pisoteado sombrero que Buck le pasaba y le dio unos golpes contra el muslo para sacudirle el polvo, al tiempo que hacía un tibio intento por devolverle la forma.

—¡Huuuy! —dijo Buck en voz baja—. Mírela cómo se va. Está loca por usted.

Dio la impresión de que aquello no molestaba en absoluto a Connor; de hecho, en sus labios había una amplia sonrisa.

—Lo sé.

—Esta vez ha mordido usted el polvo —dijo Patrick.

Sin prisas, el semental había ido hasta el extremo contrario del corral. Connor lo miró con una mezcla de agradecimiento y de respeto.

Después se levantó, se sacudió y dirigió una rápida mirada a la casa. Justo en aquel instante la puerta con mosquitera se cerraba detrás de Maggie.

—Esta vez me parece que ha valido la pena —dijo.

Con un solo gesto, volvió a ponerse el sombrero y señaló al semental con el pulgar.

—Te toca.

Patrick se frotó la barbilla con el dorso de la mano y frunció el ceño.

—Apuesto a que no vendrá a mirar si yo me he roto algún hueso —gruñó.

Buck se rió, pero Connor dijo en tono serio:

—Más vale que esperes que no lo haga.

Patrick meneó la cabeza y echó a andar hacia el semental, murmurando:

—Difícil decir cuál de los dos está más enamorado.

Maggie no estuvo muy animada en la cena. La conversación discurrió a su alrededor, pero sólo escuchó a medias mientras Buck y Patrick divertían a todos con un relato de la caída de Connor y el posterior éxito de Patrick con el semental. La felicitaron varias veces por su guiso y sus galletas, y aceptó los elogios algo distraída; era evidente que sus pensamientos estaban en otra parte.

Cuando los hombres apartaron las sillas de la mesa y se

desperezaron, Maggie empezó a quitar los platos. Connor la detuvo posando la mano levemente sobre su muñeca.

—Ya lo harán Luke y Buck —dijo.

—A mí no me importa —repuso ella.

Él meneó la cabeza.

—Les toca a ellos.

Luke ya estaba de pie y tiraba de Buck.

—Connor tiene razón. Nos toca a nosotros.

Maggie los miró a los dos con escepticismo. Y es que al principio Buck no parecía tener ni idea de que le tocara; por lo visto, su súbito entusiasmo tuvo algo que ver con el codazo que Luke le dio en las costillas... Pero Maggie se sorprendió al no dar importancia a aquel detalle.

—Discúlpennme entonces —dijo en voz baja.

Connor le apartó la mano de la muñeca, y ella salió de la cocina.

Se instaló en el estudio de Connor. El estruendo y las risas que llegaban de la cocina se apagaron cuando cerró la puerta, y dejaron de existir una vez se quedó sola con sus pensamientos.

Le parecía que quizá lo amaba... Aquella idea la emocionó y la asustó a partes iguales, y también le revolvió el estómago. Se sentía débil y temblorosa, y se burló de sí misma por sentirse así. Se dijo que debía ser sensata, que no era realmente consciente de sus propios sentimientos y que no podía esperar conocer los de Connor. Para empezar, no había ni el más mínimo indicio de que él correspondiera a ningún noble anhelo, y

además... De repente, con súbita perspicacia, se dio cuenta de que eso casi no importaba. Porque, con independencia de lo que ella sintiera, sabía que la suya no era una emoción condicionada: no dependía de la opinión que él tuviera de ella, ni de los sentimientos que albergara.

En aquel momento, por el rabillo del ojo, un movimiento en el porche le llamó la atención. Alzó la vista del libro sin abrir que tenía en el regazo y vio que Connor atajaba por el jardín delantero y se dirigía hacia el establo. Entonces dejó a un lado el libro y fue a la ventana. Al cabo de unos minutos vio que se iba a caballo e, inesperadamente, sintió una oleada de increíble soledad.

Maggie se puso la mano en el abdomen y se alisó la bata sobre la curva de su tripa. La acarició con gesto ausente mientras contemplaba a Connor, que cruzaba el valle, hasta que desapareció en el pinar; se apartó de la ventana mucho después de haberlo perdido de vista.

Cuando Connor regresó, ya había caído la noche. Los peones se habían marchado al edificio de los dormitorios, y Dancer se había retirado a su cuarto. En la cocina, Maggie calentaba agua en la hornilla. Cerca de la bomba del agua había una tina forrada de cobre, pero a pesar de su proximidad y del cuidado que ella ponía, el suelo estaba salpicado de charcos de agua.

Cuando entró Connor no dijo nada; primero se sintió sorprendido, y luego demasiado intrigado. Así pues, permaneció en la entrada,

observando y esperando que Maggie advirtiera su presencia. El vapor del agua hirviendo la había acalorado y un brillo rosado teñía sus mejillas y su frente.

En la nuca y las sienes se le rizaban unos húmedos mechones de pelo. Su piel relucía. Estaba canturreando bajito lo que a él le pareció una canción de cuna, y su boca dibujaba una suave sonrisa. Connor se preguntó si estaría pensando en el niño, pero luego decidió que no; porque si fuera así, no estaría a punto de levantar otra pesada olla llena de agua caliente.

Maggie envolvió una toalla en torno al asa de la olla y se dispuso a llevarla hacia la tina.

—Ni se te ocurra —advirtió Connor.

Estuvo a punto de escaldarse cuando soltó la toalla y golpeó en la hornilla con la cadera. Se llevó a la frente el dorso de una mano y dirigió a Connor una débil sonrisa.

—Me has asustado —confesó—. Vi que venías hacia aquí, pero no te he oído entrar.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó él.

Avergonzada, su sonrisa vaciló.

—Creí que era evidente: preparo un baño.

—Eso es evidente —dijo él con ironía—. Lo que quiero saber es por qué estás haciéndolo sola.

—En ese caso, tendrías que haber preguntado eso —señaló ella con remilgo.

Recogió la toalla y la envolvió de nuevo en el asa, pero antes de que levantara la olla, Connor estaba a su lado y se la quitaba de las manos.

—Por el amor de Dios, deja que lo haga yo. Vas a hacerte daño. —Vertió el agua en la bañera—. Deberías tener más cuidado con el niño.

Maggie estuvo tentada de ahogarlo; en lugar de eso, tomó la olla vacía y la puso en el fregadero. Luego, con las manos en las caderas, se revolvió contra él.

—Yo estoy bien —dijo—. Y el niño está bien. Un poco de trabajo duro no nos hace daño a ninguno de los dos.

Luego pasó delante de él, rozándolo.

—Voy a acostarme.

—¿Y tu baño? —preguntó Connor.

—¿Mi baño? —Ella se detuvo un instante en la puerta—. Te lo he preparado a ti.

Connor sabía reconocer un tiro de gracia cuando lo oía; por eso no trató de llamarla ni de seguirla. Estaba consiguiendo irritar a Maggie con alarmante frecuencia, y no siempre era algo premeditado.

Sin dejar de menear la cabeza en un gesto de arrepentimiento, se quitó la ropa y la echó en el suelo; luego se hundió en la tina despacio y llevó las rodillas hacia el pecho. El agua chapoteó en los lados. Con el hueco de la mano tomó agua caliente y se la echó varias veces por los hombros, y después sumergió la cabeza para mojarse a fondo el oscuro cabello; al final se sacudió el sobrante con la despreocupación de un cachorro empapado.

Desde la puerta, Maggie se rió, y Connor alzó la vista, sorprendido.

—Creía que te ibas a la cama —dijo.

Se peinó el cabello mojado con los dedos y le dirigió una sonrisa avergonzada.

—Eso iba a hacer —repuso ella—, pero entonces recordé que no tenías toallas.

Puso dos en la mesa donde Connor pudiera alcanzarlas y se dispuso a marcharse. Se detuvo al sentir que Connor la agarraba del vestido y daba un tirón; entonces lo miró por encima del hombro.

—¿Sí?

—¿Sigues furiosa conmigo? —preguntó él.

—Irritada —contestó ella—. Enfadada. Frustrada.

—¿Pero furiosa? —En su tono había esperanza.

Ella dejó pasar un instante, y al final soltó un leve suspiro.

—No —dijo—. Furiosa, no.

Para Maggie, eso no era una buena señal. En el espacio de una noche, más bien en el lapso de unas cuantas horas, había pasado de figurarse que tal vez lo amara al convencimiento de que sí que lo amaba.

Connor abrió el puño y soltó la falda del vestido.

—Supongo que no te plantearás frotarme la espalda, ¿verdad?

—Tal vez... —dijo ella—, si eso no le hace daño al niño.

Connor se encogió: por fin comprendía qué era lo que había hecho para molestarla. «Perdona», se disculpó. Maggie se encogió de hombros; después se arrodilló junto a la tina y tomó el cepillo y el jabón que le

daba.

—De verdad, perdona —repitió él.

Se inclinó hacia adelante y ella empezó a enjabonarle la espalda.

—Yo no haría nada que perjudicara a mi niño —dijo en voz baja—.

No creí que tuviera que decírtelo. Pensé que ya lo sabrías.

—Todavía no me he acostumbrado. La idea de que vas a tener este niño... sigue siendo nueva para mí. Tú has tenido mucho tiempo para acostumbrarte a ella, pero yo sólo lo sé desde ayer.

Maggie se dijo que quizá era pedirle mucho a Connor que confiara en que deseaba ser madre, que siempre lo había deseado... Lo cierto era que más de una vez había actuado de un modo que daba a entender lo contrario, y en aquel momento, en voz baja, lo reconoció ante él.

—¿Por qué? —preguntó Connor.

El frotar de Maggie se hizo más lento.

—No te conocía... Tal vez sólo quisieras casarte conmigo por motivos equivocados.

Connor volvió un poco la cabeza y le dedicó una mirada llena de ironía y escepticismo.

—¿Y crees que nos casamos por los motivos correctos?

Ella le dio unos golpecitos en la espalda con el cepillo, justo lo bastante fuerte como para que supiera lo que pensaba de su comentario.

—Tú sabes lo que quiero decir —dijo—. Nos habríamos casado por el niño, y no habríamos llegado a un acuerdo para poner fin al matrimonio.

Se abstuvo de mencionar el detalle de que él no le hubiera mandado los papeles del divorcio.

Él tampoco mencionó el detalle de que ella no hubiera firmado los papeles que él le envió.

Maggie empezó a frotar otra vez.

—Tenías razón cuando me llamaste egoísta —dijo—. Deseaba ser médico y no quería que nadie se interpusiera en mi camino. Eso incluía a mi familia y a mi niño y, muy especialmente, a ti.

—¿Y ahora?

Pasó un instante de silencio antes de que ella respondiera.

—Ahora estoy aquí... Sigo sin saber lo que eso significa.

Connor alargó la mano y le quitó el cepillo; luego se volvió en la tina para verla mejor.

—¿Qué quieres tú que signifique?

Maggie pensó que aquél era el instante en que debía mostrar algo de valor. El momento de decirle lo que pensaba: que quizá deseaba ser su esposa de verdad, que sentía mariposas revoloteando por su estómago ante la posibilidad de amarlo...

Apartó los ojos de él y se encogió de hombros. Y, además, se llamó cobarde.

Connor dejó que el silencio se interpusiera entre ellos. Al fin dijo:

—Está bien, Maggie. Yo tampoco sé lo que debería significar.

Sin concederle ni una ojeada, ella asintió.

Él le tocó el dorso de la mano que tenía apoyada en el borde de la

tina.

—Ve a la cama —dijo él—. Sólo tardaré unos minutos.

Al ponerse de pie, Maggie se sintió torpe. Dejó caer de nuevo el jabón en el agua, y cuando ya se volvía para marcharse, lo oyó decir:

—Gracias por el baño.

—Creí que estarías dolorido por la caída.

—Sí que lo estaba.

Ella titubeó.

—He preparado un linimento. —Señaló una botella marrón que estaba sobre la mesa—. Le di un poco a Buck y a Patrick, pero he guardado bastante para ti. Es mejor que te lo pongas mientras aún conserves el calor del baño.

—Gracias. Lo haré.

Connor la vio marcharse; luego se recostó en la tina y se estiró cuanto pudo. Por un momento, pensó, le había dado la impresión de que Maggie iba a ofrecerse a ponerle el linimento ella misma... Cerró los ojos sonriendo. Merecía la pena intentarlo.

Una vez en el dormitorio, Maggie se cambió rápidamente y se puso el camisón de dormir. Luego bajó la luz de la lámpara que había junto a la cama hasta que no quedó más que un parpadeo, se acostó y se subió hasta el cuello el edredón y la colcha.

—Sé que no estás dormida —dijo Connor al entrar en el cuarto con el linimento en la mano.

Tenía una toalla ceñida a la cintura; la otra la había enrollado y la

llevaba puesta al cuello para recoger el agua que le caía del pelo. Maggie no abrió los ojos, y entonces él se acercó a la cama con más precaución. Ella siguió sin moverse.

En voz baja preguntó:

—¿Maggie? —No hubo respuesta—. ¡Vaya!

Se había quedado dormida de verdad.

Con una sonrisa arrepentida, Connor se sentó en el borde de la cama y destapó la botella de linimento. Esperaba sentir un fuerte olor que casi lo hiciera estremecerse, pero el mejunje de Maggie supuso una agradable sorpresa. Primero se lo frotó en los brazos y en los hombros, y luego en las piernas, y advirtió que producía una placentera sensación de calor en la piel. También se aplicó un poco en la nuca, y se tomó su tiempo, con la esperanza de que Maggie se despertara y se brindase a ayudarlo. Le resultaba difícil abandonar la idea de sus manos sobre la piel desnuda, de modo que siguió echando vistazos por encima del hombro para ver si la pillaba haciéndose la dormida.

Al final, suspirando, Connor tapó la botella y la dejó a un lado. Tras secarse bien el pelo, alzó el edredón y se metió en la cama junto a Maggie. De un tirón, se quitó la toalla que llevaba en la cintura y la lanzó hacia una butaca; luego apagó la lámpara. Entonces le dio un leve empujoncito y ella, como para complacerlo, se dio media vuelta dormida y le ofreció la espalda. Acomodó su cuerpo al de ella y soltó un suave gruñido cuando ella se acurrucó en él.

Y aunque pensaba que iba a ser una noche larga y tortuosa, se

quedó dormido en seguida.

Durante los cuatro meses siguientes, en cada momento del día, Maggie se sorprendió sin cesar mirando a Connor. Sus ojos le daban la bienvenida cuando se acercaba a la casa a la hora de las comidas y lo seguían cuando se iba a realizar sus tareas. Fue descubriendo que le gustaba su modo de caminar; le gustaba la confianza que había en las zancadas de sus largas piernas y también la forma en que subía corriendo los escalones del porche con el fin de ser el primero en llegar a la puerta para cenar.

También observó que le gustaba apoyarse. Se apoyaba en los travesaños del corral como si le diera igual lo que pasaba dentro. Se apoyaba en los marcos de las puertas, y toda su fuerza fibrosa y muscular adoptaba una postura despreocupada que quedaba enmarcada en la luz. Se apoyaba en la mesa de la cocina, con una cadera descansando en el borde y las piernas estiradas, mientras sostenía el último tazón de café después del desayuno... Y por la noche, cuando todos se reunían en el porche principal para intercambiar historias o escuchar a Ben tocar la armónica, Connor se apoyaba en los postes de soporte, toscamente tallados, y daba suaves golpecitos con el pie en el suelo.

A Maggie le gustaba verlo cabalgar. En ocasiones salía sólo para vislumbrar a Connor y a *Tormenta* que entraban y salían en zigzag de los

árboles de la ladera. A veces caballo y jinete cruzaban el valle a toda velocidad, con la apasionada inconstancia del mismo viento, Connor inclinado hacia adelante en la silla y espoleando a *Tormenta*, hombre y animal convertidos en una única figura a la luz del sol o en el crepúsculo.

Era muy trabajador. Casi todas las mañanas era el primero en levantarse, y con frecuencia era el último que se acostaba. Revisaba las vallas, contaba el ganado, rescataba las vacas que se quedaban atrapadas, cargaba el heno, se ocupaba del huerto de finales de otoño y limpiaba los pesebres. No había nada que hicieran los peones que él no estuviera dispuesto a hacer a su lado. Establecía responsabilidades para todo el mundo y para todo, y todo se lo tomaba en serio, tanto cuando examinaba las cuentas o se encargaba de la seguridad de sus hombres, como al planear mejoras para el rancho.

Maggie descubrió que a Connor le gustaba el olor del tocino al freírse, aunque rara vez comía más de una tira, pero que, en cambio, era capaz de zamparse media docena de tortitas antes de que estuviera hecho el café. Le gustaba el puré de patatas, la mermelada de fresa en el pan y el rosbif bien hecho. Aunque era capaz de comerse dos buñuelos de manzana, pasaba del pastel de ruibarbo. Pocas veces ponía sal en la mesa, pero Maggie apenas daba abasto a reponer la pimienta molida.

Por la noche dormía junto a ella; sus cuerpos se tocaban, pero nunca se unían. A veces Maggie despertaba de madrugada y veía que él no estaba; lo encontraba en el estudio, leyendo. Siempre la invitaba a quedarse, pero ella prefería no hacerlo; optaba por respetar la paz que él

iba a buscar allí.

Ahora, al posarse en ella, sus ojos oscuros ya no eran completamente distantes ni impenetrables. Maggie empezó a conocer el destello que era señal de regocijo, la calidez que indicaba el buen humor. Aprendió a reconocer cuándo estaba receloso, cuándo preocupado y cuándo intentaba controlar su genio. Le encantaba oírlo reír.

Y además, deseaba que la besara.

Sentada a la mesa, con los codos apoyados en el borde, Maggie se sostenía la barbilla en el dorso de las manos. Tenía los dedos y las mejillas manchados de harina que también le empolvaba el cabello en las sienes, donde se lo había echado atrás. Delante había una tartera con una empanada, pero sólo había marcado con el tenedor una parte de la cubierta; se había olvidado de la tarea cuando se puso a mirar al cielo.

La puerta trasera se abrió y se cerró, y Connor entró en la cocina. Ella ni siquiera parpadeó.

—¿Maggie?

Al oír su nombre, los codos resbalaron del filo de la mesa, con lo que su cabeza dio una sacudida que hizo que se le cayera la barbilla. Al ver que la había sorprendido soñando despierta, sus mejillas se ruborizaron. El tono más intenso fue consecuencia de lo que había estado imaginando.

—Me gustaría que no te me acercaras tan sigilosamente, Connor.

Él abrió un poco más los ojos y con los labios esbozó una peculiar sonrisa.

—Te he llamado tres veces.

—Ah —dijo ella desconcertada—. Bueno, ¿y qué querías?

—Luke dice que se acerca una tormenta; no suele equivocarse con estas cosas.

Maggie asintió. Agradecía la advertencia, aunque deseó haber mantenido en secreto el miedo que le daban las tormentas.

—Estaré bien —dijo—. Ya puedes volver a lo que estuvieras haciendo.

Al ver que no se movía, preguntó:

—¿Hay algo más? ¿Temes que el arroyo vaya a desbordarse?

Connor apoyó una cadera en el borde de la mesa y, con la punta de los dedos, sacudió una pizca de harina del cabello de Maggie.

—No es de ese tipo de tormentas —dijo—. Viene la nieve, y mucha, según Luke.

—¿Mucha? —preguntó esperanzada—. ¿Quieres decir diez o doce centímetros?

Connor encontró su ilusión graciosa e ingenua.

—Quiero decir nueve o diez metros.

Las cejas de Maggie se unieron cuando dirigió los ojos a la ventana. El cielo era completamente gris y estaba levantándose viento. Sumida en sus pensamientos, ni siquiera se había dado cuenta del cambio.

—¡Metros!

Él se rió al tiempo que le daba un golpecito en la punta de la nariz.

—Sí —dijo—. Es un milagro que haya tardado tanto. ¿O creías que te tomábamos el pelo con lo de que el invierno empieza en octubre?

Maggie llevaba casi un mes en el rancho, y la única nieve que había visto estaba en las cumbres de las montañas, de modo que eso era justamente lo que creía.

—Mañana es uno de noviembre —dijo.

Connor fingió secarse la frente.

—Ah, entonces, gracias a Dios que el plazo todavía no ha acabado.

Esperaba que Maggie sonriera, pero al ver que no lo hacía y seguía mirando muy seria por la ventana, preguntó:

—¿Qué pasa? Casi te garantizo que no habrá ni rayos ni truenos.

Ella apartó los ojos de las nubes que iban acercándose.

—No es eso —dijo, meneando la cabeza—. Es que supongo que por fin me he resignado a tener a mi niño aquí. Últimamente Dancer ha mejorado tanto que creí que a lo mejor nos iríamos pronto.

—¿Que os iríais?

Connor se había enderezado un poco al oírla referirse al niño como suyo, pero su siguiente frase lo hizo ponerse rígido.

—¿De qué hablas? ¿De dónde has sacado la idea de que dejaría que te marcharas?

Maggie dio un respigo, con los ojos brillantes.

—¿Y de dónde has sacado tú la idea de que podrías detenerme?

Los contrincantes estaban frente a frente cuando Dancer entró en la cocina, cojeando con su muleta.

—No os preocupéis por mí —dijo—. Ya veo que por aquí también se avecina una tormenta.

Se dio media vuelta para regresar a la sala, pero Connor lo hizo detenerse.

—No se vaya —dijo—. Tengo que volver afuera para ayudar a cercar al ganado.

Luego dirigió a Maggie una significativa mirada.

—Nuestra discusión no ha terminado.

La nieve empezó a caer justo antes de mediodía. Caía en pequeños y punzantes copos que se juntaban en vigorosos remolinos y hacían que no se viera el corral desde la casa. Al cabo de sólo dos horas ya había diez centímetros en el suelo y ventisqueros que se alzaban escarpados en dirección al porche. Desde la ventana del salón Dancer miró cómo bramaba la tempestad. Mientras tanto Maggie iba de un lado a otro de la casa, de la cocina a la puerta principal, mirando a hurtadillas por las ventanas de los dormitorios y del estudio.

Luke y Ben fueron los primeros en regresar después de dejar protegidos a los animales extraviados por el extremo norte de la hacienda. Venían mojados y helados, con las cejas y las pestañas tan blancas que parecían ancianos, pero sólo se quedaron dentro el tiempo suficiente para calentarse las manos en torno a un tazón de café. Luego salieron de nuevo para colgar unas cuerdas desde la casa al edificio de los dormitorios y de ahí hasta el retrete con el fin de evitar que nadie se perdiera y se alejara; en el establo y en la cabaña de ahumar la carne

pusieron cuerdas parecidas.

Más tarde entraron Buck y Patrick dando traspiés; dejaron un rastro de terrones de nieve que se les caían de las botas y las perneras mientras daban zapatazos por la cocina intentando entrar en calor. Un ventisquero ya había llegado hasta el alféizar de la ventana, y se turnaron para barrer los porches y los escalones en atención a Maggie.

Connor fue el último en llegar a la casa; faltaba poco para cenar, y sólo unos minutos para que Luke y Buck se dispusieran a salir en su busca. Antes de quitarse el chaquetón se sacudió la nieve de las hombreras.

—¿Han llegado todos? —preguntó a Luke.

Éste se quitó el abrigo y lo colgó de una percha junto al de Connor.

—Usted es el último —dijo—. Estábamos empezando a preocuparnos.

Inmediatamente, los ojos de Connor buscaron a Maggie, que sacaba una tarta del horno. Si Luke la incluía entre los preocupados, estaba claro que no entendía bien la situación.

—*Tormenta* y yo nos hemos topado con una manada de lobos —dijo, quitándose el sombrero—. Nos siguieron un rato, tratando de coger los rezagados que traía.

Maggie puso el pastel de manzana en el alféizar para que se enfriara y luego preguntó:

—Ben, ¿quiere remover la sopa de judías? Voy a tumbarme.

Y antes de que nadie pudiera preguntarle por su salud, salió de la

cocina.

Ya en el dormitorio, Maggie se quitó los zapatos y se ovilló en mitad de la cama. Casi una hora después, cuando Connor entró de puntillas, seguía echada en la misma postura, desvelada y abrazada a un cojín.

Connor dejó las botas junto a la puerta, y después avanzó con sigilo hacia la cama.

—Ben dice que la cena está lista —dijo—. Está muy orgulloso de no haber quemado tu sopa.

—Diles a todos que empiecen sin mí —pidió ella con voz débil—. No tengo mucha hambre.

Él la miró, intentando dar con el motivo de su apatía. Al fin dijo: «Muy bien», y salió del cuarto. Cenó en silencio y se las arregló para hacer sentir a todos que estaban de más. Una vez terminaron, los peones se retiraron al edificio de los dormitorios y Dancer recogió los platos. Casi sin tocar su postre favorito, Connor se apartó bruscamente de la mesa.

—Voy a ajustar cuentas con Maggie —dijo.

Dancer se encogió de hombros.

—No es asunto mío.

—Por si la cosa se pone ruidosa, procure que siga sin serlo.

No podría haberlo jurado, pero le pareció que el buscador de oro estaba sonriendo con ganas.

Maggie estaba sentada cuando Connor regresó a la habitación. El cojín que antes abrazaba ahora le sostenía la zona lumbar. Tenía un aspecto bastante regio sentada en el centro de la cama, con la barbilla dirigida hacia adelante y el pelo rojo oscuro recogido en un moño flojo en la parte de atrás de la cabeza.

—Más vale que cierres la puerta —dijo con frialdad—. No quiero que los otros nos oigan.

Al principio Connor creyó que habría oído por casualidad su conversación con Dancer sobre lo de ajustar cuentas, pero luego advirtió que ella había llegado a la misma decisión.

—Dancer está fregando en la cocina —dijo—; no nos oye. Todos los demás han ido a acostarse.

Empujó la única butaca de la habitación para acercarla más a la cama y luego se sentó, apoyando los pies en el armazón de hierro.

—¿Quieres empezar tú? —preguntó—. ¿O lo hago yo?

Por un momento, ella perdió su aplomo.

—¿Tú tienes algo que decir?

Él asintió y, al observar el cambio de expresión de Maggie, supo que ella había preparado el discurso mientras él cenaba.

—En realidad, unas cuantas cosas, pero adelante. Creo que tú lo has pensado más, y es imposible saber lo que soltaré si hablo de buenas a primeras.

Eso no hizo que ella recuperara la tranquilidad precisamente, pero fingió lo contrario.

—Entonces muy bien —dijo—. Creo que deberíamos llegar a un acuerdo distinto en lo que se refiere a nuestras condiciones de vida. No estoy dispuesta a compartir esta cama y este dormitorio una noche más, y como no voy a vivir en el edificio de los dormitorios de los peones con los demás, y ninguno de los dos quiere sacar a Dancer de su cama, tendrás que marcharte.

—Entiendo —dijo él despacio—. Y ese nuevo acuerdo se debe a...

Dejó que su voz se desvaneciera mientras levantaba una oscura ceja en un gesto de interrogación. Como ella no respondió, sino que se limitó a desviar la mirada, prosiguió:

—¿Se debe al niño?

De una sacudida, Maggie volvió la cabeza y lo miró con severidad.

—¿El niño? ¿Por qué crees que todo tiene que ver con el niño?

Connor abrió la boca para contestar, pero ella lo interrumpió.

—Ya no me ves en absoluto, ¿verdad? Es decir —se señaló—, a mí como persona, al margen del niño. Tienes miedo de que trabaje demasiado o de que camine mucho o de que duerma demasiado o de que duerma muy poco... De que haga daño al bebé. Nunca se trata sólo de mí.

Las lágrimas brillaban en sus ojos y se las limpió con un gesto impaciente, enfadada consigo misma por no ser capaz de contenerlas.

—Sí que soy egoísta —confesó conteniendo un sollozo—. Porque a veces quiero que se trate sólo de mí.

—Siempre se trata de ti —dijo él en voz baja.

Sin estar segura de haberlo oído bien, Maggie se detuvo en mitad del gesto de limpiarse las lágrimas.

—¿Cómo?

—Siempre se trata de ti —repitió—. Pero es que no sabía cómo decirlo.

Connor bajó los pies del armazón de hierro de la cama y se inclinó hacia adelante en la butaca meneando la cabeza, como si no acabara de creerse lo que ella le decía.

—¿De verdad piensas que sólo me importa el niño que llevas dentro? Te miro todo el rato. Sé cuántas veces te pasas el cepillo por el pelo todas las noches, y sé cuándo estás pensando o cuándo estás nerviosa, o insegura: te muerdes el labio inferior. Conozco la sonrisa que dedicas a Luke por la mañana cuando le sirves los huevos revueltos, y la paciencia que tienes con Dancer cuando está torpe con la muleta. Y que eres amable con Buck cuando tarda en entender un chiste.

Sonrió levemente; en su cabeza veía el elegante giro de la palma de Maggie al gesticular.

—A veces, cuando hablas, me gusta mirarte las manos, nada más; y a veces sólo me gusta escuchar tu voz. —Se encogió de hombros—. Sé cómo arqueas las cejas, cómo subes la barbilla cuando te enfadas y cómo aprietas la mandíbula cuando te muestras decidida. Conozco cada curva de tu cuerpo... y, además, recuerdo las curvas que había antes de que existiera este niño. Pienses lo que pienses, no es verdad que no repare en ti.

Las palabras salieron a borbotones de la boca de ella:

—Pero ya no me deseas...

Connor entornó un poco los ojos y con voz ronca preguntó:

—¿De dónde sacas esa idea? Todas las noches, desde que te traje a este rancho, he dormido teniéndote junto a mí. Y de madrugada tengo que irme, porque a veces me despierto deseándote tanto que me entran temblores.

Fuera el viento cruzaba silbando el valle, inclinando los pinos y doblando los álamos. Las ventanas repiqueteaban en sus marcos mientras las esquirlas de nieve acribillaban la casa. En contraste con los sonidos de la naturaleza, la voz de Maggie sonó casi como un susurro.

—Entonces, ¿por qué no me tocas? —preguntó, luchando por sostenerle la mirada—. Te dejaría hacerlo, como en casa de Dancer.

—Ya lo sé —dijo él en voz baja, con un breve suspiro—. Pero ya no quiero que se trate de una necesidad.

—¿A qué te refieres? No lo entiendo.

—¿No lo sabes? —preguntó—. La próxima vez que alargue la mano para tocarte, quiero que sea por amor.

* * *



Capítulo 13

—¿Amor? —preguntó Maggie.

—No necesitas que te lo explique, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, y luego dijo en voz baja:

—Tienes que saber si me amas o no.

Connor ladeó la cabeza y entornó un poco los ojos mientras la observaba. En tono despreocupado, no crítico, dijo:

—A veces consideras las cosas de la manera más extraña del mundo. Yo no hablaba en absoluto de mis sentimientos: me refería a los tuyos. Porque no sé qué pensar de ti, Maggie. Cuando no firmaste los papeles del divorcio, yo...

—¿Que no los firmé? —preguntó ella, perpleja—. ¿Cómo iba a hacerlo? No se los has mandado a Dancer.

Aquel comentario fue como un puño que se cerrara sobre el corazón de Connor; un puño helado.

—Se los envié —dijo lacónicamente.

—Ah.

En el centro de su ser Maggie sintió un hueco que no dejaba de extenderse, como si estuviera llenándola el vacío.

—Creí que a lo mejor habías cambiado de opinión.

Él se levantó.

—Teníamos un trato —dijo—. Yo creí que quizá tú habías cambiado de opinión.

Connor atravesó el cuarto hasta llegar a la cómoda y trasteó en los cajones de en medio. Al fin sacó los documentos del divorcio, los llevó a la cama y se los dio a Maggie.

—Supongo que Dancer tiene la culpa —dijo—. Los encontré en un baúl, en su altillo, mientras buscaba mantas, y pensé que tú los habrías puesto allí. Según parece, me equivoqué. Por lo visto, él decidió ocultártelos.

Con sus emociones en suspenso, Maggie hojeó los papeles sin distinguir lo escrito; intentaba contener las lágrimas que convertían las letras en un borrón. Hasta entonces sólo había visto una vez la firma de Connor: en el certificado de matrimonio... Y ahora aquel detalle le parecía dolorosamente irónico.

Al fin comentó:

—Está todo en regla, ¿no?

—Eso parece.

—No habías dicho que los tenías —dijo ella.

—Tú no habías dicho que los echaras en falta.

Maggie alisó los papeles en su regazo, y aquel movimiento la ayudó a ocultar el temblor de sus manos.

—Una vez le dije a Dancer que tú cumplirías con nuestro acuerdo; es probable que ya me los estuviera ocultando entonces.

—Supongo que tiene sus ideas sobre cómo deberían ser las cosas.

Ella se obligó a sonreír, aunque con tristeza.

—Eso supongo —dijo—. Es una suerte que pensemos por nosotros mismos.

Connor asintió y miró a Maggie, que, con la cabeza inclinada, no dejaba de toquetear el borde de los papeles.

—Maggie.

—¿Hum?

Ella no lo miró.

—¿Qué vas a hacer?

Maggie clavó la vista en la firma de él. Estaba resuelto a divorciarse de ella, justo como le había pedido. No lo había pensado mejor, no se lo había replanteado, como empezaba a creer que había hecho...

—Me parece que necesito una pluma —susurró.

Connor titubeó un instante; luego giró sobre sus talones y salió de la habitación para volver un momento después. Entonces le dio la pluma y colocó el tintero sobre la mesita de noche.

—Debería tener algo para escribir encima.

Había un libro en el tocador; Connor se lo llevó y lo puso en su regazo, debajo de los papeles.

Maggie hizo girar la pluma entre sus dedos. Al fin, alargó la mano hasta el tintero, quitó el tapón de cristal y metió la pluma.

—Firmar esto ahora mismo no significa que estemos divorciados —dijo.

Era difícil hacer pasar las palabras por el nudo que tenía en la garganta.

—No.

Ella miro hacia fuera. La noche había convertido la ventana en un espejo negro. Solo vio su propio reflejo en el vidrio pero más allá de su forma reluciente sabía que la naturaleza estaba corriendo una corina blanca sobre el valle.

—No es que vayamos a llevarlos a Queen's Point mañana, que digamos.

—Es probable que no lo hagamos hasta la primavera.

—Y dijiste que tardaría otros seis meses una vez se los devolviera el abogado.

—Exacto.

Connor se sentó en el borde de la cama. Tendió la mano para tomar con suavidad la barbilla de Maggie entre el pulgar y el índice y luego la levantó.

—¿Qué quieres decir?

Ella se preguntó qué era lo que quería decir... En silencio, clavó la mirada en él intentando interpretar su expresión en aquellos ojos brillantes.

—Si ahora te quito esos papeles —dijo él—, siempre te preguntarás si fue a causa del niño.

—¿Y no sería así?

Él negó con la cabeza.

—Sería porque mi firma en esos documentos es la única promesa que he hecho en mi vida de la que me arrepiento. —Bajó la mano, pero siguió mirándola a los ojos—. Y me arrepentí antes de saber que seguías estando encinta de mi..., de nuestro hijo. Me arrepentí cuando solamente se trataba de ti.

—Pero ahora me das estos papeles.

—Creí que ya habías tomado tu opción sobre qué hacer con ellos. Pero no era así. Y tiene que ser tu decisión, Maggie: los términos los pusiste tú.

Una gotita de tinta salpicó la página de las firmas, como el estallido de una estrella color azul oscuro. Maggie se la quedó mirando largo rato antes de bajar la pluma sobre el papel.

Connor observó su mano sin pestañear, con cierta tensión en el pecho; no era consciente de que estaba conteniendo la respiración.

De pronto, el interés de Maggie se desplazó de la línea donde debía firmar al lugar donde Connor había puesto su nombre.

—No sabía que tu segundo nombre fuera Hart —dijo.

Entonces, muy pausadamente, usó la pluma para borrar todo rastro de su firma.

—Ya he tomado mi decisión.

Él le quitó los papeles, los arrugó entre las manos y los tiró al otro extremo de la habitación.

—Y yo he tomado la mía.

Maggie puso a un lado la pluma y el tintero. Su sonrisa, vacilante y

tímida, le iluminó la cara.

Connor se inclinó hacia adelante y la besó levemente en los labios, aspirando su aliento suave y dulce. Con la cara muy cerca de ella, le dijo:

—Calculo que esto significa que me quedo en mi cama.

Las oscuras pupilas de Maggie se agrandaron, y sus labios se entreabrieron.

—Eso calculo yo —dijo en voz baja.

Él le besó la comisura de los labios y, luego, la sensible zona situada bajo la oreja.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —preguntó—. ¿Antes de que casi te mate a besos?

A ella le gustó oír aquello. Una de las manos de Connor estaba ya en su garganta y toqueteaba los botones de su vestido blanco. Luego sus dedos se deslizaron dentro y le rozaron la piel al tocar el cuello de su enagua. Se estremeció con el leve contacto de sus manos.

—¿Te quiero? —preguntó ella—. ¿Es eso lo que quieres oír?

—¿Es eso lo que quieres decir?

Ella contuvo el aliento al notar la húmeda punta de la lengua de Connor en la oreja.

—Es lo que quiero decir —dijo.

Él apretó con suavidad la boca en su cuello.

—Te quiero —repitió Maggie.

Él sintió que las palabras le vibraban en los labios. Ella volvió a pronunciarlas, esta vez más fuerte, y él apoyó con fuerza la boca sobre su

piel como si las absorbiera junto al sentimiento. Al cabo de un instante levantó la cabeza y le tocó la mejilla con el dorso de la mano.

—No quería dejarte en casa de Dancer —dijo.

—Lo sé.

Él meneó la cabeza.

—No porque creyera que no fueras a aguantarlo —le dijo—, sino porque ya te amaba entonces.

Maggie fue subiendo las manos por su pecho hasta rodearle el cuello. Luego lo atrajo hacia sí, y esta vez fue su boca la que se cerró sobre la de él.

Los labios de ambos se apretaron, se pegaron. Los dedos de Maggie se enredaron en el cabello de la nuca de Connor; entonces tiró con suavidad y le pasó las uñas en un leve arañazo por la cabeza. Absorbió el estremecimiento de su cuerpo cuando él se inclinó sobre ella. Sintió que le quitaba el cojín de la base de la espalda, y después vio que lo lanzaba volando mientras la apoyaba en el colchón. Connor se tendió a su lado y luego tiró de los botones de la blusa, que se abrió sobre sus pechos y su vientre.

Él alzó la cabeza e interrumpió el beso. Su boca volvió a tocarla, esta vez en la mandíbula y también debajo, siguiendo la vulnerable línea de su garganta... Ella arqueó el cuello, y él depositó un beso en el hueco y la sintió vibrar. Bajó más la boca, trazando una húmeda línea por su esternón, y entonces notó que aumentaba la suave inquietud de sus latidos. Con los dientes atrapó el remate de encaje de su enagua y

después tiró de él. Con los dedos le bajó los tirantes por los hombros. Se detuvo cuando estaba a punto de destapar sus senos.

Paseó los labios sobre la fina tela de algodón. Él tejido se tensaba sobre sus endurecidos pezones. Humedeció uno con la lengua y lo mordisqueó con los labios. Maggie gimió en voz baja.

Entonces él oyó el jadeo en el fondo de su garganta. No era el sonido del placer: era el sonido del dolor. Alzó la cabeza y soltó un juramento para sí.

—Te hago daño.

Ella negó con la cabeza, pero se mordía el labio inferior.

Connor se apoyó en un codo.

—No me mientas —dijo—. En esto no.

Maggie le tocó la cara.

—No —dijo, deseosa de que la creyera—. En realidad, tú no me has hecho daño.

Sonreía levemente, con aire burlón.

—La niña se ha movido; está sentada en mi columna vertebral... — Se encogió y la sonrisa se desvaneció—. Y está dejándome sin respiración.

Connor la ayudó a sentarse. Después rodó por la cama hasta el lado contrario, buscó el cojín en el suelo y volvió a ponérselo a Maggie en la espalda.

—¿Mejor? —preguntó.

Ella apenas supo qué responder. Era cierto que respiraba de nuevo y

la incomodidad había desaparecido, pero se sentía totalmente frustrada. Se miró allí, con la blusa abierta, el húmedo círculo de la enagua donde se destacaba su pezón..., luego la hinchazón de su tripa...

Connor volvió a sentarse a su lado.

—¿Maggie?

—Creo que me pasa algo —dijo.

Habló tan bajo que él tuvo que esforzarse para oírla. Entonces afloró su propio miedo, que se notó en el gesto crispado de su mandíbula y en el pequeño músculo que comenzó a latir en su tensa mejilla. ¿Estaba enferma? ¿Era el niño?

—¿Qué quieres decir con que te pasa algo?

—Mírame —dijo ella con tristeza.

Eso hacía él: no podía evitarlo. Ella atraía su atención hasta sin proponérselo. Lo seducía su fragancia al pasar, y lo fascinaba cuando el sol centelleaba en su pelo. Sabía que se acercaba cuando aún estaba en la habitación de al lado, y reconocía por su suspiro si estaba defraudada o melancólica.

—Me gusta mirarte —dijo—. ¿Pasa algo en concreto...?

En tono afligido, contestó:

—Estoy embarazada.

La reacción instintiva de Connor fue reírse, pero un resto de sentido común le dijo que no iba a ser comprendido. Así pues, su respuesta mantuvo la seriedad que le pareció propia de aquella situación.

—Sí que lo estás.

Maggie siguió mirándose el abdomen.

—Estoy tan gorda que estoy a punto de estallar, y aún me quedan dos meses, y no parece decoroso que te desee tanto, pero así es, de modo que me pregunto si es que me pasa algo, porque me gusta que me toques, incluso ahora que estoy tan..., tan..., bueno, ya ves cómo estoy. Y luego me pregunto si es que me pasaba algo entonces, quiero decir, en casa de la señora Han, cuando estaba durmiendo junto a ti y soñaba que te tocaba, y después, al darme cuenta de que no estaba soñando, que no dejara de hacerlo, porque me gustaba...

Inspiró hondo y se atrevió a echar una ojeada a Connor.

Él tenía los ojos clavados en ella, fascinado.

Ella suspiró.

—De modo que me da muchísimo miedo que eso me guste demasiado..., de ser a lo mejor una prostituta de verdad; porque ninguna mujer decente se habría quedado en la cama contigo en aquel burdel, y yo sí lo hice... —Su voz se redujo a un ronco susurro—. Y lo hice dos veces.

Connor la cogió por la barbilla y apoyó su frente en la de ella.

—Vamos a solucionar esto —dijo en voz baja—. Pero ahora mismo, no.

—¿Ahora no? —preguntó ella, respirando un poco más fuerte.

Él negó con la cabeza.

—Ahora mismo vamos a hacer el amor.

—¿Sí?

—Es lo que ambos queremos.

Ella asintió con un gesto algo indeciso.

—Pero...

—A ninguno de los dos nos pasa nada por desearlo.

—¿No?

Él sonrió y respondió rozándole los labios con la boca.

—Te lo demostraré.

Entonces Maggie se le entregó. La boca de él se cerró sobre la suya, y correspondió con pasión a su beso. Sintió sus dedos empujando con delicadeza el escote de su enagua más abajo, y más abajo aún, hasta que sus pechos quedaron al descubierto. Las palmas de sus manos la taparon, acariciándola con suavidad, atrayendo el rubor del calor justo hasta debajo de la piel. Sus pulgares dibujaron espirales que se cerraron en los pezones, y después pasaron con suavidad sobre las endurecidas puntas. Esta vez, cuando ella contuvo el aliento, fue por un jadeo de placer.

Con cuidado Connor bajó a Maggie en la cama y la puso de lado. Después alargó la mano hasta la lámpara de la mesita de noche y sopló para apagar la luz. Mientras se tendía a su espalda, adaptando el cuerpo a sus contornos, la oyó decir en voz baja: «Gracias.»

—Metería mil lámparas aquí dentro —dijo—. Todas encendidas.

Le apartó a un lado un rizo de pelo en la nuca y besó su tibia piel.

—Eres preciosa.

Su boca se movió por el hombro desnudo.

—Llevamos demasiada ropa puesta —añadió bajito.

—Mmm...

Maggie canturreó su placer y se echó hacia atrás contra él, de modo que Connor ajustó su trasero a sus genitales; ella sintió la tensa cresta de su bragueta en la piel y dijo:

—Demasiada ropa.

Sin embargo, en aquel preciso instante ninguno de los dos sintió deseos de hacer nada para remediarlo. Connor siguió besándole el cuello. Luego deslizó un brazo bajo el de ella y lo curvó bajo sus pechos; le acarició los pezones con la punta de los dedos. La barrera de la ropa resultaba un obstáculo exquisito...

Hasta cierto punto.

Sin intercambiar palabra, los dos supieron cuándo había llegado el momento. Entonces Maggie tiró de su propia vestimenta mientras Connor se abría los botones de la bragueta. La falda de ella voló hasta el pie de la cama; los vaqueros de él, tirados al aire, acabaron en el brazo de la butaca. La camisa de él y la enagua de ella revolotearon al mismo tiempo y se enredaron. Los calzones de ella resbalaron por un lado de la cama; los de él, por el otro.

Al fin se reunieron, tumbados aún de costado; el esfuerzo y la excitación los hacían respirar un poco más fuerte, apresuraban sus corazones.

La mano de Connor se deslizó entre las piernas de ella, y su calor lo rodeó. Estaba húmeda. Sus dedos la acariciaron íntimamente; ella se

movió contra él con el aliento entrecortado, mientras su toque la hacía irradiar un fuego que le ruborizaba la piel. Alargó la mano hacia atrás y le acarició la cadera y el muslo; lo sintió estremecerse. Su aliento era cálido sobre su piel.

La penetró desde atrás, despacio, atormentándola con la lentitud de su entrada. Se sentía llena de él, notaba su cuerpo pegado al suyo, su pecho junto a su espalda, y el contraste entre sus muslos y la dureza de los de él.

Él empezó a moverse con cautela, con un lento ritmo de balanceo que parecía comprobar los límites del placer. Los levísimos sonidos que procedían del fondo de su garganta le dieron a entender que aquello le encantaba pero que, al mismo tiempo, quería más. Entonces le susurró al oído, en voz baja y ronca, y le preguntó qué quería. Ella no respondió; no podía hacerlo. Le faltaban las palabras, pero se lo dio a entender con el cuerpo, con movimientos más audaces que los suyos.

La excitación de ambos aumentó. Se movieron al unísono, oponiendo fuerzas con un mismo objetivo. Él la animó con susurros ásperos que hacían vibrar su pecho contra su espalda. Ella sentía latir la sangre en sus oídos, acompañando el golpeteo de su propio corazón. Pronunció su nombre en voz baja, gutural; una voz que lo hizo desear hundirse en ella.

La persistente caricia de su mano la llevó hasta el límite. Notaba la tensión en cada centímetro de su ser.

—Connor... —susurró, empezando a arquearse—. Por favor.

Él volvió a acariciarla al tiempo que entraba en ella. Maggie jadeó, luego se estremeció y bajó la mano para sujetarlo contra su cuerpo. Sintió que se retiraba un poco y que después la llenaba de nuevo. El ritmo de él se apresuró, y su caricia se volvió más superficial. Ella se tensó en torno a él cuando llegó al clímax, y su húmedo centro lo retuvo un segundo más antes de que él se moviera otra vez. El brazo libre de él la rodeó por debajo; ahora estaba sujeta a él, ceñida por sus brazos, por el nudo de las piernas de los dos, y en aquel instante, por el deseo de ambos.

Connor hundió la cara en su cuello cuando el clímax lo empujó contra ella. La liberación y el estremecimiento de la tensión, la suspensión del tiempo, parecieron durar una eternidad, mientras lo inundaba la pura sensación.

Al fin, relajó levemente el abrazo con que la sostenía, pero sin soltarla.

—Creo que podrías llegar a matarme —susurró.

Luego, en tono ilusionado y juvenil, añadió:

—Aunque si pudiera elegir la forma en que deseo morir...

Maggie echó atrás el codo y le dio con suavidad en las costillas; su exagerado gruñido se mezcló con la risa de ella. Luego se acurrucó contra él, disfrutando de su peso y su fuerza en la espalda.

El aliento de él le agitó algunos cabellos castaños cuando habló en voz baja.

—No te pasa nada. Nada de nada.

—Yo no...

—Nada de nada —repitió—. Salvo, quizá, que discutes conmigo.

Ella sonrió al oírlo.

Él se retiró con cuidado, y mientras recuperaba la posición en la cama, subió el edredón sobre sus cuerpos. Luego la rodeó con el brazo.

—Hablaremos de eso más tarde.

—De acuerdo —dijo ella.

Cerró los ojos y contuvo un bostezo con el dorso de la mano.

Se quedaron dormidos al mismo tiempo.

Denver.

Ethan Stone entró en su casa quitándose el gabán. Por un instante los copos de nieve cubrieron la alfombra del vestíbulo y después se derretieron. Colgó el sombrero y el gabán, atento a algún sonido que indicara el paradero de su esposa. Entonces oyó cerrarse la puerta del horno en la cocina y se dirigió hacia allí; apenas había dado dos pasos cuando tropezó con un paquete que alguien había colocado como obstáculo en su camino. Se agarró a los travesaños de la barandilla para no caerse al suelo y berreó: —¡Michael! ¿Intentas matarme con esto?

Ella apareció al final del pasillo. Con cada mano cogía el asa de una cacerola, y tenía una expresión seria en el rostro.

—Acabo de meter a Madison en la cama —dijo—. Por favor, no grites.

Y volvió a desaparecer.

El paquete era lo bastante grande como para contener un par de botas, y más o menos igual de pesado. Ethan lo empujó a un lado con el pie y prosiguió su camino a la cocina.

Una vez allí, se acercó furtivamente a su esposa mientras ella trabajaba en la hornilla.

—Algo huele bien —dijo.

Intentó levantar la tapadera de una de las ollas, pero Michael le dio un golpecito en los dedos con una cuchara de madera. Una gota de salsa color castaño le cayó en los nudillos; la lamió y se quedó sopesándola por un instante.

—Y sabe bien, también.

Michael frunció la boca a un lado al tiempo que le dedicaba una mirada escéptica.

En ese momento él se inclinó y le robó un beso. La sorpresa hizo que Michael entreabriera los labios un segundo, y el beso se demoró algo más de lo previsto.

—Pero esto sabe mejor —dijo él, con una amplia sonrisa.

—Eres incorregible.

—Y llego tarde.

—Eso también —Michael señaló los platos y los cubiertos de plata —. Si tú pones la mesa, yo serviré la comida.

Ethan dispuso los platos y demás utensilios.

—Jeb Morgan ha vuelto a emborracharse esta noche, y su mujer me

ha pedido que lo encerrara.

Michael miró a su marido de arriba abajo para confirmar que seguía de una pieza.

—Esta vez no hay magulladuras... Jeb debe de estar volviéndose dócil.

Ethan sonrió de buena gana.

—O a lo mejor es que yo estoy volviéndome más ágil.

Michael comenzó a servir la carne y las patatas con una mirada levemente incrédula.

—Acabas de tropezar con un paquete del tamaño de un tocón pequeño por tercera vez en lo que va de semana —le recordó.

Él se sentó y se sirvió pan del cestillo.

—Si no siguieras poniéndomelo en medio...

Michael dejó en la mesa la salsera y un cuenco con un guiso de maíz, judías y tomates. Luego se sentó e inclinó la cabeza, y Ethan se unió a ella en su acción de gracias. Una vez terminada la breve oración, alzó la cara y, sin alterarse, dijo:

—Cabe pensar que un *marshal* federal, en particular uno con formación universitaria, tendría suficiente sentido común para entender que cuando el mismo paquete aparece por medio en tres ocasiones distintas es que su esposa intenta decirle algo.

Ethan se sirvió un poco de verdura y le pasó el cuenco.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer con él?

Al principio Michael lo miró como si no diera crédito a sus oídos;

luego se limitó a menear la cabeza, suspirando.

—Antes de empezar a dejártelo por medio, te dije lo que tenías que hacer.

Él la miró sin comprender.

Michael señaló hacia arriba.

—El desván —dijo—. Quiero llevarlo al desván.

—Lo haré en cuanto acabe de cenar. —Tomó un bocado de rosbif—. ¿Qué hay dentro?

—De verdad, al menos deberías parecer algo avergonzado al hacer esta pregunta —dijo ella—. Estás dejando muy claro que no escuchaste nada de lo que te dije el lunes por la noche.

—¿Qué hacía yo entonces? —preguntó él.

—Leer el periódico.

En tono esperanzado, intentando zafarse del apuro, Ethan repuso:

—Quizá estuviera leyendo uno de tus artículos...

—Ese día no publiqué ningún artículo en el *News*. —Le dio unas palmaditas en el dorso de la mano—. Buen intento, de todos modos.

—Gracias. —Ensartó un trocito de patata cubierto de mantequilla—. De modo que el paquete contiene...

—Un maletín de cuero negro —dijo—. Mamá se lo manda a Maggie, pero no estaba segura de cuál era el mejor modo de hacerlo llegar al «H Doble».

—Podemos enviarlo a Queen's Point.

—Eso pensé, pero luego caí en que el tiempo era muy desapacible

en esta época del año. Al menos, supongo que sí habrás notado que esta noche está nevando.

—Jeb Morgan me tiró unas cuantas bolas de nieve cuando intentaba agarrarlo —repuso él con sorna—. Sí que lo he notado.

—Lo más probable es que, a estas alturas, Maggie esté aislada por la nieve en el rancho, así que seguramente el paquete se quede en algún almacén de la estación hasta la primavera. Me siento más tranquila si está aquí.

—¿Qué hay en el maletín?

Michael se encogió de hombros.

—Mamá no me lo dijo, y yo no he mirado. Se parece un poco a un maletín de médico.

Las oscuras cejas de Ethan se fruncieron.

—¿Un maletín de médico? Creía que Maggie había olvidado lo de la medicina.

Por un instante Michael miró por la ventana de la cocina como si pudiese ver más allá de la cortina de la noche y de la nieve que caía; como si pudiera ver a su hermana y, más importante aún: como si pudiera ver el interior de la mente de su hermana.

—Maggie siempre ha sido la más reservada... —dijo en voz baja.

Miró de nuevo a su marido; sus ojos color esmeralda sólo reflejaban en parte su honda preocupación.

—Pero sigo pensando que no ha abandonado la idea del todo.

Maggie se levantó de la cama y se puso el camisón y la bata. Aún era relativamente temprano, antes de medianoche, y los gruñidos de su estómago le recordaban que no había cenado. Dio con los gruesos calcetines de Connor, que estaban tirados en el suelo, y se los puso; eran cómodos y cálidos. Luego se escabulló en silencio del cuarto y fue casi de puntillas hasta la cocina.

La casa estaba silenciosa. En algún momento, mientras ella y Connor echaban un sueñecito, Dancer se había retirado a su habitación. El viento había dejado de silbar, pero la nieve seguía cayendo. Una rápida mirada por la puerta trasera le indicó que los escalones habían vuelto a borrarse, y un pequeño ventisquero parecía reptar implacable hacia la propia puerta.

Maggie estaba tan familiarizada con la cocina que no se tomó el trabajo de encender una lámpara. Pensó con melancolía en su casa, en lo sorprendida que estaría la señora Cavanaugh si viera que había aprendido a manejarse en la cocina. «Mi casa —pensó—. Pero si mi casa es ésta...»

No fue consciente de que había hablado en voz alta hasta que, desde la puerta, Connor dijo:

—Eso suena un poco a revelación.

Maggie dio un pequeño respingo. Se detuvo en la tarea de coger un pan y miró por encima del hombro.

—Y supongo que eso es lo que es: una revelación feliz.

Puso el pan en la mesa y, mientras buscaba un cuchillo, preguntó:

—¿Quieres algo de comer?

Connor sacó una silla y se sentó.

—Nada para mí.

Ella cortó unas rebanadas de pan. Al rodear la mesa para coger la mantequilla, Connor la interceptó y se la sentó en el regazo.

—Peso demasiado para ti —dijo.

Trató de levantarse de sus muslos, pero, riendo, él la sujetó quieta.

—Mi silla de montar pesa más que tú.

—Pero tú te sientas encima, ¿no?

—Y también la levanto, y la lanzo acá y allá... De todos modos, yo sí que me sentaría en tu regazo.

Le puso sus grandes manos abiertas sobre la tripa y extendió los dedos. En ese momento el estómago de Maggie dio un gruñido.

—Esperaba que se moviese el niño —dijo—, no tú.

—La niña... —dijo ella con brusquedad—. Está muerta de hambre, igual que su madre.

Connor volvió a dejarla en el suelo y dejó que cogiera la mantequilla.

—Entonces, dale de comer a ese chico.

Ella consiguió evitarlo al volver a la mesa y se sentó en la silla de enfrente.

—Nuestro bebé es una niña —repuso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, desconfiado.

—No lo sé —dijo ella—. No lo sé con tanta certeza como para apostar mis últimos veinticinco centavos... Pero tengo esa sensación.

—Entonces dale de comer a nuestra hija —dijo él—. Me fiaré de tu sensación.

Maggie untó de mantequilla el pan.

—¿No te importará si es una niña?

—No. ¿Creías que iba a importarme?

Ella titubeó.

—No sé —dijo en voz baja—. En realidad, no sé qué opinas sobre cosas así..., sobre las chicas que crecen para ser mujeres y luego quieren hacer cosas que suelen hacer los hombres. Hay hombres que piensan que las niñas son casi inútiles...

Aunque no le veía los ojos en la oscuridad, sentía que la observaba atentamente.

—Inútiles salvo para llevárselas a la cama y para tener hijos —dijo él—. ¿Eso es lo que quieres decir?

—Algo parecido.

Él se quedó pensando un momento.

—Tienes razón —dijo—. Lo cierto es que no sabes lo que pienso.

Tenía todo el derecho a interrogarlo, todo el derecho a mostrarse desdeñosa.

—Y además, no he hecho nada para que te des cuenta de que no soy uno de esos hombres.

Maggie se mantuvo en silencio.

—Este rancho lo llevaba mi madre. Primero trabajó junto a mi abuelo y a mis tíos, y luego, durante un tiempo trabajó junto a mi padre. Y cuando se fueron todos, lo hizo ella sola. Trabajaba más que cualquier peón de los que contrató. Sabía echar el lazo, marcar con el hierro y disparar, y no abultaba mucho más que tú. Este rancho estaba en su sangre, y mantenerlo era su sueño. Por eso supongo que nunca le di demasiadas vueltas a lo que las mujeres podían o no podían hacer, al menos hasta que pasé cierto tiempo en el este.

Hizo una pausa. Cuando habló de nuevo, en su voz se apreció el profundo y áspero tono de la emoción.

—Así que no —dijo—: no me importa en absoluto si tenemos una hija. Y si algún día quiere llevar este rancho, lo habré mantenido para ella. Y si decide que quiere ser médico, como su madre, también se me ocurrirá la manera de que lo haga.

Los ojos de Maggie se llenaron de lágrimas. Entonces se levantó de la silla, rodeó la mesa y, sencillamente, dejó que Connor la recogiera en su abrazo. Luego apoyó la cabeza en su hombro.

—Yo no soy médico —dijo.

—Todavía.

Y por el modo en que lo dijo, Maggie casi creyó que aquello aún sucedería. Lo besó en la mandíbula y luego en la boca. El beso se hizo más profundo, más duradero.

Él se apartó de mala gana.

—Creía que tenías hambre.

—Y tengo hambre... Pero ya no quiero el pan.

Connor se puso de pie y la levantó consigo. Luego la llevó en brazos al dormitorio, y esta vez hicieron el amor con las manos y las bocas, tocando y saboreando con dedos y lenguas. Fue el contraste de texturas lo que más disfrutaron: la suave aspereza de las manos de él en el sedoso cabello de ella; la rugosa yema del pulgar de él pasando por la tierna piel de ella. Cuando él le levantó el pelo y la besó en la nuca, ella se estremeció. Y sintió cómo la piel de él agradecía las caricias de sus dedos.

A ella su sabor le parecía salado y dulce al mismo tiempo. Y cuando él apretó la boca entre sus pechos, pensó en el olor agreste del almizcle.

Fue una exploración, un descubrimiento. Esta vez sí que hubo tiempo. Ella lo encontró curiosamente exótico: sus planos y ángulos eran muy distintos de los suyos. Admiró la anchura de sus hombros, su fuerza innata, el vello oscuro que marcaba una flecha descendente desde su liso vientre..., y también los hoyuelos de la base de su columna, que no desmerecían su masculinidad. El hábito de cabalgar le había dado muslos de acero, pero tenía cosquillas en las corvas... A él le gustó que lo peinaran sus dedos, que sus dientes le mordisquearan el lóbulo de la oreja, que su boca se le posara en la curva del hombro y le sorbiera la piel... Y también le gustó su boca en todos los demás lugares.

Aquel intercambio, aquel compartir, resultaban placenteros. El placer fue recíproco, pero lo obtuvieron por turnos. Primero ella lo hizo llegar al clímax; luego la atención de él se dedicó por completo a ella.

Ella no tenía cosquillas en ningún sitio, pero no pudo evitar

estremecerse cuando él le besó la suave piel del interior del codo. Le gustó notar su boca caliente en los pechos, el roce de su mano en la cara interna del muslo, el susurro de su aliento cerca de la oreja. Envueltas en sus manos, las de ella eran pequeñas. Su lengua jugueteó con las puntas de los dedos al besárselos uno por uno. Su boca se apretó contra la palma de la mano... Y también se apretó contra ella en todas partes.

Después se tumbaron juntos, de frente esta vez, con las rodillas elevadas y rozándose. Bajo el edredón, los dos tenían las manos agarradas, los dedos entrelazados.

—La primera vez que nos vimos —dijo Connor—, tú estabas sentada en la cama de una prostituta y parecías estar esperándome. ¿Lo recuerdas?

—No —susurró ella.

Él le apretó la mano con suavidad.

—De vez en cuando he pensado en ello; y allí, en mi cabeza, sigue habiendo un pensamiento inquietante, que no se va. Te mostraste tímida, pero confiada, y después de enterarme de lo que habías pasado aquella noche, con el marinero y con Harlan Porter, me resulta extraño que me brindaras tu confianza a mí (otro extraño) con tanta facilidad.

Maggie deseó poder recordar.

—No sé por qué lo hice —dijo.

Lo que sí recordaba era cómo se había vuelto hacia él en aquella cama, cómo lo había tocado sin que él la invitara a hacerlo..., sólo siguiendo un anhelo profundamente sentido.

—Tenías todo el derecho a pensar que yo era una prostituta.

—Y tú tenías todo el derecho a creer que yo era médico —dijo él.

El nudo que ella tenía en la cintura se deshizo un poco. La idea de haber confundido a Connor con un médico le hizo gracia. Primero sonrió, y luego se rió con una risa ronca que le brotaba en el fondo de la garganta.

—Pues tu tacto con los enfermos no resulta demasiado ético —dijo.

De repente, su risa se desvaneció.

—Estás hablando en serio, ¿verdad?

—Maggie, estabas enferma, y Porter te había maltratado. La señora Hall te dijo que iba a llamar a un médico. Entonces llegué yo, llevando un maletín de cuero...

—Lleno de dinero.

—Que por error podría haberse confundido con el maletín de un médico... —dijo él—. No sé lo que tenías en la cabeza, Maggie, pero sí sé que no te pasa nada. Nunca te ha pasado nada. Tu curiosidad era tan natural como tu deseo. Pero la siguiente vez que te vi me propuse hacer que te sintieras soez y avergonzada, porque eso era más fácil que reconocer que era yo quien se sentía así. Era más fácil esconderme detrás de la cólera por perder mi fortuna que reconocer que tal vez te hubiera hecho daño aquella noche; más fácil llamarte prostituta que creer que tal vez te hubiera tomado contra tu voluntad... Tu sangre de virgen estaba en las sábanas, sobre mí..., y a pesar de eso, me resultó más cómodo creer que me habías engañado con un truco barato de ramera que aceptar la

prueba que tenía ante mis ojos.

Connor se acercó la mano de ella más al pecho. Habló con voz suave, pero seria.

—Me equivoqué contigo —dijo—. Siempre estuve equivocado. Y sé el motivo por el que no me contaste la verdad con respecto al niño. Tienes el instinto de una madre a la hora de proteger a sus cachorros, y yo podría haber sido un marido y un padre pésimos.

—Connor —dijo Maggie con amabilidad—, no tienes...

—No —repuso él—. Quiero contarte estas cosas. Este verano, cuando estabas en casa de Dancer, me di cuenta al fin de que, si te hubiera tratado de otro modo, quizá no habrías abortado. Cuando Dancer llegó aquí buscando ayuda y me contó que estabas embarazada, lo acusé de ser el padre.

Maggie se quedó mirándolo boquiabierta.

—No.

—Sí —dijo él suspirando—. Pero entonces volví a verte, y mis mejores intenciones se desvanecieron. Tenías un bandido a tus pies, estabas apuntándome con un arma, tus ojos echaban chispas..., y aún llevabas puesta la alianza de boda. No pensé con claridad.

—Yo tampoco pensaba con demasiada claridad —reconoció ella.

Connor le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—No lamenté que Dancer se partiera la pierna: eso me dio la excusa que estaba buscando. Entonces te traje al «H Doble» tan rápidamente como pude.

Extendió las piernas e insinuó una bajo las pantorrillas de Maggie.

—Y también encontré los papeles del divorcio sin firmar, que me dieron motivos de esperanza... —Soltó una risilla—. Falsa esperanza, según resultó después.

—Pero ha salido bien —dijo ella—. Aunque no resulta tranquilizador, precisamente, descubrir que Dancer Tubbs es tan entrometido como mi padre.

Se quedó pensando un instante.

—Rushton también tiene algo que ver con esto, ¿sabes?

—Lo sé —dijo él—. Por eso yo estoy aquí, y él está allí. Así todo el mundo está más contento.

Nueva York.

Beryl se ciñó más la bata de satén a la cintura. Pasó del balcón a su dormitorio y cerró las puertas rápidamente. Un torbellino de hojas secas la siguió hasta dentro, y les dio un puntapié.

—No entiendo por qué no vamos al «H Doble» —dijo.

Hizo un mohín con el labio inferior que sabía que era atractivo; había practicado esa expresión frente al espejo.

—O, al menos, a Denver.

El gesto de Beryl no surtió efecto en Rushton, que no alzó los ojos del periódico que leía en la cama.

—¿Sientes nostalgia del hogar? —preguntó.

—Sí —dijo ella—: nostalgia. Justo eso. Echo de menos las montañas y el cielo... Y llevo casi dos años sin ver a mi madre.

—Pues estabas deseando salir de allí. Y, por lo que recuerdo, tu madre estaba incluida en las cosas que odiabas de Denver.

Beryl se sentó en el borde de la cama. Sus claros ojos azules centelleaban. De un manotazo, le arrancó de las manos el *Chronicle* a Rushton y lo tiró al suelo.

—Al menos, ten la cortesía de mirarme cuando hablamos —le espetó.

Con gesto educado, Rushton levantó la vista y la miró con sus insondables ojos oscuros. Su voz permaneció tranquila y paciente.

—La verdad es que la cólera no te sienta bien, Beryl. Tus mejillas tienen un rubor muy poco atractivo.

—Maldito seas, Rush. —Beryl se sacudió un rizo de cabello oscuro que le había caído sobre el hombro—. No quiero hablar del aspecto que tengo.

El destello de sus ojos expresó todo su regocijo.

—Sería una novedad —dijo con ironía.

A Rushton no lo decepcionó que Beryl mordiera el anzuelo al instante. Alargó la mano para coger la suya y después la sujetó para que no la apartara de un tirón. Luego tiró de ella, la acercó hasta sentársela al lado y la agarró del brazo.

—De acuerdo —dijo en tono tranquilizador—, de acuerdo... A ver,

dime otra vez lo que tienes en mente.

Beryl apoyó la cabeza en el hombro de su marido; al hacerlo, las anchas solapas de su bata se abrieron y dejaron ver la perfecta redondez de un pecho. No se tapó.

—No hemos vuelto a Colorado... Ni siquiera hablamos de ir allá. Me gusta Nueva York, Rushton, pero tengo familia en Denver que no he visto desde que me casé contigo.

—Creía que eso era lo que querías —dijo él.

—Lo quería..., lo quiero... No sé.

—Casi nunca escribes a tu madre.

—No me gusta escribir, pero eso no significa que no quiera verla. — Le frotó el brazo con la palma de la mano—. Tú tampoco escribes a Connor, y sé que te gustaría verlo otra vez.

—Lo sabes, ¿verdad?

—No me tomes por idiota —dijo ella—. A lo mejor no tardas más de dos minutos en llevarte mal con él, pero estoy segura de que lo echas de menos. ¿No te preguntas cómo lo estarán pasando él y Mary Margaret? ¿No tienes un poco de curiosidad?

—Sé cómo le va a Maggie —dijo él—: ella sí les escribe a sus padres. Jay Mac me ha contado que él y Moira recibieron una pila de cartas hace sólo unas cuantas semanas, aunque algunas se remontan a pleno verano.

—Nadie del «H Doble» debe de ir mucho a la ciudad para echarlas al correo.

Eso era lo que Rushton pensaba también. Al principio Jay Mac dejó

que su amigo leyera las cartas de Maggie, y Rushton las encontró curiosamente desprovistas de detalles en lo que se refería al «H Doble»... En algunos casos, si se añadía alguna descripción, estaba equivocada, sin más. En las cartas de su nuera también faltaba información sobre su hijo. Maggie nunca escribía sobre cosas que Connor hiciera en el rancho y que quizá hubieran interesado a sus padres; nunca mencionaba ningún momento divertido entre ellos, y nunca le pedía consejo a su madre sobre alguna discusión. De creer a Maggie, era el matrimonio más idílico que había sobre la faz de la tierra.

Y por eso Rushton Holiday se planteaba si en realidad existía aquel matrimonio.

A Jay Mac no le había dicho nada; no quería intromisiones por aquel lado. Pero sentía curiosidad y ahora escuchó a Beryl con más interés del que ella creía.

—Mañana es 1 de noviembre —dijo él como de pasada.

—Sí. El «H Doble» probablemente estará enterrado en la nieve.

—Probablemente. —Dejó que el silencio se extendiera entre ellos por un momento—. Tal vez vayamos más adelante.

—¿En Navidad? —dijo ella en tono esperanzado.

—No, más tarde; tal vez en febrero.

Beryl alzó la cabeza y miró a su marido. Luego hizo una pequeña mueca.

—Pero para eso falta mucho aún... Ni siquiera entonces podremos ir al «H Doble».

—Yo no pensaba tanto en el rancho —dijo él— como en tu deseo de ver a tu madre. El tren llegará sin problemas a Denver, y nos quedaremos con Grace hasta que los deshielos de primavera despejen los puertos.

Beryl estuvo a punto de echarse a llorar.

—Pero eso será tal vez en marzo, o incluso en abril.

En tono solícito pero con mirada seria Rushton replicó:

—Lo sé, querida, pero no puedo marcharme antes. Y además, de este modo tendrás todo el tiempo que quieras para estar con tu madre.

Vio que Beryl palidecía un poco, pero se las arregló para atenuar su sonrisa. Después, rozándole la frente con los labios, le preguntó:

—¿Por qué no bajas la luz de las lámparas, Beryl? Tú has conseguido lo que deseabas.

Deslizó la mano dentro de la abertura de su bata y tomó su pecho.

—Ahora me toca a mí.

Ella gimió suavemente cuando la boca de él cubrió la suya.

Connor le llevó el festín a la cama, y Maggie se incorporó hasta sentarse. Antes de ponerla en la mesita auxiliar, él le mostró la bandeja para atormentarla con el contenido; a ella se le hizo la boca agua al oler las ricas tortitas..., y también el tocino, el té con miel y los bollos calientes con mantequilla.

Sus ojos siguieron la bandeja con expresión hambrienta; sin

embargo, protestó:

—No puedo comérmelo todo.

Sin dejar de mirarla, él se rió.

—Yo terminaré lo que dejes, aunque no creo que me quede mucho.

Le dio un tenedor y luego el plato de las tortitas y el tocino. Ella comió con buen apetito, mientras él le metía una servilleta en el escote de la enagua. Era un placer verla comer con tanto gusto, y se lo dijo.

Sorprendida por el comentario, Maggie habló con la boca llena de comida.

—Pero si no paro de comer —dijo—. Estoy tan gorda como...

—Como debe estar una mujer encinta.

Ella tragó, sonriendo.

—Eres muy galante..., pero me gusta.

—Entonces lo haré con más frecuencia.

Mientras mordía el extremo de una crujiente tira de tocino, Maggie decidió añadir:

—Y también eres un cocinero muy bueno.

Él dejó ver una amplia sonrisa.

—No conseguirás hacerme decir que guisaré más a menudo.

Cuando llegaste al rancho, llevábamos semanas sin tomar una comida decente. Nadie quería ese trabajo de forma fija.

En tono inocente, ella preguntó entonces:

—¿Es un trabajo? No me había dado cuenta. No hay salario.

La sonrisa de Connor se desvaneció.

—Tienes razón —dijo—. No hemos sido justos.

—Aunque tampoco podría ayudar aquí de otra forma, que digamos... De verdad, me da igual.

—A pesar de lo que parece, no te traje al «H Doble» para que cocinaras.

—Yo no soy buena amazona... Y no sé nada de echar el lazo ni de marcar con el hierro. Además, lo cierto es que no creo que quiera aprender. Lo que sé de cocina lo he aprendido de Dancer. Él trata de pasar desapercibido aquí y exagera su herida, pero cuando no hay nadie, es él quien me enseña a cocinar. De modo que ya ves, Connor: en cierto modo, soy una impostora.

Él cogió una de las tortitas, la enrolló como si fuera un cigarro y la mojó en sirope. Luego le dijo:

—Fíjate... Estaba pensando si Dancer querría quedarse por aquí cuando se le haya curado la pierna.

—¿Por qué no se lo preguntas? Se ha adaptado a este lugar más fácilmente de lo que yo creía. Además, Ben y los otros han sido muy amables, y nadie se queda mirándolo. De todas formas ahora no puede volver a su cabaña, con tanta nieve, y no va a marcharse antes de que nazca el niño... Tal vez acepte quedarse como cocinero del «H Doble», al menos hasta que pueda regresar a sus minas.

—Hablaré con él.

Maggie alargó la mano para coger su tazón de té.

—Entonces sospecho que volveré a ser una dama ociosa —dijo,

suspirando.

—No sé por qué, pero creo que eso no va a ocurrir. Estarás muy ocupada hasta que nazca el niño... Y después estarás más ocupada todavía.

Tres días antes de Navidad Maggie volvió a acordarse de las palabras de Connor; tenía razón, desde luego. El trabajo en el rancho no se detenía sólo porque el valle estuviera cubierto de nieve. Los hombres continuaban trabajando muchas horas: alimentaban al ganado, limpiaban los establos, ahumaban carne y forjaban herramientas para la primavera. Además, cuando los lobos amenazaban al rebaño, salían para ahuyentarlos, y también cazaban, pescaban y practicaban trucos con el lazo en el corral.

Los días de Maggie estaban igual de llenos. Lavaba, planchaba y remendaba ropa, y estas tareas no resultaban del todo insatisfactorias una vez que se les daba fin. Asimismo, preparaba cosas para el niño. Ya no se encargaba de cocinar a diario, pero nadie intentó impedirle que hiciera pan y tartas. Cuando Buck estuvo en cama con tos y dolor en el pecho, fue Maggie y no Dancer quien lo cuidó; prensó dientes de ajo en una cucharada de miel e hizo que se tomara la mezcla cuatro veces al día para reducir la congestión del pecho. También le preparó infusiones de manzanilla para antes de dormir, y les añadió un extracto que había hecho de corteza de cerezo silvestre.

Maggie encontró un moisés en el desván, y lo lijó y repintó. De vez en cuando, también trabajaba en un edredón nuevo para el dormitorio, o dejaba que Ben la enseñara a tocar la armónica. De noche leía un poco, a veces compartiendo espacio ante la chimenea con Connor, aunque por lo común se quedaba dormida con el libro abierto en el suelo, junto a ella. Le gustaba que él la llevara en brazos a la cama.

Ahora, recordando lo que Connor había dicho sobre mantenerse ocupada, Maggie deseó que estuviera por allí para llevarla a la cama... Se estiró despacio y de pronto agarró con fuerza el tarro que tenía en la mano al sentir otro dolor en la base de la espalda. Cuando el dolor desapareció, volvió a poner el tarro en su sitio, en el estante de la alacena. En aquel momento la tarea de reorganizar su contenido quedó en segundo plano. Retrocedió hasta salir de la alacena y miró por la cocina. Dancer no estaba. Abrió la puerta trasera, y entonces otra punzada, esta vez un calambre, la cogió por sorpresa y la hizo estremecerse. Llamó a Dancer, pero nadie contestó. Se preguntó adonde habría ido cojeando, pero luego se encogió de hombros y volvió a entrar.

Fue al dormitorio y quitó de la cama las sábanas buenas y los cubrecamas, que sustituyó por tres sábanas viejas que encontró en el armario de la ropa blanca. Después eligió dos libros del estudio de Connor que tenía intención de leer y los puso en la mesita de noche. Se quedó varios minutos delante del ropero, pensando en el camisón que quería ponerse; por fin escogió uno que tenía una estrecha tira de encaje en el escote y lo dejó al pie de la cama. Entonces empezó a desabotonarse

el vestido. Rompió aguas cuando se sentó en la butaca para quitarse los zapatos, y el calambre que sintió a continuación la dejó sin aliento. Todo aquello era muy interesante, pensó..., siempre que prestara atención a lo que estaba ocurriéndole y no tuviera que sentirlo. Casi de puntillas, volvió al armario de la ropa blanca, buscó unas toallas y empezó a limpiar.

Connor la descubrió a cuatro patas en el dormitorio. Tenía una toalla en cada mano, y su enagua estaba mojada. Sin embargo, lo que más le desconcertó fue su sonrisa cuando volvió la cara por encima del hombro para mirarlo.

Apoyado en la jamba de la puerta, en tono despreocupado, dijo:

—Estoy seguro de que esto tiene una explicación. ¿Has volcado un cubo aquí dentro?

Ella sonrió más.

—¿Ves algún cubo?

Él tardó un momento en entender lo que quería decir.

—Ay, Dios mío.

Después ya no titubeó más. La cogió en brazos, la puso junto a la cama, le quitó la enagua y los calzones y la ayudó a ponerse el camisón. Luego esperó a que ella se metiera en la cama y se acomodara, antes de ir en busca de Dancer.

Después de examinarla, Dancer le dijo a Connor:

—Todavía le quedan horas. Ahora está leyendo.

Entonces salió al pasillo y cerró la puerta. Al ver que Connor

arrugaba la frente con gesto preocupado meneó la cabeza y se rascó el lado de su rostro que estaba cubierto de cicatrices.

—No hay por qué poner esa cara —dijo—. Ya has asistido al parto de un potro; no ocurre así, de buenas a primeras.

La espera resultó interminable. Connor se quedó con Maggie hasta que Dancer lo echó; luego esperó en el salón, andando de un lado a otro, alternando los paseos con Luke, Ben, Buck y Patrick, y mirando hacia el pasillo en actitud expectante cada vez que se abría la puerta del dormitorio.

Lo más difícil de soportar fueron los gritos de Maggie. Cuando no paseaba, Connor se quedaba desplomado en un sillón, intentando no oír los intermitentes gritos de dolor. Buck se ponía pálido; Ben y Patrick bebían vasitos de whisky de un solo trago; Luke, por lo general impasible, se encogía.

Entonces se produjo aquel grito, extraño y, sin embargo, conocido de todos ellos. Connor se puso de pie y salió del sillón disparado como una bala. La cara de Buck volvió a recuperar su color. Ben y Patrick empezaron a servir bebida para todos, y una amplia sonrisa plegó las atractivas facciones de Luke.

Cuando Dancer apareció en el umbral, Connor no necesitó escuchar lo que tenía que decirle. Pasó a toda velocidad junto al buscador de oro para acudir junto a Maggie.

Estaba sentada en mitad de la cama, y el cabello, húmedo y oscuro, se le pegaba en la frente y a las sienes. Tenía las pestañas bajadas, se le

veían ojeras y su cutis estaba pálido; pero cuando levantó la cara le relucían los ojos y su sonrisa era absolutamente radiante.

Alzó los brazos cuando Connor se acercó a la cama. En ellos estaba el bebé.

—Quiero llamarla Meredith —dijo—. Mary por mis hermanas y Edith por tu madre.

—Meredith —repitió él en voz baja, casi reverente. Bajó la vista hacia su hija; en sus ojos se veía el brillo de las lágrimas. —Me gusta.

* * *



Capítulo 14

Meredith Dancer Holiday tenía seis semanas cuando el tiempo despejó lo suficiente como para abrir un paso que saliera del valle. Los peones, todos un poco ansiosos, echaron a suertes el privilegio de hacer el viaje hasta Queen's Point; ganaron Luke y Buck.

Dancer decidió aprovechar la ocasión para asegurarse de que su cabaña seguía en pie y fue detrás. Después de la partida de los tres hombres, salvo por los vigorosos gritos de Meredith a las horas de comer, la casa pareció quedarse extrañamente silenciosa.

Ése fue el motivo de que un día Maggie se sorprendiera al oír que unos fuertes pasos cruzaban el porche de entrada, y luego que la puerta se abría y se cerraba de golpe. Dejó de balancearse en la mecedora y apartó a Meredith de su pecho. La niña lloriqueó un poco y empezó a buscar de nuevo. Entonces se abrió la puerta de su dormitorio, y Maggie la abrazó en un gesto protector.

En el umbral estaba Patrick, con el sombrero en la mano. Aspiraba el aire a grandes bocanadas y tartamudeaba, intentando hablar y recuperar el aliento al mismo tiempo. Sus pecas resaltaban en su sofocado rostro.

—Ha habido un accidente, Mag. Tiene que hacer algo. Connor trae a Ben. Dijo que preparáramos la cama de Dancer, y que usted sabría qué

hacer.

Maggie no sabía qué había ocurrido, y mucho menos, qué tenía que hacer, pero al instante se puso en pie, volviéndose con pudor para apartar a Meredith del seno y taparse. Hizo caso omiso del vagido de su niña, aunque sintió que el pecho le goteaba inmediatamente. Luego, acunando a Meredith, apartó de su camino a Patrick y lo hizo seguirla al cuarto vacío de Dancer.

—Ayúdame a hacer la cama —dijo—; no puedo hacerla sólo con un brazo libre. Y dime qué ha pasado.

Patrick agarró las sábanas, las extendió sobre la cama y las remitió por las esquinas mientras hablaba.

—Algo reventó en la fragua, y una bola de fuego le saltó a Ben. Cuando él salió corriendo, Connor lo agarró y lo echó de cara en la nieve, pero está muy quemado.

Maggie cerró los ojos un segundo y pensó en el rostro de Dancer. El estómago le dio un vuelco.

Con más tranquilidad de la que en realidad sentía, le dijo a Patrick:

—Ayuda a Connor a traer a Ben; seguro que no pretendía que anduvieras entreteniéndote aquí conmigo.

Se dio cuenta de que podría haberse ahorrado el aliento; al oír su primera orden, Patrick había salido del cuarto como un rayo.

Maggie dejó a Meredith en la cuna y la llevó a la cocina; la niña seguía berreando, pero hizo como si no la oyese. Luego puso una olla de agua en la hornilla, encendió la leña menuda y empezó a buscar en la

alacena flores, hojas y bayas de saúco secas. Estaba sacando lo que necesitaba cuando oyó que la puerta principal se abría de nuevo. Salió y se encontró con los hombres en el pasillo. Ben se sostenía entre Connor y Patrick. Su cuerpo grande, de pecho fuerte y grueso, estaba vencido, y la cabeza le colgaba. En el aire olía a ropa quemada, a carne y a pelo quemado. Patrick cerró la puerta de un talonazo.

Maggie señaló el dormitorio.

—Llevadlo ahí dentro. Intentad quitarle parte de la ropa, pero si está quemada y la tiene pegada a la piel, no tiréis de ella.

Desaparecieron en el interior del cuarto. Mientras tanto, ella fue al salón, cogió un par de tijeras de su cesto de costura y se las dio a Connor. Observó que él tenía las manos más firmes que Patrick, y que el miedo se había depositado en él con una calma rígida que resultaba útil en un momento de crisis.

—Córtale la ropa donde tengas que hacerlo —dijo—. Patrick, coge la bañera de asiento y tráela aquí. Lléнала en una cuarta parte; agua fresca, no te molestes en calentarla. ¡Y a lo mejor deberías buscar unas vendas también!

Tuvo que decirlo a gritos, porque Patrick había reaccionado con tanta rapidez a la primera orden que apenas oyó la segunda.

Maggie echó un somero vistazo a Ben; su estado no quedaría claro hasta que Connor no le quitara casi toda la ropa. Vio que tenía muy quemada la pierna izquierda, sobre todo de la rodilla hasta el tobillo. El delantal de cuero que llevaba puesto le había protegido el pecho, las

ingles y los muslos, pero los dos brazos estaban chamuscados.

—Voy a preparar una infusión de hojas de saúco para lavarle la piel —le dijo a Connor—; tardará un poco. Cuando vuelva Patrick con el agua, úsala para empapar las briznas de tela que estén pegadas.

Le pareció que Connor palidecía.

—Puedo hacerlo yo —se ofreció.

—No —dijo él lacónicamente—. Me las arreglaré.

Ella vaciló, pero lo vio decidido y asintió.

—De acuerdo.

Cuando Maggie regresó a la cocina, Meredith dormía un sueño entrecortado. Meció la cuna con la puntera del zapato mientras preparaba el agua de saúco, y cuando acabó, la niña estaba profundamente dormida.

El agua de saúco tenía que enfriarse antes de aplicarla a la piel quemada de Ben, y mientras tanto empleó el tiempo en preparar diversas infusiones para aliviarle el dolor y facilitarle el sueño.

Al volver al dormitorio, felicitó a Connor por el trabajo que había hecho.

Él se apartó de la cama y le dejó sitio. Ben estaba tapado por la cintura con una sábana que le dejaba al descubierto los brazos y la mayor parte de las piernas para que se los inspeccionase. Entonces Maggie cogió la esponja que había estado usando Connor y la empapó en una olla de agua fresca. Después limpió las heridas minuciosamente, buscando trozos de hebras que más tarde pudieran provocar una

infección. A pesar de sus gestos cuidadosos, cuando lo tocaba, Ben daba sacudidas y gruñía.

—Connor, dale un poco de la infusión de sauce blanco. Está en el tazón de porcelana.

En seguida volvió a limpiar las quemaduras y dijo con suavidad:

—Tiene suerte, Ben. Sus heridas no son ni mucho menos tan graves como me dijo Patrick.

—Probablemente le dijo que parecía una maldita bola de fuego —gruñó.

El esfuerzo por hablar lo hizo toser, y la tos lo sacudió en la cama. Volvió a gruñir de dolor.

—No diga ni una palabra más. Use su energía para beber lo que Connor está dándole.

Éste oyó la tranquila autoridad que había en la voz de su esposa y vio que Ben obedecía. En el transcurso de la semana siguiente, una y otra vez, Connor tuvo ocasión de oírla y de ver el efecto de su modesta confianza en la gradual recuperación de Ben. La vio sentarse junto a la cama de su paciente, confortándolo con su presencia, sosteniéndole la mano sin quemar cuando Ben sólo podía gritar de dolor. Le cambiaba las vendas, le limpiaba las heridas y le aplicaba en la carne viva la fresca y calmante agua de saúco. También preparaba bálsamos de ajo para la infección y tazas de infusión de amapola y sauce blanco. A veces se sentaba con él sola; otras le daba el pecho a Meredith junto a su cama.

Estaba a disposición de Ben a cualquier hora. Le daba caldo a

cucharadas si él no podía beberlo solo, o le leía mientras acunaba a Meredith. Lo lavaba, le peinaba el cabello y le afeitaba la ancha y arrugada cara.

De noche caía exhausta en la cama, en brazos de Connor. A él le gustaban aquellos momentos; le gustaba tenerla cerca, toda para él. Sabía lo escasos que eran esos instantes, y que probablemente seguirían siéndolo, de modo que los apreciaba de manera especial y los saboreaba.

Porque, después de verla al lado de Ben, curándolo no sólo con su habilidad sino también con su voluntad, lo único que a Connor le quedaba muy claro era que el sitio de su esposa no estaba en el «H Doble».

—Dancer estaría orgulloso de ti —le dijo mientras ella se preparaba para acostarse.

Connor ya estaba tumbado en el borde del colchón, con la cabeza apoyada en alto sobre un codo. Sus ojos fueron de su esposa hasta el cercano moisés donde su hija dormía profundamente, con el diminuto trasero levantado en el aire. A las ocho semanas, Meredith ya era demasiado grande para el moisés, y con ayuda de Patrick estaba haciéndole una cuna. Aún seguía en el granero, donde la escondían como sorpresa para Maggie también. Después del accidente de Ben, tenían más trabajo y menos tiempo para acabarla.

Maggie se arrodilló junto al moisés mientras se abrochaba el último

botón del camisón de algodón y tocó la pelusa que cubría la cabecita de Meredith. El pelo de su hija era todavía más oscuro que el de Connor. Lo acarició amorosa, rizándole las puntas entre dos dedos.

—En cierto modo, estoy encantada de que Dancer no estuviera aquí —dijo—. Creo que para él habría sido duro ver las quemaduras de Ben.

Se levantó despacio y se desperezó mientras bostezaba. La delantera del camisón quedó tensa sobre sus pechos.

—Pero también lo he echado de menos. Tenía miedo de no estar haciéndolo bien.

Connor se encontró clavando la vista en el pecho de Maggie. La rotunda forma de sus senos se revelaba perfectamente a través del fino algodón, y la luz de la lámpara situada detrás recortaba la esbelta silueta de su cintura y sus caderas. Maggie apenas acababa de reponerse del parto cuando ocurrió el accidente, y en las semanas pasadas desde entonces, parecía que, cuando no estaba demasiado cansada ella, lo estaba él.

Connor llevaba sin hacer el amor con su esposa desde antes de que naciera la niña. Ahora su cuerpo estaba recordándose de la manera más natural y elemental.

Maggie se metió en la cama, y él rodó hasta ponerse boca abajo. Sólo la presión sobre sus genitales le impidió tomarla allí mismo.

—Yo creo que lo haces casi todo bien —dijo con la voz ronca.

Ella sonrió.

—¿Sí? Me gusta que me lo digas.

Alargó la mano hacia la lámpara, pero la detuvo la mano de Connor sobre su muñeca.

—Esta noche no —dijo él.

Maggie se volvió para mirarlo. Los ardientes ojos de él, sencillamente, la taladraron.

—Nunca te he hecho el amor con luz —dijo Connor—. Esta vez quiero ver.

Por un instante Maggie pensó en decirle que aquello no era decente..., pero, en realidad, le parecía de lo más decente hacerlo. Entonces se inclinó hacia él.

—¿Y si no te gusta lo que ves? —susurró.

—Eso no es posible —susurró él a su vez.

Maggie se sentó y cogió el bajo de su camisón. Con un fluido movimiento tiró de él para quitárselo y luego dejó que revoloteara hasta el suelo, detrás de ella.

A él le gustó lo que vio; muchísimo. Ella le dirigió una mirada audaz, casi desafiante, y él sospechó que era más bravata que valor... Sonrió, tendió la mano hacia la de ella y la cogió. Le pasó el pulgar con suavidad adelante y atrás por la fina parte interior de la muñeca, y sintió cómo se le aceleraba el pulso.

La inclinación de su barbilla atrajo su mirada hacia la longitud de su cuello, el hueco de la garganta y luego la clara línea de sus clavículas. Tenía los hombros echados atrás, subrayando la forma de sus pechos. Bajo su mirada, un rubor rosado se le extendió por la piel, y los pezones

parecieron adquirir un tono más oscuro.

Los ojos de él se deslizaron más abajo, por la curva de su cintura, por su abdomen liso y luego por sus caderas. Entonces le soltó la muñeca y bajó su mano por el muslo desnudo, desde la cadera hasta la rodilla. La palma de su mano se curvó sobre los contornos femeninos; ella no se movió, aunque él sintió que temblaba.

—¿No deberías...? —susurró Maggie.

La voz de él sonó más ronca todavía.

—¿Que no debería qué?

—¿No deberías quitarte los...?

Como no parecía capaz de terminar una frase, Connor la ayudó levantando la sábana que lo cubría hasta la cintura.

Los ojos de Maggie se abrieron un poco más. Ya estaba desnudo... Y también excitado.

—Estabas muy seguro de mí —le dijo.

—Digamos tan sólo que tenía esperanzas.

Riendo, Maggie tiró hacia atrás de la sábana y lo sometió entonces al mismo examen detallado con que él acababa de estimular sus sentidos. Abarcó la anchura de sus hombros, la suave extensión de su pecho, su liso vientre... Y luego estudió su erección.

—Caramba —dijo en voz baja.

Él tiró de ella y luego le dio media vuelta, de modo que Maggie quedase atrapada bajo su cuerpo. Entonces descansó el peso en los antebrazos.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Eso deberías hacer.

La boca de él se cerró sobre la de ella. La besó de forma profunda, sedienta. Ella aceptó el movimiento de su lengua y respondió con la suya. Su rodilla le entreabrió los muslos, y ella levantó las caderas.

—Ayúdame —dijo él.

Ella así lo hizo. Sus manos se cerraron sobre él íntimamente, y él se deslizó despacio en su interior. Ella ya estaba húmeda para él. Los ojos de ambos se encontraron. Permanecieron unidos, sin moverse.

Las pupilas verdes de Maggie se dilataron y se oscurecieron. Las de él parecían de ónice líquido. Sus alientos se mezclaron, cálidos y dulces.

Se besaron de nuevo, despacio. Las bocas se fundieron, y las lenguas trabajaron al mismo ritmo que marcaban sus cuerpos. Los muslos de ella lo acunaron. Empujó contra sus caderas y envolvió las piernas en torno a él, sujetando su cuerpo. Entonces el beso se interrumpió. Ella arqueó el cuello y, con la boca, él le tocó la garganta y sorbió su piel. Ella jadeó y reprimió un sonido de placer.

Sus caderas subían y bajaban, empujando con fuerza en su interior, mientras ella posaba sus manos en los hombros y le pasaba suavemente las puntas de sus dedos por la piel, se frotaron uno contra otro, los senos de ella bien pegados al pecho de él, y sus pezones se endurecieron de puro placer. Con la uña del pulgar le dibujó la línea de la columna. Él se estremeció, gruñó y enterró la cara en la curva de su cuello, provocándole una sonrisa que desapareció en cuanto le mordió

ligeramente la piel. Ella a su vez le tocó los hoyuelos que tenía en la base de la columna y subió la mano por la espalda hasta retorcer con sus dedos el pelo de la nuca. Él respondió con un movimiento fuerte y luego le besó la mejilla, le besó justo debajo de la oreja, y también las delicadas cejas.

Ella se arqueó, apretándose con él. La tensión la mantuvo quieta un instante. El placer era una sensación prolongada, que la hacía tensarse y la elevaba.

Se movieron juntos, despacio al principio, encontrando un ritmo que satisficiera y dilatara su mutuo placer. Él sintió una tirantez en el pecho mientras la excitación aumentaba, con tal intensidad que amenazó con dejar su cuerpo sin aliento. La abrazó con fuerza, rodeándola, protegiéndola. Ella gritó su nombre mientras se estremecía contra él, y el cuerpo de él pareció absorber su placer hasta que se convirtió en el suyo propio. Entonces gruñó en voz baja y susurró su nombre contra su piel.

Los cuerpos de ambos estaban encendidos y calientes. Ninguno de ellos quería moverse, de modo que no lo hicieron.

Regocijada, con la voz ronca, ella dijo:

—Así empezamos.

—Exacto.

Por un momento le resultó agradable sentir el peso de él. Cerró los ojos y se limitó a disfrutarlo.

—Me gusta esto.

Él le besó la comisura de la boca y luego salió de ella, poniéndose a

su lado. Se apoyó en un codo y bajó la mirada. Ella seguía con los ojos cerrados y con una leve sonrisa en los labios. Sus mejillas estaban arreboladas, y tenía la boca un poco hinchada por la presión de sus besos. Su cutis estaba suave; la arruga que a veces se dibujaba entre sus cejas había desaparecido. Las sombras de debajo de sus ojos las provocaba el abanico de sus oscuras pestañas.

De nuevo sintió aquella tensión en el pecho; esta vez lo conmovió la sensación de amarla. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y parpadeó para evitar derramarlas.

Ella pareció darse cuenta. Abrió los ojos y preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

Ella se quedó callada, observándolo, escudriñando su rostro. Luego alargó la mano hacia él y puso la palma en su mejilla. En aquel momento sus oscuros ojos no eran ni distantes ni fríos. Se sintió atraída hacia el interior de ellos; la quemaban y la cobijaban al mismo tiempo, y a Maggie no le pareció raro que lo hicieran. Y durante un segundo eterno recibió la caricia del alma de él.

—Te amo —susurró ella.

Luego apartó la mano, que se deslizó sobre su pecho y volvió a caer en el colchón, entre los dos.

A él se le hizo un nudo en la garganta. Le tocó la mano y entrelazó los dedos de ella con los suyos. No dijo nada; ella tampoco parecía esperar que dijera algo. Compartieron el silencio.

Maggie se acurrucó más cerca. Connor subió la sábana y el edredón. Por un instante, la niña se agitó lloriqueando bajito; luego suspiró y se durmió. Connor buscó la lámpara y apagó la llama. Maggie apoyó la cabeza en el hueco de su hombro.

Cuando se durmieron, la nieve empezó a caer.

Por la mañana los puertos volvían a estar bloqueados. Maggie sirvió tortitas en el desayuno; Patrick había ido dando tumbos al gallinero, atravesando ventisqueros con nieve hasta las rodillas para coger huevos. La masa del rebozado burbujeaba en la sartén de hierro engrasada cuando puso el primer montón de tortas en la mesa. Connor pinchó tres con el tenedor antes de pasarle el plato a Patrick.

Al ver que éste empezaba a echarse casi todas las tortas en su plato, le advirtió que dejara alguna para Ben.

—Ya he servido a Ben —dijo Maggie.

Volvió a la plancha y dio la vuelta a dos tortitas más. Echó un vistazo hacia la ventana; las flores de hielo de los vidrios iban derritiéndose despacio.

—Buck y Luke no podrán volver, ¿verdad?

—Hoy no —dijo Patrick—. Probablemente, esta semana no.

—¿Y Dancer?

Connor meneó la cabeza.

—Estará bien en su cabaña hasta que despeje.

Connor acunaba a Meredith en sus brazos; con el balanceo, la niña soltó un sonido alegre que, sin ser exactamente una risa, hizo sonreír a todos los adultos de la habitación.

Luego atormentó a su hija con la comida que tenía en el tenedor.

—No te atrevas a darle tortita —le advirtió Maggie.

—Ni se me ocurriría.

En lugar de eso, dejó el tenedor y metió el índice en el bote de la miel. Después se lo acercó a Meredith, que chupó con ansia la punta. Connor miró a Maggie como diciéndole: «¿Esto es lo que se siente?» Ella se limitó a ruborizarse, y Connor se rió.

Ni Ben ni Patrick, cada uno concentrado en su desayuno, se dieron cuenta.

A medida que pasaban las semanas del invierno, ella fue atesorando un puñado de pequeños momentos: la risa que intercambiaban; las sonrisas íntimas y también las que compartían... Vio a Connor con Meredith sobre las rodillas, mirándola fijamente mientras ella hacía diminutas burbujas entre sus húmedos labios. Las manos de él parecían tragarse la cabeza de su hija cuando la acunaba. A veces él enterraba la cara en su barriguita y resoplaba con suavidad o le daba sonoros besos, y Meredith se reía.

Maggie recordaba cuando fue con Connor a montar en trineo. Primero él la envolvió en capas de mantas hasta convertirla en un

montón informe; luego, ya metidos en el largo trineo, *Tormenta* tiró de ellos hasta los árboles. Hicieron una bajada magnífica por la ladera hasta que tropezaron con un banco de nieve. El sol sacaba destellos de la nieve y también del pelo de Maggie cuando sus mechones cobrizos captaban la luz, y Connor le robó un beso mientras ella hacía un muñeco de nieve. «Tu pelo es como una llama», le dijo, y tiró de ella para levantarla.

Por las noches se sentaban ante el fuego, compartiendo una manta con Meredith, y charlaban con ella como si los entendiera. Maggie le consultaba cosas sobre el jardín que estaba planeando; Connor le hablaba del primer caballo que tendría. En un momento dado, mientras comentaban su futuro, ella arrugó la nariz e hizo una mueca, y los dos se rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

—Sospecha que somos como Jay Mac —dijo Maggie secándose los ojos.

Aunque, en su corazón, reconocía que con ella John MacKenzie Worth había actuado bien.

Recordaba otras cosas: la ceremonia de entrega de la cuna de Meredith por parte de Connor y Patrick; la vuelta de Ben al edificio de los dormitorios de los peones; la batalla de bolas de nieve que acabó dejando a Connor solo en la defensa del fuerte, cuando Maggie sucumbió a un ataque de risa que la inutilizó como compañera...

Maggie recordaba las noches en que se tendía junto a él, confortada por su cercanía, por el cobijo de sus brazos, y él le hablaba con aquella voz baja, suave como el terciopelo.

Y así, viviendo cada momento, tejió un tapiz de recuerdos aquel invierno.

Denver.

Mary Michael Stone y Mary Renee Sullivan estaban sentadas cada una en un extremo del sofá, como un par de sujetalibros; frente a ellas se sentaba Beryl Holiday. Cuando ésta bajó los ojos para tomar su taza de té, las gemelas intercambiaron una idéntica mirada de frustración. Cuando Beryl volvió a alzar la vista, ambas mostraban unas sonrisas perfectamente hermosas.

—Qué amables han sido al visitarnos durante su estancia —dijo Michael.

En realidad, como su gemela, ella deseaba seguir en el comedor, con su marido, donde seguro que la conversación no era tan aburrida ni tan difícil. Varias veces había oído risas procedentes de aquella habitación mientras Ethan, Jarret y Rushton intercambiaban historias.

—Rushton creyó que debíamos hacerlo —explicó Beryl.

Se produjo un incómodo silencio. Rennie intentó ayudar a su hermana.

—Me alegré mucho al saber que iba a conocerlos a ustedes —dijo—. Jarret y yo sólo estamos en Denver esta semana, luego iremos a Nueva York. Hemos pasado todo el otoño y casi todo el invierno trabajando en

un proyecto para Northeast Rail.

Los claros ojos azules de Beryl parpadearon.

—No creía que llevarsen por aquí tanto tiempo. Supongo que pensé que, al no conseguir la tierra del «H Doble», habrían regresado a casa.

—Nos fuimos a California —dijo Rennie—. Pero sigo interesada en la franja del «H Doble», aunque no creo ni por un instante que Connor vaya a venderla.

—Desde luego, ahora no —aclaró Beryl con una leve risa crispada—. Y menos después de pagarla tan cara.

A Rennie le molestó ese comentario.

—¿Se refiere a la boda? —preguntó—. Connor Holiday debería considerarse afortunado de que mi hermana no pusiera ningún obstáculo.

Michael no tenía mucho mejor humor que Rennie, pero el ver que su hermana se caldeaba la ayudó a contenerse.

—Connor y Maggie estuvieron aquí poco después de la boda. Eran muy felices. —No se atrevió a mirar a Rennie, que ya sabía una versión distinta de aquella visita—. Resulta difícil decir quién ha salido ganando en el trato. ¿Más té?

Beryl sostuvo la taza mientras Michael lo servía.

—Comprenderá que piense que ha sido Maggie.

Rennie sonrió con dulzura.

—Estoy segura de que es su condición de madrastra la que provoca esa lealtad. —Por el rabillo del ojo vio que Michael estaba a punto de

atragantarse con el té—. Después de todo, eligió usted al padre en lugar de al hijo.

Dicho eso, se levantó, dejó su taza en la mesita auxiliar, pidió permiso y se marchó.

Michael habría estado encantada de estrangular a su hermana, pero no se disculpó en su nombre; en lugar de hacerlo, recogió el hilo de la conversación como si no hubiera ocurrido nada del otro mundo.

—Oí comentar a Rushton que dentro de dos días se van hacia Queen's Point.

El color moteado de las mejillas de Beryl se desvaneció cuando ésta recobró su tranquilidad.

—Así es.

Ahora que Rennie ya no estaba en la habitación, encontraba más fácil hablar. Durante toda la cena había tenido presente que Rennie Sullivan era la responsable de haber reunido a Connor y a Maggie. Fue el interés de Rennie en el «H Doble» y sus comentarios a la ligera sobre Connor a Jay Mac lo que en última instancia dio forma a los acontecimientos.

—Los puertos ya deben de estar despejados. Le juro que ayer vi un narciso.

Michael se obligó a sonreír.

—No me sorprendería que a estas alturas Maggie necesitara algo de compañía. Ethan y yo hemos hablado sobre la posibilidad de ir hasta allí: nos encantaría ver el rancho. Y además, sinceramente, ahora que Maggie

está tan cerca, la añoro más que nunca.

—El «H Doble» es precioso —dijo Beryl—. Pero estoy segura de que Rennie ya se lo ha dicho.

Aunque Michael volvió a notar en la voz de Beryl cierta aversión hacia su hermana, mantuvo la serenidad al hablar.

—Como Ethan y yo tardaremos un tiempo en ir, había pensado si usted y Rushton querrían hacerme un favor.

Beryl colocó su taza en el platillo; luego ladeó la cabeza y se toqueteó el pendiente de amatista que llevaba en la oreja derecha.

—Me encantará hacerlo, si puedo.

—Maggie tuvo que dejar parte de sus pertenencias aquí. Son unos cuantos baúles, algunas maletas... —se rió—, y un paquete que mandó mi madre y que lleva todo el invierno cogiendo polvo en el pasillo del piso de arriba. Desde que llegó, Ethan promete llevarlo al desván una o dos veces por semana, pero eso no ocurre nunca... Y ahora verá justificada su pereza.

Sonrió.

—Es decir, si es que usted y Rushton acceden a llevarse algunas cosas.

A Beryl no se le ocurría ninguna buena razón para decir que no, pero estaba dándole vueltas al asunto cuando Michael añadió:

—Lo revisaré todo, desde luego: no quiero cargarlos innecesariamente. El maletín de médico tendrá que ir. Mamá no lo habría enviado si no creyera que Maggie lo querría.

—¿Un maletín de médico? —inquirió Beryl—. Su hermana no es médico.

—No...

Michael se encogió de hombros; no quería compartir los sueños de Maggie con aquella mujer.

—En realidad no estoy segura de que se trate de eso. No lo he abierto.

—¿De cuero negro? —preguntó Beryl al tiempo que señalaba con las manos una distancia de unos cuarenta centímetros—. ¿Más o menos así de grande?

—Exacto. Justo como el que llevaría un médico.

Despacio, con aire pensativo, Beryl dijo:

—Una vez tuve uno así.

Recordaba habérselo prestado a Connor y no volver a verlo más. Se esforzó por despojar su voz de toda emoción.

—Metía muchas cosas dentro, cuando tenía que viajar: peines, cepillos, perfumes... Ya sabe, las cosas de las que no se puede prescindir.

—Tal vez dentro no haya más que eso —dijo Michael, aunque lo dudaba; a Maggie le parecería frívolo llevar esas cosas encima—. Pero es más probable que contenga libros. Maggie siempre está leyendo, y sé que hay libros en algunos baúles. Me aseguraré de que éstos le lleguen.

A Beryl le daban lo mismo los libros.

—Llevaremos cuanto usted guste —dijo—. A Rushton no le importará.

Maggie se apresuró a acudir a la puerta principal y la abrió de golpe. Luego subió a Meredith de la cadera hasta el hueco del brazo.

Emocionada, señaló al extremo sur del valle.

—¡Mira allí! —dijo—. ¡Es Dancer!

Luego llamó a Connor, que estaba en el corral. Lo vio mirar a lo lejos en la dirección que ella señalaba, y que después se quitaba el sombrero y lo agitaba, saludando al buscador de oro que iba acercándose.

Maggie bajó a saltos los escalones y cruzó el jardín. Unos copos de nieve punteaban su camino como pétalos de azucenas, y los rodeó. Connor también salió del corral para reunirse con ella, y entonces cogió a Meredith de brazos de Maggie y la levantó más aún.

Dancer llevó su caballo justo hasta el trío que le daba la bienvenida, mientras Ben y Patrick salían del establo para saludarlo.

—¡Qué bienvenida! —dijo con una amplia sonrisa.

Se inclinó desde la silla y le hizo cosquillas a Meredith en la barbilla.

—No tienes miedo de tu viejo tío Dancer, ¿verdad? ¡Miradla! —Su risa aguda sonó como un cacareo—. No le da miedo esta fea cara. Ni una pizca de miedo.

—Claro que no —dijo Maggie—. ¿Por qué iba a darle miedo? Ella sabe que usted la quiere.

Dancer desmontó.

—Yo no he dicho nada de quererla —replicó con brusquedad—.

Menuda tontería.

Dio unos cuantos saltos para sacudirse el polvo de la ropa y la rigidez de los huesos. A continuación se echó atrás el sombrero y le dio un concienzudo vistazo a Maggie.

—Veo que no te ha pasado nada.

Ella supuso que aquello era el saludo más afectuoso que iba a recibir; entonces, actuando por impulso, rodeó a Dancer con los brazos y le dio un achuchón.

—Lo he echado de menos —susurró junto a su oreja llena de cicatrices—. Todos lo hemos echado de menos.

Y antes de que se sintiera demasiado incómodo, retrocedió rápidamente.

—Veo que su pierna no le da ninguna molestia —añadió.

—Ya ni me acuerdo de ella.

Dancer tendió la mano a Patrick, se la estrechó y luego dirigió una buena mirada a los antebrazos de Ben, marcados de cicatrices.

—¿Qué diablos te ha pasado? —preguntó sin rodeos.

—Un accidente en la forja —dijo Ben.

Su grueso cuello enrojeció levemente, y su cara tomó el mismo tono rubicundo. Dancer era la última persona que esperaba que hiciera notar sus cicatrices.

—No se pueden comparar con las mías —dijo Dancer—. ¿Te cuidó Maggie?

—Día y noche.

—Debería ser médico, como ella quiere. —Tomó a Meredith de brazos de Connor—. Si es que a alguien le importa lo que pienso.

Y luego se alejó sin prisas hacia la casa, arrullando a la niña y charlando con ella.

Maggie sonrió, enlazó su brazo con el de Connor y se inclinó hacia él.

—Es agradable tenerlo de vuelta, ¿eh? La verdad es que creí que a lo mejor no volvía.

Connor le hizo una señal a Patrick para que se encargara del caballo de Dancer, y Ben se fue detrás.

Entonces se dio cuenta de que Maggie esperaba una respuesta a una pregunta que no había oído.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, alzando la vista.

Connor tenía las facciones alteradas, y el borde de la mandíbula claramente definido. Sus ojos miraban con expresión ausente.

—Nada.

«Debería ser médico», pensó... La miró, sonrió y la besó con suavidad en los labios.

—Nada —repitió—. Es agradable tener a Dancer de vuelta, ¿verdad?

Maggie fingió no haberle hecho la misma pregunta; fingió creer que no pasaba nada y se limitó a apretarse más fuerte contra su brazo. Por un instante sintió como si él se le hubiera escapado.

—Sí —dijo—. Y para celebrarlo voy a preparar algo especial en el

horno. Un bizcocho, quizá; Dancer siente debilidad por el bizcocho.

La mano de Connor se deslizó en la de ella, y los dedos de ambos se entrelazaron. Ella haría un bizcocho, pensó él; con sus manos de curar, su esposa haría un bizcocho... Se preguntó cómo conseguiría hacerla salir del valle..., y luego se preguntó si la dejaría marcharse.

Queen's Point.

Beryl se mantuvo en segundo plano mientras Rushton supervisaba la carga del carro. Luke y Buck subieron el último baúl y luego se apoyaron en la plataforma del carro para recuperar el aliento.

—¡Qué mala suerte dar con ellos! —murmuró Buck.

—Rush no es tan malo —dijo Luke—, pero ella es tremenda. Si sabes lo que te conviene, cuanto más lejos, mejor.

—Lo que te dije: tendríamos que habernos ido ayer.

—Ayer estabas ocupado, ¿te acuerdas? —repuso Luke.

Elevó una de sus oscuras cejas y luego le lanzó a Buck una insólita media sonrisa.

—Rubia, ojos castaños, más o menos metro setenta...

—No sé qué altura tenía —dijo Buck, sonriendo abiertamente—. No la vi de pie.

Luke soltó una breve y ronca carcajada y se apartó del carro. Entonces vio en la acera de tablas un maletín negro y se inclinó a

recogerlo.

—Faltaba uno.

Pero Beryl se adelantó. Sus botas de piel sonaron con un ligero repiqueteo en la acera, y su falda de amazona color castaño oscuro ondeó suavemente entre sus piernas.

—No se moleste con eso —dijo—. Yo lo llevaré conmigo.

Luke le puso el maletín en las manos y se apartó de su camino para evitar que lo rozara. Se volvió a mirar a Rushton.

—Estamos listos para partir, señor. Los dos carros están cargados. ¿Quiere que Buck y yo llevemos uno cada uno, o se encargará de uno de los tiros usted mismo?

Los ojos de obsidiana de Rushton se entornaron un poco, y una comisura de la boca subió un milímetro. En aquel momento se parecía muchísimo a su hijo.

—Estoy familiarizado con la tarea de llevar un tiro de caballos —dijo.

Luke sabía que Rushton tenía establos en Nueva York, porque Connor le había hablado de los tiros de caballos de paseo de su padre.

—Usted perdone, señor —dijo cortés—, pero esto no es Central Park.

—¿Has estado alguna vez en Central Park? —preguntó Rushton.

Luke le dio a su sombrero un ligero capirotazo con el índice y admitió el argumento de Rushton. A continuación, añadió:

—Yo me encargo del carro que lleva nuestros víveres y las cosas de

Maggie; coja usted el de sus baúles y maletas.

Rushton asintió.

—Beryl, ¿quieres ir en el carro?

Ella negó con la cabeza.

—Tomaré la yegua baya. Al menos durante un rato.

Miró a su marido para que la ayudara a montar.

—Dame, deja que coja ese maletín —comentó él—. No le has quitado la vista de encima.

Ella sonrió con coquetería y sacudió un poco la cabeza. Unos rizos oscuros le barrieron con gestouelto el hombro y cayeron por su espalda.

—Una dama no puede prescindir de sus peines, Rushton, ni siquiera en este desierto.

Él se rió, meneando la cabeza, y la ayudó a colocarse en el estribo.

—Tienes un aspecto encantador, como siempre. Fresca como una margarita.

Beryl lo miró arrugando la nariz en un gesto nada atractivo.

—No soy una margarita —dijo—. Las margaritas son corrientes.

Se perdió la risilla que Rushton soltó en voz baja, mientras se apartaba y hacía a los otros la señal de que estaba listo para partir. Entonces Beryl espoleó a la yegua y se puso a la cabeza del grupo. Delante de ella llevaba agarrado el maletín negro, y de vez en cuando hacía girar el cierre. Lo había engrasado para que se abriera con facilidad, y lo hacía: abría el maletín con cuidado para mirar dentro.

Y también de vez en cuando, sonreía.

Con Meredith en un cabestrillo a su espalda, Maggie iba cogiendo flores silvestres de primavera. Un claro entre los árboles de la ladera estaba resultando una auténtica mina, y la temperatura que había en aquella soleada mancha de hierba alta y flores también resultaba una agradable tentación... De modo que Maggie se quitó el sombrero de paja, lo dejó caer al suelo y metió su colección de flores en él. Luego alzó la cara y dejó que la bañara el sol.

—Ay, Meredith, qué día para disfrutar... ¿Habías visto un cielo como éste?

Se quitó el cabestrillo, lo extendió como una manta y puso a la niña sobre él. Después se sentó a su lado y acarició el cabello de su hija. A los tres meses y medio, Meredith ya era más reconocible como individuo por derecho propio. Chillaba de emoción, reía alegremente y hacía gorgoritos. Le lanzaba miraditas insinuantes a su padre cuando éste se acercaba. Golpeaba las cosas que estaban a su alcance, y cuando cogía algo en su puñito, lo agarraba con obstinación.

Tumbada en la manta, al sol, Meredith volvió la cabeza en todas direcciones, intentando no perderse nada. Maggie se desabotonó la blusa, se llevó a su hija al pecho y dejó que mamara.

—Esto es lo que buscabas en realidad —dijo mientras Meredith sorbía con delicadeza.

La contempló con amor; se sentía orgullosa de su capacidad para cuidar una vida tan frágil.

Connor las encontró sentadas al sol. Una ligera brisa agitaba el pelo suelto de Maggie, pero nada alteraba la cabeza cubierta de Meredith. Maggie tenía una expresión serena, con una levísima sonrisa en la boca mientras miraba con cariño a su hija. Sus oscuras pestañas estaban bajadas, su frente relajada... Era un momento profundamente íntimo, y Connor lo respetó manteniéndose a distancia, pero satisfecho de tomar parte en él a su manera.

No supo qué fue lo que alertó a Maggie de su presencia. No creía haber hecho ningún sonido ni movimiento, pero de pronto fue consciente de que ella miraba hacia él, y de que esta vez él era el destinatario de su sonrisa y quien sentía su atracción.

Salió de los pinos que lo cobijaban y entró en el claro; sus largas zancadas no tardaron en llevarlo al lado de Maggie. Cargaba una gran cesta de mimbre y una manta al brazo. Se agachó junto a ella y la besó en la boca.

—¿A qué se debe eso? —preguntó ella, consciente de que los latidos de su corazón se le aceleraban en el pecho.

Él se rió bajito.

—¿Tiene que deberse a algo especial? He visto una mujer guapa sentada al sol y he querido besarla.

Maggie bajó la cabeza ante su piropo, avergonzada. Luego se acarició el pecho con el índice para ayudar a Meredith a tomar la leche.

—Lo digo en serio, Maggie —dijo él, levantándole la barbilla—. Eres preciosa.

Su sonrisa lo era, sin duda; nunca se cansaba de verla. Soltó la cesta y la manta y volvió a besarla.

El beso hizo que Meredith se viera separada de su fuente de comida, y se aseguró de que sus padres lo supieran.

Connor retrocedió con una amplia sonrisa.

—Mocosa... —dijo, y volvió a guiarla hasta el pezón de Maggie—. Hoy no quiere compartir.

—Eres incorregible —lo reprendió Maggie.

Él se encogió de hombros, impertérrito. Entonces cogió la manta, la desplegó y la sacudió con fuerza para extenderla sobre la hierba. Después ayudó a Maggie a trasladarse hasta ella, con cuidado de no molestar a Meredith esta vez.

—Dancer me dijo que habíais salido en esta dirección; creyó que quizá te gustara hacer una merienda campestre.

—Qué considerado por su parte... Y más considerado aún por mandarte a ti con la cesta. —Acarició la suave mejilla de su hija—. Ni a Meredith ni a mí nos habría gustado tanto la comida en compañía de cualquiera.

Lanzó una mirada de reojo a Connor.

—De acuerdo —dijo él—, ha sido idea mía. ¿Ya estás contenta?

—No sé por qué fingías que no lo era: es una idea encantadora.

Él puso los oscuros ojos en blanco, y de repente las enérgicas y

atractivas líneas de su rostro se volvieron juveniles.

—Quizá porque ibas a decir que era «encantador».

—Bueno, no se lo diré a nadie, de modo que tu reputación no sufrirá. Y ahora enséñame qué hay en esa cesta.

Connor se arrodilló en la manta y abrió la tapa; de ella sacó pollo frito, gruesas rodajas de jamón, judías estofadas, medio pan recién hecho y diversas mermeladas.

A Maggie se le hizo la boca agua mientras Connor le preparaba un plato, cortando el jamón y el pollo de forma que pudiera tomarse con los dedos. Se puso a Meredith al hombro y le dio unas buenas palmaditas en la espalda.

—¿No crees que Luke y Buck volverán pronto? —preguntó—. Estoy deseando tener tela para hacerle más ropa a Meredith, y además sé que Dancer quiere reabastecer la despensa.

Connor puso un poco de confitura de fresa sobre una rebanada de pan.

—No me sorprendería que volvieran esta semana. Habrá correo para ti de Queen's Point.

Ella asintió.

—Cartas que llevan allí todo el invierno... Eso es lo único a lo que no me acostumbro.

—No me había dado cuenta de que te molestara.

—No me molestaba cuando intentaba evitar a mi familia, pero ahora quiero que sepan todo lo que está ocurriendo... Imagino que eres

consciente de que cuando mamá y Jay Mac sepan lo de Meredith vendrán a visitarnos.

—Tal vez debería pensar de nuevo en la oferta que me hizo Rennie por esa franja de tierra...

Maggie no trató de ocultar su sorpresa. Abrió más los ojos y también entreabrió la boca.

—No hablas en serio...

—No la tierra que ella quería en principio; ésa no la vendería. Pero pienso que a lo mejor dejo que Northeast Rail arriende la otra franja trasera que, en su momento, Rennie consideró como ruta alternativa.

—Pero...

Connor se encogió de hombros.

—Ahora el «H Doble» tiene unas necesidades distintas de las de antes. Quizá no podamos mantenernos aislados aquí. Si hubiera una línea férrea en la propiedad, estaríamos conectados con Queen's Point, y Cannon Mills también estaría conectado con nosotros. Así Denver no te parecería el otro extremo del mundo.

—No me lo parece —protestó ella.

Él no la escuchaba.

—No tendríamos que llevar el ganado hasta tan lejos, y no tendría que ausentarme durante semanas. Antes no importaba, pero ahora..., con Meredith...

Su voz pensativa se interrumpió.

—Tú creciste aquí sin vías, y tu madre también.

—Era otra época —dijo él en tono filosófico—; ahora hay más posibilidades. Y estoy pensando en ti también. No tendrías que esperar medio invierno las cosas que deseas, y menos si puede ser distinto.

La miró y vio que se había puesto pálida y tenía los ojos húmedos de lágrimas.

—¿Qué pasa, Maggie?

—No quiero que hagas eso por mí —dijo ella—. No quiero que el valle cambie porque yo haya venido. Y Meredith tampoco lo quiere.

Él esbozó una sonrisa.

—No puedes hablar por Meredith.

—No te burles de mí, Connor. Sabes lo que quiero decir. Te enfrentaste a Rennie y a Jay Mac porque eras contrario a que una línea férrea cortara el valle. Hiciste todo lo posible para mantener tu tierra como debía estar. Sacrificaste...

Él la interrumpió:

—¿Qué sacrificué, Maggie? —preguntó en voz baja—. ¿La soledad? ¿Trabajar desde el amanecer hasta el crepúsculo sin nadie que me hiciera sonreír al final del día? Eso es todo lo que he sacrificado yo.

Dejó el plato.

—Tú me has devuelto esta tierra. Tú me has dado una hija y has renunciado a tus sueños. Tú eres quien ha hecho el sacrificio.

Aunque ella no estaba de acuerdo, no supo qué decir para hacérselo entender. Quería que entendiera que ella sabía lo que sentía por la tierra; que respetaba y admiraba su actitud reverente hacia el espacio y el

silencio. No quería que aquello se alterase por ella.

Connor cogió un trocho de jamón del plato de Maggie y se lo metió en la boca.

—Come... —ordenó, sin admitir discusión—, necesitarás tus fuerzas para lo que tengo en la cabeza...

En ese momento Meredith soltó un fuerte eructo.

—Eso es lo que tu hija piensa de tus planes —señaló Maggie—. ¡Si apenas ha pasado el mediodía!

—¿Y qué?

Bajo la oscura mirada inquisitiva de Connor, Maggie se calló sus objeciones.

—Incorregible —le regañó, afectuosa.

Sus ojos se posaron en el pecho destapado de su mujer mientras bajaba a Meredith sobre su regazo.

—Irresistible —dijo él.

Maggie sonrió y se cubrió el pecho pudorosamente con la blusa.

—A su debido tiempo —indicó—. Ahora toma a tu hija y déjame comer.

Le pasó a Meredith.

Connor se tumbó de espaldas en la manta y se puso a la niña sobre el pecho. Entonces Maggie sostuvo en alto una tierna tajada de pollo sobre su boca y él la tomó con el entusiasmo de un pajarito.

—Podría acostumbrarme a esto —dijo.

—No te atragantes. —Empezó a comer de su plato—. Y no te

acostumbres.

Maggie dejó que el silencio cayera sobre ellos; el silencio hacía que las cosas parecieran cercanas y cómodas. Poco a poco empezaron a llegarles los sonidos procedentes de más allá del claro: la dulce canción de los petirrojos y el grito del bienteveo... Una agitación en lo alto de las ramas indicó que un águila real alzaba el vuelo. Las ardillas se movían en la maleza, y una pina se soltó de una sacudida y cayó al suelo. La brisa intermitente movía la hierba, acunándola, y una docena de distintos tonos de verde relucían al sol.

Maggie acabó de comer y volvió a poner el plato en la cesta. Meredith dormía profundamente, confortada por el suave subir y bajar del pecho de Connor y por el constante latido de su corazón. Él también estaba durmiendo. Con una indulgente sonrisa, se tumbó a su lado y se acurrucó.

Fue el disparo de rifle lo que los despertó. Connor se incorporó precipitadamente y cogió a Meredith; asustada por el súbito movimiento, la niña soltó un vagido. Entonces se la pasó a Maggie, se puso de pie y miró hacia la casa con la esperanza de ver qué había provocado aquel estampido.

—No veo nada desde aquí —dijo—. Pero no es una emergencia, porque si no habrían disparado otra vez. Voy a subir más por la ladera hasta la loma. Allí veré por encima de los árboles. ¿Por qué no lo recoges todo? En seguida vuelvo.

Mientras mecía a Meredith con un brazo, Maggie cerró la cesta. El

llanto de la niña se calmó hasta reducirse a un lloriqueo.

—Ya sé, corazoncito: quieres que te cambie y quieres a tu papá —susurró en tono tranquilizador—. Y dentro de un momentito tendrás todo eso.

Volvió a poner a su hija en el cabestrillo y se lo ajustó por encima de los hombros. Meredith le tiró fuerte del pelo suelto hasta que Maggie se lo apartó. Luego recogió la manta, las flores y el sombrero y esperó el regreso de Connor.

—Creía que habías dicho que no era una emergencia —dijo cuando le vio la cara; tenía una expresión seria, y sus oscuros ojos parecían distantes—. ¿Qué ha pasado?

—Buck y Luke han vuelto.

Aquello no podía ser el motivo del duro gesto de sus facciones.

—Digo yo que eso es una buena noticia, ¿no? —inquirió Maggie.

En atención a su mujer, Connor se obligó a sonreír; la sonrisa no hizo más que convertir su boca en una raya adusta.

—No vienen solos. Tenemos visita.

—¡Visita! Eso es mara...

—Beryl y mi padre.

La mandíbula de Maggie se cerró de golpe. Se quedó mirándolo, muda, un instante. «Beryl...», dijo en tono desprovisto de entonación. «Mi padre...», dijo él.

Pero a Maggie no le importaba volver a ver a Rushton; si no fuera por su esposa, habría estado deseando su visita, a pesar del recelo de

Connor.

—Todo saldrá bien —dijo, tanto para sí misma como para él.

Connor no dijo nada. Cogió la cesta de la merienda y fue delante, ladera abajo.

En primer lugar se encontraron con Luke y con Buck, que descargaban el carro en la parte de atrás de la casa.

Connor echó un vistazo a los baúles que quedaban en el carro e imaginó todo lo que ya habían metido dentro.

—Supongo que esto quiere decir que pretenden quedarse un tiempo.

—No lo sé —señaló Buck—. Ellos no lo han dicho, y yo no les he preguntado.

Connor tendió la mano.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Buck. Y a ti también, Luke. No esperábamos que estuvierais fuera tanto tiempo.

Luke levantó un saco de harina del suelo del carro, lo balanceó y se lo lanzó a Ben, que estaba de pie en la puerta.

—Intentamos volver dos veces, pero había un corrimiento de tierra en el puerto de Jelly. Los caballos lo habrían pasado, pero los carros no. Pensamos en conseguir mulas, pero luego decidimos que, ¡qué demonios!, esperaríamos a que los mineros abrieran la ruta con explosivos... Y además, Buck estaba enamorado.

Maggie se rió.

—¿Sí, Buck?

Él se encajó el sombrero bien bajo sobre la frente y se dedicó a su tarea.

—No creo que quiera hablar del tema —afirmó Connor.

Luke levantó otro baúl hasta el porche, donde lo recogieron Ben y Patrick.

—Algunos de estos baúles son suyos, Maggie. Su hermana los ha mandado con Rush y Beryl.

Maggie dio un tirón de la manga de Connor.

—Deberíamos entrar. Están esperando.

Pero antes de que Connor pudiera oponerse, sonó un grito dentro de la casa. Segundos después, Dancer salió por la puerta trasera dando fuertes pisotones, con sus pertenencias metidas en una manta.

—Diablos... —protestó indignado—; de todos modos, tenía planeado mudarme al edificio de los dormitorios...

Dirigió una mirada de desdén hacia la casa y salió del porche con paso enérgico.

Maggie se sintió avergonzada por la falta de cortesía de Beryl, pero la expresión de Connor era amenazadora cuando empezó a subir los escalones.

—Connor, espera —le rogó—. Es que Dancer la ha asustado... No se lo esperaba...

—Entonces, lo que tendría que hacer la próxima vez sería esperar una invitación.

Cogió el saco de azúcar que Buck le lanzó y se dirigió al interior de

la casa.

Maggie miró a Luke y a Buck, suspiró y siguió a su marido. Dentro, Ben y Patrick le señalaron el pasillo, hacia el cuarto de invitados; cuando entraban en la cocina, a ella le pareció oír que decían algo de un desmayo... Sólo pudo imaginar la escena que debía de haber montado Beryl. «Pobre Dancer», suspiró.

Dieron con Rushton y Beryl en el dormitorio de invitados. Ella estaba acostada, y Rushton estaba sentado en uno de los baúles, que convertían la habitación en una pista de obstáculos.

—Padre —respondió Connor; su saludo consistió en esa única palabra y en una seca inclinación de cabeza—. Beryl.

—Pero ¿quién era ese hombre? —preguntó Beryl desde la cama con voz débil.

En la entrada, Maggie observó que la madrastra de Connor estaba muy guapa con su cabello castaño esparcido por la almohada y sus pálidos ojos suplicantes. Se sintió como un mirón: nadie había reparado en su presencia. Por una vez Meredith, colgada aún a su espalda, estaba felizmente callada.

—Dancer Tubbs —respondió Connor—. Y era nuestro huésped.

Rushton carraspeó cuando Beryl abrió la boca para disentir de la respuesta de Connor, así como de su tono de voz.

—Creo que lo que mi hijo dice es que al señor Tubbs lo habían invitado a usar este cuarto, y a nosotros no.

Connor no replicó; sin decir una palabra, confirmó la interpretación

de su padre.

Y en aquel preciso instante, Meredith decidió asegurarse de que no la ignoraran por más tiempo.

* * *



Capítulo 15

Maggie se dio cuenta de que todos la miraban. Entonces con una tímida sonrisa, sacó a Meredith del cabestrillo. Con la pequeña en brazos, se volvió y sostuvo a su hija para que la vieran Beryl y Rushton.

—Dile hola a tu abuelo, Meredith.

Rushton se levantó al instante y, pasando por encima de las maletas y rodeando baúles, llegó hasta su nieta.

—¿Puedo? —preguntó.

Maggie no vaciló; sus oscuros ojos habían perdido su expresión distante al mirar a la niña. «Tan parecido a Connor —pensó—, y ni siquiera se dan cuenta...»

—Tenga —dijo, alzando a la niña—. Tómela.

Rushton aceptó el bebé, que no paraba de moverse, con la soltura de quien está acostumbrado a coger bebés.

—Se parece a Connor —señaló—. El mismo pelo, los mismos ojos...

De pronto Meredith se echó a llorar.

—Los mismos pulmones...

Por encima del hombro de Rushton, Maggie vio la reservada sonrisa de Connor y dijo:

—Yo opino lo mismo. Es preciosa.

—Todos los bebés se parecen —constató Beryl—. Yo no distingo uno de otro.

Rushton llevó a Meredith a la cama.

—Eso es porque no lo has intentado.

Se sentó en el borde y le mostró a la niña. Cuando Beryl se sentó y se inclinó hacia adelante, Meredith agarró un mechón de su pelo castaño e intentó metérselo en la boca.

—Aaay, suelta...

—Beryl —la reprendió Rush con voz firme—. No tiene conocimiento.

Connor acudió al rescate de Beryl.

—Creo que está mojada —dijo—. Maggie, ¿quieres...?

Rushton se levantó y se acercó de nuevo a Maggie.

—Yo la llevaré. Enséñame dónde la cambias.

Ella lo condujo hasta el pasillo.

—Volvimos a poner la cuna en nuestro cuarto cuando regresó Dancer —dijo—. Con ustedes aquí será lo mismo.

—Sé que no os hemos avisado —dijo su suegro—, y te pido disculpas por ello.

—Vaya... —respondió Maggie—. No es necesario.

Él meneó la cabeza con un momentáneo destello de hebras grises en las sienes.

—Sí que lo es. Podríamos habernos quedado en Denver unas cuantas semanas más, al menos hasta informaros de que queríamos

hacer una visita. Creo que sabía que Connor no querría que viniéramos, con independencia de las circunstancias... Sinceramente, confié en ti.

—Entonces, me alegro de que lo hiciera —repuso ella.

Tuvo cuidado de no comprometer su sinceridad mencionando el nombre de Beryl.

Maggie extendió el cambiador sobre la cama y dijo:

—Ya puede dejarla. Todavía no sabe darse media vuelta; estará bien.

Rushton puso a la niña en la manta.

—¿Cómo te he oído llamarla?

—Meredith: Mary y Edith. Nombres de las dos ramas de la familia.

—Meredith... —repitió él en voz baja—. Me gusta.

Maggie vio que estaba visiblemente conmovido.

—Eso es justo lo que comentó Connor cuando se lo dije.

Le quitó el pañal mojado a la niña y lo echó en un balde con agua.

—¿Quiere acercarme esa cesta que hay allí, sobre el tocador? Me gusta ponerle un poco de polvos de maíz en el trasero.

Maggie empezó a hacerle mimos a la niña mientras Rushton miraba; desde el otro dormitorio le llegaban voces, pero intentó no prestar atención, y Rushton la ayudó en su empeño con una corriente continua de parloteo infantil. En aquel momento Maggie estaba segura de que, si los accionistas de su acería lo hubieran oído, habrían decidido vender sus acciones inmediatamente.

—Te has enfadado, ¿verdad? —preguntó Beryl.

Connor no respondió directamente.

—Dime, Beryl, ¿de quién ha sido la idea? ¿Tuya o de mi padre?

—Sí que te has enfadado...

Alzó la vista hacia él y, con coquetería, se mordisqueó la punta de una uña.

—Supongo que lo pensamos juntos —respondió—. Yo quería ver a mi madre en Denver... Habría sido una tontería llegar hasta tan lejos y no dedicar un poco más de tiempo y esfuerzo para volver a ver el «H Doble».

—A ti nunca te gustó el «H Doble».

—Me gustaba más que Denver.

—Odiabas Denver.

—Eso es lo que quiero decir.

Beryl se incorporó hasta sentarse y pasó las piernas por el lado de la cama. El vestido no cayó en seguida sobre sus rodillas y sus pantorrillas, y vio que Connor la miraba con acritud.

Mientras ponía en orden las enaguas, dijo con aire pudoroso:

—Antes te gustaba mirarme las piernas... Y siguen sin tener nada malo.

Connor miró el montón de equipaje que lo rodeaba.

—Parece que lo has traído todo.

—No seas tonto. Hemos dejado muchas cosas con mi madre.

—Entonces sí que pensáis marcharos alguna vez...

Para sí, añadió: «Estaba dudándolo.»

Beryl se puso de pie. Se miró al espejo que había al otro lado de la habitación y empezó a jugar con su cabello.

—Parece que has superado tu aversión hacia tu esposa —dijo—. Creo recordar algo sobre habitaciones separadas en el Saint Mark...

Le lanzó una mirada de reojo.

—¿O es que quizá ese bebé no es tuyo?

Sin responderle, Connor preguntó:

—¿Hay algo aquí que sea de Maggie? Luke dice que habéis traído algunas cosas tuyas de casa de Michael.

Beryl miró a su alrededor y vio el maletín de cuero negro detrás de uno de los baúles, fuera del campo de visión de Connor.

—Todo es mío.

Él meneó la cabeza. Luego dio un paso hacia la puerta mientras decía en voz baja: «Sorprendente.»

De pronto Beryl lo ciñó con un brazo y lo detuvo en seco. A continuación se puso de puntillas y, cuando él se dio media vuelta, cayó contra su pecho. Con voz entrecortada le preguntó:

—¿No me vas a dar ni un beso, Connor? Sí que debes de odiarme por haberme casado con tu padre.

No la odiaba; sencillamente, le era indiferente... En el tiempo que empleó en formar esas palabras en su cabeza, se dio cuenta de que había tardado demasiado. Beryl ya apretaba la boca con firmeza contra la suya.

Alargó la mano hacia su cintura para apartarla, y en aquel instante, en el pasillo, oyó el suave paso de Maggie y el gorjeo de su hija. Se las arregló para arrancar a Beryl antes de que Maggie doblara la esquina y entrara en la habitación.

Maggie sólo vio el paso que Connor dio para separarse de Beryl, y el gesto de placer culpable de ésta.

No miró a Connor, aunque sabía que él estaba intentando captar su mirada. Haciendo esfuerzos por mantener un tono de voz neutro, dijo:

—He venido a ver si Beryl necesita algo; Rushton cuidará de la niña mientras preparo la cena.

En ese momento apareció Rushton, que cogió a Meredith de brazos de su madre y volvió a desaparecer.

—Va a volverse tonto de remate con esa niña —comentó Beryl.

—Me ocuparé de la cena —dijo Maggie.

Connor la siguió.

—Voy contigo.

Al quedarse sola, Beryl se sentó en uno de los baúles y sonrió para sí. Tal vez Rushton no se hubiera dado cuenta, pero estaba segura de que Maggie había visto lo suficiente.

Una vez estuvieron en la cocina, Maggie se dirigió a Connor.

—No necesito ayuda —dijo—. Ve al salón a hablar con tu padre.

—Hay tiempo para eso —repuso él—. Ahora mismo quiero hablar contigo.

Maggie abrió la trampilla que daba al sótano de las verduras y bajó.

—Estoy escuchando —dijo, en un tono que expresaba todo lo contrario.

Llenó una cesta con patatas y zanahorias y la llevó arriba. Pero cuando llegó al último escalón, Connor ya no estaba. Maggie se sentía satisfecha y triste al mismo tiempo.

Los peones prefirieron comer en el edificio de los dormitorios, ahora que Dancer Tubbs estaba allí, y Maggie sirvió la cena en la redonda mesa de roble del pequeño comedor. Había asado, zanahorias y patatas, panecillos recién hechos y, gracias a la oportuna llegada de Luke y Buck con azúcar y especias, en el horno estaban preparándose unas tartas para postre.

Meredith dormía cuando se sentaron a la mesa, y Maggie se dio cuenta de que la presencia de la niña habría amortiguado mucho la tensión. Mejor así, pensó; pobrecita Meredith.

Mientras pasaba la fuente del asado, Connor preguntó con bastante frialdad:

—¿Cómo está tu madre, Beryl?

—Está mejor. Tiene un poco de bursitis en el hombro y le gusta quejarse.

—Eso duele mucho —comentó Maggie en voz baja—. ¿Ha visto al médico?

—No le gustan los médicos —dijo Beryl en tono algo crispado—. Lo

que le gusta es quejarse.

Entonces intervino Rushton.

—Grace cree que nada de lo que le dan los médicos le sirve de mucho. —Hizo caso omiso de la mirada que le lanzó Beryl—. ¿Sabes tú de algo que funcione? Cuando veníamos hacia aquí, Luke y Buck nos han contado que sabes bastante sobre cómo curar.

—La infusión de sauce blanco tal vez le alivie algo el dolor. Quizá lo note sólo con una taza al día... Puedo darles un poco de corteza para que se la lleven: no me cuesta trabajo.

Beryl resopló con desdén.

—No pienso darle a mi madre la corteza de un árbol. No me van los remedios indios. Cuando vuelva a Nueva York le mandaré uno de esos tónicos que anuncian en el *Herald*.

—Lo más probable es que sea alcohol con unos cuantos condimentos para darle sabor —dijo Maggie—. Casi ningún tónico hace efecto.

—Pero es que es mi madre —recalcó Beryl.

Maggie se puso a cortar con esmero las zanahorias y apeló a su paciencia.

—Desde luego —dijo—. Perdona. Lleva razón.

Rushton le pasó los panecillos a su esposa.

—Toma —dijo—. Métete uno en la boca.

Ella lo miró, sobresaltada por lo que le parecía haber oído; él se limitó a sonreírle sin que sus ojos revelaran nada.

—Están deliciosos.

Por segunda vez aquel día, Maggie sorprendió a Connor sonriendo por algo que decía su padre... Pinchó una de las zanahorias meticulosamente cortadas y se dirigió a Rushton:

—No he tenido tiempo de leer las cartas. Hábleme de mis padres. ¿Se encuentran bien?

Rushton correspondió a su interés y la puso al corriente de casi todos los encuentros que había tenido con Jay Mac y Moira desde la boda; al mismo tiempo, observó el abanico de expresiones que aparecía en sus delicados rasgos. Sus ojos y su boca transmitieron una miríada de emociones: se mostró, sucesivamente, divertida, satisfecha, alegre y melancólica. Mientras hablaba, Rushton advirtió que no era el único que estaba estudiándola. Sus ojos se fijaron en un instante en los de su hijo, y vio que éste tenía una expresión atenta aunque deliberadamente neutra que protegía sus pensamientos de un modo que Maggie no sabía hacer.

—He tenido ocasión de leer algunas de tus cartas —dijo Rushton con encanto despreocupado—. Espero que no te importe que Jay Mac las compartiera conmigo.

—Claro que no.

Maggie se ocupó las manos con la tarea de untar mantequilla a una rebanada de pan; inquieta, intentó recordar si había escrito algo que pudiera resultar comprometido. Aunque demasiado tarde, se dio cuenta de que era justo lo que no había escrito lo que iba a provocarle molestias.

—No contabas con que hubiera un nieto en camino.

A su pesar, Maggie pareció sentirse incómoda. Y lo estaba; sentía la mirada de Beryl.

Connor respondió por ella.

—Maggie no quiso que Moira se preocupara, y yo no quería que Jay Mac cayera sobre nosotros antes de que naciera el bebé. Si se lo decía con tiempo, iban a ocurrir las dos cosas, y ninguna de ellas era demasiado deseable. En cambio, se han enviado las cartas que anunciaban la llegada de Meredith. Hay una esperándote en Nueva York.

—Ya entiendo —dijo Rushton.

Comenzó a masticar con gesto pensativo y entonces, a su derecha, vio que los dedos de Beryl repiqueteaban en la mesa mientras contaba los meses transcurridos entre la boda y el nacimiento. Le pisó con suavidad un pie, la miró a los ojos y, con la mirada, le advirtió que no se le ocurriera comentar sus pensamientos en voz alta.

—¿Alguien quiere más patatas? —preguntó Maggie, empujando el cuenco hacia Connor.

Sus mejillas se encendieron al oír que su voz se quebraba por el nerviosismo. Ni siquiera la alivió el hecho de que nadie la mirara ni comentara nada. Luego dejó el cuenco y se centró en su propio plato, sin saborear apenas lo que comía.

Rushton desvió la conversación hacia otros temas y, para aliviar la incomodidad de Maggie, Connor intervino más de lo que habría hecho en otras circunstancias.

Más tarde, aquella misma noche, después de que Rushton y Beryl se

hubieron acostado, Maggie se reunió con Connor en el porche delantero. Sin decir nada, él le tomó la mano y la condujo lejos de la casa, hacia el arroyo. En un terraplén había un elevado saliente rocoso, y fue allí donde se sentaron. Maggie se protegió en el cuerpo de Connor, con las rodillas subidas hacia el pecho y los brazos de él envolviéndola. La noche era cálida para la época del año, y la brisa levantaba mechones de pelo de Maggie, que llevaban su fragancia a los sentidos de Connor. Este inspiró profundamente y frotó su barbilla arriba y abajo en la coronilla.

—Esta noche has hablado con él —dijo ella.

Le cubrió las manos con las suyas y le pasó los pulgares por el dorso.

—Has hablado con él de verdad.

—¿Qué?

—En la cena.

Connor pensó un instante. Su intención había sido sacar a Maggie del apuro, hacer que la situación le resultara menos incómoda... Y, sí: en cierto modo, él y Rushton habían pasado casi treinta minutos intercambiando ideas sin llegar a los puñetazos verbales.

—Supongo que sí —dijo; un poco a la defensiva añadió—: ¿Y qué?

—Ha sido agradable.

Él gruñó en voz baja. Ella, sonriendo, suspiró.

—Sí que fue agradable. Y además, me gustó que acudieras en mi rescate... Y Rushton también, en realidad.

—Mi padre empezó el lío —dijo él—. Si no hubiera sacado el tema

de las cartas, no te habrías sentido violenta.

—Creo que fue simple curiosidad por su parte. No intentó hacerme sentir incómoda adrede.

Durante un momento, Connor se quedó callado. Al fin, preguntó:

—¿Por qué lo defiendes?

—¿Eso hago? No me he dado cuenta.

Él deseó poder verle la cara; su voz tenía un tono demasiado inocente.

—Te cae bien, ¿verdad?

—Sí —dijo ella—, me cae bien.

Hizo una brevísima pausa.

—¿Qué es lo que se interpone entre vosotros dos? ¿Beryl?

—Dios, no —dijo Connor con mucho sentimiento.

Al saberlo, Maggie se sintió reconfortada y se acurrucó aún más.

—¿Entonces qué?

La luna se reflejaba en la superficie del agua. Unas cintas de luz, azules y blancas, se rizaban y se encrespaban cuando el agua corría sobre las rocas, y de repente un pez saltó a buscar la luz. A su espalda, Maggie notó la quietud de Connor. Su barbilla ya no se movía en su cabello. Sus brazos la rodeaban, pero no más fuerte que un momento antes. Su respiración era tranquila.

—Él la mató —dijo al fin.

Las palabras se limitaron a quedarse allí, flotando. No había amargura ni acusación en el tono de su voz; sólo el rotundo

convencimiento de la verdad.

—¿Connor?

Volvió la cabeza y lo miró; tenía la mandíbula algo rígida, y lo tocó allí.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la mató —respondió él—. Se fue del «H Doble» de madrugada; salió de aquí a escondidas, como un maldito ladrón de ganado, sin volver la vista atrás. Después de aquello mi madre no fue la misma. La enterraron quince años más tarde, pero fue aquella noche cuando murió... Y eso es difícil de perdonar.

A Maggie le pareció que le exprimían el corazón.

—¿Cuántos años tenías?

Él se encogió de hombros.

—¿Cuántos años? —repitió ella.

—Siete —contestó; luego, en un tono de voz que casi parecía tener esa edad por su intenso dolor, añadió—: Yo lo vi marcharse.

—Lo siento, Connor —dijo ella en voz baja.

—No quiero tu compasión.

—No estoy ofreciéndotela.

Connor no estaba tan seguro; se dispuso a apartarse, pero Maggie se agarró a sus brazos y lo mantuvo cerca.

—No —protestó ella—. No te vayas. Quiero que sepas que lo que te ofrezco no es compasión.

Titubeó, buscando las palabras correctas.

—Estoy escuchando —dijo él.

—Supongo que sí me da pena aquel niño pequeño que perdió a su madre y a su padre la misma noche; pero sigo pensando que ese niño no tenía más que siete años, y no sabía qué ocurría entre sus padres.

—Te equivocas —dijo Connor—. Te olvidas que tenía a mi abuelo. Él me contó lo que mi madre no me contó nunca: que Rushton se marchó con plata en las alforjas.

—¿Plata? Pero ¿qué...?

—Años atrás, el Viejo Sam había descubierto una veta en esta tierra, pero no se lo dijo a nadie. Se limitó a guardar la plata en unas tinajas, en el sótano de las verduras. Pero cuando vio que mi padre no estaba satisfecho con la vida que llevaba aquí, cuando vio que Rushton empezaba a presionar a mi madre para que se fueran, el Viejo Sam le ofreció el dinero. Y mi padre lo cogió y se fue corriendo. Era una cantidad suficiente como para meterse con ella en el negocio del acero, y con las ganancias la convirtió en una fortuna, mientras mi madre se mataba prematuramente a fuerza de trabajar. Eso es lo que sé.

Maggie se quedó callada unos instantes; luego dijo:

—Sólo lo diré esta vez, Connor: todavía no sabes lo que pasó entre tus padres, y si ahora no hablas de ello con tu padre, no lo harás jamás.

Esta vez fue ella quien se movió. Se soltó de los brazos de Connor y se levantó, y luego lo tocó ligeramente en el hombro.

—Buenas noches.

Maggie regresó caminando a la casa y no miró atrás hasta que llegó

al porche. Connor seguía sentado en el trono de rocas, con la mirada clavada en el reflejo de la luna, rodeado por el espacio y el silencio.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Maggie encontró unos minutos para sí misma y su hija. Los peones trabajaban en la reconstrucción de unas vallas; Dancer estaba preparando el almuerzo, y Connor había llevado a Rushton y a Beryl a dar una vuelta por la propiedad. Maggie y Meredith compartieron la alfombra ovalada del salón y jugaron con una pelota de trapo y un sonajero de madera que Ben había fabricado para la niña. Junto a ellas tenían la cesta de mimbre de la colada, que se volcó cuando Maggie hizo rodar a Meredith, primero boca abajo y luego boca arriba. La niña se rió y pataleó con sus piernas regordetas cuando le cayó encima una montaña de ropa. Se desperdigaron todas las cosas, y en el curso del enérgico juego, también se volcó un taburete de tres patas. Maggie hizo pedorretas en la suave tripa de su niña, mientras Meredith soltaba risillas, fruncía los labios y profería balbuceos incoherentes. Luego el espeso cabello de Maggie se le soltó del moño y le hizo cosquillas a Meredith con sus rizadas puntas.

—Qué conmovedor —dijo Beryl desde la puerta del salón.

Pero su voz indicaba todo lo contrario. A continuación entró en el salón, apartando con el pie algunas prendas esparcidas en su camino, y se sentó en una de las butacas.

—Por favor, siga. No quiero interrumpirla.

Maggie se sentó e hizo un intento de arreglarse el pelo. Volvió a colocarse las horquillas y se atusó la cabeza.

—Creía que estaba con Connor y con Rushton —señaló.

Ignorando el lloriqueo de Meredith, empezó a echar de nuevo ropa en la cesta.

—Han ido más lejos de lo que yo quería —explicó Beryl, encogiéndose de hombros—. De todos modos, ya he estado en casi todos los sitios de esta propiedad. No había nada que deseara ver.

Maggie estaba segura de que habría pensado de otro modo si hubiera estado a solas con Connor, pero decidió no decirlo.

—Voy a lavar un poco —dijo—. ¿Le apetecería vigilar un rato a Meredith?

Beryl miró a la niña, que chupaba tranquilamente el sonajero, pero no respondió a la pregunta de Maggie; en su lugar le planteó otra.

—¿Cuánto tiempo fue la querida de Connor antes de que se casara con usted?

Maggie se limitó a soltar el aire de los pulmones. Las cejas le llegaron casi al nacimiento del pelo, y los nudillos se le volvieron blancos sobre las prendas que tenía agarradas.

—¿Cuánto tiempo fue usted la querida de Connor antes de casarse con su padre? —respondió.

Beryl esbozó una sonrisa salvaje. Sus claros ojos azules se cerraron ante la réplica de Maggie.

—*Touché.*

Tiró de un rizo de su oscuro pelo y se enrolló un tirabuzón en torno al índice.

—Digamos sólo que nunca trabajé en serio esa profesión, como usted.

Maggie controló sus emociones.

—No sé qué quiere decir —repuso.

Beryl señaló a Meredith.

—¿Es hija de Connor?

—Su pregunta es insultante.

—Lo siento —se disculpó ella con frescura—. No sé hacerla de otro modo. ¿Es su hija?

—Sólo tiene que mirarla para saber la verdad.

—Eso no es precisamente una respuesta —suspiró—. Pobre Connor... Tiene sus dudas, ¿sabe?

Maggie puso los hombros rígidos y subió la barbilla. Se sentía como un pez, mientras Beryl mantenía el cebo colgando. Y, a pesar de ello, no pudo evitarlo: picó.

—¿Cómo lo sabe?

La ovalada cara de Beryl se ladeó un segundo, con una expresión apenada en los ojos y un gesto amable en la boca.

—¿Y cómo iba a saberlo si no me lo hubiera contado él? —preguntó en voz baja—. Ah, él lo desea, sí: desea creer que es suya... Pero la duda lo atormenta. Desea pensar que ha sido el único hombre que ha estado con usted, pero...

Se interrumpió mientras escudriñaba las pálidas facciones de Maggie.

—Cuando usted trabajó como dama de la noche para la señora Hall, debió de tener más de un acompañante...

El corazón de Maggie le golpeó el pecho. Las revelaciones de Beryl la aturdían.

—¿Cómo...?

Beryl volvió a levantar sus oscuras cejas.

—Ya se lo he dicho. ¿Cómo iba a saberlo si Connor no me lo hubiera contado?

Maggie no la creía..., o no quería creerla.

—¿Cuándo? —le espetó—. Lleva aquí poco tiempo.

—Sigue olvidando —repuso Beryl con calma— que mi relación con Connor se remonta a varios años atrás. Me parece que sé cuándo algo le preocupa. Y anoche hablé con él.

—Yo estuve con él anoche.

—Sé que estuvo... —dijo—. Un rato. Los vi a los dos desde la ventana de mi dormitorio. Usted lo dejó sentado, solo, junto al arroyo, y después de que entró, salí yo. Hablamos mucho tiempo.

Maggie recordó que se había despertado cuando Connor se acostó. No tenía ni idea de qué hora era, pero estaba profundamente dormida. Él se había calentado junto a ella pasando las frías manos por la curva de sus caderas y de su cintura, atormentándola, hasta que le dio un codazo en las costillas.

—¿Habló con él de Meredith? —preguntó.

—Le pregunté por él... —contestó Beryl—. Y él me habló de Meredith.

—¿Y de verdad le habló de la casa de la señora Hall?

—De verdad —sonrió con amabilidad—. Pero ya empieza a darse cuenta de que es cierto lo que digo, ¿eh? Porque, si no, no lo sabría.

A Maggie no se le ocurrió otra explicación. Entonces echó en la cesta las prendas que quedaban fuera, puso a Meredith encima y se levantó con la cesta bajo el brazo.

—Me parece que no quiero pasar más tiempo a solas con usted, Beryl. Si Connor le contó esas cosas, estoy segura de que pretendía que fueran algo confidencial.

Beryl se rió ligeramente.

—Ah, pues yo estoy bastante segura de que no. Connor me conoce tan bien como yo lo conozco a él. Si me lo contó fue porque sabía que yo lo preguntaría. ¿Es suya la niña, Maggie?

Ésta empezó a salir de la habitación.

—¿No quiere que vigile a Meredith? —preguntó Beryl.

—Váyase al diablo.

Lentamente, Beryl esbozó una sonrisa de suficiencia.

Rushton contempló el valle desde la cornisa rocosa que compartía con su hijo, mientras decía:

—Has cumplido bien los sueños de tu madre.

Luego dejó de mirar el terreno que se extendía debajo de él y volvió la vista hacia Connor.

—Lo amas igual que lo amaba ella.

—¿Qué sabes tú de sus sueños? —preguntó Connor—. ¿O de lo que yo amo? No te quedaste el tiempo suficiente como para conocernos a ninguno de los dos.

Al instante se arrepintió de sus palabras, y en tono seco añadió:

—Da igual. La culpa es de Maggie; me ha hecho pensar.

Se dispuso a marcharse, pero Rushton extendió la mano y agarró las riendas de *Tormenta*. El caballo piafó, nervioso, y unas cuantas piedras de la cornisa resbalaron por la ladera y cayeron saltando y rebotando por la pendiente rocosa.

Connor controló a su montura.

—¿Estás intentando matarme? —preguntó.

—No —respondió Rushton con calma—. Estoy intentando que escuches. Sólo por esta vez, escúchame.

Connor se quedó sentado, impasible, en su silla de montar. No se movió.

—El viejo te predispuso contra mí —dijo Rushton—. No soportaba la idea de que su nieto se marchara de este valle, como hicieron sus hijos. Depositó todas sus esperanzas en Edie, y la obligó a recoger el compromiso que él tenía con este rancho y con esta tierra.

Al ver que Connor no huía, Rushton adoptó un tono menos severo,

menos empeñado en convencer.

—Lo cierto es que tu madre amaba este lugar. Para ella, vivir aquí y amar esta tierra era algo tan natural como respirar. Aunque tal vez tu abuelo no confiaba en ella porque era una mujer. Tal vez fuera porque ya había visto marcharse a tres hijos... —Se interrumpió un instante—. O quizá fuera porque yo representaba una amenaza para él, al ser alguien del exterior que también había elegido quedarse... Porque, desde luego, el Viejo Sam desconfiaba de mí. Creía que a lo mejor yo convencería a Edie para irnos, o que le llenaría la cabeza con todo lo que la ciudad le ofrecía... El caso es que tu abuelo nunca me vio como el ancla de Edie aquí; estaba seguro de que acabaría llevándomela.

—Y tú le pediste que se marchara —dijo Connor—. Lo sé: oí cómo le hablabas de eso. Así que el Viejo Sam tenía razón.

—Le pedí a Edie que nos fuéramos más de una docena de veces —reconoció Rushton sin alterarse—. Pero no se lo pedí ni una sola vez hasta que ella me dijo que me marchara.

Connor ladeó la cabeza con gesto brusco y miró fijamente el cincelado perfil de su padre. La boca de Rushton tenía una expresión seria, su mandíbula estaba tensa... Pero el perfil no ocultaba un cierto brillo húmedo en sus ojos.

—¿Mi madre te pidió que te marcharas? —dijo Connor. Rushton asintió con la cabeza. —¡Estás mintiendo!

Tras decir estas palabras, Connor espoleó el caballo para que diera media vuelta y dejó a su padre solo en la cornisa.

Aquella noche no se habló mucho en la cena. Beryl inició unos cuantos temas de conversación, pero nadie los continuó. Meredith, que parecía percibir la tensión, fue enfadándose a medida que avanzaba la comida. Casi aliviada por aquel pretexto, Maggie dejó la mesa con su hija y se retiró al cuarto. Pocos minutos después Rushton fue al edificio de los dormitorios, en teoría para jugar al póquer con los peones. Beryl empezó a quitar la mesa, y Connor salió al corral.

—Pensé que estarías aquí fuera —dijo Dancer, acercándose a la cerca.

Connor siguió almohazando a *Tormenta*, pasando un cepillo duro por el costado del semental.

—Y yo creí que estaría usted jugando al póquer.

Dancer gruñó.

—Aquí nadie tiene pepitas; no vale la pena jugar si no se tienen pepitas.

Riendo, Connor dio una palmadita en el anca de *Tormenta*, que se marchó pavoneándose y haciendo cabriolas hasta el extremo opuesto del corral.

—No todo el mundo es dueño de una mina de oro, Dancer.

—A mí me lo vas a contar...

Connor se apoyó en el travesaño y estiró las piernas.

—¿Quería algo?

—¿Has llevado a tu padre por el lado sur del rancho hoy?

—No. ¿Había algún motivo por el que debiera llevarlo?

—He ido por allí esta tarde; sinceramente, no aguantaba la compañía de por aquí..., pero eso no es asunto mío.

Connor sabía que el buscador de oro y Beryl no se podían ver.

—¿Y cuál es su asunto?

—Creo que por aquella parte tienes ladrones de ganado que te roban el rebaño. —Vio que ahora Connor le dedicaba toda su atención—. No lo sé con toda seguridad, pero, por las señas, eso parece.

—¿Por qué no ha dicho nada antes?

—Lo estoy diciendo ahora.

Connor silbó fuerte y *Tormenta* enderezó las orejas; trotando, el semental recorrió el perímetro del corral hasta llegar a su lado. Entonces Connor cogió la silla de montar que estaba en el travesaño superior, la balanceó y se la puso encima del lomo.

Mientras ajustaba las correas, preguntó:

—¿Quiere indicarme dónde?

—Está anocheciendo —señaló Dancer—. Será difícil seguir el rastro.

—No tengo pensado hacer nada esta noche —dijo.

—De acuerdo.

Se pusieron en marcha al cabo de diez minutos y recorrieron rápidamente la primera parte del trayecto. Dancer no era rastreador por naturaleza, pero Connor no tuvo problema en encontrar las señales. La hierba estaba pisoteada, y había ramas rotas por donde los caballos y el

ganado habían pasado a toda prisa.

—No son indios —dijo Connor—. Nunca dejarían un rastro tan claro. Parece obra de dos hombres. Sólo han recogido a los rezagados que pastaban, sin ir al meollo del rebaño.

—¿Cuántos crees que han cogido?

—Una docena.

—Entonces hace mucho que han pasado.

Connor desmontó y se adelantó un rato a pie. Tardó menos de diez minutos en encontrar los restos de una hoguera.

—Estaban bien seguros de que no veríamos el humo desde la casa. Era una hoguera grande, y no tenían prisa por marcharse.

—¿Calculas que planean volver por aquí?

—Eso es justo lo que calculo.

Connor alzó la vista y miró al cielo; prácticamente no quedaba luz.

—Saldremos mañana. Se han dirigido hacia su propiedad, Dancer: tal vez estén escondidos en su cabaña.

—Ni hablar.

Dancer escupió para subrayar lo que opinaba acerca de que los ladrones de ganado utilizaran su casa, y Connor dejó ver una amplia sonrisa.

—Vamos —dijo— o Maggie se preocupará.

—No cuentes con ello —musitó Dancer.

—¿Qué? —Echó una ojeada por encima del hombro—. ¿Ha dicho algo?

—Da igual. No voy a meter la nariz en los asuntos de los demás.

—Pues más bien da la impresión de que tiene la nariz dislocada...

Connor esperó por si Dancer replicaba; al ver que no lo hacía, se encogió de hombros y emprendió la marcha de vuelta al rancho, con el buscador de oro detrás.

Beryl esperaba en el porche. Cuando los vio acercarse, se alisó el vestido color azul lavanda sobre el estómago y las caderas, bajó los escalones y cruzó el jardín con paso ligero, Dancer fue el primero que la vio aproximarse y en voz baja dijo:

—Aquí vienen los problemas. —Más alto añadió—: Voy a acercarme hasta los dormitorios para decirles a los demás lo que hemos encontrado. Encárgate tú de los animales.

Y antes de que Beryl los alcanzara, desmontó y se quitó de en medio.

Connor se deslizó de la silla de montar y tomó los dos caballos por las riendas. Sin hacer caso de Beryl, los llevó al establo y los metió en sus casillas. Luego encendió un farol y lo colgó de un gancho, fuera del espacio reservado para los animales.

—¿Y ahora qué pasa, Beryl? —preguntó.

Ella se acercó furtivamente a la primera casilla.

—Podrías darme una bienvenida algo mejor —dijo.

La cálida luz del farol le bañaba el rostro. En silencio, observó a Connor trabajar un rato y luego añadió en tono despreocupado:

—Tu hija es preciosa... Es decir, si es que es hija tuya.

Él alzó la cabeza y la miró con expresión airada.

—¿Qué diablos se supone que significa eso?

—Solamente, que sé que Maggie era la prostituta que conociste en el burdel de la señora Hall. Imagino que resulta difícil saber qué cliente de pelo y ojos oscuros engendraría a esa niña.

Él atacó antes de que ella lo acorralara.

—¿Qué diablos estás pensando, Beryl? —preguntó, encolerizado.

Ella se encogió de hombros con delicadeza.

—¿He hablado más de lo que debía? —preguntó—. Creí que, como Maggie me lo ha contado, podía comentártelo sin rodeos.

Los ojos de Connor se entornaron un poco mientras miraba por un instante a Beryl.

—¿Maggie te ha hablado de la casa de la señora Hall? —preguntó, receloso.

—¿Cómo iba a saberlo, si no?

Eso era algo digno de averiguarse, pensó Connor.

—Meredith es mi hija, y si piensas que Maggie te ha dicho otra cosa, es que la has interpretado mal.

Beryl cedió un poco.

—A lo mejor es así —dijo en voz baja—. Dime una cosa, Connor, ¿estaba embarazada cuando te casaste con ella?

—Yo creía que no —dijo él mientras cepillaba el caballo de Dancer—. Eso no tiene nada que ver con el motivo por el que me casé con ella, Beryl, de modo que deja de morder ese hueso.

Ella soltó una leve risa.

—Qué imagen tan desagradable...

—Te viene muy bien —repuso él sin rodeos—: eres una perra.

Beryl parpadeó, y el gesto de su boca se endureció al instante.

—Te arrepentirás de haber dicho eso.

Él la miró de arriba abajo.

—Una perra en celo.

Ella le dio una bofetada.

La única reacción de Connor fue quedarse muy quieto, aunque vio que Beryl se encogía. Al cabo de un instante la empujó para poder pasar a la casilla siguiente a ocuparse de *Tormenta*.

Beryl se sobrepuso y fue tras él.

—Tu mujer no es feliz aquí —sentenció.

Connor habría hecho caso omiso de casi todo cuanto le dijera Beryl... Pero aquel dardo dio en una herida abierta.

—¿Maggie ha dicho eso? —preguntó con cautela.

—¿A ti qué te parece? —respondió ella.

Antes de que él pudiera replicar, prosiguió:

—Cuando estuve en Denver pasé cierto tiempo con sus hermanas, y se habló de que Maggie quería ser médico. Confieso que encuentro esa idea bastante rara, pero es que ella proviene de una familia bastante rara, ¿no te parece?

Connor no contestó, pero Beryl insistió:

—¿Crees que te culpa por haberla dejado embarazada?

Beryl se apoyó en la casilla y cruzó los brazos delante de su estrecha cintura.

—A lo mejor no sabías que ella estaba encinta, pero ella sí que lo sabía; y con todas esas bastardas en la familia..., ¿qué elección tenía en realidad? —Se encogió de hombros—. Debes reconocer, Connor, que parece que Maggie renunció a la medicina para venir aquí. Pero si yo tuviera un sueño así, no sería feliz con ninguna otra cosa.

Connor ofreció a *Tormenta* una rodaja de manzana en la palma de la mano. Luego, con las oscuras cejas fruncidas, miró de reojo a Beryl.

—Tú sí que tenías un sueño, Beryl: querías casarte por dinero y salir de Colorado, y casi habías renunciado a él cuando conociste a mi padre. Sin embargo, lo raro es que, aun después de conseguir exactamente lo que querías, no hayas sido feliz. Y eso no te coloca en una situación muy buena para saber cuál es el estado de ánimo de Maggie.

Se limpió las manos en los vaqueros y se dispuso a salir de la casilla.

Beryl le bloqueó el paso.

—Con tu padre nunca se ha tratado sólo del dinero —dijo—. Y tampoco sólo de ir al este.

Rodeó la cintura de Connor con sus brazos.

—No me creerías si te contara de qué se trata.

Entonces se puso de puntillas y apretó la boca contra la de él.

Connor se limitó a levantarla en alto y apartarla.

—¿De dónde has sacado la idea de que te amaría? Eres una mujer increíblemente hermosa, Beryl...

Maggie entró en el establo con Meredith en brazos. Sus facciones no mostraban la más mínima alteración; en aquel momento dio una lección a su marido sobre ojos fríos y distantes.

En tono inexpresivo, dijo:

—Rushton te busca, Beryl. Le he dicho que creía que estabas aquí.

—Y aquí estoy. —Beryl sonrió a Connor con coquetería—. Creo que eso significa que he de ausentarme.

Salió del establo caminando con andares estudiadamente provocativos, y aún le lanzó a Connor una última mirada por encima del hombro antes de desaparecer en la noche.

Tormenta resopló y se movió inquieto. En el techo, un búho ululó y agitó las alas. Una carnada de gatitos maulló pidiendo comida en el altillo... Durante más de un minuto sólo se oyó el sonido de los animales. Temiendo que, si hablaba, iba a parecer una bruja o una arpía, o que empezaría a gritar y no se detendría, Maggie se quedó callada.

—Maggie... —dijo Connor en voz baja, suave.

Era la voz que empleaba con los caballos, pensó ella. El tono bajo, como de canción de cuna, que los mantenía tranquilos mientras los refrenaba; la cadencia suave y dulce de la captura... Y no estaba dispuesta a pasar por aquello.

Se dio media vuelta para marcharse y Connor alzó la mano, intentando cogerla. Su brazo extendido quedó suspendido en el aire, a sólo unos centímetros de ella. De haberse estirado, habría llegado a tocarla... Y en lugar de eso, no hizo nada.

Bajó la mano mientras la veía alejarse. Se había preguntado cómo iba a convencerla para que se fuera del «H Doble»... Y ya lo sabía.

Cuando Connor regresó de nuevo a la casa, Maggie estaba sentada en la mecedora, alimentando a Meredith. No levantó la vista al entrar él en la habitación, ni mientras se preparaba para acostarse. En cambio, Meredith sí lo miró, y la conciencia culpable de Connor lo hizo pensar que hasta los ojos de su hija parecían levemente acusadores.

Maggie levantó a Meredith y la puso sobre el hombro.

—Me han dicho que hay ladrones de ganado —dijo.

—Exacto.

Connor se deslizó bajo la colcha de la cama y se puso de costado, apoyado en un codo.

—Dancer ha dado con su rastro. Vamos a ir tras ellos mañana.

—¿Los buscaréis hasta encontrarlos, o bien os quedaréis al acecho?

—Las dos cosas. Patrick, Ben y Luke los esperarán, y los demás iremos a por ellos.

—¿Los demás?

—Dancer, Buck y yo.

Meredith eructó.

—Muy bien, mi niña —alabó Maggie—. ¿Estás preparada para dormir? ¿Eh?

Le dio un beso en la mejilla a su hija.

—¿Y Rushton? —preguntó a Connor.

—¿Qué? Mi padre no va.

Maggie se levantó de la mecedora y él le tendió los brazos. Ella le pasó a Meredith y él rodó hasta ponerse boca arriba, para que la niña descansara en su pecho.

Maggie se desabrochó el vestido.

—Él cree que sí —dijo ella—; de hecho, estoy segura de que cuenta con ello.

—Pues debería contar con otra cosa. Es demasiado peligroso. Lleva años sin cabalgar en serio, y además no estoy seguro de que sepa manejar un arma.

—Antes estaba examinando el armero... Y parecía saber por qué extremo se apunta.

Por un instante, Connor dejó de acariciar la sedosa cabecita oscura de Meredith.

—¿Qué tratas de decir, Maggie? ¿Que tendría que llevarlo sólo porque aún se mantiene sobre un caballo y sabe sostener un arma?

—No, claro que no.

Maggie se desabrochó los botones de los zapatos y luego se bajó y quitó las medias.

—Debes decidir si resultaría una ayuda o un estorbo. Pero, sencillamente, no creo que debas ignorarlo.

—¿Te ha dado él la idea de decírmelo?

—¡No!

Dejó caer el vestido al suelo, salió del círculo de tela y luego se acercó al ropero para sacar su camisón.

—Sólo creo que deberías tener en cuenta las consecuencias de no llevarlo contigo. Sería una bofetada en la cara.

La respuesta de Connor fue un suave y evasivo gruñido.

Maggie cogió a Meredith, la sostuvo sobre la cara de Connor para que él le diera un beso y después la acostó en la cuna. Se quedó junto a la cama, dando suaves palmaditas al trasero de Meredith mientras ésta se retorció y chillaba. Entonces Connor apagó las lámparas, y la niña se tranquilizó casi al instante. Maggie le dedicó unos minutos más y luego se metió en la cama.

Se puso boca arriba y clavó la vista en el techo. Sentía que Connor la observaba, esperando que hablara de algo que era justo lo último de lo que ella quería hablar. Tenía las emociones demasiado a flor de piel como para meter a Beryl en su dormitorio.

—¿Qué ha ocurrido hoy entre tu padre y tú? —preguntó en voz baja.

Aunque no estaban tocándose, sintió que se ponía rígido, y supo que había rozado otro nervio.

—Sé que ha pasado algo —dijo—. Fuisteis a cabalgar razonablemente alegres, pero desde entonces no habéis intercambiado ni cinco palabras.

Connor no respondió en seguida; sus pensamientos retrocedieron sin prisas hasta la conversación que había tenido con Rushton.

—Le pregunté por qué se había marchado —dijo al fin—, y usó a mi abuelo como cabeza de turco; dijo que el Viejo Sam creía que él iba a

llevarse a mi madre del rancho. Muy oportuno, ya que el Viejo Sam no está en situación de defenderse.

Aquello no le había sentado bien a Connor, y Maggie lo sabía; pero cierto sexto sentido le dijo que había algo más. Esperó y usó su silencio para hacerlo salir de sí mismo.

—Me dijo que mi madre le pidió que se marchara del «H Doble».

Maggie soltó un aliento que no sabía que estaba reteniendo.

—Tú no lo has creído.

—Lo llamé mentiroso.

—Ay, Connor —dijo ella en voz baja—. ¿No imaginas ningún motivo por el que Edie quisiera que Rushton se marchara?

Él no titubeó.

—No —dijo—. Ninguno. Ella lo amaba. Lo era todo para ella... Era más importante que el Viejo Sam, o que yo, o que este rancho... Y cuando amas a alguien así, no piensas en pedirle que se vaya.

Ella le habló con amabilidad.

—¿No? —preguntó—. ¿Aunque creas que es absolutamente infeliz?

Esta vez Connor no respondió.

Al amanecer, Maggie y Beryl, de pie en el porche, vieron cómo se iban los hombres.

—No hay razón alguna para que vaya él —dijo Beryl con enfado—. Podrían matarlo.

Maggie la miró de reojo; de perfil, Beryl mostraba una expresión severa y estaba pálida.

—Hay un montón de razones —dijo—. No es capaz de pedir que otros hagan algo que él mismo no quiere hacer.

—Pero él no se lo ha pedido a nadie.

—Supongo que no. Pero es su tierra, Beryl... Su responsabilidad.

—Ya no.

Maggie frunció el ceño y volvió la cabeza para mirar a Beryl.

—¿Qué quiere decir? Claro que el rancho es suyo.

La línea de las oscuras cejas de Beryl hizo que sus ojos azules parecieran más claros aún. Las comisuras de sus labios bajaron en un rictus.

Evidentemente desconcertada, preguntó:

—¿De qué habla? Ha vendido el rancho.

—¿Vendido?

Los verdes ojos de Maggie se nublaron y luego se despejaron. En voz baja repitió: «Vendido»... Y entonces se dio cuenta de que todo el rato habían estado hablando de cosas distintas. A Beryl no le preocupaba Connor; su preocupación —y su cólera— se dirigía a Rushton.

—Claro —dijo—. No sé en qué estaba pensando.

Entonces se apresuró a entrar en la casa, antes de que Beryl viera la sonrisa que no era capaz de ocultar del todo.

Cuando Dancer miró por encima del hombro, tuvo tiempo de ver que Maggie volvía a la casa.

—Bueno —les dijo a los demás—. Todavía no se han matado.

Buck se rió. Rushton y Connor no hicieron ningún comentario.

—Claro que, si estamos fuera más de un día, es probable que pase cualquier cosa... —musitó el buscador de oro.

Connor le lanzó una agria mirada.

—Más vale que piense en lo que hay delante, en lugar de en lo que dejamos atrás.

Fue su última palabra sobre el asunto, y Dancer captó la indirecta.

El grupo se separó en el lugar en que los ladrones de ganado habían montado su improvisado campamento. Patrick, Ben y Luke buscaron sitios donde esconderse entre los árboles y las rocas, mientras abajo, en la pradera, las vacas seguían pastando. Lo suyo era cuestión de tiempo. Connor condujo a los otros más al sur, hasta la tierra de Dancer; lo suyo era una cacería.

De vez en cuando, durante el trayecto, Connor apartaba la vista del camino para mirar a su padre. Rushton se defendía bien; incluso parecía cómodo en la silla de montar. Fue pasando la mañana sin que encontraran señales de los ladrones, y en un momento dado Buck y Dancer volvieron sobre el rastro y se dispersaron, dejando a Connor y a Rushton cabalgando juntos.

El sol golpeaba con fuerza, pero la brisa era fresca. Connor se bajó el ala de su sombrero.

—Maggie piensa que debería escucharte —dijo.

—¿Eso ha dicho?

—No con tantas palabras. —Esbozó una leve sonrisa, como si se burlara un poco de sí mismo—. Maggie nunca usa muchas palabras.

—Ya lo he observado.

—Te hace pensar, y luego hace que creas que ha sido idea tuya.

—Una mujer lista.

Connor meneó la cabeza.

—No es lista: es sabia. Maggie es sabia.

Rushton miró a su hijo.

—Tú la amas.

—Pareces sorprendido.

—¿Y no debería estarlo? Esta boda no fue a gusto tuyo, y no acabo de estar seguro de que fuera al gusto de ella... Ni siquiera estaba seguro de que siguierais juntos. Lo que ella contaba de la vida aquí, del «H Doble», en las cartas que mandó a Jay Mac, no sonaba a auténtico... Y de ti no decía prácticamente nada.

—¿Por eso has venido? ¿Para verlo por ti mismo?

—Ahora el que parece sorprendido eres tú.

Connor se encogió de hombros. Sus ojos escudriñaron el estrecho puerto en el que estaban a punto de entrar.

—Edie quiso que me fuera del «H Doble» —dijo Rushton—, pero nunca pretendió que tú y yo estuviéramos distanciados. ¿Por qué crees que te envió a estudiar al este? ¿Por qué crees que no te dejó el «H Doble» en herencia? Quería que esta tierra fuera nuestra conexión.

—Pues ibas a vender nuestra conexión —dijo Connor.

—Eso te trajo a casa.

—Pero mi casa es ésta. Tu trato con Jay Mac sólo me llevó a Nueva York.

—No habrías venido de ningún otro modo.

—Y los dos sabemos por qué.

No hubo necesidad de explicarlo. En su momento Connor había invitado a Rushton a Denver para que conociera a su prometida y asistiera a la boda..., y el que se casó fue Rushton.

Los oscuros ojos de Rushton estudiaron la cara de su hijo.

—¿Sientes de verdad no haberte casado con Beryl?

Connor no vaciló ni un segundo:

—Diablos, no.

—Entonces deja eso en el pasado. —Miró al frente otra vez—. Cuando me fui del «H Doble» no sabía que nunca volvería a vivir con tu madre. Ella me dio las pepitas de plata del Viejo Sam para que montara un negocio en el este.

—El Viejo Sam decía que él te sobornó con esas pepitas para que te fueras.

—Puedes volver a llamarme embustero si quieres, pero no ocurrió así.

Esperó un momento.

—Ella iba a reunirse conmigo cuando me estableciera, y fui tan estúpido como para creer que lo decía de verdad. Supongo que ella sabía que, de otro modo, no me habría marchado jamás. —Se quedó callado y

pensativo—. Edie creía que yo me sentía infeliz aquí, y el Viejo Sam se aseguró de que siguiera pensándolo. Entonces no entendí de verdad por qué ella era tan inflexible con lo de que me marchara. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que sólo pretendía ser generosa, de que sacrificaba su felicidad por la mía.

Volvió a mirar a Connor.

—Pero lo jodido de esto es que nunca me preguntó si eso era lo que yo quería.

Connor se quedó en silencio, pensando. Luego negó con la cabeza, esbozando una leve sonrisa burlona para sí mismo.

—Y el hijo de la gata ratones mata...

—Eso he observado —dijo Rushton muy serio.

Connor apreció el comentario irónico de su padre y lo miró de reojo. Por eso no vio el destello del sol en la cresta cubierta de pinos que tenían encima.

Pero Rushton sí lo vio. No fue consciente de haber formulado ningún pensamiento lógico: se limitó a reaccionar empujando a Connor fuera del camino y gritándole una advertencia al mismo tiempo. Sólo pensó una cosa: qué extraño sentir el impacto de una bala en el instante mismo de oír su detonación...

* * *



Capítulo 16

Connor cogió el rifle, lo sacó de su funda y disparó dos tiros a la línea de árboles que tenía encima de él. Oyó un grito, pero en el interior del puerto era difícil saber de dónde procedía. Luego, usando a *Tormenta* para cubrirse, ayudó a su padre a desmontar. Rushton se agarraba el hombro; por entre los dedos se filtraba sangre.

Connor señaló hacia los redondeados peñascos que tenía detrás.

—¿Puedes llegar hasta esas rocas? —preguntó.

Rushton asintió. Estaba pálido y respiraba con dificultad, pero se encontraba con ánimos.

—De acuerdo. A mi señal. Yo te cubriré. —Volvió a disparar a los árboles—. ¡Ahora!

Los dos subieron afanosamente la ladera. Las piedras resbalaban bajo sus pies mientras buscaban asidero. Hubo más disparos. Una roca se hizo añicos cerca de la mano izquierda de Connor y lo roció de metralla y polvo. Entonces impulsó a su padre pendiente arriba, rodó hasta tumbarse de espaldas y disparó de nuevo. Esta vez algo se movió en los árboles. Connor consiguió resguardarse justo cuando uno de los pistoleros cayó de las bajas y colgantes ramas de un pino.

Rushton se apoyó en la roca que lo cobijaba y a continuación sacó su

arma.

—Necesitas esa mano para apretar la herida —dijo Connor—. Ni se te ocurra desangrarte sobre mí.

Rushton mostró una amplia sonrisa.

—Mejor; hace años que no disparo uno de éstos —le pasó el arma a Connor—. ¿Dónde están Dancer y Buck?

—Rodeándolos. Estaban bastante atrás, y probablemente no los han visto.

Connor se quitó el sombrero, lo puso en el extremo de su rifle y levantó el cañón un poco por encima de la roca que los protegía. Una bala dio en el sombrero y lo hizo dar vueltas en el cañón. Entonces bajó el rifle, quitó el sombrero y metió el dedo por el agujero para enseñárselo a Rushton.

—Parece que estamos atrapados hasta que llegue la caballería —dijo en tono filosófico.

Rushton alzó una comisura de la boca.

—¿Lamentas haberme dejado venir?

Connor se dio cuenta de que su padre había oído parte de su conversación con Maggie la noche anterior. Mientras se arrancaba un trozo de camisa para vendarle la herida, respondió con sinceridad:

—No querría tener a mi lado a nadie más. —Le alargó la tira de tela—. Toma, coge esto mientras veo la herida.

Miró a su padre a los ojos y por un instante le sostuvo la mirada.

—Y gracias —dijo con voz ronca—. Es la segunda vez que recibes

algo que creía destinado a mí.

—¿La segunda?

—La primera fue Beryl —le recordó—. Y no creo haberte dado las gracias como Dios manda por eso.

Rushton gruñó en voz baja mientras Connor le examinaba la herida.

—No lo hice por ti: no soy tan altruista... —Intentó echar un vistazo a su hombro mientras Connor investigaba—. Y además, Beryl no es exactamente como tú crees.

—Aunque habláramos durante años —dijo Connor—, no nos pondríamos de acuerdo sobre Beryl.

En aquel momento una bala rebotó en la roca. Instintivamente, Connor y Rushton agacharon la cabeza.

Connor echó mano a su arma.

—Mantén en su sitio este vendaje —dijo—. Quiero echar otra ojeada.

Se dio media vuelta y se arrodilló de cara a la roca. En lugar de mirar por encima de ella, la rodeó despacio por el lateral.

El cuerpo que había caído de los árboles seguía tumbado en la ladera. El cuello colgaba de lado en un ángulo extraño, y Connor dudó de que hubiera muerto por culpa de una bala. Se le había caído el sombrero, y tenía el rizado pelo cubierto de polvo. Incluso con el grotesco ademán de la muerte, había algo familiar en la forma del ancho rostro de aquel hombre y en el color de su pelo...

De pronto Connor realizó la conexión. Silbó bajito y volvió a agacharse detrás de la roca.

—¿Qué pasa? —preguntó Rushton—. ¿Más problemas?

—No exactamente. Creo que sé quiénes son los ladrones de ganado.

Entonces le hizo un breve relato de su encuentro con Tuck y Freado en la cabaña de Dancer, con lo que suscitó más preguntas de las que deseaba responder.

—Digamos sólo que uno de ellos se parece a otro de ellos. Son todos parientes, y sería difícil encontrar una manzana sana en el cesto. Lo que calculo es que se han figurado lo que les pasó a Tuck y a Freado, y han venido a buscar a Dancer. No sé cómo, han seguido su rastro hasta el «H Doble».

—Entonces no van detrás de tu ganado.

—Eso ha sido para hacernos salir, pero, de todos modos, en el futuro lo cogerán.

De repente sonó un disparo que procedía de la parte de la colina donde se encontraban.

—Espero que sean Dancer o Buck —dijo Connor—. Si no, no estamos a salvo aquí.

Se produjo un intercambio de varios tiros más; ninguno de ellos se acercó a la roca.

A pesar de las punzadas de dolor que sentía en el hombro, Rushton se las arregló para esbozar una sonrisa irónica.

—Es la caballería.

—Eso parece —dijo Connor—. Voy a ayudarlos.

Sin decir nada más, abandonó la seguridad de la roca y subió

trabajosamente a más altura por la ladera. Desde detrás, unos disparos cubrieron su avance mientras él se agachaba detrás de otro afloramiento rocoso. Ya en su nueva posición vio a Dancer.

—¿Dónde está Buck?

—Va a por ellos por el otro lado —respondió Dancer—. Creímos que a lo mejor necesitabais protección por aquí.

Connor agachó la cabeza cuando una bala le pasó por encima.

—Se agradece.

—Es más que seguro que hay más de dos, y no cuento al que ya has tumbado. Calculo cuatro..., cinco quizá.

—Son parientes de Tuck y Freado —dijo Connor.

—Eso no hay quien lo discuta... —repuso Dancer con regodeo—. Así que tenemos a todo el clan.

Sentada a la mesa de la cocina, Beryl observaba a Maggie pelar patatas.

—¿No está preocupada? —dijo de buenas a primeras.

—¿Preocupada? —Maggie alzó la vista para mirarla—. Eso es poco: estoy aterrorizada.

—Pues tiene una extraña manera de demostrarlo.

Por lo que Beryl veía, Maggie no había dejado que nada se entrometiese en su rutina. Había dedicado casi toda la mañana a las faenas de la casa; además, había dado de comer a Meredith, preparado el

almuerzo y planchado, y ahora estaba preparando la cena... Ella, por su parte, no había encontrado nada que le distrajera la mente.

—No se ha acercado a la ventana ni una vez en todo el día.

—Eso se lo dejo a usted. Tengo que mantenerme ocupada de otros modos.

Entonces alargó la mano detrás de ella, abrió un cajón y sacó un cuchillo de mondar; lo deslizó sobre la mesa hacia Beryl.

—Intente pelar una de éstas.

—Ni siquiera sabe si estarán de vuelta para la cena...

—Tengo esperanzas. —Le pasó una patata rodando—. Pele.

Y Beryl peló.

—¿Cómo ha podido dejar partir a Connor esta mañana?

—¿Cómo iba a impedírselo?

Maggie hizo una pausa en su tarea yladeó la cabeza como si oyera a Meredith. Tras un breve lloriqueo regresó el bendito silencio.

—No puedo impedirle llevar su rancho: sería como pedirle que no respirara.

Beryl echó la patata pelada en un balde de agua fría y tomó otra.

—Sin embargo, eso es lo que él le pidió a usted.

—¿Qué quiere decir?

—Siempre me han dicho que deseaba ser médico.

—Es verdad. Pero Connor no me pidió que no lo hiciera. Fue una decisión que yo tomé sola —sonrió con suavidad—. Bueno, sola del todo no: Meredith también influyó.

Beryl meneó la cabeza despacio y luego escudriñó a Maggie con sus claros ojos azules.

—Es usted feliz aquí, ¿verdad? En realidad, le gusta el «H Doble».

Maggie dejó de pelar. Sin darse cuenta, su mirada se desvió hacia la ventana de la cocina, donde vio los altos árboles y la pradera, las lejanas cumbres y el cielo color celeste.

—Es distinto de cuanto conocía —dijo en un tono casi reverencial—, pero siento que éste es mi sitio.

Beryl mostró una expresión llena de curiosidad, y Maggie la miró a los ojos con franqueza.

—Es difícil saber qué proporción se debe a Connor, qué proporción a Meredith, y qué proporción me corresponde sólo a mí. Quizá no haya forma de separarlas... Pero sí, Beryl, soy feliz aquí. Muy feliz.

Beryl Holiday se limitó a menear la cabeza.

—Me pregunto qué es lo que guisará Maggie esta noche —dijo Dancer.

La tregua en los disparos ya hacía más de veinte minutos que duraba, y los pensamientos del buscador de oro se habían dirigido a la cena.

—¿Crees que está esperándonos?

—Creo que le gustaría vernos —dijo Connor.

—Seguro que Buck ya tiene hambre.

Dancer inclinó a un lado la cabeza para localizar la dirección del leve gruñido que le había llamado la atención.

—¿Eso es tu estómago, Rushton? —gritó.

—No —gritó éste.

La herida había dejado de sangrar. Le dolía espantosamente, aunque estaba feliz de seguir vivo.

—Pero podría haberlo sido.

—¿Has oído eso, Connor? —dijo Dancer—. Tu padre tiene hambre... Me parece que al atardecer deberíamos tener esto resuelto.

Entonces soltó una carcajada maliciosa, se arrodilló con trabajo detrás de la roca, apuntó y puso fin a la tregua del combate.

Maggie estaba sentada en el primer escalón del porche, haciendo rabiar a Meredith con un sonajero. Beryl estaba en la mecedora, detrás de ellas, moviéndose adelante y atrás con una intensidad que no pretendía ser relajante, sino agotar su energía nerviosa. Al oír el continuo crujido, Maggie pensó que entendía por qué Freado le había disparado a la mecedora con ella encima... Y de repente todo aquel encuentro le pareció locamente divertido. Su sonrisa se agrandó, luego brotó una risilla..., y no tardó en reír con todas sus ganas.

Al principio Meredith se detuvo en su agitación para mirar el abanico de expresiones del rostro de su madre. Sus ojos se abrieron más, y después, en un cómico gesto, se pusieron en blanco. La barbilla le

tembló... Y al fin abrió la boca y, en un instante, se extendió por el aire el hermoso sonido de una risa de bebé: clara, sincera y puramente regocijada.

Beryl empezó a agitar los hombros mientras intentaba sofocar la risa. No sabía de qué se reía, ni de lo que se reían ellas... Sólo sabía que, de pronto, resultaba imposible no reírse. Las lágrimas se agolparon en las comisuras de sus ojos y no se tomó la molestia de limpiárselas. Entre dos oleadas de carcajadas intentó recobrar el aliento, sorbiendo el aire como si fuera agua y como si estuviera muerta de sed.

El movimiento del regazo de Maggie hacía botar a Meredith, y las dos se reían juntas. Por otra parte, la risa de Beryl no les permitía detenerse. Por turnos, cada una de las tres provocó nuevas rondas de risa incontrolable y sanadora, hasta que, sencillamente, ya no pudieron más.

Maggie echó mano al bajo de su vestido y se lo llevó a los ojos; se los secó, y luego se secó las húmedas mejillas. Después suspiró hondo y meneó la cabeza con una sonrisa de cómico arrepentimiento.

—Ha estado bien —confesó.

Sí que había estado bien, pensó Beryl, que seguía sin saber cómo ni por qué había empezado. Le brindó a Maggie una tímida sonrisa, como si esperase su rechazo.

Entonces Maggie levantó a Meredith para que mirara a Beryl.

—¿Ves a esa señora tan guapa? —le dijo a la niña—. Es tu abuelastra. ¡Huy, la sonrisa ya no está!

Se calló un instante y observó a Beryl con atención.

—¡Ah, no! No se ha ido del todo... Mira: le tira de la boca otra vez... Ella se resiste, pero...

Beryl se rió y se inclinó hacia adelante en la mecedora.

—Es cierto: soy tu abuelastra, y ésta es la única vez que voy a decirlo. Si me llamas así, no responderé, y si me llamas algo que no sea «Beryl», no te mandaré regalos desde Nueva York.

Meredith escuchó a Beryl con la cabecita ladeada y sin pestañear. En sus ojos oscuros tenía una expresión solemne. De repente abrió una de sus regordetas manitas e hizo un gesto en dirección a Beryl, como pidiéndole que se acercara.

—Diablillo... —la regañó Maggie en tono cariñoso—. Has oído la palabra «regalos» y ya te pones a hacer amistades...

Luego le tendió la niña a Beryl, que la cogió diciendo:

—Pequeña mercenaria... —Le dio un toquecito en la nariz—. Creo que esto me gusta.

Beryl miró a Maggie a través del abanico de oscuras pestañas, pero siguió hablándole con sonsonete infantil a Meredith.

—Tu mamá no sabe si tomarme en serio No, no lo sabe... ¡Espera! Esta sonriendo, solo un poquito... ¡Huy sí... ahí está!... Toda la sonrisa... Igual que la tuya.

Maggie apoyó la espalda en el poste del porche. Poco a poco, su sonrisa se transformó de obsequiosa en melancólica. El crepúsculo pendía como un sudario gris azulado sobre el rancho.

—Me parece que no conseguirán volver esta noche —dijo en voz baja.

Los claros ojos de Beryl miraron hacia el lugar por donde esperaba que aparecieran los jinetes. No había ni rastro de ellos, y la ansiedad volvió a agitarse en su interior.

—¿Ha disparado alguna vez un arma?

La pregunta sorprendió a Beryl.

—Unas cuantas, aunque sólo soy capaz de darle a algo que abulte mucho... ¿Por qué?

—Estaba pensando, nada más.

Vaciló y se preguntó qué contarle a Beryl.

—Ojalá no hubiera tenido que quedarme aquí, esperando. Ojalá hubiera ido con ellos esta mañana —suspiró—. Al menos sabría algo.

Beryl asintió.

—Los hombres no comprenden lo que es la espera. No comprenden el coste que tiene.

—Edie habría ido con ellos.

—Probablemente.

Los ojos de Beryl volvieron a posarse en el bebé que acunaba en sus brazos; con el índice tocó la barbilla de Meredith.

—Rushton dice que Edith sabía hacer casi de todo.

Al observar la expresión pensativa de Beryl, el ceño de sus oscuras y delicadas cejas, Maggie le preguntó:

—¿Habla de ella?

Beryl respondió con una media sonrisa de autoparodia:

—Todo el rato, pero él ni siquiera se da cuenta. A veces creo...

Se encogió de hombros.

Maggie esperó, callada, pero Beryl no dio más detalles.

—¿Está cansada de tenerla en brazos? —preguntó.

—No, estoy bien. —Alzó la vista; a la luz del atardecer sus facciones aparecían relajadas—. Es decir, si a usted no le...

Esta vez Maggie se dio cuenta de que Beryl no había acabado la frase por algún motivo: algo situado detrás de ella le había llamado la atención. Entonces volvió la cabeza en un esfuerzo por localizar lo que Beryl había visto.

Al principio fueron sólo sombras; sombras cambiantes y casi amorfas que se movían despacio en la luz crepuscular. Estaban agrupadas y avanzaban casi como una sola masa; luego, a medida que se acercaron, parecieron separarse, escindirse, y se hicieron más reconocibles. De repente los caballos que abrían marcha se apartaron del pelotón y se lanzaron con estruendo hacia la casa. Los jinetes daban gritos que no se entendían pero que, por su volumen y su tono, claramente indicaban júbilo.

Maggie se puso de pie, escuchó e intentó distinguir una voz en medio de todas las demás. A su espalda sintió que Beryl se levantaba y se acercaba al borde del porche. Maggie se dio media vuelta y cogió a Meredith en brazos. Luego las dos mujeres se quedaron quietas y calladas, esforzándose por ver y oír.

Buck y Patrick llegaron al porche primero, dando vítores y alaridos como si hubieran participado en una carrera y hubieran ganado el premio. Ben llegó justo detrás y levantó una nube de polvo al poner a su yegua de costado para evitar chocar con los otros.

Maggie ya estaba de puntillas, mirando por encima de ellos, intentado ver al resto del grupo. En cuanto a Beryl, se había trasladado al escalón inferior y tenía el busto inclinado hacia adelante en un gesto de nerviosa anticipación.

Luke paró en seco su caballo y meneó la cabeza al ver las payasadas de los otros. Detrás de él, Dancer avanzó a grandes pasos. Incluyó el sombrero en un saludo a las mujeres y luego mostró una amplia sonrisa.

—¿Nos habéis guardado algo de cena? —dijo—. Mala cosa, llegar tarde a cenar...

Pero Beryl ya había salido corriendo, con la mirada puesta en los dos últimos jinetes. La mitad de los peones se volvió a mirarla; la otra mitad miró a Maggie para valorar su reacción. Lo que vieron los tomó a todos por sorpresa: por un lado, la carrera de Beryl no se desvió hacia Connor; por otro, las facciones de Maggie estaban serenas y tranquilas, como si no esperara otra cosa.

Entonces, con una sonrisa, Maggie le tendió la niña a Dancer.

—Tenga, cójala. Lo ha echado de menos —dijo.

Después siguió el ejemplo de Beryl.

Connor detuvo el caballo y se apresuró a desmontar cuando Maggie llegó hasta él y casi saltó a sus brazos. La sostuvo en alto, riendo, y le

devolvió los besos que ella le plantaba por toda la cara; sus susurros de bienvenida y de nostalgia le entibiaron la piel y le llegaron al alma. La abrazó fuerte, y luego su boca buscó la de ella en un beso largo, sanador y profundamente ansioso a la vez.

—Maggie... —dijo con voz ronca.

Entonces volvió a besarla, ahora en la comisura de la boca. Saboreó la salada humedad de sus lágrimas y esta vez pronunció su nombre casi con reverencia, sabiendo que aquellas lágrimas eran por él.

Ella le dedicó una sonrisa llorosa.

—La próxima vez, voy —dijo.

Incluso en el creciente crepúsculo Connor vio que hablaba en serio... Y no le dijo que no.

En ese instante, mientras ayudaba a desmontar a Rushton, Beryl dijo con aspereza:

—¿Habéis acabado ya, vosotros dos? Porque algunos vuelven de una pieza, y otros no... Rodéame con el brazo, Rushton. Así.

Connor hizo a un lado a Maggie y acudió a ayudar a su padre.

—Sólo es un arañazo, Beryl —dijo Rushton con brusquedad cuando Connor ocupó su lugar—. Apenas duele ya...

Ella alzó la voz.

—¡Un arañazo! ¡Maggie, míralo! ¡Si tiene un agujero en el hombro y apenas puede caminar!

—Llevo casi todo el día cabalgando y agachado —le dijo Rushton, que avanzaba cojeando—. Todavía no me he tumbado.

Mientras Connor ayudaba a Rushton a llegar a la casa, Beryl agarró a Maggie por el brazo y tiró de ella para ponerla a su lado.

—¡Tumbado! —gritó—. ¡Un rato más y estarías bien tumbado en una caja de pino!

Rushton mostró una amplia sonrisa y se volvió para mirar a su mujer.

—¿Una caja de pino?... Me parece que podemos permitirnos algo mejor.

De pronto ella echó a correr hasta rodear a Rushton y a Connor; luego se dio media vuelta y se quedó mirándolos de frente, con lo que los obligó a detenerse en seco. Se puso los puños en las caderas; tenía las mejillas muy rojas, y sus pálidos ojos azules relucían de cólera.

—No —dijo con firmeza—. Entonces ya no «podremos» nada. Ten por seguro, Rushton, que te haré enterrar metido en una caja de pino y me quedaré con todo tu dinero.

A través de la neblina de furia que la rodeaba, vio que él abría más los oscuros ojos y que su mandíbula se aflojaba y caía un poco.

—No ha de sorprenderte —prosiguió—; es lo que siempre has esperado de mí, ¿no? Nunca has esperado otra cosa... No pude casarme contigo porque te amaba: eso habría sido inconcebible... Tuvo que ser por tu dinero. Tuvo que ser porque yo quería vivir en un sitio donde sobre nosotros se alzaran edificios, y no montañas... No pude elegirte a ti antes que a tu hijo por otro motivo que no fuera la posición y el dinero...

Su mirada fue del padre al hijo, y luego al revés, mientras Beryl

sacudía la cabeza en un gesto de desasosiego e indignación.

—Es fácil estar a la altura de las expectativas si son como las vuestras...

Entonces señaló a Maggie, que la observaba con tranquilidad, dejándola expresarse.

—Pero ella sí que lo ha entendido.

Dicho esto, Beryl giró sobre sus talones y entró en la casa como un huracán, dando un portazo.

Su salida provocó distintas reacciones. Dancer se rió con su agudo cacareo. Meredith hizo gorgoritos. Patrick se echó atrás el sombrero y se rascó la cabeza.

—¿De qué diablos iba eso? —preguntó a los demás peones.

Nadie le respondió.

Por su parte, Maggie le abrió la puerta a Connor mientras éste ayudaba a su padre a subir al porche y entrar.

—Llévalo a su cuarto y quítale esa camisa. Supongo que la bala lo ha atravesado.

—Limpiamente.

—Y que Dancer ya se ha ocupado de la herida.

—Lo mejor que ha podido.

—Entonces, muy bien —dijo Maggie—. Iré a por mis hierbas.

Se dispuso a marcharse, pero se detuvo cuando una mano se le posó ligeramente en la cintura. Al principio creyó que era Connor, pero luego vio que era Rushton.

—¿Tú lo has entendido? —dijo en voz baja.

Maggie se encogió de hombros.

—Beryl me reconoce más méritos de los que tengo —dijo—. No me he dado cuenta hasta que os fuisteis esta mañana.

Rushton meneó la cabeza y, a pesar del dolor, consiguió esbozar una arrepentida sonrisa.

—Son más de doce horas antes que yo...

—Ella lo ama —dijo Maggie con sencillez—. Cuando piense en ello..., cuando piensen en ello los dos, se darán cuenta de que eso lo explica todo.

En silencio, padre e hijo la vieron marcharse. Al cabo de un instante Connor dijo en voz baja:

—Sabia; Maggie es sabia.

Maggie puso a remojo unas plantas para hacer diversas aguas con que limpiar la herida e infusiones para aliviar el dolor. Enseñó a Beryl a aplicar las compresas y el bálsamo, y luego dejó que le diera la infusión a Rushton. Después fue una de las enaguas de Beryl la que se empleó para hacerle un cabestrillo... Y cuando Beryl le metió el brazo en él, nadie hizo el menor comentario sobre el remate de encaje que le rodeaba el codo.

Connor entró en la cocina detrás de Maggie, que, en la hornilla, daba vueltas a un caldo ligero de pollo. La rodeó con sus brazos y sostuvo su leve peso cuando ella se apoyó en él. Luego la besó con

suavidad en la coronilla.

—Deja que lo haga Beryl —dijo—. Está pasándoselo muy bien.

—Y tu padre también.

—Ya me he dado cuenta...

Connor deslizó las palmas de las manos por las costillas de Maggie; bajó hasta más allá de la curva de su cintura y volvió a subir otra vez.

—Me gustaría que una mujer guapa me prestara atención a mí —susurró.

—Pues Beryl está ocupada...

Él le dio un pequeño achuchón para hacerle saber lo que pensaba de aquello.

—Y tu hija está durmiendo...

Connor le dio una topada en el pelo y quitó el caldo de pollo de la hornilla.

—Tú eres la mujer que busco —dijo con suavidad—. Y sé exactamente dónde te deseo.

Las protestas de Maggie fueron apagándose cuando, al darse media vuelta, vio la mirada amorosa de los ojos de Connor. Entonces, en voz baja, repuso:

—Para siempre. Tienes que desearme para siempre... No dejaré que me echés.

Un ligerísimo aleteo de sus ojos de cristal oscuro lo traicionó.

—¿Cómo lo has sabido?

Ella le escudriñó la cara: aquellas facciones impasibles que ya no

contenían ningún secreto para ella. Le tocó la mejilla y le pasó el pulgar justo por debajo del labio inferior.

—¿Cómo iba a dejar de saberlo? —le preguntó en tono dolorido.

Él le cogió la mano y la detuvo. Cerró los dedos en torno a su muñeca, se apartó la mano de la cara y se la llevó al costado. Luego condujo a Maggie fuera de la casa, hacia el establo.

La noche cubría el valle. Del edificio de los dormitorios llegaba el parpadeo de la luz de un farol, y de repente llegó también un coro de fuertes carcajadas, seguidas del cacareo característico de Dancer. Maggie miró de reojo a Connor.

—Alguien está adornando vuestro encuentro con los ladrones de ganado —dijo—. He oído contar la historia a Rushton y a Dancer, y los dos han dado versiones distorsionadas de la realidad: nadie acaba de verdad un tiroteo porque tenga hambre.

—Si tiene hambre suficiente, sí... Nosotros teníamos mucha y lo hicimos.

Connor vio que ella no acababa de creerlo y lo dejó así; no quiso sacar el tema de que a los ladrones de ganado se los mata, ni empezar un debate sobre la justicia en el oeste. El fuego al azar de Dancer a los árboles hizo que cayera otro cuatrero. Buck, en el puesto de retaguardia, hirió a otro más. Connor hirió a dos cuando trataban de trasladarse a un sitio más alto en busca de un refugio más seguro. Poco después el último hombre ileso se apresuró a rendirse. Dos de los heridos eran apenas unos niños: tenían trece y catorce años; Connor los soltó, aunque sabía que era

probable que tuviera que volver a enfrentarse con ellos cuando ya fueran hombres. A los demás los ahorcaron.

—Tenía que ser así —dijo Maggie en respuesta a lo que había quedado sin decir.

Sin dejar de caminar, él le rodeó los hombros con el brazo y se la acercó más.

—¿Siempre sabes lo que hay que decir?

—Casi nunca.

—Entonces tal vez sea el modo en que lo dices, porque tu voz transmite tanta calma como uno de tus téis especiales.

A Maggie le gustó el comentario, y lo besó en la mejilla cuando entraron en el establo. Connor le dio el farol para que lo sostuviera mientras lo encendía, y luego lo colgó de un gancho junto a la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella cuando empezó a apartarla de la entrada.

Él señaló el altillo y le dio un empujoncito hacia la escalera de mano.

Ella se reafirmó donde estaba y lo miró con descaro.

—¿Vas a tumbarme en el pajar?

—Desde luego que espero hacerlo —dijo él con mucho sentimiento.

Con una amplia sonrisa, Maggie se arremangó las faldas y subió la escalera. Connor le dio impulso poniéndole las palmas de las manos en el trasero, y ella cumplió con su parte cayendo sobre un gran montón de heno; después, riendo, tendió los brazos hacia Connor.

Él se arrodilló a su lado. Durante un momento una oleada de

emoción lo dejó sin voz: Maggie estaba, sencillamente, radiante. Ella clavó los ojos en él, unos ojos que eran como dos joyas gemelas. Su sonrisa lo atrajo, y su risa le limpió el alma.

Ella le rozó la sien con los dedos y luego con la mejilla, frotándose contra él en un gesto de sensualidad felina. Él hundió más la mano en el oscuro fuego cobrizo de su cabello. Se tendió junto a ella, y el blando heno fue como un cojín bajo sus cuerpos.

—Ámame —susurró él—. Cúrame.

Ella lo tomó en sus brazos, en su corazón, y después lo tomó en su interior. Le cubrió la cara con besos suaves y dulces, y sus dedos le aletearon en los hombros. Lo acunó con su cuerpo, y él le dio placer. La carne de ella vibró de sensaciones mientras se movían juntos.

Un intenso anhelo lo llevó dentro de ella una y otra vez. Ella aceptó su fuerza porque sentía un anhelo idéntico. Quería sentirlo por todas partes. Sus manos en el pelo. Su boca en los senos... Necesitaba sentirlo entre sus muslos, dentro de ella y sobre ella.

Sus piernas lo rodearon. Él se puso de rodillas y le levantó las nalgas; entonces miró sus cuerpos unidos, se retiró y dio una nueva embestida en su interior. La punzada de placer fue tan intensa que la hizo gritar. Su cuello se arqueó, y después todo su cuerpo.

Él absorbió su estremecimiento y luego dejó que ella absorbiera el suyo. La carne de ambos pareció temblar con la réplica de aquel terremoto. Él se derrumbó al lado de Maggie, rodó hasta ponerse de costado y luego de espaldas, sin soltarla, sosteniéndola toda contra él.

Ella le sonrió; sus dientes lanzaron un breve destello antes de que la cortina de su pelo tapara la luz que llegaba de abajo.

—Háblame de Beryl —dijo con voz ronca.

Él parpadeó, sorprendido.

—Sí que sabes elegir el momento.

Maggie le dio una topada en la nariz con la suya.

—Cuéntame —dijo.

Connor se movió de manera que Maggie resbalara de costado junto a él. Le agradó el modo en que ella mantuvo una pierna encima de la suya; le gustó aquel aire de propietaria.

—Conocí a Beryl en Denver —le dijo—, hace casi dos años. Trabajaba en la tienda de vestidos de su madre.

—Y como tú necesitabas un vestido...

—Y como pasaba por delante de la tienda camino al *saloon*, la vi por casualidad por el escaparate. Me pareció mona.

—Es preciosa.

—De acuerdo; sí que es preciosa.

Observó que la expresión de Maggie no cambiaba; le daba igual que Beryl le pareciera preciosa. Era un simple hecho... O más exactamente, un don de la naturaleza.

—La cortejé, luego las traje al «H Doble», a ella y a su madre, y...

Maggie lo interrumpió para preguntar con incredulidad:

—¿Trajiste a su madre aquí? No lo sabía.

—Nunca quisiste saberlo, ¿recuerdas?

Por un instante los dedos de Maggie, que habían estado tamborileando ligeramente sobre el pecho de él, se quedaron quietos. Se dio cuenta de que en ocasiones él había querido explicarlo.

—Sigue.

—Quise mostrarme galante —dijo él—, y también respetable. Grace vino en calidad de carabina de Beryl.

—¿Estás diciendo que tú y Beryl nunca...?

Él puso un dedo en sus labios.

—No —dijo—. No estoy diciendo eso. Ojalá pudiera decirlo.

Aunque era lo que ella esperaba, exactamente lo que siempre había creído, resultó difícil oírlo.

—Entonces no me conocías.

—Eso es. Ni siquiera sabía que existiera alguien como tú.

Maggie puso la mano sobre el corazón de Connor.

—¿Siempre sabes lo que hay que decir? —preguntó.

Lo besó levemente en la boca; el beso se demoró un instante.

Connor le quitó una brizna de paja del cabello cuando ella se apartó de nuevo.

—Casi nunca —dijo.

Maggie sonrió.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Por indicación de Beryl, invité a Rushton aquí para la boda, y ella acabó casándose con él.

En su voz no había amargura; pronunciar aquellas palabras sin

amargura resultó una experiencia nueva para Connor.

—Ella se enamoró de él —dijo Maggie en voz baja—. Y ninguno de vosotros dos lo creyó.

—Me parece que nos negamos a creerlo. Yo, al menos, me negué: no aceptaba que eligiera a mi padre antes que a mí. Mi orgullo se quedó maltrecho, y me dediqué a machacarlo también a él.

—Sin embargo, Rushton estuvo dispuesto a casarse con ella sin importar las condiciones.

Connor asintió.

—Pero ya estaba plantada la semilla. Nunca creyó que se hubiera casado con él por amor.

—Eso hizo que se enfadara con él —dijo Maggie—. Se enfadó con los dos. Y entonces se convirtió en lo que ambos esperabais que fuera: una persona vanidosa y superficial.

Él alzó una ceja y su mirada se volvió escéptica.

—Digamos que subrayó esos rasgos... —dijo con sorna—. Porque, desde luego, ya los tenía.

—Quizá —dijo Maggie—. También es muy lista.

«Lista», pensó Connor. Sí, ésa era la palabra adecuada para describir a Beryl. Nada que ver con Maggie.

Se limitó a sonreírle y a escucharla. Ella prosiguió:

—Trató de hacer que Rushton lo entendiera, e intentó hacer que demostrara sus sentimientos hacia ella poniéndolo celoso.

—Y sí que estaba celoso.

—Pero nunca dejó que ella lo advirtiera, y ella tampoco dio con el modo de decirle cómo se sentía. Luego tú te casaste conmigo, y su dilema se complicó todavía más. Si desaparecías del mapa como rival, ella no podría darle celos. Si Rushton sabía que me amabas, que me amabas de verdad, se convencería de que no te interesabas en absoluto por Beryl. Así que tenías que parecer disponible. Por eso redobló sus esfuerzos para vengarse de los dos.

—Lo sé —dijo él—. Yo estaba allí, todo el rato.

Maggie arrancó una brizna de paja del montón y con un extremo dibujó el labio inferior de Connor.

—No habrá vuelto a resentirse tu orgullo al saber que no te quiso nunca, ¿no?

El orgullo de Connor sí que estaba herido; en tono enfurruñado dijo:

—Bueno, creo que un poquito sí que me quería...

Maggie se rió. Luego, con aire enfadado, gruñendo en tono juguetón, le dio una topada en el cuello, declarando:

—Le sacaré los ojos con las uñas...

Connor no tuvo más remedio que reírse de sí mismo. Y entonces pensó que aquél era el secreto de la auténtica capacidad de curar que tenía Maggie.

—Creo que lo harías.

—Claro que sí. —Posó la cabeza en su hombro—. Cuando te vi con ella aquí en el establo, estuve a punto de hacerlo.

Él recordó la frialdad de los ojos de Maggie en aquella ocasión, el

vacío que había vuelto sombría su expresión.

—Te hice daño. Lo siento.

—No —dijo ella—. Me hice daño a mí misma. No confié en ti, y eso fue lo que me hirió. Esta mañana me asustó ver que te marchabas sin que habláramos del asunto; y me asusté todavía más al percatarme de que era a Rushton a quien de verdad quería Beryl, al darme cuenta de lo inoportuno de mi enfado... Si llega a ocurrirte algo...

No terminó la frase. No pudo.

Connor le acarició el cabello, hundiendo los dedos entre los sedosos mechones.

—Iba a hacer que te marcharas —le dijo en voz baja—, y se me ocurrió que Beryl a lo mejor me ayudaba a alejarte. Así que tenías razón en no fiarte de mí por completo. Dios, Maggie, quiero hacerte feliz.

—Ésa no es tarea tuya —susurró ella con los ojos llenos de lágrimas—. De hecho, tengo derecho a buscar yo misma la felicidad.

Alzó la cabeza para que él le viera la cara.

—Ya soy feliz —dijo—. Contigo. Con Meredith.

—Deberías ser médico —dijo él—, no la esposa de un ranchero. Si le arrendara a Rennie parte de la tierra para el ferrocarril, tendríamos el dinero...

—Yo no volvería al este sin ti —dijo ella—. No iré a ningún lado sin ti.

—Entonces iré contigo mientras estudias.

—Ay, Connor. —Le enmarcó la cara con las manos—. Qué gesto

más hermoso.

Sí que era un gesto, se dijo él; porque no tenían el dinero, y Maggie tampoco tenía la aceptación de ninguna facultad médica.

—Lo digo en serio, Maggie —fue cuanto pudo decir.

—Lo sé.

Connor tuvo que contentarse con aquello. Entonces se volvió de lado y tocó el borde de la enagua de Maggie siguiendo la curva de sus pechos.

—Mi madre le dijo a mi padre que se marchara del «H Doble» —le recordó.

Era difícil pensar con la mano de él moviéndose despacio sobre su piel.

—¿Crees a Rushton, entonces?

—No tengo más remedio, ¿no? Cuando me di cuenta de que estaba dispuesto a hacer lo mismo contigo, lo vi todo claro. Él dijo que ella no le preguntó ni una sola vez si deseaba marcharse.

—Y tú no me has preguntado a mí —dijo Maggie.

Jadeó cuando la base de la mano de él pasó por encima del pezón.

—Pero no, no quiero marcharme..., sin ti no... —Su pecho pareció hincharse envuelto en la mano de él, al tensar la tela de su enagua—. ¿Alguna vez..., mmm..., le contaste a Beryl lo del..., mmm..., burdel?

A él le gustó el modo en que tarareaba su placer.

—No —dijo—. Ella me dijo que se lo dijiste tú.

Maggie bajó la cabeza mientras daba un tirón a la enagua. El pecho

quedó al descubierto. Él lo tapó con la boca, chupando con suavidad.

—Me pregunto... —el fuego pasó como un rayo por sus miembros, tiró de sus genitales e hizo que sus caderas se arquearan y se pegaran a él — cómo se enteró.

Connor tenía cosas más importantes en la cabeza, de modo que no intentó contestar. Al cabo de un momento, Maggie se olvidó de todo menos de susurrar el nombre de Connor.

Por turnos, exigieron; por turnos, se rindieron. Compartieron besos, intercambiaron caricias.

—Tu boca —decía él—. Aquí.

Y luego la bajaba.

—Tócame —decía ella.

—¿Aquí? —preguntaba él; sus dedos la acariciaban.

—Sí —susurraba ella—. Justo ahí... Ah, y allá.

La piel de ella era cálida y suave. El heno se desplazaba debajo de ellos cuando se movían. Los gatitos miraron a hurtadillas desde detrás de un montón y luego desaparecieron de nuevo. Él le levantó la enagua hasta las caderas. Ella se abrió para él.

—¿Así? —preguntó él.

Ella asintió, mirándolo.

—Justo..., así.

Un placer tan intenso tenía que estallar... La respiración de Maggie era superficial, el rubor cubría su piel. A Connor le martilleaba el corazón. Cuando al fin se separaron, sus cuerpos estaban levemente

húmedos.

Ella le pasó un dedo por el brazo, arriba y abajo, mientras él la tenía abrazada.

—Me gusta que me tumben —dijo.

—Creí que te gustaría.

Ella se quedó dormida sonriendo.

Pasaron quince días antes de que Beryl decretara que Rushton se encontraba lo bastante bien como para partir. En el transcurso de su recuperación ella atendió todas sus necesidades, renunciando a toda ayuda, fuera cual fuese. Viéndola ir y venir, hasta Dancer se quedó impresionado.

Ahora Beryl sonreía con más soltura; no con un calculado gesto de la boca, sino de forma natural, con un regocijo auténtico que añadía brillo al pálido azul de sus ojos. Y Rushton casi siempre mostraba una mirada sorprendida, como la de un hombre a quien la fortuna hubiese tocado de forma tan repentina que no acabara de comprenderlo del todo. Veía a Connor riendo con Maggie, y sabía que a los dos les encantaba y les divertía al mismo tiempo el modo en que sus ojos seguían a Beryl mientras ella cruzaba una habitación, o cómo se quedaban fijos en el sitio que ella acababa de abandonar al salir. Sus oscuros ojos perdieron toda frialdad, las arrugas de su rostro se difuminaron, y, una vez más, el parecido entre padre e hijo se volvió llamativo.

Rushton leyó mucho durante su reclusión. Se quejaba de que un herido no disponía de muchas opciones en la cama... Y su esposa disfrutó mostrándole lo contrario.

Maggie estaba encantada de ver a Rushton y a Connor hablando juntos, intercambiando ideas sobre el rancho, sobre el ferrocarril o sobre... mujeres. Cuando, sin querer, los oía referirse a este último asunto, sonreía para sí y se quedaba callada. A veces estaba bien resultar un misterio para el marido. Más tarde le contaba a Beryl lo que había oído, y se reían juntas hasta que les dolían los costados.

Faltaban minutos para el momento de su marcha cuando, con una seña, Rushton indicó a Beryl que entrara en el dormitorio y cerrara la puerta. El suelo estaba cubierto de equipaje, y Beryl pasó con cuidado entre los baúles y por encima de las maletas hasta llegar a su marido. Éste estaba junto a la mesita de noche, con un libro en una mano y una carta en la otra.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó ella.

Él le dio la carta.

—No he tenido oportunidad de leer este libro e iba a devolverlo al estudio de Connor cuando, hojeando las páginas, se ha caído eso; verás que va dirigido a Maggie.

Ella le echó un vistazo a la carta.

—Es de una facultad médica.

—Sigue leyendo —dijo él—. Está fechada en abril pasado. Debieron de meterla en el libro entonces y se quedó olvidada; probablemente el

libro estuvo almacenado en casa de la hermana de Maggie hasta que lo trajimos. Estoy seguro de que Connor no ha visto esa carta.

Beryl puso un dedo sobre los labios de Rushton.

—Déjame leer —dijo, mientras leía por encima el contenido.

Sorprendida, la segunda vez leyó más despacio:

Es un gran placer aceptar la solicitud que ha enviado usted a la Facultad Médica Femenina de Filadelfia. Tras examinar más de ciento cincuenta solicitudes, el comité de admisión está de acuerdo en que la suya es francamente extraordinaria. Celebramos la ocasión de conocerla, así como de comentar su plan de estudios y las condiciones de alojamiento.

La carta proseguía alabando las dotes de Maggie y su decisión de elegir medicina como profesión, pero los ojos de Beryl no dejaban de volver a la primera frase.

—Aceptaron a Maggie —dijo en voz baja, alzando la cara hacia Rushton—. Fue ella quien los rechazó.

—Eso parece —dijo él.

—¿Quién sabe esto?

Rushton meneó la cabeza.

—Creo que nosotros. Ha dejado que todos creyeran justo lo contrario, incluido Connor.

—¿Qué deberíamos hacer?

—Seguir dejando que lo crean, supongo. Es asunto de Maggie. Tuvo sus motivos.

Uno de esos motivos estaba echando una siesta en su cuna en la habitación de al lado... Rushton tomó la carta de manos de Beryl, la dobló y volvió a deslizarla en el ejemplar encuadernado en piel de *Anatomía de Gray* donde la encontró.

—Las intromisiones ya la han hecho sufrir demasiado. Su padre..., yo...

—Yo —dijo Beryl en tono arrepentido; volvió a coger el libro—. Déjame pensar en esto.

—Beryl, no quiero...

Ella le puso una mano en el hombro, se levantó de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Confía en mí esta vez, Rushton —dijo—. No voy a entrometerme; en realidad, haré todo lo contrario.

Él la observó. Sus ojos eran limpios, y también lo era la conciencia de Rushton.

—De acuerdo.

La besó suavemente en la boca.

—Voy a decirle a Connor que estamos listos para que carguen el carro. —Miró a su alrededor—. ¿Esto es todo?

La mirada de Beryl siguió la de su marido. Asintió, satisfecha.

—Todo.

Cuando Rushton salió, Beryl empujó con el pie el maletín de cuero

negro y lo metió debajo de la cama.

En el borde del porche, Maggie vio a Connor despedirse de su padre. Las lágrimas se le agolparon en los ojos, y al principio parpadeó para rechazarlas; luego se limitó a dejar que cayeran. Una de ellas cayó en la mejilla de Meredith.

—Déjame cogerla antes de que se ahogue —dijo Dancer.

Maggie le dedicó una sonrisa llorosa y le pasó a Meredith.

—No contaba con llorar —dijo.

Dancer soltó un resoplido y meció ligeramente a la pequeña en sus brazos.

—No sé cómo contabas con menos. Míralos: no hace tanto que uno habría dicho «negro» y el otro «blanco» sólo por principios. —Dejó ver una amplia sonrisa, que le frunció un lado de su cara llena de cicatrices—. Ahora están en desacuerdo porque les divierte.

Mientras Dancer hablaba, Maggie vio que Rushton se inclinaba desde el carro y tendía la mano a Connor. Este la estrechó con firmeza, la retuvo y luego la soltó de mala gana. Después retrocedió y se apartó del carro. Maggie vio la emoción de sus ojos reflejada en los de su padre.

Entonces Rushton echó una mirada a la casa y dijo con aspereza: «¿Dónde está Beryl?»

La puerta principal se abrió.

—Voy —dijo ella, cruzando de prisa el porche.

Al pasar junto a Maggie, se detuvo y le tendió *Anatomía de Gray*.

—No he tenido tiempo de ponerlo en su sitio —dijo—. El último que

lo ha ojeado ha sido Rushton.

Luego su voz se redujo a un susurro, y sus pálidos ojos azules la miraron serios.

—Tal vez quieras pensar en el marcapáginas que dejaste dentro. A Connor le gustaría saberlo, pero es decisión tuya.

Sin esperar una señal de comprensión ni una respuesta, Beryl le puso con energía el libro sobre las manos, la abrazó con fuerza y luego bajó con paso ligero los escalones. Connor la ayudó a subir al carro.

Beryl se ató bien el sombrero y anudó la cinta azul lavanda junto a la mejilla. Después saludó con un gesto a Meredith, se despidió con una sonrisa de Dancer y tuvo una palabra para cada uno de los peones. Su mirada vagó hasta el porche, donde Maggie seguía abrazada al libro. Mantuvo los ojos fijos en ella, pero sus palabras fueron para Connor.

—Si ella te ama tanto como tú a ella, diría que los dos habréis conseguido lo que merecáis.

Connor contempló a su mujer con una amplia sonrisa. Subió los escalones del porche de un salto y fue a colocarse junto a Maggie. La rodeó con un brazo y la atrajo más cerca.

—Con que me ame sólo la mitad, ya habré obtenido lo mejor del negocio.

Avergonzada, Maggie se apoyó en Connor y se limitó a sonreír para sí.

Rushton cogió las riendas.

—Ya está —dijo.

Volvió a mirar a su alrededor, a los baúles, las maletas y los víveres que iban en la parte trasera del carro.

—¡Oh, no! Beryl, ¿dónde está aquel maletín negro que no perdías de vista cuando vinimos aquí?

Beryl jugueteó con la cinta del sombrero e hizo unos ajustes del todo innecesarios.

—¿Cómo, querido?

—Aquel maletín negro —repitió Rushton—. El que parecía un maletín de médico. Creo que en él llevabas los peines y los cepillos.

—Ah, aquél... No te preocupes por él, Rush. Se lo he dejado a Maggie.

Entonces dedicó una última mirada a Maggie y a Connor, que, en el porche, la miraban de hito en hito, sin comprender.

—Lo he dejado bajo la cama del cuarto de invitados —les dijo.

Beryl tomó las riendas de manos de Rushton y las hizo restallar. El tiro echó a andar.

El cielo estaba despejado. El sol había disipado la niebla de la mañana y brillaba con fuerza sobre el valle. El carro pasó bamboleándose por delante del establo y del corral, y por fin tomó el camino que seguía el río. Nadie de la casa se movió hasta que se perdió de vista. Poco a poco, los peones volvieron sin prisa a sus tareas: Luke y Ben a los caballos; Buck y Patrick al ganado. Dancer, con Meredith en brazos, se dirigió a la cocina. En cuanto a Connor y a Maggie, permanecieron juntos, sintiendo la punzada de la separación como una soledad en el

pecho.

Connor la achuchó un poco en los hombros.

—No pensé que fuera a echarlos de menos —le dijo—. ¿Recuerdas el día que llegaron? Dios, me dieron ganas de correr a esconderme.

—Ya tendrás ocasión. Sólo es cuestión de tiempo que Jay Mac y mamá caigan sobre nosotros. Probablemente traerán a Skye. Luego querrán visitarnos Michael, Ethan y Madison..., y también Rennie y Jarret.

Sólo de pensarlo Connor sintió deseos de huir.

—Supongo que lo mejor será cobijarse con Mary Francis en el convento.

Maggie se rió.

—¿Qué es lo que te ha dado Beryl?

—*Anatomía de Gray* —dijo ella—; es uno de mis libros, de los que dejé con Michael. Estaban hojeándolo ella o Rushton. Lo guardaré.

Lo mantuvo bien cogido, mientras sentía el golpeteo un poco irregular de su corazón. Algún día le contaría a Connor lo de la facultad de medicina, pero ahora no; ahora tendría que mover cielo y tierra para hacer realidad su sueño.

—Vamos adentro.

Connor asintió, y luego esperó en la puerta del estudio mientras Maggie dejaba el libro en la estantería. De nuevo recorrieron el pasillo, pero frente al dormitorio que Rushton y Beryl habían utilizado, él se detuvo. Maggie también se paró y lo miró de reojo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Sumido en sus pensamientos, Connor tenía fruncidas las cejas, y sus ojos oscuros, un poco perdidos, miraban justo detrás de ella.

—¿Connor?

Él tiró de la manga de Maggie y dio marcha atrás hasta la puerta abierta.

—¿Recuerdas lo que mi padre le preguntó a Beryl justo antes de que se marcharan?

A Maggie le impresionó la urgencia de su voz. No tenía nada que ver con lo que estaba diciendo.

—Le preguntó que si llevaba todas sus pertenencias.

—Exacto —dijo él, y volvió a insistir—. Y buscaba...

—Los peines y los cepillos de Beryl.

—¡No!

—Bueno, buscaba el maletín donde iban.

—¡Justo!

—¿He ganado algo? —preguntó ella, desconcertada.

De repente la cara de Connor se relajó. Al momento estalló en carcajadas, levantó a Maggie en alto y entró en la habitación dándole vueltas.

—Si estoy en lo cierto, has ganado todo el dinero de la banca.

Luego la posó en el suelo, la sostuvo firme y después se arrodilló junto a la cama. Metió el brazo por debajo del armazón y se puso a tantear. De pronto su mano tocó lo que estaba buscando, lo que esperaba

encontrar. Lo arrastró despacio, sin dejar de observar a Maggie.

—Los doce mil dólares —dijo, sacando el maletín.

El asombro la dejó sin aliento cuando Connor abrió el maletín negro. Y en aquel instante hasta su conciencia acudieron en tropel los recuerdos que antes sólo la habían atormentado de forma confusa.

—Ay, Dios mío —susurró con voz ronca, cayendo de rodillas.

Incluso su voz le resultó familiar: era el dolorido susurro de alguien que necesitaba ayuda desesperadamente y que dependía de su visitante para conseguirla. Casi sin pensar, se tocó la garganta.

—Es como tú dijiste —le dijo—: creí que eras el médico.

Él asintió sin dejar de observarla con atención. La vio adoptar una expresión distante, mientras el recuerdo la hacía retroceder en el tiempo.

—Me diste whisky —dijo despacio—. Creí que era con fines medicinales.

Vagamente, él recordó haber dicho algo así.

—Quería que te relajaras.

Respiró con alivio al ver que ella sonreía con gesto pensativo, no acusador.

—Estaba muy relajada..., muy...

Se interrumpió, y luego añadió en tono sombrío: «Te deseaba.»

Connor esperó mientras Maggie dejaba que el silencio se extendiera entre ellos.

—Después me entró miedo... Me dio vergüenza.

—Maggie —dijo él con amabilidad.

—No, está bien. —Lo miró de frente, con expresión tranquila—. Ya no me siento así. Pero entonces..., has de comprender que después no supe lo que hacía.

—¿De qué hablas?

—De eso —dijo ella señalando el maletín—. No miré dentro. Necesitaba un sitio donde guardar el camisón cuando me vestí. Lo metí ahí y salí corriendo de casa de la señora Hall con tu maletín. Cuando llegué a casa eché mi ropa y el camisón al fuego y después metí el maletín debajo de mi cama, fuera de mi vista. A la mañana siguiente no me acordaba ya de él. Y en todo este tiempo, ni una sola vez llegué a creer de verdad que hubiera cogido tu dinero.

Los verdes ojos de Maggie estaban llenos de arrepentimiento.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Nunca... Lo siento.

Connor cogió el maletín y lo volcó: unos rollos de billetes cayeron como piedras al suelo. Entonces tomó uno, lo desató y tiró el dinero al aire. Los billetes estallaron como un fuego de artificio sobre sus cabezas y luego cayeron revoloteando hacia ellos. Cuando Maggie extendió sus dedos para coger uno, fue su mano la que resultó atrapada... Y después se vio impulsada, inexorablemente, hacia Connor.

—Yo no.

Y en el nítido brillo de sus ojos no había nada de distante.

* * *



Epílogo

Mayo de 1884

La sala estaba abarrotada de familiares..., al parecer, casi todos de la misma familia. Desde luego, ésa fue la opinión de Connor cuando echó un vistazo a las tres primeras filas antes de sentarse. Distinguió el faro de pelo rojo de Schyler en el mismo momento en que estiró el cuello para ver el escenario, y luego sus oídos captaron la alegre risa de Mary Francis. Michael estaba sentada junto a Ethan, cogida de su brazo; al lado de ellos, Madison jugueteaba con su hermanito acercándole la punta de sus coletas. Rennie y Jarret se sentaban juntos, separando a sus hijitas gemelas; las niñas se miraban a hurtadillas de sus padres, entre risillas, mientras se comunicaban con miradas y gestos. También estaba Rushton, con Beryl a su lado; él sostenía en el regazo a su hijo de tres años, mientras Beryl, a escondidas, le daba al niño trozos de galleta. John MacKenzie Worth echó un vistazo a su reloj de bolsillo, luego al escenario y luego a su esposa. Parecía estar a punto de empezar a refunfuñar sobre el retraso en el comienzo de la ceremonia, pero su esposa le tocó la mano y le dedicó una suave sonrisa. Si Jay Mac había pensado decir algo, sencillamente, se lo tragó. Connor tomó asiento junto a Dancer Tubbs. El buscador de oro llevaba puesto un traje nuevo, y una

camisa tan blanca que no dejaba de quejarse, diciendo que iba a dejarlo medio ciego antes de que acabase el día. Meredith trepó del regazo de Dancer al de su padre, que la ayudó a alisarse el vestido.

En un susurro lo bastante fuerte como para que lo oyeran dos tercios de los invitados, la niña preguntó: «¿Empezará pronto?»

—Pronto —dijo Connor, apoyando la frente en la de ella.

Casi al instante un rumor recorrió a la multitud: el decano de la Facultad de Medicina de Filadelfia acababa de aparecer en el escenario para tomar la palabra. La expectación hizo que el público guardara silencio. Madison dejó de fastidiar a su hermano, y las gemelas dejaron sus risitas. Beryl guardó la galleta, Meredith se sentó muy formalita e incluso Jay Mac Worth adoptó una actitud convenientemente sumisa.

—Señoras y señores, honorables invitados... Es un gran honor presentarles al curso de licenciatura de 1884.

No fue un ligero y cortés aplauso lo que recibió su anuncio. Cuando se descorrió el telón y en el escenario aparecieron las veintitrés mujeres, la sala estalló en un auténtico trueno de aprobación.

Desde el lugar que ocupaba en el escenario, a Maggie le pareció que casi todo el fragor procedía de las tres primeras filas. De una sola mirada los vio a todos: su padre y su madre, todas las Mary, Jarret, Ethan, las sobrinas y sobrinos, Rushton, Beryl, Dancer, Meredith..., y por fin, Connor. Él le sostuvo la mirada mientras la aplaudía, y ella se sintió honrada por lo que vio en sus ojos: una intensa admiración por su logro.

En aquel momento sólo deseó ir junto a él. Deseó bajar del escenario

e ir a su lado, deseó que la tomara en sus brazos y la abrazara...

Entonces, como si llegase de muy lejos, oyó que una voz pronunciaba su nombre. Creyó que al ponerse de pie se caería, que las piernas no la sostendrían... Pero Connor se encargaría de hacerlo. Le tendió la mano mentalmente y vio que él reaccionaba inclinándose hacia ella. Maggie se levantó despacio, vaciló y lo miró de nuevo. Y la sonrisa de Connor la impulsó y la hizo avanzar; así fue cómo atravesó el escenario y ocupó su puesto en el estrado.

A continuación la doctora Mary Margaret Holiday desdobló sus notas y comenzó su discurso de despedida.

—Ven a la cama —dijo Connor mirando divertido a su mujer—. Ha sido una larga jornada. ¿O es que quieres dormir con eso en lugar de conmigo?

Sintiéndose un poco culpable, Maggie dejó su diploma.

—Me costará un poco acostumbrarme —dijo—, pero no estoy dispuesta a dormir con esto.

Bajó las lámparas de la mesilla hasta que sólo quedó un parpadeo de luz, y después se metió en la cama junto a Connor y se acurrucó a su lado. Su cabello se esparció como seda encendida sobre la almohada.

—A veces me parecía que este día no llegaría jamás —dijo en voz baja—. Esta tarde pensé que no quería que se acabara... Pero ahora, contigo aquí, me siento feliz de que haya terminado.

Frotó la mejilla contra el pecho de él al tiempo que le acariciaba el brazo con gesto distraído.

—Me has dado tanto... Has olvidado tantas cosas...

Se dio media vuelta y alzó la cara para verlo mejor. Con la punta del dedo le tocó la mandíbula, y luego lo pasó por su recio perfil.

—Ha aguantado usted bastante bien cuatro años en el este, pero ahora le recomiendo la cura de Colorado.

Él subió una ceja.

—¿De todo el estado? —preguntó.

—De todo el «H Doble» —dijo ella—. Espacio y silencio... Meredith ni siquiera se acuerda de aquello.

—¿Crees que le gustará?

Llevaban cuatro años fuera del «H Doble»: el tiempo que Maggie había asistido a la facultad. Connor había dejado el rancho en las hábiles manos de Luke. Dancer dejó de buscar oro y se quedó como cocinero. Ben, Patrick y Buck permanecieron fieles a su patrón en su larga ausencia. Luke había contratado unos cuantos peones más, que Connor ni siquiera conocía. Al final éste había arrendado la zona trasera de la propiedad a Northeast Rail, con lo que el rancho tuvo más trabajo que nunca. Ahora los transportes de ganado eran más cortos y la civilización estaba más cerca, pero el valle seguía estando en su mayor parte intacto. Maggie no albergaba temores sobre cómo reaccionaría su hija ante la amplitud de aquel cielo y la configuración del paisaje.

—Es hija de su padre: le encantará.

Lo dijo con tanta convicción que Connor se vio obligado a creerla.

—¿La oíste esta tarde? —preguntó él—. Estaba emocionadísima.

—La oyó todo el mundo... —dijo ella con ironía—. Al menos creo que ningún otro niño interrumpió mi discurso diciendo: «¿Mamá va a dejar de hablar alguna vez?»

Connor le dio un achuchón en los hombros y soltó una risilla.

—Nunca te habían acusado de hablar mucho.

Ella tuvo que sonreír.

—Todos los que me importan en la vida estaban allí.

—Jay Mac estaba radiante; viéndolo, se podría haber pensado que todo aquello había sido idea suya.

—Estoy segura de que así fue..., o al menos lo pensó. —Le acarició el brazo de nuevo—. ¿No te molesta?

Él meneó la cabeza.

—Yo sé la verdad.

Y Maggie también. Porque al final Connor Holiday convirtió en realidad su magnánimo gesto. Fueron sus ganancias en el póquer, perdidas hacía mucho, las que financiaron su carrera y, además, la casa que ambos compartieron en Filadelfia durante el período de sus estudios. Ella puso objeciones, y estuvieron discutiendo hasta que se confundió y mencionó la aceptación que había rechazado un año antes. Después de eso, él se limitó a ignorarla. Sabía qué era lo que deseaba, y al final ella lo reconoció también, ante sí misma y ante Connor.

—Rushton sentirá verte marchar.

—Tendrá que buscar a otro que lo lleve las aceras de Filadelfia.

Maggie le dio unas ligeras palmaditas en el brazo.

—Te echará de menos por algo más que por eso.

—Lo sé —dijo él al cabo de un instante—. Y a mí me costará un poco acostumbrarme. La verdad es que me he habituado a esto..., a la cercanía...

Maggie supo que no sólo hablaba de distancia geográfica. Le pasó un brazo sobre el pecho.

—Ya lo has oído hoy en la celebración: irán a visitarnos.

Connor le besó la coronilla. Ella no vio su picara sonrisa cuando le preguntó:

—¿Te das cuenta de que habrá que añadir más habitaciones a la casa del rancho?

Maggie se quedó muy quieta.

—¿Y eso por qué? —preguntó a su vez, procurando que su voz sonara neutra.

—Porque como nos visiten todos los que han dicho que irán a visitarnos, a nosotros nos tocará dormir bajo las estrellas.

Ella se relajó.

—No imaginas cuánto me gustaría eso.

—Humm —asintió él, besándola de nuevo—. A mí también.

La presión de su boca cambió cuando el beso se demoró y luego se hizo más profundo.

—Pero, de todos modos, tendremos que añadir una habitación —

susurró contra sus labios—. Para el bebé.

Mary abrió los ojos.

—Meredith ya no es...

Lo miró con más atención, y entonces vio la sonrisa en su boca y la calidez de su mirada.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Unos días.

—Iba a darte una sorpresa.

—Estoy sorprendido —dijo él con simpatía.

Luego la hizo rodar hasta ponerla boca arriba.

Los brazos de Maggie le rodearon con suavidad el cuello; sus dedos se le enredaron en el oscuro pelo de su nuca. Los ojos de Connor se oscurecieron, y su inquebrantable intensidad la conmovió.

—Ámame —dijo ella en voz baja.

Él le rozó la nariz con la suya, y por un instante apartó los labios de su boca.

—Chsss —susurró—. No quiero una mujer habladora.

* * *



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

JO GOODMAN.



Vive con su familia en Colliers, Virginia Occidental. Jo Goodman es una autora de novela romántica conocida internacionalmente. Entre su amplia bibliografía romántica destacan sus series sobre las hermanas Dennehy, la familia McClellan, los hermanos Marshall y la familia Hamilton, así como las novelas Passions Bride (1984), Scarlet Lies (1988) y Sweet Fire (1991).

En 2007 ha publicado If His Kiss Is Wicked que ganó los cuatro principales premios de la AAR Readers Poll Awards.

SIEMPRE EN MI CORAZÓN.

Por siempre en mis sueños...

Herida y perdida, Mary Margaret Dennehy vaga por las calles en la noche. Cuando despierta, la heredera neoyorquina no sabe dónde ha estado, salvo por un sueño recurrente que la colma de un feroz anhelo...

Por siempre en mis brazos...

El ranchero de Colorado Connor Holiday jamás olvidaría la noche de pasión que pasó en un elegante burdel... ni a la exquisita amante que tan bien fingía su inocencia...

Por siempre en mi corazón...

Ahora, cuando un matrimonio concertado les une una vez más, Connor se queda atónito al descubrir que Maggie es la beldad de cabello color fuego de

aquel apasionado encuentro... que sigue engañándole con mentiras aun cuando se derrite ante su contacto. Y Maggie se ve unida a un desconocido en una tierra salvaje, dividida entre sus adorados sueños de libertad y el dulce y sensual amor que su inquieto corazón ansía...

SERIE HERMANAS DENNEHY

1. Dulce y salvaje - Wild Sweet Ecstasy
2. Amante y canalla - Roque's Mistress
3. ***Siempre en mi corazón - Forever in My Heart***
4. Siempre en mis sueños - Always in My Dreams
5. Eternamente mío - Only in My Arms

* * *

Título original: *Forever in My Heart*

©Joanne Dobrzanski, 1994

© por la traducción, Aurora Elizalde, 2007

© Editorial Planeta, S. A., 2008

Diseño de la cubierta: Laura Comellas / Departamento de Diseño.

División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Matthias Clamer / Getty Images

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2008

Depósito legal: B. 5.542-2008

ISBN: 978-84-08-07797-8

Composición: Pacmer, S. A.

Impresión y encuadernación: Litografía Roses, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España